Anónimo

La novela de la lujuria

La sonrisa vertical

Ésta es la historia de la intrépida vida erótica del célebre Charlie, quien empezó a los 14 años con una mujer recién casada, amiga de su madre y su huésped durante la luna de miel. Poco después —avispado aprendiz— practicó con su atractiva institutriz. Insaciable, pronto consiguió que sus propias hermanas le entregaran su virginidad. Nueva institutriz, y, naturalmente, otra oportunidad de ampliar sus conocimientos. En fin, ¿para qué seguir aquí con la enumeración laboriosa de las más variadas experiencias de Charlie Roberts cuyo itinerario no es sino una desenfrenada y exitosa secuencia de seducciones a las que se lanza llevado exclusivamente por la lúbrica curiosidad del sexo? Charlie lo ha probado todo, desde la flagelación, el voyeurismo, el incesto, la pederastia hasta las más sofisticadas orgías. El lector sigue así minuciosamente todo el recorrido de la «educación sentimental» de este adolescente precoz hasta que se introduce en los más oscuros secretos de los ritos eróticos. Nadie puede afirmar hoy si *La novela de la lujuria* (1863-1866), una de las pocas obras eróticas consideradas clásicas de la época victoriana, es la autobiografía auténtica de alguien que consiguió mantener hasta nuestros días su anonimato o si es producto de la febril imaginación de algún escritor o algún personaje conocido en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo diecinueve. En todo caso, si es la verdadera historia de Charlie Roberts, puede perfectamente alinearse al lado de la ya célebre *Mi vida secreta* y, si es un producto literario del género, responde a la perfección a las exigencias de éste durante aquel período histórico en el que imperaba la rigidez moral y la prohibición. Entre otras, las más notorias son, primero, la de haberse publicado por entregas y, segundo, la de ceñirse obsesiva y exclusivamente a la actividad erótica de los personajes, movidos todos por la insaciable curiosidad de quienes padecen la privación impuesta de algo tan vitalmente necesario como es el sexo.

Anónimo

La novela de la lujuria

La sonrisa vertical - 64

ePub r1.0
Titivillus 09.01.16

Título original: *The Romance of Lust or Early Experiences*
Anónimo, 1863
Traducción: César Palma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Volumen I

El novato

Mrs. Evelyn - Abombamietos frecuentes - Miss Evelyn - El castigo de Mary - El misterio desvelado - Sueños de día - El castigo de Charlie - Un divertido viaje

Éramos tres: Mary, Eliza y yo. Yo iba a cumplir quince años, Mary era aproximadamente un año menor, y Eliza tenía doce años y medio. Mamá nos trataba a los tres como a niños, ciega al hecho de que yo había dejado de ser el de antes. Lo cierto es que, pese a no ser alto para mi edad y a no tener un aspecto precisamente viril, mis deseos empezaban por entonces a despuntar, y el aspecto de mi sexo, ya de por sí bastante llamativo, aumentaba considerablemente de tamaño cada vez que se veía sometido al influjo de los encantos femeninos.

Sin embargo, carecía de toda noción acerca de los usos de los distintos órganos sexuales. Mis hermanas y yo dormíamos en la misma habitación. Ellas juntas en una cama, yo solo en otra. En más de una ocasión, estando a solas, nos habíamos examinado las distintas configuraciones de nuestros sexos.

Descubrimos así que tocándonos mutuamente obteníamos cierto placer; más tarde mi hermana mayor descubrió que cada vez que subía y bajaba mi cacharrito, como ella lo llamaba, entonces éste se erguía automáticamente y se ponía tan duro como un palo. Ella también experimentaba gozo cuando yo le acariciaba su rosada rajita, aunque bastaba que intentara introducirle un dedo para provocarle un dolor inmenso. Era tan poco lo que habíamos avanzado en tales *attouchements*, que aún no podíamos ni siquiera vislumbrar las posibilidades de ese camino recién descubierto. A mí me habían comenzado a crecer unos rizos como de musgo en torno a la base de la polla; luego, y para nuestra sorpresa, en Mary se

manifestó una tendencia similar. Mientras tanto, Eliza seguía siendo tan lampiña como la palma de una mano, pero ambas estaban magníficamente constituidas, con dos macizos y abultados montes de Venus. No teníamos ninguna malicia y estábamos acostumbrados a contemplar nuestros cuerpos desnudos sin el menor recelo; cuando jugábamos en el jardín y alguno quería aliviar su vejiga, los tres nos poníamos inmediatamente en cuclillas y entrecruzábamos aguas, compitiendo para ver quién orinaba más rápido. Aparte de estos síntomas de deseo en momentos de excitación, cuando estaba sosegado podía pasar perfectamente por un chico de diez u once años.

Mi padre nos había dejado una renta más bien módica, y mi madre, en su afán de llevar una vida holgada, había preferido darme clases en casa, junto a mis hermanas, en vez de enviarme al colegio. Sin embargo, cuando su salud comenzó a desmejorar puso un anuncio en el *Times* solicitando una institutriz. Luego, de entre un elevado número de aspirantes, eligió al fin a una joven llamada Evelyn. Al cabo de diez días llegó a casa, y pronto se convirtió en una más de la familia.

La primera noche apenas pudimos verla, pero a la mañana siguiente, después del desayuno, mamá la condujo al salón que hacía las veces de aula y dijo: «Bien, hijos míos, os dejo desde ahora al cuidado de Miss Evelyn. Debéis obedecerla en todo. Ella va a encargarse de vuestras clases, porque yo ya no estoy en condiciones de seguir ocupándome de ellas». Luego, volviéndose hacia nuestra nueva institutriz, añadió: «Temo que puedan parecerle algo consentidos y malcriados. Pero le recuerdo que tenemos un potro, y que Susan sabrá hacerle excelentes varas cuando las precise. Si no les azota usted el trasero cuando se lo merezcan, le aseguro que me enfadaré con usted seriamente». Mientras mamá hablaba, pude notar que los ojos de Miss Evelyn se dilataban con cierto gozo, de lo que deduje que si mamá ya había sido severa con los azotes, Miss Evelyn nos azotaría todavía con más severidad cada vez que nos lo mereciéramos. Parecía una persona realmente amable, tenía veintidós años, un rostro en verdad hermoso, un cuerpo perfecto e imponente, y vestía siempre con la pulcritud más estudiada. Era, sin lugar a dudas, una criatura encantadora, que me cautivó nada más verla. Pese a ello, la dureza de su expresión y la dignidad de su

porte nos infundió en seguida a todos respeto y temor. Naturalmente, al principio todo marchó sobre ruedas; además, en cuanto Miss Evelyn notó que mi madre me trataba exactamente igual que a mis hermanas, a sus ojos ya no fui más que un niño. Luego supo que tenía que compartir el dormitorio con mis hermanas y conmigo. Imagino que esa primera noche a Miss Evelyn no le gustó tal arreglo, pero lo cierto es que no tardó en hacerse a la idea, hasta que aparentemente dejó de preocuparle.

Como siempre, al llegar la hora de acostarnos dimos un beso a mamá y nos retiramos a nuestra habitación. Miss Evelyn nos siguió unas horas más tarde. Después de entrar y cerrar despacio la puerta, miró hacia mi cama para ver si dormía. Yo, aunque no sabía por qué, intenté hacerle creer que estaba dormido. Y conseguí mi propósito, no obstante la vela que pasó delante de mis ojos. Acto seguido comenzó a desvestirse. En cuanto me dio la espalda, yo abrí los ojos y comencé a devorar ávidamente sus encantos desnudos según iban apareciendo ante mí. Al girarse nuevamente, volví a fingir que dormía. Ya he dicho que por entonces empezaban a despuntar mis deseos, aunque desconocía todavía su fuerza o dirección. Me acuerdo muy bien de aquella primera noche, cuanto toda una mujer fue despojándose poco a poco de sus prendas tan sólo a dos metros de mi vista: la contemplación de esas maravillas, tanto la de sus adorables y magníficos pechos, como la de sus piernas esbeltas y sus pequeños pies y tobillos cuando pasó a descalzarse y a quitarse las medias, hizo que mi polla se empinara y alargara hasta un extremo doloroso. Una vez despojada de todo salvo de la camisa, se agachó para recoger las enaguas que había dejado caer hasta sus pies, al tiempo que alzaba la camisa: mis ojos vieron entonces un culo esplendoroso, de una blancura deslumbrante y brillante como el esmalte. Como la luz le daba de lleno y seguía inclinada, pude ver que un vello oscuro le cubría la parte inferior de la raja. Luego, al volverse para poner sus enaguas sobre una silla y coger el camisón, y mientras dejaba caer la camisa al suelo y se pasaba el camisón por la cabeza, tuve por unos segundos delante de mí su precioso vientre, cuyo monte de Venus estaba tapado por un vello oscuro y rizado. Fue tal la excitación que me produjo esa visión tan voluptuosa que estuve a punto de desvanecerme. Se acercó después a la cama, donde se sentó para

quitarse zapatos y medias, y ¡oh, qué muslos, piernas, tobillos y pies tan maravillosos tenía!

Ahora, con muchos más años, puedo asegurar que jamás volví a ver un cuerpo tan voluptuoso, pese a haber poseído a muchas mujeres hermosas, todas ellas muy bien proporcionadas.

La luz se apagó a los pocos minutos y en seguida un potente reguero comenzó a llenar la bacina: no podía compararse a los chorlitos que soltábamos mis hermanas y yo, sentados en cuclillas y riendo de las distintas fuentes de las que manaban. Mis hermanas solían envidiar mi capacidad de dirigir el chorro donde quería; y es que aún éramos tan pequeños que ni siquiera podíamos imaginamos cuál era la verdadera mira de ese pequeño instrumento apuntado.

Oí cómo la preciosa criatura se acostaba y poco después respiraba profundamente. Yo en cambio no podía dormir. Permanecí despierto casi toda la noche, pese a que quería evitar desvelarme por el temor de turbar a Miss Evelyn con la sospecha de que había estado observándola mientras se desvestía. Y cuando por fin me dormí, no fue más que para soñar con todas las maravillas que había visto.

Transcurrió así cerca de un mes. Noche tras noche Miss Evelyn iba cobrando confianza y, segura de mi ingenuidad, volvía a brindarme exquisitos y prolongados panoramas de sus encantos; aunque la verdad es que sólo podía gozar de ellos cada dos noches, ya que, al provocarme su contemplación siempre insomnio, a la noche siguiente la naturaleza reclamaba sus derechos y me obligaba a dormir profundamente, cuando hubiera preferido mil veces seguir admirando los encantos de mi adorable institutriz. Con todo, no cabe duda que esos sueños agotadores permitían que bajara aún más la guardia, con lo que me ofrecía ocasiones de las que de otro modo no habría podido gozar. Solía utilizar una o dos veces la palangana antes de ponerse el camisón, momento en el que yo veía sus rosados labios abrirse en medio de unos exquisitos rizos oscuros para vaciar toda el agua que contenían; lo cual hacía con admirable ímpetu, excitándome tremendamente. Sin embargo, es extraño que nunca se me ocurriera acudir a los dedos para dar alivio a mi polla, cuya rigidez era tal que temía verla estallar de un momento a otro.

No sé si fue porque mamá había reparado en los frecuentes abombamientos de mis pantalones, o porque comenzó a considerar

inadecuado que compartiera la habitación con Miss Evelyn, pero el hecho es que decidió trasladar mi cama a su propia habitación. En cualquier caso, y como quiera que seguía siendo tratado como un niño por todos los de la casa, Miss Evelyn daba la impresión de haberse olvidado de mi sexo; además, ciertamente no se hubiera comportado con la desenvoltura que lo hacía, ni mostrado tal *abandon* en sus ademanes, si se hubiese sentido cohibida por la presencia de un chico en sus años de pubertad.

En los días fríos solía sentarme en un taburete bajo, al lado de la chimenea. Cuando ocupaba ese lugar, con mi libro sobre las rodillas, Miss Evelyn se sentaba enfrente de mí, con sus preciosos pies apoyados contra la pantalla de la chimenea y su labor sobre el regazo, atenta a la lección que recitaban mis hermanas y sin la menor conciencia de pasarse media hora exhibiendo ante mi mirada ardiente sus deliciosos tobillos y piernas. Y es que, sentado donde estaba, en una posición más baja que la de ella y con la cabeza reclinada como si estuviera absorto en el estudio, mis ojos quedaban justo debajo de sus enaguas alzadas. Sus medias blancas, bien ajustadas y ceñidas, resaltaban los contornos de sus esbeltas piernas, ya que prescindía de los calzones las mañanas que se quedaba en casa dándonos clase. Sentada en esa postura, con las rodillas más elevadas que los pies apoyados en la ya de por sí alta pantalla, y las piernas algo separadas para sostener más cómodamente la labor sobre su regazo, quedaban enteramente expuestos a mi vista sus gloriosos muslos y la parte baja de su voluminoso culo, entre el que sobresalía su rajita rosada abrigada por una mata de rizos oscuros. La luz del fuego que ardía debajo de sus enaguas alzadas iluminaba el conjunto, encendiendo en mí un deseo tan intenso que me dejaba al borde del desvanecimiento. Podría haberme zambullido en sus enaguas y haberle besado esa deliciosa rajita y todo su alrededor. ¡Oh, qué podía saber ella de la pasión que estaba despertando en mí! ¡Oh, querida Miss Evelyn, te amaba tanto, desde tus primorosas zapatillitas y apretadas y brillantes medias de seda, hasta el glorioso abultamiento de tus pechos en los que mis ojos podían deleitarse plenamente casi todas las noches, y esos adorables labios, que de todo lo tuyo era lo que más ansiaba poseer!

Siguieron pasando los días y Miss Evelyn fue convirtiéndose para

mí en una diosa, en una criatura a la que, en lo más profundo del corazón, literalmente veneraba. Cuando ella abandonaba el aula y me dejaba solo, iba a besar el lado de la pantalla que había pisado y el lugar donde se había sentado, e incluso el aire que flotaba unos centímetros más arriba, donde situaba con la imaginación su adorable coño. Ansiaba algo más de todo aquello, pero no sabía exactamente lo que quería; y es que en realidad seguía ignorándolo todo acerca de la unión de los sexos.

Un día subí a la habitación que mis hermanas compartían con la institutriz; quería arrojarme sobre su lecho y abrazar en sueños su precioso cuerpo. De pronto oí que alguien se aproximaba y, sabiendo que no tenía nada que hacer ahí, fui rápidamente a esconderme debajo de la cama. Un instante después la propia Miss Evelyn entró y cerró la puerta. Faltaba aproximadamente una hora para la cena. Se quitó entonces el vestido y, después de colgarlo en el armario, sacó una arqueta que se había encargado para su uso personal y cuya finalidad había sido siempre un misterio para mí; la destapó, llenó de agua la palangana y colocó a su lado una esponja. Luego se bajó la falda, se subió las enaguas y la camisa hasta la cintura y, finalmente, se sentó en cuclillas sobre la arqueta.

Gocé así de placer al contemplar todos sus portentosos encantos: mientras se remangaba la ropa de pie, delante del espejo, ofreció a mi devoradora mirada su glorioso culo blanco en todo su esplendor y, al volverse para acercarse al bidé, me mostró igualmente su bajo vientre y su hermoso monte, con todo su abundante vello. Por fin, cuando fue a sentarse en cuclillas en el bidé, los rosados labios de su coño estallaron ante mis ojos atónitos. Jamás podré olvidar la extrema emoción de aquel instante. Por fortuna, y dado que aquello era ya demasiado para mis excitados sentidos, al sentarse desapareció el motivo que estaba a punto de volverme loco. Estuvo frotándose las entrepiernas con la esponja durante casi cinco minutos. Luego se levantó del bidé, volviéndome a mostrar por un momento los prominentes labios de su coño; y todavía permaneció de pie delante de mí dos o tres minutos más, mientras se secaba, con la esponja recién enjuagada, las gotitas de agua que quedaban sobre la rica mata de rizos que le rodeaba el chocho. De ese modo vi, como nunca antes y en la postura más voluptuosa, sus carnosos muslos, vientre y monte; creo que cualquiera podrá hacerse una

idea del estado en que me sumió semejante contemplación.

¡Oh, Miss Evelyn, querida, deliciosa Miss Evelyn! Qué hubieras pensado si hubieras llegado a saber que me dedicaba a contemplar tus admirables encantos, y que mis ansiosos ojos pugnaban por atravesar aquel bosque de rizos oscuros que cobijaban esos labios prominentes y maravillosos. ¡Oh, cuánto anhelaba besarlos!, besarlos y nada más, porque por entonces no se me ocurría otro modo de poseerlos y menos la posibilidad de penetrarlos.

Terminadas sus abluciones se sentó y se quitó las medias, exponiendo sus bellas pantorrillas blancas y sus encantadores y diminutos pies. Creo que fue esta primera contemplación de sus pies realmente exquisitos, y de sus piernas y tobillos perfectos, lo que despertó en mí la pasión por tales objetos, por los que siempre he sentido un atractivo especial desde entonces. Los zapatos —negros y pequeños, auténticos *bijoux*— los portaba igualmente con tal gracia que siempre que me encontraba a solas en la habitación los cogía para besarlos. Y en fin, sus medias de seda, que siempre llevaba ceñidas y ajustadas como un guante, no hacían más que resaltar la maravillosa esbeltez de sus piernas.

Se cambió las medias de algodón por unas de seda, se puso un traje escotado, terminó de lavarse y abandonó la habitación. Yo salí de debajo de la cama, me lavé la cara y las manos con el agua de su bidé, e incluso bebí un poco llevado por mi excitación.

Habían pasado unas seis semanas desde la llegada de Miss Evelyn. El deseo que sentía por ella hacía que me plegara a todas sus órdenes y deseos, y, por el mismo motivo, que siguiera con atención sus clases, siempre que no me distrajeran las circunstancias ya explicadas. Mi ejemplo provocó que mis hermanas mostraran más o menos la misma actitud, pero aquella situación no podía durar: era poco natural. Mientras las cosas marcharon bien, Miss Evelyn nos trató con la mayor amabilidad. Y nosotros, creyendo que podíamos hacer lo que nos viniera en gana, comenzamos a portarnos cada vez peor.

Miss Evelyn se volvió más reservada, empezó por llamarnos la atención, y acabó amenazándonos con la vara. Pero nosotros no creíamos que la fuera a emplear. Mary se comportaba de un modo cada vez más insolente, hasta que una tarde se atrevió a desafiar a nuestra maestra negándose a continuar sus deberes. Miss Evelyn,

tremendamente irritada, le ordenó que se pusiera de pie. Mary obedeció con el mayor desdén. Miss Evelyn cogió entonces por un brazo a la desobediente niña y la arrastró hasta el potro. Mi hermana era fuerte y se resistió con uñas y dientes, pero inútilmente. Nuestra institutriz enrojecía de ira: la alzó en brazos y la montó en el potro, donde, sujetándola con una mano mientras con la otra le rodeaba el cuerpo con una cuerda, la dejó firmemente atada. Luego con otras cuerdas le amarró cada tobillo a los aros del suelo, forzándola la parte saliente del potro a separar las piernas y a doblar ligeramente las rodillas, de manera que su trasero quedaba completamente expuesto, al igual que todas sus partes íntimas.

Miss Evelyn salió entonces para ir a pedirle una vara a mamá. Pocos minutos después regresó, manifiestamente acalorada, y procedió a remangarle a Mary las enaguas hasta la cintura, dejando su rosada raja y su trasero al aire y expuestos de lleno ante mis ojos. Como habían pasado al menos dos meses desde la última vez que le viera sus partes íntimas, me sorprendió mucho descubrir que ahora los labios le sobresalían más y que su monte estaba cubierto por un musgo bastante más tupido. Aquello resultaba ciertamente más excitante de lo esperado, dado que, con mi mente totalmente absorbida por los esplendores de Miss Evelyn, durante ese tiempo había dejado prácticamente de juguetear con Mary.

Aquella panorámica de todas sus partes íntimas despertó en mí viejas sensaciones y aumentó su intensidad. Miss Evelyn se despojó primero de su chal, dejando al descubierto sus carnosos hombros de marfil y la parte alta de sus preciosos senos, que se agitaban alentados por su ira. Se descubrió en seguida su magnífico brazo derecho y, asiendo la vara, retrocedió unos pasos y levantó el brazo; los ojos le brillaban de una manera especial. Estaba francamente hermosa.

Jamás olvidaré ese instante, aunque duró sólo eso, un instante. La vara cortó silbando el aire y restalló con saña sobre el pobre y rechoncho culito de Mary. La carne volvió a estremecerse, y Mary, que había resuelto no llorar, enrojeció y mordió el damasco que cubría el potro.

El brazo volvió a alzarse y otra vez, con un silbido cortante, restalló sobre las palpitantes nalgas de Mary. Su terquedad le impedía rendirse, y, aunque la vimos hacer una mueca de dolor, ni

un solo sonido escapó de sus labios. Retrocediendo otro paso, Miss Evelyn volvió a alzar la mano y el brazo, ahora con una intención tan clara que las puntas más largas de la vara se partieron entre las nalgas y se incrustaron en los labios de las partes pudendas de Mary. Esta vez ya no pudo aguantar el dolor y lanzó un grito desesperado. La vara volvió a caer exactamente sobre el mismo lugar.

—¡Ay, ay, ay, Miss Evelyn, querida Miss Evelyn! Le prometo que nunca, nunca más volveré a portarme mal.

Sus chillidos fueron inútiles. Tras un varazo vino otro, tras un grito otro, hasta que la vara se rompió en pedazos y el trasero de Mary se llenó de verdugones y quedó tan rojo como un filete crudo. Era algo penoso de ver; sin embargo, tal es nuestra naturaleza que verlo resultaba, al mismo tiempo, excitante. Yo no podía apartar los ojos de la turgente raja, cuyos labios abultados no sólo aparentaban ahora una mayor hinchazón por efecto de tan severo castigo, sino que además comenzaron a abrirse y cerrarse, sin duda estremecidos de dolor. Pero para mí era enormemente excitante presenciar todo aquello. Decidí allí mismo hacer un examen más minucioso en un momento más oportuno, el cual no tardaría en presentárseme.

Mary se encontraba ya totalmente aplacada, o mejor dicho molida. En realidad, todos estábamos asustadísimos, pues sabíamos lo que nos pasaría si nos portábamos mal. A partir de ahora ya no podríamos permitirnos la menor rabieta, y tendríamos que obedecer dócilmente a nuestra institutriz en todo cuanto se le antojara ordenarnos. Habíamos aprendido instintivamente a temerle.

Pocos días después de aquella memorable azotaina, llegaron unas visitas: un caballero y una dama. El caballero era un viejo amigo de mamá que acababa de casarse; mamá le había rogado que la visitara durante su viaje de bodas y que pasara unos días con nosotros.

El caballero era un hombre atractivo, alto y de fuerte constitución; el aspecto de la dama era más bien delicado, aunque tenía un buen tipo, con hombros y pechos bien formados, talle fino y piernas recias, brazos esbeltos, manos y pies pequeños, y ojos muy brillantes.

Creo que fue a los tres días de su llegada cuando por la tarde entré en la habitación de los huéspedes, donde estaban instalados

nuestros invitados; estando ahí, los oí subir las escaleras. La dama entró primero, y yo apenas tuve tiempo de meterme en el vestidor y de cerrar la puerta, que sin embargo quedó ligeramente entornada. Un instante después apareció el caballero, el cual empujó suavemente la puerta y la cerró con llave. Mrs. Benson sonrió, y dijo:

—Amor mío, en verdad eres un guasón de cuidado, no me dejas descansar un solo momento. Ahora dirás que no has tenido bastante con lo de anoche y lo de esta mañana.

—Claro que no —dijo él—. Nunca puedo tener bastante de tu delicioso cuerpo. Pero vayamos a lo nuestro, no podemos entretenernos mucho si no queremos que noten nuestra ausencia.

La agarró entonces por la cintura, le acercó los labios y le dio un larguísimo beso sin dejar de estrecharla entre sus brazos. Luego se sentó, la alzó sobre sus rodillas y deslizó sus manos debajo de sus enaguas, permaneciendo sus bocas pegadas todavía durante un rato.

—Tenemos que darnos prisa, cariño —murmuró ella.

Él se puso de pie y la sentó en el borde de la cama, la reclinó y, separándole las piernas con los brazos, la dejó totalmente expuesta ante mi vista. No tenía tanto vello sobre el monte de Venus como Miss Evelyn, pero su raja mostraba unos labios más turgentes y parecía más abierta. Júzguese mi excitación cuando vi a Mr. Benson desabotonarse los pantalones y sacar una verga inmensa. ¡Dios mío, era tan larga que casi me asustó! Con sus dedos acomodó la cabeza entre los labios de la funda de Mrs. Benson, y luego, soltando su puntal y sirviéndose de ambos brazos para sujetarle las piernas, se la metió sin más hasta el fondo. Yo estaba asombrado de que Mrs. Benson no gritara de dolor ante el tamaño de aquello que acababa de introducirle en el vientre. El caso es que no sólo no pegaba alaridos, sino que además parecía disfrutar. Sus ojos brillaban, tenía el rostro encendido y sonreía con la mayor simpatía a Mr. Benson. Ambos parecían muy felices. Su larga verga entraba y salía sin ninguna dificultad, y sus manos apretaban las nalgas lisas y anchas, atrayéndolas hacia sí en cada arremetida. Siguieron así unos cinco minutos, al cabo de los cuales Mr. Benson se detuvo en seco; en seguida, y mientras la miraba de un modo bastante estúpido, tuvo un par de sacudidas convulsivas. Por fin, después de permanecer quieto unos instantes, sacó la verga, ahora fláccida y empapada de

algo que goteaba sobre la alfombra. Cogió entonces una toalla y limpió la alfombra, se envolvió con aquélla la verga, y se acercó a la palangana para lavársela.

Mrs. Benson siguió echada unos minutos más, exhibiéndolo todo y con la raja más abierta que antes, de la que vi rezumar una baba blanca.

Difícilmente se puede imaginar la terrible excitación que aquella escena me produjo. De pronto había dado con la explicación del gran misterio, y mis torpes afanes acababan de descubrir su objetivo. Después de dejarme tiempo suficiente para admirar la hermosura de sus partes íntimas, ella se puso de pie, se ajustó las enaguas y alisó la revuelta colcha, y luego se acercó al espejo para arreglarse el cabello. Hecho esto, abrió despacio la puerta, y Mr. Benson salió. La puerta se volvió a cerrar y Mrs. Benson fue hasta la palangana, la vació y la llenó otra vez, se remangó en seguida las enaguas y se lavó las entrepiernas con una esponja, y finalmente se secó con una toalla, sin dejar durante todo ese rato de ofrecerse a mi ardiente mirada. Pero ¡oh horror!, al terminar vino directamente hacia el vestidor donde yo me escondía: abrió la puerta y, nada más verme, lanzó un gritito. Los colores se me subieron hasta las orejas y traté de balbucear una disculpa. Ella al principio se quedó mirándome con mudo asombro, pero al cabo dijo:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, señor?

—Estaba aquí cuando ustedes entraron. Vine por mi balón, que guardo en este cuarto, y al oírles llegar no se me ocurrió otra cosa que esconderme aquí.

Por unos minutos pareció observarme y estudiarme detenidamente. Luego dijo:

—¿Sabrá ser discreto?

—Por supuesto, señora.

—¿Nunca le contará a nadie lo que ha visto?

—No, señora.

—Bien, si sabe mantener su promesa veré el modo de recompensarle. Ahora márchese.

Fui al aula, pero me encontraba enormemente agitado, tanto que casi no me daba cuenta de lo que hacía. La escena que había presenciado se había apoderado por completo de mi mente. Siendo apenas un niño, la práctica explicación de ese misterio había

despertado en mí todos los deseos del hombre. En lugar de estudiar mis lecciones, no hacía más que pensar en Mrs. Benson recostada sobre la cama con sus piernas y muslos estupendos totalmente al descubierto; pensaba sobre todo en su rosada abertura, que había visto por unos minutos del todo abierta y chorreando ese juguito tras el encuentro amoroso al que se habían abandonado. Parecía bastante más desarrollada que la de Miss Evelyn. Estaba seguro de que Miss Evelyn jamás podría meterse una cosa tan descomunal como la que Mr. Benson le había introducido a su esposa —y eso que aparentemente había podido entrar y menearse con absoluta facilidad, para gran satisfacción y deleite de ambos, como demostraban sus ardientes abrazos, dulces susurros y voluptuosos movimientos, especialmente los previos al instante en que ambos dejaron contemporáneamente de moverse.

Luego pensé en lo delicioso que sería intimar con Miss Evelyn de ese modo, y retozar con mi polla tiesa dentro de su deliciosa raja, que mi imaginación reproducía tal y como la había visto cuando se alzó del bidé, estando yo oculto debajo de la cama. Luego pensé en la rajita, más pequeña pero también muy atractiva, de mi hermana Mary, resolviendo, dado que ése era el modo más fácil de adueñarme de ellos, iniciarla en todos los misterios que acababa de descubrir. Me había hecho el firme propósito de tener nuestra primera clase, la de ella y la mía, en su abultado coñito. Luego el recuerdo de sus labios, turgentes y estremecidos a causa de la terrible flagelación que había sufrido comenzó a excitarme hasta que mi polla volvió a ponerse tiesa y vibrante. La constante excitación de todas esas semanas produjo un efecto fantástico en mi picha, que ahora adquiría un tamaño considerablemente mayor en cada erección. Como podrán suponer, esos pensamientos tan turbadores me impedían estar atento en las clases. Por las razones que sean, Miss Evelyn estaba de mal humor esa mañana, y más de una vez me llamó la atención enfadada por mi evidente distracción. Al cabo me pidió que me aproximara y, descubriendo que no había hecho casi nada, me dijo:

—Bien, Charles, te doy diez minutos para que acabes esa suma. Si en ese tiempo no la has terminado, te castigaré. Tu comportamiento es francamente reprobable. No sé qué es lo que te pasa, pero si sigues así no voy a tener más remedio que pegarte.

La idea de que mi culo desnudo fuera azotado por la hermosa Miss Evelyn, lejos de calmar mi excitación, me hizo volver con mi obscena mente a las bellezas de su persona, que había contemplado furtivamente en tantas ocasiones.

Faltaba poco para que dieran las cuatro, cuando teníamos una hora libre y podíamos salir a corretear al jardín. Yo había resuelto aprovechar ese tiempo para comenzar a instruir a Mary en los secretos misteriosos de los que acababa de ser testigo. El destino, sin embargo, había dispuesto las cosas de otro modo; iba a iniciarme y a recibir mi primera clase práctica en la persona de una mujer mucho más madura y hermosa. Pero de ello hablaré más tarde. Eran las cuatro y yo todavía no había comenzado la suma. Miss Evelyn parecía enojada.

—Mary y Eliza, podéis salir; Charles se quedará aquí.

Mis hermanas, creyeron simplemente que me mandaba quedar para que terminara mis deberes, salieron corriendo al jardín. Miss Evelyn cerró la puerta con llave y luego fue a abrir un armario, de cuyo interior sacó una vara primorosamente adornada con cintas azules. Sentí que la sangre me hervía y mis dedos comenzaron a temblar tanto que apenas podía sostener el lápiz.

—Deja tu cuaderno, Charles, y acércate.

Obedecí y me quedé parado delante de mi hermosa institutriz con una extraña mezcla de temor y deseo.

—Desátate los tirantes y bájate los pantalones.

Empecé a hacer lo que me había ordenado, pero muy despacio. Molesta por mi lentitud, con sus delicados dedos terminó rápidamente el trabajo. Los pantalones resbalaron hasta mis pies.

—Échate sobre mis rodillas.

Temblando, con la misma mezcla de sentimientos, obedecí. Ella se había remangado el vestido de seda para evitar que se arrugara; mi piel desnuda reposaba sobre sus níveas enaguas. Un delicado perfume de violeta y magnolia se apoderó de mis sentidos. Mientras sentía que sus dedos suaves y delicados me levantaban la camisa y rozaban mi culo, y que el calor de sus formas carnosas penetraba en mi piel, la naturaleza comenzó a ejercer su poder, haciendo que mi polla se irguiera hasta un punto doloroso. Con todo, no había hecho más que notarlo cuando mi culo empezó a ser lacerado por una rápida serie de los azotes más inclementes.

—¡Oh, querida! ¡Oh, querida! ¡Oh, oh! Oh, Miss Evelyn. Le prometo que haré la suma en cuanto me perdone. Oh, oh, oh…

Sujetándome con fuerza con su brazo izquierdo, Miss Evelyn siguió pegándome sin piedad. Al comienzo sentí un dolor atroz y rugí con todas mis fuerzas, pero poco a poco el dolor se fue atenuando, hasta que sentí un cosquilleo de lo más placentero. La fuerza con la que me había defendido al principio hizo que las enaguas de Miss Evelyn quedaran del todo revueltas y se alzaran lo suficiente como para que mis ojos alborozados pudieran contemplar sus preciosas piernas cubiertas de seda hasta las rodillas, e incluso un par de centímetros de sus muslos desnudos.

Esa visión, junto con el intenso cosquilleo que sentía en el culo y el frotamiento sufrido por mi polla contra el cuerpo de Miss Evelyn en mi intento de desasirme, me puso al borde del delirio. En un estado de absoluto frenesí me meneaba y retorcía sobre sus rodillas, mientras ella no cesaba de descargar azotes sobre mi pobre culo. La vara al fin se hizo añicos, y ella me arrojó de sus rodillas. Quedé de pie delante suyo, con mis mejillas bañadas en lágrimas y con una prominencia por demás inconfundible descollando en mi camisa, bajo la cual mi polla vibraba con espasmos convulsivos, que de ningún modo podía refrenar.

Miss Evelyn, claramente deslumbrada por lo que veía, tenía los ojos clavados en la erección mientras yo me frotaba el culo dolorido y lloraba, sin hacer nada por subirme o abotonarme los pantalones. Estuvo un par de minutos más mirando fijamente el objeto de atracción, con los colores subidos hasta las orejas, cuando de pronto pareció recomponerse y, lanzando un profundo suspiro, salió rápidamente de la habitación. No volvió a entrar hasta que mis hermanas regresaron del jardín, pero todavía parecía confundida y evitaba mirarme.

Dos días más tarde todas las señas desagradables de la tremenda azotaina habían desaparecido. Al día siguiente nos invitaron a pasar la tarde en la granja, un sitio muy hermoso que quedaba a un par de millas de nuestra casa. La tarde era espléndida y cálida; hicimos el camino a pie, y llegamos cerca de las cuatro. Mr. y Mrs. Robinson estaban en el salón, pero en seguida nos invitaron a salir al jardín para que nos juntáramos y divirtiéramos con sus tres hijas. Salimos de inmediato y las encontramos jugando en un columpio. La mayor,

Sophia, de unos diecinueve años, columpiaba a una de sus hermanas, un par de años menor y realmente guapa y bien desarrollada. Sin duda ninguna, las tres hermanas eran más esbeltas y hermosas que la mayoría de las muchachitas de su edad.

La otra hermana, Agnes, no estaba sentada, sino parada en medio de las cuerdas que sostenían el columpio. Sophia las empujaba con fuerza para que se elevaran todo lo posible. A nuestra llegada las habíamos encontrado riéndose de lo que cada cual enseñaba: la una al echarse hacia adelante, la otra al retroceder. Agnes llevaba un ligero vestido de muselina y una enagua que el viento levantaba cuando reculaba por efecto del impulso, dejándole todo al aire hasta la altura del vientre y poniendo en evidencia que su monte ya estaba bien equipado. La otra levantaba las piernas al echarse hacia adelante, enseñando la parte baja de los muslos y un lado del culo, lo justo para verse un vello incipiente.

Yo no suponía ningún estorbo para su entretenimiento porque no me consideraban más que un niño. Tanto es así que me dieron una larga cuerda para que tirara del columpio y yo, para mayor comodidad, me senté en el césped justo delante de ellas. Esas piernas esbeltas y esas rajas velludas que por momentos mostraban abiertamente ante mí, incitaban mis sentidos. Ninguna de ellas llevaba puesta más de una enagua, y estaban además sin calzones, de modo que cuando el columpio alcanzaba su mayor altura se ofrecía a mis ojos el más completo panorama. Mi polla no tardó en erguirse hasta un punto doloroso, lo cual pareció que fue advertido por ellas con regocijo. Noté además que atraía la atención de Miss Evelyn, quien al poco rato fue a sentarse en el columpio y me dejó que la columpiara con el cabo de la cuerda. Tuve incluso la impresión de que alzaba las piernas más de lo necesario; en cualquier caso, ella, debido a la fuerte pasión que me inspiraba, logró excitarme más que ninguna.

Todos estábamos divirtiéndonos a lo grande y pasando una tarde deliciosa, cuando a las ocho comenzó a llover. Como la lluvia se hacía cada vez más copiosa, Mr. Robinson ordenó que sacaran el coche cerrado para llevarnos a casa. Era una berlina, con sólo dos asientos. Mary sentó a Eliza en sus faldas, y Miss Evelyn hizo lo mismo conmigo. No sé cómo ocurrió, pero el hecho es que en seguida me rodeó con su adorable brazo como si quisiera

sostenerme bien sobre sus rodillas, y su mano se deslizó, aparentemente por casualidad, justo sobre mi polla: el contacto fue eléctrico. Al instante mi miembro se endureció y tensó debajo de su mano. Pese a ello, Miss Evelyn, que forzosamente tuvo que percibir el movimiento que se desarrollaba bajo sus dedos, no hizo nada por retirar la mano, sino que más bien comenzó a apretar con más fuerza. En mi ingenua ignorancia, creí que no se daba cuenta de lo que ocurría. Los saltos que daba el coche al avanzar por el accidentado camino hacían que su mano subiera y bajara por mi miembro erecto y vibrante. Yo ya casi no podía más, y para ocultar mi estado quise hacerme el dormido. Recliné entonces mi cabeza sobre el hombro y el cuello de Miss Evelyn, y ella condescendió.

No sé si creyó que me había dormido de verdad, pero el caso es que yo notaba perfectamente que sus dedos oprimían mi crecida y vibrante polla, y se me antojó que estaba midiendo su tamaño.

El modo en que ella me tenía asido y los continuos saltos que pegaba el coche, me habían conducido a tal estado que al producirse de pronto un salto más brusco, repetido dos o tres veces y siempre seguido de una firme presión de sus encantadores dedos, mi excitación aumentó tanto que al final me desvanecí realmente con la más deliciosa sensación que había experimentado en mi vida. Pasó un rato antes de que supiera dónde estaba o qué me había ocurrido, y sólo fui consciente de nuestra llegada a casa cuando Miss Evelyn comenzó a zarandearme para que me levantara. Lo hice trastabillando, y aunque seguía algo embotado, me pareció que los ojos de Miss Evelyn tenían un brillo que no le había observado hasta entonces, y que sus mejillas estaban encendidas de rubor. Rehusó entrar en el salón y, aduciendo una jaqueca, subió a toda prisa a acostarse.

Cuando me retiré a dormir y me quité la camisa, la encontré húmeda y pegajosa por delante.

Había pagado así mi primer tributo a Venus. Reflexioné largamente sobre este inequívoco acercamiento por parte de Miss Evelyn, y me acosté con la viva ilusión de tener con ella una entrevista más confidencial, en la que esperaba que su manifiesta pasión la llevara a iniciarme en los placeres que podía brindarme con su cuerpo esplendoroso.

Pero el destino volvió a intervenir, determinando que otra

mujer, no menos hermosa, más experta y más proclive al juego, fuera mi maestra en los deleites del amor.

Mrs. Benson

La lección de Mrs. Benson - La lección continúa - Más lecciones - Un error - Mrs. Benson - Un buen alumno - Acontecimientos prometedores - El sabio consejo de Mrs. Benson - Una misteriosa queja

Al cabo de dos días, Mr. Benson fue llamado inesperadamente para unos asuntos urgentes, que temía lo retuvieran tres semanas. Dejó a Mrs. Benson con nosotros. El pueblo por el que pasaba la diligencia quedaba a nueve millas, y alguien tenía que acompañarlo. Mamá, aprovechando que quería ir al pueblo, se ofreció a ir con él. Mrs. Benson lamentó no estar para esos trotes. Mamá dijo a Miss Evelyn que le agradaría su compañía, y que las niñas, como querían zapatos nuevos, también podían ir. Yo era quien debía quedarse en casa; mamá me pidió que me portara bien, que fuera atento con Mrs. Benson y que le hiciera compañía. Todo ello se dispuso mientras desayunábamos. Al abandonar la habitación, fui seguido por Mrs. Benson, quien, comprobando que no había nadie y mirándome de un modo peculiar, dijo:

—Voy a necesitarte para que me ayudes a devanar la madeja, Charlie, así que no desaparezcas; estate listo para cuando los demás se marchen.

Luego subió a su dormitorio, donde inmediatamente fue alcanzada por Mr. Benson, sin duda para volver a representar la escena que yo había presenciado desde el vestidor unos días antes. Permanecieron cerrados allí una media hora larga. Cuando por fin todo estuvo preparado, se marcharon, abandonándome a un destino en el que apenas había podido soñar.

Mrs. Benson me propuso que subiéramos a la sala de estar que daba al jardín y sobre el que no asomaba ninguna ventana de la casa. Yo la seguí, pero sin poder resistirme a admirar su esbelta

figura mientras me precedía por las escaleras. No obstante su tez pálida, era robusta y sabía moverse con soltura; fue a sentarse en una butaca baja, donde al momento se echó hacia atrás y cruzó las piernas, aparentemente sin darse cuenta de que al hacerlo se le habían subido las enaguas, dejando sus bonitas piernas descubiertas hasta la altura del liguero.

No había olvidado el día en que, escondido en el cuartito, pude contemplar todas sus partes y constatar su hermosura. Su actitud desenfadada, aunque estaba lejos de parecerse a la que había mostrado en la ocasión ya aludida, bastó, junto con el recuerdo que revoloteaba en mi mente, para poner toda mi sangre en ebullición. He señalado antes el poder que tenían sobre mi sistema nervioso unas piernas bonitas y bien calzadas, así como los tobillos y los pies pequeños; ese poder volvía ahora a actuar sobre mí. Mientras le miraba sus hermosas piernas y sus pies y tobillos perfectos sentí que la polla se me empinaba y comenzaba a vibrar de un modo que no podía dejar de ser notado por Mrs. Benson, sobre todo porque, parado enfrente de ella, su cabeza estaba a la misma altura que esa parte de mi persona.

Aunque ella continuaba haciendo punto, pude ver que sus ojos estaban apuntados hacia la mencionada parte, y que se fijaban en el creciente ensanchamiento de mis pantalones. Poco después me dio una madeja de lana y me pidió que me arrodillara frente a ella, de manera que mis manos quedaran a la altura de la butaca en la que estaba sentada.

Me puse de rodillas junto al taburete sobre el que apoyaba un pie; como lo tenía alzado, no tuvo que hacer más que un leve movimiento para aproximarlo a mi cuerpo y dejarlo a cierta distancia del sitio donde mi palpitante polla me ensanchaba los pantalones. En cuanto empezó a ovillar, fue acercando poco a poco el zapato hasta que por fin tocó el abultamiento de mi verga, sobre la que pasó a mover acompasadamente la punta del pie de derecha a izquierda, excitándome hasta más no poder.

Se me subieron los colores a la cara y me puse a temblar con tal violencia que creí que no tendría más salida que soltar la madeja.

—Pero, niño mío, ¿qué es lo que te hace enrojecer y temblar de ese modo? ¿Es que no te encuentras bien?

Incapaz de contestar, me puse más rojo que nunca. Por fin había

acabado con la madeja.

—Charles —dijo—, levántate y ven aquí.

Me puse de pie y fui a su lado.

—¿Qué es eso que se te mueve en los pantalones?

Y, sin más, sus diligentes dedos empezaron a desabotonarlos. Liberada de su prisión, mi polla saltó como un resorte: dura como el hierro y tan larga como la de un muchacho de dieciocho años. Yo estaba, la verdad sea dicha, mejor provisto que un chico elegido entre miles de esa edad. Mrs. Benson, que había fingido la más completa estupefacción, exclamó:

—¡Dios bendito, vaya picha! Pero Charles, querido, ¡si eres un hombre hecho y derecho! ¡Qué tamaño, madre mía! —dijo, y la cogió con delicadeza—. ¿La tienes frecuentemente en ese estado?

—Sí, señora.

—¿Desde cuándo?

—Desde la llegada de Miss Evelyn.

—¿Y qué tiene que ver Miss Evelyn con esto, señorito?

—Yo, yo…

—Vamos, Charles, sé bueno conmigo. ¿A qué te refieres cuando dices que Miss Evelyn te ha puesto en ese estado? ¿Es que le has enseñado esto, y ella te lo ha cogido?

—¡Oh, Dios mío, no! ¡Nunca, nunca!

—¿Fueron sus piernas, su rostro, su trasero acaso, lo que te cautivó de ella?

—Sus pies y tobillos, señora, y sus preciosas piernas, que a veces me enseñaba sin querer.

—¿Y todas las piernas y tobillos de las mujeres te producen el mismo efecto?

—¡Oh, sí, señora, siempre que sean bonitas y esbeltas!

—¿Y por qué motivo estás ahora tan excitado?

—Porque acabo de ver sus hermosas piernas, señora, y por el recuerdo de lo que vi el otro día —balbuceé, enrojeciendo aún más.

Durante toda nuestra charla había mantenido sujeta con su delicada mano mi crecida polla, y ahora comenzaba a correr suavemente el pellejo que tapaba la inflada cabeza, dejándolo luego volver a su sitio.

—Supongo, Charles, que después de lo que viste en el vestidor comprendiste para qué sirve esto.

Contesté con un susurro que sí, e incliné mi sonrojada cara.

—Nunca se lo has metido a una dama, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío, no, señora!

—¿Te gustaría hacerlo?

En vez de responder, asentí tímidamente con la cabeza.

—Cuando estabas en el armario, ¿notaste lo que yo tenía en el mismo sitio?

—Sí, señora —musité.

—¿Te gustaría volverlo a ver?

—¡Oh, sí, muchísimo!

Mrs. Benson se levantó, fue hasta la ventana, bajó la persiana y luego, sin hacer ruido, cerró la puerta con llave. Volvió a su silla y se alzó hasta arriba el vestido, las enaguas y la camisa, dejando sus partes al aire hasta la mitad del vientre; una vez sentada, se echó hacia atrás y abrió de par en par los muslos.

—Bien, mi querido niño, puedes mirarlo, a tus anchas.

Había perdido toda mi timidez. La naturaleza me llevó a cumplir un acto que satisfizo enormemente a la dama. Poniéndome de rodillas, pegué mis labios al delicioso paraje, metí la lengua hasta donde pude, y succioné. Lo encontré bastante pegajoso: estaba seguro de que Mr. Benson la había jodido dos o tres veces justo antes de irse. Pero a mí eso me daba lo mismo. El ataque fue tan inesperado como placentero para la dama. Me tenía cogida la cabeza con ambas manos y apretaba mi cara contra su turgente coño. Evidentemente estaba excitadísima, y no sólo por lo que le estaba haciendo en ese momento, sino por la escena, por nuestra charla, y por el previo manoseo de mi polla. No cesaba de agitar nerviosamente el culo. Yo seguía lamiéndole encantado su húmedo y jugoso coño.

—¡Oh, oh, Charles, cariño, cuanto me haces disfrutar! ¡Oh, oh!

Apretó con más fuerza mi cara contra la abierta funda y, al tiempo que alzaba el culo, acabó corriéndose en mi boca y sobre mis mejillas, barbilla y cuello. Sus muslos se contrajeron convulsivamente encima de mi cabeza y luego permaneció quieta unos instantes. Yo seguía lamiendo y tragando la deliciosa nata que no dejaba de fluir. Finalmente volvió a hablar:

—¡Oh, Charles, cariño, te quiero con toda el alma! Pero levántate, me toca a mí hacerte probar el exquisito placer que tú

acabas de darme.

Me puse de pie y ella me atrajo hacia sí para darme un largo beso y lamer su propio esperma de mis labios y mejillas; en seguida, y habiéndome pedido que le introdujera la lengua en la boca, comenzó a chupármela deliciosamente, mientras con su suave mano y delicados dedos buscaba, encontraba y acariciaba, mi polla erecta. Luego me pidió que me echara en el suelo y recostara mi cabeza sobre tres almohadones. Ella entonces se subió hasta arriba las enaguas, montó encima mío a horcajadas dándome la espalda, e inclinándose, tomó mi polla erguida con la boca, dejando al mismo tiempo caer sus nalgas hasta que tuve su hermoso coño exactamente sobre mis labios; así, con mi cabeza situada a la altura justa gracias a los almohadones, ahora podía gozar plenamente del conjunto que tenía plantado de lleno ante mis ojos.

En la primera succión mi posición sólo me había permitido ver la rica mata de pelo que adornaba su espléndido monte de Venus, que encontré bastante más abundante de lo que me había parecido cuando lo vi desde el vestidor. Al adherir mis labios a esa hendedura deliciosa, descubrí unos rizos sedosos que llegaban hasta los bordes de su encantador ojete rosado, y que luego se perdían en la abertura que dividía las nalgas. Yo me pegué con furia a la deliciosa raja, lamiendo e introduciendo mi lengua alternadamente. Por las nerviosas sacudidas de sus nalgas y el contoneo de todo el culo, entendí lo mucho que estaba disfrutando. Yo, a mi vez, también estaba en éxtasis. Una mano acariciaba suavemente el lado bajo de mi polla y la otra jugueteaba con mis huevos, mientras que su boca, lengua y labios maravillosos chupeteaban, apretaban y relamían mi excitada polla. Cuanto más furiosamente le chupaba el coño, con más fuerza apretaban sus labios la cabeza de mi picha y su lengua intentaba penetrar en la uretra, volviéndome loco de placer.

Tales esfuerzos no tardaron en provocar la crisis extática. Yo grité:

—¡Oh, señora! ¡Oh, querida señora! ¡Suélteme, que me muero!

Ella sabía perfectamente lo que iba a ocurrir, ella tenía su propio modo de hacer; así, en el instante mismo en que volvía a derramar una copiosa descarga sobre mi cara y mi boca, su rosada boca recibía un torrente de mi esperma.

Permanecimos echados unos minutos exhaustos y sin aliento. Entonces Mrs. Benson se levantó, se alisó sus ropas, me ayudó a ponerme de pie y, cogiéndome entre sus brazos y apretándome contra su pecho cariñosamente, me dijo que era un chico encantador y que la había hecho gozar locamente. Luego me abrazó con ternura, besó mi boca y mis ojos y, pidiéndome que le diera la lengua, me la lamió dulcemente.

—Y ahora, mi querido niño, abotónate los pantalones.

Cuando lo hube hecho, la persiana ya estaba otra vez subida y la puerta abierta.

Nos sentamos uno al lado del otro, yo con una mano alrededor de su adorable cuello y la otra entre sus manos.

—Sé que puedo confiar en tu discreción, mi querido Charles, y que sabrás mantener esto en el más profundo secreto. Tu madre te considera un niño, así que no va a sospechar nada. Yo aprovecharé la primera oportunidad que se me presente para sugerirle que traslade tu cama al cuartito contiguo a mi dormitorio, que están comunicados por una puerta. Cuando todo el mundo se haya ido a la cama, abriré la puerta para que vengas a acostarte conmigo y puedas gozar de mí como gozó Mr. Benson el otro día. ¿Te gusta la idea?

—¡Oh, más que cualquier otra en el mundo! Pero tendrá que permitirme que vuelva a besarle ese sitio delicioso que acaba de brindarme un placer tan enorme. ¿Lo hará, señora?

—Claro que sí, mi pequeño, siempre que podamos hacerlo en un lugar seguro y donde nadie nos vea. Pero ahora quiero pedirte que entiendas bien otra cosa: nunca y ante nadie debes mostrar que entre tú y yo hay algo especial, ni tomarte la menor libertad, conmigo si no es con mi consentimiento. Cualquier actitud de ese tipo llamaría fácilmente la atención, y a la larga nos delataría, obligándonos a romper una relación que creo será deliciosa para ambos.

Le prometí, naturalmente, que cumpliría a rajatabla sus muy prudentes instrucciones. Y también como el hielo ya estaba roto, decidimos no hacer cumplidos. Entonces volví a excitarme sobremanera y en ese mismo instante intenté joderla y lamerla otra vez; pero ella, inexorablemente, me dijo que eso no haría más que privarnos del placer del que más tarde podríamos disfrutar en la

cama. El resto del día pasó volando en su encantadora compañía.

El coche volvió con mamá y los demás a la hora de la cena. Mamá confiaba en que me hubiese portado bien y hubiese sido atento con Mrs. Benson durante su ausencia. Ésta contestó que las cosas no habrían podido ir mejor y que yo era un chico realmente modélico, sumamente amable y obediente.

Mi madre se había resfriado y comenzó a presentar síntomas de fiebre después de la cena. Mrs. Benson la convenció de que se retirara a la cama, y la acompañó. Una vez en su habitación pareció reparar, por primera vez, en mi camita. Aprovechó entonces la ocasión de sugerir la conveniencia de trasladarla al cuartito, para que así yo no perturbara el silencio que necesitaba mi madre cuando subiera a acostarme.

Dijo todo ello de una manera tan inocente y natural que ni mi madre ni nadie pudo sospechar nada. Ella, mi madre, puso como único reparo el hecho de que al levantarme por la mañana podía hacer ruido y molestara a Mrs. Benson, dado que ella dormía en la habitación contigua.

—De ningún modo; tengo un sueño bastante pesado. Además, se ha portado tan bien todo el día que estoy segura de que si le pido que no haga ruido por la mañana, se esmerará en cumplirlo.

Quedó todo dispuesto, y mi cama fue inmediatamente trasladada al cuartito.

No sabía qué era lo que pensaba Miss Evelyn de aquello; en cualquier caso, no hizo ningún comentario, y yo me fui temprano a la cama. Se comprenderá fácilmente que no hice nada por conciliar el sueño. Las horas pasaban y mi adorable instructora seguía sin aparecer. No se apartaba de mí el recuerdo de todos sus encantos, y anhelaba introducir otra vez mi lengua en su húmedo y jugoso coño, así como conocer el método con el cual iba a iniciarme en los auténticos secretos de Venus.

La larga espera acabó poniéndome en un estado totalmente febril. No cesaba de revolverme y agitarme en la cama; mi polla estaba a punto de estallar. Por suerte, nunca me la había meneado y tampoco ahora se me ocurría emplear ese recurso, pues habría quedado imposibilitado para disfrutar de los raptos con los que mi preciosa benefactora iba a hechizarme más tarde. Oí por fin voces y pasos en la escalera. Mrs. Benson dio a Miss Evelyn las buenas

noches y, al instante siguiente, su puerta se abrió y volvió a cerrarse, esta vez con llave. Yo había tenido la precaución de hacer lo mismo con mi puerta. La oí usar la bacina y después abrió mi puerta, desde la que en seguida se acercó a un lado de mi cama. Al verme completamente despierto y con el rostro encendido, me besó y luego musitó:

—¿No estabas dormido, Charles?

—No, señora —respondí, con tono igualmente quedo—, no podía dormir.

—¿Por qué, mi pequeño?

—Porque iba a dormir con usted.

Sus labios se apretaron contra los míos, y su suave mano, abriéndose paso entre mis ropas, buscó y comenzó a acariciar mi polla tiesa: la tenía dura como el hierro.

—Pobre niño, temo haberte hecho sufrir. ¿Desde cuándo la tienes en este estado?

—Desde la tarde, señora, y encima creía que usted no iba a llegar nunca.

—Lo siento, Charles, pero no podía venir antes sin despertar sospechas: me pareció que Miss Evelyn advertía algo, así que fingí no tener ganas de acostarme; incluso después, cuando ella comenzó a mostrar claros síntomas de agotamiento a causa de su largo viaje, la insté a que me hablara de ello y le pedí que se sentara conmigo otro ratito. Por fin no pudo aguantar más y me pidió que le permitiera retirarse. Y yo le di mi permiso, pero de mala gana, para despistarla todavía más y para que nunca pudiera adivinar que yo estaba tan impaciente como tú por venir aquí. Ahora voy a desnudarme lo más rápido que pueda y en seguida haré todo lo que esté en mi mano para librarte de esa dolorosa rigidez. Levántate, cierra el pestillo de tu puerta y ven a mi cama. El forro acolchado de la puerta de mi habitación nos permitirá estar allí sin temor a que alguien nos oiga.

Yo obedecí al momento y ella comenzó a desvestirse. Mis ojos ávidos devoraban cada una de las encantadoras prendas que se iba quitando. Su cabello, lustroso y abundante, peinado con trenzas, lo tenía bien recogido bajo un coqueto lazo de hermosas cintas azules. Su *chemise de nuit*, de una batista tan fina que parecía transparente, estaba bordada con el más fino encaje. Tenía un aspecto divino. Los

cajones de su cómoda contenían frascos llenos de esas esencias tan peculiares que por lo general perfuman los cuerpos de las mujeres más seductoras. Un momento después ya estaba en su cama, estrechándome entre sus brazos.

—Y ahora, Charles, debes comportarte como un buen chico, y no hacer ruido, mientras te doy tu primera lección de amor. Mira, yo me echo de espaldas, así; tú ponte de rodillas entre mis muslos abiertos, así, muy bien, cariño, y ahora deja que yo dirija tu querido instrumento. Ya puedes tumbarte sobre mí.

Me eché sobre su liso y delicioso vientre blanco y me apreté contra el vello de su monte. Ella, con sus largos dedos, guiaba mi polla. Todos mis miembros temblaban y estaba a punto de desmayarme por la excitación, pero, embargado por la deliciosa sensación que experimenté al introducir mi bálano entre los pliegues suaves, cálidos y lúbricos del coño de la dama, se lo metí hasta el fondo sin más. Me produjo tal éxtasis que en seguida caí desvanecido sobre su vientre y su trasero, blanco como la nieve.

Cuando recobré el conocimiento seguía echado sobre su vientre, rodeado por sus adorables brazos y con mi polla envainada hasta las entrañas de su delicioso coño, el cual palpitaba en absoluto éxtasis: sus pliegues se contraían, presionando mi polla, que apenas había perdido algo de su primitiva rigidez. En cuanto comencé a distinguir sus facciones, vi dibujada una sonrisa exquisita en los adorables labios de mi amiga.

—Bribonzuelo —musitó—, acabas de hacerme un hijo. ¿Qué cosas habrás estado haciendo antes para correrte tan rápido, y en tal cantidad? ¿Te ha gustado?

—Oh, mi adorada dama, he estado en los cielos. Estoy seguro de que no puede haber un gozo mayor del que usted me ha dado.

—Pero aún no sabes todo lo que se puede hacer ni hasta dónde puede llegar el placer mediante el esfuerzo de ambos. Ya verás, ahora mete y saca despacio tu instrumento; así ¡Qué delicia! Pero no vayas tan rápido. Muy bien, ¿verdad que te da mucho gusto?

Y se movía al unísono conmigo, haciendo coincidir cada uno de mis movimientos descendentes con uno suyo en sentido inverso, y apretando mi polla del modo más delicioso en su interior, antes de retirarse nuevamente para que yo se la metiera otra vez.

¡Oh!, aquello era el éxtasis: mi polla, empinada hasta más no

poder, parecía llenar su exquisita vagina. Ésta, pese a haberse demostrado capaz de acoger sin dificultad la polla descomunal de Mr. Benson, podía también aparentemente contraerse y estrechar con firmeza, entre sus pliegues sedosos y resbaladizos, mi palpitante y erguida polla. Y así continuamos, yo introduciéndome en ella y ella levantando su trasero. Mis manos sobaban todo su cuerpo y mi boca chupaba sus labios y lengua o se perdía sobre sus pechos pulposos para lamerle las tetillas. Ciertamente, esta vez el asalto duraba gracias a las instrucciones de Mrs. Benson, quien, disfrutándolo plenamente, me daba constantemente ánimos con toda clase de halagos y mediante las maniobras más voluptuosas. Yo estaba en trance. Pensar que estaba metiendo mi parte más íntima en esa parte que se estima tan frágil del cuerpo de una mujer me hacía experimentar el placer más arrebatador. Enloquecido por la intensidad de mi sensación, acabé acelerando mi ritmo. Mi encantadora compañera hizo lo mismo, y juntos derramamos entonces una descarga abundante y deliciosa.

Pese a mi impresión de que la tenía aún lo suficientemente rígida como para que siguiera en su sitio, Mrs. Benson se negó a que continuáramos enlazados; me pidió entonces que me apartara de ella y que me fuera a dormir como un buen chico, prometiéndome que por la mañana me daría una nueva lección.

Viendo que nada la iba a hacer cambiar de idea y que ya se disponía a dormir, me sentí obligado a seguir su ejemplo, hasta que al fin me quedé profundamente dormido. Puede que fueran las cinco de la mañana —hora en la que había bastante luz en esa época del año— cuando me desperté y, en vez de encontrarme como siempre solo en mi camita, vi que mis brazos rodeaban el cuerpo de una mujer encantadora, con su liso y carnoso trasero pegado a mi regazo y apretado contra mi vientre y mis muslos. Mi polla, ya erguida, comenzó de inmediato a palpitar y a intentar abrirse camino entre las deliciosas mejillas de su inmenso trasero, en busca de la maravillosa hendidura que tanto la había hecho disfrutar al comienzo de esa noche. No sabría decir si Mrs. Benson dormía o no en ese momento, aunque me inclino a pensar que sí por lo que musitó sin querer al despertarse. Probablemente ella estaba soñando, ya que mecánicamente levantó los muslos. Yo apreté resueltamente mi polla contra su cuerpo lujurioso, a

sabiendas de que la entrada a ese templo de placer que tanto me había extasiado esa noche estaba en esa dirección. Encontré más dificultades de las previstas, pero al final comencé a penetrar. El orificio parecía bastante más estrecho que por la noche. Excitado por los problemas que tenía para entrar, agarré firmemente a la dama por la cintura y empujé con fuerza hacia adelante. Sentí que los pliegues cedían ante la férrea rigidez de mi polla, la mitad de la cual estaba ya dentro de esa abertura tan estrecha. Me llevé entonces una mano a la polla para empujarla ligeramente y facilitar la introducción del resto: figúrense mi sorpresa cuando al hacerlo descubrí que me hallaba dentro del ojete de mi dama, en lugar de en su coño. Ello explicaba las dificultades que había tenido para entrar. Y estaba ya por sacarla para ir a meterla en el sitio debido, cuando una contracción convulsiva del esfínter me produjo una satisfacción de lo más exquisita debido a la presión que los pliegues ejercían sobre la parte más sensible de mi polla; de lo más exquisita, sí, pero también más premiosa y excitante de la que me había proporcionado el coño, tanto que no pude resistirme a la tentación de llevar el experimento hasta el final. Así, después de meterle dos dedos en el coño, comencé a apretar con todas mis fuerzas mi vientre hasta que por fin le introduje toda la polla en el ojete. Mrs. Benson se despertó en ese momento, y exclamó:

—¡Dios Santo, Fred, me haces daño! Me gustaría que te conformaras con mi coño; verás como mañana no podré caminar. Ya sabes que siempre produce ese efecto. Eres cruel conmigo, de verdad: pero ya que estás ahí, quédate quieto un ratito más, y mientras tanto sigue frotándome con tus dedos; eso, como sabes, me produce un placer enorme.

Ella me llamaba Fred, ¿qué querría decir? En cualquier caso, yo no estaba para hacer conjeturas en una posición tan placentera como en la que me hallaba, y así, enclavado dentro de su ojete, permanecí quieto unos minutos como ella había pedido; sólo que, prosiguiendo sus quejas, y percibiendo yo un leve movimiento hacia atrás, comencé a menearme al compás de ella, accionando al mismo tiempo mis dos dedos en su coño. Para entonces ella ya estaba completamente despierta, y cobró conciencia de quién era su compañero de cama.

—¿Qué estás haciendo, Charles? —exclamó—, ¿sabes dónde

estás metido?

—No creí que estuviera haciendo nada malo.

—¡Vaya que si es malo! El ojete de una dama no ha sido concebido para la picha. ¿Cómo acabaste metido allí?

—No lo sé, pero no lo hice a propósito. Me pareció que entraba en el delicioso lugar en el que había estado por la noche.

Durante todo ese rato no había dejado de mover la polla en una de las aberturas, mientras que mi mano seguía ocupada en la otra. No podía imaginarme nada más delicioso que la premiosidad con que la funda me estrujaba la polla, y creo, por la manera en que se comportaba la dama, que a ella le gustaba tanto como a mí. Sea como fuere, me permitió continuar hasta que solté una deliciosa descarga y ella se corrió de lleno en mi mano.

Cuando el asalto concluyó, ella saltó de la cama, fue hasta la bacina y se purificó con una esponja. Hecho esto, me dijo:

—Pequeño mío, será mejor que también tú vengas a lavarte. Y procura no volver a cometer un error de esta naturaleza, porque sus consecuencias pueden ser bastante desagradables.

Ya había amanecido del todo, y mi encantadora amada tenía un aspecto tan adorable con su camisón de batista casi transparente, que me atreví a pedirle que me dejara verla completamente desnuda en toda su gloriosa belleza. Y en seguida me complació; sólo que, riendo, me quitó de un tirón mi camisa de noche, y dijo:

—Yo también quiero gozar del placer de contemplar tus prometedores encantos juveniles, así como abrazar tu querido cuerpo libre de todos los impedimentos del vestido.

Nos estrechamos mutuamente en un abrazo de lo más arrobador, y luego mi adorable y amable compañera me permitió que la hiciera volverse de un lado a otro para que viera, admirara y devorara cada una de las maravillas de su perfecto cuerpo. ¡Oh, era realmente hermosa!: hombros amplios, pecho, o más bien el nacimiento del cuello —donde no le sobresalía ningún hueso de la clavícula— plano; senos firmes, bien separados y redondos, con deliciosas tetillas rosadas no demasiado crecidas; una cintura perfecta, obviamente pequeña, con caderas maravillosamente anchas, y un culo inmenso: era casi desproporcionado, grande, pero ¡oh!, hermosísimo. Y luego su vientre, que se curvaba turbadoramente para terminar en un estupendo y prominente *mons*

Veneris, cubierto por una copiosa mata de rizos rubios y sedosos; y luego, en la entrada a la gruta de Venus, tenía unos labios francamente deliciosos, rosados, y rodeados de un vello siempre espeso —cosa que no suele darse ni siquiera entre mujeres que poseen un buen matojo encima, y que resulta hermosísimo cuando se da, como en el caso de esta perfecta y encantadora mujer—. En ella dicho vello se prolongaba en preciosos ricitos no sólo hacia abajo, sino hasta rodear su adorable ojete angosto y rosa, cuyas delicias yo, en esta infancia de mi educación amorosa, ya había probado y saboreado. Sus dos muslos de alabastro sostenían garbosamente, gracias a sus formas rollizas y carnosas, las exquisitas maravillas de la mitad superior del cuerpo que acabo de describir. Y cuán hermosas, elegantes y largas eran sus piernas, que a su vez se alzaban sobre tobillos bien torneados y pies preciosos y diminutos. Su piel era suave, tersa y blanca como la leche. Para mis jóvenes ojos, ella era una auténtica diosa de la belleza. Incluso ahora, con bastantes más años, no puedo recordar nada que en conjunto la supere, pese a haber conocido a muchas con rasgos de una belleza insuperable: en unas ese rasgo reside en el pecho, en otras en el porte en otras en el monte de Venus en combinación con el trasero, —dado que en estos casos los dos suelen ser prominentes —, y en otras en las piernas y en los muslos; pero esta criatura divina, que vestida engañaba a la vista, desnuda parecía tan perfecta en todas sus partes, y tan hermosa como su rostro. Seductora y voluptuosa por naturaleza, se brindaba ahora a instruirme con sus más encantadoras gracias en todos los misterios del amor, y, permítaseme decirlo, también de la *lujuria*.

Nuestras caricias nos produjeron tanto placer, que la naturaleza pronto nos condujo a una unión más estrecha y activa de los cuerpos. Cariñosamente abrazados nos aproximamos a la cama y, ambos excitados por igual, nos arrojamos sobre ella para gozar, en el exquisito contacto de nuestros cuerpos desnudos, de un larguísimo asalto amoroso, durante el cual mi maravillosa compañera se mostró experta en todos los recursos del juego amoroso. Jamás podré olvidar la voluptuosidad de aquel abrazo. Ella pudo comprobar mi propensión a que se me empinara al momento. Creo que gozamos de los raptos de aquel abrazo durante media hora completa, hasta que por fin llegamos al instante

triunfal. Aquí mi activa compañera dio muestras de la extraordinaria flexibilidad de su cuerpo delicioso poniendo sus piernas sobre mi espalda, apretándome el culo con sus talones, y levantando y dejando caer su trasero al compás de las arremetidas de mi polla, tan terriblemente erecta ahora, que parecía estar más larga, gruesa y dura que nunca. Al retirarse después de cada arremetida, sentía como si su coño se cerrara sobre mi polla con la fuerza de unas pinzas. Los dos alcanzamos el éxtasis al mismo tiempo, y juntos también, gritamos de placer; mi ardiente dama, presa del frenesí, llegó incluso a morderme un hombro y a hacerme sangre, pero yo no sentí nada: estaba en el séptimo cielo de la dicha, y así me quedé un buen rato casi sin sentido sobre su bello cuerpo, ceñido entre sus brazos. Por fin nos recobramos:

—Oh, pequeño mío —dijo ella—, nunca, nunca he sentido un placer semejante. Eres un auténtico ángel. Lo único que temo es enamorarme demasiado de ti.

Nos pusimos de lado sin desalojar el querido instrumento de nuestro gozo, y mi adorable amiga siguió hablándome y embelesándome con sus mimos, abrazos y sonrisas. La polla se me había vuelto a empinar y le expresé mi deseo de fornicar serenamente en la voluptuosa posición en la que nos hallábamos. Pero mi amiga me dijo:

—No, mi querido Charles, eso no puede ser, tengo que pensar en tu salud. Ya has hecho más de lo que te permite tu edad. Lo mejor es que ahora te levantes y vayas a tu cama para que recobres tus fuerzas con un profundo sueño.

—Pero mire lo fuerte que estoy —dije, entrando con ímpetu en su ardiente y húmeda raja—. Pero ella, pese a estar claramente excitadísima, de improviso se giró y se apartó de mí, negándose a que se la metiera otra vez. Desnuda como estaba, los movimientos de su precioso cuerpo resultaban de una gracia y un encanto sin par, y más cuando, al retirar una pierna, su adorable coño quedó expuesto ante mí en todo su esplendor. Presa de un tremendo deseo de besarlo y chuparlo —como había hecho la noche anterior—, le rogué que me concediera al menos ese último favor, dado que no podía causarme ningún daño. Accedió a mi ruego de inmediato y se echó de espaldas, abriendo sus muslos gloriosos y apoyando el culo sobre un almohadón para que así pudiera comérselo mejor, como

ella decía. Antes de dejarme comenzar, dijo:

—¿Querido Charles, ves ese bultito que tengo un poco más arriba de la raja? Bien, ése es el clítoris, el sitio que más placer produce. Como puedes notar, ya está bastante duro; pero ya verás: si lo excitas con tu lengua o lo chupas, irá endureciéndose y abultándose todavía más. Pega, pues, tus labios donde te digo.

Hice lo que mi adorable dama me había pedido, y pronto lo sentí erguido y metido un par de centímetros dentro de mi boca.

Las sacudidas convulsivas de sus nalgas y la fuerza con que una de sus manos apretaba mi cabeza, eran clara prueba de que mi adorable amiga estaba gozando de una sensación de lo más exquisita.

Acerqué una mano y, no obstante la incomodidad de mi postura, conseguí meterle el pulgar en el coño. Mi dedo índice estaba por seguir el mismo camino cuando, topando con el agujero rosado del culo, completamente húmedo, lo dejé correr hacia allí y se lo metí sin dificultad. Aunque no podía mover demasiado la mano, no paraba de meter y sacar suavemente ambos dedos de los lugares que ocupaban, lo que al parecer aumentaban inmensamente su placer. Todo su cuerpo se estremecía de excitación. Mi cabeza estaba tan firmemente apretada contra su coño que me resultaba difícil respirar, pero pude arreglármelas para continuar con mi trabajo de lengua y dedos hasta hacerla alcanzar la maravillosa crisis: sus nalgas se alzaron, su mano oprimió con más fuerza mi cabeza, y sus muslos recios y carnosos se cerraron sobre mis mejillas como una prensa. Entonces derramó en mi boca y sobre mi barbilla, cuello y mano un auténtico chorro de esperma, y comenzaba a moverse convulsivamente presa del placer, dándose apenas cuenta de lo que hacía. Como me tenía casi inmovilizado, seguí lamiéndole la deliciosa descarga y repasando la lengua por su clítoris. Esto, al excitarla nuevamente, le hizo recobrar sus sentidos. Así, relajando la tensión de sus muslos, me dijo:

—¡Oh, Charles, querido, ven a mis brazos para que pueda besarte por el placer tan grande que me has dado!

Así lo hice, pero sin desaprovechar la oportunidad de enfilarle de paso mi tiesa polla en el coño abierto y húmedo situado a una altura idónea gracias al almohadón.

—¡Oh, vil traidor! —gritó mi dulce compañera—. No, basta, no

lo toleraré. —Pero yo la tenía bien agarrada por la cintura, y su posición me ofrecía todas las ventajas para poder continuar con mi monta.

—¡Ah!, no debes hacerlo, mi pequeño. Si tu salud te da igual, piensa entonces en la mía. Voy a acabar muerta. —Le cerré la boca con mis besos y mi lengua, y pronto los vigorosos movimientos que estaba realizando en el interior de su vagina provocaron el consabido efecto sobre su lubricidad, hasta volverla tan impaciente por el combate como yo.

—Espera, querido Charles. Voy a enseñarte una nueva postura que nos dará a los dos mucho más placer.

—No pensará engañarme, ¿verdad?

—¡Oh, no!, querido mío. Te aseguro que estoy tan acalorada como tú. Sal.

Obedecí, aunque con cierta desconfianza. Mi bella dama se dio la vuelta y, apoyándose con sus manos y rodillas, puso ante mi ardiente mirada su trasero esplendoroso. Creí que me pedía que se lo volviera a meter en el agujerito rosado, y se lo dije.

—¡Oh, no! —replicó—, ahí no. —Se llevó entonces una mano al bajo vientre y, mostrando la prominencia entre sus muslos, añadió:

—Dámela para que la dirija hacia el sitio debido.

Antes de hacer lo que me pedía, me incliné y, metiendo mi cara en medio de las mejillas gloriosas de su culo, busqué y encontré el maravilloso agujerito, lo besé y le introduje la lengua.

—¡Oh!, no hagas eso, Charles, cariño, que me haces cosquillas —dicho lo cual cerró y apretó sus nalgas, con lo que a mí no me quedó más que acercar mi polla a su mano. Ella inmediatamente la dirigió y hundió en su ardiente coño hasta la altura del mismísimo vello. Sentí que le había entrado al menos una pulgada y noté que, colocada de ese modo, mi bella instructora podía apretarme la polla todavía con más fuerza. Sus gloriosas nalgas se agitaban al compás de mis movimientos y se exhibían ante mí en toda su inmensidad. La postura me pareció de lo más excitante y deliciosa. Le agarré con ambas manos las caderas y comencé a apretar su magnífico trasero contra mí cada vez que me echaba hacia adelante. ¡Oh!, era algo realmente sensacional. Estaba fuera de mí y frenético por la excitación que me producía la contemplación de todas esas maravillas. Mi encantadora dama parecía disfrutarlo tanto como yo,

como probaban los espléndidos movimientos de su cuerpo. Por fin, vencida por el instante triunfal, se desplomó hacia adelante y yo a mi vez caí sobre su espalda, pero sin dejar la posición que ocupaba mi tiesa polla en su interior. Nos quedamos echados un rato sin podernos mover; aun así, el modo en que su coño se cerraba y me apretaba la polla, ahora más blanda pero todavía tiesa, el placer que yo sentía seguía siendo inimaginable. Al cabo me rogó que me apartara de ella. Se levantó entonces de la cama, suspiró profundamente, me besó con ternura, y dijo:

—Querido Charles, no debemos excedernos tanto en el futuro si no queremos acabar mal. Ven, quiero verte metido en la cama.

La contemplación de mi adorable dama, que se mostraba desnuda ante mí en toda la gloria de su belleza y perfección de formas, comenzó a provocar el efecto de siempre en mi polla, que ya volvía otra vez a empinarse. Ella le dio una palmadita, se inclinó, y se metió unos segundos el bálano en su preciosa boca; luego cogió mi camisa de noche y ella misma me la puso; me condujo a mi cama, me hizo acostar, me arropó y, besándome tiernamente, dejó la habitación, no sin antes abrir el pestillo de mi puerta y luego cerrar la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Había pasado así, de la mano de una mujer fresca, encantadora y hermosa, que pese al poco tiempo que llevaba casada era ya toda una experta en el arte, la primera noche gloriosa de mi iniciación en los ritos de Venus. Jamás, ¡oh, jamás!, he pasado una noche similar. He gozado de muchísimas y fabulosas mujeres, también duchas en el arte de la fornicación, pero aquella noche —por la novedad y el hechizo, la imaginación y la superioridad de la maestra— fue para mí el *ne plus ultra* del placer erótico.

Huelga decir que, exhausto por los numerosos encuentros que había tenido en el campo de batalla del amor, dormí larga y profundamente, hasta que fui despertado por un violento zarandeo. Abrí los ojos con estupor. Era mi hermana Mary. Me arrojó los brazos al cuello y, besándome, dijo:

—¡Menudo holgazán! Durmiendo todavía, cuando ya están *todos* abajo desayunando. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Oh! —dije—. Me desperté temblando de un sueño espantoso, y como me costó mucho volver a dormir, se me han pegado las sábanas.

—Venga, ahora levántate —y sin más, tiró de mi ropa de cama, dejando al aire todas mis partes íntimas entre las que mi verga aparecía, como las de casi todos los jóvenes al despertarse, totalmente empinada.

—¡Oh, Charlie! —dijo Mary, clavando sus ojos sobre ella, asombrada por su dureza y tamaño—. ¡Cuánto te ha crecido el cacharrito —y la cogió con una mano—! ¡Pero si la tienes dura como un palo! ¡Y que roja está la cabeza! Aunque ella desconocía el motivo, sus sentidos no tardaron en verse alterados, y comenzó a enrojecer mientras la apretaba.

—¡Ah, querida Mary!, he descubierto un secreto sobre esto que te contaré en cuanto estemos solos y en un sitio donde nadie nos moleste. Ahora no tenemos tiempo, pero antes de marcharte, déjame ver cómo está tu pequeña Fanny.

Solíamos emplear esas expresiones infantiles cuando, en nuestra inocencia e ignorancia, nos examinábamos mutuamente las diferencias de nuestros sexos. Pero mi hermana seguía siendo tan inocente e ignorante como siempre. Así que, cuando le dije que no se lo había vuelto a ver desde el día en que sufriera tanto por la terrible azotaina que le había propinado Miss Evelyn, ella en seguida se levantó las enaguas para que pudiera vérselo.

—Échate un momento sobre la cama.

Me obedeció. Yo estaba extasiado. Todo, tanto la prominencia adquirida por su *mon Veneris*, como el espesor de sus lícitos y la turgencia de los labios de su rajita, resultaba de lo más prometedor y encantador. Me incliné y se lo besé, lamiendo su clítoris apenas abultado con mi lengua; se endureció al instante, y todo su pubis se estremeció.

—¡Oh, Charlie, qué gusto me da eso! ¿Qué es lo que haces? ¡Oh, qué gusto! ¡Oh, sigue por favor!

Pero me levanté, y dije:

—Ahora no, querida hermana. Cuando podamos estar a solas en otro sitio volveré a hacerte lo mismo y además algo todavía mejor, siempre relacionado con el gran secreto que tengo que contarte. Así que ahora ve abajo, y explícales por qué me he quedado dormido, pero no digas una sola palabra a nadie de lo que te he contado. Yo bajaré en un santiamén.

Y se marchó, diciendo:

—Oh, Charlie, querido, lo que acabas de hacerme era tan gustoso, y me ha hecho sentir tan rara… Arréglatelas para que nos podamos ver pronto y me lo cuentes todo.

Me bastaron unos pocos minutos para vestirme y bajar al comedor.

—¿Y bien, Charlie —rezongó mi madre—, qué sueño tan espantoso era ése?

—No sé si podré contártelo, querida madre, porque era muy confuso. Verás, me amenazaban con matarme unos hombres espantosos, y al final me llevaron a un precipicio y me arrojaron al vacío. La angustia y el miedo me despertaron, gritando y bañado en sudor. Estuve sin poder dormir varias horas, y eso que me acurruqué bien dentro de las sábanas.

—Pobrecito mío —dijo Mrs. Benson, quien estaba tomando tranquilamente su desayuno—. ¡Qué miedo debes haber pasado!

—Sí, señora, y al mismo tiempo, como me desperté gritando, temía haber perturbado su sueño, porque de repente recordé que no estaba en la habitación de mamá sino junto a la suya. Espero no haberla despertado.

—Oh, no, mi pequeño. No te oí en ningún momento, de lo contrario me habría levantado a ver qué ocurría.

Dicho esto ya no hubo más comentarios y, cruzándose mi mirada con la de Mrs. Benson, ésta me hizo un leve gesto de aprobación. Al terminar de desayunar fuimos como siempre al aula. Me pareció que Miss Evelyn estaba más amable conmigo que de costumbre. Me había mandado colocarme a su lado para recitar mi lección. De vez en cuando me rodeaba el cuello con su brazo izquierdo —mientras que con el índice derecho señalaba a mi libro —, apretándome ligeramente cada vez que lo levantaba. Repitió esas caricias varias veces, como si deseara acostumbrarme o acostumbrarse a ellas, y sin duda con la idea de ir aumentándolas paulatinamente hasta llegar a algo más. No pude evitar pensar en el distinto efecto que tales zalamerías hubieran producido veinticuatro horas antes en mi polla; y es que la momentánea satisfacción de mis deseos, así como el nuevo amor que sentía por Mrs. Benson, impedían ahora la inevitable erección que en circunstancias normales la proximidad de Miss Evelyn me habría producido. Ello no significa que ya no tuviera deseos de poseerla. Al contrario, el

aprendizaje de la noche anterior no había hecho más que aumentar mis ansias de intimar con Miss Evelyn. Por consiguiente, no rechacé en absoluto sus caricias, y me limité a mirarla inocentemente a la cara y a sonreírle con candor. Por la tarde se mostró más afable y, rodeándome con un brazo por la cintura, me atrajo hacia sí y me apretó suavemente contra su cuerpo, para en seguida decirme que me había vuelto muy aplicado y que lamentaba mucho haberse visto obligada a castigarme tan severamente la semana pasada.

—A partir de ahora vas a portarte como un buen chico, ¿verdad, querido Charlie?

—Claro, siempre que usted sea buena conmigo. Porque yo la quiero mucho, ¿sabe? Y además, se pone usted preciosa cuando dice cosas bonitas.

—¡Uh, qué charlatán eres!

Y me atrajo hacia sus labios y me dio un dulce beso, que le devolví con pasión. Sentí que la polla se me iba empinando mientras nos acariciábamos, y como Miss Evelyn me tenía bien apretado contra sus muslos, ella también debía sentirla palpitar sobre su cuerpo. No dudé de que era así cuando la vi sonrojarse, y me dijo:

—Bueno, ya es suficiente, ahora vuelve a tu asiento.

Obedecí. Ella entonces se levantó agitada, salió de la habitación, y se quedó fuera un cuarto de hora. Estaba seguro de que la pasión había terminado por rendirla y me dije que se las ingeniaría para conquistarme uno de esos días. Podía permitirme el lujo de dejar el asunto en sus manos, dado que contaba con mi encantadora dama de la pasada noche para mantenerme en forma y aquietar la llama del deseo que, sin su ayuda, habría seguido abrasándome. Durante el resto del día no ocurrió nada especial; Mrs. Benson no me buscaba ni reclamaba y, cuando me tenía cerca, se mostraba indiferente; yo estudié sus miradas y seguí su ejemplo. Mi madre me mandó temprano a la cama, estaba preocupada por lo poco que había dormido la noche anterior a causa de la pesadilla y esperaba que no volviera a sufrir otra similar. Esta vez mi preciosa dama me encontró profundamente dormido cuando subió a acostarse. Sólo me despertó cuando hubo terminado de asearse y de arreglarse para recibirme en sus brazos. Yo salté como un resorte y en un instante, sin que mediara una palabra, estaba ya encima de ella y con mi

polla tiesa metida hasta el fondo de su delicioso coño. Mi energía y furia parecieron estimular y agradar a la dama, porque respondió a cada una de mis vehementes arremetidas con sacudidas igualmente vehementes. La impetuosidad de nuestros movimientos nos condujo pronto a la crisis, y, entre suspiros y gritos de placer, caímos exhaustos. Permanecimos unos segundos echados, hasta que la encantadora Mrs. Benson dijo:

—¡Con qué brutalidad me tratas, Charles! Corres como un loco; de todas formas ha sido muy agradable y te perdono, pero a partir de ahora deberás ser más prudente.

—Sí, amada mía, pero es que no puedo evitarlo. Es usted tan bella y tan buena conmigo. Y yo venero y adoro cada rincón de su cuerpo encantador. Sé que he sido demasiado impulsivo, y para reparar el daño permítame ahora que bese y acaricie la querida fuente de todos mis gozos.

Me dejó proceder sin oponer la menor resistencia. Echándose hacia atrás, pegué los labios y la lengua a su adorable coño, empapado por nuestra mutua corrida. Era tan dulce al paladar que lo primero que hice fue lamerme los labios, y, ya adherido a su excitado clítoris y accionando el pulgar y el índice como había hecho esa mañana, la hice alcanzar en seguida el delicioso éxtasis, que se manifestó en una nueva y exquisita corrida. Volví a montar entonces sobre ella y metí la polla dentro de su húmedo y aterciopelado coño; como podrán imaginar, la tenía tan empinada como siempre después de haberle chupado la deliciosa raja.

—Espera, Charles, querido, voy a enseñarte una nueva postura, que permitirá a tu deliciosa polla reposar en el fondo de la abertura que tanto ha excitado. Ven, échate a mi costado y ponte de lado.

Se echó de espaldas y, poniendo su pierna derecha sobre mis caderas, me dijo que doblara las rodillas y abriera las piernas, o mejor dicho que alzara mi pierna derecha. Acomodó entonces su muslo izquierdo entre los míos, y luego, volviendo un poco su trasero hacia mí, colocó los labios de su coño justo delante de mi polla, que cogió con sus delicados dedos y condujo a salvo hasta el interior de su gruta de Venus. Yo empujé una o dos veces y ella tiró de mí otras tantas, hasta dejarla cómodamente alojada.

—Y ahora —dijo—, vamos a hacer las cosas juiciosamente; podemos seguir adelante o estarnos quietos un ratito; abrazarnos,

acariciarnos o hablar, como prefiramos. ¿Estás cómodo?

—¡Comodísimo! —respondí, mientras mi mano se perdía por su vientre y sus tetas, y luego mi boca las besaba.

—Vale, cariño, ya es suficiente por ahora. Me gustaría hablar contigo un momento. En primer lugar, quiero darte las gracias por tu discretísimo comportamiento de hoy, con ello has justificado plenamente la confianza que había depositado en ti. Tu relato del sueño fue de lo más pertinente y oportuno. Espero, querido Charles, que bajo mis auspicios te conviertas en un amante modélico: ya has demostrado tus aptitudes de diversos modos. Ante todo y sobre todo has demostrado que, pese a tu aspecto de niño, eres en realidad todo un hombre, e incluso superior a muchos. Has demostrado además tener una enorme discreción y una inteligencia muy despierta, lo que sin duda te permitirá gozar del favor general de nuestro sexo, el cual no tarda en reconocer quién es discreto y quién no: la discreción es la clave del éxito con nosotras. ¡Ay!, muy pocos hombres entienden esto. Quiero que se te quede bien grabado lo que te voy a decir, querido Charles. Nuestra relación no durará mucho tiempo. Mi marido volverá y me llevará con él, y si bien las circunstancias nos permitirán vernos de tarde en tarde —pues puedes contar con que siempre te recibiré encantada—, mi ausencia va a obligarte a buscar otros desahogos a los deseos que he despertado en ti y sobre cuya fuerza te he orientado. Tengo que darte un consejo en relación a la conducta que debes seguir con tus nuevas amantes —porque deberás tenerlas, querido Charles, por mucho que ahora te sientas ligado a mí. Has de hacer creer a todas tus amantes que eres un primerizo. Ello, ante todo, duplicará su satisfacción, y en la misma medida aumentará tu placer. La discreción que has mostrado me invita a pensar que sabrás comprender las ventajas de tal proceder. Es más, diría que si tus amantes, siempre que sean mujeres, llegan a sospechar que ya has sido instruido por alguien, no pararán hasta sonsacarte el nombre de tu primera maestra. Naturalmente tú podrías contarles algún cuento chino, pero si ellas se empeñan en descubrir la verdad, seguirán haciéndote preguntas capciosas hasta que tú en un despiste te contradigas, y entonces sin remedio se averiguaría la verdad. Lo cual significaría cometer una injusticia conmigo, dado lo mucho que he tenido que arriesgar para darte las deliciosas instrucciones de la

otra noche y, como espero, de muchas más. En todas tus primeras relaciones deberás pues, mi querido Charles, representar el papel del novato *en busca* de instrucción y con leves ideas de cómo comportarse. Confío en que mientras yo esté cerca tuyo —agregó—, no surja ninguna ocasión de ese tipo, pero estoy segura de que, a la vista de tus pasiones y tu fuerza, cariño, pequeño mío —¡no empujes!—, di-di-digo que estoy segura de que sur-surgirán.

Concluyeron así los muy sabios y excelentes consejos que esta encantadora mujer me estaba dando. No se crea que no le presté la mayor atención, pues, de hecho, durante el resto de mi vida seguiría siempre esas juiciosas máximas, a las que debo un éxito con las mujeres que de otro modo difícilmente habría alcanzado. Lo que ocurrió fue que, como sus prudentes observaciones se prolongaban tanto, mi polla no pudo evitar rebelarse vibrando en el interior de su delicioso coño con tanta premura que hizo que su cuerpo se agitara dichoso y entrecortara sus palabras.

—Charlie, cariño, frótame ahora con el dedo medio el clítoris, luego comienza a chuparme la tetilla que tienes más cerca y pon en funcionamiento tu gloriosa polla.

Hice lo que me pedía. Ella me secundó con su insuperable estilo, hasta que al final ambos sucumbimos a esa muerte tan deliciosa y subyugante del amor. La gloriosa postura en la que estábamos hacía casi imposible perder terreno y permitía que nos corriéramos cuantas veces quisiéramos; además, y de haber sido mi polla una que se arrendra ante nada, la maravillosa capacidad de retención que poseía mi estupenda dama habría en cualquier caso impedido su salida.

En noches sucesivas, varias veces me quedé profundamente dormido con toda la polla metida en su interior, y comprobé al despertarme, horas más tarde, que me la mantenía aún bien sujeta gracias a su enorme capacidad de retención y pese a que la polla había quedado reducida a un simple trozo de carne. Aquella vez, después de recobrarnos, yo me mantuve en mi sitio y reanudamos nuestra charla, durante la cual mi adorable instructora me dio muchos y muy útiles consejos para mi vida venidera. Desde entonces he meditado bastante acerca del gran valor de todo cuanto tan encantadoramente me enseñó, y siempre me ha maravillado el hecho de que una mujer tan joven pudiera tener un conocimiento

tan profundo sobre su sexo y el mundo. Supongo que el amor es un gran maestro, y que fue el amor lo que la inspiró en aquella ocasión. En cualquier caso, quiero dejar constancia de que, durante cuarenta años, esta encantadora mujer y yo hemos permanecido unidos por la amistad más leal, después de haber sido los más ardientes amantes. Convertida en la confidente de todas mis extravagancias eróticas, y sin manifestar jamás celos, supo siempre disfrutar del relato de mis más atrevidos combates de amor.

Pero la muerte, ¡ay!, acabó apartándola de mi lado, con lo que perdí el principal sostén de mi existencia. Perdóneseme esta digresión, pero escribo mucho tiempo después de estos sucesos, y es lógico que necesite desahogar mis penas. ¡Desdichado de mí!

Retomemos el pasado dichoso. Los dos continuamos hablando y jugueteando, hasta que yo volví a mostrarme ansioso por reanudar el combate amoroso. Mi prudente dama me advirtió que ya era suficiente por el momento, y que era preferible que nos refrescáramos y reposáramos un poco para recuperar esfuerzos; pero yo, templado para la lucha por mi juventud y fuerza, y bien sujeto como me hallaba, me eché sobre ella apresando uno de sus muslos entre los míos. Pasando entonces un dedo por su rígido clítoris, la excité tanto que ya no tuvo otro deseo que llevar las cosas hasta el final.

—Espera, cariño —dijo—, reanudemos nuestro placer en otra pose.

Apartó entonces su pierna de mis caderas, se volvió de lado colocando ante mí sus gloriosas nalgas y comenzó a apretar éstas contra mi vientre y muslos, haciendo que mi polla se introdujera todavía más que antes. Lo cierto es que todas esas posturas en las que la mujer pone delante de uno su espléndido trasero, resultan siempre más excitantes y procuran una sujeción más firme. Ambos gozamos al máximo al follar esta vez y, sin separarnos, nos entregamos en seguida al más dulce de los sueños imaginables. Ésta fue una de las ocasiones en que, habiéndonos dormido ensartados, yo me desperté unas cinco horas después para descubrir que mi polla seguía ligeramente sujeta por los pliegues aterciopelados de uno de los más deliciosos coños jamás creados para la felicidad del hombre y, diría, también de la mujer. Podrán fácilmente imaginarse la rapidez con que mi polla recuperó su habitual erección no bien

constató que seguía en tan encantadores parajes. Sin menearme, salvo por las involuntarias palpitaciones de mi polla que de ningún modo podía evitar, me separé del cuerpo de mi adorable dama y me puse a admirar sus hombros amplios, la belleza de sus antebrazos la exquisita *chute* de sus entrepiernas, la solidez de sus caderas, y la gloriosa prominencia y rotundidad de sus nalgas inmensas. Lenta y suavemente comencé entonces a penetrar en su jugosa abertura, hasta que las exquisitas sensaciones que le producían mis lentos movimientos la despertaron y, con toda su lubricidad excitada, nos entregamos a uno de nuestros más deliciosos abrazos, que concluyó, como siempre, en un desvanecimiento como mortal. Ella me dijo que ya había hecho bastante por esa noche y, saltando fuera de la cama, me mandó que me fuera a mi habitación, donde, debo reconocerlo, al momento me quedé profundamente dormido, si bien esta vez no se me pegaron las sábanas.

Pasamos así varias noches más, juntos hasta la alborada, cuando un día Mrs. Benson dijo que tenía jaqueca y que se sentía indispuesta. Yo me alarmé mucho, pero ella en cuanto halló la ocasión me aseguró que se trataba de algo muy normal, y que ya me lo explicaría mejor por la noche. Tuve que conformarme con sus palabras. Por la noche vino a mi habitación y, sentada en mi cama, me explicó todos los misterios del caso. Resultaba que las mujeres, cuando no estaban embarazadas, tenían todos los meses esas hemorragias, las cuales, lejos de ser dañinas, constituían un alivio para el organismo, y que se producían durante la luna llena o la nueva, generalmente en la primera. Me dijo por último que durante ese período debían interrumpir toda relación con los hombres. Yo estaba desesperado, pues tenía la polla a punto de estallar. Con todo, mi amable y querida dama, para aliviarme del dolor de semejante erección, se llevó mi polla a la boca y efectuó en seguida una nueva maniobra. Después de humedecerse el dedo medio de saliva, me lo metió en el agujero del culo, donde comenzó a moverlo mientras me chupaba el bálano y me frotaba con otra mano la base de la polla. Tuve entonces una corrida de lo más exquisita y abundante, cuyo placer intensificó enormemente la acción de su dedo en mi interior. Mi encantadora dama tragó todo cuanto yo pude darle, y no paró de chupar hasta que la última gota desapareció de mi palpitante polla.

Yo me vi obligado a conformarme con eso, y mi dama me informó que tendría que estar cuatro o cinco días privado de todo placer; lo cual, dada mi impaciencia de entonces, era como condenarme a un auténtico suplicio. Mientras me besaba, noté que su aliento olía de una manera peculiar, y le pregunté qué era lo que había comido.

—¿Por qué lo preguntas, cariño mío?

—Por su aliento, generalmente tan dulce y fragante.

Ella sonrió y me dijo que aquello guardaba relación con lo que acababa de explicarme, y que a casi todas las mujeres les ocurría lo mismo durante esos días. Menciono esto porque fue así como averigüé que Miss Evelyn también estaba atravesando ese período. Ésta había seguido obsequiándome con sus mimos pero sin sobrepasar el límite al que ya me he referido, con la salvedad de que ahora me besaba más a menudo. Lo hacía cuando entrábamos en el aula y al terminar la clase. Supongo que para evitar sospechas o comentarios, había adoptado la misma costumbre con mis hermanas. Ese día, mientras me estrechaba con un brazo la cintura y me besaba, sentí que su aliento olía igual que el de Mrs. Benson. Ella también estaba decaída y se quejaba de una jaqueca. Vi además que tenía unas manchas oscuras debajo de los ojos, tales como las que más tarde notaría en Mrs. Benson: llegué de ese modo al convencimiento de que ambas padecían el mismo mal. Mrs. Benson me había dicho que la mayoría de mujeres lo sufrían cuando había luna llena, fase en la que precisamente estaba la luna en esos días.

Mary

Lecciones a Mary

Al día siguiente mi madre dijo que quería acercarse al pueblo y, al tanto seguramente de su estado, pidió a Mrs. Benson y a Miss Evelyn que la acompañaran, pues creía que les sentaría bien airearse. Ellas aceptaron de inmediato, y entonces mi hermana menor gritó: «Oh, mamá, déjame ir a mí también». Mary la interrumpió, aduciendo que tenía más derecho ella; pero Lizzie replicó que ella lo había dicho antes. Yo aproveché para hacerle un guiño y un gesto con la cabeza a Mary, quien entendiendo en seguida lo que le quería decir, se dio por vencida, aparentemente de mala gana, y así se dispuso que Eliza acompañara a las señoras. Ésa era, me dije, la oportunidad que estaba esperando para iniciar a mi querida hermana en los deliciosos misterios en los que yo acababa de ser instruido.

A las once en punto partió el coche, al que mi hermana y yo seguimos con la mirada hasta que se perdió de vista. Luego volvimos al salón, donde Mary me arrojó los brazos al cuello y, besándome, me dijo:

—Menos mal que me guiñaste el ojo, Charlie, ahora nos han dejado solos y tú podrás contarme el secreto aquél y también besarme mi pequeña Fanny como hiciste la otra vez. Me pareció tan agradable, que desde entonces no he hecho más que esperar que lo volvieras a hacer.

—Claro, hermanita, te haré eso y más cosas, pero no aquí. Mira lo que vamos a hacer: diremos que nos vamos a pasear por el campo, pero en vez de eso atravesaremos los arbustos, luego el huerto y los almendros, y llegaremos a la casita de campo, cuya llave tengo bien guardada. Allí podremos estar sin temor a que

gran cambio que se había producido en mi polla. Naturalmente, nuestros preliminares la habían excitado tanto que ya la tenía tiesa.

—¡Oh, Charlie, es enorme! Y qué divertido es correr el pellejito que le cubre la cabeza. Mira cómo regresa rápido a su sitio. ¡Oh, qué risa!

Era mejor que la interrumpiera, o de lo contrario iba a hacer que me corriera en seguida.

—Bueno, y ahora, ¿cuál es ese gran secreto, y qué es lo que tiene que ver con tu cacharrito y mi Fanny?

—Te lo contaré siempre y cuando me prometas no decir nunca una palabra a nadie, ni siquiera a Eliza, porque ella es todavía demasiado pequeña.

—De acuerdo, sigue.

—Un día estaba buscando una cosa en el armario de Mrs. Benson, cuando los oí subir y apenas me dio tiempo de esconderme en el vestidor. Entraron, cerraron la puerta, y Mr. Benson la tumbó en la cama y le levantó las enaguas; yo le vi entonces su Fanny, toda rodeada de pelitos, como tú la tendrás dentro de poco. Luego Mr. Benson se agachó y le metió la lengua como hice yo contigo la otra mañana.

—¡Oh, sí! ¡Y qué gusto daba, Charlie!

—Eso es precisamente lo que dijo Mrs. Benson cuando él acabó. Después se sacó su cacharrito, así de grande, mucho más grande que el mío, y se lo clavó en su Fanny. Yo me asusté muchísimo y pensé que iba a matarla. Pero no, entraba como si nada, y ella lo abrazaba y besaba mientras él se lo metía una y otra vez, hasta que de pronto los dos pararon en seco. El entonces lo sacó, empapado y chorreante, y le preguntó si no había sentido un gran placer. «Maravilloso», dijo ella. «Creo que por fin me he acostumbrado; tú ya sabes que antes me hacías daño y que la primera vez el dolor fue horrible». Después de eso ellos dejaron la habitación y yo salí sin que nadie me viera. Así descubrí para qué sirven nuestras cositas, y eso es lo que vamos a hacer ahora. Tú te tumbas sobre el sofá mientras yo me pongo de rodillas en un extremo y comienzo a besarte como hice el otro día.

—¡Oh, Charlie! Si todo va a ser como eso, me va a encantar.

Se echó y se remangó la blusa. Mi mano comenzó a moverse por todo su encantador vientre y su delicioso monte. Luego me arrodillé

y, colocando sus piernas sobre mis hombros, mis manos debajo de sus muslos y nalgas, le pegué sin más mi lengua a su pequeño clítoris, que encontré ya duro y con la cabeza sobresaliendo en la parte alta de su raja rosada. El trabajo de mi ágil lengua produjo un efecto instantáneo: tensando caderas y muslos levantó el trasero para apretar su protuberante coñito contra mi cara. Luego mecánicamente me cogió con una mano la cabeza, musitando palabras de fascinación.

—¡Oh, querido Charlie, qué delicia! ¡Oh, sigue, es tan agradable…!

Seguí adelante sin necesidad de ningún estímulo, hasta que ella, jadeando y temblando de pies a cabeza, comenzó a balbucear:

—¡Oh, oh, que me muero! ¡Ah, para, voy a desmayarme! ¡Yo, yo, yo no aguanto más! —Sus miembros se relajaron y tuvo en seguida su primera corrida, muy pegajosa y rica, aunque poco abundante. Yo permanecí quieto hasta que recuperó el sentido. La miré a la cara y, sonriendo, le pregunté si le había gustado.

—¡Oh!, estaba en el paraíso, querido Charlie, sólo que me pareció morir; era demasiado. No hay nada que pueda ser más delicioso.

—¡Claro que sí! —repliqué—, hay algo todavía más delicioso, pero tengo que volver a besarte antes de intentarlo: cuanto más húmedo esté, más fácil me resultará entrar.

—Pero Charlie, no me dirás que piensas meterme tu cacharrito, con el tamaño que ahora tiene.

—Bueno, lo intentaremos, y si te duele demasiado, entonces paramos.

Comencé a lamerla nuevamente; esta vez costó más trabajo llegar al resultado final, aunque a cambio el efecto producido pareció ser más intenso y su corrida más abundante. Estando ya su coñito relajado —bien húmedo gracias a su propia corrida y a mi saliva, y preparado para recibir a mi polla—, escupí sobre él y lo lubriqué de arriba abajo. Luego me alcé para en seguida echarme sobre el vientre de Mary y, dirigiendo suavemente mi polla y restregándola de un lado a otro entre sus labios y excitando su clítoris con el mismo movimiento, delicada y gradualmente fui introduciendo el bálano entre los labios de su encantador coñito. Resultaba menos difícil de lo que se podía haber esperado, gracias a

mi lengüetada, a su doble corrida, y a la consiguiente excitación de sus órganos de reproducción. Sea como fuere, le había metido todo el bálano y un par de pulgadas más sin que ella murmurara nada aparte de:

—Qué grande es. Siento como si me abriera por dentro.

Todo ello me excitaba terriblemente, y tuve que hacer un gran esfuerzo para dominarme y no metérsela hasta el fondo. Sentí entonces que chocaba con un obstáculo, empujé con fuerza y le hice daño. Ella gritó, rogándome que parara. Pero estaba tan cerca del final que yo quería seguir adelante. Así, empujando con fuerza, arremetí contra el obstáculo, lo que hizo que ella pegara un alarido. Probablemente con otro empujón hubiera decidido mi posición, pero la naturaleza ya no pudo aguantar más y me obligó a rendir mi tributo erótico a sus virginales encantos, sin haber logrado aún desvirgarla. Lo cual, sin embargo, puede que nos viniera bien, pues el torrente de esperma que derramé dentro de ella sirvió, además de bálsamo para su himen parcialmente roto, para relajar y lubricar el interior de su coño, así como para facilitar enormemente mis esfuerzos posteriores.

Permanecí quieto unos instantes; mientras tanto, el progresivo endurecimiento y alargamiento de mi polla fue reavivando sus bisoñas pasiones. Dijo:

—Charlie, cariño, me habías dicho que al final iba a parecerme delicioso, y comienzo a ver que era verdad. Ya no siento ningún dolor, así que puedes seguir adelante si quieres.

Sus cariñosas palabras y los involuntarios apretones irguieron mi polla, a la que tenía completamente bajo control dado que había retirado la cabeza de su apetitoso bocado después de la última corrida. Me la cogí literalmente con la mano; y como quiera que no había perdido terreno al apartarme, partía ahora con la ventaja de la posesión. Primero deslicé una mano en medio de nuestros vientres y comencé a tocarle el clítoris, lo cual excitó sus deseos al máximo.

—¡Oh, Charlie, cariño, métemela hasta el fondo! Es lo único que quiero, por mucho que me pueda doler.

Yo había estado empujando levemente, más para estimular su deseo que para aliviar el mío; y ella, sin la menor conciencia de lo que iba a ocurrir, separó sus muslos y alzó el trasero, abriendo al

mismo tiempo la vagina. Hice entonces acopio de todas mis fuerzas y, con la polla dura como el hierro, arremetí sin más, sintiendo al hacerlo que atravesaba algo y que avanzaba al menos un par de pulgadas. Mi hermana sintió un dolor atroz y lanzó un grito desesperado; meneaba el cuerpo de un lado a otro con el único afán de desasirse de mí; pero sus esfuerzos no sólo resultaron vanos por lo bien ensartado que yo estaba, sino que además me permitieron introducírsela hasta lo más hondo. Tanto me excitaron sus lágrimas y gritos, que no bien le hube entrado hasta el fondo un torrente de esperma brotó de mí, tras lo cual caí como un muerto sobre su cuerpo, aunque observando perfectamente el terreno que ocupaba mi polla. Este desvanecimiento duró varios minutos y apaciguó, hasta cierto punto, el violento dolor que le había hecho sentir a la pobre Mary. Sin duda, la naturaleza balsámica de la gran cantidad de esperma que había hecho llegar hasta su útero, sirvió también para mitigar su sufrimiento. En cualquier caso, cuando ambos estuvimos otra vez en condiciones de hablar, me reprochó el martirio que le había hecho pasar y me pidió que me apartara de ella al instante; pero yo, reteniendo la ventajosa posesión de su estrecha y deliciosa raja, le dije que todo lo malo ya había pasado y que de ahí en adelante disfrutaríamos del placer más arrebatador.

Pasados unos minutos de protestas suyas y ruegos míos, sentí de pronto que su encantador coñito se contraía y cerraba contra mi polla, que seguía palpitando dentro de ella. La verdad es que, lista siempre para empinárseme en cualquier momento, ahora le sobraban motivos estando dentro del exquisito coñito que acababa de iniciar en los misterios del amor. En resumen, que la tenía tan tiesa como siempre, y Mary, temblando de miedo al principio y luego con toda la energía del deseo encendido, comenzó a mover su cuerpo bajo el mío. Yo la dejé hacer, seguro de que si el deseo se apoderaba de ella naturalmente, mi placer sería mil veces mayor. Y acerté en mi previsión. Los deseos de Mary se exaltaron en seguida y, olvidándose del insignificante dolor que le producía, disfrutamos de una fornicación de lo más deliciosa, durante la cual mi polla quedó cogida como por una prensa y Mary meneó el trasero casi tan artísticamente como lo hacía Mrs. Benson. Pero todo debe tener un final, y nosotros llegamos a este entre gritos de placer. Así, con este único asalto, se inició y concluyó la educación de mi querida

hermana. Comenzó entonces a abrazarme y acariciarme, diciendo que había tenido mucha razón al advertirle que después del dolor venía el placer, pues nada podía compararse con la arrebatadora sensación que mi polla le había producido. Creía ahora que su tamaño no era en absoluto excesivo, sino que había sido concebida así para proporcionar un mayor gozo. Permanecimos abrazados un rato, con mi polla siempre metida en su estrecha y excitante raja. Y nos acariciamos y charlamos, hasta que una nueva erección violenta de mi polla —que estimuló al tiempo su estrecho coñito— nos obligó a reanudar nuestro encuentro amoroso. Descubrí entonces que mi querida hermanita poseía naturalmente la capacidad de comprimir o ceñir la polla, lo que los franceses llaman *cassenoisetíe*. Ello constituye una gran virtud y aumenta inmensamente el placer del hombre, y diría que también el de la mujer. En el caso de mi hermana dicha virtud se confirmó ya desde la primera vez que le introduje completamente la polla, hasta el punto que durante los años en que seguí follándola la mantuvo siempre tal cual, variando únicamente las posturas en que aprendía a aprovecharla.

La adorable niña estaba en éxtasis por el placer que había recibido y el dolor, que parecía ya olvidado. ¡Oh!, la encontraba tan maravillosa que no podía apartarme de ella, y nos acariciamos y jugamos hasta que mi polla volvió a cobrar su primitivo vigor. Ella, encantada, empezó otra vez a poner en práctica su nueva y recién aprendida capacidad de levantar el culo y cerrar el coño, hasta que una vez más caímos exhaustos en esa especie de muerte con que concluye el combate amoroso. Al recobrar el sentido, me vi obligado a apartarme para aliviar a mi hermana del peso de mi cuerpo.

Siempre me ha parecido tremendamente chocante el hecho de que las mujeres más delicadas puedan soportar sobre sí, con facilidad y hasta con gusto, todo el peso de un hombre; pero las cosas son como son. En cuanto nos levantamos y separamos, ambos nos asustamos al ver que mi polla estaba llena de sangre, y que de su coño caían gotas de sangre y esperma. Ignorábamos que pudiera ocurrir tal cosa, y al principio yo me sentí tan alarmado como ella. Pero un momento de reflexión me bastó para comprender que aquello era el resultado natural de mi esfuerzo por penetrarla, y que no podía tener malas consecuencias dado el placer que habíamos

disfrutado. Convencí y tranquilicé rápidamente a mi hermana sobre el particular: afortunadamente la funda del sofá era roja, de modo que pude limpiar toda la mezcla de semen con mi pañuelo, sin dejar ningún resto. Con el mismo pañuelo limpiamos todos los residuos que quedaban en el querido coñito de Mary, mientras que su blusa, gracias a que habíamos tenido el cuidado de apartarla, no tenía por suerte la menor marca.

Tomamos entonces un refrigerio y un poco de vino del que prudentemente nos habíamos aprovisionado. Luego comenzamos a jugar y corretear, ella intentando siempre agarrarme la polla y yo metérsela como fuera. Hacía un tiempo maravilloso, por lo que le propuse quitarnos toda la ropa. En un santiamén estuvimos tan desnudos como cuando nos trajeron al mundo y, después de arrojarnos a los brazos del otro en un arrebato de placer, empezamos a examinarnos íntegramente nuestros cuerpos. Mi encantadora hermana prometía convertirse en una mujer estupenda: hombros ya amplios, brazos bien torneados pese a ser todavía delgados, cintura angosta, caderas ya bien desarrolladas y un trasero redondo y duro, muy agradable a la vista y con un futuro de lo más halagüeño en cuanto a sus dimensiones. Le pedí que se pusiera de rodillas en el sofá, con la cabeza bien levantada y los muslos abiertos; yo a mi vez me arrodillé detrás suyo y la chupé hasta que volvió a correrse; entonces, alzándome y haciendo que ella se quedara como estaba, le metí de un solo empujón la polla en el coño, lo que hizo sentir a Mary un éxtasis todavía mayor. Pasamos así varias horas deleitándonos mutuamente. Luego le enseñé a follar de costado por lo mucho que había gozado en esa postura con mi adorable instructora, constatando que mi querida Mary era una alumna incluso más aventajada que yo. Al caer la tarde nos vestimos y, tras eliminar todas las huellas de lo que habíamos estado haciendo, volvimos a casa, prometiéndonos mutuamente guardar en el mayor secreto todo lo que había pasado y acordando no intercambiar ningún gesto que pudiera delatar nuestra complicidad. Recomendé encarecidamente a Mary que se lavara bien el coño con un poco de agua caliente, y es que, como podrá suponerse, había aprovechado para enseñarle el lenguaje erótico referente a los órganos de reproducción de los dos sexos, así como el nombre que se daba a la relación en sí misma: «follar».

Concluyó así felizmente la primera lección de amor de mi hermana, la cual, además de constituir mi primer triunfo sobre la virginidad, me resultó doblemente excitante por los estrechos vínculos de parentesco que nos unían. Desde entonces siempre me ha parecido que cuanto más cercano es el parentesco, más estimula nuestros deseos y endurece nuestras pollas la idea del incesto, y que incluso en plena decrepitud podemos recuperar el vigor incitados por la sola idea de transgredir las leyes convencionales.

Estuvimos otra vez de vuelta en el salón más de una hora antes de la llegada de las señoras. Mary se quejaba de dolores y molestias en todo el cuerpo. Le aconsejé que se recostara en un sofá e intentara dormir. Yo también me acosté y afortunadamente ambos nos dormimos, para despertarnos con los fuertes aldabonazos que anunciaban la llegada de los demás. Le dije a Mary que ocultara todas sus molestias y que como excusa para irse a la cama temprano, adujera que habíamos dado un paseo más largo de lo previsto y que se sentía muy cansada. A los dos nos mandaron temprano a dormir —yo seguía siendo tratado como un niño—. Estaba profundamente dormido cuando mi encantadora Mrs. Benson me despertó con sus dulces caricias. Podría haber prescindido de ellas esa noche, pero nunca ha habido alguien de mi edad tan cruel como para no responder a las caricias de la amada que lo da todo por él. Me chupó como siempre hasta la última gota, y luego dormí profundamente hasta la mañana.

Los tres días siguientes transcurrieron sin que ocurriera nada digno de mención. Mary no dio la menor muestra de pesar y supo soportar heroicamente su sufrimiento, pues, según me contó después, sentía punzadas en todo el cuerpo, lo que sin duda era una reacción natural a la sobreexcitación sufrida por su sistema nervioso. Tuvimos la inmensa suerte de que en esos días no se nos presentara una sola oportunidad de tener otra relación, ya que ello permitió a Mary recuperarse totalmente de los efectos desagradables de su iniciación en los raptos eróticos. Yo seguí encontrando alivio cada noche en la encantadora boca de mi amada y hermosa instructora. Finalmente los abominable *menses*, como ella los llamaba, tocaron a su fin. Sin embargo, y aunque me invitó a compartir su cama, durante las veinticuatro horas siguientes no me permitió volver a asumir las prerrogativas que previamente me

había concedido. Me dijo que ello era necesario para evitar una recaída, y que además a veces seguía fluyendo durante unas horas un virulento flujo blanco, lo bastante acre para afectar a mi salud, «la cual», agregó, «tenía en tanta estima que no podía dejar que corriera ningún riesgo». Aunque me resultó duro aceptarlo, aquella venía a ser una prueba más de la enorme sabiduría de esa estimable mujer. Hasta que al fin volví a poseer íntegramente su encantador cuerpo. ¡Oh, de qué manera nos entregamos a la lujuria y la lubricidad! Prácticamente cada noche mi maravillosa amiga encontraba una nueva postura para variar e intensificar nuestros raptos eróticos. Una consistía en que yo me echaba de espaldas y ella montaba encima mío de rodillas, con el cuerpo erguido, para en seguida ponerse o mejor dicho agacharse sobre mi polla tiesa, hasta que ésta quedaba justo debajo de su coño abierto; entonces, conduciéndola hacia la entrada debida, dejaba caer despacio su cuerpo hasta metérsela del todo, entreverándose su vello y el mío, y luego volvía a alzarse despacio hasta que todo salvo el bálano quedaba al descubierto, tras lo que nuevamente se dejaba caer. En esa postura los dos podíamos seguir el proceso entero. Por fin, cuando ya no podía más de la excitación, se desplomaba sobre mi pecho, y yo al momento comenzaba a apretar con una mano sus espléndidas nalgas contra mi polla palpitante cada vez que levantaba su magnífico trasero, mientras que rodeándola con la otra mano por atrás, le metía y sacaba el dedo medio de su delicioso ojete al compás de nuestros lentos movimientos. Así hasta que nos sobrevenía la gran crisis, cuando esa languidez mortal nos rendía a los dos casi al unísono. No quiero dejar de mencionar que de vez en cuando hacía una visita a ese pequeño y rosado orificio situado en la proximidad del más legítimo altar de Venus. Era un tipo de placer al que mi adorable dama se prestaba gustosa en ocasiones, pero sólo cuando tenía la senda delantera ya bien follada y lubricada con esperma, lo que bastaba para estimular a la otra membrana mucosa.

Correspondencia entre Mrs. Benson y Mrs. Egerton

Carta de Mrs. Benson - Carta de Mrs. Egerton - Una buena idea - Un pequeño respiro - Espiando - Consecuencias del espionaje - Medidas provisionales

Reproduciré a continuación una de las muchas cartas que mi amada Mrs. Benson dirigía a una íntima compañera de colegio, así como la respuesta de ésta. Las dos cartas me fueron mostradas al cabo de varios años, y tiempo después de que hubiera poseído a *ambas* encantadoras corresponsales, pues los tres llegamos a convertirnos en grandes amigos. En realidad, creo que puedo afirmar que mi polla, más que yo mismo, terminó constituyendo el eje de su amistad, pese a lo cual ninguna de las dos mostró jamás el menor asomo de celos. Pero puede que, con estas observaciones, esté anticipando hechos en cuyos pormenores me detendré con toda probabilidad más adelante. Si incluyo estas cartas aquí es porque están ligadas a los sucesos que ahora mismo estoy relatando. Ellas dan fe de las elucubraciones de la mente de mi amada dama, de la voluptuosa naturaleza de su temperamento y de la satisfacción que mi deliciosa iniciación le había producido. Los afectuosos y lisonjeros comentarios que hace sobre mi persona sobrepasan con mucho mis merecimientos. He aquí la primera carta que dirigió a su amiga:

MRS. BENSON A LA HON. MRS. EGERTON

Querida Carry:

Cumpliendo con la promesa que te hice, paso a relatarte nuestra luna de miel. Tú, querida, debes mantener igualmente tu palabra y contestarme con tanta franqueza como la mía al escribirte. Jamás

ha habido chicas tan ansiosas como tú y como yo por conocer las ataduras del matrimonio, u otras que suspirasen tanto por descubrir sus atractivos. Pues bien, después del desayuno de costumbre, tomamos el tren hacia Leamington, donde íbamos a pasar nuestra primera noche. Teníamos un *coupé* para nosotros solos; allí, fuera de sentarme en sus rodillas y besarme, Fred se comportó con la mayor corrección y propiedad. Llegamos y comimos. El tiempo que transcurrió entre la hora del té y la de acostarnos fue bastante tedioso, pues ambos estábamos lógicamente muy inquietos. Mi marido escribió una carta a mamá, comunicándole nuestra feliz llegada y su intensa dicha. Después, y con la mayor naturalidad imaginable, me preguntó si quería acostarme. Yo apenas asentí, sin saber casi qué decir. Fred pidió una vela y me dijo que en unos instantes estaría conmigo. Todo era para mí como un sueño. La camarera me condujo entonces a una habitación en la que había una inmensa cama con un dosel de pesadas colgaduras y varios muebles antiguos.

Me senté en el borde de la cama y comencé a pensar. Diría que después de permanecer sentada unos diez minutos, comencé a desvestirme. Y ya me había puesto el camisón y despojado de todo salvo de las medias, cuando de pronto oí unos pasos aproximarse. Abrí la puerta, entró mi marido, la cerró y echó la llave. ¡Oh, Carry, qué rara me sentía! Estaba desvestida dentro de una habitación con un hombre, y ese hombre tenía derecho sobre mi cuerpo. Él se sentó entonces en un sillón y me puso sobre sus rodillas. Nada aparte de mi camisón separaba mi trasero de sus rodillas desnudas, ya que él se había quitado toda la ropa en una habitación contigua, y no tenía otra cosa que su camisa de noche debajo del batín, que se le abrió completamente al sentarse. Acercó mis labios a los suyos y, besándome, me introdujo la lengua en la boca, mientras con una mano me acariciaba y sobaba el pecho, que tengo como bien sabes bastante lleno y abultado. Después pasó una mano sobre mis muslos, apretó y palpó sus carnes. La fue luego acercando a mi vientre, y, al fin, durante un momento, me tocó el monte. Estos preliminares resultan siempre excitantes, pero en ese instante, tan confundida como estaba, casi me enloquecieron. Al notar mi reacción me levantó el camisón y puso primero la mano sobre mis muslos desnudos, luego sobre mi monte, y tú sabes, querida Carry,

qué bosque es el que tengo ahí. Él parecía encantado. Sus dedos jugaban con los rizos sedosos, cuya longitud al desenrollarlos pareció sorprenderle, sus ojos destellaban y su cara reflejaba una enorme excitación.

—Separa los muslos, amor mío —musitó.

Obedecí mecánicamente, y su dedo medio se abrió paso entre los labios de mi coño y comenzó a frotarme el clítoris. Sabes por experiencia lo excitable que es y lo mucho que crece cuando se toca. Fred volvió a mostrarse encantado con su descubrimiento.

—¿Te gusta lo que te hago, cariño?

—Sí —balbuceé.

Apartó entonces el dedo de mi coño, se levantó, se quitó el batín, me tomó entre sus brazos y me subió a la cama, acomodando una almohada debajo de mi cabeza. Luego me hizo tender las piernas, se puso de rodillas en el suelo y, separándome los muslos con los brazos, se inclinó y me besó la raja. Y no hizo sólo eso, sino que además chupó y luego lamió mi ya excitado clítoris. Yo estaba encandilada, sin poder evitar dar muestras de ello con las convulsivas sacudidas de mis caderas y nalgas.

—¿Te gusta también esto, amor mío?

—¡Oh, sí! ¡Mucho, muchísimo!

La excitación que me producía estaba a punto de enloquecerme. Él volvió a inclinarse y, levantándome las piernas, me las apretó con sus manos una y otra vez.

—¡Qué piernas tan deliciosas! —exclamó.

Noté que algo palpitaba debajo de su camisa. Se echó entonces hacia adelante, me rodeó con sus brazos las piernas y me las levantó hasta arriba, y sentí al instante una cosa dura contra mi coño. Con su mano izquierda abrió los labios, con la derecha se la dirigía, y por fin de una cruel arremetida alojó toda su enorme cabeza entre ellos. Ni tú ni yo, Carry, éramos estrictamente vírgenes, pues en el pasado nos habíamos servido de los dedos y otros medios para abrirnos un poco nuestras vaginas. Habíamos hecho demasiadas travesuras juntas como para que nuestros hímenes pudieran estar intactos, de modo que el paso resultaba menos difícil de lo que podría haber sido. En cualquier caso, nunca había sido penetrada por el órgano masculino, y el de mi marido era de los más grandes. Experimenté, por tanto, un dolor atroz, y

grité:

—¡Oh, querido Fred, qué daño! ¿Qué es lo que me haces?

—¿Que qué te hago, cariño? Estoy entrándote. Ten un poquito de paciencia y ya verás cómo te vuelvo loca de placer.

Con un nuevo empujón enérgico entró hasta la mitad, y luego, con otro todavía más violento, consiguió entrarme hasta el fondo. Yo lancé un grito de dolor e intenté desasirme.

—¡Dios mío, me estás matando! No puedo soportar semejante trato.

Sin hacerme el menor caso, me agarró con fuerza por los muslos y comenzó a menearse con furia. Una mujer sensible no puede sufrir una introducción de ese tipo impunemente. La fricción empezó a despertarme emociones que primero aminoraron el dolor de la penetración, y luego comenzaron a excitarme con las deliciosas sensaciones de la lubricidad. El placer que experimentaba era maravilloso, y no pude evitar alzarme al ritmo de sus arremetidas.

—Muy bien, ángel mío. ¿Tenía o no razón al advertirte que el dolor se convertiría pronto en placer? Porque ahora lo sientes, ¿verdad?

—Sí, pero me haces sentir muy rara. No sé qué es… no sé qué es lo que me pasa.

Sus rápidos y continuos movimientos me colmaban de gozo. Y me meneaba arriba y abajo en respuesta a sus acometidas, cuando de improviso hace un gesto como para tomar aliento, se detiene, siento que el instrumento se le pone todavía más duro, y en seguida veo mi vientre bañado por un chorro de un líquido caliente, que siguió derramando durante unos segundos. Esta, Carry, fue mi primera experiencia de lo que un hombre puede hacer por nosotras.

Después de sacarme su inmenso aparato —pues inmediatamente reconoció que era más grande que el de la mayoría de los hombres— y soltar mis muslos, me apretó contra sí y me abrazó tiernamente, diciéndome que me había comportado admirablemente; añadió que ya no volvería a sentir dolor, y que estaba seguro —por lo que acababa de experimentar— que yo estaba hecha para conseguir el placer máximo que un marido y su mujer podían darse. Estuvo acariciándome un rato, luego se levantó, me quitó las medias y me metió en la cama, adonde me

siguió en seguida. Al apartar las mantas para meterse en la cama, me dijo que tenía que besarme la adorable cosita velluda que le había dado tanto placer. La besó y jugueteó con ella, admirando el profuso vello de mi monte y la blancura y belleza de mi vientre; luego, desnudando mis pechos, los contempló, los besó y los chupó. De este modo me excitó, pero no menos que a sí mismo, pues noté perfectamente que el aparato volvía a ponérsele duro. Advirtiendo que se lo estaba mirando con timidez, me tomó la mano para mostrarme el modo en que se corría el pellejo que le tapaba la cabeza; luego, enardecido, se tumbó sobre mi vientre y mis muslos y me introdujo nuevamente la polla en el lugar que acababa de darle tanto placer. Esta vez volvió a hacerme un poco de daño y me hizo sufrir un ratito, pero como el interior estaba bien lubricado gracias a la primera corrida, logró penetrarme con facilidad. Estando toda su polla dentro de mí y su vello entrelazado con el mío, hizo una pausa y dijo:

—Esta vez vamos a tomárnoslo con más calma para permitir a mi adorada Bessie conocer todas las delicias de la fornicación, que es como se llama esto, cariño. Iré moviéndome despacio hasta que se despierten los deseos de mi amada y ella me reclame con insistencia que acelere el ritmo.

Así lo hizo, produciendo paulatinamente en todo mi cuerpo la excitación más lasciva. Me retorcí debajo de él totalmente extasiada, rodeé con mis brazos su cuerpo y lo apreté contra mí.

—¡Oh, eres un ángel —gritó—, y estás hecha para el placer! Pon tus piernas sobre mi espalda, así, muy bien. Ahora yo aceleraré el ritmo y ya verás cómo nos corremos juntos.

¡Oh, el placer que me hacía sentir era de una delicia indecible! Yo alzaba el trasero siguiendo su ritmo y con la misma impetuosidad que la de sus arremetidas. Alcanzamos la gran crisis al mismo tiempo y caímos momentáneamente exhaustos el uno en los brazos del otro, dejando a la querida incitadora de tales gozos en el interior que ocupaba. Mi querido esposo estaba contentísimo. Me besaba y acariciaba con la mayor dulzura mientras me decía que ninguna mujer le había proporcionado jamás un placer tan intenso, y que la naturaleza me había dotado tan bien para el goce que parecía que ya llevaba un mes casada.

Estábamos estrecha y dulcemente abrazados; sus caricias y

mimos volvieron a incitar mis deseos, e involuntariamente contraje varias veces mis partes.

—Siento, cariño, que reclamas a mi instrumento para que renueve sus esfuerzos; ahora mismo te dará satisfacción.

Y, en efecto, la sentí crecer más y más, y tan deliciosamente que ya no pude hacer nada para evitar las contracciones internas; mi marido las advirtió y yo me sentí avergonzada.

—No temas nada, amor mío, y déjate llevar por tus deseos; así me harás mucho más feliz a mí y tú obtendrás un placer mucho mayor. Quisiera iniciarte en todos los secretos de los ritos de Venus, en cuya más fiel devota quiero que se convierta mi esposa, haciendo cuanto esté a mi alcance para familiarizarla con todas las exquisiteces del coito perfecto.

Consumamos estos actos con un *abandon* todavía mayor que el de antes, tras lo cual comencé a disfrutar de sus abrazos de un modo que rebasa lo inimaginable. Esta vez se separó de mí y se recostó a mi lado y, cogiéndome entre sus brazos, prosiguió con sus encantadoras caricias. No pude dormir en toda la noche, presa de una excitación incontenible. Mi marido me jodió cinco veces antes de dormirse. Estaba a punto de amanecer y yo seguía revolviéndome en la cama, sin poder dormir. Pronto despuntó el día; en mi agitación había desordenado toda la ropa de la cama, excepto una parte de la sábana. Volviéndome entonces hacia mi esposo, advertí que la sábana sobresalía a la altura de la parte baja de su cuerpo. La curiosidad se apoderó de mí: lo miré, constatando que estaba dormido. Acto seguido aparté suavemente la sábana, y en seguida tuve ante mí el querido instrumento de todos mis gozos y sufrimientos de esa noche. Recordarás cuánto deseábamos ver la polla de un hombre cuando estábamos en el colegio, y cómo, cada vez que veíamos esa cosa colgante en un chico, nos preguntábamos qué cambio era el que podía sufrir y la manera en que se produciría. Pues bien, se me presentaba ahora la ocasión de examinar a mis anchas la maravillosa curiosidad que tanto nos había conturbado. Al alzar la sábana rocé con un borde su rubicunda cabeza, claramente palpitante y vibrante. Temí que ese roce hubiera despertado a Fred; pero no, seguía profundamente dormido. Así que, poniéndome delicadamente de hinojos, comencé a contemplar el querido objeto que tanto había anhelado ver y

palpar. Estaba erguido como una columna, ligeramente inclinado hacia su vientre: y lo que más me sorprendió fue ver que tenía una bolsa oscura y muy arrugada en la parte de abajo, con una especie de pelotas en su interior; un vello copioso y maravillosamente brillante y rizado se extendía desde allí hasta su ombligo. Acerqué mis labios e hice como si lo besara, aunque sin tocarlo. No sé si sintió mi cálido aliento, pero el caso es que se estremeció. ¡Madre mía, qué larga y gruesa era! Me parecía imposible rodeársela con la mano; quería intentarlo, pero temía despertar a Fred y me ruboricé ante la sola idea de lo que él pudiera pensar de mí. Sin embargo, mis deseos se exaltaron y ya no pude resistir la tentación. De modo que, volviéndome a recostar delicadamente, alargué con sumo cuidado el brazo y le toqué la polla, la cual vibró con el contacto. Fred no se despertó. Volví entonces a alzarme y se la cogí con la mayor delicadeza. Todo lo que pude rodearle fue la cabeza, pues mi mano quedaba corta para el resto; comprobé en seguida que medía tres palmos de mi mano desde la base al capullo, el cual sobresalía enhiesto en toda su rojez. Yo, jadeante y presa de la excitación, empiezo a perder el recato: me agacho, le beso con suavidad la cabeza rubicunda de su polla y de pronto, sin saber como, la siento metida en mi boca; mi esposo entonces dice:

—¡Oh, adorable criatura! ¡Qué amable de tu parte despertarme de un modo tan maravilloso!

Espantada por su descubrimiento, me sonrojé toda y escondí el rostro en su pecho.

—No te avergüences, ángel mío, que ahora es tan tuya como mía y tienes todo el derecho de mirarla, besarla y agarrarla. Vamos, no te avergüences.

Pero yo no me atrevía a mirarle, y, cuando intentó alzarme la cara, le volví la espalda. Me cogió entonces por la cintura y, antes de que pudiera darme cuenta de nada, puso una mano entre mis muslos y llevó su polla tiesa a los labios de mi coño, por donde al instante me entró, pareciéndome que llegaba más al fondo que nunca. Si bien es cierto que el previo jugueteo de su polla me había excitado terriblemente, y que sentía el coño muy húmedo, no tenía la menor idea de que pudiera hacerse algo en semejante postura. Pero él me sacó de mi ignorancia del modo más delicioso, ya que, perfectamente sujeto como estaba, pudo soltarse la polla y empezar

a manosearme el clítoris, produciéndome tanta lubricidad que alcancé el éxtasis y me corrí con un grito de placer antes de que él estuviera preparado. Sin embargo, y como quiera que él siguió arremetiéndome con dedos y polla, pronto volvió a ponerme en un estado tan frenético que me corrí otra vez, justo cuando a él le sobrevenía la gran crisis. El placer no podía ser mayor; mis contracciones internas, afirmó, eran las más exquisitas que había experimentado nunca, y añadió que mi clítoris era también único. Recordarás que cuando me lo excitaban llegaba a ponerse tan tieso como un pulgar estirado, y que, cuando yo hacía las veces de esposo sobre tu vientre, me decías que lo notabas dentro de los labios de tu coño y que rozaba el tuyo, más pequeño, y que ello te daba un enorme placer, al igual que a mí. Mi esposo me lo ha examinado y chupado varias veces, y lo considera digno de la mayor admiración. En esta ocasión no se separó, asegurando que lo tenía tan firmemente sujeto que aunque lo intentara no podría sacármelo. La verdad es que ni aun haciendo el mayor esfuerzo podía despegarme de su querido instrumento.

¡Oh, cómo me acarició y abrazó, haciendo que me ladeara un poco para poder besarme y lamerme y chuparme luego las tetas, mientras que su diligente dedo no paraba de frotarme el clítoris! Pronto sentí su polla tensándose deliciosamente en mi interior, y en seguida reanudó sus arrebatadoras arremetidas. Seguimos así un rato larguísimo, y estoy segura de que me corrí dos veces antes de que él llegara al instante final, cuando lanzó un grito de placer tan fuerte que temí que lo oyeran los sirvientes de la casa, que seguro habían comenzado hacía un buen rato sus tareas. Después de esto estuvimos lamiscándonos durante media hora, al cabo de la cual mi esposo dijo que sentía un hambre canina, y que necesitaba desayunar algo. Se levantó y se vistió rápidamente, diciéndome que no hacía falta que me moviera porque iba a traerme el desayuno a la cama, y que, mientras se lo preparaban, ordenaría un poco de agua caliente para que pudiera lavarme. Su finura me conquistó. Después de que me trajeran el agua y de refrescarme, volví a meterme en la cama, sólo que con un agarrotamiento y un cansancio que sentiría, hasta el día siguiente.

Mi querido esposo no se apartó de mi lado mientras desayunaba, animándome a comer con ganas para que recuperara el vigor

perdido; vigor al que pronto volvió a poner a prueba, pues me folló tres veces a lo largo del día y en cada ocasión brindándome un placer mayor que el anterior. Estuvo tan activo como por la noche. Y durante las tres semanas que permanecimos en Leamington nunca me folló menos de cuatro veces cada noche, afirmando que me había vuelto perfecta gracias a la práctica.

Luego vinimos aquí, a casa de nuestra vieja amiga, Mrs. Roberts, quien amablemente había insistido en que aceptáramos su hospitalidad. Ahora Fred ha tenido que marcharse requerido por unos asuntos y no volverá hasta dentro de un mes. Estoy segura de que me compadeces, ya que sabes que mi temperamento es demasiado ardiente para soportar la castidad durante mucho tiempo. Te acordarás de Charlie Roberts; un niño, dirás, pero te equivocas. Tal y como hacíamos siempre, una tarde Fred subió conmigo a nuestra habitación, donde me folló y chupó el coño en el borde de la cama. Luego él se marchó y yo estaba a punto de irme de la habitación cuando, al abrir el cuartito donde guardo mis vestidos, encuentro allí nada menos que al mismísimo Charlie. Estaba metida en un aprieto.

Era indudable que el chico lo había visto todo. Le hablé cariñosamente y él me prometió guardar el secreto. Para asegurarme de que cumpliría su palabra, decidí quitarle la doncellez. Pocos días más tarde mi marido se marchó y fue acompañado hasta el pueblo por las niñas, su madre y la institutriz, dejando a Charlie para que me hiciera compañía. Subimos juntos al salón, donde me senté en una banqueta cruzando y exhibiendo las piernas sin recato; dejé también al descubierto el liguero y parte de la piel desnuda de uno de mis muslos. Provoqué el efecto esperado. Advertí que Charlie tenía los ojos clavados en mis carnes, lo vi enrojecer, y noté claramente que la polla se le tensaba debajo de los pantalones. En un instante se los desabotoné, y oh, Carry, figúrate, descubrí que su polla era como la de un hombre. Apenas podía dar crédito a mis ojos. Aún no ha cumplido quince años, y ya la tiene casi tan grande como la de Fred. ¡Era un auténtico regalo del cielo! Me remangué las enaguas, y al instante el galante mocito, cayendo de rodillas, me besó y me chupó el coño. Para recompensarlo, lo hice tumbarse sobre el diván y me monté encima de él. Entonces, metiéndome su picha en la boca y apretando mi coño contra su

cara, nos devoramos mutuamente con apasionadas caricias hasta que los dos nos corrimos copiosamente. Y no desaprovechamos nada, pues ambos tragamos ávidamente todo cuanto pudimos darnos.

Como en su casa lo siguen considerando un niño, no me costó ningún trabajo conseguir que trasladaran su cama a un cuartito contiguo a mi dormitorio; ambos cuartos se comunican por una puerta. Ese día, aunque lo mandaron temprano a la cama, a mi llegada lo encontré despierto, esperándome, y pude gozar del delicioso placer de iniciarlo en los deleites de la fornicación. Si deseas gozar alguna vez de este placer *par excellence*, consigue a un chico vigoroso que no haya poseído nunca a una mujer. Mi buena estrella ha puesto en mis manos a un muchacho maravillosamente dotado, cuyas aptitudes, al igual que el tamaño y fuerza de su miembro, difícilmente pueden encontrar parangón. Llegué a darle varias clases sobre el maravilloso arte antes de quedarnos dormidos. Y aquí hago una pausa, para referirte un breve episodio que no puedo omitir.

Era de mañana y soñaba con Fred, cuando de pronto me doy cuenta de que algo me estaba entrando. Me hallaba en duermevela, estado en el que es difícil saber a ciencia cierta lo que pasa; poco a poco, sin embargo, fui haciéndome cargo de que indiscutiblemente me estaban entrando, y encima no por el lado usual. Mi marido me había metido últimamente varias veces la polla en el agujero del culo, sin que pudiera ponerle ninguna objeción pues me había asegurado que todos los maridos lo hacían. Por consiguiente, en un principio di por hecho que Fred, encontrando mi trasero desnudo pegado a su regazo, no había podido resistir la tentación de penetrarlo. Yo a mi vez, queriendo complacerlo, empecé a menear el culo para facilitarle la entrada, produciéndome en seguida una gran excitación; sólo que, según me iba despertando, fui recordando que Fred se había marchado y que mi compañero de cama era Charlie. La audacia del pícaro me dejó paralizada, pero, encantada por sus deliciosos movimientos, no pude ordenarle que desalojara. Insistió luego en que era totalmente inconsciente de su error, y que creía hallarse dentro de la deliciosa gruta en la que había estado por la noche. Probablemente decía la verdad, pues tan ignorante como es —aunque alumno de lo más aventajado en los ritos de Venus—,

difícilmente podía haberse imaginado que existía una entrada en el pequeño orificio. Le dejé proseguir y, con su polla bien ensartada dentro de mi culo y con dos o tres dedos sobre mi coño, me jodió y sobó de la manera más deliciosa, hasta que los dos nos corrimos chillando de placer. Si todavía no has probado esta senda, Carry, te recomiendo encarecidamente que lo hagas sin demora; eso sí, antes debes hacer que te follen bien por el otro lado para estimular tu deseo en esa zona, y tu amante deberá ser ducho en el arte de frotarte al mismo tiempo; si no es así puedes llevarte una mano al bajo vientre y tocarte el clítoris, método que yo misma seguí con Charlie hasta que le enseñé el arte de frotar el clítoris con propiedad. Como siempre resulta más excitante cuando te lo hace un hombre, es preferible contar con su colaboración siempre que se pueda; pero, *faut de mieux*, una bien puede hacérselo sola y encontrar una satisfacción de lo más lasciva.

Te daré un ejemplo de la precoz aptitud de este chico encantador. Una mañana me monté encima de él, manteniendo el cuerpo erguido para que pudiéramos ver cómo su delicioso instrumento entraba y salía: esta es una postura de lo más excitante que te recomiendo probar si tu marido aún no te la ha enseñado.

Al final, vencida por sus lascivos movimientos, me desplomé sobre su pecho. Él me apretó entonces el trasero con una mano, y con la otra me rodeó la nalga que tenía más cerca, introdujo el dedo medio en el orificio rosado de mi culo, y comenzó a refregármelo al compás de nuestras subidas y bajadas, produciéndome sensaciones nuevas e infinitamente deliciosas.

¿Qué te parece eso tratándose de un *novato*? Y su discreción es igualmente extraordinaria. La primera noche lo mandé a dormir a su cama, y a la mañana siguiente se le pegaron las sábanas. Yo no había previsto esa posibilidad, y no me cuidé de mirar en su habitación antes de bajar a desayunar. Su hermana fue enviada a llamarlo. Él al momento se disculpó diciendo que había tenido una pesadilla, lo que al bajar nos transmitió su hermana. Pocos minutos después apareció y, con la mayor naturalidad, refirió un cuento de terror, afirmando que se había despertado gritando y que después el miedo no le había permitido dormir; entonces, volviéndose hacia mí con toda naturalidad, dijo que esperaba no haberme despertado con su grito. Y luego no hizo nada por acercarse a mí ni me mostró la

menor familiaridad: una discreción, la suya, digna de un hombre de mundo. ¡Oh, querida Carry, voy a convertir a este chico en un dechado de virtudes! Desde entonces hemos pasado varias noches deliciosas, y cada vez aprende más. Pese a lo espléndidamente que folla mi marido, Charlie ya lo supera. Y no sólo porque siempre está tan dispuesto —o incluso más— que Fred (tanto que soy yo quien tiene que contenerlo), sino por el inefable encanto que aporta a nuestros encuentros lascivos ese algo deliciosamente infantil que tiene en su modo de acariciarme, así como la lasciva idea de tenerlo todo para mí y el hecho de haberlo iniciado yo en los misterios del amor. Creo que no voy a poder menos que lamentar el regreso de mi marido, pues me obligará a poner fin a este abandono tan delicioso. En la familia no ha surgido ni la menor sombra de sospecha sobre nuestro trato, gracias a la muy discreta y admirable conducta de Charlie, para la que me faltan elogios.

Escríbeme pronto, querida Carry, y no dudes en ser tan franca como yo lo he sido contigo en esta larguísima carta, que de ningún modo podía ser más breve. Lo único que espero es que me envíes una igualmente extensa, y que me des noticias no menos deliciosas. Te conozco demasiado bien para suponer que no has sabido componértelas como yo para probar la pasta de la que están hechos otros hombres, aunque dudo que hayas tenido una suerte tan maravillosa como la mía. Escribe pues, y sin reservas. El afecto que nos tenemos es tan sincero que impide que dos amigas tan amorosas e impúdicas como tú y como yo se oculten nada.

Tu amiga de siempre,
E. Benson.

Ésta es la larga carta que mi amada dama escribió por entonces a su compañera de colegio. De ella se deduce que el apego que se tenían las hizo traspasar los límites de los tocamientos y caricias usuales entre chicas de colegio. Por lo visto, se permitieron las más impúdicas y lascivas licencias que dos chicas pueden practicar en común, exaltándose gracias a ellas sus deseos y otorgándoles la deliciosa virtud de disfrutar del coito en el que ambas eran tan perfectas. Y sé que eran perfectas porque, como ya he dicho antes, un par de años después logré poseerlas a ambas, y juntos hemos

hecho desde entonces una buena cantidad de orgías sin que jamás nadie dejara traslucir el menor asomo de celos. Y se verá que Mrs. Egerton, en su respuesta, llega a hablar con más atrevimiento sobre sus licencias, que consumaron felizmente y durante mucho tiempo. Su respuesta fue la siguiente:

LA HON. MRS. EGERTON A MRS. BENSON

Nunca podré agradecerle bastante su deliciosa carta a mi querida Lizzie. He devorado ya una docena de veces sus exquisitos detalles. La guardo escondida en mi pecho y renuevo el placer de su lectura en cuanto encuentro un momento libre. ¿*Demasiado larga*, dices? ¡Oh, con lo maravillosamente dotada que estás para la descripción, tendrías que haber llenado cincuenta páginas más! En toda mi vida he leído una descripción tan magnífica de esos voluptuosos encuentros. Me congratulo inmensamente por la gran suerte que has tenido de dar con un chico tan fantástico como Charlie Roberts. Sí, porque posee ya todas las cualidades de un hombre y cuenta además con el encanto de su juventud. Se convertirá sin duda en un hombre espléndido, en el mejor de los amantes, sobre todo si desde ahora hace gala de una lubricidad tan obscena y lasciva. ¡Oh, cómo te envidio por su posesión! Aunque su suerte no ha sido menor, pues ha caído en las manos de una profesora tan deliciosa como mi adorada Lizzie. ¿No he sido acaso yo misma tu alumna, y no fuiste tú mi maravillosa maestra en todo cuanto una persona de nuestro sexo puede enseñarle a otra?

Recordarás la antigua promesa que hicimos las dos —sintiéndonos tan obscenas y deseosas de conocer cabalmente al hombre—, y cómo nos comprometimos a que cuando una tuviera un amante, al poco tiempo arreglaríamos las cosas para compartirlo. Tu descripción de Charlie Roberts me ha hecho recordar vivamente este compromiso. Estoy segura de que mi querida Lizzie no va a enfadarse ni a sentir celos si le confieso que anhelo compartir con ella la posesión de ese encantador muchacho. Y si mi Lizzie sigue siendo la de antes, no dudo que se mostrará como siempre proclive a este trato. Piensa en lo fácil que nos resultaría arreglar un encuentro entre los tres, pues mi deseo es el de poseerlo *en común*, convencida de que así se incrementará el

lascivo placer del coito. Nadie sospechará nada de dos mujeres que salen en compañía de un hombre. Y no correríamos el menor riesgo, pues todo el mundo creería que ambas nos tememos. Dirás que me estoy anticipando a eventos futuros, pero te aseguro que la culpa es sólo de esos detalles inmensamente excitantes y lascivos que tú tan gráficamente me has descrito.

Yo no puedo narrarte escenas tan maravillosas como las que tú tan deliciosamente has recreado. Mi luna de miel transcurrió de una forma infinitamente más convencional que la tuya. Nuestro matrimonio, celebrado un día después que el tuyo, se desarrolló del modo más típico. Mi marido se mostró cariñoso pero no demasiado ardiente. Cuando la primera noche me fui a la cama, tuve una sensación muy parecida a la que tú describes, sólo que mi marido, con una discreción o delicadeza de la que yo lo habría dispensado con el mayor gusto, me dio tiempo no sólo para meterme en la cama, sino que además me hizo aguardarlo allí un rato. Como hizo el tuyo, apareció con su batín, pero inmediatamente apagó la luz y tuvo que andar a tientas hasta la cama. Se llegó despacito hasta mi lado, me abrazó con ternura y comenzó a acariciarme y a besarme, diciéndome que me amaba enormemente y cosas por el estilo, pero durante un rato no se permitió la menor indecencia. Supongo que estimaba necesario ganarse mi confianza y aliviarme de los temores que pudiera tener. Pero bien podía haberse ahorrado esa molestia. En realidad yo estaba deseando, aunque también sentía un poco de miedo, que se lanzara al ataque de mis encantos virginales. Fue por fin acercando poco a poco el objeto de deleite y, rogándome de cuando en cuando que no me asustara, montó encima mío y coronó el objeto de sus deseos. No me hizo mucho daño, al menos no tanto como el que yo esperaba que me hiciera ni como el que tú pareces haber sufrido. Pero yo juzgué conveniente simular un sufrimiento mayor del que realmente me había infligido. Hacia el final sentí leves destellos de placer, pero apenas dignos de mención. La verdad es que mi marido no está tan bien dotado como parecen estarlo el tuyo y Charlie. Es además bastante frío; por ejemplo, no intentó follarme otra vez, pese a que a mí me hubiese encantado. Quizás actuaba así por consideración a mí; en cualquier caso, a partir de ese momento se limitó a abrazarme, hasta que resignadamente nos dormimos.

Por la mañana volvió a follarme, y aunque esta vez me hizo sentir algo parecido al placer, yo ya estaba completamente defraudada por mi experiencia de la noche anterior. No tenía nada que ver con lo que las dos, querida Lizzie, nos habíamos imaginado cuando pensábamos en la noche de bodas. Desde entonces, mi marido nunca me lo ha hecho más de dos veces cada noche, aunque se ha vuelto más apasionado, y por lo general logra que me corra dos veces por cada corrida suya. Primero toca todas mis partes íntimas para despertar mis deseos, y luego me frota el clítoris, de manera que suelo tener lubricado el pasadizo gracias a mi propia corrida antes de que él intente penetrarme. He descubierto que eso le gusta y a mí cuando menos me satisface, ya que una sola corrida me dejaría en un estado insoportable de excitación. Pero nunca se le ha ocurrido ensayar ninguno de esos métodos obscenos y lascivos que tú tan deliciosamente has experimentado. En resumidas cuentas, no puedo sino decir que me siento defraudada. Mi marido es muy cariñoso y quiere que siga estudiando. Recordarás que en el colegio mi fuerte era el italiano. Mi marido lo habla con fluidez y, como habíamos planeado pasar un invierno en Roma, quería que yo perfeccionara mis conocimientos. Me preguntó si mi profesor del colegio era bueno, pero yo le hablé de él sin entusiasmo. Seguramente te acuerdas de nuestro primer maestro, el conde Fortunio: era un hombre tan guapo y atractivo que tú y yo habíamos concebido el plan de conquistarlo, y ya habíamos hecho algunos avances cuando, desgraciadamente, lo pillaron junto a la descarada Miss Peace, con la que a no dudar había llegado a hacer de todo. Naturalmente, de inmediato fue reemplazado por otro, y ya no volvimos a saber nada de él, para gran frustración de nuestras esperanzas libidinosas de entonces. Mi marido sugirió poner un anuncio en el periódico, y yo tuve la feliz idea de decirle que las profesoras solían acudir a la agencia Rolandi, en Berner's Street, y que, si escribía o iba en persona, podía estar seguro de obtener toda la información pertinente. Esa noche, después de la cena, mientras reposábamos al lado de la chimenea de la biblioteca —bastante mal iluminada—, mi marido me comunicó que había visto a Rolandi y que éste le había recomendado encarecidamente a un caballero muy cortés y frecuentador de la buena sociedad: el

conde Fortunio. Me quedé de piedra: por suerte, la penumbra en la que estábamos impidió que mi esposo notara mi sorpresa y embarazo. Dijo luego que había pedido referencias sobre el conde, a dos caballeros de alta posición, quienes, para su tranquilidad, le habían confirmado que no me podía dejar en mejores manos. Podrás imaginar el efecto que me produjo tal información. No pude pensar en otra cosa en toda la noche. Lo que me parecía más difícil era ocultarle a mi marido que nos conocíamos de antes. Temía que el conde me reconociera en seguida y descubriera que ya nos conocíamos de antes, cuando nada me interesaba más que evitar precisamente eso; a ti, que también me cuentas todos tus secretos, puedo confesarte que de inmediato vi que ésa era mi oportunidad (una oportunidad que había estado anhelando con toda el alma) de conseguir los servicios de un amante en el que podía confiar. Y aunque no sabía cómo proceder, el azar, ese benefactor de todos los pecadores, vino en mi ayuda.

Mi esposo tenía la intención de estar presente para recibir al conde. Afortunadamente, esa mañana llegó una carta en la que le pedían que acudiera sin falta a la Bolsa para la venta de unas acciones de las que él era depositario. Me pidió que atendiera al conde y acordara con él todo lo relativo a las horas de clase, añadiendo que cuantas más fueran, mejor. Sentí que mis temores tocaban a su fin. El siguiente paso consistía en impedir que los sirvientes, esos espías domésticos de nuestra conducta, asistieran a nuestra primera entrevista. Junto al salón había una pequeña habitación que no tenía más puerta de acceso que la que daba al propio salón y que utilizábamos como estudio; mi esposo había decidido que ése era el sitio idóneo para que diéramos clase.

Y allí me instalé esperando la hora de nuestra cita, a la que acudió puntual. Lo anunciaron y ordené a los sirvientes que lo hicieran pasar. Yo me había sentado adrede de espaldas a la puerta, y fingí estar escribiendo y no haberme percatado de su entrada hasta que oí cerrarse la puerta del salón. Entonces me levanté, me volví y, sonriendo, le extendí la mano. Se detuvo sorprendido, pero de inmediato y con galantería besó la mano que yo le tendía.

—Confío en que no le decepcione saber quién va a ser su nueva alumna.

—¡Oh, por supuesto que no! No la había reconocido bajo su

apellido de casada, pero le aseguro que estoy contentísimo de reanudar una amistad que en un momento fue para mí tan maravillosamente prometedora.

—Un momento, *signore*, que ahora estoy casada y es necesario ser muy prudentes. No voy a negarle que estoy encantada de reanudar mi amistad con usted, pero debemos actuar con la mayor reserva. Así que siéntese a mi lado, y sea razonable.

—¡Razonable! ¿Razonable, y al lado de quien estuve tan enamorado y en quien tenía depositadas tan grandes esperanzas? ¡Oh, querida Mrs. Egerton, no puede usted tratarme ahora como a un simple profesor! Me convertiría usted en el hombre más desdichado del mundo. ¿Cómo quiere usted que no admire a una persona a la que he amado tan profundamente y a cuyo lado esperé antaño hallar la mayor felicidad?

Entonces, teniéndome asida la mano, me rodeó con el otro brazo la cintura y me atrajo hacia sus labios para besarme con ardor. Yo, debo reconocerlo, le correspondí. Recordarás lo guapo que es y la dulzura y candor de la expresión de sus ojos. En fin, querida, abreviemos: resulta que estaba tan excitada que sólo me di cuenta de que me había metido la mano debajo de las enaguas cuando empezó a tocarme el monte. Excitada como estaba y sabiendo que mi marido no iba a volver, y que había dado órdenes estrictas de que ño se me molestara durante mis clases de italiano, me abandoné sin reservas a los deseos que el conde me había exaltado. Antes de que yo pudiera darme cuenta de nada, él ya estaba de rodillas delante de la banqueta en la que yo me sentaba. No bien me levantó las enaguas, sentí que su verga durísima arremetía contra mi coño con la mayor energía. En efecto, me tomó al asalto (sin que yo me defendiera, todo sea dicho), apremiado por sentar sus reales en la fortaleza cuanto antes, debido a lo cual la fornicación fue tan breve que no pudo apagar el fuego que había encendido en mí. Él me rogó al momento que lo disculpara por su precipitación, diciéndome que había actuado así para asegurarse mi posesión antes de que yo pudiera oponerle resistencia, de modo que de ahí en adelante nuestra unión resultara más fácil. Ese día, en vez de dar la clase, nos entregamos a un nuevo asalto amoroso, en el que él puso todo su empeño —logrando un éxito rotundo—, para hacerme sentir el placer más delicioso.

De hecho, querida Lizzie, fue esta la primera fornicación en la que pude verificar enteramente *mis*, o mejor dicho nuestras, expectaciones del acto. Acordamos la línea de conducta que debíamos seguir para no comprometernos ninguno de los dos. Un rato después volvimos a fornicar deliciosamente. Se sentó en una silla con las piernas abiertas y me pidió que me montara a horcajadas encima suyo y me dejara caer sobre su polla tiesa. Había probado esa postura de rodillas, con mi marido echado; pero no puede compararse con la de la silla. Se tiene una movilidad mucho mayor con los pies en el suelo que de rodillas; además, el hombre queda más cara a cara y resulta más fácil abrazarse. De todas formas, cada postura tiene su encanto. Había observado repetidas veces que el conde aparentemente perdía su sitio, y que al recuperarlo me penetraba parcialmente por el pequeño orificio que tú tan pintorescamente describes. Creía que lo hacía sin querer, y como me dolía, siempre lo rechazaba burlándome de su torpeza. Pero después de leer tu deliciosa carta, llegué al convencimiento de que su deseo era el de penetrarme por ahí, pero no se atrevía a decírmelo.

He de confesarte que los abrazos furtivos a los que nos entregábamos en casa terminaron pareciéndonos insuficientes, por lo que el conde decidió alquilar un piso para que pudiéramos realizar allí nuestros encuentros. Verás. Una tarde salgo de compras, voy a Swan and
Edgar’s,
en Regent Street, dejo el coche en la puerta, subo, compro unas bagatelas, las pago y pido que me las guarden hasta dentro de una hora; bajo entonces por otra escalera, salgo por la entrada que da a Picadilly, alquilo un coche de punto y me dirijo al lugar donde mi amante me está aguardando. Y allí, totalmente desnudos, gozamos con la mayor lascivia y practicamos todos los actos lúbricos imaginables. Una vez saciados de nuestros esfuerzos, un segundo coche de punto me conduce hasta el pasaje de St. James, en Jermyn Street, desde donde voy a pie a Swan and
Edgar’s,
en Picadilly; recojo mi paquete y vuelvo a mi coche. De este modo nadie, ni en la casa ni fuera de ella, puede sospechar nada de nosotros.

Nos hemos encontrado tres veces desde que tu deliciosa carta enardeció mi imaginación, y he aprovechado la oportunidad de probar los dulzores del altar que colinda con el legítimamente venéreo. Después de que el conde me follara dos veces, me volví de espaldas, como si deseara que me lo hiciera por atrás como en tantas otras ocasiones, sólo que cuidándome de colocar el culo de manera que el pequeño orificio quedara cerca de su polla tiesa. Ignoro si advirtió mi ardid, pero el caso es que, tras comprobar con su dedo que estaba en una posición inmejorable, se echó resueltamente hacia adelante y de un solo empujón me la metió hasta la mitad. El repentino dolor me hizo dar un respingo, y en ese mismo instante me habría desembarazado de él —por más que yo misma lo hubiese invitado a que me metiera la polla en el ojete. Pero asida como me tenía por la cintura, yo no podía moverme; entonces, con un nuevo empujón, me la metió hasta el fondo, provocándome un dolor atroz. Le rogué que desistiera y la sacara, pero él dijo:

—Me quedaré quietecito un rato, y ya verá cómo se le va pasando el dolor y comienza en seguida a gustarle.

Estaba a merced suya, pero no pude menos que darle la razón. Un momento después el dolor me había pasado; él deslizó entonces una mano por mis entrepiernas y comenzó a sobarme el clítoris, y en seguida, notando por el movimiento de mis caderas que estaba enardecida, empezó a menearse muy despacio. Pronto me sentí invadida por una extraña excitación, cuya intensidad era tal que, cuando estaba a punto de desmayarme, mi naturaleza arrojó su esencia más divina. Desde entonces hemos repetido alguna vez la nueva experiencia; pero, eso sí, comparto plenamente tu opinión de que antes es necesario que nos follen bien por delante.

El conde es un virtuoso con su arma, la cual, sin ser tan larga como —según tu descripción— la de tu marido, ni tener la punta tan gruesa, destaca en cambio por el grosor de su base, y es tan dura y consistente como el hierro. Te aseguro que el frenesí que me produce es indescriptible. Tendrías que comprobar por ti misma lo maravillosamente que fornica; sí, porque entre tú y yo no puede haber celos, ni problemas, ni desavenencias; y te digo más: voy a intentar seducir a tu marido para utilizarlo como tapadera de nuestros delitos. Te ofrecería el mío, pero, francamente, no es digno

de una mujer que puede conseguir lo que quiera, como es tu caso, mi querida Lizzie. Hemos hecho todo con tanta prudencia que mi marido le ha tomado una simpatía enorme al conde, quien muy a menudo come en nuestra casa.

Te hemos recordado muy a menudo en nuestras conversaciones. Le he hablado de tu matrimonio y de la posibilidad de que en cualquier momento os instaléis en Londres. Advertí que los ojos le brillaron cuando le di las nuevas, pero en cambio no hizo ningún comentario sobre tu carta y tus aventuras. Es preferible que arreglemos las cosas en cuanto vengas.

Ya ves que después de todo no me ha ido tan mal; eso sí, lo vivido por mí ha sido aburridísimo en comparación con las deliciosas aventuras de mi encantadora y querida Lizzie. No dudo que cuando estemos juntas sabremos organizar unas fiestas de lo más deliciosas. Creo incluso que podremos convencer al conde para juntarnos contigo y con Charlie en una *partie carrée*; ¡qué divertido y excitante será, y cuánto disfrutaremos cambiando de pareja en cada asalto! ¡Oh, la sola idea me ha excitado! Menos mal que espero la llegada de mi amante de un momento a otro. Concluyo la carta con este lascivo cuadro, haciendo votos porque llegue el día en que lo pueda representar con mi amada Lizzie, de la que siempre seré,

su amiga más fiel y devota,

Carry Egerton.

Éstas fueron sus encantadoras cartas; puedo decir ahora mismo que el lascivo cuadro que la querida Carry esboza sobre una *partie carrée* —con nosotros cuatro como actores—, lo representamos más tarde con toda la lujuria que sería capaz de imaginar la mente más lúbrica.

El conde y yo a menudo les hacíamos el «emparedado» —lo que para ellas constituía el *ne plus ultra* del placer—, mientras el que quedaba arriba le chupaba la raja desocupada. Pero eso no era todo: unas criaturas tan deliciosamente voluptuosas como ellas no se conformaban hasta lograr que alternáramos él y yo en los deleites del coito; esto, con todo, ocurría sólo rara vez. Estas mujeres encantadoras eran tan exquisitamente seductoras que, mientras las tuvimos a nuestra disposición, no necesitamos acudir a otras fuentes

de placer. Pero estoy otra vez divagando y hablando de acontecimientos que ocurrieron bastante tiempo después del período en cuyos pormenores me estaba deteniendo.

Las tres semanas de ausencia de Mr. Benson concluyeron, ¡ay!, demasiado pronto. En efecto, el tiempo voló tan rápido que parecía que sólo habían transcurrido tres días cuando llegó la carta en la que anunciaba su regreso para el día siguiente. Aunque tenía el corazón a punto de estallar, conseguí callar y ocultar mi estado cuando Mrs. Benson contó la noticia a la hora del desayuno. Mrs. Benson advirtió que me había puesto pálido, pero fuera de ella nadie notó nada. Hallamos el modo de reunirnos un rato a mediodía, y al vernos ella me abrazó tiernamente, con lágrimas en los ojos y un aspecto tan adorable que mis deseos, al igual que los suyos, se sobreexcitaron. Haciendo caso omiso del riesgo que corríamos, follamos allí mismo; y esa misma noche esta mujer encantadora me autorizó a hacer cuanto quisiera, deleitándonos, tantas veces como nos lo permitió la naturaleza, en un mar de lubricidad. No sabría decir cuántas veces me corrí, aunque según mi amada dama fueron diez. De lo que estoy seguro es que ella se corrió aun más veces, pues en ningún momento pegó ojo ni dejó de estrecharme amorosamente entre sus brazos. Puso en práctica todos los maravillosos poderes de seducción en los que tanto se destacaba. Jamás ha habido mortal que haya pasado una noche más embriagadora y placentera. Oímos rumores y movimiento en la casa antes de despedirnos con las mejillas bañadas en lágrimas.

Me costó muchísimo separarme de ella; la verdad es que no lo habría hecho si ella no se hubiese levantado y, abrazándome tiernamente, me hubiese pedido que tuviera valor y fe, pues seguramente de una manera u otra podríamos vernos de vez en cuando. Me advirtió con insistencia que fuera muy cauto cuando llegara su marido, y me dijo que sería preferible que me mantuviera alejado hasta que no acabara su primera entrevista, porque podía afectarme mucho verla en sus brazos. Hice lo que me había pedido. Nadie reparó en mí en medio de la confusión de su llegada.

Mi madre había insistido en trasladar nuevamente mi cama a su habitación, ya que estaba segura de que Mr. Benson necesitaría el cuartito. Por cortesía, Mrs. Benson se opuso, diciendo que no hacía falta, que había sido siempre tan silencioso que en ningún momento

había notado mi presencia, etcétera; pero mamá impuso su parecer, y creo realmente que para gran satisfacción de la propia Mrs. Benson, seguramente porque a su marido no le hubiera hecho mucha gracia saber que yo había dormido tan cerca. Sin embargo, Mr. Benson me trataba casi como si fuera un niño, y estoy convencido de que no tenía la más leve sospecha de que, en su ausencia, yo había ocupado su lugar tan a menudo.

Mr. y Mrs. Benson se retiraron poco después de la llegada de aquél, sin duda para refocilarse en todos los placeres venéreos de los que él se había privado —y su esposa supuestamente— durante su larga ausencia. La idea de que fuera así no me molestó tanto como esperaba: al revés, imaginándomelos en todas las agonías del placer, me excité tremendamente. De pronto se me ocurrió que podía esconderme adrede en el cuartito del vestidor para asistir desde allí a sus deliciosos encuentros; en cuanto él se marchara dejando a su esposa en la habitación para que se arreglara, me lanzaría a los encantadores brazos de mi amada y saborearía las delicias de su húmedo y jugoso coño. Decidí proponérselo a la querida Mrs. Benson en el primer momento en que me encontrara a solas con ella.

Aunque ese día estaba algo distraído en el aula, bastó que Miss Evelyn me llamara la atención para despabilarme. Me preguntó en qué estaba pensando, y yo incliné la cabeza y me sonrojé. Luego, como el experto simulador en el que me había convertido, musité que pensaba en ella y en sus dulces caricias del día anterior, las cuales me habían provocado sensaciones extrañísimas. Lo cierto es que el día anterior me había abrazado con más fuerza y besado con más ardor que otras veces, exaltando ello mis deseos y haciéndome abrigar esperanzas de llevar a feliz término nuestra relación. Ella me dio una palmadita en las mejillas y volvió a besarme, diciéndome que era un pillastre por tener esos pensamientos, y que si no los olvidaba dejaría de quererme. Pero el brillo de sus ojos y el rubor de sus mejillas me convencieron de que estaba todo menos molesta.

Al comenzar nuestro recreo de las cuatro de la tarde, fui al salón para ver si por casualidad podía hablar confidencialmente con Mrs. Benson. Descubrí en cambio que ella y su marido se habían retirado. Sabía lo que eso significaba, y me excitó. Salí entonces

volando al jardín donde jugaban mis hermanas. Le hice un guiño a Mary, que ella entendió rápidamente, y propuse jugar al escondite. Para evitar que Eliza nos interrumpiera, cogí una piedra —que solté en seguida con disimulo— y dije a Eliza que adivinara en qué mano estaba y que si fallaba tendría que buscarnos. Y, naturalmente, falló. Le vendamos entonces los ojos y la dejamos junto a un árbol diciéndole que sólo podía comenzar a buscarnos cuando acabara de contar hasta cien. Luego, dando un rodeo, Mary y yo corrimos tan rápido como pudimos hasta la casa de campo, en la que yo sabía que no había nadie porque todas las mujeres estaban ocupadas en sus quehaceres domésticos. Entramos y cerramos la puerta; en un momento Mary ya estaba tumbada en el sofá, y yo con la cabeza entre sus muslos y la lengua en su coño y su clítoris. Ella se encontraba tan ansiosa como yo. Había pasado una semana desde el día dichoso en que me entregara su himen. Se había recuperado totalmente de los dolores y molestias de aquel día, y estaba tan dispuesta como yo a reanudar lo que ahora sólo podía ser motivo de gozo. Se corrió en mi boca casi al momento de que yo comenzaba a chuparle el clítoris. Tras lamerle y tragarme en un instante su dulce y deliciosa corrida, me levanté, saqué mi polla vibrante, y se la metí hasta el fondo de su mojada raja de un solo empujón, tan impetuosamente que se le cortó la respiración. Yo llegué al desenlace casi tan rápidamente como ella. En cualquier caso, ella volvió a correrse en cuanto sintió el cálido chorro de mi violenta descarga. Permanecimos unos minutos abandonados a los lascivos brazos de la lubricidad. Mas la naturaleza, llevada por nuestra juvenil e inagotable energía, no tardó en volver a actuar. Y aquí tengo que reconocer la superioridad de mi hermana. Fueron las presiones internas de los pliegues deliciosamente estrechos de su coño las que estimularon nuevamente mi vigor. Con algo más de calma iniciamos un segundo encuentro amoroso que, volviéndose casi al instante rápido y enérgico, acabó, como siempre, en un éxtasis de placer y entre gritos de gozo.

Justo acabábamos este segundo asalto, cuando en seguida oímos los pasos de Eliza, quien, después de buscarnos en vano cerca del sitio en que la habíamos dejado, decidió por fin acercarse a la casa de campo. Yo apenas había tenido tiempo de subirme los pantalones y quitar la cerradura de la puerta cuando ella irrumpió

hecha una furia. Dijo que no valía esconderse tan lejos, pero nosotros le respondimos entre risas que ahora le tocaba a Mary buscarnos. Estábamos en las faldas del montículo poniéndole el pañuelo a Mary, cuando de pronto vimos acercarse a Miss Evelyn. Al llegar a nuestro lado advirtió el rubor que coloreaba aún las mejillas de Mary, pero en seguida explicamos que habíamos estado jugando al escondite sin parar de correr, y que ahora le correspondería a Mary el turno de buscarnos. Sin embargo, Miss Evelyn dijo que ya habíamos hecho suficiente ejercicio por el momento, y que era preferible que descansáramos dando un paseo tranquilo a la vista de lo poco que faltaba para reanudar la clase; y así, sin prisa, todos emprendimos la vuelta a casa. Se me ocurrió entonces que iba a ser necesario iniciar a mi hermana Eliza en nuestros secretos, y que aunque podía ser aún demasiado joven para soportar la introducción completa de mi polla, cuyas dimensiones eran cada vez mayores, yo podía comérmela y hacerle sentir un placer intenso mientras contemporáneamente fornicaba a Mary. De ese modo podríamos retirarnos sin problemas a lugares totalmente seguros, e incluso —cuando éste no fuera el caso—, podríamos poner a Eliza de centinela para que nos avisara en cuanto viera aproximarse a alguien. Como se verá, esta idea fue aplicada más tarde con el mayor éxito y para la satisfacción más completa de mi placer.

Era una noche hermosa de verano. Después de la cena, Mr. Benson, cuyo apetito sexual debía estar aplacado tras haberse retirado dos veces en el transcurso del día, retó a Miss Evelyn a una partida de ajedrez, juego en el que ésta era bastante habilidosa. Mi madre, Mrs. Benson y las niñas salieron al jardín para disfrutar de la belleza de la noche. Afortunadamente, mamá, sintiendo de improviso frío, volvió a entrar al rato acompañada por las niñas e hizo que Mary se sentara al piano. Yo aproveché la ocasión para llevar a Mrs. Benson hasta un asiento lo suficientemente alejado de cualquier oyente, aunque delante de las ventanas. Allí le expuse el plan que había concebido; ella sonrió por mi precoz ingenuidad, pero aduciendo que no sería seguro dejar abierta la puerta del vestidor, ni siquiera ligeramente, ya que a Mr. Benson podía ocurrírsele abrirla. Ahora bien, si yo quería ella podía encerrarme dentro; o mejor aún, yo mismo podía cerrarme desde el interior.

—¡Ah, pero si lo que yo quiero es verlo todo! Es tan excitante contemplar a Mr. Benson afanándose sobre su divino cuerpo.

Rió con fuerza al oír mi comentario, y me dijo que era un pícaro tremendamente obsceno; luego añadió:

—¿Pero no te da celos ver cómo otro me posee?

Reconocí que ésta había sido mi primera sensación, pero después de reflexionar había llegado al convencimiento de que podía desearla más y gozar con más fruición de su cuerpo si asistía como testigo a sus contiendas amorosas, pero eso exigía que pudiera contemplarlas.

—¡Bueno! ¿No podrías hacer un par de agujeritos en la parte baja del panel central y abrir una ranura de un agujero a otro? Yo ya me ocuparía de colocarme en el sitio debido y de hacer cuanto estuviera en mis manos para satisfacer tu prematura lubricidad. Progresas maravillosamente, niño mío, y haces que me sienta orgullosa de mi alumno.

Viendo que se lo tomaba tan bien, dije:

—¿Pero dígame, amada mía, cuántas veces la ha fornicado hoy día?

—¿De verdad que te gustaría saberlo, querido Charlie?

—¡Oh, sí, muchísimo!

—Pues verás, seis veces por la mañana y cuatro antes de la cena. Estaba reventando de ganas, y no pudo contenerse. Se corrió dos veces antes de que yo tuviera mi primera corrida; pero a ti, querido Charlie, no necesito recordarte lo bien que supiste aprovechar tu tiempo ayer noche; ¿verdad, pillín?

—¿Y le gustó lo que le hizo, querida Mrs. Benson?

—¡Qué curiosidad tan insaciable tienes, criatura! Sí, me gustó. Mi esposo, como bien sabes, está maravillosamente dotado, y además lo quiero mucho, de manera que yo no puedo evitar que sus fuertes y lascivos abrazos exalten todos mis deseos libidinosos. Pero incluso mientras estaba entre sus brazos, querido niño, recordaba tus encantos juveniles y el placer frenético que compartimos la pasada noche. Mi marido no podía imaginarse que era en ti, y no en él, en quien pensaba y quien me hacía menearme voluptuosamente, en tanto que él se regodeaba en la lubricidad de sus deseos y me fornicaba incansablemente.

—¡Oh, qué delicia, dama angelical! —exclamé—. Su gráfica

descripción me ha hecho sentir tal gozo que estoy a punto de desmayarme de deseo. ¡Oh, si pudiera tomarla ahora mismo!

—Quítate esa idea de la cabeza, niño mío…, mañana, quizás. Verás, yo ahora voy a entrar en la casa para entretener a tu madre; mientras tanto tú consigues una barrena y un formón, y en seguida subes sin que nadie te vea a mi habitación y preparas la mirilla para mañana. No olvides que tienes que hacerla muy abajo, en la base del saliente del panel central, donde está instalada la cerradura, y cuídate de recoger todas las astillas de madera que arranques. Dejaré la llave puesta en la puerta. Tus hermanas se quedan siempre un par de horas tocando el piano después de que almorzáis, y a nosotros nos sirven la comida justo a esa hora. Es muy posible que Mr. Benson requiera mi presencia en la habitación cuando terminemos de comer, pero yo lo retendré con alguna excusa hasta que vea que tú has desaparecido y, después de darte tiempo suficiente, subiremos, y tú podrás gozar del placer extraordinario que necesitas. Pero recuerda sobre todo una cosa: no debes hacer un solo movimiento que pueda delatarte antes de que mi esposo se haya marchado y yo haya cerrado la puerta. —Dicho esto, apretó con su adorable mano mi erecto miembro, se levantó y se acercó a mamá. Yo seguí sus instrucciones sin perder un minuto, cumplí esmeradamente mi misión y regresé con calma al salón, donde nadie había reparado en mi ausencia. Al día siguiente llegué sin ser visto a mi escondite y tuve tiempo de instalarme cómodamente y con los ojos justo a la altura del agujero que había hecho, antes de que ellos entraran en la habitación. Previendo mi presencia, ella, adorable criatura, apareció sin corsé y con un simple vestido, y le dijo a su esposo que su insaciabilidad la obligaba a estar siempre preparada para satisfacer su desmedida pasión, y que sólo le faltaba quitarse la falda para estar a gusto.

—Excelente, esposa mía; sí, quítatelo todo para que pueda contemplar a mis anchas las maravillas de tu delicioso cuerpo.

Dicho y hecho: el hermoso y perfecto cuerpo de mi adorada dama apareció en seguida desnudo en todo su esplendor. Él la besó y acarició de la cabeza a los pies, la tumbó sobre el sofá y la chupó hasta que ella empezó a gritar de placer. Se sacó entonces su magnífica polla y se la ensartó de un tirón en su coño delicioso, acción que a ella debió de producirle un gusto inmenso pues

instantáneamente lo apretó contra sí con brazos y piernas y comenzó a sacudir violentamente el trasero. Acabaron pronto el primer asalto, pero Mr. Benson permaneció metido en la premiosa abertura de su voluptuosa esposa. Era evidente que ella se esforzaba más de lo usual, tanto por su propio placer como para satisfacerme, cosa que comprobé cuando, al volverse hacia donde yo estaba y cruzarse nuestras miradas, ella sonrió y empezó a agitarse todavía más impetuosamente mientras me mostraba el coño totalmente abierto por la noble polla que lo ocupaba. Yo estaba a punto de estallar. Por fin concluyeron el último asalto; Mr. Benson extrajo entonces la polla, empapada, caída, pero no por ello menor de tamaño.

¡Diablos! Yo hubiera dado cualquier cosa por poder abalanzarme sobre él, meterme su polla en la boca y lamerle hasta la última gota; me resulta casi imposible explicar la fuerza con que este deseo se apoderó de mí. Fue la primera manifestación de un deseo ante el que he cedido a menudo después de aquella vez, y siempre que he asistido a orgías protagonizadas por personas de los dos sexos. Mrs. Benson afirmó entonces que se sentía mortalmente cansada después de tantos y tan continuos encuentros además de los nocturnos, y se quedó quieta donde estaba en tanto que él realizaba sus abluciones y se ajustaba la ropa.

—Cierra la puerta en cuanto yo salga —dijo él, mientras ardientemente la estrechaba entre sus brazos y la besaba. Ella seguía tendida en la cama, justo delante de mí, con las piernas completamente abiertas para que pudiera verle todo su bonito coño, que palpitaba aún bajo los efectos del último orgasmo. Mi preciosa dama me diría luego que no le palpitaba por lo que acababa de ocurrirle, sino por lo que estaba esperando. Por fin, al marcharse su marido, se levantó para cerrar la puerta y echar la llave. Se acercó luego al bidé para purificarse, pero yo en ese momento salí del armario, la cogí entre mis brazos, la tumbé de espaldas en la cama, y en seguida pegué mis labios a su encendido y espumoso coño, del que rezumaba la lechosa corrida de su marido. Lo devoré con fruición, produciéndole tal acaloramiento que, tirándome de los pelos, gritó frenética:

—¡Por el amor de Dios, jódeme, jódeme!

Huelga decir que mi polla no necesitaba tal requerimiento, y de

un sólo empujón se la metí hasta las entrañas. Eso le bastó a mi amada dama para correrse. Ella sentía una tremenda excitación, a la que había llegado no sólo por los preparativos sino, como ella misma me hizo saber, por la idea de serle infiel a su marido inmediatamente después de haber fornicado con él: a ese extremo llega la procaz imaginación de las mujeres cuando se abandonan a los pensamientos libidinosos. Hubiese ocurrido exactamente lo mismo de haber habido otro amante tan afortunado como yo esperando mi retirada del campo. El éxito en la traición es algo que les apasiona, tanto que serían capaces de sacrificarlo casi todo por conseguirlo. Antes de que yo pudiera alcanzar la gran crisis, ella estaba otra vez preparada, y juntos sucumbimos entonces entre gritos de voluptuosidad; como siempre, ella me tenía tan bien sujeto que, en vez de pensar en soltarme de los pliegues de su coño delicioso, permanecí quieto gozando de las incesantes contracciones de sus pliegues aterciopelados, que por momentos llegaban a ser tan fuertes como los de una prensa. Poco después estuve listo para follarla una segunda vez, y como en el primero, concluimos en un éxtasis indescriptible. Mi encantadora dama era del parecer que debíamos dejarlo, pero yo, aduciendo mis cuarenta horas de abstinencia (pues naturalmente no sabía nada de mis amoríos con Mary), le rogué que me permitiera gozarla una vez más.

—Está bien, querido Charlie, pero tienes que dejarme poner de lado porque tu peso y el de mi marido me han acalorado sobremanera y necesito descansar un poco; no hace falta que te apartes, yo me ocupo.

Con su incomparable estilo puso manos a la obra: la contemplación de sus espléndidas nalgas apretándose contra mi vientre me encandiló en seguida. La polla se me empinó y se me puso tiesa como siempre. Luego, rodeándole el cuerpo con un brazo, llevé mis dedos a su excitado y protuberante clítoris. Disfrutamos entonces de una fornicación más larga y voluptuosa que la anterior. Los movimientos de mi divina dama eran de una delicia insuperable; tenía el cuerpo doblado de tal manera que me permitía chuparle una teta mientras la jodía y sobaba; y se corrió lanzando tamaño grito de placer que estoy seguro que la hubiesen oído en toda la casa de no ser por el forro acolchado de la puerta. Como seguía apretándome deliciosamente la polla, comencé a pensar que

iba a hacerme acreedor a un cuarto favor, pero ella se apartó de improviso de mis brazos y saltó de la cama. Luego se volvió, se metió toda mi polla en la boca y, tras darle una voluptuosa lamida, me dijo:

—No, mi querido niño, hemos de ser prudentes si queremos repetir estos encuentros tan deliciosos. Considera que me has dado un placer extraordinario, y que, si actuamos con moderación y no nos abandonamos al desenfreno, podremos disfrutar sin riesgo y todos los días de encuentros similares. Así que ahora ve al cuartito y aguarda allí hasta que yo haya salido de la habitación. Cuando compruebe que no hay nadie cerca, toseré un par de veces, esperaré un minuto, y luego bajaré sin hacer ruido por la escalera de servicio.

Todo fue llevado a cabo felizmente, y durante la semana que aún permaneció con nosotros, cada día hallé el modo de gozar de su maravilloso magisterio y sin despertar ninguna sospecha en la casa.

Hasta que llegó el día de la partida de esta mujer admirable. Aunque me resultaba muy difícil soportar la escena, trataba de ocultar mis sentimientos lo mejor que podía. Por suerte, habiéndose convertido en la predilecta de todos y lamentando cada cual su marcha, mi aflicción se confundió con el dolor de los demás. Hube de esperar más de dos años para que la fortuna volviera a brindarme la ocasión de encontrarme con esta mujer encantadora. Y desde entonces nos hemos visto muchas veces, tanto solos como en compañía de almas afines a las nuestras, sobre las cuales quizás escriba pormenorizadamente más adelante; ahora, en cambio, tengo que referir los sucesos que se produjeron inmediatamente después de su partida.

Ya he dicho que Miss Evelyn había comenzado poco a poco a acariciarme con mayor familiaridad. Ahora se pegaba más a mí, me rodeaba invariablemente la cintura con un brazo, y me besaba y ceñía contra su firme pecho robusto. Todo ello provocaba por lo general un efecto patente en mis partes bajas, incluso cuando estaba menos excitable por el constante alivio que mis deseos encontraban en los brazos de mi adorada Mrs. Benson. Pero ahora ya no tenía ese desahogo; el alivio que obtenía esporádicamente con mi hermana Mary resultaba insignificante tras el ejercicio incansable al que había estado sometido durante un mes entero. Desde que le

contara esa mentirijilla —atribuir a sus abrazos el aturdimiento en que me hallaba el día que regresó Mrs. Benson—, Miss Evelyn comenzó a pegarse más a mí, sintiendo sin duda mi polla tiesa palpitando contra su muslo cada vez que me estrechaba con su brazo. Advertí en numerosas ocasiones que el brillo de sus ojos aumentaba y que su rostro mudaba de color cuando al besarme yo le acariciaba con una mano la mejilla. Había veces en que me apartaba en el acto y me ordenaba que volviera a mi asiento; pero lo más frecuente era que se marchara agitada de la habitación, lo que a la larga me hizo barruntar que sufría un conflicto interno, y que el deseo le dictaba un proceder, y la razón otro. Recordando el sabio consejo que mi amada y hermosa dama me había dado, resolví jugar el papel del ingenuo ignorante y dejar que sus propios deseos se desarrollaran y produjeran el resultado que yo tanto anhelaba. Dudo que hubiese podido aguantar la situación de no ser por el alivio que encontraba en los dulces abrazos de Mary, quien, cada vez que conseguíamos vernos, se mostraba siempre más seductora y capaz de dar y recibir placer. Nos costaba algún trabajo impedir que Eliza descubriera nuestros amoríos. Mary accedió al fin a iniciarla en el sexo oral, y a decirle que yo le hacía eso cuando nos encerrábamos en algún sitio, y que si guardaba el secreto se lo haría también a ella; pero era imprescindible, le advirtió, que una hiciera guardia mientras la otra se divertía conmigo, por si a Miss Evelyn le daba por aparecer de repente. Mary procedió entonces a chuparle el coño, obteniendo Eliza un placer tremendo. Lo cierto es que pese a ser un año y medio menor que Mary, pronto demostraría que aventajaba a su hermana en la precocidad de sus deseos. Al comienzo no hice más que chuparla y dejar que mientras tanto jugara con mi polla, evitando enseñarle cómo podía metérsela en su rajita encantadora, cuyo bien formado y prominente monte mostraba ya signos de un vello en crecimiento. Cuando me parecía que ya le había hecho bastante, volvía Mary —a la que previamente había follado— y Eliza se ponía de centinela para que yo pudiera aplacar en el coño deliciosamente estrecho de aquélla la sed que ésta me había producido.

Fue así como pude esperar con más calma el encuentro al que Miss Evelyn, compelida por su manifiesto deseo, iba poco a poco cediendo. Que se resistía a ello no cabía duda, mas el deseo se iba

imponiendo, como demostraban sus temblores nerviosos y el modo en que me estrechaba al acercarme a sus secos labios, así como el hecho de que, al rechazarme, se estremeciera toda y empalidecieran sus preciosas mejillas. Yo suponía que en esos momentos se sentía desbordada por la naturaleza, y que en realidad sus apretones eran un anuncio de la crisis amorosa, y que cuando se estremecía e imprevistamente me rechazaba, se estaba corriendo. Era evidente que tal situación no podía continuar. Y así llegó, por fin, el maravilloso día por el que tanto había suspirado. Mamá iba a acercarse al pueblo con mis hermanas para comprarles algunas cosas. Invitó a Miss Evelyn a acompañarlas, pero ésta rehusó aduciendo una supuesta jaqueca. La verdad es que la violencia del conflicto que enfrentaba a sus deseos con su prudencia había afectado claramente a su salud. Había perdido el color y parecía angustiada, y mi madre estaba un poco preocupada por ella. Le dijo que por ese día no hacía falta que se ocupara demasiado de las clases, que bastaba con que me diera una hora de trabajo por la mañana y otra por la tarde, y que saliera a pasear al jardín y se tomara un buen descanso.

Cuando iba a marcharse, mi madre me instó a ser todo lo amable y obediente que pudiera con Miss Evelyn, pues se encontraba mal y decaída. Al fin, mamá y las niñas partieron. Miss Evelyn, lívida y visiblemente temblorosa, me rogó con voz desfallecida que fuera al aula a estudiar la lección que me había dado la tarde anterior, añadiendo que me alcanzaría en breve. Fui, pero ese día yo no estaba con ánimos de estudiar. La evidente agitación y aparente enfermedad de Miss Evelyn me tenían afligido, por no decir alarmado. Ella me consideraba aún demasiado inexperto. Era una faceta de la naturaleza femenina que por entonces desconocía del todo. La única idea que cabía en mi cabeza era que todo tendía hacia la plena satisfacción de mis afanes libidinosos; así, esperanzado, y conteniéndome sólo el recuerdo del consejo que mi amada Mrs. Benson tan sabiamente me había inculcado, aguardaba ahora esa conclusión que anhelaba con tanto ardor.

Miss Evelyn

La lección de Miss Evelyn - Penetrando de nuevo - Más sabios consejos - La lección de Miss Evelyn continúa - Más lecciones - Una lección con problemas - Más lecciones - El estudiante nocturno - Un deseo descabellado - La queja se repite

Finalmente Miss Evelyn apareció; tenía los ojos hinchados y rojos, como si hubiese estado llorando. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver los suyos; vacilando, me acerqué y le dije:

—¡Oh, mi querida institutriz, no sabe cuánto me aflige verla así! No hagamos nada hoy; yo le prometo que mañana trabajaré el doble.

En ese momento me sentí realmente preocupado por la triste expresión de su cara. Sonrió unos segundos lánguidamente, y luego, por alguna compulsión de sus sentimientos, me estrechó entre sus brazos y, acercándome a su pecho, me llenó de besos; los ojos ahora le brillaban.

—¡Oh, mi niño, mi adorado niño, si supieras cuánto te quiero! ¡Bésame, oh, bésame amor mío, y consuélame por todo lo que te amo!

Luego, temiendo acaso haber dicho demasiado, sufrió un nuevo cambio; volvió el rostro y los ojos se le inundaron de lágrimas, pero no menguaba la fuerza de su abrazo. Su agitación me conmovió profundamente. Creí que estaba realmente enferma y que sufría enormemente; le arrojé entonces los brazos al cuello y, besándola con ternura y llorando, traté de consolarla torpemente mientras le decía entre sollozos:

—¡Oh, querida, querida Miss Evelyn, cálmese, se lo ruego! La amo tanto que se me desgarra el corazón al verla tan desdichada. Vamos, sonría y procure no llorar. ¿Qué es lo que le hace sentirse

tan desdichada y abatida? ¡Ah, si pudiera hacer algo para alegrarla! —Luego, y como yo no parara de mimarla, giró su adorable cara hacia mí. Sus ojos destellaban otra vez con el extraordinario fulgor de antes, y un rubor intenso coloreaba sus mejillas.

—«»*Tú*, angelito mío, *tú* eres quien me hace tan desdichada.

Retrocedí sorprendido.

—¡Que *yo* la hago desdichada! ¡Oh, Miss Evelyn, cómo puede decirme eso cuando venero el suelo que usted pisa, y la amo (*sollozando*), la amo (*sollozo*), la amo más que a nadie en el mundo!

Cogió entonces mi cabeza entre sus manos, pegó sus labios a los míos y me dio un largo, larguísimo beso; luego, apretándome contra su pecho, dijo:

—¡Oh, repite lo que has dicho, niño mío! Mi corazón se está partiendo por el amor que siento por ti; pero ya no puedo resistirlo más. ¿Querrá siempre mi Charlie a su Evelyn como la quiere ahora?

—¡Oh, cómo podría no quererla, si desde el día que llegó aquí no he hecho más que venerarla! Haré cualquier cosa para demostrárselo. Pídame lo que quiera. Mi boca ha callado siempre el amor que siento por usted.

Sus ojos, centelleantes de deseo, escrutaban los míos, como si quisiera leer en ellos mis pensamientos. Sus cálidos abrazos y besos estaban exaltando mis deseos. Ella, apretado como me tenía, no podía menos que sentir la dureza del objeto que chocaba contra su cuerpo.

—Te creo, Charlie mío, y porque te creo voy a confiarte mi vida, o más que mi vida, ¡mi honor! Ya no puedo oponerme más a mi destino. ¡Pero, oh, Charlie, tienes que quererme siempre, pues corro un riesgo tremendo por quererte tanto!

Ella volvió a acercarme a sus labios y yo le rodeé con mis manos el cuello. Deslizó sus manos hasta topar con mi polla tiesa. Con dedos impacientes y temblorosos me desabotonó, o mejor dicho arrancó los pantalones, y sus suaves dedos agarraron mi desnudo instrumento.

—¡Oh, que me muero, querida Miss Evelyn! ¿Qué tengo que hacer para que sea feliz?

Mi aparente ignorancia no podía sino complacerla. Tumbándose en el largo diván en el que estaba sentada, con una mano se levantó las enaguas como por descuido. Yo a mi vez me puse de rodillas y,

levantándole del todo las enaguas, dejé al aire su rico, oscuro y maravillosamente rizado monte. Ella ocultó su encendido rostro con una mano, y yo, hundiendo la cabeza en su coño delicioso, comencé a lamérselo aunque sin atreverme a tocarle el clítoris. Ella intentó apartarme:

—¡No, no, no puedo!

Pero yo sabía que se había excitado todavía más con mis maniobras, pues tenía el coño bastante húmedo y jugoso, y estaba seguro de que había tenido una corrida mientras me abrazaba tan ardorosamente. De pronto dijo:

—Tú ganas, niño mío. Ven a mí y seré toda tuya.

Me levanté encantado, y un instante después estaba ya extendido sobre su vientre y con mi polla tiesa haciendo presión contra su coño. Tuve la prudencia de seguir aparentando que lo ignoraba todo sobre el acto. Suspirando profundamente, dije:

—¡Oh, querida Miss Evelyn, ayúdeme, no sé qué hacer!

Y ella, cogiendo con una mano mi ardoroso instrumento, lo dirigió hacia los ansiosos labios de su coño delicioso. Yo en seguida empujé, introduciéndole el bálano y dos pulgadas más del miembro en la primera arremetida. En la segunda tropecé con un obstáculo inesperado, pues jamás pensé que Miss Evelyn fuera virgen. Empujé con fuerza.

—¡Oh, Charlie, amor, ten cuidado; me estás haciendo mucho daño!

Sabía que el mejor modo de excitarla consistía en metérsela poco a poco, sin intentar llegarle hasta el fondo de sopetón. Así lo hice, y ella empezó entonces a sentir los frenéticos deseos que una verga tan formidable como la mía debía despertarle al moverse entre los aterciopelados labios de su estrecha y jugosa raja. Yo seguí entrándole y maniobrando hasta que los movimientos convulsivos de sus caderas y la creciente presión de los labios de su coño me anunciaron que estaba a punto de sobrevenirle la crisis y de correrse. Me abrazó entonces con fuerza y al momento de correrse alzó involuntariamente el trasero. Tan intenso era el instante cuya llegada había estado esperando con impaciencia. Me retiré un poco y seguidamente me eché hacia adelante con una fuerza incontenible. Todas las barreras se abrieron al paso de mi polla, que no paró hasta tocar fondo. El ataque fue tan doloroso como

inesperado. Miss Evelyn pegó un grito y se desvaneció. Y yo, viendo la oportunidad de mejorar mi situación, comencé en seguida a menearme de arriba abajo con todas mis fuerzas, rompiendo así todo obstáculo y ensanchando al máximo la abertura con movimientos laterales mientras ella era insensible al dolor. Tras ello, me corrí gritando de placer. Yo seguía metido en su deliciosa raja cuando los estremecimientos convulsivos y los breves sollozos de mi amada ya definitivamente desvirgada me anunciaron que estaba recobrando el sentido. Mi polla se estaba empinando otra vez por la idea de la inesperada victoria que había conseguido, aunque todavía estaba relativamente fláccida. Sentí entonces, a medida que ella iba cobrando plena conciencia de nuestra posición, que me la apretaba involuntariamente. Luego me arrojó los brazos al cuello, me dio un beso de lo más apasionado, y comenzó a sollozar y llorar como si el corazón estuviera a punto de rompérsele.

Es curioso ver ese rasgo de mi naturaleza en virtud del cual mi libido se ve exaltada por las lágrimas de una mujer; de hecho mi polla, pese a que yo realmente sufría viéndola en semejante estado, había alcanzado ya su máximo tamaño por esa causa. Intentaba consolarla con palabras, pero ella no dejaba de sollozar. Me dije entonces que lo más indicado para reanimarla era iniciar un nuevo ataque, y comencé a menearme con ímpetu. Aunque ella suspiraba profundamente, supe por las nerviosas sacudidas de sus caderas que sus deseos se estaban exaltando. Pronto se decidió la contienda. Me rodeó la cintura con sus brazos y me apretó contra ella, devorándome la boca con sus besos. La naturaleza aceleró sus movimientos, y a los pocos minutos ambos derramamos una copiosa ofrenda en el altar de Venus. Ella se agitó y se estremeció al sentir el cálido chorro en su interior, y me apretó con todas sus fuerzas contra su pecho. Estuvimos en trance cerca de diez minutos, durante los cuales mi adorable institutriz, ciega de pasión, no dejó de apretar deliciosamente mi encandilada polla, lo que rápidamente la condujo a renovar sus esfuerzos. Miss Evelyn también se excitó sobremanera, y así ambos volvimos a precipitarnos en la maravillosa senda del amor, para concluir, como siempre, en ese diríase mortal desvanecimiento del deseo satisfecho. Cuando recobramos el sentido, mi amada dama, abrazándome con ternura y elevando los ojos al cielo, me dijo:

—¡Oh, niño mío, me has hecho sufrir terriblemente al principio pero después me he sentido en el paraíso! No sabes cómo te adoro. Ahora tenemos que levantarnos, Charlie mío, para evitar que nos descubran. La verdad es que hemos corrido un riesgo inmenso, pues la puerta estaba sin llave.

Saqué la polla de su fragante raja, cuyo estrechamiento era tal que intuí que dejaba que me retirara muy a su pesar. Al levantarme vi que tenía la polla totalmente ensangrentada.

—Espera Charlie, deja que te la limpie con mi pañuelo para que no te manche la camisa.

Hecho lo cual, lo dobló y guardó en su escote.

—Conservaré esta preciosa reliquia como recuerdo del sacrificio que he hecho por ti, niño mío. ¡Ay, Charlie, aún no puedes comprender el alcance de ese sacrificio ni del riesgo que he corrido por ti! Te amo como nunca he amado a nadie y como no volveré a amar jamás. Mi honra y mi felicidad están ahora en tus manos y dependen de tu discreción. Es imprescindible que no muestres más confianza de la debida conmigo ni menciones a nadie una sola palabra de lo ocurrido.

Por supuesto, yo le di todo tipo de garantías al respecto. Añadí que la amaba muchísimo y que le estaba demasiado agradecido por el maravilloso placer que me había enseñado a disfrutar como para traicionarla cometiendo alguna indiscreción. Me abrazó entonces tiernamente y me dijo que saliera solo al jardín, pues ella necesitaba descansar un poco después de todo lo que había pasado, y que volveríamos a vernos a la hora de la comida.

Hice lo que me pedía, ilusionado por el dulce recuerdo de los exquisitos gozos que me había brindado y deseando que comenzara cuanto antes la clase vespertina para volver a vivir la arrebatadora unión de nuestros cuerpos y nuestras almas. Pero Miss Evelyn, en vez de bajar a comer, pidió que le subieran algo a su habitación. Con todo, apareció como siempre en el aula a las dos de la tarde. Y aunque estaba muy pálida, me abrazó con ternura y se mostró muy cariñosa. Naturalmente, en seguida me excité y quise pasar a la acción; sin embargo, ella me rechazó delicadamente, rogándome que la dejara tranquila por ese día, ya que, además de exhausta, se sentía dolorida; necesitaba un buen descanso para reponerse por completo. Le pedí con insistencia que me concediera al menos un

pequeño favor, pero ella se mostró inexorable. Viendo que no podía hacer mis deberes ni estarme quieto, me dijo:

—Podemos salir al jardín. Creo que el aire fresco y una buena caminata me sentarán bien.

Se me ocurrió en el acto que si lograba llevarla hasta la casa de campo, tendría más posibilidades de volver a gozar de sus deliciosos abrazos. Así pues, cuando ella subió a su habitación para coger su sombrero y su chal, me apoderé de la llave. Quería estar preparado por si se me presentaba una oportunidad.

Paseamos un rato por el jardín, Miss Evelyn apoyada en mi brazo y hablándome cariñosamente. Andaba con cierta dificultad. Nos sentamos para descansar, pero al rato Miss Evelyn se sintió abrumada por el calor, por lo que le propuse caminar por la alameda. Yo seguí parloteando para que no se notara hasta dónde la quería llevar. Le sorprendió lo mucho que nos habíamos alejado cuando avistamos la casa de campo.

—Oh, Charlie, cariño, temo que me resultará demasiado fatigoso hacer todo el camino de regreso sin descansar un poco, pero no tenemos la llave de la casa.

—A veces la dejan en la puerta. Voy a ver si está. —Subí a toda carrera, metí la llave en la cerradura y bajé corriendo para decirle que la había encontrado. Una vez dentro, se dejó caer sobre el largo diván que ya me había servido en tantas ocasiones. Le rogué que se tumbara cómodamente. Coloqué unos cojines debajo de su cabeza y puse una silla a su lado, donde me senté. Sin que aparentemente yo le infundiera la menor sospecha, se recostó girada hacia mí. Tomó mi mano entre las suyas e iniciamos una charla, sumamente interesante, sobre el modo en que debíamos comportarnos para que no sospecharan de nuestra relación amorosa, así como acerca de lo que debíamos hacer para poder encontrarnos de cuando en cuando.

—Niño querido —dijo—, ya no puedo vivir sin el consuelo de tus abrazos. Pero debes recordar que, dependiente de ti como estoy, si nos descubrieran sería mi ruina. Apelo a tu silencio y discreción, segura de que si tú, mi adorado Charlie, me quieres tanto como yo te quiero, puedo confiar plenamente en ti.

Le arrojé los brazos al cuello y le dije que el amor que le profesaba y el deseo que sentía de volver a sus encantadores y deliciosos brazos no iban a dejarme cometer la menor imprudencia.

Me abrazó y besó apasionadamente. Mis deseos se inflamaron y mi mano comenzó a actuar. Apenas posibilitada para defenderse dada su postura, cuando le toqué el monte hermosamente cubierto me pidió en tono suplicante que la dejara y apretó los muslos. Pero ella desconocía mi familiaridad con las partes íntimas. Le introduje entonces un dedo en la parte alta de los labios y le toqué el clítoris, que comencé a frotárselo con torpeza, pero cuidándome de hacerlo en el punto justo.

—Charlie, Charlie mío, no hagas eso, no, que no puedo soportarlo.

En ese mismo instante me rodeó con un brazo el cuello y atrajo mis labios hacia los suyos. Sentí que sus muslos cedían. Aproveché inmediatamente la ocasión y empecé a sobarle de arriba abajo la raja con el dedo medio. Sus deseos se excitaron.

—Ven a mis brazos, niño querido, ya no puedo aguantar más.

Antes de que hubiera terminado la frase yo ya me había desabotonado y quitado los pantalones y estaba metido entre sus piernas. Mis apasionadas caricias habían humedecido su coño jugoso, y mi bálano entró sin ninguna dificultad. Y estaba a punto de correrme llevado por mi ardor con una vigorosa acometida, cuando ella me imploró que fuera más delicado pues aún se sentía dolorida por nuestro encuentro matinal. Moderando mis movimientos e introduciendo suavemente mi tieso instrumento, llegué a penetrarla poco a poco hasta el fondo, provocándole apenas una mueca de dolor. En ese instante me detuve, pero sin sacar la polla de su interior y haciéndola vibrar de tanto en tanto. Luego busqué la boca de mi amada Miss Evelyn, y nuestros labios y lenguas se unieron. Sus brazos se estrecharon con más fuerza a mi cintura. Los deliciosos pliegues de su jugosísima raja comenzaron a palpitar y a apretarse contra mi excitado miembro. Esperé a que se acalorara del todo; por fin, y de improviso, ella cedió a su naturaleza corriéndose profusamente para entera satisfacción de mi saturado órgano. Permanecí quieto para que pudiera disfrutar de esa corrida, tal vez la primera que alcanzaba en un auténtico orgasmo. Mi pasividad privaba de estímulos a los todavía ásperos bordes de su himen roto. Pero sus contracciones internas eran exquisitas. Parecíamos dos palomas arrullándose por el modo en que nos acariciábamos y uníamos nuestros labios y lenguas, lo cual

volvió rápidamente a acalorarla. Comencé entonces a moverme lenta y suavemente, sacándole despacio y casi del todo la polla, y luego volviéndosela a meter con lentitud hasta el fondo. Su previa y abundante corrida había lubricado tan bien los pliegues de su coño, que ya no volvió a sentir dolor, sino únicamente un placer intenso. Finalmente ya no pudo más: arrojó los brazos a mi cintura, dobló involuntariamente las piernas sobre mis caderas, e, incitada por la naturaleza, comenzó a menear deliciosamente el trasero. Se movía ahora al ritmo de mis arremetidas, secundándolas de la manera más deliciosa.

—Sigue, sigue, querido Charlie. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Yo no precisaba de estímulos. Nuestros movimientos se volvieron más rápidos y furiosos, hasta que al fin, gritando al unísono de placer, caímos el uno en los brazos del otro vencidos por el éxtasis más delicioso. Cuando pasados varios minutos recobramos el sentido, nuestros órganos de reproducción estaban vibrando, uno dentro del otro, con toda la voluptuosidad del deseo satisfecho. Con sus hermosas piernas todavía encima de las mías, me rodeó con los brazos el cuello, me besó con fruición, y pronunció las más dulces palabras de gratitud mientras me regalaba con sus caricias y mimos. Yo me sentía en el séptimo cielo de la dicha, preso de sensaciones francamente indescriptibles. El placer me parecía incluso superior al que sentí en los momentos de éxtasis. Y podría haber permanecido así durante horas de no ser por mi excitable polla, que en seguida se puso otra vez en movimiento incitada por las maravillosas contracciones de ese delicioso coño en el que estaba ensartada. Había ido recobrando poco a poco su primitiva rigidez, y ya estaba completamente tiesa y vibrando, impaciente por reanudar los combates. Empecé a moverme. Pero Miss Evelyn dijo:

—Oh, Charlie, niño mío, debes parar. Y no sólo porque tenemos que ser prudentes, sino además por consideración a tus años y a tu salud. ¡No, oh, no, querido niño! ¡Oh, detente, por lo que más quieras!

Sus palabras fueron cortadas por el deseo que los vigorosos movimientos de mi polla fueron paulatinamente despertando en todo su organismo. Sin poder aguantarlo más, me rodeó estrechamente con brazos y piernas para devorarme con sus besos y entregarse en cuerpo y alma a la lucha, en la cual me secundó tan

bien que juntos nos corrimos entre gritos de placer y caímos exánimes uno en los brazos del otro.

Sólo después de varios minutos recobramos el habla. Yo seguía totalmente metido en su exquisito coño y deseaba continuar entre sus deliciosos brazos. Pero Miss Evelyn me pidió en un tono tan implorante que no prosiguiera, explicándome que sólo si éramos prudentes podríamos volver a encontrarnos, que no tuve más remedio que apartarme de su cuerpo. Sólo que, al hacerlo, me deslicé hacia abajo, y antes de que ella pudiera impedírmelo, adherí los labios a los pliegues que se abrían ante mí. Devoré con fruición toda su deliciosa corrida, sin cesar de lamerle el clítoris hasta conseguir que volviera a correrse copiosamente. Al comienzo había intentado resistirse, diciendo:

—¿Pero qué es lo que haces, Charlie? Eso es malo, niño mío, por favor no, no lo hagas.

Sin embargo, y según iba despertando sus deseos, su mano, en lugar de intentar apartarme, me sujetó con fuerza la cabeza y me la apretó contra su raja vibrante y deliciosa, sus muslos se cerraron sobre mí y, sobreviniéndole la corrida, casi se desmaya extasiada. Se la lamí con voracidad, me levanté, la cogí en brazos y, sentándola sobre mis rodillas, comencé a besarla con dulzura.

—Oh, qué criatura tan encantadora es usted, mi amada Miss Evelyn: la adoro desde la punta de sus pies hasta su último cabello.

—Y tú, mi adorado Charlie, has justificado con creces mi imprudencia. Me has proporcionado un gozo con el que jamás podría haber soñado. Soy tuya en cuerpo y alma, y puedes hacer conmigo lo que quieras. Yo también adoro el suelo que pisas.

Continuamos diciéndonos palabras con el más sincero afecto, hasta que, viendo que mi polla recobraba su habitual dureza, dijo:

—Oh, cariño, es hora de que guardes esto. Sería una tremenda imprudencia volver a hacerlo. Déjame que te abotone.

Tras inclinarse y besarla, la metió en mis pantalones con alguna dificultad, los abotonó, y en seguida nos encaminamos hacia casa.

Pasamos a hablar de la posibilidad de nuevos encuentros. Me rogó que no se me ocurriera intentar nada parecido al día siguiente, asegurándome que ella procuraría arreglar una cita para dentro de dos días, pese a que mis hermanas constituían un gran estorbo.

Yo le sugerí que me prohibiera salir al recreo como el día de la

azotaina; más aún, que podía perfectamente volver a azotarme si tal era su deseo.

Aunque mi ocurrencia la hizo reír, dijo que eso podría servirnos de pretexto. Dije entonces:

—Dejaré de hacer mis deberes para que tengamos una excusa.

—Ya veremos, ya veremos. Mientras tanto, no olvides ser prudente.

Llegamos a la casa, y ella se retiró a su habitación hasta el regreso de mamá. Le preguntaron amablemente cómo se encontraba, y contestó que el dolor de cabeza la había hecho sufrir muchísimo, pero que, en términos generales, se sentía mejor y que esperaba reponerse del todo tras descansar bien esa noche. Todos nos retiramos temprano, ya que tanto mi madre como las niñas habían vuelto cansadas del viaje y de las compras. Yo tenía otra vez mi cama en el cuartito, y me fui a acostar con el recuerdo de los sucesos de ese día, para revivirlos en sueños con toda la imaginación que la mente más lúbrica podría concebir.

Al día siguiente, Miss Evelyn volvía a mirarme con los mismos ojos de antes: su conflicto interno había terminado. Se mostraba muy amable y parecía incluso más afectuosa que de costumbre con mis hermanas, quienes, creyendo que no se encontraba del todo bien, le prodigaron atenciones queriendo en todo momento anticiparse a sus deseos. A mí me trataba con más reserva que antes; sin embargo, cuando subí para recitar mi lección, me estrechó cálidamente y con emoción contenida la cintura, demostrando así que luchaba contra el deseo de apretarme contra su pecho. Su rostro enrojeció ligeramente y volvió sus hermosos ojos hacia mí con una expresión tan cariñosa que me hubiera arrojado a sus brazos si la reserva que ella mostraba no me hubiese impelido a contener mi ardor.

Aquel día no ocurrió nada más entre nosotros. A la hora de recreo acostumbrada, de cuatro a cinco de la tarde, Miss Evelyn nos dejó solos y se retiró a su habitación para descansar de la continencia que se había impuesto a lo largo del día. Huelga decir que inmediatamente nosotros tres nos fuimos a la casa de campo. Allí primero forniqué deliciosamente a Mary y luego chupé el coño de Eliza —lo cual hice metiéndole al mismo tiempo y ligeramente un dedo en la raja—, para concluir fornicando voluptuosamente

otra vez con Mary. Ello me permitió soportar el freno que Miss Evelyn había puesto al apetito que sentía por su cuerpo, así como mostrar una sensatez que se avenía mal con mi estado. El segundo día tampoco accedió a brindarme la oportunidad que tanto anhelaba. Pensando que vacilaba por miedo al descubierto, y dado que no había ningún motivo justificado que le impidiera estar a solas conmigo, decidí hacerme el enfermo en la tarde del día siguiente. No había comenzado mis deberes cuando me pidió que me acercara. Miss Evelyn pareció enojarse, pero al mismo tiempo se sonrojó.

—¿Qué cuento es ése de que estás enfermo, Charlie? Si no haces ahora mismo tus deberes, no voy a tener más remedio que castigarte.

Me cogió entonces de un brazo y me lo apretó suavemente al mandarme que volviera a mi sitio. Naturalmente, a las cuatro de la tarde seguía sin haber hecho nada de mis deberes.

—Mary y Eliza, podéis salir al jardín. Charlie se quedará aquí hasta que termine sus deberes o le dé el castigo que se merece por su enfermedad.

Mis hermanas salieron y Miss Evelyn cerró con llave la puerta. Y en seguida nos lanzamos el uno en brazos del otro, para abandonarnos durante pocos segundos a las caricias más deliciosas. Yo llevaba un rato soportando una violenta erección, por lo que inmediatamente le metí una mano debajo de las enaguas. Luego la tumbé suavemente sobre su butaca baja y, arrodillándome enfrente suyo, hundí la cabeza entre sus muslos, eché un vistazo a su coño hermosamente peludo y ya húmedo y jugoso —con lo que demostraba que se hallaba tan lista como yo—, y sin más empecé a chuparle el coño hasta que soltó en mi boca su corrida, cuyo delicioso líquido chupé con la mayor fruición. Su corrida despedía una fragancia especial, y mi lengua bregaba por adentrarse en su exquisita raja tanto como se lo permitía su tamaño, para no desaprovechar una sola gota de su néctar delicioso, digno sin duda de los dioses. Desbordada por la excitación que le había producido, me tomó la cabeza y dijo:

—¡Oh, Charlie, angelito mío, ven, oh, ven a mis brazos!

Me levanté, me arrojé a sus brazos, y un instante después estaba metido hasta el fondo de su exquisito y palpitante coño. Ella me

estrechaba con brazos y piernas: ambos estábamos demasiado excitados para demorarnos en los salaces, lujuriosos movimientos que tolera una pasión menos desaforada, y así nos revolcamos con un incontenible frenesí, demasiado ansiosos los dos como para pensar en retraernos, hasta que, con suma rapidez dado el enorme vigor con que ambos actuamos, concluimos el primer asalto. Mi adorada Miss Evelyn no experimentó esta vez el menor dolor, y la vehemencia y fuerza de mi ataque no le produjo sino placer. Los dos nos corrimos juntos, derramando al alcanzar el éxtasis un torrente que refrescó los inflamados miembros que un instante antes habían estado ajetreando tan afanosamente. La querida Miss Evelyn me apretó contra su pecho y, gritando con pasión, elevó los ojos al techo como si quisiera dar las gracias al cielo por los gozos que había sentido. Luego nuestros labios se juntaron y unieron en un largo, larguísimo beso de amor, que rápidamente despertó nuestra libido. Ella tenía tantas ganas como yo, y sostuvimos un nuevo encuentro impetuoso, que concluyó, como el de antes, en todas las agonías del placer. Después, y tras un intervalo más largo en el que nos intercambiamos caricias y palabras del amor más sentido, sostuvimos un tercer asalto, con más *abandon* —prolongando nuestras exquisitas sensaciones con movimientos ora rápidos, ora lentos, y pausas entremedias—, y en el cual mi hermosa institutriz empezó a perfeccionar un arte en el que pronto superaría a la más experta Mrs. Benson, que tan encantadoramente me había iniciado en los misterios del amor.

Las maneras de Miss Evelyn tenían un no sé qué de encantador y suave que la hacían enormemente seductora y atractiva. Ello quedaba patente incluso en su forma de agarrarme la polla: su mano apenas me la rozaba, pero de un modo tan excitante que tras cualquier número de encuentros conseguía empinármela al instante con su leve toque. Nuestro tercer encuentro duró una media hora larga, y cuando caímos vencidos por ese éxtasis mortal de la corrida, nuestras almas parecieron rezumar la exquisita destilación. Yo permanecía dentro de su delicioso coño, y ella me pidió que la aliviara de mi peso. Nos levantamos, ella se alisó las enaguas y me ayudó a subirme los pantalones. Luego me senté y la monté sobre mis rodillas. Nuestros labios se juntaron en un cálido beso de gratitud por el deseo satisfecho. Ella me agradeció los placeres

paradisíacos que le habría hecho sentir, así como el tino con que sabido encontrar una excusa para vernos. Me dijo que se había sentido tan impaciente como yo, pero que estaba obligada a tomar todas las precauciones del mundo para evitar que en la casa surgiera la más leve sospecha.

—No debes olvidar nunca, niño querido, que el descubrimiento significaría mi ruina. Estoy dispuesta a arriesgarlo todo por poseerte, amor mío, y me preocuparía poco que nos descubrieran si eso no supusiera nuestra separación. Esa idea, mi querido Charlie, me resulta insoportable, porque ya no puedo vivir sin ti. —Dicho lo cual me arrojó los brazos al cuello y estalló en lágrimas.

Ya he descrito el efecto que las lágrimas tenían sobre mi descontrolado miembro, el cual, mientras yo procuraba consolar y juraba fidelidad eterna a mi amada, rompió sus cadenas y apareció erguido en toda su gloria. Cogí su suave y hermosa manita, y la posé sobre mi instrumento. Ella me lo agarró con fuerza, y mirándolo y sonriendo a través de sus lágrimas, dijo:

—¡Pero qué grande es, Charlie! Me pregunto cómo has podido metérmelo sin matarme.

—Ahora mismo verá cómo —dije, y, cambiando posiciones, la tumbé, le levanté las enaguas, y un momento después estaba otra vez dentro de ella. Me rogó que lo hiciera despacio y que prolongara nuestro placer todo lo posible. Follamos deliciosamente y mi encantadora £ama me hizo gozar de un éxtasis indescriptible gracias a las exquisitas contracciones de los pliegues internos de su coño lascivo y delicioso.

Permanecimos un buen rato embelesados después de corrernos. Luego volvimos a sentarnos y pusimos todo en orden, ya que mis hermanas estaban a punto de volver del recreo.

Naturalmente, pasamos a hablar del modo de concertar una próxima cita. Miss Evelyn insistía en que no debíamos pensar en vernos más de una vez en tres o cuatro días, pues de lo contrario podíamos suscitar sospechas que resultarían fatales para nuestros encuentros. Pese a que estaba cargada de razón, yo protesté airadamente contra semejante aplazamiento, y le supliqué que el tiempo entre una cita y otra fuera más breve.

—Es imposible, niño mío, recuerda que si nos descubren tendremos que separarnos para siempre. Si sabemos ser prudentes,

podremos continuar durante mucho tiempo estos encuentros deliciosos.

Le recordé en seguida que yo dormía solo en el cuartito, el cual, cuando la habitación de huéspedes estaba desocupada, quedaba aislado del resto de la casa; ella podría venir a hurtadillas de noche, cuando todos estuvieran dormidos, y dejarme disfrutar sin cortapisas de todos sus exquisitos encantos. Aunque no me respondió, pude ver que sus ojos centelleaban y que sus mejillas se coloreaban como si se viera ya gozando libremente de toda la voluptuosidad que mi plan sugería. Aun así, no aceptó en seguida, sino que, besándome con pasión, me llamó su niño querido y astuto, y me dijo que consideraría mi propuesta. Reanudamos las clases al regreso de mis hermanas. Tuvieron que pasar cuatro días antes de que Miss Evelyn volviera a brindarme la oportunidad de otra cita amorosa. Y no hubiera obtenido esa entrevista de no ser por mi testarudez. Volvimos a regodearnos en todos los placeres carnales, a pesar de las limitaciones que nos imponían nuestras ropas y el lugar. Insistí con más firmeza que nunca en mi plan de encontrarnos en mi habitación, y tanto se lo rogué que al final me prometió que vendría a la noche siguiente. Me vi obligado a conformarme con eso, pese a que hubiera dado cualquier cosa porque viniera esa misma noche; en cualquier caso, ante la evidencia de que sus deseos se iban apoderando progresivamente de ella, y de que cada vez estaba más cariñosa y voluptuosa, tuve la certeza de que no me defraudaría la noche próxima. La deliciosa idea de deleitarme con los encantos que había contemplado furtivamente en tantas ocasiones, me mantuvo al día siguiente alejado de mis hermanas. Con la excusa de un dolor de cabeza me fui temprano a la cama, llevándome un poco de aceite para engrasar las bisagras y la cerradura de la puerta, y estar así preparado para recibir a mi amada. Estaba despierto y casi desesperado por la espera, cuando oí que el reloj daba las doce. De súbito me di cuenta de que estaba acostada a mi lado. Había entrado tan sigilosamente en la habitación que, aunque atento a su llegada, no la había sentido abrir la puerta, ni cerrarla, ni echarle la llave. Había venido con su capa gris oscura, de la que se despojó en cuanto estuvo a mi lado, quedándose tan sólo con un ligerísimo camisón. Al levantarme para abrazarla, ella se arrojó a mis brazos, y al instante caímos

estrechamente enlazados. Yo estaba demasiado excitado para perder tiempo en preliminares. Así que la tumbé de espaldas, y al momento la penetré con un vigoroso empujón que, cortándole casi la respiración, le produjo un placer inmenso. Sin embargo, yo actué con demasiada celeridad, pues me corrí, nada más entrar, dos o tres veces en su exquisito coño. Pero aquello apenas pudo calmar las llamas de mi ardiente deseo, y bastaron las convulsivas contracciones internas de su oquedad insatisfecha para devolver a mi miembro ligeramente reducido sus fuerzas de siempre. Miss Evelyn, excitadísima por lo poco que la había satisfecho mi primer asalto, ardía de deseo, y así, después de rodearme con brazos y piernas el cuerpo, nos lanzamos frenéticos a una nueva fornicación. Mi previa corrida había reducido en cierto modo la posibilidad de una descarga inmediata, de modo que pude adecuarme perfectamente al ritmo de los movimientos de mi activísima compañera, desplomándonos al fin juntos con toda la voluptuosidad del deseo satisfecho. Permaneciendo un rato estrechamente abrazados hasta que estuvimos otra vez en condiciones de reanudar el combate en el delicioso terreno del amor. Dedicamos la pausa a susurrarnos juramentos y a acariciarnos y abrazarnos con pasión nuestros encantos desnudos, palpando los dos con admiración cada parte de nuestros cuerpos.

Miss Evelyn fijó por fin su atención en mi crecido miembro, al que acarició y sobó con la mayor ternura, poniéndolo rápidamente en un estado de erección imparable. Yo estaba echado de espaldas, y ella se irguió ligeramente para besar mi formidable arma. La coloqué entonces con suavidad sobre mí y le dije que ahora le tocaba trabajar a ella. Rió, pero en seguida montó sobre mí y, colocando su coño delicioso justo encima de mi polla y dirigiéndola a la entrada de la gruta del amor, se dejó caer suavemente sobre ella y se la metió hasta que nuestros respectivos vellos quedaron pegados. Comenzó entonces a moverse despacio de arriba a abajo, hasta que, con su libido demasiado exaltada para demorarse más en tales retozos, se desplomó sobre mi pecho, y empezó en seguida un vaivén maravilloso de caderas y trasero. Yo la seguía lo mejor que podía y advirtiendo su tremenda excitación, le pasé una mano por abajo y le introduje el dedo medio en el orificio rosado y estrecho de su glorioso culo. Se lo metía y sacaba al compás de sus

movimientos. Ello pareció estimularla a menearse con más vigor, y, en medio de breves jadeos y suspiros entrecortados, cayó casi sin sentido sobre mi pecho; yo a mi vez aceleré el ritmo, hasta que arrojé en su matriz abierta un torrente de esperma hirviente.

Permanecimos un buen rato extasiados por los raptos del deseo saciado. Finalmente ella recobró el sentido y, besándome apasionadamente, se volvió y nos recostamos uno al lado del otro estrechamente abrazados.

—¡Oh, Charlie mío, qué placer tan exquisito me has hecho sentir! Eres la criatura más deliciosa y amorosa jamás creada. Me matas de placer. ¿Pero qué era lo que me hacías en el culo? ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea?

—No lo sé —respondí—. Verá. La había rodeado con un brazo para palpar las hermosas nalgas de su trasero, y, mientras le sobaba una, sentí de pronto que tenía un dedo en un agujero, muy húmedo debido a nuestros encuentros previos, y, al apretar, el dedo se coló dentro. Usted apretaba tan deliciosamente que se me ocurrió (porque la presión era muy parecida a la que ejerce sobre mi polla su otro orificio cuando la abrazo) que a este segundo orificio le agradaría un movimiento semejante al que practica mi saeta en el interior de su raja. Actué en consecuencia, y me ha parecido que con ello aumentaba su excitación, si me permite juzgar por la forma extraordinariamente convulsiva con que usted oprimía mi dedo al correrse en pleno éxtasis de nuestro rapto final. ¿Pero dígame, adorada Miss Evelyn, le proporcionó ello tanto placer como el que he imaginado?

—Pues sí, querido Charlie, he de reconocer que así fue, para gran sorpresa mía. Tanto que al alcanzar el clímax el placer me pareció demasiado excitante. Sólo sé decirte que lo considero un accidente feliz con el que se aumenta un placer que hasta ahora consideraba imposible de superar. Bribonzuelo, siento que tu inmenso instrumento vuelve a recuperar todo su vigor. Pero tienes que calmarte, cariño, ya hemos hecho bastante por esta noche. ¡No, no y no, no voy a consentir que me lo metas otra vez!

Cogiéndomelo con una mano, apartó el bálano de la encantadora entrada de su coño y comenzó a sobarlo y palparlo, admirada de su tamaño, grosor y dureza. Con su delicado manoseo sólo consiguió avivar la llama de mi deseo, cada vez más frenético;

así, mientras le chupaba una teta, y tras meterle un brazo entre las piernas y rodearla con el otro por un costado, deslicé mi mano entre nuestros húmedos y calientes cuerpos y le toqué su clítoris, ya tieso debido a la excitación que le había producido el roce con mi polla. Mis maniobras la excitaron al instante, y entonces, alzándola suavemente con el brazo que tenía entre sus piernas, volví a montarla sobre mí. Musitó una protesta, pero no me opuso resistencia; al contrario, ella misma guió mi impaciente y vibrante polla hacia la voluptuosa raja en la que anhelaba penetrar. Esta vez nuestros movimientos fueron más lentos y lascivos. Durante un rato mantuvo el cuerpo erguido, subiendo y bajando sobre sus rodillas. Yo le metí un dedo en el clítoris, aumentando así el placer del que tan lujuriosamente estaba disfrutando. Advirtiendo en seguida que debía redoblar el ritmo de sus movimientos, se echó sobre mi vientre y comenzó a abrazarme y besarme. Mientras jugueteábamos con nuestras lenguas, le rodeé con un brazo la cintura y la sujeté con fuerza, dejando que sus gloriosas nalgas y sus flexibles caderas siguieran balanceándose y ciñéndose sobre mi arma enteramente ensartada. Volví a estimular sus deseos al máximo introduciéndole un dedo detrás, y juntos alcanzamos la gran crisis en un éxtasis desbordante, incapaces de hacer nada salvo agitar convulsivamente de cuando en cuando nuestros miembros ensartados. Permanecimos así, vencidos y gozando deliciosamente de todos los raptos de la más completa y voluptuosa satisfacción de nuestros deseos, una media hora antes de recobrar plenamente el sentido. Miss Evelyn fue la primera que recordó dónde estaba. Se levantó de un salto, me abrazó tiernamente, y dijo que debía marcharse inmediatamente, pues temía haber sobrepasado los límites de la prudencia. De hecho, eran casi las cinco de la mañana. Me levanté de la cama para estrechar entre mis brazos su adorable cuerpo y acariciar y besar sus pechos deliciosos. Le costó desprenderse de mis brazos. La acompañé hasta la puerta y nos despedimos con un beso apasionado. Regresé entonces a mi cama para entregarme de inmediato a soñar dulcemente en las delicias y la voluptuosidad de la fornicación de esa noche.

Miss Evelyn vino tres veces en el transcurso de las seis noches siguientes. En cada oportunidad volvimos a gozar los dos, cada vez con más voluptuosidad. La quinta vez que vino, me dijo:

—Querido Charlie, vengo solamente para darte un beso y decirte que no puedo quedarme.

—¿Que no puede quedarse? —grité—. ¿Pero por qué, mi querida Miss Evelyn?

—No me encuentro bien; es todo lo que puedo decirte.

Yo salté de la cama y la cogí entre mis brazos. Luego, al pasarle una mano por su hermoso y bien cubierto *mons Veneris*, descubrí que lo llevaba arropado. Recordé inmediatamente que mi amada Mrs. Benson había estado exactamente igual. Y en seguida reparé también en el olor peculiar de su aliento, sólo que, haciéndome el tonto, le rogué que me dijera lo que le ocurría a mi querida grutita.

—No puedo decirte más, niño mío, salvo que no podré venir a verte durante cuatro o cinco noches.

—¿Pero por qué tiene que ser así? ¿Es que no puede dejarme entrar en esa deliciosa cueva de placer sólo una vez?

—¡No, no, Charlie querido, es imposible, imposible! Me ocasionaría un gran daño, y también a ti. Esperemos con calma, y ya verás cómo muy pronto estaré otra vez repuesta y podré venir y abrazarte como antes.

—¡Oh, cariño! ¡Cómo voy a soportar durante cinco noches su ausencia! Me volveré loco de deseo y reventaré. Vea, vea cómo crece, cómo desea, a su amada compañera.

Con su suave mano delicada me la acarició. Creí que podría vencerla con un *coup de main*, pero ella fue más rápida que yo.

—No, Charles, hablo en serio; y no intentes forzarme, porque de lo contrario ya no vendré más a tu lado.

Advertí que ella no pensaba ceder, y me arrojé enojado sobre la cama.

—Vamos, querido Charlie, sé sensato, y yo haré lo que pueda para darte alguna satisfacción. Échate de espaldas. Muy bien. Yo voy a arrodillarme en el suelo a tu costado, para que no se te ocurra tocarme abajo. Así, buen chico.

Me cogió entonces la polla con su suave mano y comenzó a agitármela despacio de arriba abajo; luego, deteniéndose de improviso, se la metió en la boca y chupó hasta donde pudo mientras con la lengua me espoleaba el bálano; con una mano me frotaba la base de la polla y con la otra agarraba delicadamente mis erizados huevos. Prolongó el placer parando de vez en cuando, y al

final, sintiendo la proximidad de esas sensaciones casi eléctricas, aceleró sus maniobras y yo derramé un torrente de esperma dentro de su boca. Era la primera vez que me la chupaba pero no sería la última. Con el tiempo mejoramos la técnica con otros procedimientos. Cuando no estaba con la regla nos chupábamos mutuamente, siendo ella la primera que accedía, para mi inmensa satisfacción, a introducirme un dedo detrás mientras lo hacíamos. En esta ocasión, una vez que hubo soltado la extremidad de mi apetito carnal, me abrazó amorosamente y me abandonó a mis apasionados sueños. Naturalmente, los cuatro días de gracia, sin contar con las otras dos visitas que me hizo «para mantenerme en calma», como ella decía, revirtieron en beneficio de mis hermanas, a las que follé y sobé para su entera satisfacción y absoluto deleite.

Pasé así cerca de cuatro meses, en el transcurso de los cuales Miss Evelyn se convirtió en una consumada experta en los deliciosos misterios del amor; sin embargo, y pese a mi intento de gozar de su otro orificio, nunca pude lograr un éxito completo debido al tamaño de mi polla y al dolor que le provocaba, y tuve que limitarme a ser un fiel devoto del altar más legítimo del amor. Mis hermanas iban desarrollando poco a poco sus formas. Sobre todo Mary. Los rizos de su raja habían crecido de una manera notable y encantadora. Sus caderas se iban ensanchando y su traseroˆ duro y prominente, prometía una amplitud considerable. Por su parte, a Eliza comenzaban a crecerle las tetas y su *mons Veneris* era cada vez más grande y mullido.

Eliza

La lección a Eliza - Un toque de alerta - Se toman precauciones - El pretendiente de Miss Evelyn - Cortejando a Mary - Propuesta de matrimonio - Preparativos de boda - Mi aportación a la boda

Eran los albores del verano y pronto sería la luna llena; Mary comenzó a quejarse de decaimiento y a lloriquear por cualquier motivo. Intenté consolarla, hasta que me dije que lo mejor que podía hacer era follarla. La persuadí entonces para que me acompañara al jardín, entramos en la casa de campo y en seguida pasé a la acción. Aunque no sabía explicar el motivo, no tenía ganas e instintivamente me rechazaba. Con todo, se rindió a mis súplicas, y la follé sin que aparentemente se excitara como otras veces. Por consiguiente, me aparté de ella en cuanto concluí el primer asalto, descubriendo en el acto lo que tenía mi pobre Mary. Mi miembro estaba bañado en sangre. Había tenido su primera regla. Estaba tremendamente asustada, pero yo le dije que había oído decir que eso era completamente natural y que les ocurría a todas las mujeres cuando llegaban a cierta edad, y que era preferible que se lo contara a mamá, quien le diría lo que debía hacer. Me limpié con cuidado mi ensangrentado miembro, y luego me retiré a mi habitación para lavarme. Cuando esa misma noche vino Miss Evelyn, descubrí que se hallaba en igual estado. Me alivió como siempre con su mano suave y sus dulces labios, y luego me abandonó durante cinco noches, como hacía todas las veces que tenía el período.

Me vi así sin más opción que la de mi querida hermanita Eliza. Hasta ese momento no la había fornicado jamás, y su himen seguía intacto. Estaba por cumplir catorce años, y el vello de su coñito encantador estaba cobrando consistencia; y sus tetas, incitadas por

mis *attouchements* y mis chupadas, habían igualmente adquirido una prominencia considerable. Y gracias al trabajo de mi dedo, en fin, la abertura de su rosada rajita era ahora algo más accesible. Resolví pues completar su educación camal y fornicaria en serio. La oportunidad era perfecta; a la hora del recreo, Miss Evelyn y Mary se retiraron a sus habitaciones para acostarse. Eliza y yo corrimos inmediatamente a la casa de campo, en cuyo interior nos encerramos con llave. La tumbé en seguida sobre el diván, le chupé el coño hasta que se corrió en mi boca; luego seguimos hasta que se sintió otra vez desbordada por el deseo. Le dije entonces que pensaba iniciarla en un misterio nuevo, más delicioso que cualesquiera de los que ya conocía, pero que la primera vez resultaba siempre doloroso.

—¡Oh, querido Charlie, todo lo que haces es tan rico que estoy segura de que, sea lo que sea, me va a gustar! ¿Qué misterio es ése?

—Pues bien, lo primero que tienes que saber, querida Eliza, es que tu coñito ha sido hecho con el expreso propósito de recibir una polla en su interior. Sólo que, como la mía es demasiado grande y tú eres todavía demasiado pequeña, no te lo había hecho antes por miedo a causarte daño. Pero ahora me parece que ya puedo entrarte, siempre que lo haga con suavidad.

—Oh, Charlie, querido, métemela de una vez. Muchas veces he tenido la sensación de que me gustaría; sólo que, como tú nunca intentabas hacérmelo, me decía que no era más que una fantasía mía. ¿La has metido alguna vez en el agujero de Mary?

—Varias veces; ¡qué digo, siempre, cariño!

—¿Y le gusta?

—Le encanta.

—Entonces métemela ahora mismo, Charlie.

Yo no quería otra cosa. Le dije entonces que para disfrutar más debía desnudarse, y en un minuto se lo quitó todo. Yo a mi vez sólo tuve que quitarme los pantalones, pues previamente me había despojado de la chaqueta y el chaleco. Había traído una toalla para extenderla sobre el diván, debajo de su trasero, y evitar así que lo manchara. Después de tumbarla de espaldas, con el culo casi al borde del diván, las piernas dobladas, los pies apoyados sobre el sofá y las rodillas separadas (postura que era la más idónea para mis propósitos), puse una almohada en el suelo, me arrodillé sobre

ella y coloqué mi verga un poco por encima de su raja para conseguir una mejor sujeción. Luego volví a chupársela hasta que se corrió, gritando:

—¡Oh, métemela, querido Charlie, siento que la necesito!

Ya estaba bien mojada gracias a sus corridas previas y a la saliva que había dejado en los labios de su coño, con la que yo a mi vez me había humedecido la polla. Apunté pues hacia los labios carnosos y ardientes de su dulce coñito y, tras frotarle de arriba abajo aquéllos, procedí a introducirle el bálano. Gracias a las precauciones que había tomado y a la excitación que antes le había provocado con la lengua y la polla, la primera entrada resultó bastante más fácil de lo que esperaba. Pero no bien le hube introducido el bálano y una pulgada más del miembro, Eliza se excitó tanto que, llevada por su lujuria natural separó en seguida aún más las rodillas y comenzó a agitar enérgicamente las nalgas, facilitando así enormemente mi entrada, de manera que en un momento le había ya metido la polla hasta la mitad, y se la hubiera metido toda de no haberme visto obstaculizado por su himen. En eso, Eliza lanzó un alarido de doler, que la hizo echarse hacia atrás y proferir un:

—¡Oh, Charlie!

—No temas, voy a ir despacio. Quédate quieta un ratito y ya verás cómo te pasa el dolor y comienzas a sentir un placer inmenso.

Permanecimos quietos un rato, hasta que comencé a sentir aquellas involuntarias contracciones internas que constituyen el más claro anuncio del despertar del deseo. Empecé entonces a menearme de arriba abajo despacio y sin parar, produciéndole al instante un placer tan intenso en su delicioso dominio, que sus movimientos se volvieron casi furiosos, y la naturaleza, y sólo ella, la incitó a seguirme con tal arte que parecía que había sido instruida hacía mucho en esos deliciosos movimientos pensados para realzar las delicias de los placeres libidinosos.

Pero Eliza era un raro ejemplo de salacidad y voluptuosidad, dando en ese sentido pruebas de ser mucho más aventajada que Mary. Pese a que ésta poseía un temperamento muy acalorado, los deseos de Eliza eran mucho más excitables, tanto que al final se convertiría en la más calenturienta, abandonándose a los raptos más feroces que la mente más lúbrica podría concebir. Pero sobre ello

hablaré más tarde. Mis maniobras la habían llevado a un estado de excitación desbordante; en ese preciso instante estaba corriéndose, y, al sacársela para lanzarme a la arremetida final, comenzó a agitar las nalgas entre gritos de placer; me dije, «ahora o nunca», y, echándome hacia adelante con todas mis fuerzas, me abrí paso con ímpetu incontenible a través de todos los obstáculos y se la ensarté hasta el fondo. ¡Pobre Eliza! Justo cuando se sentía en el séptimo cielo de la dicha, fue acometida por el dolor más atroz. Pegó un grito desgarrador y se desmayó. Sus brazos cayeron exánimes, y lo mismo habría ocurrido con sus piernas si yo no las hubiese sujetado con mis brazos para continuar penetrándola varias veces hasta el fondo y por todos sus rincones, preso de una excitación irrefrenable. Hasta que tuve una corrida arrebatadora, en la que arrojé un torrente de esperma balsámico para suavizar y mitigar el dolor de su raja terriblemente lacerada. Viendo que Eliza no recobraba el conocimiento, me levanté algo alarmado, horrorizándome al ver la cantidad de sangre que tenía. Lo de la toalla había sido una idea feliz, no sólo porque había protegido el sofá, sino porque además sirvió para restañar su hinchada y abultada raja, y para limpiar la sangre de sus muslos y su trasero. Había acabado de hacer todo eso antes de que la querida niña comenzara a reanimarse. Primero suspiró, luego se estremeció, y por fin abrió los ojos. Mirándome confundida, preguntó:

—¿Qué es lo que me ha pasado, Charlie?

Entonces, reparando en su desnudez, recobró plenamente la conciencia de lo que había ocurrido.

—¡Oh, Charlie, ahora me acuerdo! Creía que me habías matado. ¡Ay, Charlie, ha sido tan horriblemente doloroso! No entiendo cómo puedes haberme hecho tanto daño justo en el momento en que me parecía sentir el más maravilloso placer que he experimentado nunca en toda mi vida.

—Ya ha pasado todo, cariño. De ahora en adelante ya no te va a doler más, y verás cómo esto mismo va a darnos a los dos un placer inmenso. Pero no ahora. Te ha resultado mucho más doloroso de lo que calculaba, y por el momento no conviene que lo volvamos a intentar.

La ayudé a levantarse, pero se sentía muy débil y me costó mucho trabajo vestirla. Se quedó perpleja al ver el estado de la

toalla. Le dije que se pusiera mi pañuelo en las entrepiernas y que se cubriera también un poco la raja, para evitar que su camisa se manchara de sangre. Luego la dejé recostada sobre el sofá mientras yo salía corriendo al jardín para coger un poco de agua de la fuente. Llevé conmigo un vaso y la toalla. Volví con el agua, que refrescó enormemente a Eliza. Le aconsejé que no se moviera durante un rato. Con todo, cuando empezó a andar el escozor seguía molestándole muchísimo. Yo estaba espantado de que notaran algo cuando entráramos en la casa, por lo que le sugerí que se cayera al suelo a propósito ante el primero que topara con nosotros, y le dijera que no podía moverse porque se había lastimado la rodilla.

Esta estratagema surtió un efecto admirable. En seguida fuimos avistados por Miss Evelyn, mi madre y Mary. Mi querida Eliza representó perfectamente su papel: se dejó caer pesadamente y pegó un grito. Todos acudieron corriendo, la levantamos con cuidado y la llevamos a cuestas a casa, mientras ella se quejaba de un dolor en la rodilla y el tobillo. Mi madre insistió en que se acostara inmediatamente, y le puso apósitos y toallas calientes. Eliza se sometió a sus cuidados. Finalmente la dejaron sola, y el reposo le alivió pronto el dolor que había sufrido. Al día siguiente se quejó de un fuerte entumecimiento en las piernas; andaba con dificultad, pero como los apósitos calientes habían evitado la hinchazón, afortunadamente nadie pudo sospechar lo que realmente había ocurrido. Dejé que pasaran tres días antes de intentar follarla otra vez. Naturalmente, lo primero que hice fue excitarla al máximo mediante una larga chupada a su coño. Luego me dejó proceder, y yo, con miedo y tembloroso, le introduje mi ardiente miembro entre los pliegues delicados de su coño. Como yo me movía despacio, apenas sintió dolor, y cuando se la metí del todo y empecé a menearme lenta y voluptuosamente, toda su lubricidad natural se despertó en el acto; así, cuando yo estaba a punto de correrme ella estaba lista para hacer lo propio, y juntos alcanzamos por fin el clímax en medio de un éxtasis desbordante. Ella entonces me sujetó con fuerza y no quiso dejarme salir.

—No, Charlie, ya que ha resultado algo difícil meterla, dejémosla allí donde está. —Y en seguida, anticipándose a sus deseos innatos, comenzó a apretar mi miembro de la manera más exquisita, lo que muy pronto nos indujo a desear medidas más

activas. Yo sin embargo preferí contenerla: le dije que para incrementar nuestro placer debíamos ir más despacio, y que si no variábamos de ritmo acabaría exhausta y no llegaría a conocer el verdadero placer. La instruí pues en los placeres de los movimientos lentos, y, sin llegar a correrme, la penetré hasta ponerla al borde del clímax. La adorable criatura me estrechó entonces con fuerza entre sus brazos, como si quisiera que nuestros cuerpos se fundieran completamente, y se corrió invadida por el placer más intenso y dibujando en su cara una expresión tan gozosa que de inmediato la comí a besos. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para contenerme y no precipitarme como ella; al sobrevenirle la corrida, comenzó a moverse de una manera tan excitante y a apretarme tan deliciosamente la polla, que resistirse suponía un verdadero triunfo de la voluntad. Pero lo conseguí: permanecía quieto, poseído por la deliciosa succión de los pliegues exquisitos de su encantador coñito, que no cesaba de apretar turbadoramente y de devorar mi embelesada polla. Dejé que fuera ella quien decidiera qué hacer, si seguir tranquilamente echados o volver a sobarnos con fruición para precipitarnos a un nuevo asalto apasionado y terminar como siempre en el delicioso éxtasis de la crisis final.

Este último asalto resultó doble para mi hermana: casi se desmaya por el rapto que le produjo nuestra corrida simultánea. Afirmó que la agonía le había parecido deliciosa e indescriptible. Y abrazándome, me besó apasionadamente y me dijo que la había hecho felicísima introduciéndole toda mi polla en su coño. Todo ahora le parecía tan sublime que no le hubiera importado padecer al comienzo un dolor veinte veces mayor. Salimos por fin al jardín, para que nos vieran jugando juntos y que nuestra larga ausencia no despertara ninguna sospecha, sobre todo ahora que estábamos los dos solos. Naturalmente, Mary sabía qué era lo que habíamos estado haciendo, y probablemente intuía que había concluido la iniciación de Eliza. De hecho, cuando volvimos a reunirnos en el aula para reanudar las clases, sonrió y me apretó expresivamente la mano. Los dos días siguientes volví a gozar plenamente de Eliza, quien no hizo sino perfeccionar su capacidad de dar y recibir placer en cada nueva fornicación.

Al tercer día, Miss Evelyn, estrechándome solapadamente la mano, me susurró: «Esta noche». Vino pues, y nos abandonamos a

todos los caprichos de nuestra fantasía. Tuve además la dicha de contemplar todas sus maravillas desnudas, ya que se marchó de mañana. Le chupé el coño dos veces y la jodí otras cinco. Condescendió a que le hiciera de todo por mi prolongada abstinencia, pero me dijo que, por el bien de ambos o al menos por el suyo, de ahí en adelante debía ser más moderado. Dejó que pasaran tres noches antes de volver a estar conmigo. Y no puedo decir que lo lamentara, pues estando ya Eliza iniciada, al igual que Mary, pudimos gozar de fascinantes orgías fornicando y chupándonos al mismo tiempo. Al comienzo solíamos hacerlo así: una se tumbaba de espaldas y la otra se ponía de rodillas colocando el coño a la altura de la cara de aquélla; mientras la que estaba debajo chupaba a la de arriba, yo follaba a la primera y metía a la vez un dedo en el rosado orificio del culo de la segunda. Pero pronto descubrimos que la postura más voluptuosa consistía en que una se echara de espaldas y la otra se pusiera sobre ella a cuatro patas. La segunda se inclinaba entonces sobre el coño de la que estaba echada, poniendo su culo ante mí, arrodillado detrás de ella. La que estaba debajo dirigía mi polla hacia el coño que tenía encima de su boca; de este modo gozaba de la satisfacción de vernos actuar, mientras con una mano jugueteaba con mis huevos y me metía un dedo de la otra en el agujero del culo. Entretanto, a ésta se la comía y le sobaba el culo aquella a la que yo estaba jodiendo. En esa postura los tres acabábamos corriéndonos en un éxtasis vertiginoso, tras lo cual las niñas cambiaban posiciones y recomenzábamos el acto. Había intentado alguna vez introducir la polla en el agujerito rosado del culo de Mary; sin embargo, y aunque la acción de mis dedos aumentaba considerablemente su placer mientras mi miembro viril actuaba en el interior de su coño, ella nunca había podido aguantar la introducción de mi larga polla. Y hasta ese momento no había intentado hacérselo a la pequeña Lizzie, pero un día, cuando Miss Evelyn y Mary estaban otra vez con el período y yo disponía enteramente de Lizzie, ésta sintió de pronto unas ganas irresistibles de evacuar y fue a hacerlo escondida detrás de un arbusto. Yo estaba esperándola cuando me llamó para preguntarme si tenía un poco de papel. Me acerqué para darle un trozo. Estaba en cuclillas, con la ropa remangada hasta la cintura. Al alcanzarle el papel, mis ojos se fijaron accidentalmente en lo que

había depuesto. Su extraordinario grosor me sorprendió. No hice ningún comentario, pero me asaltó una idea sobrecogedora. Varias veces había pensado en el placer que experimentara jodiendo a Mrs. Benson por el ojete, y por tal motivo había tratado de iniciar a Miss Evelyn y Mary en esa deliciosa senda del placer; sin embargo, como ya señalé antes, todos mis intentos resultaron fallidos debido al tamaño descomunal de mi arma. Y si ellas no podían aguantar la penetración, me decía, no había la menor posibilidad de hacerlo con mi otra hermana, más pequeña y menos desarrollada, por lo que con Lizzie nunca había intentado otra cosa que meterle un dedo. Cierto es, con todo, que a Lizzie dicha introducción parecía producirle más placer que a Miss Evelyn o a Mary. La vista del tamaño extraordinario de la materia que había depuesto, me sugería ahora pues la idea de que si su rosado ojete —aparentemente diminuto— podía soportar la evacuación de semejante masa, con un pequeño esfuerzo podría meterle mi artilugio, no mucho mayor que su deposición. Decidí así intentar iniciarla en esa senda de placer al día siguiente. Recordando que mi querida Mrs. Benson sentó por norma hacerlo después de que la hubiesen jodido y chupado bien, y cuando la polla estuviese convenientemente mojada, empecé excitando a la querida Lizzie al máximo. Primero la follé, de modo que cuando me corrí ella ya había tenido dos orgasmos. Luego le lamí el coño hasta que me suplicó que le metiera la polla en seguida. Yo había conseguido introducirle los dos dedos índices en el ojete a la vez, y se lo había frotado mientras le chupaba el coño sin producirle aparentemente el menor dolor; por el contrario, sus movimientos me hicieron suponer que estaba tremendamente excitada. Y me dediqué a abrirle todo lo posible, o mejor dicho a ensancharle al máximo con los dedos el ojete. Cuando más excitada estaba, y me apremiaba para que la jodiera en seguida, le dije:

—Queridísima hermanita, hay un misterio de la voluptuosidad que aún no conoces y que ahora mismo me propongo enseñarte.

—¿Oh, cuál es, querido Charlie? Pero da igual, haz lo que quieras conmigo y cuanto antes.

—Pues bien, querida, lo que voy a hacer es meterte la polla en el dulce agujerito de tu culo. Es posible que te duela un poco al comienzo, pero si me meneo despacio y si paro un poco cada vez

que el dolor sea demasiado fuerte, verás cómo al final, cuando te la haya metido hasta el fondo, los dos sentimos un placer inmenso.

—Charlie, querido, haz lo que gustes; tu deliciosa polla sólo puede hacerme sentir placer. Me muero porque me la metas, y no me importa dónde, me basta con tener la querida criatura dentro de mí. Supongo que debo ponerme a cuatro patas.

Dicho lo cual se giró con gran agilidad, poniendo ante mí las dos esferas duras y ya prometedoras de su culo encantador. Sin perder tiempo, le metí primero la polla cuan larga era dentro del coño, con el fin de humedecerlo. Ello la hizo estremecerse en un arrebato de lujuria, y me la apretaba con tal fuerza que me costaba trabajo sacársela. Me sentía tan a gusto dentro que casi cedo a la tentación de correrme en su coño; sólo que, teniendo el otro objetivo en perspectiva, y consciente de que necesitaba que estuviera tiesa para lograrlo, hice acopio de todas mis fuerzas y se la extraje. Luego, aprovechando la abundante saliva que la previa comida había segregado en mi boca, me unté la polla, a la sazón ya bastante mojada, puse otro poco en su ojete e, introduciendo un dedo bien bañado, metí el bálano de mi formidable polla en el pequeño y sonriente orificio que tenía delante de mí. La desproporción me pareció tan grande que temí causarle un dolor insoportable si proseguía; sin embargo, al recordar el tamaño de lo que había evacuado, continué con energía la operación. Le metí pues todo el bálano sin provocarle el menor sobresalto. Pero al seguir entrándole con suavidad, cuando ya tenía dentro un par de pulgadas, gritó:

—Para un ratito, Charlie, que me duele. No voy a aguantar que me la metas más al fondo.

Me detuve donde estaba, pero pasándole una mano por abajo, comencé a tocarle con un dedo el clítoris, mientras le rodeaba con la otra mano la cintura y apretaba su trasero contra mí al objeto de no perder terreno. Mi ágil dedo no tardó en exaltar sus deseos, y en seguida sentí que su trasero se agitaba convulsivamente contra mi polla. Dejé que se excitara todavía más, y luego, mientras empujaba con suavidad, vi que poco a poco y casi imperceptiblemente iba ganando terreno. Cuando le había metido aproximadamente las dos terceras partes de la polla, y tras una arremetida demasiado impetuosa, ella lanzó un nuevo grito, y se hubiese desprendido de mí de no ser por mi brazo, que la sujetaba por la cintura.

—¡Oh, Charlie, cariño, para! Es como si me desgarraras, y el dolor es tan fuerte que estoy por desmayarme.

—Ahora voy a quedarme quieto, querida Lizzie. Ya está bien adentro —dije, mintiendo para calmar sus temores—. Y cuando ya no te duela más, lo que comprobarás en un minuto, todo lo que vamos a sentir es placer.

Así, manteniendo mi polla donde estaba, comencé a frotarle con más fuerza el clítoris, hasta que muy pronto la puse al borde del clímax. Decidí no terminar de metérsela hasta que no estuviera a punto de correrse, momento que no tardó en llegar: sin que yo tuviera que hacer el menor esfuerzo, mi polla le entró entonces hasta el fondo gracias a los deliciosos movimientos de sus propias nalgas, y, olvidado el dolor, pegó un alarido extasiada por el placer tan intenso que sintió al correrse. Estuvo varios minutos sin poder hablar, pero sin dejar de contraer del modo más exquisito el conducto contra mi encandilada polla. Y entonces yo, que había preferido aguantar y esperar a que mi Lizzie conociera toda la lujuria y el desenfreno de este método delicioso, pude por fin correrme. Mi contención se vio bien recompensada. Las primeras palabras que mi amada hermana pronunció manifestaban una dicha casi delirante por el placer extraordinario que le había proporcionado. Nunca jamás había sentido un placer igual al follar. Volvió su adorable cara hacia mí, y sus ojos se inundaron de lágrimas sensuales y voluptuosas.

Cuando no había hecho más que empezar a tocarle el clítoris aún excitado —el cual, dicho sea de paso, últimamente le había crecido bastante—, Eliza estaba otra vez tan ansiosa como yo por volver al asalto. Hice entonces todo cuanto pude por morigerar el ímpetu de mis voluptuosos movimientos, con el único propósito de intensificar al máximo el placer de Lizzie y lograr que en el futuro estuviera siempre dispuesta a brindarme su encantador ojete. La conduje así hasta un estado de excitación incontenible, y en el momento mismo en que ella se corrió lanzando un grito frenético, yo le inundé las entrañas con un auténtico chorro; entonces, y sin desprenderse de mí, nos desplomamos juntos, desbordados por la intensidad del placer que nos había invadido. Cuando recobramos el sentido me aparté de ella, y, al sacarle la polla, descubrí que tenía unas manchas de sangre, a las que sin embargo —apenas eran

perceptibles—, no di ninguna importancia. Seguidamente me limpié la polla con mi pañuelo, con el que también limpié los bordes del querido culo de Lizzie para impedir que quedara el menor signo delator en su ropa interior. La ayudé luego a levantarse, ella me arrojó los brazos al cuello, y besándome con dulzura, me agradeció esa nueva lección de amor con la que le había hecho sentir un placer exorbitante.

Concluyó así la primera clase que impartí a Lizzie sobre este tipo de placer, para el que mi hermana, bien puedo decirlo, se mostraría especialmente dotada, y tanto para darlo como para recibirlo. Con el tiempo se convertiría en una mujer magnífica, descollando entre todas por la amplitud y vistosidad de su trasero y por la delectación que sentía cuando se la metían por detrás. Más tarde, el contraer matrimonio, me diría que su marido era un mojigato que no sabía gozar de la mujer más que por un lado. Pero tenía artimañas, de modo que a menudo se la metía ella misma sin que el otro acertara a darse cuenta del placer que le hacía sentir.

Pasaron tres meses con la rapidez de un sueño, durante los cuales vivimos momentos de una lubricidad y una voluptuosidad deliciosas, sin suscitar en ningún momento sospechas en la casa, y, lo que es más curioso, sin que Miss Evelyn llegara a descubrir o sospechar nunca nada de lo que había entre mis hermanas y yo; todo ello gracias, sin duda, a mis facultades innatas y a los inagotables recursos de la juventud. Tanto Miss Evelyn como mis hermanas creían satisfacer plenamente mis deseos, debido a lo cual no podían imaginarse que buscara el placer carnal en otros brazos además de los suyos. Estando así las cosas, ocurrieron entonces dos o tres hechos que iban a repercutir de manera importante en nuestros amoríos.

Un apuesto vecino, de unos treinta años, hacendado de buena posición, nos esperaba desde hacía un tiempo todos los domingos en la puerta de la iglesia, aparentemente para charlar con mi madre, Miss Evelyn y nosotros. A mis hermanas y a mí nos trataba como a simples niños, lo que evidentemente éramos a sus ojos, y no demostraba un interés especial por ninguno.

Un domingo mamá recibió un billete suyo en el que le solicitaba una breve entrevista para el día siguiente, pues quería su consejo en un asunto de especial interés para él. Mamá le respondió diciéndole

que lo recibiría encantada a las once de la mañana.

Y se presentó a esa hora, elegantemente vestido. Mi madre había estado muy agitada toda la mañana, y al ir acercándose la hora su turbación y sonrojo fueron en aumento. Llegué a creer que la buena mujer se imaginaba que el caballero venía para hacerle una proposición deshonesta. Sea como fuere, lo cierto es que su visita no tenía otro objeto que el de pedir la mano de Miss Evelyn. Estaba dispuesto a dotarla generosamente. Le dijo a mi madre que antes de hablar con Miss Evelyn —de la que se había enamorado desde la primera vez que la vio en la parroquia, y cuyo carácter tranquilo y comedido lo subyugaba cada día más—, había considerado un deber hablarle del asunto y pedirle su autorización para una entrevista con Miss Evelyn, así como, si ésta lo aceptaba, para que le permitiera venir a nuestra casa a cortejar a su prometida. Afirmó también que nunca se había atrevido a manifestar sus sentimientos a Miss Evelyn, por lo que le rogaba a mi madre que tuviera la gentileza de interceder por él y transmitirle sus deseos, así como de solicitarle en su nombre una entrevista para el día siguiente; en ella le hablaría personalmente del asunto y le pediría que con sus propios labios le diera a conocer su destino. Mi madre, pese a que íntimamente podía sentirse algo defraudada, apreciaba demasiado a Miss Evelyn como para no recibir con entusiasmo las nuevas, y así le expuso, con esa locuacidad de la que saben hacer gala las señoras mayores cuando está en juego el matrimonio de una amiga más joven, todo el partido que podría sacar de una propuesta tan ventajosa. Miss Evelyn, enormemente sorprendida por la noticia, expresó con palabras confusas su deseo de tomarse un tiempo para meditar.

—Tonterías, querida. Recuerde su situación personal, y piense en las ventajas que le reportará esta unión. Déjese de aplazamientos. Él vendrá mañana, y espero que las palabras que le dicte el amor decidan pronto el asunto en su favor.

La pobre Miss Evelyn estalló en lágrimas y dijo que era demasiado repentino, y que no estaba preparada para tomar una decisión. De todas formas, lo consideraría muy seriamente y por la mañana estaría en mejores condiciones de dar una respuesta. Mi madre, advirtiendo que estaba muy agitada por lo que acababa de comunicarle, le dijo en tono cariñoso:

—De asueto a los chicos esta tarde, y aprovéchela para quedarse en su habitación y escribir a su madre viuda: póngala al tanto de la propuesta y pídale su consejo sobre lo que le conviene hacer.

Dispusimos así de varias horas libres. Yo había oído todo lo ocurrido y tenía un peso en el corazón; comprendí de pronto que la propuesta de Mr. Vincent, de ser aceptada, supondría nuestra separación y me privaría de mi amada Miss Evelyn. Muy entristecido por la idea, no me sentí con ánimos de aprovechar esas horas en compañía de mis hermanas; Mary, por fin, empezó a burlarse de mi melancolía y a preguntarme qué intenciones ocultaba. Y en seguida le contesté:

—¿No entiendes que si Miss Evelyn se casa con Mr. Vincent nos pondrán una institutriz nueva y jamás volveremos a tener una maestra tan buena y estupenda y, sobre todo, que no nos moleste en nuestros *juegos*?

—¡Ah, es verdad, claro, y ya no podremos hacer nada si alguien nos observa e importuna! Pero Charlie, con mayor razón debemos aprovechar estos momentos lo mejor que podamos. Vayamos a fornicar a gusto. Mamá no se encuentra muy bien, así que tenemos tiempo de sobra. Nadie va a molestarnos, y no hay nada que nos impida pasarlo bien los tres juntos y completamente desnudos. ¡Vamos!

Sus palabras ya habían conseguido desviar mis pensamientos, y, antes de que terminara de hablar, mi polla ya había respondido, lo que sus rápidos ojos notaron inmediatamente; así, palpándomela con una mano, Mary me dijo:

—¡Ah, mi querido cacharrito! Veo con alegría que compartes mi opinión; así que en marcha.

Y nos fuimos a pasar una tarde esplendorosa de orgías.

Miss Evelyn vino a visitarme esa noche. Se arrojó en seguida a mis brazos llorando y sollozando con desesperación y, apretándome contra su pecho trémulo, me dijo entre gemidos:

—¡Oh, querido Charlie, cuánto te amo! Eres para mí algo tan preciado como la vida misma. No puedo soportar la idea de separarme de ti, amor mío. De ti, a quien he iniciado en todos los placeres del amor compartido. ¡Ay, esta separación me desgarra y me parte el corazón! ¡Oh, ámame, niño mío, ámame y apriétame contra tu corazón!

Pero yo hice más de lo que me pedía, pues, como antes he señalado, las lágrimas de una mujer tenían un efecto infalible sobre los nervios eréctiles de mi aparato. Ése fue el comienzo de una noche de lo más lujuriosa. Miss Evelyn no impuso ninguna restricción a su deseo ni al mío, sino que se sometió a todos los actos lúbricos y voluptuosos que su salacidad pudo dictarle, como si intuyera que esas deliciosas noches de *abandon* y voluptuosidad estaban tocando a su fin. De hecho, cuando finalmente me dejó por la mañana y comencé a pensar en todo lo que me había dicho, tuve la certeza de que había decidido aceptar la ventajosa oferta que le habían hecho. Su instinto femenino le había revelado que no podía desaprovechar una oportunidad semejante por un simple niño, al que la vida terminaría irremediablemente apartando de su lado. Tampoco cabe duda de que la idea de que yo era obra suya —pues jamás sospechó nada de mi verdadera iniciación—, la cautivaba sobremanera, por no hablar del arma poderosa con la que inesperadamente había dado y que tanta influencia ejercía sobre sus deseos. Pasamos así una noche por demás lujuriosa, en la que apenas cerramos los ojos pese a la tarde desenfrenada que yo había pasado; tanta es, en efecto, la fuerza y resistencia de la naturaleza de un chico bien constituido de trece años para arriba, que Miss Evelyn necesitaba si acaso incitarme a abrazarla, pero nunca estimular con artimañas mi polla siempre lista. Obtuve por fin su promesa de que vendría la noche siguiente para comunicarme la suerte que iba a depararnos el destino.

Al día siguiente Mr. Vincent acudió puntual a su cita. Mamá salió a recibirlo en compañía de Miss Evelyn, y después de los cumplidos de rigor, les rogó que la dispensaran y se marchó para ocuparse de las tareas de la casa. Miss Evelyn me contó más tarde que Mr. Vincent, al dejar mamá la habitación, se levantó de su asiento, y acercándosele, le dijo en un tono muy galante:

—Sé que está usted enterada, querida Miss Evelyn, del objeto de mi visita. La gentileza que usted ha tenido concediéndome esta cita me hace abrigar la esperanza de que mi petición no la desazona.

Luego, tomando su mano exánime y apretándola contra su corazón, prosiguió:

—La amo, Miss Evelyn, la amo desde el primer momento que la vi. Sepa que mi felicidad está ahora en sus labios, pues sin su amor

mi vida no tendría sentido. He venido a ofrecerle mi mano y mi fortuna. Y si su corazón aún no me pertenece, permítame al menos que cultive su amistad para intentar ganármelo.

Luego, dándose cuenta de que estaba muy agitada, le rogó que se sentara (pues se había puesto de pie al acercarse él y tomar su mano), la condujo a un sofá y se sentó a su lado. Le pidió una respuesta. Ella dijo:

—Quiero que sepa, Mr. Vincent, que su generosa oferta me ha cogido totalmente de sorpresa. Le estoy enormemente agradecida por ella, pero quiero rogarle que me dé tiempo hasta que conozca al menos la opinión de mi madre, a la que comunicaré la noble oferta que usted me ha hecho, a mí, una pobre institutriz, que sólo puede sentir gratitud hacia usted por haberse dignado a pensar en ella de ese modo.

—¡Ah!, no diga eso, querida Miss Evelyn, y créame, no es un impulso repentino lo que me lleva a postrarme a sus pies, sino un amor ardiente, y la admiración genuina que siento por su belleza y la conducta magnífica que ha seguido desde que entró en esta familia.

La adorable criatura me sonreía entre lágrimas mientras repetía las afectuosas palabras que Mr. Vincent le había dirigido.

Para abreviar: antes de separarse le sonsacó que sus frecuentes encuentros en la iglesia y en otras partes la habían hecho sentir por él algo más que estima, pero que, sin la menor esperanza de convertirse en su esposa, había hecho todo lo posible por olvidar sus sentimientos. ¡Oh, mujer, te llamas embuste! Así, él se despidió sintiéndose el hombre más feliz de la tierra. A partir de entonces vino todos los días a casa para estar con Miss Evelyn de cuatro a cinco de la tarde. A veces se estaba más, y gracias a él dispusimos varias veces de media hora más de recreo. Comía también a menudo con nosotros. Lógicamente, la madre de Miss Evelyn no tardó en contestar aceptando la oferta para su hija, y encantada dio su consentimiento.

Cuando Mr. Vincent recibió la noticia, la instó a fijar para un plazo breve la fecha en que se convertiría en el «más feliz de los hombres». Miss Evelyn quería esperar seis semanas, pero él, secundado por mi madre, insistió tanto que al final Miss Evelyn tuvo que ceder a rebajar el plazo de seis semanas a un mes, y

después a quince días. Comenzó entonces un gran ajetreo para tener listos para la fecha los trajes de boda y demás preparativos. El cortejo nupcial partiría de la casa, y mamá se empeñó en ocuparse del festín. Mrs. Evelyn, la madre de la novia, fue invitada a alojarse en nuestra casa una semana antes de la boda para hacerle compañía a mamá. Mis dos hermanas y una hermana menor de Mr. Vincent iban a ser las damas de honor, y un joven, prometido de Miss Vincent, el paje del novio. Dispuestas así las cosas, todo se sucedió felizmente. A su llegada, Mrs. Evelyn se instaló en la habitación de los huéspedes, donde la encantadora Mrs. Benson me había iniciado en todos los placeres de la sensualidad y la pasión.

Pero volvamos al día en que Mr. Vincent tuvo su primera entrevista y declaró su amor y admiración, finalizando con el ofrecimiento de matrimonio. Antes de marcharse llamó a mamá, le agradeció su enorme gentileza, y le comunicó que desbordaba felicidad pues Miss Evelyn había accedido a convertirse en su prometida. Y que luego, rogándole que le concediera un casto beso, la dejó radiante de esperanza.

Naturalmente, la entrevista había resultado agotadora para Miss Evelyn, y estaba tan visiblemente nerviosa y agitada que mamá le pidió que se retirara a su habitación y se recostara un rato para descansar, y puesto que en esas condiciones no podía ocuparse de las clases, le dijo que ella misma atendería por la mañana nuestras lecciones y por la tarde nos daría asueto para celebrar el feliz acontecimiento.

De ese modo a mis hermanas y a mí volvía a brindársenos la oportunidad de gozarnos mutuamente cuanto quisiéramos; pero yo, no obstante la extraordinaria fuerza regeneradora con que la naturaleza me había dotado, me dije que si quería volver a disfrutar de Miss Evelyn, quien me había prometido acudir a mí esa noche, no sólo debía evitar todos los excesos a los que nos habíamos abandonado el día anterior, sino que, además, debía intentar dormir un poco, ya que esa noche apenas había pegado ojo. Me conformé pues con chupar y luego follar a cada una de mis hermanas; después de volver a chuparles el coño y de hacer que se corrieran cinco veces, dejándolas satisfechas sin yo agotarme, acabé follando deliciosamente a Lizzie por el culo mientras ellas se chupaban mutuamente. Plenamente conformes con lo que les había hecho,

dejaron que subiera a mi habitación para descansar, prometiéndome Mary que me llamaría a la hora del té. Dormí como un bendito alrededor de tres horas y bajé a tomar el té perfectamente preparado para lo que pudiera depararme esa noche. La verdad es que no hubiera podido hacer nada mejor, pues ahora que faltaba tan poco tiempo para nuestra separación definitiva, Miss Evelyn quería atracarse de placer, y así durante esos días no hubo arte y postura que no practicáramos para estimular y prolongar nuestros gozos. Ella vino todas las noches, incluso la noche anterior al día de la boda y pese a que desde hacía tres noches su madre, Mrs. Evelyn, dormía en el dormitorio de huéspedes que se comunicaba con mi habitación. No obstante ello, seguimos viéndonos y realizando nuestros juegos amorosos conteniendo la respiración y suspirando quedamente.

Últimamente habíamos intentado varias veces, en los momentos de mayor excitación, introducir mi polla en su ojete diminuto y deliciosamente estrecho. En una ocasión había conseguido, mediante una maniobra rápida, metérsela nada menos que dos pulgadas además de la cabeza, y creo que habría logrado metérsela entera si mi propia excitación no me hubiese hecho correrme tan rápido. Mi corrida lubricó la senda, y mi polla, fláccida después de haberla fornicado varias veces, desalojó al contraer ella el culo como si estuviera efectuando una evacuación. Me imaginé que en ese momento, de no habérmelo impedido mi excitación, ella hubiera accedido a que concluyera su iniciación. Sea como fuera, la noche anterior a su matrimonio por fin lo conseguí. Habíamos follado en todas las posturas. Ella estaba de rodillas, con la cabeza apoyada en la almohada, y yo a mi vez arrodillado detrás suyo; ésta era una de sus posturas favoritas, pues según decía así se la metía más al fondo; o mejor dicho, que sentía como si le tocara el corazón y le llenara el cuerpo entero. Además, el frotamiento de su clítoris y el trabajo de mi dedo en su ojete aumentaban considerablemente el gozo que experimentaba en esa postura. Ya la había follado bien y nos habíamos chupado mutuamente, de manera que todo su cuerpo estaba excitadísimo y convenientemente mojado. Tras meterle dos dedos a la vez en el ojete, comencé a moverlos con la intención de ensancharlo lo más posible, mientras la excitaba introduciéndole la polla en el coño y tocándole con un dedo el clítoris. Justo cuando

estaba a punto de alcanzar el éxtasis, le unté el culo con un poco de saliva y, al retroceder sus nalgas hacia mí, le extraje de improviso la polla y con un vigoroso empujón la alojé hasta la mitad en su delicioso ojete. La brusquedad del ataque casi le hace pegar un alarido, y yo me hubiese visto obligado a abandonar de no ser por la fuerza con que la tenía sujeta por las caderas. Con una nueva arremetida entré hasta el fondo de sus nalgas preciosas. Ella musitó:

—Por el amor de Dios, querido Charles, espera un momento que no lo aguanto. Si no paras un momento, pego un grito.

Tan bien ensartado como me hallaba, nada me convenía más que permanecer quieto, ya que si seguía me hubieran bastado uno o dos empujones para correrme. Además, ahora que había conseguido metérsela no quería gozar solo; prefería que ella compartiera mi placer. Manteniendo pues inactiva la polla, llevé una mano a su clítoris y comencé a excitárselo, deslizando a la vez la otra mano sobre sus tetas para juguetear con los pezones, lo cual había descubierto que la excitaba casi tanto como que le tocara el clítoris. Sus deseos se exaltaron rápidamente, y, por el contoneo de sus caderas y de las contracciones de su esfínter, tuve la certeza de que en cualquier momento alcanzaría el clímax. Lo que en efecto ocurrió, gozando ella intensamente tanto de su corrida como de la mía cuando sintió el chorro caliente que le penetraba hasta las entrañas. Concluyó el asalto y nos echamos mansamente de lado, con mi polla siempre en su interior; entonces, al volver el rostro hacia mí, empezamos a abrazarnos, besarnos y lamernos, mientras yo le chupaba de vez en cuando la teta que tenía más cerca. Pronto volvimos a estar otra vez en situación de reanudar nuestro delicioso combate, y así nos lanzamos a un nuevo asalto en esa deliciosa gruta de Calipso que alberga al otro altar venéreo de la lubricidad. Éste fue nuestro postrer asalto, y es que, ¡ay!, estaba a punto de dar la hora en que todos los de la casa se despertaban. Mi dama me abrazó entonces con suma ternura, reconociendo que al final había conseguido enseñarle un nuevo placer. No pudo contener las lágrimas al desprenderse de mis brazos, como tampoco yo en cuanto se marchó de mi lado, pensando que acababa de perder a mi amada, esa amada que tan encantadora había sido conmigo.

Llegó la mañana, y con ella las damas de honor, el novio y todo el mundo. Y juntos fuimos a la iglesia, mis hermanas absolutamente

entusiasmadas con la idea de hacer de damas de honor, bellamente vestidas con sus trajes nuevos. Su entusiasmo aumentó todavía más cuando Mr. Vincent mostró unas joyas de gran valor. A sus ojos se transformó entonces en el caballero más apuesto y distinguido de cuantos habían conocido. El ágape se desarrolló con normalidad, y cuando apareció la novia, que había subido a cambiarse el traje de boda por uno de viaje, prácticamente todos comenzaron a llorar por su marcha. A mí me apretó tiernamente contra su pecho y me dijo al oído:

—Valor, Charlie, sé valiente.

Aquello era excesivo para mí; con todo, supe contenerme y disimular mi dolor. La puerta del coche se cerró, y en seguida partieron hacia Leamington para pasar allí su luna de miel. Los invitados no se fueron hasta el atardecer, y yo, después de las emociones del día y las fatigas de la última noche, subí gustoso a acostarme. Pero no podía conciliar el sueño, pensando que otro estaba gozando en ese momento de las delicias de aquel cuerpo encantador que durante tanto tiempo había sido mío y de nadie más.

Terminó así uno de los episodios más exquisitos de mi vida. Sólo me resta decir que, aunque más adelante volví a gozar alguna que otra vez de mi amada, esas fornicaciones, siempre breves, fueron deliciosas, pero también insuficientes.

Éste fue el primer suceso importante que determinó un cambio en el curso de nuestras vidas; pero sobre todo, y sobre las aventuras que vivimos a partir de entonces, hablaré en la segunda parte de mis recuerdos sobre *mis primeras experiencias*.

Volumen II

Mr. James MacCallum

Una voz desconocida - Presentaciones - El juego favorito de Mr. MacCallum - Diversiones veraniegas - Más juegos - Un nuevo ardid - Triste despedida - Nuestra nueva institutriz

La casa ya no volvió a ser la misma desde el día de la boda. Mrs. Evelyn permaneció con nosotros, y no se marchó hasta la mañana siguiente. Ella y mi madre pasaron la mayor parte del día en la casa de campo, de modo que nuestros pasatiempos allí quedaron interrumpidos. Mary comenzó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza, síntoma éste premonitorio de su regla, que de hecho se declararía con violencia esa misma noche. Mis hermanas y yo habíamos acordado encontrarnos en la habitación de ellas cuando todos estuvieran dormidos, pues al irse la institutriz, la tenían toda para ellas solas. Yo fui, como es lógico; sin embargo, Eliza era la única que podía entregarse a nuestros juegos eróticos. La hice acostarse conmigo en la cama de Miss Evelyn, y, mientras la follaba, estuve en todo momento pensando en mi querida institutriz. Tanto es así que, en pleno meneo, sólo recordaba la introducción completa de mi polla en el ojete de Miss Evelyn la noche anterior a la celebración de su boda, preguntándome si su marido habría descubierto que ya no era virgen. Me dije sin embargo que, dada la astucia innata de las mujeres, seguramente habría logrado engañar a su marido tal y como lo habían hecho millones de mujeres antes que ella. Relacionando la dolencia de Mary con el hecho de que Miss Evelyn hubiera elegido casarse un día de luna llena, imaginé que había calculado servirse de la venida de la menstruación para fraguar su engaño. Más adelante se verá hasta qué punto mis conjeturas iban bien encaminadas. Pasé pues una noche deliciosa en brazos de mi encantadora Lizzie, y me marché justo antes de que

los madrugadores sirvientes pudieran verme. Mrs. Evelyn partió al día siguiente. Mi madre, como se sintiera decaída, le pidió a Lizzie que durmiera con ella, de manera que yo no tuve más remedio que pasar una noche muy tranquila, lo cual sin embargo me vino de perlas dada la agitación y desmesura con que había vivido la última semana.

Pasó otra semana sin que ocurriera nada digno de mención, salvo que Mary volvió a estar en condiciones de sumarse a nuestras orgías. El doctor le había recomendado a mamá que fuera unas semanas a la playa, adonde decidió ir con todos nosotros para pasar seis semanas; a la vuelta ya contrataría a una nueva institutriz. Dejamos pues nuestra casa y nos instalamos en un pintoresco y apartado pueblecito de la costa oeste de Gales. El lugar era pequeño, con una sola calle y unas cuantas casas desperdigadas aquí y allá, pero tenía una hermosa playa que acababa en abruptos peñascos. Nos hospedamos en un sitio también pequeño; era el piso superior de una tienda, y se componía de un salón, de un dormitorio, y de otras dos habitaciones en el piso superior. Yo dormía en el cuartito trasero del salón, mi madre en la habitación principal del piso de arriba y mis hermanas en la de al lado. Estas dos habitaciones estaban separadas apenas por un tabique, de manera que nos vimos obligados a buscar otro sitio para disfrutar de nuestros juegos eróticos de los que ya no podíamos prescindir. Al pueblecito se acercaban muy pocos visitantes. En nuestra exploración habíamos llegado hasta el extremo más apartado de la playa, y al otro lado de las rocas descubrimos un rincón muy recogido que pronto se convirtió en el escenario de nuestros juegos eróticos. Desde ese rincón, situado a poco más de una milla del pueblo, podíamos distinguir a cualquiera que se aproximara; sin embargo, sabedores de que podíamos olvidar lo rápido que vuela el tiempo, decidimos por prudencia que una de mis hermanas estuviera siempre de centinela para prevenirnos cuando viera a alguien acercándose. Tomaba primero a una, la tumbaba, nos chupábamos mutuamente y luego la jodía, tras lo cual la que estaba de guardia ocupaba el puesto de aquélla a la que acababa de follar, para rotar nuevamente cuando acababa con la última. Repetimos estas escenas tres días seguidos, congratulándonos por haber encontrado un lugar tan seguro para dar rienda suelta a nuestras

inclinaciones. Pasábamos siempre la mañana con mamá, que se ocupaba ahora de nuestras clases. Pero inmediatamente después de darnos el almuerzo, que para ella era también la hora de su cena, mamá se retiraba a dormir la siesta, mientras que nosotros salíamos a dar un largo paseo, y a hacer algo mejor. Acabo de decir que los tres primeros días nos gozamos hasta la saciedad, seguros de que no nos veía nadie. El cuarto día, mientras Lizzie hacía la guardia, Mary y yo, después de chuparla deliciosamente corrimos con todos los raptos propios de la fornificación que no se detiene hasta llegar al clímax. Yo le estaba diciendo a Mary:

—¿Increíble, verdad? Y te la he metido enterita, ¿eh?

—¡Ya lo creo! No podía ser de otro modo con semejante rodillo metido en el coño —dijo una voz desconocida a nuestro lado.

Podrán imaginar fácilmente el susto que nos dimos.

—Oh, no hagáis eso. No pretendía aguaros la fiesta —dijo la misma voz.

Se trataba de un caballero muy cortés, de voz muy suave y semblante ameno y simpático. Estaba de pie a nuestro lado, sonriendo, con la bragueta abierta y la picha tiesa en una mano. Tan grande fue nuestra sorpresa que nos olvidamos el estado en que nos encontrábamos. Mary estaba despatarrada, con el vientre al aire y el coño completamente abierto, y yo con los pantalones bajados y mi inmensa polla colgante, no voy a negarlo, pero no por ello encogida. El desconocido prosiguió:

—No he venido a aguaros la fiesta sino a ayudaros en todo lo que pueda. Os descubrí por casualidad hace dos días. Aquí soy un forastero como vosotros. Sé que sois hermanos, y os admiro, porque veo que sabéis estar por encima de los prejuicios. Ahora bien, conviene que entendáis que, dado que lo sé todo sobre vosotros, lo mejor que podéis hacer es dejarme participar en vuestros juegos. De ese modo no sólo conseguirías taparme la boca, sino además aumentar inmensamente vuestro placer y procurarme a mí la más intensa satisfacción. Ahora, por ejemplo, la niña mayor, que tenía que reemplazar a la otra en la guardia, se vería más satisfecha si yo la fornicara. No te asustes, cariño —dijo él, al observar un movimiento repentino de Mary, quien de improviso se había dado cuenta de su desnudez—. No pienso hacerte nada sin tu consentimiento; sin embargo, estoy seguro de que a tu hermano,

que tiene que follaros por turno, le complacerá mucho verte en mis brazos. Si no es así, es que me he equivocado al juzgarlo.

Yo no podía dejar de preguntarme cómo había hecho para leerme el pensamiento, ya que en ese mismo instante había estado diciéndome para mis adentros que nos convenía mucho más dejarle participar que tenerlo como enemigo. Así, dije en seguida que tal y como él lo exponía su intervención sólo podía redundar en beneficio de nuestro placer, y le rogué a Mary que se dejara tomar por él. La innata repugnancia femenina a parecer presas fáciles la hizo negarse, pero como seguía tumbada de espaldas yo de inmediato me incliné sobre ella, y abriéndole las piernas, rogué al caballero que se arrodillara y me ayudara.

Él se arrodilló galantemente, se agachó, le lamió los labios del coño bañados de semen, y luego procedió a chuparlo, lo que rápidamente hizo que ella deseara su polla y él joderla. Tan pronto como se pusieron a la labor, di un silbido e hice señas a Lizzie para que se acercara. Podrán imaginar fácilmente su sorpresa al ver a Mary en brazos de un desconocido; pero como la escena ya había producido el consabido efecto en mi sensible órgano, que tenía empinado y a punto de estallar, la hice arrodillarse enfrente de ellos y le introduje la polla en el coño por detrás, para que así ambos pudiéramos ver la deliciosa fornicación que tenía lugar delante nuestro. Ello redobló nuestra excitación, y al fin los cuatro nos corrimos juntos entre gritos de éxtasis. Concluido el asalto nos sentamos para conocernos mejor, lo cual, como podrán suponer, no resultó nada difícil después de semejante prólogo. Nuestro nuevo amigo nos impartió unos consejos muy útiles para facilitar nuestro reencuentro, mientras que con una mano palpaba el coñito de Lizzie y con la otra me tocaba la polla muy suave y delicadamente. Me la puso tiesa casi en el acto y luego me tumbó de espaldas, sin dejar mientras tanto de admirarla y alabar su tamaño desmesurado. Según decía jamás había conocido a nadie de mi edad que la tuviera tan grande, y eso que su experiencia era amplia. En cuanto la tuve completamente empinada, se agachó y comenzó a chupármela del modo más delicioso. Lo encontraba más excitante que cuando me lo hacían mis hermanas, Miss Evelyn o Mrs. Benson. Me metió además un dedo en el ojete y, cuando finalmente me corrí en su boca lo tragó todo con voracidad, sin dejar de chupar hasta que no terminó

de sacarme la última gota. Lógicamente excitado por lo que me había hecho, dijo:

—Le toca ahora el turno a la más pequeña.

Lizzie en seguida se echó encantada sobre el césped. Yo le dirigí la polla hacia el coño, y no paré de frotarle el ojete mientras duró su asalto. Su polla era de mediano tamaño, ni muy larga ni muy gruesa pero bien proporcionada, y tenía un bálano, al contrario del mío, poco protuberante. Nos aconsejó que no hiciéramos más por ese día y nos pidió que paseáramos con él hasta el pueblo. En las afueras, donde nadie pudiera oírnos, nos sentaríamos y charlaríamos para encontrar la forma de volver a gozar de los actos lúbricos más deliciosos.

—Os aseguro —dijo— que va a ser sensacional. Todos vamos a gozar inmensamente. Aún os quedan cosas que aprender, y yo soy la persona más indicada para instruiros en unos placeres que superan a todos los que habéis experimentado hasta ahora.

Lo acompañamos como nos había pedido y, sentados en una duna, sostuvimos una larga conversación en la que acordamos los pasos a dar. Quedamos en encontrarnos al día siguiente en las rocas a la hora de siempre, adonde él llegaría un rato antes para comprobar que no hubiera nadie husmeando, como él ese día, por los alrededores. Pensaría mientras tanto en el asunto y buscaría un sitio donde pudiéramos estar a nuestras anchas, desnudarnos completamente y hacer una orgía desaforadamente lúbrica. Nos mostró dónde se alojaba, una pequeña posada situada en la entrada del pueblo y al borde de la carretera, con cuadras en la parte de atrás y a su lado una cabañita, formada por una habitación y un vestidor, o cuartito en caso necesario. La entrada daba a la costa, y para llegar hasta la puerta de la posada había que rodear todas las cuadras. El criado de la posada le llevaba cada mañana un modesto desayuno compuesto de té, huevos y tostadas. Cuando terminaba de vestirse, el criado limpiaba y le hacía la cama. Cenaba en el comedor de la posada con el propietario y su familia. Desde la posada no se veían sus ventanas, y estaba lo suficientemente apartado del pueblo como para que nadie reparara en lo que hacía, ni siquiera los de la posada; de modo que cuando entraba en el alojamiento a su vuelta de la playa, pasaba casi tan inadvertido como si viviera en una casa totalmente aislada. He querido

detenerme en la descripción de su alojamiento porque más tarde sacaríamos provecho de las ventajas de su ubicación. Nuestro amigo se llamaba MacCallum, James MacCallum, descendiente del gran clan escocés de ese nombre; rondaba la treintena y era gran aficionado a los deportes, sobre todo a la pesca. En su habitación tenía todos los aparejos necesarios y venía con bastante frecuencia a Gales por su riqueza en ríos de trucha. Acabó inculcándome su afición por el arte piscatoria, y más tarde lo acompañaría en varias ocasiones a pescar y viviríamos nuevas y singulares aventuras eróticas, algunas de las cuales quizá relate más adelante. Tenía fijada su residencia en Londres, donde, según se verá, cultivamos una amistad que nos hizo compartir momentos de total desenfreno.

Nos vimos pues en las rocas al día siguiente, el domingo. Encontramos a Mr. MacCallum en su puesto y, no habiendo moros en la costa, pasamos a la acción. Nuestro amigo actuaba de maestro de ceremonias. A mí me pidió que me quitara los pantalones, y a Lizzie que se despojara de la falda y se aflojara el corsé, ya que aún no usaba sujetador. Luego me pidió que me tumbara de espaldas, dijo a Lizzie que se arrodillara sobre mi cabeza, con el trasero, vuelto hacia mí, y que se remangara las enaguas y la camisa y pusiera su encantador coñito encima de mi boca. De esa manera, con las nalgas sobre mi cara y el clítoris a merced de mi lengua, yo podía lamerle todo el coño y tragarme sus corridas. Asimismo, mientras que con una mano podía apretarle sus duras y rollizas nalgas, disponía de la otra para frotarle el ojete y estimular sus pasiones al máximo. Ya he explicado cuánto le gustaba que la follaran por detrás. Estando los dos así, Mr. MacCallum pasó a chuparme la polla con un estilo incomparable, muy superior al de todas las que me lo habían hecho hasta ahora, al tiempo que —con el obligado *postillon*, como dicen los franceses—, me metía un dedo en el ojete. Hizo que me corriera con una voluptuosidad desbordante en su boca en el preciso instante en que la querida Lizzie soltaba en la mía su descarga deliciosa. Permanecimos un rato embelesados antes de recobrar las fuerzas. Me levanté pues, y quise devolverle el cumplimiento mamándosela a mi vez. Pero él se rehusó, diciendo:

—Quiero enseñaros todavía otro placer antes de marcharnos, y ya no tengo tantas fuerzas como vosotros. Por eso prefiero que por

ahora nos contemplemos y nos acariciemos hasta que consiga poneros otra vez calientes para el combate amoroso.

Comenzó entonces a comerse a Lizzie mientras con una mano me frotaba la polla, y poco después nos había excitado tanto que ya podía ordenarnos lo que quisiera. Esta vez volvió a pedirme que me tumbara de espaldas, y, colocando a Lizzie encima mío, dirigió mi polla hacia el interior de su estrecho y delicioso surco. Cuando me la hubo metido del todo, lo que se consumó antes de que Lizzie se hubiera sentado bien sobre mí, nos pidió que nos meneáramos despacio. Durante un rato, con el rostro pegado a mis huevos, estuvo observando el vaivén de mi polla y metiéndome un dedo en el culo y otro en el de Lizzie. Luego se levantó y dijo:

—Parad un rato, queridos, pero no desalojéis. Me dispongo a enseñarle a tu hermana las delicias de la acción doble.

Se sacó entonces la polla, untó con saliva el orificio rosado del culo de Lizzie, y acto seguido empezó a introducírsela; poco imaginaba que a ella le encantaba que se lo hicieran por ahí y que no le resultaba nada novedoso. Mientras procedía con la mayor precaución y suavidad para no hacerle daño, le pidió que levantara el culo y que apretara como si quisiera evacuar algo; de ese modo le facilitaría la entrada y le produciría menos dolor. Podrán imaginar lo encantada que estaba Lizzie; hizo en efecto todo lo que le pidió, y él, con suaves movimientos, logró al fin metérsela hasta el mismísimo punto de juntura entre el pubis y las nalgas.

—Soberbio, querida, lo has aguantado admirablemente. Presiento que vas a convertirte en una alumna aventajada. Verás cómo ahora, con la acción de dos pollas a un tiempo, sentirás un éxtasis indescriptible. Ahora, Charles, ponte manos a la obra. Tu hermana no tiene sino que continuar contrayéndose tan deliciosamente como lo ha hecho hasta ahora sobre nuestros excitados miembros.

Empezó así nuestra primera clase sobre la follada doble. Nuestra querida Lizzie estaba a punto de volverse loca, excitada hasta el paroxismo por las sensaciones que la doble penetración le producían en sus nervios eróticos. El caso es que yo también sentía el frotamiento de la polla de Mr. MacCallum, y es que la delgada membrana que dividía el orificio del culo de la vagina, debido a la fuerte presión de los dos miembros entre los que estaba

emparedada, convertían a la misma en una separación tan fina que parecía como si realmente no hubiera nada en medio de nuestras pollas. Y, excitados como estábamos, llegamos al clímax rápidamente. Lizzie, presa de un placer desbordante, pegó un alarido, y Mary, asustada, vino corriendo a ver qué ocurría. Se sorprendió enormemente al vernos, pero nosotros, totalmente embargados por las delicias de la lubricidad y salacidad que compartíamos, ni siquiera reparamos en su presencia. Hasta que al final a Lizzie, poseída por una agitación frenética, le sobrevino de pronto una crisis histérica que nos asustó, tanto que de inmediato nos retiramos de las exquisitas aberturas en las que nos habíamos ensartado con tanta fruición. Pasado un rato Lizzie recobró el sentido y, rompiendo a llorar, afirmó que solamente ahora sabía lo que era el placer y que había estado en el séptimo cielo de la dicha, y que no podía desear otra muerte mejor que ésa, de una agonía tan voluptuosa. Se arrojó luego a los brazos de Mr. MacCallum y besándolo con ardor le dijo:

—¡Oh, querido, le adoro por haberme enseñado una manera tan deliciosa de amar! A partir de ahora podrá disponer de mí donde y cuando quiera. Y voy a amarle tanto como amo a mi querido hermano Charles.

Entonces, volviéndose hacia mí, me abrazó también con pasión. Tras ponerse la falda, fue a relevar a Mary en la guardia, quien se quedó con nosotros para que la iniciáramos en los placeres de la doble follada. Y es que Mary, después de haber sido testigo del éxtasis alcanzado por Lizzie y pese a que no dejaba de espantarle el experimento, estaba dispuesta a ver si Mr. MacCallum podía hacérselo contando con que su miembro no era tan grande como el mío. Él llevó a cabo las mismas maniobras preliminares, es decir, que primero la hizo ponerse de rodillas sobre mi boca para, mientras me la chupaba, regodearse contemplando las nalgas de Mary, cuyas formidables formas le prometían un placer sin igual. Me pidió incluso que le dejara ocuparse personalmente del ojete de Mary; así, a la vez que metía un dedo en el agujero del culo de la hermana se la mamaba al hermano, produciéndole tal combinación un placer sublime. Mary se excitó sobremanera y se corrió copiosamente en mi boca, mientras yo hacía lo propio en la de Mr. MacCallum, quien no desaprovechó una sola gota. No bien hubimos

descansado lo bastante, el lascivo manoseo y las voluptuosas caricias de Mr. MacCallum por una parte, y nuestros elogios por otra, volvieron a excitamos lo suficiente para que Mr. MacCallum pudiera decidir pasar a la acción. Como antes, me tumbé de espaldas, y Mary montó a horcajadas sobre mí para dejar que la mano de Mr. MacCallum condujera mi polla hacia su coño ansioso. Cuando ya estaba bien metido dentro de su coño ardiente y palpitante, ella empezó con sus exquisitos *casse-noisettes*, en los que era especialmente talentosa. Luego, al inclinarse sobre mí, la rodeé con mis brazos y, entrelazando nuestras lenguas, unimos nuestros labios en un beso apasionado. Su culo se mostraba en todo su esplendor ante nuestro preclaro maestro de ceremonias, quien, encantado por esas maravillas, bastante más abultadas que las de la hermana menor, quiso antes que nada rendirles un merecido homenaje besándolas con pasión e introduciendo la lengua en su rosado orificio, lo que la excitó sobremanera. Tras ello se humedeció la polla y arremetió en seguida contra el tierno capullo, pero sin alcanzar su meta. Mary le dijo entonces que dudaba que pudiera conseguirlo.

—Con paciencia y perseverancia, mi querida niña —dijo él—, podría metérsela hasta a un ratón. Habrá que intentarlo de otra manera. La monstruosa polla que tienes metida en el coño me obstaculiza y me cierra completamente el paso hacia el templo más secreto de la lujuria. Sal un momento.

Obedecí, y al instante él se la metió hasta el fondo del coño, meneándose un par de veces para excitarla y hacerle bajar la guardia, pues, según nos dijo más tarde, la primera dificultad que había que salvar era la oposición involuntaria de Mary, que en vez de abrir el ojete lo contraía. Cuando le pareció que ya la había excitado lo suficiente, y habiéndole hecho creer a Mary que iba a seguir follándola normalmente, sacó de improviso los dos dedos que tenía metidos en su ojete, los reemplazó con un movimiento rápido por la polla y, antes de que Mary pudiera darse cuenta, se la introdujo hasta la mitad en el culo. Ella pegó un gritito, pero como él la tenía bien asida por las caderas y yo —que conocía perfectamente su intención— por la cintura, no pudo sin embargo moverse ni obligarlo a desalojar, como impulsivamente habría hecho. Mr. MacCallum dijo:

—Ahora voy a quedarme quieto, y verás cómo en un momento desaparecen todas las molestias.

Estuvo quieto durante dos o tres minutos, tiempo que yo aproveché para tocar primero con la punta de mi polla el clítoris de Mary, cuyo tamaño era bastante apreciable, y luego, viéndola moverse nerviosamente y deduciendo de ello que estaba otra vez excitada, para metérsela en su coño contraído sin excesiva dificultad. Al ver que yo la penetraba, Mr. MacCallum aprovechó a su vez la oportunidad para metérsela hasta el fondo por la retaguardia. Mary volvió a lanzar un grito y dijo que la estaba matando. Le pedimos que tuviera un poco más de paciencia, y procediendo ambos a menearnos con suavidad, poco a poco conseguimos ponerla en un estado de excitación incontenible, hasta que Mary, al igual que nosotros, se vio sumida en un delirio de felicidad. Siguió jadeando y vibrando en medio de nosotros durante casi un cuarto de hora.

Yo estaba otra vez en condiciones de proseguir, pero Mr. MacCallum levantándose y sacando su polla olorosa del estrecho rincón en el que tanto había gozado, nos dijo que debíamos conformarnos con lo que habíamos hecho, máxime cuando había concebido un plan para el día siguiente que exigía todas nuestras facultades eróticas. Y entonces, como el día anterior, nos encaminamos juntos hacia el pueblo, para ser vistos pero no oídos, y para que cuando fuéramos a lugares más recónditos nadie sospechara de nosotros. Luego Mr. MacCallum nos comunicó que a la tarde siguiente podíamos encontrarnos en su cabaña en lugar de entre las rocas. Nada nos impediría allí ponernos en cueros y disfrutar de una orgía en toda regla. Aceptamos con entusiasmo su plan, y después de una amena conversación, nos despedimos. Nosotros pensamos encontrarnos al día siguiente en la playa, pero no junto a las rocas sino en el extremo opuesto, con el fin de acercarnos después desde el punto menos visible a su cabaña.

Al día siguiente, después de la comida, salimos a la hora habitual como si fuéramos a dar nuestro paseo de siempre; sólo que, tras dejar el pueblo y una vez que comprobamos que la gente había entrado en la iglesia para el servicio vespertino, volvimos sobre nuestros pasos y nos encaminamos hacia la puerta de Mr. MacCallum. Nos estaba esperando, y al vernos llegar nos abrió en

seguida. De inmediato subimos todos a la habitación, y sin pérdida de tiempo nos desnudamos completamente. Tras permanecer un rato admirando a las dos niñas, cuyas formas estaban ciertamente inspiradas en el paradigma de la belleza, nos echamos sobre la cama. Lizzie y yo nos chupamos mutuamente, con el acostumbrado apoyo en los encantadores orificios de nuestros respectivos culos. Mary y Mr. MacCallum, que se había encariñado con ella y con su espléndido trasero, siguieron nuestro ejemplo. Después de corrernos con la mayor fruición y de abrazarnos y besarnos, pusimos a las chicas en todas las posturas imaginables, hasta que por fin estuvimos otra vez preparados para pasar a algo más serio que las chupadas. Mr. MacCallum que actuaba siempre de maestro de ceremonias, mandó entonces a Mary que se tumbara de espaldas y a Lizzie que se echara sobre Mary pero contrapuesta de manera que pudiera lamerle el coño y meterle un dedo en el ojete, y Mary sobarle con una mano el clítoris y con la otra juguetear con mis huevos. El propio Mr. MacCallum condujo mi polla al interior del delicioso ojete de Lizzie, y, estando ya todos bien colocados y después de friccionarme el ojete con dos dedos, dijo:

—Ahora voy a iniciarte, Charlie, en el placer que se deriva de ser tanto actor como depositario.

Dicho esto, se humedeció la polla y escupió sobre mi ojete, y con mucha suavidad empezó a metérmela. Ya he dicho que no tenía un bálano precisamente grueso; por tanto, la punta me entró con bastante facilidad, pero cuando el pilar comenzó a abrirse camino entre los lados, tuve de pronto una extraña sensación, muy parecida a una patada en el trasero. Me vi pues obligado a pedirle que parara un poco. Él era demasiado experto en el arte como para no entender mis sensaciones, y sabía perfectamente que bastaba que se quedara quieto un par de minutos para que me pasara el dolor. Así, no hizo el menor movimiento hasta que le dije que podía proseguir, oyendo lo cual se echó ligeramente hacia atrás, me puso un poco más de saliva en el agujero y, con suavidad y decisión, me introdujo despacio la polla hasta el fondo o hasta donde su pubis y mis nalgas se lo permitieron. Volvió a parar un rato, hasta que, notando las vibraciones de mi polla y sintiendo las contracciones de mi ojete, decidió que ya estaba listo para pasar a la acción. Comenzó entonces a metérmela y sacármela despacio, lo cual, junto con las

ardientes contracciones y voluptuosos meneos de mi pequeña compañera, excitada por mi polla y el dedo de Mary, me excitó en seguida. Todos empezamos a movernos con fruición. Lo cierto es que jamás me había imaginado nada comparable al éxtasis extraordinario y delicioso que la acción doble generaba en mis nervios eróticos. No paraba de jadear y de estremecerme presa de los raptos del placer más intenso y, cuando estaba a punto de sobrevenirme el instante triunfal y enajenante, me puse a rebuznar igual que un burro, cosa que más tarde, en momentos de mayor sosiego, recordaríamos con regocijo. El éxtasis lo alcanzamos todos a la vez, y él y yo nos desplomamos exánimes sobre los cuerpos que teníamos debajo. Nos admiramos de lo bien que la pobre Mary soportaba nuestro peso, pero ella nos dijo que jamás había asistido a una escena que la excitara tanto y que no la molestábamos. Por fin nos levantamos y, tras una imprescindible purificación, tomamos un poco de vino y pastel que previsoramente Mr. MacCallum había adquirido. Terminando el refrigerio, nos exigió que estuviéramos un rato sin fornicar. Así que nos pusimos a corretear por toda la habitación, disfrutando de lo lindo y sin que se oyera otra cosa que las palmadas que nos dábamos en el culo y nuestras risotadas, hasta que nuestras pollas tiesas mostraron deseos de entrar en combate. Esta vez Lizzie se tumbó, Mary se echó sobre ella para comérsela, Mr. MacCallum metió su polla en el ojete de Mary y yo intenté hacer lo propio en el suyo, pero sin resultado. Mi polla era demasiado grande para su ojete, bastante pequeño para ser de un hombre. Él deseaba de todo corazón que se la alojara, pero yo, hiciera lo que hiciera, no conseguía vencer las dificultades. Tuvimos pues que cambiar de postura: yo me tumbé de espaldas, Mary montó encima mío, se metió mi polla en el coño e, inclinándose y ofreciendo su ano a Mr. MacCallum, éste procedió a metérsela con más facilidad que el día anterior en el ojete. A su vez, Lizzie, de pie, con una pierna a cada lado de nuestros cuerpos, acercó su raja a la boca de Mr. MacCallum, el cual comenzó a chupárselo, con fruición haciéndole al tiempo el *postillon* con un dedo dentro del culo. La tempestad erótica bramó con furia durante un buen rato, y luego, cobrando más fuerza e ímpetu, nos sumió a todos en un éxtasis arrebatador, tras el cual volvimos a desplomarnos avasallados por el deseo satisfecho. Permanecimos largo rato estrechamente

abrazados. Después de recobrar el sentido entre largos suspiros, volvimos a refrescarnos con un poco de vino y pastel. Nuestros deseos no se reavivaban tan rápidamente como los de nuestras compañeras, sin duda más excitables que nosotros, y procedimos a comerles el coño; ellas a su vez nos chuparon la polla, aunque sin demostrar la misma pericia. Luego reanudamos el trajín: Mary esta vez se puso encima y Lizzie abajo, y yo a instancias suyas la jodí por adelante, pues me dijo que no había por qué olvidarse de su coño. Mr. MacCallum, como antes, me la metió por atrás, ahora con más facilidad y en consecuencia también con mayor gozo; asimismo, y dado que nuestros esfuerzos previos habían paliado nuestra voracidad, en esta ocasión pudimos prolongar el placer, hasta que al final nos corrimos con toda la fruición que merecía tan formidable conjunción de cuerpos. Fornicamos otra vez deliciosamente en grupo antes de despedirnos. Yo volví a joder a Lizzie y Mr. MacCallum a culearla, combinación que al decir de ella superaba a todas las demás: su estrecho coñito me engullía exquisitamente la polla, mientras que la de Mr. MacCallum gracias a la presión que mi poderosa arma ejercía en su coño, quedaba tan bien sujeta dentro de su culo como mi polla en el coño, a la que apuntalaba tan sólo un dedo de Mary. Realizamos el asalto incluso con más frenesí y lascivia que antes, hasta el punto que Lizzie acabó poniéndose histérica por el placer tan intenso que sentía.

Por fin todos caímos vencidos al lado de Mary y permanecimos un buen rato abrazados. De ese modo concluimos aquel día nuestra orgía más deliciosa. Luego nos lavamos y vestimos, y al cabo de un tiempo nos despedimos con tiernos abrazos y la promesa de repetir las maravillosas escenas que acabábamos de representar. Y realmente así lo hicimos innumerables veces, aunque alterándolas de vez en cuando con una visita a las rocas para no llamar la atención yendo tan seguido a la cabaña.

Las seis semanas pasaron tan rápidamente que no podíamos entender que el tiempo se nos hubiera acabado. Una mañana mamá nos comunicó que nos marcharíamos de allí dentro de dos días. Como podrán imaginar, nos sentimos desconsolados, pero no tuvimos más remedio que resignarnos. Ese día nos encontramos en las rocas, tristes ante la idea de separarnos de nuestro encantador amigo: ya lo amábamos de verdad. Y aunque no estábamos tan

fogosos como de costumbre, resolvimos vernos al día siguiente en la cabaña para hacer una orgía con todas las de la ley y llevarnos el mejor recuerdo. Cuando nos encontramos según lo acordado, pusimos en marcha todas nuestras facultades para incrementar el placer así como todas las tretas imaginables para mantenernos siempre excitados. Mr. MacCallum y yo debimos de corrernos una seis o siete veces, mientras que las niñas, dada la mayor excitabilidad y sensibilidad de sus órganos genitales, debieron de hacerlo unas nueve o diez veces. Totalmente exhaustos, tuvimos, por falta de fuerzas, que dar por concluido el juego, vestirnos y despedirnos. Hicimos votos para volver a vemos. Las niñas lloraron al despedirse de nuestro encantador amigo, al que le debíamos tantas y tan deliciosas orgías. Intercambiamos direcciones y él nos prometió que vendría a pescar a nuestra región, donde esperaba encontrar la forma de reanudar esos lascivos juegos con los que tanto habíamos gozado. Y al fin nos alejamos. Como se verá más adelante, circunstancias imprevistas me hicieron recalar en Londres —o mejor dicho alejarme de casa— antes de que pudiéramos volver a vernos; y fue en Londres, en sus propios aposentos, donde reanudamos nuestra encantadora relación y practicamos todos los artes venéreos.

A nuestro regreso a casa mamá puso un nuevo anuncio solicitando una institutriz, con el requisito de que no tuviera menos de treinta años y poseyera una amplia experiencia. Entre las numerosas respuestas que recibió, había una de cierta dama que pedía conocer a mamá y a sus alumnos antes de aceptar el puesto, y que adjuntaba además cartas de recomendación muy favorables. A mamá le llamó mucho la atención el estilo de la carta y el insólito requerimiento de conocernos antes de llegar a un acuerdo. Le escribió pues a Miss Frankland pidiéndole que viniera y se quedara tres días con nosotros, y añadiendo que si después de su visita simpatizaban, como ella esperaba por el tono de su carta, no tenía la menor duda de que llegarían a un acuerdo satisfactorio para ambas. Así, Miss Frankland llegó a casa el día fijado. Para nuestro criterio de entonces, se trataba de una mujer mayor, de treinta años bien cumplidos, alta y de aspecto imponente, un poco gruesa pero no obesa, hombros amplios y caderas anchas, pechos bien separados pero no demasiado prominentes. Tenía el cabello de color azabache

al igual que los ojos, la expresión sumamente enérgica y acentuada por unas cejas muy pobladas, casi juntas. Ostentaba además un bigote bien marcado y unos ricitos debajo de la nuca que literalmente se perdían bajo la alta gorguera de su traje. Éstos siempre eran de manga larga y jamás enseñaba los brazos. Más tarde descubrí que los ocultaba por vergüenza, ya que, aunque bellos y rechonchos, estaban cubiertos de un vello espeso. Tenía una boca grande que revelaba una pasión animal a la vez que firmeza de carácter. Y si bien no podía llamársela guapa, había algo en su semblante, en su expresión y su porte que la hacía atractiva. En cuanto a nosotros, la primera vez que la vimos sólo reparamos en su aparente rudeza y nos espantó la idea de tenerla como institutriz, pensando que además de ser nuestra profesora iba a tratarnos con la máxima severidad. Los jóvenes suelen ser más fisonomistas de lo que se cree. Más tarde se verá hasta qué punto acertamos en nuestro juicio. Basta decir que al final de sus tres días de visita se mostró plenamente satisfecha con el puesto que se le ofrecía, tanto como mamá con ella. Después averiguaríamos que había exigido como condición *sine qua non* que se le concediera carta blanca en el uso de la vara. Había hecho notar a mamá que nuestra última institutriz nos había tratado con demasiada indulgencia y que era necesario aplicarnos una disciplina férrea, la cual, según su propia experiencia, resultaba siempre mucho más eficaz. Mi madre, que durante los dos últimos meses nos había encontrado algo alborotados e indóciles, se mostró totalmente de acuerdo con su parecer y la autorizó a proceder como creyera más conveniente, y eso tanto con las niñas como con el niño.

Llegadas a ese acuerdo, Miss Frankland le pidió una semana de tiempo para arreglar todas sus cosas antes de venir a instalarse definitivamente en su nueva residencia. Mi madre, pensando que una vez llegara Miss Frankland íbamos a estar bien vigilados, nos dio plena libertad hasta entonces, y no hay duda de que supimos aprovechar la ocasión haciendo cuanto pudimos para compensarnos de la pérdida de nuestro inestimable y querido amigo Mr. MacCallum. No nos limitábamos a hacer uso de la casa de campo durante el día, sino que además todas las noches yo me escapaba a la habitación de mis hermanas, donde procurábamos imitar esas maravillosas escenas de lubricidad que habíamos representado con

tanta fruición hacía poco en la costa de Gales. Naturalmente, la semana pasó con demasiada rapidez y el día fijado mamá se acercó al pueblo para esperar la diligencia en la que llegaba Miss Frankland. Mis hermanas la acompañaron, ya que siempre hacía falta comprarles algo. Yo en cambio tuve, que quedarme en casa porque hacía falta sitio en el coche para volver con Miss Frankland y su equipaje, circunstancia que, como se verá en seguida, no necesité sin embargo lamentar.

Mrs. Vincent

Visita de Mrs. Vincent - Los métodos de Miss Frankland - Eliza, castigada

Estaba algo molesto porque me habían dejado solo. Cuán cierto es, sin embargo, aquello de que «el hombre propone y Dios dispone». Y es que, de haberme ido con ellas, me hubiera perdido un encuentro inesperado y delicioso. Yo me había acercado a la casa de campo, desesperado por haber perdido la última oportunidad de follar con mis hermanas antes de la llegada de la temida institutriz. Estaba mirando con indiferencia por la ventana cuando de pronto vi a una dama que me saludaba con la mano desde un calesín que avanzaba por el camino que sube hasta la casa de campo. Al momento reconocí a Mrs. Vincent. No tardé más de un segundo en bajar, abrirle la puerta y darle la bienvenida. Le rogué que aceptara caminar conmigo hasta la casa a través del parque y que dejara que su criado fuera solo hasta las cuadras. Se avino a mi propuesta en seguida. Cuando llegamos a la casa de campo todavía no le había dicho que todo el mundo estaba fuera. Sin mediar palabra la cogí por la cintura, y tumbándola sobre el sofá, me desabotoné en un tris los pantalones, le subí las enaguas y empecé a apretar mi polla tiesa contra su vientre antes de que ella pudiera darse cuenta de mis intenciones.

—Querido Charlie —gritó—, ¿qué haces? Van a descubrirnos y será mi ruina.

—Oh no, siempre amada Mrs. Vincent. Todos se han ido al pueblo y no tenemos nada que temer.

Me quería demasiado para oponerse y en el acto me siguió, con su destreza de siempre; ambos sucumbimos rápidamente en los voluptuosos raptos del deseo satisfecho. Sin dejar mi postura,

comencé a besarla con pasión y a meterle la lengua en la boca para cortar sus protestas. La emoción de encontrarme con ella otra vez después de dos meses de separación estimuló mis deseos al máximo, y así, conteniendo como podía la respiración, inicié un nuevo asalto, aunque esta vez con más moderación y esmerándome para que compartiera el éxtasis conmigo. Lo disfrutó enteramente, y más ahora que sabía que todos estaban fuera y que nadie podía sorprendernos. Dio rienda suelta a todas sus ardientes inclinaciones amorosas, hasta que nos corrimos juntos entre gritos desenfrenados. Después de ello desalojé. Ella entonces me besó tiernamente y me dijo que seguía siendo el chico loco y malo de siempre y que me amaba demasiado para negarme cualquier cosa que quisiera. Me pidió al fin que me sentara a su lado para hablar de los viejos tiempos.

—No —dije—, de los viejos no, quiero que me hable de usted. No la he vuelto a ver desde el día de su boda, y quiero saber cómo se desarrollaron las cosas después. He vivido aterrorizado por la idea de que nuestros abrazos le hubieran dejado huellas que hicieran sospechar a su marido que usted no era precisamente la que él se imaginaba.

—Eres un chico raro, querido Charlie, tienes cosas propias de un hombre diez años mayor que tú. Quién iba a imaginarse que semejantes ideas podían rondar por tu cabecita. Bueno, veras, niño mío, te confieso que yo también estaba un poco preocupada por ese asunto, tanto que fijé el día de la boda calculando que esa misma noche me iba a venir la regla. Pero algo falló: no me vino nada, así que me vi obligada a actuar de la mejor manera posible. Me coloqué con las piernas bien cerradas, me llevé una mano a esa parte de mi cuerpo y la apreté contra mi cosita lo más fuerte que pude. Luego, al intentar él forzar la entrada, contuve con fuerza entre mis dedos su arma, y después, justo cuando él dio un nuevo empujón, la dejé entrar de golpe hasta el fondo pegando un grito de aparente dolor. Un marido inexperto se deja llevar por la fe y la imaginación, y así convencí al mío de que él era el primero que me poseía. Pero ¡oh!, Charlie querido, en ese momento también descubrí que estaba embarazada, y tú, cariño mío, tú eres el padre de la criatura que llevo en mis entrañas.

—¿Cómo? ¿Yooo? ¿Yo el padre de su hijo? ¡Oh, querida,

adorada Mrs. Vincent, diga eso otra vez!

—No hay la menor duda, querido Charlie. Y como sé que yo soy la primera persona que te ha poseído y tú quien me ha desvirgado, no me importe darle a mi marido un hijo que no es suyo.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —grité, saltando loco de alegría por la idea de convertirme en padre. De pronto me sentí todo un hombre y me hinché de orgullo. Me arrojé entonces sobre la querida Mrs. Vincent, la abracé cariñosamente y tumbándola sobre el sofá le dije:

—He de ver al angelito en su casita.

Le levanté pues las enaguas dejando al aire todo su hermoso vientre, cuyo abultamiento dejaba entrever que guardaba algo más que lo que había comido. También su coño se había vuelto más prominente. Y me agaché, besé su raja adorable, le di una buena lamida y luego la chupé hasta que ya no pudo más y me pidió a gritos que la jodiera, gozando entonces de una deliciosa fornicación. La idea de que estaba bautizando a mi propio nene con mi esperma estimuló mi lubricidad, y tras lanzamos a un asalto de desbordante salacidad, caímos vencidos por ese voluptuoso aletargamiento mortal del deseo una vez satisfecho.

—Charlie, cariño, ya está bien. Recuerda que puedes lastimar a la querida criaturita si te sobrepasas. Anda, levántate.

Y me levanté al momento, pero sólo para abrazarla con más ternura. Ella, sin embargo, dijo que se sentía débil y que quería ir a la casa a tomar un poco de vino. Así que nos arreglamos y salimos. La idea de la paternidad se me había subido a la cabeza, y caminaba hecho un gallito como si fuera a comerme el mundo. Estaba como unas pascuas y me comportaba como un loco. La querida Mrs. Vincent tuvo que pedirme seriamente que moderara mi conducta delante de los criados. Había pasado una media hora y ella se disponía a ordenar que le trajeran el calesín a la puerta, pero yo le supliqué que mandara que le esperaran en el camino que bordeaba la casa de campo; así podría disfrutar un poco más del placer de su compañía. Sonrió y volvió a darme una palmadita en la mejilla, como si quisiera decirme «ya sé lo que tramas, bribonzuelo», pero me hizo caso. Cruzamos pues el parque y llegamos a la casa de campo antes de que acabara de enganchar el calesín para acercarlo al camino. Y yo sin pérdida de tiempo abracé a la querida Mrs. Vincent tratando de tumbarla sobre el sofá.

—No, no, querido Charlie, así se me desarreglaría el vestido y no me daría tiempo a ponerlo en condiciones. Es mejor que me arrodille sobre el diván y tú te pongas detrás mío. De ese modo podré dirigírtela desde abajo, y ya sabes que ésta ha sido siempre mi postura preferida porque siento como si me la metieras más al fondo.

Se puso de rodillas y yo le remangué la ropa hasta los hombros, dejando al aire sus hermosas nalgas que, debido a su preñez, se le habían vuelto más anchas, gordas y redondas que nunca. Después de besarlas con glotonería apoyé mi polla contra ellas. Mrs. Vincent, sacando una mano por abajo, me la cogió y la dirigió hacia su ardiente y codicioso coño, y yo de un solo golpe se la metí hasta el fondo.

—Con suavidad, Charlie, querido —gritó—. Recuerda que nuestro querido bebé está allí y que no debes ser tan violento.

Sus palabras me obligaron a moderarme. Como la tenía asida por las caderas, acercaba poco a poco sus nalgas hacia mí según se la iba metiendo, y mantenía el cuerpo erguido para poder disfrutar viendo el meneo de su trasero.

—Rodéame con un brazo y tócame el clítoris, Charlie, querido.

Lo hice durante un minuto, y luego musité:

—Para mí no hay nada más delicioso que contemplar el movimiento de su espléndido culo. Por eso le pido que se toque usted misma el clítoris y que me deje disfrutar de ese panorama maravilloso.

—Está bien, cariño.

La sentí entonces frotándoselo con furia. Ello me permitió meterle primero un dedo y luego dos en su delicioso ojete. Cuando noté que ya no podía más de la excitación, saqué de improviso los dos dedos e introduje en su lugar la polla. La excitación y la sorpresa le impidieron resistirse, y así, sin apresurarme, se la metí hasta donde pude. Ella se encogió un poco y me llamó malo, pero aunque lo hubiera querido no podría haberme hecho desalojar: la tenía bien sujeta de las caderas. Le rogué que me dejara seguir, pues jamás había podido olvidar el placer que había sentido al hacérselo por ahí la noche anterior a su boda. No me contestó, pero noté que se frotaba con redoblada fuerza el clítoris, y no tardé en convencerme —por las contracciones musculares de sus caderas y

de su esfínter— que sólo deseaba que concluyera el asalto allí donde estaba metido, lo que hice con deliciosos resultados. Lo suyo hubiera sido que nos corriéramos pegando alaridos de placer, pero nos contuvimos por prudencia, persuadidos de que el calesín estaba ya aguardándola a muy pocos metros de distancia de la casa. Mi dama parecía poco dispuesta a soltarme: era tal la fuerza y firmeza con que me la tenía sujeta, estremeciéndose de cuando en cuando, que al momento volvió a sentirla empinándose en su interior. Pero entonces enderezó las piernas, obligándome de ese modo a desalojar. Luego se volvió hacia mí, me arrojó los brazos al cuello y, abrazándome apasionadamente, me dio las gracias por haberle ofrecido tales exquisitas pruebas de amor.

—Ahora tengo que irme, querido Charlie, aunque espero volver a encontrar la ocasión de disfrutar contigo de estos raptos tan maravillosos. Saluda de mi parte a tu madre y a tus hermanas, y diles que en cuanto pueda vendré a hacerles una visita.

La seguí con la mirada hasta que al doblar en un recodo del camino, el calesín se perdió de vista. Volví a la casa de campo y besé una y otra vez el sitio donde había, reposado su cuerpo adorable. La amaba con toda mi alma y me sentía orgulloso de ser lo bastante hombre para haberle hecho un bebé. Caminaba pavoneándome de tal modo por la habitación que cualquiera que me hubiese visto me habría encontrado sin duda ridículo. Mamá, nuestra nueva institutriz y las niñas llegaron a la hora del té. Les hablé de la visita de Mrs. Vincent y de su tristeza por no haberlas encontrado, así como de su promesa de volver cuanto antes. Mamá confiaba que hubiera sido atento con ella. Le dije que había sido todo lo atento que había podido y que le había ofrecido un poco de vino y galletas porque había llegado algo mareada a causa de los baches del camino.

Es fácil imaginar que tras la impresión que nos había producido nuestra nueva institutriz fuimos bastante aplicados durante un tiempo. La verdad es que su método de enseñanza era excelente, y que como maestra era infinitamente superior a la anterior. Uno quedaba cautivado por sus explicaciones, y durante dos meses enteros la seguimos con tanta atención e hicimos un progreso tan extraordinario que ella no pudo menos que ensalzarnos delante de mamá un día que estábamos todos en el aula. Pero éste fue un

procedimiento desacertado, pues, dada la innata inconsciencia de la juventud, en seguida nos creímos tan listos que empezamos a prestarle menos atención. Ella lo toleró durante algún tiempo, debido quizás a nuestra anterior buena conducta. Hasta que un día Lizzie se puso insolente porque Miss Frankland la resondró con severidad.

—Así que esas tenemos, ¿eh? Ya verás.

Continuó con la clase como siempre hasta las cuatro. Al dar la hora, le pidió a Lizzie que se quedara en su sitio. A Mary y a mí nos hizo salir, cerró la puerta con Lizzie dentro y se marchó, indudablemente en busca de la vara. Al poco rato volvió y, encerrándose en el aula, azotó con extrema severidad el pobre culo de Lizzie. Cuando acabó, la dejó salir y Lizzie llegó hasta nosotros llorando amargamente a causa del dolor. La recostamos sobre el diván y le subimos las enaguas hasta la cabeza para aliviarla, pues sentía como si le hubieran puestos unas brasas al rojo vivo. Besé sus queridas nalgas rojas, en las que, pese a habérselas dejado llenas de verdugones y como un filete crudo, no le había hecho nada de sangre. Le dimos aire con nuestros pañuelos, lo que le producía según decía un alivio delicioso. Pocos minutos después comenzó a menear excitada el trasero, y gritó:

—Charlie, querido, mi coño te reclama. ¡Métemela!

Sólo esperaba que me lo pidiera para pasar a la acción, pues la vista de su culo desnudo me había puesto la verga tan dura como el hierro. Ella se colocó entonces a cuatro patas y, mostrándome la entrada trasera de su coño, me dijo que era por allí por donde quería que se la metiera sin tardanza. Y yo en un instante se la ensarté hasta el fondo, pues estaba mojada y jugosa como si se hubiera corrido, y eso era más que probable. Bastaron unos pocos empujones impetuosos, que ella secundó con energía, para que volviera a correrse gritando de placer y apretándome la verga con tal fuerza que por poco me lastima. Hizo apenas una breve pausa para gritar:

—Sigue Charlie, querido, métemela hasta donde puedas, estoy ardiendo de deseo.

No cesaba de mover el trasero de la manera más lasciva y voluptuosa, hasta que al fin, sintiendo que la crisis estaba próxima debido al tamaño y a la dureza de mi polla, así como a esa

sensación como eléctrica que se tiene en el momento, tuvo una corrida tan copiosa que mezclada con mi chorro de esperma literalmente me empapó por completo los huevos y los muslos. Siguió apretándome con fuerza y no me dejó que se la sacara hasta que no me hube corrido cuatro veces y ella por lo menos siete. Cuando por fin nos levantamos, ya se había calmado gracias a las repetidas dosis de esperma caliente que había arrojado en su interior. Afirmó entonces que jamás, desde la primera vez que la follé, había sentido un deseo tan insaciable ni un gusto tan intenso al satisfacerlo, y que hubiera sido capaz de soportar una docena de zurras como la que le había dado sólo por gozar de un éxtasis semejante.

—Estoy segura —dijo— de que todo se debe a la vara. Jamás había sentido nada parecido.

Durante todo ese rato Mary no había sido más que una simple espectadora, aunque muy complacida, eso sí, de ver la furia erótica de su hermana y mis vigorosos movimientos para aliviarla. Cierto es, con todo, que en el rato que a Lizzie le castigaban el trasero habíamos disfrutado de una fornicación maravillosa, y que después, justo antes de que Lizzie se presentara ante nosotros tan dolorida, me la había comido deliciosamente.

Miss Frankland se había retirado a su habitación, y parecía todavía algo emocionada y furiosa cuando se reunió con nosotros al terminar la hora de recreo. Como podrá suponerse, estuvimos muy atentos. Era evidente que había algo que complacía enormemente a Miss Frankland. Cuando a Lizzie le llegó el turno de subir a recitar su lección, arrojó de improviso los brazos al cuello de Miss Frankland y con las mejillas inundadas de lágrimas, sollozó:

—Por favor, querida Miss Frankland, perdóneme y permítame que la bese, porque la quiero con toda mi alma.

Los ojos de Miss Frankland se iluminaron. Cogió entonces a Lizzie por la cintura y la atrajo hacia sus labios para darle un dulce beso de amor, tan largo que parecía que nunca iba a acabar. Notamos que Miss Frankland se ruborizaba. Por fin apartó a Mary, diciéndole que era una niña encantadora y que tenía que quererla por fuerza.

—Regresa a tu asiento, querida. Ahora estás demasiado agitada para recitar tu lección. Haz venir a Mary.

Lizzie volvió a su asiento. Yo, mientras tanto, no pude dejar de decirme que había visto en su semblante una clara manifestación de deseo erótico. Más tarde, cuando estuvimos solos, Lizzie nos dijo que al besarla, Miss Frankland le había metido la lengua y le había «tocado la cosita» de un modo delicioso y excitante, y que creía que —de haber estado a solas— se habrían abrazado con mucha más pasión. Ello me hizo pensar que Miss Frankland se había acalorado por el acto mismo de empuñar la vara. Durante toda la semana siguiente, Lizzie no hizo otra cosa que hablar de la excitación desmedida que le había producido la azotaina y de lo satisfecha que había quedado su lubricidad. No podíamos encontrarnos a diario porque Miss Frankland solía estar siempre con nosotros y tomaba parte en nuestros juegos infantiles. Entretanto, Lizzie siguió insistiendo en el placer extraordinario que le había producido la paliza, hasta que sus palabras enardecieron tanto la imaginación de Mary que ésta ya no deseaba otra cosa sino que la azotaran. Merecerse ese castigo no resultaba difícil: bastaba con que descuidara adrede sus estudios. Actuó pues en consecuencia y todo se desarrolló como con Lizzie. Después, en cuanto la dejó marcharse, vino corriendo a la casa de campo y saltándose los preliminares me pidió que la jodiera en el acto, produciéndose entonces una escena muy similar a la que había tenido lugar el día que azotaron a Lizzie. Mary sin embargo no cedió al deseo irrefrenable de arrojarse a los brazos de Miss Frankland como lo había hecho Lizzie. Y, como la vez anterior, Miss Frankland se retiró después del castigo, tardó en regresar al aula y, cuando lo hizo, apareció con el rostro encendido y la mirada excitada. Llegué así al convencimiento de que el acto en sí la enardecía sobremanera, y empecé a decirme que con pasiones de semejante calibre bien podía merecer la pena intentar excitarla de algún modo, y muy pronto quizás. En cuanto esas lascivas ideas se apoderaron de mi mente empecé a imaginármela como un portento de belleza y ya no deseé otra cosa que poseerla.

Cuanto más miraba y examinaba las hermosas proporciones de su cuerpo primorosamente recio, más me apremiaba y aturdía el deseo de tomarla.

Miss Frankland

Miss Frankland - Un intermedio entre hermanos - Castigo terrible - La lección repetida - Iniciado de nuevo - Preparativos - Más lecciones repetidas - La curiosa naturaleza de Miss Frankland - Y, otra vez, lecciones repetidas - Pequeña equivocación - Falsa ignorancia - La lección de Miss Frankland - Una estratagema - Un artilugio genial - Más consejos prudentes - El sistema educativo de Miss Frankland

Por esas fechas Miss Frankland, que a la sazón se había ganado todas las simpatías de mamá, obtuvo autorización para instalarse en la habitación de huéspedes, aunque con la condición de cederla al primer visitante que llegara. Naturalmente, esta circunstancia redobló mis deseos de congraciarme con ella, dado que ahora iba a resultarme mucho más fácil llevármela a la cama. Decidí observarla cuando se fuera a acostar e intentar conocerla al natural. Quité con tal fin el pegote de miga de pan que había puesto en el agujero que hice para observar a Mr. Benson mientras fornicaba a su esposa. Me quedé despierto hasta que subió a acostarse. La vi desvestirse, pero cuando se quitó la camisa sólo alcancé a distinguirle las tetas. Como ya he dicho, no las tenía grandes pero sí muy separadas. Al ser además cuellicorta, no se le veían los huesos de la clavícula, lo que es un signo indiscutible de belleza femenina. No me cabía la menor duda de que se había desnudado completamente y que había hecho uso del bidé, pero la rendija de la puerta no me permitía ver el lado de la habitación donde estaba colocado aquél. Puse remedio a este inconveniente al día siguiente, y esa misma noche obtuve como recompensa un panorama esplendoroso. Como puede imaginarse, no me dejé vencer por el sueño y me aposté en mi escondrijo en cuanto la oí llegar. En seguida me puse de rodillas y, con un ojo en la mirilla, la vi despojarse de todo salvo de la camisa. Luego se soltó

el cabello; era tan magnífico y largo que para peinárselo tenía que extender completamente los brazos. Una vez que acabó de peinarse se hizo unas trenzas, que recogió en un moño; luego, tras lavarse las manos, sacó el bidé, lo llenó de agua, y por fin se despojó de la camisa. Estaba parada delante de la cómoda, sobre la que lucían dos velas. Gracias a eso, cuando se pasó la camisa por la cabeza pude gozar de una visión magnífica de su vientre totalmente cubierto de vello, un vello tan negro como el carbón y cuyos hermosos rizos brillaban como si estuvieran embetunados. Nunca en mi vida, y eso que soy ya un hombre mayor, he conocido a ninguna persona tan velluda como esta buena mujer. Los pelos le llegaban hasta el ombligo y le cubrían casi toda la entrepierna, desde donde se le extendían por debajo del culo para acabar en dos matas allí donde suele estar situado el delicioso agujerito, cuyo espesor era igual o incluso mayor al de la mata que tapa el monte de las mujeres corrientes. Además de ello, una hermosa línea de lícitos le subía desde el vientre casi hasta la altura de las tetas, por no hablar de sus muslos, piernas y brazos, también velludísimos. No había visto nunca a una mujer tan maravillosamente velluda. Por lo demás, este atributo quedaba bien reflejado en su manera de ser, ya que, siendo tremendamente apasionada y libidinosa, daba rienda suelta a todos sus deseos en cuanto tenía un poco de confianza con su compañero. Hago esta descripción, obviamente, en base a mi experiencia posterior. En ese momento, en cambio, estaba simplemente deslumbrado por la riqueza y profusión de tan exquisito ornamento —el pelo—, que la cubría por entero y de una forma que no había visto hasta entonces ni volvería a ver nunca. La contemplaba perplejo y admirado. Pasó entonces a lavarse el velludo coño y todo su alrededor, se secó bien, se puso el camisón, apagó la luz y en seguida se acostó. Yo hice lo mismo, pero estuve largo rato en la cama sin cesar de revolverme y de dar vueltas. Y cuando por fin me dormí, no fue sino para soñar que disfrutaba de ese coño glorioso. Tanta era mi excitación que, por primera vez, amanecí mojado; huelga decir que me corrí mientras soñaba que poseía ese maravilloso coño.

A la mañana siguiente me desperté realmente agotado —debido a la noche tan agitada que había pasado—. Luego, durante las clases, me mostré sumamente distraído; además, el cansancio no me

dejaba estar atento a las explicaciones. Lógicamente, Miss Frankland notó mi estado, y, como desconocía la causa, creyó que no hacía nada por pura holgazanería e insumisión. Me habló entonces en un tono muy serio, advirtiéndome que si al día siguiente no mejoraba mi conducta se vería en la penosa obligación de castigarme con severidad.

—Espero que mañana cambies de actitud, o de lo contrario me obligarás a hacerte algo que preferiría evitar.

Esa tarde llovió con fuerza y tuvimos que recogernos dentro de casa. Cuando llegó la hora de acostarnos resolví espiar otra vez a Miss Frankland; pero el cansancio me venció, y dormí profundamente hasta muy entrada la noche. Me levanté y me acerqué sigilosamente a mi mirilla, pero todo estaba a oscuras. Miss Frankland respiraba pesadamente. De pronto se me ocurrió que podía deslizarme sin peligro hasta la habitación de mis hermanas que ahora estaban solas, ya que Miss Frankland se había trasladado la noche anterior a la habitación de huéspedes, en la que ahora dormía profundamente. Abrí pues despacio mi puerta, que dejé entornada, me escurrí por el pasillo, entré en la habitación de mis hermanas y, despertándolas con suavidad, salté en medio de ellas para gran satisfacción y absoluta felicidad de ambas. Comenzamos inmediatamente a chupamos: yo me apropié del coño de Mary, mientras que a Lizzie, con las piernas abiertas sobre la cabeza de Mary, se la comía ésta, quien a su vez le hacía el *postillon* en su ojete encantador, de tal modo que yo podía contemplar a mis anchas todos sus tocamientos. En cuanto Mary se corrió le pedí a Lizzie que se tumbara de espaldas, con la cabeza pegada a los pies de la cama, y a Mary que se pusiera de rodillas sobre Lizzie, pero mirando hacia el lado opuesto y con su contundente trasero —que día a día le crecía más— vuelto hacia su hermana. Me hundí entonces en su coño y le ensarté al mismo tiempo el dedo medio en su ojete rosadito. Lizzie hizo lo mismo conmigo y comenzó además a frotar con su carnoso pulgar el clítoris de Mary, la cual, al tiempo que era follada y manoseada por los dos sitios, se dedicaba a su vez a comerse a Lizzie y a meterle dos dedos en el ojete, ya que ésta decía que con un solo dedo no sentía nada. Seguimos retozando de ese modo tan delicioso hasta que desbordados por la excitación nos vimos forzados a desfogarnos, lo que hicimos todos a la vez y con

tal rapto y frenesí que las fuerzas nos abandonaron luego durante un rato. Nos entregamos a un abrazo delicioso, con una mano de cada niña asida a mi polla y la otra sobre mis nalgas. En cuanto nos pusimos otra vez calientes trocamos posiciones. Esta vez me tocó joder a Lizzie, a Lizzie chupar y meterle el dedo en el ojete a Mary, y a Mary ocuparse del clítoris y el ojete de Lizzie. Ésta, mucho más cachonda y excitada que Mary y que yo mismo, se corrió copiosamente sobre mi polla, que gozó hasta la saciedad al recibir ese baño caliente de líquido glutinoso. Acto seguido se la metí y saqué unas cuantas veces para lubricármela bien, extraje los dos dedos de su ojete delicioso, se lo humedecía con saliva, saqué la polla de su coño fragante y mostrando gran satisfacción por su parte, se la alojé despacio en su ansioso y exquisito ojete. Allí la mantuve un buen rato procurando no correrme hasta que Lizzie estuviese preparada. Me regodeé con las deliciosas contorsiones de su cuerpo hasta que la excitación se hizo irresistible y entonces le pasé una mano por debajo del vientre, suplí los dedos de Mary y comencé a frotarle el clítoris mientras Mary le sobaba el coño con dos dedos. Llegamos así rápidamente al clímax y nos corrimos juntos con todos los raptos del deseo saciado. Como estaba a punto de amanecer, me aparté de sus deliciosos brazos, llegué sin ser visto a mi habitación y dormí como un bendito hasta bien entrada la mañana.

La orgía que había tenido con mis hermanas había aplacado totalmente mis pasiones animales, hasta el punto que comencé a temer la severidad con la que me trataría Miss Frankland si llegaba a caer en sus manos. Por ello ese día me mostré atento, logrando contentarla. Luego, como hacía una tarde espléndida, salió a pasear por el jardín mientras nosotros nos divertíamos inocentemente. Esa noche me quedé despierto, y una vez más volví a gozar de la soberbia exposición del coño maravillosamente velludo de Miss Frankland, tan negra del tronco para abajo que parecía un deshollinador. La visión despertó todo mi apetito libidinoso. Sintiendo que necesitaba poseerla, decidí soportar cualquier castigo que pudiera infligirme con la vara. Había llegado instintivamente a la conclusión de que toda esa enorme cantidad de vello era un atributo de las personas a las que la naturaleza había infundido las pasiones animales más ardientes, y que sólo era necesario excitarlas

para obtener de ellas el máximo provecho. Decidí pues llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias al día siguiente, y, para estar a la altura de las circunstancias, me fui directamente a la cama en lugar de deslizarme a la habitación de mis hermanas. Por la mañana, durante la clase, procuré portarme mal. Miss Frankland me advirtió con severidad que si seguía comportándome de ese modo por la tarde nada iba a salvarme de un castigo ejemplar. Pero yo ya me había hecho a la idea y «fui a por todas», como dicen nuestros vulgares primos yanquis. Estaba más ocioso a insolente que nunca. Miss Frankland echaba chispas. A las cuatro dejó salir a las niñas y a mí me mandó quedarme. Luego cerró la puerta, sacó de debajo de la mesa una vara formidable y me pidió que me acercara. Me puse delante suyo, pero no sin miedo, pues parecía estar realmente furiosa.

—Bien, Charles —dijo—, tu conducta de estos tres últimos días me obliga a darte un correctivo. Vuestra madre me ha otorgado plenos poderes para castigaros con severidad cuando juzgue que lo merecéis. La edad que tienes me había hecho pensar que ibas a comportarte como debieras, pero lamentablemente has defraudado mis esperanzas. Disponte pues a recibir el castigo y procura aguantarlo sin chistar, o de lo contrario será peor para ti. Desabotónate y bájate los pantalones.

Yo estaba dispuesto a aguantarlo, pero al llegar a ese punto sentí tanto miedo que mi pobre colita se me puso como muerta.

Mientras me desabrochaba los pantalones observé que Miss Frankland se había levantado el vestido hasta arriba y se había sentado, evidentemente con la intención de azotarme sobre sus rodillas. Cuando ambos estuvimos listos, me dijo que pusiera el taburete a su lado y me arrodillara sobre él, apoyando a la vez el cuerpo en sus rodillas. No bien me recliné me agarró con una mano, me descubrió el trasero y, cogiendo la vara que tenía a su lado, me asestó un golpe tan tremendo que no sólo me hizo dar un respingo sino además pegar un alarido. Los azotes se sucedían produciéndome al comienzo un dolor atroz que me hacía gritar con todas mis fuerzas, hasta que llegó un momento en que sentí como si los propios azotes me adormecieran las partes, tanto que ya casi ni me dolían. A continuación me sobrevino una excitación lasciva que me puso la polla completamente tiesa. Empecé entonces a apretarla

contra el muslo de Miss Frankland y a menearme como si quisiera escaparme de sus rodillas. Con la aparente intención de impedírmelo, me rodeó con el brazo izquierdo el cuerpo para sujetarme el vientre, y, como por descuido, me tocó con la mano la polla. Sentí de pronto que su mano subía y bajaba por mi polla como si estuviera midiendo su tamaño y grosor, sin dejar mientras tanto de azotar mi rendido trasero. Como me tenía bien sujeta la polla, yo fingía que intentaba eludir los azotes: lo que en realidad hacía era meterla y sacarlas de su mano con fuerza y vehemencia, tanta que rápidamente me vino la deliciosa crisis y con un grito de éxtasis derramé sobre su mano una copiosa corrida, desplomándome casi sin sentido sobre su regazo. Fingí que me había desmayado, y ella, creyéndoselo, me palpó e incluso sobó un poco la polla; luego, al apretarme más contra su cuerpo, sentí que todos sus miembros se estremecían. Estaba seguro de que había tenido un orgasmo y se había corrido. Le di tiempo para que se recuperara un poco, y luego, fingiendo que recobraba el sentido pero como si estuviera todavía ofuscado, dije:

—¿Oh, qué ha ocurrido? ¡He estado en el paraíso!

Entonces me levanté y, haciendo como si sólo reconociera a Miss Frankland, le arrojé los brazos al cuello y exclamé:

—Querida Miss Frankland, puede azotarme si quiere otra vez si con eso va a hacerme sentir un placer tan tremendo.

Su rostro estaba encendido y sus ojos resplandecían con todo el fulgor de la pasión libidinosa. Mi polla apenas había perdido algo de su fuerza después de correrme y ahora la tenía más empinada que nunca.

—Caramba, Charles, yo te creía un niño, pero ahora veo que eres todo un hombre.

—¡Oh! —grité—. ¡Qué rico, no me la suelte por lo que más quiera!

—¿Nadie te la ha agarrado nunca así?

—No, jamás había sentido un placer igual.

—¿No sabes entonces para qué sirve esto?

—Claro que sí. Es por donde meo.

Rió y me preguntó si siempre la tenía tan dura.

—Todas las mañanas cuando me levanto la tengo igual, y me duele muchísimo hasta que orino.

—¿Y nadie te ha dicho nunca para qué otra cosa puede servir?

—No. ¿Para qué más podría servir?

—¡Niño querido, qué inocente eres! Si pudiera confiar en ti te enseñaría un secreto que haría disfrutar enormemente a esta cosita. ¿Pero puedo confiar en ti?

—Por supuesto que sí, querida Miss Frankland. Ya la entiendo: habla de las deliciosas sensaciones que me produjo hace un ratito. ¡Vuelva otra vez a hacérmelo, por favor! Le prometo que nunca diré nada a nadie.

—Está bien, Charles, confiaré en ti. ¿Sabes que las mujeres no están hechas como tú?

—Sí, antes dormía en la habitación de mamá, y muchas veces me he maravillado al ver que orinaba por un agujero grande y que no tenía un cacharrito como el mío.

—Charlie, cariño, ese agujero ha sido concebido para alojar a esta criaturita que está a punto de reventar en mi mano. Si me juras que nunca dirás nada a nadie, te enseñaré cómo se hace.

Pueden estar seguros de que le juré de mil formas que nunca abriría la boca.

—De acuerdo, querido niño. Ahora agáchate un poco y mira lo que tengo entre las piernas.

Se reclinó entonces sobre la silla, se alzó las enaguas y puso delante de mis ojos encantados su riquísima mata de vello. Yo le abrí las piernas y ante mí aparecieron sus labios rosados y prominentes, los cuales contrastaban hermosamente con el pelo azabache que le cubría alrededor de la ingle y que se extendía además unas cinco o seis pulgadas por el interior de los muslos. Pero lo que en ese momento me asombraba más y captaba toda mi atención era el clítoris rojísimo que le sobresalía en la parte alta del coño, un clítoris tan tieso, largo y grueso como el dedo medio de un hombre. La contemplación de ese portento estuvo a punto de traicionarme; pero felizmente supe retraerme y seguir aparentando la misma ignorancia. Dije entonces:

—Usted también tiene un buen cacharrito para mear.

Se rió y dijo:

—No se parece en nada al tuyo. Acércate para que te lo pueda besar.

Me lo acarició durante un par de segundos, y luego, sin poder

resistir el impulso, se lo metió en la boca y me lo chupó.

—¡Oh, qué delicia! ¡Me muero!

—Todavía no, niño mío. Arrodíllate ahí para que te enseñe el verdadero secreto del placer.

Pero antes de que ella pudiera hacer nada me lancé hacia abajo de cabeza, gritando:

—He de hacer probar a esta preciosa criaturita el placer que usted acaba de darme.

Al instante me metí entera su deliciosa cosita en la boca, y empecé a chupársela con furia. Sus contorsiones y el vaivén de sus caderas mostraban cuánto la estaba excitando, hasta que en efecto le provoqué la crisis: me apretó entonces con fuerza la cabeza y, al tiempo que cerraba sobre ésta los muslos, derramó sobre mi barbilla y mi pecho un auténtico torrente de esperma. Un minuto después me cogió de los brazos y me subió hasta su vientre; luego, deslizando una mano en medio de los dos, me agarró y dirigió la polla, nada remisa, hacia su coño hirviente y espumoso. Puso ambas manos sobre mis nalgas y, apretándome hasta que se la hube metido del todo, comenzó a moverse y me pidió que la secundara, lo que hice de tal modo que a los pocos segundos tuve una corrida exquisita. La idea de estar dándome mi primera lección de amor y de ser la primera persona que me poseía parecía excitarla al máximo; de hecho, se corrió inmediatamente después de que yo lo hiciera y de una manera tan copiosa que me salpicó todos los muslos. Invadida por un éxtasis desbordante, me estrujaba con tal fuerza la polla que casi me lastima. Nunca he conocido a nadie con tanta capacidad de contracción. Y es que aferraba la polla como si fuera una prensa, hasta el punto que varias veces me haría llorar. Acababa de tumbarse: tenía los ojos cerrados y el pecho le palpitaba en un trance extático, mientras que su coño vibrante me la mantenía deliciosamente encarcelada entre sus pliegues y de cuando en cuando me la apretaba, de modo que al rato le había devuelto otra vez toda su fortaleza y vigor. Ella estaba al rojo vivo e inmediatamente respondió a esa nueva vida que sentía agitarse en su interior. Y dio rienda suelta a toda su exacerbada libido con más desenfreno, si cabe, que la vez anterior. Era como si mi soberbia arma estimulara su lubricidad hasta un extremo insaciable. Sus manos se aferraron convulsivamente a mis nalgas, como si quisiera

que me metiera entero dentro de su excitadísimo coño. Actuamos con tal ímpetu que la crisis, arrebatadora para los dos y casi enajenante para Miss Frankland, no tardó en llegar. Se meneaba y jadeaba de un modo totalmente histérico, mientras que yo, justo cuando se contraía igual que una prensa, sentí como si me estuviera partiendo la polla en dos. No era una simple compresión sino un largo estrujamiento convulsivo, como si su coño fuera una mandíbula aquejada de un trismo. Pasaron casi diez minutos antes de que recobrara el sentido. Me cogió entonces la cabeza con las dos manos, me besó apasionadamente y me dijo que era la criatura más adorable del mundo y que nadie la había satisfecho nunca tanto ni hecho sentir un éxtasis tan indescriptible. Sus mimos me habían vuelto a poner la polla tiesa. Miss Frankland dijo:

—Querido Charlie, tenemos que ser prudentes pues ya falta muy poco para que regresen tus hermanas.

Pero tan exquisitas eran las contracciones de su espléndido coño que yo no podía parar. Mis movimientos volvieron rápidamente las cosas a mi favor. El temperamento de Miss Frankland era demasiado ardoroso como para que tardara más de un minuto en ponerse cachonda. Volvimos pues a follar deliciosamente, aunque esta vez retozamos con más calma gracias a que nuestros deseos más apremiantes se habían visto mitigados por las tres corridas precedentes. Merced a ese mayor *abandon*, ambos nos desvanecimos con fruición y voluptuosidad, invadidos por ese éxtasis casi mortal que sigue a la corrida. Miss Frankland continuó apretándome deliciosamente un rato más mi polla encantada. Luego, enderezando el cuerpo, dijo:

—Charles, ya es hora de que lo dejemos.

Y empujándome me obligó a desalojar. Pero su querido coño parecía tan poco dispuesto como yo y me sujetaba la polla de tal modo que tuve que tirar con fuerza para sacarla, y cuando por fin lo conseguí hizo el mismo ruido que cuando se descorcha una botella. Antes de levantarme —o de que ella pudiera impedírmelo—, me agaché, pegué mis labios a su coño fragante y lamí con voracidad todo el espumoso esperma que rebosaba de él. Le costó apartar el cuerpo y al alzarme me apretó contra su pecho y me besó apasionadamente, lamiendo su propio esperma de mis labios totalmente embadurnados. Pero en seguida recobró la compostura y

me pidió que me abotonara y me sentara a su lado. Me limpió entonces la boca con su pañuelo y me arregló la corbata, el cuello y el pelo. Luego nos abrazamos con ternura y me dio las gracias por el placer inmenso que le había proporcionado. Dedicó elogios a mis partes por su tamaño descomunal y porque la habían satisfecho mucho más que otras veces. Aquella era la segunda vez que aludía a otras experiencias. Yo no me di por enterado, pues se suponía que lo ignoraba todo o era demasiado inocente para pensar que eso pudiera tener algo de malo, pero decidí de todas formas aprovechar algún momento de desenfreno para que me contara algunas de sus experiencias anteriores.

Antes de que mis hermanas entraran, me dijo:

—Procuraré hallar un modo de encontrarnos mañana sin que nadie nos vea. Y ahora siéntate y haz como si te hubiera castigado con severidad, y yo diré que has hecho todo lo posible por oponerte a mi autoridad y que por eso te he ampliado el castigo prohibiéndote salir del aula.

No le dije una sola palabra a Miss Frankland de lo fácil que sería encontrarnos con sólo abrir la puerta que comunicaba nuestras habitaciones. Temía que al decírselo sospechara que la había utilizado en otra ocasión. Con todo, decidí llamar a la puerta cuando subiera a acostarse y pedirle que me abriera, pues estaba seguro de que le gustaría saber con qué facilidad podía dar rienda suelta a todos los deseos imaginables en una naturaleza tan lasciva como la suya. A su regreso mis hermanas parecían desilusionadas porque no les había dado alcance, y es que, convencidas de que la azotaina me habría excitado como a ellas, habían estado esperándome para que jodiera una o dos veces con cada una. Más tarde me contaron que se habían visto forzadas a conformarse con una doble chupada mutua, pero que con eso no habían suplido mi ausencia.

Como todas estaban ocupadas cuando terminamos el té, yo aproveché para subir sigilosamente a la habitación de Miss Frankland y ver si la llave de la puerta que comunicaba nuestras habitaciones estaba en su sitio. La abrí, aceité las bisagras y volví a cerrarla desde su habitación. Con la perspectiva de deslizarme alguna vez hasta la habitación de mis hermanas, aceité además mi puerta y la suya, así como las bisagras y las cerraduras, pues ahora

que se había roto el hielo con Miss Frankland debía ser doblemente cuidadoso para evitar que sospechara algo de mis visitas a mis hermanas. Me felicité por mi trabajo y bajé a reunirme con ellas en el salón, donde, mientras mis hermanas tocaban el piano a cuatro manos para mamá, reté a Miss Frankland a una partida de ajedrez. Naturalmente, ella jugaba mucho mejor que yo. Ocurrió sin embargo que al chocar nuestras piernas debajo del tablero de ajedrez, su piececito encantador se quedó sobre el mío, y, como me lo apretaba de vez en cuando, se distrajo y no pudo impedir, que le ganara dos partidas seguidas. Mamá mandó a las niñas a dormir y me pidió que siguiera su ejemplo. Pero yo no quería esperar durante tanto rato la llegada de Miss Frankland a su habitación y le rogué que me dejara quedar un poco más para hacerle la revancha a Miss Frankland, cuyo pie en ese mismo instante apreté como para indicarle que me respaldara. Ella captó mi mensaje, aunque no sabía bien lo que yo me proponía. Mamá se acercó para observar la partida. Su presencia movió a Miss Frankland a jugar con más cuidado y concentración, logrando así ganar tres partidas seguidas y quedar como vencedora. Mamá me dijo entonces que ya me había pasado de la hora y que me fuera a acostar. Seguía tratándome como a un niño. En cualquier caso, había conseguido mi objetivo: reducir las horas de mi espera de Miss Frankland, quien al poco rato subió también a su habitación. Decidí darle tiempo a que terminara de asearse antes de llamar su atención. Me puse en la mirilla para observar con calma y detenimiento su cuerpo formidable y el vello que tan ricamente la cubría. Realizó todas sus abluciones. Observé que utilizaba además una lavativa para lavarse a fondo el interior de su coño glorioso. Cuando terminó de secarse y estaba a punto de ponerse el camisón, di unos golpecitos a la puerta y elevando ligeramente la voz la llamé.

—¿Charles, eres tú?

—Sí. Abra la puerta, por favor, para que pueda entrar.

Ella hasta ese momento no se había dado cuenta de que la puerta, cerrada con pestillo por su lado, comunicaba con mi habitación, y ahora que lo descubría su emoción fue mayor que su sorpresa. Yo me arrojé en seguida a sus brazos y ella me apretó contra su pecho y me llenó de besos. Yo, que tenía la polla a punto de estallar, la llevé hacia la cama, sobre la que ambos sin más nos

tumbamos, ella boca arriba y yo encima suyo. Al instante se la metí hasta el fondo de su ardiente y magnífico coño. Nos lanzamos pues a un asalto desenfrenado, sin dejar de menearnos hasta que la naturaleza ya no pudo aguantar más y nos corrimos juntos de la manera más exquisita. Yo permanecí embebecido unos minutos, y luego, tras acariciarnos mutuamente, Miss Frankland dijo:

—Levántate, querido Charlie, y metámonos en la cama.

Yes que en nuestro arrebato ni siquiera habíamos tenido tiempo de apartar la colcha. Mi encantadora compañera de cama se levantó además para terminar algo que había empezado cuando llamé a la puerta. Se sentó en el *pot de chambre* y en seguida empezó a arrojar un fuerte chorro de agua. Yo grité:

—Oh, déjeme que la vea orinar por su preciosa Fanny.

Como seguía representando el papel del ingenuo, hacía uso de palabras infantiles para referirme a los órganos de reproducción.

Y sonriendo se levantó el camisón y puso las piernas encima del orinal. Me acerqué en seguida con una luz y me extasié viendo cómo de su grandísimo coño brotaba un manantial de orina. En esa postura resaltaba más toda la belleza del espeso vello que le cubría complemente la parte baja de su fantástica raja, se extendía por las entrepiernas y, ascendiendo por en medio de las nalgas, terminaba en dos matas al lado de los deliciosos pliegues que tan lindamente marcaban su cintura. Tenía tanto pelo ahí como el que casi todas las mujeres tienen en el *mons Veneris*. Todo su cuerpo estaba cubierto de un vello sedoso y especialmente tupido en hombros, brazos y piernas, bajo el cual resaltaba una piel cremosa. Era la mujer más velluda que había visto nunca, característica que, sin duda, era el resultado o la causa de su naturaleza extraordinariamente fogosa y lujuriosa. La contemplación de todo aquello me puso la picha tiesa. Y ella, al levantarse, notó que se me abombaba la camisa.

—Quítate todo eso y déjame contemplar tus portentos juveniles.

Obedecí y le pedí que hiciera lo mismo: su cuerpo soberbio apareció ante mí en todo su esplendor. Nos rodeamos mutuamente y luego cada uno giró en círculo para que el otro pudiera admirar tan turbadores encantos.

—Ven, niño mío, para que pueda acariciarte y besarte todo tu cuerpo.

Hizo que me tumbara y ella se echó, colocándose al revés.

Después de tocarme la polla con suavidad y de dedicar elogios a sus dimensiones repitiendo que jamás había visto una igual, se la metió en la boca y comenzó a mamármela con una destreza incomparable, produciéndome un placer de lo más exquisito y arrebatador. Yo a mi vez, viendo cómo sobresalía su maravilloso clítoris de los labios rojísimos de su coño apetitoso, me lo metí entero en la boca y lo chupé repasándole una y otra vez la lengua, eso complacía sobremanera a mi salaz compañera. Sus nalgas subían y bajaban y los labios de su coño, justo ante mis ojos, ora se abrían ora se cerraban, mostrando la deliciosa esencia del placer. Sentí entonces que me ponía una mano en el culo y que me metía un dedo en el ojete. Le hice notar que aquello me encantaba. Y ella se detuvo un segundo y me pidió que le hiciera lo mismo, anticipándose así a mi mayor deseo. Sin pérdida de tiempo seguí su ejemplo. Los lados estaban bien lubricados gracias a nuestros previos retozos; con todo, le metí primero dos dedos en su jugosísimo coño para humedecerlos, deslicé luego uno en su ojete encantador y, al notar que sobraba espacio, le introduje seguidamente el otro. Con la otra mano me puse a sobar y acariciar su magnífico trasero, que subía y bajaba con furia delante de mi cara mientras mi dedo entraba y salía de su ojete al compás de sus movimientos y mi boca no paraba de chupar su durísimo clítoris.

Todo su cuerpo empezó a menearse convulsivamente, preso de la lascivia desenfrenada que nuestros abrazos le provocaban. Yo también alcancé el delirio y me movía con igual violencia, y le hubiera metido la polla hasta la garganta de no ser por su mano, que me la tenía asida por la base. Por fin nos sobrevino la crisis extática y caímos postrados entre gritos agónicos. Los dos retuvimos el querido objeto de nuestras caricias entre los labios y no apartamos los dedos de los deliciosos rincones que tanto habían contribuido a nuestros raptos desenfrenados. Nos quedamos todavía un rato echados disfrutando de esta dulce languidez. Hasta que Miss Frankland se levantó y dijo:

—Querido niño, metámonos ya en la cama.

Así lo hicimos y, desnudos como estábamos, nos abrazamos estrechamente sin parar de besarnos y acariciarnos mientras nos susurrábamos palabras cariñosas y nos decíamos mutuamente al oído lo mucho que habíamos gozado. Nuestras manos se perdían

por todos nuestros encantos. Miss Frankland sabía tocar la polla con tal destreza que inmediatamente me la ponía tiesa. Nunca nadie me la había tocado de un modo tan exquisito. Apenas rozándola, sus dedos la recorrían de arriba abajo con una delicadeza que jamás he conocido en otra mujer. El efecto era mágico e invariable, sin que importaran las veces que hubiera jodido. Dicha destreza le resultaba casi indispensable debido a su temperamento ardiente y a su lubricidad desmedida. Era una de esas mujeres libidinosas por naturaleza que pueden estar a la vez con varios hombres. En aquellos dorados años había hallado en mí a alguien siempre dispuesto y capaz de corresponder a todos sus deseos, pues, joven y saludable como era, nunca me encontró sin ganas. No sé de ningún acto lúbrico que con el tiempo no hayamos practicado. Esa vez dimos satisfacción a todos nuestros deseos más desaforados y sin poner el menor freno a nuestra imaginación. Ella estaba sorprendida de mi aptitud, y se regocijó y felicitó a sí misma por haber dado con alguien que satisfacía con tanta fogosidad y encanto su libido. Y qué gusto le daba pensar que ella era la primera que se adueñaba del néctar de mi inocencia, y qué alegría comprobar que era un alumno aprovechadísimo, pues en una sola clase me había convertido en todo un maestro en el arte. Cuanta más experiencia adquiría sobre el bello sexo, más valoraba los consejos que me impartiera mi primera, encantadora y adorada amada, Mrs. Benson. Cuánta razón había tenido al pronosticarme que todas gozarían dos, tres, cien veces más si les dejaba tener la ilusión de que eran ellas quienes me daban mi primera lección de amor. Allí estaba por ejemplo mi ardiente Miss Frankland, sobrada de experiencia en el terreno amoroso y sin embargo jactándose de haber iniciado a un chico inocente en todos los misterios del deseo. Saltaba a la vista que esa idea aumentaba inmensamente su excitación. De hecho, cuando luego nos pusimos a conversar, me confesó que ésa era la primera vez que desvirgaba a un chico y que jamás había experimentado un placer igual. Puedo imaginarme su regocijo al encontrar combinado con tal satisfacción a un muchacho magníficamente provisto, muy diestro y tan propenso como ella a abandonarse a todos los caprichos que la mente más lúbrica podría concebir. Pero vayamos al grano. No bien me hubo encandilado con sus mágicos tocamientos, me pasó una pierna por encima y,

enderazando el cuerpo, me pidió que la dejara hacer. Dirigiéndome la polla hacia los labios lascivos que tanto la ansiaban, se dejó caer suavemente sobre el erguido mástil en el que tan deliciosamente estaba empalada hasta que nuestros vellos se juntaron y todo quedó engullido. Volvió entonces a elevarse hasta que el barde del capullo apareció en la entrada del coño, y en seguida se la metió otra vez despacio. Siguió moviéndose de ese modo tan exquisito durante un rato y para deleite de ambos, y luego, echándose sobre mi vientre y pidiéndome que le pasara una mano por el culo y le metiera un dedo como había hecho antes, pegó sus labios a los míos y nuestras lenguas se entrelazaron y comenzaron a revolverse de un lado a otro de nuestras bocas. Nuestro movimiento se volvió más rápido y furioso, hasta que por fin caímos otra vez rendidos en medio de los raptos del instante triunfal. Era inconcebible una culminación más voluptuosa y arrebatadora. Cuando recobramos el sentido ella se recostó a mi lado, me abrazó estrechamente y jugueteó y charló hasta que estimó que ya habíamos descansado bastante. Deslizó pues una mano sobre mi polla, y casi de inmediato, gracias a sus deliciosos y delicados tocamientos, volvió a empinármela completamente. Estando ella de espaldas y yo de costado, me puso la pierna derecha encima y pegó su pubis al mío; colocó luego la otra pierna entre mis muslos, me condujo la polla hacia su entrada y dio un respingo hacia atrás al tiempo que yo se la metía de un solo golpe hasta el fondo.

—Así, niño mío, podremos prolongar nuestro placer cuanto queramos. Puedes hacer que me corra más veces que tú y satisfacer mi inmenso apetito sin agotar tus jóvenes fuerzas.

Después de menear una o dos veces deliciosamente las caderas y de acomodar el trasero junto a mi vientre, me dijo que le pasara el brazo izquierdo por debajo de la cintura para que pudiera cogerle la teta izquierda y tocarle el pezón, asegurándome que de esa forma se excitaba tanto como cuando jugueteaba con su clítoris. Volvió en seguida la cabeza y nuestras lenguas se entrelazaron; colocó mi mano derecha sobre su clítoris tieso y comencé a frotárselo como si fuera la verga de un chico. Yo no paraba de meterle y sacarle despacio la polla, y ella, excitada por tantos puntos lascivos de fricción, se corrió copiosamente antes de que yo pudiera darle alcance. Extasiada por la corrida, echó la cabeza hacia atrás y se

despegó de mis labios. Yo en el acto pegué la boca a su otra teta, dura y elástica, y comencé a chupársela mientras le metía la polla todo lo que podía; una vez que se la metí totalmente me quedé quieto para disfrutar de las arrebatadoras contracciones de su coño delicioso, aunque sin dejar de sobarle el clítoris, que aún estaba duro. Tras permanecer un rato regodeándose en esa postura, me lamió otra vez los labios mientras me daba una y otra vez las gracias por el placer que le había hecho sentir sin que yo a cambio me hubiera agotado. Empecé a extraerla e introducirla despacio sin dejar al tiempo de excitarla con dedos y boca. Al instante estuvo lista para seguirme, dispuesta a poner lo necesario por su parte para esta vez corrernos juntos. Sus movimientos eran tan excitantes y estimulantes que poco después alcanzamos el paroxismo derramando chorros de nuestra esencia. Nos quedamos deliciosamente abrazados y embargados por un deleite inefable. Tardamos un rato en salir de este delicioso trance y, cuando lo hicimos, retozamos y charlamos cariñosamente hasta que mi encantada polla, estimulada por las contracciones internas de esa maravillosa raja en la que seguía metida, se mostró otra vez dispuesta a lanzarse por esos parajes celestiales. Ella volvió a correrse antes que yo, sintiendo —si cabe— un éxtasis todavía mayor; luego, tras una pausa, reanudó sus lascivos movimientos en respuesta a los míos, hasta que por fin caímos exánimes y nos desvanecimos acometidos por un éxtasis desbordante. Poco a poco y sin darnos cuenta nos fue venciendo el sueño, y estrechamente abrazados como estábamos, dormimos profundamente varias horas. Gracias a la maravillosa capacidad retentiva de su coño, mi polla permaneció gustosamente enjaulada durante todo el tiempo que duró nuestro sueño. Me desperté antes que ella, descubriendo que la tenía totalmente tiesa y dentro de ese círculo encantador cuyos pliegues nerviosos no dejaban de apretármela incluso ahora que estaba dormida. Llevé una mano a su clítoris y comencé a joderla. Y ella, mientras subía y bajaba el trasero, se puso a murmurar unas palabras incoherentes; estaba evidentemente dormida, pero en esos momentos debía de estar soñando con algo de su pasado, pues de sus susurros pude entender lo siguiente:

—Henry… corazón… amor mío… otra vez… ¡oh!… qué maravilla… qué delicia… empuja… más… más… oh, alma mía…

Se abrazó a mí con todas sus fuerzas como si quisiera que nuestros cuerpos se fundieran y se corrió lanzando un grito frenético de placer y derramando un auténtico torrente de esperma hirviente que me empapó los huevos y los muslos.

—Querido, Henry mío, es demasiado —dijo y se desmayó.

Me quedé quieto y decidí no hablar hasta que recobrara el sentido. Era indudable que en sueños había evocado a algún amante y que la circunstancia —yo la estaba jodiendo—, le había hecho vivir el sueño como algo real. Sólo después de un cuarto de hora recuperó el conocimiento. Acababa de amanecer y, mirando a su alrededor con cara asustada, exclamó:

—¿Dónde estoy?

Y, reconociendo mi rostro:

—¡Oh, querido Charlie, eres tú! Soñaba que estaba lejos, y supongo que al tener tu adorable arma dentro rememoré algún hecho de mi pasado. Bueno, soñando también se siente placer, aunque no sea más que eso, un sueño.

—No ha sido un sueño, querida Miss Frankland, o en todo caso lo ha sido sólo en parte por lo que respecta a su amado Henry: y es que es así como usted me ha llamado, y pensando que era él se ha abrazado a mí deliciosamente y corrido con un rapto que me ha dado mucha envidia. Después se desmayó y me asustó mucho. Me ha encantado convertir ese simple ensueño en una realidad, y puedo asegurarle que no siento en absoluto celos de su amante, pues creo que de no haberlo tenido usted quizás no me hubiera amado a mí. ¡Oh, no, amada mía, usted jamás va a hacerme sentir celos! Me gustaría incluso verla disfrutar en los brazos de otro, siempre, claro está, que yo pueda compartir su gozo.

Después de escucharme con asombro, reconoció que se había imaginado en los brazos de alguien a quien había amado mucho, que todo le había parecido un sueño y que no había sido consciente de que la estaba jodiendo de verdad.

—Bueno, ahora me toca a mí. Mire, está a punto de reventar.

—Claro, sí, este primor. Apártala, Charlie mío, y ya verás cómo disfruto del auténtico Charlie tanto como del soñado Henry, de quien algún día te hablaré. Eres digno de él y de mí, y temo que acabaré amándote igual que a él, o sea, demasiado.

En seguida puso manos a la obra utilizando todos sus recursos

eróticos, y follamos como rara vez pueden gozar los mortales. Nos quedamos postrados y jadeando embargados por el deseo satisfecho hasta que urgidos por nuestras necesidades naturales tuvimos que levantarnos en busca de alivio. Mi amada usó luego el bidé y me dijo que me levara las partes en la palangana, ya que eso además de refrescarme me haría recobrar las fuerzas. Como ya había amanecido del todo me permitió que la hiciera girar de un lado a otro para que pudiera admirar y tocar todos los rincones de su cuerpo soberbio. Su culo era mayor y más duro que todos los que había conocido hasta entonces, y, salvo uno del que, querido lector, en su momento te hablaré, el más hermoso y perfecto de los que he visto nunca. Naturalmente, dichos tocamientos no podían dejar de excitarnos a los dos por igual. Miss Frankland se había ocupado de mí tanto como yo de ella, y la punta de su inmenso clítoris surgía ya tiesa en medio de la espesa mata de rizos que lo rodeaban. Le propuse que nos chupáramos mutuamente en el suelo y que lo hiciéramos cerca de la luz para que pudiera gozar de una panorámica completa de todas sus gloriosas partes. Celebrando mi idea, cogió un par de almohadas de la cama para que apoyara sobre ellas la cabeza, montó a horcajadas sobre mí, se metió mi polla en la boca y dejó caer su espléndido culo y su lascivo coño encima de mi cara. Yo primero adherí los labios a su coño abierto, luego le metí la barbilla y la lengua, estirándola todo lo que podía y lamiendo el riquísimo néctar que nuestros manoseos previos le habían hecho segregar: su sabor era dulce y delicioso como la nata. Todo ello la excitó muchísimo y le hizo cerrar los labios del coño con tal fuerza que casi me estruja la lengua. Jamás he conocido a una mujer que se contrajera tan maravillosamente como ella. Mi nariz notó entonces que las presiones de su coño estaban encontrando respuesta; opté pues por mudarme y le metí la lengua en el ojete, provocándole un placer manifiesto. A punto ya de alcanzar el clímax, me pidió a gritos que le cogiera el clítoris con la boca y que le metiera los dedos en los otros orificios. Lo hice inmediatamente mientras ella se ponía a mamármela y me metía un dedo en el ojete sobándome la base de la polla y las nalgas con toda la pericia que la caracterizaba; por fin, presos de un placer desenfrenado, ambos derramamos un tributo de esperma en la boca del otro y lo tragamos con voracidad. Tras ello volvimos a meternos

en la cama para abrazarnos apasionadamente antes de separarnos. Naturalmente, ese abrazo terminó despertándonos un deseo tan tempestuoso que sólo una nueva follada podía aplacar. Ella dijo:

—Querido Charlie, ahora sí que tenemos que acabar.

Le dije que la contemplación de su espléndido culo cuando estábamos echados en el suelo me había excitado tanto que nada me gustaría más que arrodillarme detrás suyo y metérsela por ahí. La verdad es que yo me refería al coño, pero ella entendió que quería hacérselo por el ojete. Dijo:

—Verdaderamente eres un chico extraño. ¿Cómo diantres se te ha ocurrido que puedes meterme semejante cosa en el ojete? Bueno, la verdad es que una vez que me han follado bien me gusta que me lo hagan por ahí. Así que inténtalo si quieres, pero ve despacio.

Y yo le contesté:

—No sabía que pudiera meterle por ahí la polla. Lo que quería era metérsela en el coño por detrás. Pero ahora que usted me lo dice, intentaré encantado hacérselo por el otro lado.

Como ven, yo seguía simulando ignorancia. Ella giró la cara y, apoyando la cabeza en la almohada, dobló las rodillas hasta el vientre dejando en una posición inmejorable su glorioso trasero. Me arrodillé, pues, detrás suyo: antes de comenzar pegué los labios al orificio deliciosos y le metí la lengua hasta donde pude, excitándola tremendamente. Luego acerqué mi polla tiesa y se la introduje dos o tres veces en el coño a fin de lubricarla bien; se la saqué y la puse delante del pequeño templo de la lujuria; en seguida, apretando suave y uniformemente, fue internándola poco a poco y casi imperceptiblemente hasta el fondo. Ella a su vez levantó el trasero y yo sentí que apretaba como si tratara de evacuar algo, método este que es el más indicado para facilitar la entrada de la polla en esa senda encantadora con menos dificultad y dolor. Ambos empezamos entonces a movernos despacio. Ella me pidió que me echara hacia adelante, le rodeara con un brazo el cuerpo y le tocara el clítoris, pero yo le rogué que se lo hiciera ella misma y que me permitiera contemplar el delicioso meneo de su trasero soberbio así como la entrada y salida de mi polla. Accedió a mi pedido y follamos deliciosamente. Aunque su ojete no se contraía ni de lejos tanto como lo hacía su coño, me tenía con todo bastante bien sujeto y se cerraba de una manera especial y sumamente excitante. Ambos nos

corrimos juntos, ella invadida por un éxtasis tan desbordante que cayó exánime sobre la cama, arrastrándome consigo y sin hacerme desalojar. Durante el rato que permanecimos echados, ella se estremeció convulsivamente varias veces presa de la tremenda excitación que le había producido la penetración por esa senda deliciosa. Al cabo me pidió que me levantara y la aliviara de mi peso. Como ahora sí teníamos que separarnos irremediablemente, me levanté. Me ayudó con mis abluciones, me puso el camisón y me llevó hasta mi cama, donde me besó apasionadamente y me dio las gracias por esa noche tan exquisita y por todos los placeres que le había hecho sentir, prometiéndome que a la noche siguiente lo volveríamos a hacer. Me dejó y cerró con llave la puerta de comunicación, aunque previamente descorrió el cerrojo de la mía por si se me pegaban las sábanas.

Finalizó así la primera noche que pasé en compañía de aquella mujer tan encantadora y maravillosamente lasciva; la primera de muchas que siguieron, en ninguna de las cuales sin embargo llegó a alcanzar unos raptos tan intensos. A partir de entonces recordaría siempre esa primera noche en la que para su dicha había podido iniciarme en todos los misterios del amor, pues jamás supo nada de mis experiencias anteriores y siempre se vanaglorió y preció de ser mi primera maestra.

Al día siguiente yo estaba algo soñoliento, cosa en la que —pueden estar seguros— Miss Frankland no reparó. Ella se retiró a su habitación cuando nosotros salimos al recreo. Mis hermanas me regañaron porque no las había ido a ver esa noche, pero yo les dije que Miss Frankland había estado moviéndose por su habitación hasta muy tarde y que, esperando para poder ir con ellas al final me había quedado como un tronco; por eso tampoco había dormido lo suficiente, pues, como habrían notado, todo el día había estado con sueño. Con todo, para satisfacerlas me las comí a las dos y las forniqué al tiempo que entre ellas volvían a chuparse, de modo que al final ellas se corrieron tres veces y yo dos. Pude así reservar mis fuerzas para los placeres que sabía me aguardaban esa noche. Me fui temprano a la cama y me dormí de inmediato, convencido de que Miss Frankland vendría a despertarme en cuanto estuviera lista para recibirme en sus brazos. Y en efecto vino y disfrutamos de otra noche de lujuria y desenfreno. Y a la segunda noche siguió la

tercera, que se diferenció de la anterior tan sólo por la lasciva proposición que me hizo Miss Frankland, a saber, la de desflorarme el ojete con su clítoris maravillosamente prominente y alargado, sin imaginarse ni en sueños que también en eso había sido precedida por nuestro querido y encantador amigo MacCallum. Como podrán suponer, yo no hice nada por sacarla de su ignorancia. Nos habíamos comido mutuamente y la había jodido dos veces por el coño y una por el ojete cuando de pronto se le ocurrió encularme con el clítoris. Naturalmente, no le puse el menor reparo; al contrario, después de chupárselo hasta que lo tuvo bastante duro, me puse a cuatro patas, la postura más idónea para que pudiera satisfacer su fantasía erótica. Ella entonces me metió primero la lengua en el ojete, se llenó acto seguido de saliva el clítoris y me untó la abertura con la deliciosa baba que rebosaba de su coño, y por fin con la mayor facilidad me metió entera su querida cosita. Yo ponía todo lo que podía de mi parte y meneaba de un lado a otro las caderas, lo que según dijo facilitaba enormemente sus movimientos de atrás hacia adelante. Me rodeó con un brazo la cintura y, tocándome la polla de esa manera tan exquisita que tanto la distinguía, me excitó hasta más no poder haciendo que mi *sphincter ani* respondiera a las vibraciones de mi polla y exaltándose al tiempo toda su lascivia por la idea de ser la primera que tomaba posesión de esa estrecha morada de la voluptuosidad. Notando por las sacudidas eléctricas de mi polla que estaba a punto de correrme, aceleró el movimiento de la mano y el clítoris, y ambos por fin nos corrimos juntos con todo el rapto que semejante unión podía producir.

Pasamos así varias noches regodeándonos en todos los actos lascivos que se puedan imaginar. Solíamos entretenernos, en nuestros momentos de reposo, viendo a quién se le ocurría una nueva postura o un nuevo modo de realizar la deliciosa unión de nuestros cuerpos. En una ocasión, recordando la excitación que me había producido su azotaina, la pregunté —haciendo como si no tuviera la menor idea del asunto— si las mujeres podían excitarse cuando les pegaban en el culo, o simplemente por una pequeña azotaina. Me contestó que en ambos casos sus nervios eróticos se veían tremendamente afectados. La experiencia le había enseñado que no había nada que excitara tanto como los azotes ni nada que

hiciera sentir mayores deseos de ser follada al instante.

—¿Entonces —dije—, cree que sus azotes excitaron a mis hermanas?

—Por supuesto, especialmente a tu hermana Eliza. No sé si notaste su impulso repentino de abrazarme y besarme cuando volvió al aula el día que la azoté. Ése fue un inequívoco deseo erótico, y te aseguro que de haberme encontrado a solas con ella no podría haber evitado responderle de un modo que le hubiera encantado y la habría iniciado en algunos de los deliciosos misterios venéreos. Más aun, creo que de no haber tenido la dicha de descubrir tus enormes y deliciosos méritos habría buscado y hallado la manera de encontrarme a solas con esa niña encantadora, pues has de saber que entre nosotras podemos abrazarnos lascivamente y obtener un placer inmenso que, aunque no puede compararse con el que proporciona esta cosa sin par —dijo, cogiéndome la polla— no deja de tener su aliciente, e incluso resulta bastante tentador hacerlo de vez en cuando.

—Me imagino entonces que usted todavía desea los encantos virginales de la querida Lizzie.

—Sí, y lo que es más, creo que tanto sus deseos como los de Mary ya se han despertado por su cuenta. A veces me ha parecido oírlas suspirando bajito y moviéndose despacio en la cama, y tengo la firme sospecha de que lo que hacen es masturbarse una a otra. Nunca me he entrometido. De todas formas, después de lo que ha pasado entre nosotros, te diré que he concebido el plan de dejarlas hacer lo que quieran para tenerlas a mi merced en el momento que se me ocurra descubrirlas. Podré entonces iniciarlas en todos esos lascivos placeres voluptuosos que las mujeres pueden procurarse entre sí. El dichoso descubrimiento de tus virtudes y la enorme facilidad que tengo para encontrarme contigo sin suscitar la menor sospecha desde que me mudé de habitación, han alejado por ahora esa idea de mi cabeza. Con todo, estoy en deuda con ella por el cambio de habitación, pues lo solicité únicamente para dejar a las niñas en plena libertad de abandonarse a sus juegos voluptuosos: así harían más cosas, aumentaría su deseo, y estarían más preparadas para recibir las enseñanzas que yo puedo darles.

—Supongo que las follaría con esta cosita dura que tiene aquí —dije.

—Claro, cariño mío. Pero me has excitado tanto haciéndome hablar de ello que ahora no tienes más remedio que joderme.

En seguida follamos deliciosamente, y cuando nos recobramos de la confusión que la maravillosa crisis produce siempre, retomamos el interesante tema de mis hermanas. Le hice notar que desde aquella vez no había vuelto a azotarlas.

—Por tu culpa. Me satisfaces tanto que ya no necesito desfogarme de esa manera.

—Dígame, querida Miss Frankland, ¿se excitó usted cuando azotó a mis hermanas?

—Tanto que llegué incluso a correrme. Pero el miedo de llevar las cosas más lejos me puso frenética. La severidad con que las castigué fue una reacción al hecho de no poder hacer nada más. Pero si una vez he tenido que actuar así para hacerlas compartir mi lascivia, ya no necesito volver a azotarlas con tanta severidad sino sólo hasta estimular sus deseos lo justo para que se vuelvan esclavas de mi ardiente lubricidad. Incluso ahora siento de cuando en cuando el deseo de hacerlo, sobre todo con la querida Eliza, pues me parece que su naturaleza es mucho más lujuriosa que la de Mary. ¿No tendrás nada en contra, verdad, querido Charlie?

—Nada en absoluto, siempre que usted después me dé la voluptuosa satisfacción de contarme todos los detalles con sus propios labios. Eso estimularía tremendamente nuestro deseo y nos serviría de aguijón para nuevos combates.

—No creo que lo necesites demasiado: tu gloriosa polla ya está tan dura como el hierro.

—Se me ha empinado con sólo la idea de verla gozando de Lizzie. Pero ahora tengo que joderla para que no reviente.

—A mí también, niño mío, me ha excitado esa idea. Métemela por atrás, pues en este momento ardo de ganas de que me lo hagas por ahí.

Hice lo que me había pedido, asaltándonos un placer tan enorme al corrernos que ella cayó sobre la cama arrastrándome consigo y durante media hora completa permanecimos embelesados y casi sin sentido. No volvimos a tocar el tema esa noche, pero yo decidí animarla a llevar a cabo su idea, así como sugerirle a Lizzie que accediera a todos sus caprichos; ahora bien, Miss Frankland no debía saber nada de lo que había habido entre Lizzie y yo, y ésta

nada de mis encuentros nocturnos con aquélla.

La noche siguiente volvimos a disfrutar de todos los placeres amorosos que se nos ocurrieron. Pasada la medianoche, cuando solíamos quedarnos profundamente dormidos en los brazos del otro y con mi cola sujeta como por una prensa, me desperté, encontrando que tenía la polla tiesa en el interior de su coño y que éste me apretaba involuntariamente entre sus deliciosos pliegues. Empecé a moverme despacio, hasta que la excitación la despertó y se unió a mí para gozar de los raptos de esa exquisita y voluptuosa fornicación matinal. Luego nos levantamos para hacer nuestras necesidades y calmar nuestros exaltados nervios con una abundante ablución. En el momento en que volvíamos a la cama observé que Miss Frankland sacaba algo envuelto en un pañuelo de su cómoda, y que lo metía debajo de su almohada con cierto aire de misterio. No dije nada. Después de purificarnos teníamos la costumbre de comernos voluptuosamente, hecho lo cual Miss Frankland, como un favor, me pedía que se la metiera *in culo*. Amaba demasiado su delicioso ojete como para negarme. Se puso pues como siempre de rodillas, con los muslos bien doblados y la cabeza inclinada para que su trasero glorioso quedara en la posición más conveniente. Después de cumplir con el preámbulo de meterla y sacarla de su riquísimo y jugoso coño, comencé a introducírsela despacio y paulatinamente como hacía siempre, hasta que llegué al fondo, cuando por lo general hacíamos una pausa de unos minutos para gozar de nuestras vibraciones y contracciones. Estando en esta pausa lasciva observé que deslizaba su mano debajo de la almohada y que sacaba el pañuelo y se lo ponía en el pubis. Noté al momento que un objeto de apreciable tamaño se iba abriendo camino por su coño y que mis dominios se apretaban y estrechaban aún más. Empecé a moverme y vi que el objeto que estaba en la otra entrada seguía mi ritmo. Yo le tenía bien asido el protuberante clítoris, que había frotado hasta ponerlo duro. Deslicé entonces mi mano hacia abajo y descubrí que se estaba metiendo lo que resultó ser un hermoso consolador no excesivamente grande.

—Perfecto, amor mío —grité—. ¿Pero por qué no lo hace abiertamente? Debe saber que mi mayor deseo es que usted disfrute al máximo de estos salaces encuentros. Siga, siga. Piense que si aumenta su placer aumenta también el mío.

—Gracias, querido Charlie. Empuja, que ahora con dos pollas dentro me siento en el séptimo cielo de la dicha.

Hubiera seguido hablando, pero sus palabras fueron cortadas por el éxtasis que le produjo la doble fornicación y se corrió copiosamente antes que yo, notando lo cual me contuve hasta que al fin, desbordada por la excitación, volvió a recompensarme con un nuevo orgasmo justo en el instante en que yo me corría. Para entonces estábamos a plena luz del día y ya era demasiado tarde para hablar de la nueva compañera de nuestros combates amorosos, de la que nos ocuparíamos en nuestro próximo encuentro.

Éste no se produjo tan pronto como habíamos esperado, pues ese mismo día a Miss Frankland le vino la regla. Por suerte para mí, Miss Frankland tenía el período durante la luna nueva en tanto que Mary lo tenía durante la llena, de modo tal que ahora podía dedicar una o dos noches a mis queridas hermanas, quienes consideraban que últimamente no les había hecho demasiado caso. Les dije que no me había encontrado bien y que empezaba a pensar que tanta fornicación podía resultarme excesiva; debían además recordar que yo estaba solo para satisfacer a las dos y considerar que si seguía abusando podría quedarme sin fuerzas.

—Eso nunca, querido Charlie. Es cierto que te desgastas mucho más, pues nosotras no arrojamos un torrente como el tuyo cuando nos corremos. Tú tendrás que cuidarte un poco y nosotras seremos menos exigentes de ahora en adelante: Lizzie y yo procuraremos calmarnos comiéndonos mutuamente antes de recibirte.

Conseguí así una tregua parcial en esos días que me permitió reservarme para los poderes mucho más excitantes de la deliciosa y salaz Miss Frankland.

Yo no me movía de mi cama —para deslizarme hasta la habitación de mis hermanas— hasta que no la oía respirar profundamente, lo que significaba que se había dormido. El deseo de martirizarme, como ella decía, podía asaltarla de improviso, y si no me encontraba lo descubriría todo. De cualquier forma, ella debía de haber decidido por su propio bien dejarme descansar para que mi organismo se recuperara después del intenso drenaje que había hecho de mis fuerzas amatorias durante los últimos quince días. No intentó excitarme de ningún modo hasta pasar un día entero desde que terminó la menstruación. Me dijo que era mucho

mejor cortar por lo sano, pues de lo contrario, si seguíamos excitándonos, el flujo menstrual podía durarle una semana o más.

—Y no se trata, querido Charlie, de falta de ganas, pues especialmente al comienzo una siente un deseo tremendo de tener dentro la polla más grande que pueda hallarse sobre la tierra; parece como si la irritación natural de las partes aumentara debido al modo en que el sistema sensual se ve afectado durante ese período. La experiencia me ha enseñado que es preferible aguantarse que mantener vivo el deseo, pues así sólo se consigue que el flujo menstrual dure el doble de tiempo. Existía además el riesgo de que se viera afectada tu salud. En ese período la penetración produce a veces una inflamación en la uretra que puede perjudicar seriamente al hombre, tanto que de hacerlo me podría haber visto privada de tus deliciosos abrazos durante varias semanas. Como ves, mi querido niño, lo más prudente es evitar cualquier tipo de excitación amorosa durante ese período por muchas ganas que se tengan de un desahogo. Hay mujeres que olvidan todo esto y, por gozar de unos momentos de placer, corren riesgos absolutamente innecesarios tanto para ellas como para, sobre todo, sus amantes. Yo misma, cariño, he sido alguna vez imprudente; por ello, y sabiendo lo que puede pasar, hubiera sido muy cruel e insensato por mi parte dejarte correr ese riesgo.

Mientras me daba tan sabios consejos no podía dejar de recordar a mi amada Mrs. Benson, cuyas advertencias me habían sido siempre tan útiles; y podía ahora, gracias a mi nueva amada, profundizar en mi conocimiento acerca del sexo. Ciertamente, había tenido una suerte inmensa al encontrarme a tan temprana edad con dos mujeres tan admirables y no sólo tremendamente apasionadas y lascivas, sino además capaces de abrirme al conocimiento de su sexo y el mundo al tiempo que me permitían desfogar todos mis deseos lascivos —y ellas dar rienda suelta a los suyos—. Eran virtuosas como nadie en su arte y no había misterio, técnica o recurso amoroso que les fuera desconocido. Pero también sabían inculcarte las mejores pautas de comportamiento para el futuro. A las enseñanzas de estas dos mujeres encantadoras e inestimables debo todos los éxitos amorosos que he tenido en mi vida.

La noche siguiente, una vez que hicimos los suficientes sacrificios a Venus para poder departir sobre las distintas maneras

de acicatear y exaltar los deseos, retomé el tema de los azotes; y es que he de confesarte, querido lector, que se había apoderado de mí un deseo irrefrenable de azotar el soberbio culo de mi amada. En repetidas ocasiones lo había visto estremecerse por efecto de los vigorosos ataques de mi picha tiesa mientras la fustigaba por alguna de las deliciosas entradas del templo de la lujuria. Y aunque varias veces le había dado buenas palmadas en su glorioso trasero, deseaba con toda mi alma pegarle con fuerza con una vara, ponérselo rojo hasta que pareciera carne cruda y luego meterle impetuosamente la polla en uno de sus deliciosos orificios, o en los dos. Creía que la mejor manera de alcanzar tal deseo era la de evocar la descripción que había hecho sobre una azotaina menos severa pero capaz de excitar mediante el dolor; y como además había reconocido que la excitaba tanto azotar como que la azotaran, le propuse que se cebara con mi culo para probar su eficacia. Mi idea la hizo saltar de alegría, pero como no había ninguna vara en la habitación, tuvimos que posponer la ceremonia hasta la noche siguiente. Llegada la hora me dijo que lo mejor era que primero diera rienda suelta a todos mis deseos, pues así, en cuanto mis fuerzas comenzaran a flaquear, la vara demostraría toda su eficacia. Con su incomparable destreza me secundó pues en todos los actos venéreos imaginables, y ambos rendimos seis tributos a nuestra bienaventurada Madre Venus sin apenas interrupción, pues los dos queríamos agotarnos antes de poner a prueba el método de la vara. Tras permanecer un rato quietos, Miss Frankland empezó a excitarme, aunque de la manera usual. Mi polla había quedado demasiado saciada con nuestros devaneos previos como para responder de inmediato a su invitación.

—Ajá —dijo ella, con tono cariñoso—. Veo que necesitamos la vara. Prepárese pues, caballero, y procure no oponer resistencia si no quiere que las cosas se pongan peor para su trasero.

Siguiendo su juego, comencé a implorar piedad, a prometer que me portaría mejor de ahí en adelante, y cosas por el estilo. Pero ella se mostró inflexible y me ordenó que me echara sobre sus rodillas. Luego, tras rodearme con un brazo la cintura, me asestó un par de varazos, tan dolorosos que me hicieron dar un respingo.

—Se está usted resistiendo, caballero. Le advierto que si sigue así el castigo será más severo.

—Perdóneme, amada mía, le prometo que no volveré a portarme mal.

—Ya veremos.

Siguieron tres varazos, violentos pero no demasiado severos. Esta vez no me arredré.

—Ajá, ya comienzas a parecer un buen chico. A partir de ahora ya no habrá más problemas.

Empezó entonces a disminuir poco a poco la intensidad de los azotes, hasta acabar en un suave cosquilleo que al instante mostró sus efectos en el endurecimiento de mi picha: ésta arremetía ahora con furia contra los muslos desnudos de mi adorable castigadora, quien, me rodeó con una mano el cuerpo y me la sujetó con fuerza, encantada de comprobar la enorme efectividad de su método. Fingiendo que estaba agotadísima, se dejó caer sobre la cama y dijo que ya no podía hacer más. Yo me abalancé sobre ella y sostuvimos dos *coups* más sin desalojar y abandonándonos al mayor desenfreno. Ahora me tocaba a mí: como me dejó salir de su coño delicioso sin chistar, fingí ver en ello un motivo de insatisfacción.

—¡Niña malcriada! —grité—. ¡Cómo te atreves a tratar así a tu amo y a arrojarlo de su habitación! Venga, dame la vara, tengo que castigarte en el culo por tu mala conducta. Venga, arrodíllate sobre esta butaca y apoya el cuerpo sobre mis muslos. Y cuidadito con resistirte si no quieres acabar mal.

—¡Oh, señor, perdóneme por esta vez!, —dijo arrodillándose a mi lado y fingiendo que lloraba.

La hice agacharse y ante mi excitada mirada quedó expuesta en todo su esplendor su voluminoso y rotundo trasero. La cogí por la cintura y me regodeé contemplando todos esos encantos contundentes y lascivos (que no sólo tenía ante mi vista, sino en mi poder) antes de empuñar la espléndida vara. Le asesté en seguida un par de buenos varazos, y aunque sus nalgas se estremecieron no abrió la boca. Recrudeciéndose sin embargo los azotes a la par que aumentaba la exaltación de mi libido, me pidió al poco rato que procurara ser un poco más delicado. Pero yo, sin hacerle caso, seguí pegándole con más fuerza, hasta que empezó a retorcerse por la severidad del castigo que le estaba infligiendo. Trataba ferozmente de desasirse de mí, pero yo la tenía perfectamente controlada y no la dejé hasta que noté que se olvidaba del dolor y se dejaba invadir

por un rapto de lujuria y frenesí. Excitada a más no poder, gritó:

—Cesa, querido Charlie, y jódeme por delante. Me muero de ganas.

Dejé la vara, saltamos a la cama y en el acto la alcé de las caderas para que se pusiera de rodillas. Ella misma me cogió la polla y la dirigió hacia los labios de su coño, donde al instante se la metió hasta el fondo. Sus movimientos se volvieron lascivos hasta lo indecible y de lo más vigorosos, tanto que casi en seguida derramamos juntos un torrente de esperma. Pero estábamos demasiado excitados para dejarlo, y así prácticamente sin detenernos nos lanzamos a un segundo asalto aún más voluptuoso. Ella, sin embargo, todavía no se sentía satisfecha: hizo que me tumbara, se sentó encima de mí dándome su culo y empezamos a mamarnos mutuamente. Yo conseguí que se corriera nuevamente y ella volvió a ponerme la picha tiesa.

—Y ahora, querido Charlie, tenemos que acabar por atrás.

Entonces se puso otra vez a cuatro patas y condujo mi complaciente polla hacia la estrecha morada de la felicidad. Y yo, una vez que la hube empapado en su coño fragante y espumoso, se la metí directamente en el ojete. Estando así, le cogí con fuerza el clítoris, ella se introdujo el consolador, y en seguida nos lanzamos a un último asalto de lo más lascivo y lujurioso, a cuyo final llegamos poseídos por unos raptos tan enajenantes que nos desplomamos casi sin sentido sobre la cama. Exhaustos como estábamos por el desenfreno al que nos habíamos abandonado, no pudimos movernos ni recobrar el sentido. Nos quedamos profundamente dormidos hasta tan avanzada la mañana que ni bien nos despertamos tuve que volver corriendo a mi habitación desistiendo de más devaneos amorosos. Concluyeron así mis primeras experiencias como azotador. La sensación había sido tan nueva, y la tentación de tomar venganza tan acuciante que había sobrepasado todos los límites razonables ensañándome de esa manera con el glorioso culo de mi amada Miss Frankland. Sin embargo, justo es que diga que ella supo comprender y disculpar las emociones bajo cuyo impulso había actuado, y que sólo me rogó que si se volvía a presentar una ocasión de ese tipo procurara ser más comedido. De hecho, varias veces hemos vuelto a azotarnos el culo, pero con mucha menos severidad, sólo la suficiente para excitar al azotado sin causarle

daño.

Miss Frankland, Mary y Eliza

La estratagema da sus frutos - Más frutos - Resultados finales - Todo está bien cuando acaba bien - Cómo funciona la casa - Más escenas familiares - Soy padrino - Una herencia inesperada - Mejoras sociales - Lágrimas de despedida

Los azotes pasaron a partir de entonces a ser un tema frecuente en nuestras conversaciones, en las que acabé recordándole lo que había dicho sobre la disposición amorosa de Lizzie. Ella insistió en su convicción, sugiriendo que podía valer la pena intentar algo, ya por el bien de Lizzie ya para satisfacer su propia lujuria.

—¿Supongo que no le resultará difícil encontrar un pretexto para conseguirla?

—La verdad es que no. La idea me excita, así que voy a ponerla en práctica.

No recuerdo qué pretexto empleó, pero el caso es que Lizzie tuvo que quedarse en el aula al día siguiente al dar las cuatro, mientras que Mary y yo nos fuimos a la casa de campo. Sabía que Lizzie no iba a interrumpirnos y que por tanto no necesitaba reservar fuerza para satisfacerla. Dejé pues que Mary sacara el máximo provecho de nuestra situación, y follamos cuatro veces en las posturas más exquisitas y refinadas mediante las que uno puede penetrar en el legítimo templo del amor. Y es que hasta ahora no había conseguido entrarle por el otro orificio, demasiado estrecho para mi arma formidable. Resulta extraño que Lizzie pudiera darme cobijo tan fácilmente en su ojete delicioso, mientras que Mary, mayor y más desarrollada, no lograba hacerme sitio en esa angosta senda del deleite. Cuando llegó la noche me moría de ganas de saber cómo le había ido a mi amada con Lizzie. Me dijo que al comienzo Lizzie se había mostrado algo nerviosa, pero que ella,

hablándole cariñosamente, le dijo que se había ganado su afecto al comportarse de esa manera tan encantadora el día que la había azotado; y que tenía, en fin, que mantener la disciplina, pero que no pensaba ser tan severa como la primera vez.

—Acércate pues, niña querida, y quítate el vestido. Yo haré lo mismo para que la ropa no nos moleste y evitar que se arrugue.

Viendo que Lizzie seguía temblando un poco después de quitarse el vestido, la cogió en sus brazos, y besándola con cariño le pidió que no tuviera miedo: no iba a castigarla mucho.

—Quítatelo todo, querida, y déjame ver si te ha quedado alguna marca de la primer azotaina.

Lizzie tenía un culo muy prominente y prometedor. Miss Frankland se lo palpó por todas partes y elogió en voz alta su forma y dureza, declarando que resultaba delicioso contemplarlo y que se le estaba volviendo muy femenino.

—Date la vuelta y déjame ver si eres tan femenina por delante. ¡Caramba, un monte muy bien hecho y cubierto de preciosos lícitos!

El manoseo de la mano por sus partes excitó a Lizzie, cuya cara enrojeció y sus ojos se encendieron de deseo. Y aunque Miss Frankland también se estremeció, la puso en seguida sobre su regazo y empezó a azotarla con severidad, lo justo para que la sangre se concentrara en ese punto. Ello, naturalmente, actuó con doble intensidad sobre las partes ya excitadas, y Lizzie comenzó a menear el trasero de la manera más lasciva y bajo la mirada encandilada de Miss Frankland, quien, advirtiendo que la balanza se inclinaba a su favor, aumentó la fuerza de los azotes, lo necesario para exaltar aún más la libido de su paciente, hasta que por fin, extasiada a más no poder, Lizzie gritó:

—Oh, querida Miss Frankland, me muero de gusto. Abráceme y acarícieme, se lo ruego.

Miss Frankland la levantó y la atrajo hacia su pecho y labios, y, mientras le chupaba la lengua, deslizó una mano hacia abajo, descubriendo que la raja de Lizzie estaba empapada de flujo y que tenía el pequeño clítoris tieso por efecto del deseo que la estaba consumiendo. La siguió sobando hasta que volvió a correrse, con sus lenguas todavía entrelazadas. En eso, y mientras Lizzie se corría, Miss Frankland le introdujo un dedo en el coño, donde no encontró, como es lógico, la menor resistencia; pero como Lizzie poseía el don

de la contracción, la abertura con la que topó podía como mucho hacerle pensar que se había metido los dedos.

—Ah, pillina, ya has jugado antes con esto. Dime la verdad.

—Se lo contaré todo con tal que vuelva a jugar conmigo. Desde que nos azotó a Mary y a mí las dos comenzamos a sentir como un fuego allí abajo, y luego descubrimos que era riquísimo tocarnos y meternos los dedos, aunque las primeras veces nos dolía mucho. Pero usted lo hace mejor que Mary. ¡Oh, por favor, hágamelo otra vez, querida Miss Frankland!

—Puedo hacértelo todavía muchísimo mejor, querida, con lo que tengo aquí abajo. ¡Mira!

Y, alzándose la enagua y la camisa, dejó al aire, para el más completo asombro de Lizzie, su extraordinaria mata de vello y su rojísimo clítoris, que despuntaba encandilado de su negra mata de rizos.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Lizzie—. Para mí que usted tiene ahí un cacharrito, algo que deseo desde hace mucho. Tengo que besárselo.

Y, agachándose, se lo metió en la boca y se lo chupó.

—Espera, querida Lizzie, que hemos de disfrutarlo las dos.

Cogió entonces el cojín que había en la silla, se echó, sus espaldas en el suelo, y le dijo a Lizzie que montara encima suyo mirando hacia el otro lado para que cada una pudiera pegar la boca a la raja de la otra.

Lizzie me contó después que había procurado aparentar que no sabía nada, de modo que Miss Frankland creyera que la estaba iniciando en todas las ceremonias del sexo oral.

Miss Frankland pegó sus labios a la encantadora raja de Lizzie, y ésta a su vez se metió en la boca el extraordinario clítoris de aquélla. Tras unos pocos tocamientos apasionados, Miss Frankland metió un dedo en el ojete de Lizzie, y luego se detuvo un instante para decirle que siguiera su ejemplo en esa maniobra, y que además le metiera la otra mano en la raja al tiempo que le chupaba el clítoris. Después, colocadas ambas en la postura indicada, empezaron a comerse, hasta que embargadas por la profunda corrida que les sobrevino tras un éxtasis arrebatador, ya no pudieron moverse. Terminado el primer asalto Lizzie manifestó curiosidad por ver el órgano y los miembros tan maravillosamente

velludos de Miss Frankland, quien la complació encantada. Pero no se limitó a dejarse examinar por Lizzie, sino que le correspondió: se quitó toda la ropa, descubrió las maravillas en ciernes de las tetas de Lizzie y comenzó a chuparle los pezones. Sus caricias y tocamientos volvieron a encender rápidamente a esas dos mujeres ardorosas y lascivas. Se chuparan mutuamente otra vez y, en cuanto ambas estuvieron excitadísimas, Miss Frankland le propuso meterle el clítoris en la raja. Le dijo pues a Lizzie que se pusiera de rodillas, ella hizo lo propio detrás de Lizzie y en seguida se lo metió sin dificultad entre los ardientes y jugosos pliegues del hermoso coño de mi hermana. Deslizó luego una mano debajo del pubis de Lizzie y empezó a frotarle el clítoris hasta que la naturaleza derramó una vez más su delicioso tributo y ambas se desplomaron presas de esa voluptuosa languidez que sigue a la corrida. Se abandonaron todavía una tercera vez a sus salaces y lascivos raptos, y luego se vistieron para esperar nuestra llegada. Miss Frankland le rogó a Lizzie que guardara silencio y no contara a nadie, ni siquiera a Mary, lo que había pasado. Pero Lizzie apremió a Miss Frankland para que dejara participar a Mary en estos misterios que acababa de enseñarle, asegurándole que su hermana tenía un cuerpo mucho más bonito que el suyo y que todo aquello iba a encantarle tanto como a ella.

—Bueno, cariño, pensaré en lo que me dices y buscaré la oportunidad de azotarla como he hecho contigo.

—¡Oh, va a ser fantástico! —gritó Lizzie—. Ya verá cómo a ella le gusta tanto como a mí. Sí, querida Miss Frankland, es tan delicioso que quiero que me azote todos los días. La he amado desde el primer día que la vi, pero ahora la adoro.

Y se abrazaron con pasión, pero nuestra llegada interrumpió momentáneamente su conversación.

Todos estos detalles de su relato alternaron con dos o tres jodidas absolutamente deliciosas y voluptuosas, sin que en ningún momento le sacara mi excitada polla de su no menos ardoroso y palpitante coño, como no podía ser de otro modo dado lo excitante de su relato. Al poco de acabar se la saqué para que pudiéramos chuparnos mutuamente y me dejara lamer todo el delicioso flujo que rebosaba de su coño jugoso. Luego reanudamos nuestros combates, sacrificando a nuestra bendita madre Venus por ambos

orificios. Tras ello nos dormimos como sólo lo puede hacer gente bienaventurada como nosotros, y, antes de separarnos por la mañana, cual gigantes fortalecidos por el sueño, volvimos una vez más a depositar nuestras ofrendas en todos los altares del amor.

Dos días más tarde Mary fue iniciada por Miss Frankland en circunstancias parecidas a las que se habían dado con Lizzie y mientras ésta y yo estábamos en la casa de campo. Excitados por la cándida descripción de la escena que había vivido con Miss Frankland, pusimos en práctica todo lo que podía dar de sí nuestra imaginación durante la hora de recreo, que yo —dicho sea de paso — aproveché para prolongar en más de un cuarto de hora, obteniendo por ello esa noche el reconocimiento de Miss Frankland. Su sesión con Mary había llegado a ser mucho más lúbrica, debido a que ésta se había brindado en seguida a todo y a que le había dicho que ya sabía por Lizzie lo que podía esperar. Mary, por otra parte, además de un cuerpo más desarrollado, tenía algo que excitaba tremendamente e inspiraba un inmenso cariño a Miss Frankland. Después de correrse repetidamente y de que la hube comido y follado por los dos sitios tres veces, me exigió que le diera con la vara para que su libido se exaltara al máximo. Yo mismo, a decir verdad, le pedí después que me diera también con la vara. Descargamos así toda nuestra voluptuosidad recíprocamente y pasamos una noche agotadora poniendo en práctica toda clase de refinamientos y excesos venéreos, y en la que los consoladores de Miss Frankland —pues tenía dos, y de distinto tamaño— jugaron un papel no menor sobre nuestros respectivos cuerpos.

Ahora que el hielo estaba roto no me costó trabajo convencer a Miss Frankland para que hiciera dormir en su cama unas veces a Lizzie y otras a Mary, alegando que el descanso nocturno podía venirme bien para restablecer fuerzas y acudir a ella con más bríos por la mañana, en cuanto su compañera de cama se hubiera marchado. Podría así iniciarlas en el uso de la vara y el consolador. Naturalmente, no le dije que mi propósito principal era el de dar pie a una orgía general. Lo que en efecto ocurrió pero no tal como yo había previsto. Mas la forma no importaba siempre que se alcance el propósito deseado. Tuve además la maravillosa oportunidad de ver por mi mirilla varias de sus deliciosas escenas lascivas: cuando ya no podía más de la excitación, salía de mi escondite, me iba en

busca de mi hermana desocupada y desahogaba con ella todo mi libido.

Pasaron así cerca de quince días, en el curso de los cuales mis hermanas se turnaron para dormir con Miss Frankland. Al parecer, Lizzie había expresado varias veces su deseo de ver una verga de verdad, y le había arrancado a Miss Frankland la confesión de que había disfrutado de la mía. La muy picara apremió a Miss Frankland para que la dejara ver cómo la follaba, diciéndole que podía esconderse fácilmente detrás de las cortinas y que yo nunca me enteraría. Miss Frankland, con sus deseos exaltados al máximo, consintió, y situando a Lizzie en un lugar donde podía ver sin ser vista, abrió mi puerta, descubriendo sin embargo que mi cama estaba vacía. Al comienzo sospechó que me había ido al cuarto de las criadas, pero en seguida decidió comprobar si no estaba con Mary. Subió pues sigilosamente y nos encontró realizando una doble chupada, que, como estábamos a plena luz del día, pudo ver sin la menor distracción. Tuvo la gentileza de dejarnos acabar; luego, zarandeándome, dijo:

—¡Oh, Charles, esto es espantoso! ¿No podías conformarte conmigo? ¿Te he rechazado alguna vez? ¿Sabes que si esto se descubre sería la ruina de todos? Aún eres demasiado joven para entender las funestas consecuencias de que nos descubran.

Estalló entonces en un mar de lágrimas; no lloraba, evidentemente, por celos, sino porque le espantaban las repercusiones que aquello podía tener. Me arrojé a sus brazos, y como ella misma había descubierto nuestro trato íntimo, pude hablarle sin apuro del tema. Mientras la acariciaba y mimaba, le dije que no había riesgo de que nos descubriesen, y ahora menos que nunca pues todos tendríamos el mismo interés en ocultar nuestro secreto. Ella encubriría mi relación con mis hermanas y éstas mi relación con ella. De improviso dijo:

—¿Desde cuándo dura todo esto? Dime la verdad.

Yo estaba preparado desde hacía mucho para esa pregunta, así que le respondí de inmediato que después de su descripción de las escenas libidinosas que habían tenido lugar entre ella y mis hermanas, así como del exquisito recuento de sus encantos virginales, sentí tales deseos que tuve que ir en busca de Mary mientras ella estaba ocupada con Lizzie, y de Lizzie cuando estaba

con Mary. Ellas se habían sentido demasiado encantadas para rechazarme, y desde entonces nos habíamos gozado mutuamente una docena de veces. Previamente había advertido a mis hermanas que me apoyaran en todo lo que se me ocurriera contarle a Miss Frankland. Lizzie había subido en cuanto vio a Miss Frankland salir de mi habitación, y ahora ambas confirmaban mi historia. Los tres rodeamos a nuestra institutriz y comenzamos a acariciarla por todas partes. La picha se me había empinado completamente, y levantándome la camisa de dormir, dije:

—Dejemos que mi criatura ponga paz entre nosotros y que se granjee el cariño de todos. Sé, amada mía, que mis hermanas están deseando verla actuar en su cuerpo glorioso y dentro de su delicioso y velludo coño; permítame pues que ofrezca un sacrificio en sus encantos jugosos. Lizzie acaba de decir que usted me buscaba precisamente para eso. Mire: su querido clítoris está despuntado. Deje que Mary se eche debajo de usted para que le chupe el clítoris y pueda contemplar al mismo tiempo cómo mi polla entra y retoza en su exquisito coño. Usted mientras tanto puede comérsela y Lizzie contemplar desde atrás el glorioso panorama y meterme un dedo en el ojete.

—Bueno, queridos niños, la suerte está echada. Agua pasada no mueve molino, así que procuremos sacar el mayor provecho. Nunca podría resistirme a la imponente apariencia de este objeto amado e inmenso, hecho para dar a las pobres mujeres todo cuanto pueden anhelar.

Así, tras ponernos en la postura que yo había sugerido, nos lanzamos a un asalto en el que disfrutamos de toda la lujuria y salacidad imaginables. Lizzie, que se había apoderado de uno de los consoladores, lo manipulaba mientras seguía todos los voluptuosos movimientos de nuestros cuerpos, hasta que los cuatros nos corrimos juntos con un rapto frenético. Ya no teníamos tiempo para hacer nada más, porque se había hecho tarde y la servidumbre estaba por comenzar sus tareas. Miss Frankland fue conmigo hasta mi habitación, pues su puerta estaba cerrada, y besándome cariñosamente me dijo que era un mal chico; de todas formas, añadió, se temía que tarde o temprano iba a pasar esto, y era mejor que se hubiese producido pronto.

De este modo habíamos realizado nuestra primera orgía en

grupo, que sería la precursora, de una larga serie de otras mucho más desenfrenadas y lujuriosas, sobre las que hablaré pormenorizadamente al hilo de los acontecimientos.

Miss Frankland no nos permitió repetir la orgía a la noche siguiente. Estaba ya al tanto de nuestros encuentros en la casa de campo, aunque pensaba que los habíamos iniciado hacía muy poco. Evidentemente se había dejado engañar por la espontaneidad de mi versión y, sobre todo, por su convencimiento de que, tras lo ocurrido en nuestra primera fornicación, el placer de quitarme la virginidad había sido suyo y de nadie más. Está completamente satisfecha en ese aspecto. Ahora, sin embargo, suponía que me encantaría repetir lo que acabábamos de comenzar. Ese día salió con nosotros al jardín a la hora del recreo para evitar que se produjera cualquier contacto erótico. Después de corretear un rato nos sentamos todos en círculo, y Miss Frankland pasó a exponernos la conducta que debíamos seguir en el futuro. Dijo:

—Por muy placentero que pueda ser para vosotros y para mí vernos todas las noches, hacerlo significaría en primer lugar crear un hábito peligroso en la medida en que nos olvidaríamos de los riesgos del descubrimiento; en segundo lugar, y sobre todo, porque supondría la destrucción de nuestro amado y querido Charlie, quien no podría aguantar por mucho tiempo todos los excesos lúbricos que le demandarían sus tres amantes.

Advirtiendo que estaba a punto de interrumpirla para decir que por mí no había ningún inconveniente, no me dejó hablar y dijo que todavía era demasiado joven para comprender los efectos nocivos de semejante desenfreno, y que debíamos confiar en su experiencia y dejarnos guiar por ella si queríamos que todo se desarrollara del mejor modo posible. Como mucho iba a permitir que nos viéramos tres veces a la semana. Durante las noches restantes ella misma se encargaría de evitar que se incurriera en excesos. Tales fueron los sabios consejos que nos impartió esta mujer admirable, y tales las pautas de comportamiento que seguimos a partir de entonces. Yo me rebelé y protesté contra lo que consideré en ese momento una restricción exagerada, pero a la larga llegué al convencimiento de que después de esas interrupciones forzosas el placer resultaba más intenso. Naturalmente, dormía con Miss Frankland durante las que podría denominar nuestras noches libres, aunque ella pronto

estableció como norma que no me corriera más de dos veces cada noche, permitiéndome a cambio que la excitara y la hiciera correrse cuantas veces quisiera. Al principio me costó trabajo adecuarme, pero después logré acomodarme, perfectamente a las reglas que había dictado, o mejor dicho impuesto. Y no tardaría en reconocer lo acertado de su método, pues en varias ocasiones tuve necesidad de recurrir al estímulo de la vara para poder concluir satisfactoriamente nuestras orgías.

Dos noches después del descubrimiento de mi relación con mis hermanas, nos encontramos todos juntos por vez primera en la habitación de Miss Frankland. Como siempre, nos habían mandado temprano a dormir, y Miss Frankland nos había recomendado secretamente que subiéramos a acostarnos sin rechistar y lo antes posible; ella misma se encargaría de ir a buscar a las niñas en cuanto todos los de la casa se hubieran retirado. Su plan parecía perfecto; de hecho, era el que yo siempre había puesto en práctica porque me permitía sacar el máximo provecho de nuestro rato de gozo. El invierno había acabado y el verano estaba a las puertas. Era una noche de luna cálida y deliciosa. En cuanto estuvimos todos reunidos nos pusimos como primera tarea quedarnos en cueros. Luego, tras abrazarnos con delectación, a cada uno le tocó posar para que los demás contemplaran todos sus encantos. Las manos se perdían por todos nuestros rincones, concentrándose primordialmente en las formas imponentes y maravillosas de la fascinante Miss Frankland, cuyo profuso vello azabache resultaba de lo más excitante. Pronto se hizo necesario calmar la primera efervescencia de nuestros deseos, lo que siempre hacíamos con una chupada general. Miss Frankland, que había cobrado una afición extraordinaria por Mary, se emparejó con ésta, mientras yo lo hice con Lizzie. Miss Frankland, que se había provisto de toda una gama de consoladores, cuyo tamaño variaba en función de su uso, nos entregó uno a cada cual. A Mary, dado que su ojete sólo podía albergar uno de tamaño mediano, le dio el más pequeño, y los demás los repartió indiscriminadamente. Armados de esa guisa, empezamos a mamarnos en las posturas más voluptuosas, procurando prolongar el placer al máximo para que nuestro deseo no decayera en toda la noche. En el instante en que nos sobrevino el éxtasis nuestras bocas tuvieron que hacer un alto para expresar la

exaltación que nos poseía. Estuvimos jadeando un rato antes de poder levantarnos para reanudar nuestras caricias. Habiendo satisfecho ya el gusanillo de nuestro apetito libidinoso, nos preparamos entonces con más calma para nuevas y más voluptuosas combinaciones. Las mantas de la cama se habían caído del todo, de manera que ésta parecía un campo de batalla pensado para librar una justa amorosa. Nos reunimos en consejo para acordar los pasos a dar, y al final decidimos hacer lo siguiente: Mary se tumbaría de espaldas, Lizzie se pondría a horcajadas sobre ella, Miss Frankland haría con Lizzie lo que más se la antojaba, es decir, joderla por el ojete con su clítoris extraordinario, yo follaría a Miss Frankland por adelante y le metería dos dedos en su ojete angosto, Lizzie haría lo mismo con el ojete de Mary mientras se la comía, y Mary, en fin, me metería en el ojete el consolador más pequeño y manipularía otro mayor en el coño de Lizzie. Acordamos igualmente sostener dos asaltos en esta postura voluptuosa y cambiar sólo la posición de mi polla, esto es, sacarla del coño de Miss Frankland, donde en su lugar se pondría un consolador, y metérsela en el ojete. Ninguno debía apresurarse por llegar al final, sino procurar sacar el máximo provecho de esa combinación tan exquisita. Disfrutamos pues de una fornicación de lo más salaz y voluptuosa, y tan bien sincronizada que todos terminamos corriéndonos juntos en un éxtasis desenfrenado. No obstante el placer enajenante de la corrida, conseguimos, tal y como habíamos acordado, mantenernos en nuestras posiciones, mientras nuestras partes no dejaban de estremecerse en los deliciosos dominios que ocupaban. Estando así, nuestros deseos, que apenas habíamos intentado calmar, no tardaron en reavivarse. Cuando estuvimos lo bastante encandilados procedimos a efectuar el pequeño cambio acordado; yo, en efecto, la endilgué hasta el fondo del glorioso y velludo ojete de la divina Frankland, quien no pudo contener un gritito de placer al sentir mi polla descomunal abriéndose paso por sus ardientes entrañas. Tuvimos que parar unos minutos para que se apaciguara, o de lo contrario se hubiera corrido con sólo dos o tres arremetidas de mi poderosa arma. Pasamos a movernos más despacio, y después de disfrutar al máximo y de la manera más salaz y voluptuosa, a todos nos sobrevino al mismo tiempo el éxtasis, un éxtasis tan enajenante que entre gritos de un placer casi agónico derramamos

simultáneamente auténticos torrentes de esperma hirviente y nos desplomamos casi sin sentido en medio de un enjambre de miembros desnudos. Tardamos un buen rato en recobrar el sentido. Por fin, cuando conseguimos desenmarañarnos, nos levantamos y nos lavamos las partes con agua fría, no sólo para purificarnos sino además para que nos estimulara a poner en práctica cualquier acto desenfrenado que se nos pudiera ocurrir, aunque siempre dejábamos que Miss Frankland se creyera la inspiradora de todas las ideas o sugerencias nuevas. Verdad es, con todo, que a fin de cuentas no le faltaba razón, pues ella, gracias a su enorme experiencia y a la satisfacción que encontraba en las posturas más refinadas y libidinosas, fue en efecto quien nos enseñó muchas de las combinaciones nuevas y deliciosas que practicábamos en nuestras salaces orgías. Después de tomar un poco de vino y pastel, que Miss Frankland previsoramente había traído, empezamos a tocar y desenredar los rizos y el abundante vello que cubría prácticamente todo el soberbio cuerpo de Miss Frankland. Las niñas admiraban sobre todo la magnitud, firmeza y hermosura de sus nalgas realmente magníficas; así, toqueteándolo, chupándole las tetas y jugueteando con su clítoris tieso, pronto volvimos a excitarla tanto que sin mediar palabra tomó a Mary, la montó sobre la mesa y comenzó a comérsela, mientras Lizzie, agachándose, se puso a chuparle el clítoris y yo a mi vez por atrás le metí la polla en el coño. La gloriosa criatura se corrió invadida por un placer desbordante junto con Mary cuando yo aún no había alcanzado el clímax. Me conformé pues con dejar que mi polla vibrara al ritmo de sus deliciosas contracciones, hasta que la incomodidad de la postura nos obligó a parar para tomar aliento. Ella se había sosegado lo suficiente para hablar y discutir de los futuros pasos y sobre nuestra postura siguiente. Como Mary había tenido una corrida más con Miss Frankland, esta vez le tocó a Lizzie ponerse de rodillas con la cabeza inclinada, y a mí metérsela en su coño ansioso. Miss Frankland se levantó, montó en seguida a horcajadas sobre Lizzie y vuelta hacia mí; yo le introduje entonces un consolador pequeño en el ojete y otro mayor en el coño, ambos hasta el fondo. Luego ella adelantó el pubis, me metió su clítoris tieso en la boca y me agarró con las dos manos la cabeza. Yo deslicé una mano por debajo de sus piernas abiertas, me acomodé los dos

consoladores entre los dedos y se los ensarté en los dos agujeros a la vez, sin dejar al tiempo de succionarle el clítoris y de menearme en el coño de Lizzie, quien mientras tanto se frotaba con sus propios dedos el coño. Mary, armada de dos consoladores, introdujo uno en mi ojete y el otro en su coño. Colocados de tal guisa, sostuvimos un asalto de lo más excitante y delicioso. Al sobrevenirnos el éxtasis, pareció como si Miss Frankland quisiera hundirme la cabeza en su pubis. Estaba tan encantada por la voluptuosidad de esta postura, que nos pidió a gritos que no nos moviéramos hasta que tuviéramos otra corrida. Pero Lizzie reclamó un cambio: quería que ahora yo se la metiera por atrás y ella misma se quería meter un consolador en el coño, que pidió a Mary. Las mujeres pronto estuvieron listas; mi picha, en cambio, tardaba en responder. Viendo esto, Miss Frankland pidió a Mary que me pegara con la vara, cosa que ésta hizo con enorme destreza y sin dejar mientras tanto de gozar con el consolador en el coño. El efecto fue casi eléctrico: mi polla encendida llenó, para gran satisfacción de Lizzie, todo su delicioso y anhelante ojete. Miss Frankland rogó entonces a Mary que le diera un buen estímulo con la vara. Nada podía haber complacido más a Mary, pues, como nos confesó más tarde, ya hacía tiempo que deseaba azotar ese trasero glorioso e inmenso. Con semejantes estímulos este asalto resultó el más salaz y voluptuoso de los que habíamos realizado hasta ahora, tanto que alcanzamos el éxtasis gritando de placer y nos corrimos asaltados por ese desvanecimiento como mortal del deseo satisfecho. Volvimos a levantarnos para purificarnos y refrescarnos, tras lo cual permanecimos un rato estrechamente abrazados en la cama. Dado que a Mary no le había metido todavía la polla en el coño, Miss Frankland propuso que la follara y que Lizzie se arrodillara a nuestro lado para que ella pudiera joderla por atrás con su clítoris, meterme a mí un consolador en el ojete y hacer lo propio con un segundo consolador en su coño. Dicho y hecho. Lizzie acomodó la cabeza prácticamente debajo del pubis de Mary para que Miss Frankland quedara a mi alcance y pudiera hacerle lo que me había pedido, y así nos lanzamos a otro asalto delicioso y tan arrebatador que al acabar todos caímos despatarrados sobre la cama y nos quedamos profundamente dormidos. Cuando por fin nos despertamos, ya era tan tarde que sólo tuvimos tiempo de lavarnos

con agua fría y despedirnos con una chupada para volver en seguida a nuestras habitaciones. Antes de hacerlo, Miss Frankland dijo que tenía que mamármela porque le encantaba romper el ayuno con crema. La broma divirtió muchísimo a las niñas.

Fue por esta época cuando Mrs. Vincent dio a luz un niño precioso. No he vuelto a hablar de ella desde el primer encuentro que tuvimos en la casa de campo después de su matrimonio, cuando todos se había marchado al pueblo para recoger a Miss Frankland. Desde aquella vez sólo habíamos vuelto a tener un par de entrevistas furtivas, a las que no he hecho alusión porque fueron demasiado apresuradas y apenas placenteras por ese mismo motivo. Luego la barriga le había impedido brindarme más oportunidades. Mamá envió a Mr. Vincent una carta de felicitación, augurándole el nacimiento de un hijo y heredero y sin imaginarse que el padre no era otro que su propio hijo. La carta tuvo como respuesta una visita de Mr. Vincent, quien vino para rogar a mamá que aceptara ser la madrina de la criatura. Mi madre aceptó en seguida y preguntó quiénes iban a ser los padrinos. Él le dijo que un tío, del que tenían esperanzas de heredar, ya había aceptado, pero que aún no tenía la menor idea de quién podía ser el otro.

—¿Por qué no se lo pide a Charlie? Él ha manifestado siempre un cariño inmenso por su esposa, y también tiene un tío del que esperamos recibir un día algo sustancioso.

—Me ha dado usted una idea magnífica, Mrs. Roberts. Si ahora tiene usted la gentileza de mandarlo llamar, se lo pediré personalmente, y si acepta me veré libre de problemas.

Me mandaron llamar y, no les quepa la menor duda, acepté inmediatamente, dándole las gracias a Mr. Vincent por el honor que me hacía, expresándole mi deseo de que también Mrs. Vincent me aceptara como padrino pese a mi corta edad.

—Deja eso en mis manos. Mi querida esposa está tan encariñada conmigo que acepta todos mis deseos como órdenes. Te aseguro que no debes sentir la menor preocupación.

Huelga decir que yo no estaba en absoluto preocupado, sino segurísimo de que Mrs. Vincent misma me hubiera hecho esa propuesta de no habérselo impedido la prudencia. Y es que, aunque después supimos por boca de Mr. Vincent que ella había puesto reparos en razón de mi juventud, en la primera oportunidad que

tuvo de encontrarse a solas conmigo me dijo que estaba encantada de que su marido hubiera cumplido aquél que era su deseo más ferviente.

La ceremonia se llevó a cabo tal como estaba prevista; sin embargo, después apenas tuvimos ocasión de reanudar nuestros viejos combates en el terreno de Venus. Aun así, yo no podía tener el menor motivo de queja en lo tocante a mis deseos eróticos: durante casi dos años, es decir, hasta que cumplí los dieciocho, seguí gozando ininterrumpidamente en los brazos de la lujuriosa y fascinante Miss Frankland o de orgías con ella y mis hermanas, culminadas siempre con todo el desenfreno que podían alcanzar tres mujeres y un muchacho. De hecho, nuestras licencias llegaron a un punto más bien excesivo, como podría deducirse por la circunstancia de que, al menos para Miss Frankland y para mí, la vara se convirtió en algo imprescindible, e incluso mis hermanas aceptaban alguna vez recibir su estímulo. Bajo la hábil tutoría de Miss Frankland acabamos siendo todos unos expertos en los actos más lúbricos y voluptuosos. Y tengo que reconocer que jamás descuidó nuestra educación. Es más, me atrevería a decir que la intimidad de nuestros cuerpos fue su mejor acicate. Y es que esta mujer admirable nos inculcó la idea de que para mantener su amistad y confianza debíamos asimilar sus enseñanzas. Ya he dicho que su método educativo era muy superior a todos los que habíamos conocido, y ahora que se había granjeado nuestro amor y afecto ilimitados, no había nada que no estuviéramos dispuestos a hacer para apoyarla en los esfuerzos que hacía por instruirnos. Tenía además unas dotes muy especiales: hablaba francés y alemán como una nativa, sabía bastante latín y griego como para enseñarme sus rudimentos, y tenía unos conocimientos notables de música. Pocas veces he escuchado a alguien que tocara tan deliciosamente el piano. Durante los dos años que siguieron a nuestra primera orgía realizamos unos progresos francamente extraordinarios. Todos hablábamos el francés con notable fluidez y conocíamos bastante bien el alemán, especialmente Mary, quien lo hablaba casi perfectamente. En cuanto a mí, hablaba muy bien el francés, nada mal el alemán, y tenía unos conocimientos nada desdeñables de latín y griego.

Precisamente por esa época se produjo un acontecimiento que

alteró por completo el curso de mi vida. Mi madre había insinuado que podría convertirme en heredero de un tío nuestro. Las posibilidades eran muy inciertas. Se trataba del hermano de mi padre, con el que ésta jamás había congeniado y del que había vivido siempre muy distanciado. Pero mi tío murió, y un buen día recibimos sorprendidos, por no decir alborozados la noticia, transmitida por su albacea, un tal Mr. Nixon, un rico comerciante de Londres, de que aquél había dejado a mi madre una renta de cuatrocientas libras anuales mientras no se volviera a casar, anualidad que a su muerte pasaría a partes iguales y libre de toda carga a mis dos hermanas. Yo quedaba como heredero del resto de su patrimonio, que administraría Mr. Nixon hasta que yo fuera mayor de edad, y con el requisito de que estudiara leyes e ingresara como procurador en el Tribunal Supremo. Destinaba además quinientas libras para renovar nuestro vestuario, que pasaría íntegramente a nuestra propiedad. Mr. Nixon nos anunció que en un plazo de quince días, aprovechando que tenía que venir a nuestra región, nos haría una visita para fijar las medidas que había que adoptar dada nuestra nueva situación. Añadía que el resto del patrimonio podía rentar unas mil libras anuales, y que en su consecuencia habría que tomarse más en serio mi educación. Esto efectivamente suponía un cambio. Mi padre había dejado la casa, las tierras y unos títulos que producían aproximadamente seiscientas libras de renta anuales, para disfrute de mi madre mientras fuera viuda o hasta su muerte. Además, ciento cincuenta libras anuales a cada una de mis hermanas, y a mí la casa y el resto del patrimonio; en total, una renta módica, pero insuficiente para cubrir nuestra manutención. Ahora, en cambio, yo era el heredero de un patrimonio que podía producir una renta de quince mil libras anuales, de dos fincas y de una casa estupenda y además anexa a la de mi tío. Comprenderán fácilmente el júbilo de toda la familia cuando nos vimos de pronto en una situación boyante, con ingresos que duplicaban largamente los que habíamos tenido hasta ahora. Ya soñábamos en todo lo que ahora podríamos conseguir cuando mi madre nos hizo volver a la realidad, recordándonos que hasta mi mayoría de edad Mr. Nixon dirigiría enteramente nuestro destino, y que muy probablemente querría enviarme a un colegio público. Estas nuevas hicieron trizas todas nuestras esperanzas, pues

habíamos contado precisamente con gozar de una libertad mayor, mientras que ahora todo hacía presumir que nuestro maravilloso trato y nuestras orgías deliciosas se interrumpirían bruscamente. Al oír a mamá nos cruzamos unas miradas tristes y acongojadas, y esa noche nos reunimos llenos de pesar en la habitación de Miss Frankland. Sin embargo, esta admirable y encantadora mujer nos animó asegurándonos que esa probable separación temporal nos permitiría después encontrarnos a nuestras anchas y sin el menor riesgo.

—Además, si he de ser sincera, querido Charlie —dijo—, últimamente hemos abusado demasiado de ti, y creo que tu salud y constitución te agradecerán esa inactividad forzosa. Además, he observado en ti unos síntomas que demuestran que las tres comenzamos a resultarte una carga demasiado pesada. Estoy segura de que me dejarán seguir como institutriz de tus hermanas, y que podré mantenerlas en un punto que no te defraudará cuando vengas a vernos, lo que ocurrirá, como mucho, cada seis meses.

Para nuestras mentes enamoradas seis meses eran una eternidad. Pero las palabras de Miss Frankland lograron, al menos hasta cierto punto, alentarnos, y si bien esa noche no pudimos realizar una orgía tan lujuriosa y desenfrenada como las de siempre, no por ello dejamos de gozar de unos raptos suficientemente intensos, que muchos hubieran considerado excesivos.

Mr. Nixon se presentó en el momento anunciado. Era un hombre de edad, apuesto y que aparentaba haber visto mucho mundo. Al saber que había recibido toda mi educación en casa y de la mano de institutrices, se imaginó que era un muchacho ignorante y flojo, apreciación que, con indirectas, ya le había transmitido a mamá, como ella me hizo saber para que estuviera prevenido. Mr. Nixon me mandó llamar al salón para verme a solas, y allí empezó a hablarme de un modo simpático de cosas sin importancia, tal vez para evitar que me pusiera nervioso o me cohibiera, llevando poco a poco la conversación al tema educativo. Quedó agradablemente sorprendido al constatar los progresos que había hecho, no sólo en geografía e historia sino también en lenguas, admirándose sobre todo de mis conocimientos de latín y griego. Estaba particularmente interesado en saber si la institutriz había contado con la ayuda de algún clérigo. Después de la cena, durante la cual prestó muchísima

atención a Miss Frankland, felicitó calurosamente a ésta por su sistema de enseñanza y sus inmensos logros. Al mismo tiempo observó que, dado que el deseo de su viejo amigo era que su sobrino se hiciera procurador, sería necesario enviarme a un clérigo que tuviera a su cargo un grupo reducido de muchachos y luego al King's College, en Londres, antes de que me incorporara a un despacho de procuradores. Miss Frankland reconoció en seguida la pertinencia de su idea, confiando en que Charles no se avergonzara de su instrucción.

—Todo lo contrario, Miss Frankland, se lo aseguro. He quedado asombrado de la base que usted le ha dado, y especialmente de lo bien que lo ha preparado en lenguas modernas. Estoy tan encantado que me propongo rogarle a Mrs. Roberts que la mantenga a usted como institutriz de las niñas hasta que estén en edad de entrar en un colegio de la ciudad y aprender algo más sobre el mundo.

Le dijo todo aquello con un tono tan deferente que no dudé que al viejo caballero le había impresionado tanto Miss Frankland como su método de enseñanza. Pero es probable que mis lectores sepan más sobre el particular en páginas sucesivas.

Mi madre, al conocer su propósito de enviarme con un clérigo, dijo de inmediato que su propio cuñado, el Reverendo Mr. Brownlow, rector de Leeds, en Kent, un pueblo apartado y situado en las inmediaciones del castillo del mismo nombre, podría ser la persona indicada. Se había graduado en Cambridge y solía hospedar a uno, dos, o como mucho tres muchachos y prepararlos para la universidad. Mi madre acababa de saber por una carta de su hermana que estaba de vacaciones. Añadió que tenía una gran reputación como instructor, de lo que Mr. Nixon podía cerciorarse pidiendo informes, y que, como Charles no había estado nunca lejos de casa, para ella supondría una enorme tranquilidad saber que estaba al cuidado de su hermana. Mr. Nixon dijo que aceptaba de buen grado su sugerencia, siempre, claro está, que sus informes justificaran la conveniencia de enviarme allí, cosa de la que de antemano no dudaba. Nos dejó con la promesa de comunicarnos su decisión en breve, y, en efecto, antes de cumplirse la semana recibimos su asentimiento a la propuesta de mi madre. Escribieron pues a mi tía, y, como estaban de vacaciones, Mr. y Mrs. Brownlow

fueron invitados a pasar una semana con nosotros, tras lo cual yo iría en su compañía a Kent. No habíamos vuelto a ver a nuestros tíos desde que éramos pequeños, y a mi tía tan sólo la recordábamos como una mujer inmensa y alta. La distancia había impedido que nos viéramos, y sólo sabíamos de ellos a través del envío de jamones, gelatina de Canterbury y ostras en navidades. Como enviaron su respuesta a vuelta de correo, diciendo que estarían con nosotros dos o tres días después de la llegada de su carta, no les quepa duda que Miss Frankland y nosotros supimos sacar el máximo provecho de las que iban a ser de momento nuestras últimas orgías. Actuamos sin la menor contención, dedicando todas esas noches a la diosa de la lujuria y la voluptuosidad.

El doctor y Mrs. Brownlow

Mi tía - Consejos educativos - Amonestación de despedida - Espiando a través de la cerradura - La tía y el doctor - Una metódica despedida - Más despedidas - Un pequeño apuro - La nueva casa - Más abombamientos penosos - Iniciado otra vez - Amables atenciones - La tía y el tío - El buen alumno

Al fin llegó el aciago día. Mi madre y las dos niñas fueron al pueblo para recoger a nuestros tíos, dejándonos a Miss Frankland y a mí con nuestros libros. Ya habrán supuesto que no nos ocupamos de las reglas gramaticales, sino de las del amor. Todo en Miss Frankland era dulzura, ternura y suavidad, rasgos de los que hasta ahora jamás había dado muestras y que yo hubiera considerado impropios de su carácter. Abrazándome con ternura y apretándome cariñosamente contra su pecho, rompió a llorar a lágrima viva y comenzó a gemir con la cabeza hundida en mi hombro como si el corazón fuera a estallarle. Traté de consolarla del mejor modo que pude, y estando ya mi polla bajo los efectos que, como el amable lector sabe, las lágrimas de una mujer inevitablemente me producen, se la puse en una mano; ella empezó a reír histéricamente sin dejar de llorar, pero al instante agachó la cabeza hasta el objeto amado, y lo agarró, chupó y sobó hasta que me hizo lanzar un chorro de esperma hirviente en su boca, que tragó con voracidad y chupó hasta no dejar una sola gota. Luego se levantó para volver a abrazarme y besarme, y dijo:

—Sí, cariño mío, ése era el mejor modo de cortar mi llanto. Porque no sólo adoro esto, cariño, sino que además te amo como nunca he amado a nadie. Tú eres mi alumno, física y mentalmente. Voy a echarte mucho de menos y a lamentar amargamente nuestra separación. De todas formas creo que volveremos a encontramos,

aunque ya no con la libertad y la facilidad que lo hemos hecho hasta ahora. Tú vendrás a pasar tus vacaciones en casa y sabremos sacarles el máximo provecho. Siento que el querido objeto está otra vez a punto, como debe ser, niño mío, así que deja que entre en su nido.

Estas últimas palabras cariñosas estaban dirigidas a mi polla, que, habiéndose encandilado una vez más, reclamaba atención. Y nos lanzamos a la lucha a brazo partido. Tras reponer fuerzas con un refrigerio, volvimos a abandonarnos a todos los raptos lúbricos que esta increíble mujer sabía inspirar como nadie. No nos importó ser insensatos porque habíamos acordado que yo indagara las costumbres de la pareja que iba a venir antes de aventurarme a salir de mi habitación para escapar a la suya, de manera que me quedaba una noche de reposo por delante.

El coche llegó a las cinco de la tarde y dimos a nuestros tíos la bienvenida a casa. Mi tío era un clérigo alto, fornido de aspecto sobón, y zalamero, con modales de perfecto caballero y una voz sumamente agradable. Mi tía, que aparentaba unos quince años menos que su marido, era bastante alta para ser una mujer, rechoncha y de hombros amplios, tetas grandes y bien separadas, cintura esbelta, caderas anchísimas y unas nalgas que a todas luces no le servían solamente de adorno. Pese a su corpulencia, andaba con mucho garbo sobre sus tacones, con lo que demostraba que podía dar mucho de sí o, más bien, que podía sacar muchísimo de cualquiera. Tenía un cabello larguísimo y unas cejas espesas que prometían abundancia por doquier. Sus ojos, de un azul muy intenso, te penetraban hasta el alma. La expresión de su cara era muy agradable, la boca pequeña y los dientes blanquísimos. Y tenía una tez nívea, brazos muy largos pero bien formados, manos y pies pequeños, anchos y rollizos. Aparentaba treinta y cinco años pero tenía casi cuarenta, y resultaba en conjunto una mujer muy apetecible vista de cerca. Me abrazó cariñosamente y yo le devolví el abrazo mientras nos felicitaba a todos por la inmensa fortuna que habíamos tenido. La presentación había sido sumamente simpática, y me decía que después de todo las cosas podían funcionar bien.

Se nos había dado permiso para quedarnos levantados hasta más tarde, y cuando fuimos a acostarnos nos imitaron con gusto, en particular mi tía, pues se sentía muy agotada por el largo viaje.

Acababa de desvestirme cuando los oí entrar en la habitación que Miss Frankland había dejado libre el día anterior. De acuerdo con lo pactado, Miss Frankland dormiría como antes en la habitación de mis hermanas hasta nuestra partida. Apagué rápidamente la luz por temor a que la vieran brillar a través de los agujeros que había hecho. En seguida me arrodillé para observarlos. Lo primero que hizo mi tía fue sentarse en el orinal instalado justo al otro lado de mi mirilla, y como se levantó hasta arriba el vestido, pude ver que tenía un *mons Veneris* prominente y densamente cubierto de ricitos preciosos. Orinaba con fuerza extraordinaria y en tal cantidad que parecía una catarata; lanzó un torrente tan perfectamente audible que mi turbulenta polla en seguida se empinó. Al levantarse, y antes de que se bajara el vestido, aprecié el espléndido tamaño de sus miembros, en nada comparables a todos los que había visto hasta ahora. Pero ¡ay!, no fue más que una fugaz visión. Con todo, decidí seguir en mi puesto con la esperanza de ver algo más cuando comenzara a desvestirse. Se despojó de todo salvo del sostén y la camisa. No tengo palabras para expresar la grandiosidad de sus dimensiones. El corsé le estrechaba la cintura y marcaba los contornos de sus caderas y nalgas gloriosas. Jamás en mi vida he vuelto a ver un trasero tan hermoso como el de mi tía. Aunque esta descripción es fruto de lo que conocería después de examinarla y venerarla durante mucho tiempo, ya en ese momento pude constatar que el suyo era el trasero más portentoso que jamás había visto, y de hecho a él me refería hace un rato, cuando señalaba que el de Miss Frankland era el más bonito de todos los que he conocido, excepción hecha de uno. Es verdad que su corpulencia resaltaba mucho su grosor; pero esa corpulencia, aunque notable, no tenía nada que ver con la gordura. Tanto es así que cuando nuestro trato se hizo íntimo —y naturalmente voluptuoso—, jamás conseguí pellizcarle un solo músculo. Tenía, en una palabra, el trasero más duro y voluminoso que he conocido nunca. Estoy seguro de que un niño podría haberse mantenido de pie en equilibrio sobre sus portentosas nalgas. Sus muslos eran de un tamaño descomunal, duros como el hierro, exquisitamente moldeados y de una blancura y suavidad que rivalizaban con las del marfil, al que se semejaban también en otro sentido, es decir, en que eran fríos al tacto. Sus piernas eran dignas de la gloriosa figura

que sostenían, y terminaban en dos tobillos encantadores y bien torneados que se apoyaban sobre pies bastantes pequeños para su tamaño. Tenía una camisa de manga corta, de manera que su cuello y sus brazos, grandiosos y bellísimos, de entre los que sobresalían sus tetas brillantes, se exhibían en todo su esplendor. Como podrá suponerse, no se le marcaba un solo hueso del cuello; al revés, todo en él era carne y color, rasgo que distingue a todas las mujeres hermosas. Las mujeres a las que se les ven los huesos de las clavículas suelen ser desnutridas y vulgares. Las tetas realmente imponentes de mi tía se mantenían erguidas sobre su corpiño, al que en un principio atribuí esa función. Pero no, aquella mujer gloriosa no precisaba ninguna ayuda de esa clase, como comprobé cuando se desnudó del todo: sus tetas seguían firmes y enhiestas en toda su grandeza, y eso que eran francamente inmensas, dignas de todos sus restantes y voluminosos encantos. Lo único que le sobresalía algo más de la cuenta, cuando estaba de pie, era el vientre, pero como jamás había dado a luz no lo tenía fofo, y terminaba en el *mons Veneris* más prominente y grande que he visto nunca, profusamente cubierto de unos rizos hermosísimos que sin embargo no ocultaban el brillo de su piel exquisitamente cremosa. Estaba bastante bien provista de vello en esa parte; sin embargo, después de haber conocido a una mujer tan extraordinariamente velluda como Miss Frankland, con cuyos rizos había jugueteado tantas veces, todas las mujeres tenía necesariamente que parecerme pobres en ese aspecto. Mi tía, después de ponerse una camisa de dormir, se sentó en su tocador y empezó a deshacer sus formidables trenzas. En esto sí que estaba dotada como ninguna: su cabello, todo él auténtico y larguísimo, le llegaba, pese a su estatura, hasta las nalgas, y era tan espeso que podía echárselo hacia atrás y hacia adelante y tapar completamente su desnudez. Tiziano tuvo seguramente una modelo con una cabellera tan esplendorosa, como esta pues mi tía parecía una copia exacta, aunque ligeramente más rubia, de su célebre Magdalena expuesta en el palacio Pitti de Florencia, cuadro en el que ésta aparece cubierta únicamente por sus bucles exuberantes. Así era mi tía, quien después, y en incontables ocasiones, daría satisfacción a todos mis caprichos poniéndose en las posturas más voluptuosas y dejando que su cabello, el adorno más exquisito de cualquier mujer, se

desparramara sobre todos sus encantos gloriosos y formidables. Mientras tanto, el doctor se había desvestido, pero yo, como podrá suponerse, no reparé en él: algo mucho mejor había acaparado toda mi atención. Él se había puesto igualmente una *robe de chambre*, y se había sentado al lado de su esposa para charlar acerca de los acontecimientos del día. Como es lógico, se pusieron a hablar inmediatamente de mí. Comenzaron congratulándose por el hecho de que la fortuna que había recaído sobre la familia les beneficiara en cierto modo al permitir que yo pasara al cuidado del doctor. La dama puntualizó que el beneficio era realmente inmenso, dado que el pequeño escándalo ocurrido les había impedido durante un tiempo tener alumnos. El doctor dijo:

—No te preocupes por eso, amor mío. Este muchachito va a servir de señuelo para que vengan otros. Parece un buen chico. De todas formas, mañana me gustaría hablar un rato con él para ver de qué pasta está hecho. Los chicos educados por mujeres suelen salir mariquitas.

—No creo que éste sea el caso —replicó mi tía—. Entiendo bastante de temperamentos, y puedo asegurarte que Miss Frankland es una mujer demasiado severa y firme como para haberse dejado avasallar por el chico; al revés, temo en todo caso que haya sido demasiado estricta con él, pues mi hermana me ha dicho que le había dado plena autoridad para emplear la vara, y que después de sólo una o dos sesiones ya los tenía completamente controlados y han hecho desde entonces unos progresos inmensos y sumamente satisfactorios, como el propio Mr. Nixon, el tutor de Charles, ha confirmado después de examinarlos. Parece, eso sí, poquita cosa; es pequeño, delgado como un palito, pálido y de aspecto debilucho, aparenta menos edad de la que tiene y diría que no encaja precisamente en nuestros propósitos. ¿No es cierto, querido doctor?

En ese momento no entendí a qué se refería, pero vi que después de sus palabras el doctor se inclinó hacia ella, la besó, y, no me cabe la menor duda, le metió también la lengua. Luego deslizó una mano por debajo de sus tetas preciosas, le levantó la camisa y empezó a hurgar entre sus piernas. Ella dejó el cepillo y le cogió la verga, pero en seguida dijo:

—No me excites, cariño. Ya sabes que esta criaturita es incapaz de hacer nada sin una vara y aquí no tenemos ninguna. Así que

quédate quieto y ve a la cama. Anda, sé buen chico.

Obedeciéndola se levantó, se quitó la bata, se puso el gorro de dormir y se metió en la cama, donde se quedó profundamente dormido antes de que su magnífica esposa hubiera terminado de arreglarse. Cuando terminó de hacerlo, se quitó el corsé y la camisa pasándosela por la cabeza, pues dudo que sus nalgas enormes le hubieran permitido quitársela de otra forma. Luego atravesó la habitación hacia donde yo estaba, desnuda como había venido al mundo y despampanante por su garbo y la planta gloriosa de sus formas realmente descomunales. Yo estaba alelado. Imaginaba que era Juno mostrándose en todo su esplendor ante Júpiter, quien seguramente se hubiera visto tentado a extraviarse por la senda prohibida del amor de haber poseído aquélla —Juno— un trasero tan enorme y portentoso como el de mi tía. Tal como estaba, desnuda, se puso otra vez en cuclillas y arrojó un nuevo torrente en el orinal. La vista me sobrecogió y tambaleando volví a mi cama, donde por primera vez en mi vida me vi obligado a aplacarme yo solo la tremenda excitación que me había producido la contemplación de esas maravillas sobrehumanas. Apenas pude reprimir un grito para aliviarme de toda la excitación que había contenido hasta ese momento, especialmente cuando por fin conseguí lanzar un chorro de esperma que fue a dar sobre la puerta hacia la que tenía apuntada la polla mientras me la batía frenéticamente y se la metía mentalmente a mi tía. Y por cualquier parte, pues si el dicho «aquí sobra sitio para joder» es aplicable a cualquiera, en el glorioso caso de mi tía tenía una validez infinita. Le metieras por donde le metieras la polla, te hacía tener una corrida inmediata y de lo más arrebatadora, poseído por la belleza y esplendor de su cuerpo y el color y lindeza de su piel. Nunca jamás he conocido a nadie comparable a ella. Asimismo, su capacidad de fornicación era equivalente a la inmensidad de su tamaño, y era tan ducha en ese arte que podía satisfacer a la persona más exigente o lujuriosa. Tales fueron las primeras experiencias que tuve del cuerpo de mi tía, con la que el lector irá familiarizándose según avance en mi relato. Me eché por fin a dormir para soñar que la poseía de todos los modos imaginables, enfrentando a Júpiter con Juno y a Marte con Venus. Pero soñaba y nada más; con el tiempo, sin embargo, todas esas visiones se transformarían en dulces

realidades del carácter más voluptuoso y excitante que se pueda concebir.

Al día siguiente, a la hora del recreo, Miss Frankland salió con nosotros. Mientras mis hermanas jugaban, ella y yo nos fuimos a un rincón apartado del jardín, donde le conté todo lo que había visto y oído. Miss Frankland llegó pronto a la conclusión de que estaba destinado a caer en los brazos de mi tía.

—Pero estoy encantada, querido Charlie, de que los brazos que te esperan pertenezcan a una mujer tan extraordinaria. Después de la experiencia que has tenido conmigo necesitabas darte a alguien, y ciertamente no has podido tener mejor suerte. No creo equivocarme si te digo que vas a encontrar con ellos todo tipo de facilidades, pues interpreto esas insinuaciones que tanto te han sorprendido como un deseo manifiesto de introducirte en su más secreta intimidad. Pero hay un consejo que quiero darte al respecto, apelando a tu prudencia y sentido común para que valores su importancia. Tu tía es evidentemente toda una experta en los placeres eróticos. Si ella llega a descubrir lo ducho que eres en el arte, no dejará de atormentarte hasta sonsacarte, el nombre de tu primera maestra. Ahora bien, debes comprender que si averigua que tú y yo hemos intimado, puede sacar deducciones totalmente adversas en relación a tus hermanas, y aunque no llegue a pensar que también las hemos corrompido, puede cuando menos tratar de alejarme de ellas. Intento decirte, cariño, aunque sé que no va a resultarte nada fácil, que debes aparentar ser totalmente ingenuo e ignorante en relación a las pasiones amorosas. No has de mostrarte en ningún momento excitado, sino dejar que ella tome siempre la iniciativa, cosa que, créeme, ella hará de muy buen grado, y con mayor motivo si te ve del todo inocente. Por mucho que sepas ahora sobre los métodos del amor, debes procurar solapar siempre tus emociones para impedir que ella tenga el menor atisbo de tus conocimientos. Además, tu tía se sentirá doblemente satisfecha si cree que es la primera que te ha tomado. Antes de que te marches te daré algunas indicaciones sobre la manera que has de comportarte.

Mientras ella hablaba, yo había empezado a excitarme. Le pedí pues que se apoyara sobre un tronco, le alcé las enaguas y la jodí por atrás en tanto que le frotaba su clítoris delicioso, y hasta que la hice correrse al mismo tiempo que yo. Fue un desahogo precipitado

pero pese a todo muy dulce, dado que ambos éramos conscientes de la necesidad de aprovechar al máximo el poco tiempo que faltaba para mi marcha. Le hice notar lo que había dicho mi tía sobre la falta de una vara, y quedamos en que Miss Frankland pondría una en un estante alto del vestidor, en el que como por descuido dejaría la llave puesta. Como dicho vestidor estaba en la habitación en la que dormían mis tíos, contábamos con que mi tía lo revisaría de todas formas llevada por su curiosidad femenina. Ello respondía a un doble propósito, pues Miss Frankland había decidido colocar allí mismo algunos libros excelsos con cuartillas entre sus páginas llenas de pasajes muy morales y religiosos, de manera que mis tíos al ver todo aquello se formaran una idea muy alta de su moralidad.

Pondríamos la vara y el señuelo, al día siguiente. Entretanto, esa tarde el doctor me llamó aparte y me sometió a una especie de examen. Yo le respondí deliberadamente con modestia, pero como tenía tan buena base gracias al admirable método de enseñanza de Miss Frankland, no sólo quedó complacido conmigo, sino que además aprovechó para felicitar calurosamente a Miss Frankland por la excelente formación que me había dado. Al dirigirse a ella, me pareció notarlo cada vez más amable y efusivo, como si su apetito lascivo se estuviera exacerbando por la contemplación de esa criatura tan sensual y creada para la lujuria.

Esa noche, como la anterior, observé sus preparativos para acostarse y escuché su conversación. Esta vez el doctor me dedicó grandes elogios, pero mi tía seguía creyendo que era tímido y soso; añadió que me faltaban los bríos propios de mi edad, como no podía ser menos, pues todos los chicos educados por mujeres acababan siempre pareciendo chicas. Recuerdo que me dije: «Ya verás, querida tía, cómo muy pronto te desengaño». El doctor se acostó tranquilamente, mientras que mi tía se desnudó y utilizó el bidé, ofreciéndome una visión de lo más excitante y voluptuoso de todos sus encantos exuberantes. En cuanto se metió en la cama y apagó la luz, fui de puntillas a la habitación de mis hermanas, donde tres coños ansiosos aguardaban con impaciencia la llegada de mi picha igualmente ansiosa e inflamada. Pusimos en obra las combinaciones más complicadas de la lujuria y la lubricidad, sin detenernos hasta que la luz del día me obligó a marcharme de mala gana. Antes de retirarme, y como había que colocar la vara en el

armario y dejar la llave puesta, acordamos que a la noche siguiente las niñas y, siempre que pudiera, Miss Frankland, tratarán de dormir profundamente antes de mi llegada. Y es que si nuestra estratagema daba resultado, tendría que quedarme observándolos al menos un par de horas, tras lo cual, y siempre que nuestras expectativas sobre las tendencias del doctor y nuestra tía se confirmaran, yo iría, sin duda encendido a más no poder, a despertarlas abriendo sus cauces con la vara de Moisés.

Permanecí despierto hasta que los tíos subieron a acostarse, e inmediatamente me puse *en vedette*. Al comienzo no repararon en la llave de la puerta. Mientras la tía se arreglaba, el tío empezó a tantearla algo más animadamente que la vez anterior; la tía, sin embargo, descubriendo al cogerle la polla que no era más que una fanfarronada, se levantó y lo reprendió. Pero él se envalentonó y se puso a seguirla con la intención de tocarle su coño espléndido. El caso es que la tía retrocedió hasta el armario, al que se pegó tanto que la llave le lastimó el trasero.

—Vaya, ¿qué es lo que tenemos aquí? —exclamó, y luego volviéndose dijo que, ya que la llave estaba allí, no habría nada malo si echaban una ojeada. Su marido se mostró tan curioso como ella. Naturalmente, lo primero que vieron fueron los libros. Los cogieron con ansia, tal vez con la esperanza de encontrar algo picante, pero para su sorpresa, especialmente para la del doctor, dieron con algo muy distinto.

—Vaya, jamás me hubiera esperado una cosa así. Verás, amor mío, tenía la sospecha de que la tal Miss Frankland escondía, debajo de su aspecto recatado, una tremenda pasión animal. Estas obras demuestran ahora que es una perfecta beata. Y mira que es lástima, porque estaba hecha para gozar de todos los placeres.

—¿Conque has estado indagando por ese terreno, eh, viejo verde?

—Bueno, cariño, ya sabes que los dos tenemos libertad para echar una canita al aire de vez en cuando. Tú misma has sabido sacar buen partido de nuestro acuerdo.

—Menudo desagradecido eres. ¿Acaso no paso por alto tu debilidad por los miembros jóvenes de tu propio sexo? ¿No me someto a todas tus fantasías cuando no tienes con quién darte a la pederastia?

—Bueno, bueno, amor, no estaba reprochándote nada. Después de todo lo buena y amable que eres conmigo jamás se me ocurriría pasarme de la raya. ¿Pero qué tenemos aquí? ¡Una vara! Esto sí que es una bendición.

Alzó el brazo hasta el estante de arriba y cogió la vara. Al comienzo sospecharon que Miss Frankland la utilizaba consigo misma, pero al ver que estaba completamente intacta dedujeron que la tenía de reserva y que jamás la había empleado.

—Vaya suerte —exclamó mi tía—. Ahora podré azotarte hasta ponerte en condiciones de joderme. Tú luego podrás hacer lo mismo conmigo para que te entren ganas de follarme una segunda vez; el sitio no me importa, me da lo mismo que me lo hagas por adelante que por atrás.

—Eres un ángel, esposa querida. Te aseguro que haré lo que pueda para satisfacerte por los dos orificios. Es tremendamente ignominioso que habiéndome concedido Dios una mujer tan despampanante como tú, no me baste con contemplar tu cuerpo maravillosamente excitante, sino que necesite siempre de otros estímulos. Pero supongo que es la edad la que nos hace débiles.

—Tienes razón, querido John, pues yo misma, que siempre pensé que con tu vieja verga tendría bastante, siento ahora que necesito del estímulo de otras más jóvenes para alcanzar todo el placer que requiere una constitución como la mía. Sería una vergüenza que yo no te complaciera en todos tus caprichitos después de tantas ocasiones como las que tú me proporcionas. Sólo hubiera deseado que este sobrino mío fuera más digno de nosotros; entre ambos lo habríamos convertido en un glorioso *bonne bouche*, tanto para su satisfacción como para la nuestra.

—Bueno cariño, el aire de Kent y un trato más viril pueden todavía corregir su desarrollo, y bajo tu conducción bien puede llegar a demostrar que no es tan poquita cosa como tú crees; en cualquier caso, siempre puede servirnos de *pisaller* hasta que venga otro mejor. Pero debes proceder con cautela, pues parece tan tímido como una chica.

—Querido John, los tímidos terminan siendo a la larga los mejores. Sólo hubiese deseado que su físico se acercara más a mis gustos, pero ya veremos. Por ahora tú y yo pongámonos en cueros y tratemos de sacar el máximo provecho de la vara que felizmente

hemos encontrado, de esta vara que era lo que más deseábamos y necesitábamos.

Mi tía se recogió rápidamente sus trenzas magníficas y con igual rapidez se quedó en pelotas. El doctor hizo lo mismo. Puedo asegurarles que era un hombre bien constituido, musculoso, fornido y atractivo, con un par de huevos bastante abultados. Aunque todavía tenía la picha caída, mostraba ahora un tamaño ligeramente mayor, sin duda estimulada por su conversación y sus recuerdos excitantes. La verga y el pellejo que la cubría eran de un blanco hermosísimo, y el capullo de un escarlata tentador. Hubiera sido capaz en ese instante de irrumpir en la habitación y chupársela hasta ponérsela tan tiesa que en el acto podría haber complacido al coño insaciable de mi maravillosa tía. Pero no gozaría de este placer hasta más adelante, cuanto concedí al doctor el honor y el gusto de persuadirme para que le hiciera aquello que yo ahora deseaba ardientemente. Pero vayamos al grano. En cuanto los dos estuvieron listo, mi tía, con voz autoritaria, le ordenó que se acerca.

—Venga aquí, señor. Últimamente ha faltado usted a sus obligaciones y se ha comportado como un chico malcriado, así que no tengo más remedio que azotarlo.

El doctor, con ademanes de colegial, le rogó que por esa vez lo disculpara; pero no hubo manera de convencer a su inexorable maestra, quién cogiéndolo por un brazo lo montó sobre sus muslos macizos y enormes, le rodeó con un brazo la cintura, le cogió la verga y empezó a zurrarle el culo con tanta saña y aparentemente con toda la fuerza de la que era capaz su poderoso brazo, que me dije que el doctor iba a echarse a llorar. Sin embargo, no dejó escapar un solo murmullo, y cuanto hizo fue menear sus rechonchas y tersas nalgas de un modo que no reflejaba sufrimiento, sino más bien placer. Hasta que mi tía, quien debió percatarse por la consistencia de su polla que había alcanzado por fin aquel estado que anhelaba de todo corazón, lo levantó y le dijo:

—Ahora tendría que ponerte en salmuera, pero como tus inmensas nalgas rojas no pueden caber en ningún frasco, no me queda otra que hacerlo con tu polla. Acérquese pues, caballero, y deje que meta esta criatura inflamada dentro de mi recipiente, cuya sal, se lo prometo, le quitará todos los humos.

Supongo que ese lenguaje —infantil aunque lascivo— complacía

por igual a los dos, pues al tío, que se había levantado y que ahora exhibía una polla mucho más espléndida de lo que podía haberme imaginado, hizo como si temiera este nuevo castigo y, alegando que ya le había hecho sufrir bastante, le rogó y suplicó que le perdonara. La tía, sin embargo, lo llevó hasta la cama tirándole de la polla, se apoyó en el borde, se tumbó y en seguida dobló sus muslos enormes casi hasta el vientre, mostrando ante mis ojos alborozados su inmensa raja asalmonada, que rebosaba espuma dado que toda la maniobra la había hecho correrse en abundancia. Jamás había visto un coño tan grande ni unos triángulos tan anchos como los que tenía junto a cada labio y entre el nacimiento de las nalgas, que cubrían deliciosamente unos rizos rubísimos.

—Éste es el sitio donde va a ser castigado, caballero. Agáchese y bésélo antes de que le encarcele su polla indecente.

El doctor, nada remiso, se agachó y procedió a comerla tan bien que su culo imponente empezó a menearse haciendo que todas las cosas de la habitación tintinearan. Le apretaba con tal fuerza la cabeza que creí que iba a acabar metiéndosela entera, hasta que por fin se corrió gritando de placer. Él tragó todo con impaciencia, se levantó y sin más le endilgó su arma tiesa hasta el fondo —diría incluso que con huevos y todo— de su magnífico y codicioso coño. No paró de contonearse durante unos minutos, y constaté que mi tía gozaba inmensamente con ello por los meneos convulsivos de su trasero. Al poco se vieron forzados a acelerar sus movimientos pues ella había montado sus piernas espléndidas sobre su espalda y empezado a menearse de arriba abajo con una rapidez que de ningún modo se hubiera podido esperar de una persona como ella. Siguieron forcejeando ferozmente por mucho más tiempo del que había previsto, hasta que por fin alcanzaron la crisis con una furia y entrega dignas de la energía y calidad de ambos luchadores. Pude ver que su coño espumeaba otra vez en torno a la base de la polla de respetables dimensiones de mi tío, y luego se quedaron echados con aparente desgana durante veinte minutos; las vibraciones convulsivas de sus cuerpos, sin embargo, eran clara señal de que estaban disfrutando de unos raptos deliciosos. El tío fue el primero en levantarse, lo que hizo sólo para inclinarse en seguida y lamer con avidez toda la espuma que rezumaba de la entrada dilatadísima de su coño glorioso. En cuanto él acabó, la tía se levantó y,

arrojando los brazos al cuello del doctor, le atrajo los labios hacia los suyos y empezó a lamerle las babas, hasta que le robó cuanto pudo de esa espuma deliciosa en la que el doctor había estado regodeándose. Todo duró unos minutos. Luego mi tía lo tumbó sobre la cama y le dio una buena lamida a la polla, que aunque fláccida seguía estando bastante dura. Tras ello le dio las gracias por la enorme satisfacción que le había brindado, asegurándole que había sido semejante a la que sentía cuando estaban recién casados. Y después de juguetear y retozar un rato sobre la cama, ella dijo que debían pasar a castigarse un poco más, esta vez con su trasero como objetivo, dado que le había prometido una dosis doble.

—Sí, amor mío, pero recuerda que me prometiste que podría ofrecer mi sacrificio en el templo que yo eligiera.

—John, cariño, sabes perfectamente que después de que me han follado bien prefiero que me lo hagan por el agujero más difícil.

Así pues se alzaron, y el tío, tras apoderarse de la vara, le pidió a la tía que se arrodillara al borde de la cama y que empinara bien su trasero magnífico para poder azotarla mejor. La tía obedeció inmediatamente, y como estaba colocada justo delante de mi vista, pude gozar de un panorama completo de su coño maravillosamente dilatado y de la aureola púrpura que rodeaba su ojete encantador, ornado con los preciosos ricitos rubios. No necesito decir que mi propio John Thomas estaba henchido y sulfurado y a punto de estallar de excitación. Mi tío cogió la vara en cuanto ella estuvo preparada, se puso a su lado y le pasó la mano izquierda por debajo del pubis para frotarle el clítoris; con la derecha empezó a asestarle azote tras azote sin que ni uno ni otro se arredraran lo más mínimo. Pese a su saña no se oía una sola queja o gemido. Al poco mi tía empezó a menear su culo espléndido de una manera que mostraba a las claras su enorme gozo. Su piel exquisitamente cremosa comenzó a teñirse de sangre: cuanto más roja se ponía, más se estremecían sus dos esferas resplandecientes, mientras que el tío mostraba lo mucho que esa vista gloriosa estimulaba su organismo —menos excitable— con el endurecimiento y erección de su picha. La tía se la cogió entonces con una mano y, como conocía perfectamente sus hábitos le dijo que ya estaba tan preparado como ella. Se echó pues hacia adelante pero sin desdoblar las rodillas y el doctor se colocó a su espalda y, agachándose, le lamió la espuma que rezumaba de su

coño, pues ya había tenido una corrida; luego, tras pasarle la lengua por los hermosos vericuetos que desembocan en su ojete delicioso, la metió en éste hasta donde pudo. Acto seguido se levantó, le endilgó su acalorada polla en el coño —del que la sacó bien lubricada después de dos o tres meneos—, colocó el bálano en la entrada de su ojete exquisito, y se la introdujo de un solo golpe. La tía pegó un gritito y se estremeció de placer al sentir que la penetraba hasta las entrañas. El doctor, satisfecho por el momento, permaneció embebido gozando de las exquisitas contracciones del *sphincter ani* de la tía sobre su polla encantada. No paraba de mirar sus nalgas gloriosas y se las sobaba con evidente placer. Vi que la tía se llevaba una mano al coño y comenzaba a frotarse con fuerza el clítoris. Poco después le dijo al tío que no fuera tan malo y empezara los deliciosos movimientos que esperaba de él.

Y procedieron: la excitación que me produjo ver a aquella mujer tan despampanante y con semejante trasero asaltada por el placer más desbordante fue tal que, sin poder aguantar más, tuve que cogerme la polla con una mano y tras meneármela con vehemencia dos o tres veces de arriba abajo me invadió un rapto tan enajenante que, no bien me corrí, caí desmayado de bruces al suelo. Felizmente, el tío y la tía estaban tan entrelazados que no se hubieran enterado ni siquiera de un terremoto. Así, mi caída no perturbó en lo más mínimo su placer. Debí permanecer unos minutos sin sentido, pues cuando lo recobré y pude volver a mi puesto, descubrí que ya habían pasado la crisis, aunque el tío seguía metido en esa celda estrecha que tan plácidamente ocupaba. Sus ojos estaban posados con manifiesto placer sobre las nalgas todavía palpitantes del divino trasero que tenía debajo. Ninguno parecía tener prisa, ya que continuaron gozando durante un buen rato de esa tregua lasciva. Hasta que por fin su polla, empequeñecida, abandonó esos dominios angostos. Luego se levantó y tras ayudar a su esposa a salir de la cama, se abrazaron apasionadamente, se besaron y entrelazaron sus lenguas, y la tía le dio las gracias por esa fornicación tan excitante. La tía se sentó entonces en el bidé y el tío utilizó la jofaina. Después de purificarse, y de exhibirse la tía en todo el esplendor de sus formas gloriosas, se pusieron el camisón, apagaron la luz y se metieron en la cama. Yo me escurrí en seguida hasta la habitación de mis hermanas con la polla más tiesa que

nunca. Entré sin hacer ruido: las tres estaban dormidas. Mis hermanas estaban echadas en posiciones inversas, cada una con la cabeza entre los muslos de la otra: era evidente que se habían quedado dormidas después de comerse mutuamente y en la postura en que se habían corrido. Miss Frankland al parecer había estado esperándome, pero vencida por el sueño había dejado su precioso cabello fuera de la cama para atraer mi atención en cuanto entrara. Me acerqué pues despacio y, aproximando la luz para poder contemplar mejor el precioso panorama, me embadurné de saliva el bálano y con mucha suavidad lo introduje en su coño delicioso. Se la ensarté entera antes de meterle un dedo en el ojete y asirle con la otra mano el clítoris. Para entonces ya me había apretado involuntariamente, en sueños, la polla con la fuerza de siempre. Luego, haciendo repentinamente acopio de todas mis fuerzas, comencé a moverme con energía y ella en seguida se despertó. Estaba tan lista como yo para entregarse al juego, y así en contados minutos sostuvimos un asalto de lo más excitante y placentero, corriéndonos con una vehemencia que demostraba la tremenda excitación que había pasado. Pero no podíamos estar más tiempo en esa postura, yo al costado de la cama y Miss Frankland en el borde con su precioso culo levantado; además, yo seguía vestido. Así que desalojé y me desnudé. Mis hermanas habían permanecido dormidas todo ese rato. Dispusimos pues todo lo necesario —consoladores y varas— para una orgía desenfrenada, y despertamos a las dos pequeñas, que en seguida se levantaron y se pusieron en cueros. Las tres criaturas se morían de curiosidad por saber qué me había retenido tanto tiempo —más de dos horas y media— y qué era lo que había visto.

Les conté todo lo que habían hecho y dicho, salvo lo que habían hablado de mi iniciación, ya que no quería que Miss Frankland ni mis hermanas supieran nada de ese asunto. Rieron con ganas, y la pequeña Lizzie dijo que quería imitar a la tía, o sea primero azotarme y que yo la jodiera, y luego que yo la azotara y le metiera en seguida mi querida polla en el ojete. Los demás nos reímos y festejamos su idea, que luego desarrollamos con considerable *éclat*. Miss Frankland a su vez jodió a Mary, por la que se sentía especialmente atraída, primero por el coño y luego, siguiendo mi ejemplo con Lizzie, por el culo. Tras ello, Lizzie y yo nos lavamos

las partes y nos preparamos para nuevos encuentros, a los que nos entregamos con la lascivia acostumbrada y dejando que los consoladores y las varas jugaran un papel destacado, dado que después del desenfreno de las últimas noches su aportación nos resultaba ahora imprescindible. Me fui de puntillas a mi habitación ya entrada la mañana y dormí profundamente durante una o dos horas. Huelga decir que en esos días apenas dimos clase, y que a mí se me permitía dormitar mientras estábamos en el aula.

Miss Frankland volvió a salir conmigo al parque para impartirme, como yo imaginaba, las últimas instrucciones acerca del modo en que debía comportarme con mi tía, que, ahora estaba más convencida que nunca, se lanzaría sobre mí en cuanto el tiempo y el lugar se lo permitieran. Yo le prestaba en apariencia toda mi atención, pero como el lector sabe, por entonces yo era ya todo un experto en el arte que pretendía enseñarme, gracias, claro está, a los consejos admirables que me impartiera mi encantadora y primera maestra, la adorable Mrs. Benson. Con todo, no podía dejar de sorprenderme que aquellas dos mujeres admirables coincidieran plenamente tanto en sabiduría y conocimiento del mundo como en el deseo de encauzar mis pasos.

A la noche siguiente el doctor y la tía se acostaron tranquilamente, asegurando aquél que los devaneos de la noche anterior no le permitían hacer nada esa noche. De modo que sólo pude gozar de la contemplación de todas las imponentes bellezas de mi tía, que producían un efecto inevitable sobre mi alma excitable y de las que se despidió, en cuanto la luz se apagó, perfectamente pertrechada para la tarea que la aguardaba en la habitación de mis hermanas. Llegué antes de lo previsto y las encontré a las tres ensortijadas: las dos niñas se lamían una a otra y Miss Frankland metía el clítoris en el ojete de Mary. Sorprendentemente no me oyeron cuando abrí despacio la puerta, así que esperé pacientemente hasta que les sobrevino la crisis lasciva y se corrieron juntas con fruición. Me puse entonces a aplaudir gritando:

—¡Bravo, bravo! ¡Otra!

Yo estaba encantado, pues si he de ser sincero tanta actividad estaba acabando conmigo y cada vez necesitaba más el estímulo de la vara. Sin embargo, no nos quedaban más que esa noche y la siguiente, por lo que todos redoblamos nuestros esfuerzos,

sabedores de que dentro de muy poco tendríamos que interrumpir nuestras orgías deliciosas.

Nuestros deseos volvieron a exaltarse con furor, estallando en torrentes de esperma. Nos pusimos en todas las posturas y realizamos todos los caprichos lúbricos imaginables para aumentar nuestro placer o restablecer nuestras agotadas fuerzas, hasta que la hora nos obligó a separarnos de nuevo.

Al día siguiente no tuvimos clase, sino que dedicamos todo el tiempo a hacer el equipaje y preparar la partida. Mi pobre madre estaba angustiadísima: era una persona sumamente sensible, inocente como un niño. A menudo me he preguntado cómo pudimos salir los tres tan lascivos, pues mamá era todo lo contrario. Supongo que heredamos ese carácter de nuestros abuelos, pues allí estaba mi tía, casi tan lasciva como Miss Frankland, que sólo la aventajaba en que tenía en sus venas sangre griega, lo cual, sin duda, incidía sobre su desbordante lubricidad. Algún día contaré los hechos más señalados de su romántica historia, que ella misma me refirió pormenorizadamente tiempo después. Fue un día triste para todos, más triste incluso que el siguiente, el de la partida. Con frecuencia lo que se teme resulta no ser tan terrible cuando llega.

Esa noche mi tía y el doctor tuvieron una nueva sesión de azotes, aunque esta vez ella obtuvo del doctor una sola prestación. Como antes, en cuanto acabaron salí en puntillas para pasar la última noche deliciosa en compañía de las queridas criaturas con las que había vivido las orgías más extasiantes durante más de dos años. Mis hermanas se estaban convirtiendo rápidamente en unas muchachitas enormemente guapas, especialmente Mary, que, con un año y medio más que Lizzie, era naturalmente más rellenita y robusta, aunque Lizzie prometía ser finalmente más guapa, como de hecho ocurrió, y poseía además un temperamento mucho más ardiente que el de su hermana. Pasamos la noche en orgías de lo más refinadas, salpicadas de lágrimas de pesar por nuestra separación y tiernas muestras de cariño que daban pie a actos de una lubricidad tan desenfrenada que llegué casi a desvanecer de agotamiento. Nos costó un trabajo inmenso despedirnos y al marcharme las tres criaturas angelicales me siguieron desde su puerta con los ojos llenos de lágrimas; yo, al volver la vista atrás, no pude contenerme y tuve que regresar con ellas para arrojarme a sus

brazos por última vez. Hasta que —como todas las cosas de este mundo— aquello acabó, y yo volví a mi cuarto y me metí en la cama sollozando.

Es inútil que me explaye hablando de nuestra despedida. Mi madre nos acompañó al pueblo para tomar la diligencia. Partimos. Mi pobre madre apenas pudo pronunciar su adiós y su bendición, y vi que las lágrimas corrían por sus mejillas venerables mientras agitaba el pañuelo detrás de la diligencia hasta que doblamos una esquina y nos perdió de vista. Naturalmente, mi corazón bullía de júbilo, aunque bien podía haber sido al revés, tratándose de la primera vez que me iba lejos de casa. Mi tía me rodeó con un brazo la cintura y me hizo apoyar la cabeza en su amplio pecho, tratando de consolarme como mejor podía. Pero un corazón jubiloso debe desahogarse por su cuenta. Por suerte, viajábamos completamente solos. Mi tía estaba muy cariñosa, al igual que el doctor. Al poco me dispuse a dormir. Pese a toda la amargura del momento, encontraba cierto consuelo en la idea de apoyarme contra esas esferas gloriosas. Mi tía me besaba una y otra vez y yo le devolvía sus besos haciendo pucheros, cosa que se me antojó le agradaba. Dormí hasta que el carruaje se detuvo para que cenáramos; comí con ganas y, como se supondrá después del intenso trabajo de la última semana, volví en seguida a dormirme como un lirón.

No me desperté hasta bien entrada la mañana, y, como todos los que tienen el sueño pesado, percibía todo lo que ocurría a mi alrededor cuando todavía no había abierto los ojos. Cobré conciencia de que una mano apretaba con suavidad y aparentemente medía el tamaño de mi picha, a la que la presión de mi vejiga había puesto completamente tiesa. Me quedé quieto y seguí respirando profundamente, pero sin poder evitar las continuas vibraciones de mi polla, que provocaba mi tía tocándomela con su suave mano desde fuera de mis pantalones. Parecía que acababa de comenzar con sus tocamientos, pues hasta ese momento no había reparado en el acusado abombamiento de mis pantalones. Arrimó su rodilla a la del doctor, que me imagino estaba dormitando, y oí que le dijo en un susurro que se fijara en aquella inmensidad.

—Pálpala, cariño, pero muy despacio para que no se despierte. Es la polla más grande que he tocado nunca, y supera con mucho a la del difunto capitán de granaderos al que tanto envidiabas.

El doctor me la tocó, y creo que la tía me habría desabotonado los pantalones si el carruaje no se hubiera detenido de pronto en la posada donde íbamos a desayunar. Tuvo pues que zarandearme. Yo fingí muy bien que acababa de despertarme. Y en cuanto estuvimos fuera del coche le cuchicheé al doctor:

—Por favor, tío, ya no aguanto las ganas de orinar.

—Ven conmigo, niño querido.

Y llevándome detrás de unos carros del patio, donde nadie podría vernos, me dijo:

—Podemos orinar junto a esta reja.

Y, para animarme, se sacó en seguida con decisión su picha tiesa. Entendí al vuelo su intención y sin dudarlo me saqué el aparato, empinado a más no poder.

—¡Dios mío, Charles, qué cola tan grande tienes! ¿Se te pone con frecuencia así?

—Sí, tío, todas las mañanas me duele hasta que orino. El dolor es peor a medida que me crece más; el año pasado no la tenía ni la mitad de grande. No sé qué hacer cuando se me pone tan dura, porque el dolor es horrible.

—Ah, bueno, hablaré con tu tía, a lo mejor ella puede ayudarte. ¿Has hablado con alguien más sobre esto?

—¡Oh, no, me hubiera muerto de vergüenza! Cuando he visto que usted la tenía igual de tiesa me he atrevido a pedirle consejo, querido tío.

—Has hecho muy bien. Siempre que tengas algún problema con esa parte de tu cuerpo, cualquiera que sea, no dudes en consultarme.

Desayunamos y noté que, al volver al coche, el tío y la tía hablaban encantados sobre el tema. Llegamos a Kent justo antes de la comida, durante la cual ambos me colmaron de atenciones, especialmente la tía.

El largo viaje nos obligó a todos a acostarnos temprano. Los dos me condujeron con enorme *empressement* a mi habitación, bastante cómoda, con una puerta que daba al pasillo y otra a la derecha que comunicaba con el vestidor y el cuarto de baño de mi tío, que a su vez se comunicaban con su dormitorio, en un extremo del cual había otro vestidor con armarios llenos de indumentos femeninos y reservado al uso de mi tía. Me dejaron solo y dormí como un

bendito hasta bien entrada la mañana. Mi tío me despertó quitándome toda la ropa de cama. Naturalmente, estaba empinado como de costumbre. Me contempló durante un minuto o dos sin hablar de mi enorme verga tiesa. Luego dijo que eran las nueve de la mañana y que el desayuno estaba servido, que me había dejado estar un rato más en la cama al verme tan profundamente dormido, pero que ya era hora de que me levantara.

—Veo —agregó— que el cacharrito, como tú lo llamas, se te ha vuelto a poner tan duro como me decías ayer.

Luego me la cogió y la apretó suavemente de arriba abajo. Era evidente que aquello le producía un placer inmenso, pero se contuvo y me dijo que la tía vendría a la mañana siguiente para ver por qué se me ponía tan dura y para procurarme un remedio.

Le respondí que eso sería muy amable por parte de la tía, pero que no sabía lo que podía pensar de mí si le enseñaba mi cacharrito: mamá, cuando dormía en su habitación, me había dicho siempre que orinara en un rincón y que nunca se lo mostrara a nadie.

Rió por mi aparente ingenuidad y dijo:

—Tu mamá te aconsejaba muy bien en lo que respecta a la gente en general, pero es muy distinto tratándose de tu tía, a la que vuestro estrecho parentesco autoriza a hacer cuanto esté en sus manos para aliviar a su querido sobrino, por el que ambos nos tomamos tanto interés. Supongo además que tu mamá jamás te lo ha visto tan crecido y duro.

Durante todo ese rato no había dejado un solo instante de asírmela con suavidad.

—¡Uh, no! Mamá me lo veía sólo de noche, cuando lo tenía totalmente encogido. Además, dejé de dormir en su habitación hace un año, justo cuando comenzó a crecerme y a dolerme de esta forma, y a vibrarme con la misma violencia que ahora lo hace en su mano. Es una sensación extrañísima, querido tío, y le aseguro que voy a agradecérselo mucho a la tiíta si ella es capaz de darme un remedio que me alivie de este sufrimiento.

Volvió a reír y dijo:

—Hablaré con tu tía, y ya veremos, ya veremos. Pero ahora levántate, que tu tía debe estar esperándonos. Así que date prisa en vestirte, y cuando bajes ve a buscarnos al comedor.

Me dejó y mientras avanzaba por el pasillo lo oí riéndose solo,

sin duda de mi aparente ingenuidad. Supe en seguida que al día siguiente tendría que mostrar mi virilidad, pero al mismo tiempo recordé el provecho que podía sacar del consejo que me habían impartido mis dos admirables amadas, es decir, el de hacer creer a todas mis nuevas conquistas que mis primicias eran suyas. Decidí seguir en mi papel, previendo que de ese modo aumentaría enormemente el placer de mi tía cuando la follara con mi verga realmente monstruosa. Poco después bajé al comedor, donde fui recibido con un abrazo de lo más efusivo de mi hermosísima tía, quien, luciendo un vaporoso *deshabillé*, parecía más encantadora que nunca. Me estrechó durante más de un minuto entre sus brazos y me comió a besos. Estaba seguro de que el doctor le había contado nuestra entrevista y advertí que ella, por el brillo de sus ojos y el sonrojo que le producía abrazarme, estaba ya excitadísima y que esperaba ansiosa la hora en que podría desahogar todos sus deseos. Sin embargo, ese día se comportaron con comedimiento. El doctor tenía que atender algunos asuntos de la parroquia, mientras que la tía, tras dejarme solo durante una hora para ocuparse de ciertas tareas, me mostró la casa y el pueblo. Se trataba de una de esas casas de rectoría típicas de Inglaterra, confortables y con jardín propio, aunque pocas tenían una vista tan maravillosa como la que se dominaba desde la de mis tíos. Leeds, en Kent, está enclavado en una sierra que se abre hacia el este y el oeste y a cuyos pies se extiende la rica y hermosa campiña de Kent. La casa daba al sur, y al otro lado del jardín se extendía un panorama maravilloso de los campos circundantes. Aunque quedaba cerca del pueblo y de la iglesia, la casa estaba rodeada por una espesa hilera de árboles frondosos que la aislaban y protegían del viento. Su interior era bastante cómodo pero sin pretensiones. El frente sur tenía un amplio semicírculo, con tres ventanas delante y una a cada lado del semicírculo; allí, en la planta baja, estaban el salón y la habitación de mi tío, y en la superior había dos vestidores. A la derecha, mirando hacia la casa, un corredor abovedado conducía al invernadero y a la bodega, y sobre él había tres habitaciones, cada una con una ventana bastante grande y con vistas al jardín. Dichas habitaciones estaban destinadas a los pupilos que el doctor preparaba para la universidad, cuyo número jamás excedía de tres. Yo era ahora su único ocupante. Estaban distribuidas de un modo

que las dejaba aisladas del resto de la casa por una puerta ubicada en el rellano de la escalera y por la que se salía al pasillo. Del pasillo se abría otra puerta que comunicaba con el vestidor del doctor y con cada una de las tres habitaciones. Al fondo del pasillo había un lavabo de uso común. Ya he dicho que la primera de estas habitaciones tenía otra puerta de comunicación con el vestidor del doctor, y que en dicha habitación era donde me habían instalado. Debajo de estas habitaciones, pero mirando hacia el norte, con un patio interior y flanqueada por un camino tapiado que conducía al pueblo, estaba el aula, que ocupaba aproximadamente la mitad del espacio de aquéllas. Al otro lado del camino tapiado que conducía al pueblo, había un tranquilo jardín cuadrangular, hacia el que miraba el despacho del doctor. Dicho despacho estaba separado del aula por un pasadizo, y sus puertas, tanto la que daba a la casa como la que daba al aula, estaban doblemente acolchadas. Aquél era, en efecto, el *sancta sanctorum* del doctor, al que volveré a referirme más adelante. La parte de la casa dedicada al estudio quedaba pues de esta manera totalmente aislada y separada del resto. Pero volvamos a la zona habitable. En el ala oeste había una pequeña biblioteca a la que se accedía desde el salón, junto al cual quedaba un cómodo comedor contiguo a su vez a la cocina y a las oficinas, desde las que se dominaba el zaguán y encima de las cuales estaban las habitaciones de los criados y las dependencias anejas. La entrada principal, situada al norte, daba a un elegante vestíbulo en el que había una amplia escalera que conducía a la planta superior, donde, a la izquierda y sobre la biblioteca y el comedor, había tres habitaciones más. Era pues una casa muy cómoda y adecuada para un rector que además de su ministerio desarrollaba labores docentes. Olvidaba decir que la primera habitación del ala izquierda tenía una puerta de comunicación con el vestidor de la tía, habitación que, según descubriría más tarde, ella utilizaba a menudo para sus devaneos amorosos con algún amante afortunado. Los jardines estaban profusamente adornados con flores. Un camino muy umbroso bordeaba el invernadero y llegaba a una encantadora casa de campo que quedaba oculta entre la maleza y desde la que se dominaba un panorama precioso. Estaba adecuadamente amueblada para las prácticas amatorias: los divanes eran bajos y anchos, y estaban llenos de cojines mullidos. Más tarde

sería el escenario de numerosos encuentros lascivos. Mi tía me llevó por todos los sitios que acabo de describir. Cuando llegamos a la casa de campo advertí que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para reprimir su deseo de poseerme. Yo a mi vez me hubiera arrojado encantado a sus brazos ansiosos y la hubiera fornicado una y otra vez, pero la prudencia me contuvo. Estaba decidido a seguir representando mi papel, y sin duda la tía se contenía por un motivo similar. Ella y el doctor habían resuelto no hacer nada que pudiera escandalizarme —tanto creían en mi pudor— hasta la mañana siguiente. Suspiró pues profundamente y desde la casa de campo nos encaminamos hacia el pueblo; allí encontramos al doctor y regresamos con él a casa para comer. Después de la comida el doctor me llevó a dar otro paseo por las pintorescas calles del pueblo y las laderas de las colinas, desde donde había una vista muy hermosa del castillo de Leeds, sobre el que el doctor me refirió datos históricos sumamente interesantes. Tras una larga y agradable caminata regresamos a casa con tiempo para vestirnos para la cena. Descubrí entonces que una de las reglas impuestas por el doctor consistía en que, ya se estuviera solo o acompañado, había siempre que cambiarse de traje para cenar. Ello tenía varias ventajas. En primer lugar, permitía que uno estuviera ocupado al menos una media hora, cosa nada desdeñable para la gente que vive en el campo, y luego daba a las cenas, por pocos que fueran los comensales, cierto *cachet* o más bien un toque *chic*. Por lo demás, imponía cierta moderación en la bebida, y en tal sentido bien puede ser considerada una medida disciplinaria pensada para mantener la reserva y el autodominio que caracterizan a los ingleses.

Fuera de las atenciones que los dos me prodigaron, la cena transcurrió sin que ocurriera nada digno de mención. Era evidente que me había granjeado toda su simpatía, debido tal vez a que ambos empezaban a tener firmes esperanzas de que serviría para todos sus propósitos. Nos retiramos temprano a dormir, con lo cual, tras tres noches de descanso ininterrumpido, pude restablecerme de los excesos a los que me había abandonado antes de salir de casa. Y para mi suerte, además, aquello me permitió satisfacer los violentos deseos de mi tía, quien era insaciable una vez que daba rienda suelta a toda su lujuria. Me desperté más temprano que la mañana anterior, pero poco después, al oír que alguien se movía en el

vestidor del doctor, volví a hacerme el dormido. Y en efecto, tal y como yo esperaba, el doctor entró al rato en compañía de mi tía. Se acercaron al borde de mi cama. Yo me había echado adrede boca arriba para que la fina colcha que me cubría se alzara por la presión de mi picha tiesa. Oí que el doctor le susurraba a la tía que se fijara en mi aparato. Ella deslizó suavemente una mano debajo de la ropa de cama y me la cogió entre sus dedos rechonchos: la polla comenzó a vibrarme en seguida con tal violencia que creí prudente fingir que me despertaba. Mi tía no se cortó en lo más mínimo, sino que continuó apretándomela con suavidad. Luego dijo:

—Querido sobrino, tu tío me ha traído para que vea si puedo aliviarte de algún modo del tremendo dolor que te hace padecer esta cosa inmensa que tienes aquí. Déjame que te la vea.

Dicho lo cual apartó la colcha y dejó al aire mi larga polla erguida en todo su esplendor.

—¡Caramba, vaya monstruo! —gritó.

Los ojos le centelleaban y el rostro se le encendía cuanto más la observaba. El tío se acercó y también me la cogió con manifiesto deleite.

—¿Cariño, crees que podrás ponerlo en remojo en tu cálida bañera? ¡Mira que es descomunal!

—Oh, no tengo la menor duda de que podré aliviarlo y quitarle todos sus dolores. ¡Pobre chico, cómo vibra! ¿Te duele mucho, querido Charles?

—¡Ay, sí! Parece como si su mano me lo pusiera todavía más duro, aunque al mismo tiempo me produce una sensación extrañísima, como si fuera a desmayarme. Alívieme, querida tiíta, el doctor me ha dicho que puede hacerlo si lo desea.

—Por supuesto que lo haré, querido niño. Pero el método es un gran secreto, que sólo conocemos tu tío y yo. Tienes que darme tu palabra de que nunca contarás ni dirás a nadie cómo te he curado. El único motivo que me impulsa a hacer lo que pueda por aliviarte es el enorme afecto que siento por ti. ¿Me prometes ser discreto?

—Querida tía, le aseguro que voy a quedarle tan agradecido que jamás se me ocurrirá hablar con nadie sobre su amabilidad. Ande, hágalo de una vez, que el dolor me está matando.

—Está bien, hazme sitio en tu cama para que pueda echarme a tu lado. Te aliviaré en cuanto el doctor nos tape.

Entró pues en la cama, se tumbó y se arropó con la sábana dejando al aire su vientre espléndido y abriendo al mismo tiempo sus maravillosos muslos; me pidió en seguida que me subiera encima suyo diciéndome que tenía una raja en el cuerpo donde debía meterle mi duro cacharrito para que me pasara el dolor. Yo monté con dificultad encima suyo. Ella asió entonces mi polla erguida y, colocando el capullo entre sus labios ya bastante húmedos, me dijo que se la introdujera todo lo que pudiera. En un instante ya se le había deslizado hasta el fondo de su raja deliciosa.

—¡Oh, Dios mío! —grité, ¡qué gusto! ¿Qué tengo que hacer ahora, queridísima tiíta? Siento como si me fuera a morir.

Mi aparente inocencia pareció aumentar su placer. Arrojó entonces la sábana a un lado y con brazos y piernas me estrechó contra su cuerpo mientras me pedía que meneara el culo de arriba abajo para que mi polla entrara y saliera. Seguí sus indicaciones y ella me secundó con un estilo inusitado, estrujándome el instrumento con unas contracciones maravillosas en el momento que yo desalojaba y ella se apartaba para que se la volviera a ensartar en seguida con la mayor fruición. Sentí que la mano del doctor me cogía los testículos y los apretaba con suavidad. Al advertir que la crisis estaba por sobrevenirme, arremetí impetuosamente lanzando un grito frenético, pero al instante, recordando mi papel, exclamé:

—¡Oh, querida tía, me muero! ¡Oh, oh! ¡Pare, pare! No pue… no puedo más. —Y caí exánime, pero alcancé a oír que la tía decía en un susurro:

—Niñito mío, cariño, encanto, jamás me habían metido una polla tan gloriosa ni fornicado tan bien. Temo que la criaturita se ha desmayado por el exceso de placer y la novedad de la sensación; pero su polla fantástica sigue vibrando deliciosamente dentro de mí: pálpale la base, doctor, y verás qué dura la tiene.

Sentí que el doctor me la tocaba haciéndola vibrar violentamente.

—Nuestro querido niño la tiene tan dura como siempre. Podrás sacarle otro polvo en cuanto recobre el sentido. Cosa que me alegra mucho, pues es delicioso verte en acción, especialmente si lo haces con una polla tan espléndida: jamás me habías hecho un regalo mejor que éste.

—No me sorprende, querido, ya que nunca en mi vida había topado con una polla tan fantástica, y sobre todo porque cuando conocimos a mi sobrino jamás nos imaginamos que pudiera tener una cosa tan espléndida debajo de los pantalones. Oh, me siento más excitada que nunca, y me estoy… me estoy corriendo ¡Oh, oh!

Y derramó un nuevo chorro abundante y caliente sobre mi polla encantada. Dejé que disfrutara de los raptos de su segunda corrida lasciva hasta que noté que sus deseos libidinosos estaban otra vez exaltados y que reclamaban más actividad. Fingí que no sabía dónde estaba y me puse a musitar:

—¿Oh, dónde estoy? ¿Qué es lo que ha pasado? ¡He estado en el séptimo cielo!

Levanté la cabeza e hice como si reconociera sorprendido a mi tía:

—¡Oh, querida! ¿Cómo he llegado aquí? Ah, ya me acuerdo, tiíta, usted me había prometido aliviarme del dolor; y lo que me hizo fue muy agradable, pero ahora lo tengo más duro que nunca. Hará algo por aliviarme otra vez, ¿verdad, querida tiíta?

—Por supuesto, querido sobrino, sólo tienes que hacer lo mismo que antes, menearte de arriba a abajo. Yo seguiré tu ritmo y a lo mejor esta vez tenemos más suerte.

Naturalmente, yo actué con menos *gauche* y ella con más vigor. Sentí que el doctor me metía un dedo humedecido hasta las entrañas y lo movía al compás de nuestras arremetidas. La tía me pedía a gritos que fuera más y más rápido, hasta que pronto alcanzamos el instante triunfal corriéndonos juntos entre jadeos y suspiros arrebatadores. Yo volví a desplomarme sobre su noble pecho jadeante, realmente vencido por el placer enajenante que me había hecho sentir su delicioso coño. Al posar mis ojos húmedos y enamorados en el rostro de mi tía, ella me cogió la cabeza con ambas manos y atrajo mis labios hacia los suyos para darme un larguísimo beso de gratitud y meterme la lengua en la boca, que yo inmediatamente chupé. Luego me pidió que le metiera la mía. Después de lengüetearnos durante un minuto o dos me preguntó si el cacharrito me dolía menos y si ya no lo tenía tan duro.

—Un poquito, querida tiíta, pero ahora mismo siento que se me está poniendo duro otra vez. Inténtelo de nuevo, por favor ¡Ay, es tan gustoso!

Mi polla comenzó entonces a vibrar y se puso dura para demostrar la veracidad de mis palabras. Pero en ese mismo instante el doctor nos interrumpió, diciendo que él también necesitaba un alivio, mientras exhibía su hermosa polla totalmente tiesa delante de nuestros ojos.

—Levántate, querido niño, para que tu tía pueda aliviarte de una manera que le permitirá a la vez poner remedio a mi dolor.

Desalojé a regañadientes mi polla fragante y casi completamente empinada. Sin embargo, al levantarme mis ojos se clavaron sobre la raja dilatadísima y espumeante de la que acababa de apartarme, y grité:

—Oh, querida tía, qué vista tan maravillosa tengo ante mí. He de besarla para agradecerle todo lo que ha hecho por aliviarme.

Y me lancé sin más de cabeza, se la besé y lamí sus labios abiertos y rezumantes de esperma, metiéndole la lengua tan lejos como podía. Aquello le producía un placer manifiesto. Sin embargo, el doctor me mandó apartarme, me dijo que me tumbara de espaldas y a la tía le pidió que montara a horcajadas sobre mí. Ella me cogió la polla, ahora completamente tiesa, la tiró hacia sí y, tras ponerla delante del blanco, se dejó caer hasta que su tupido vello quedó entreverado con el mío. Se movió de arriba abajo dos o tres veces con un ritmo pausado y delicioso, y luego, inclinándose, pegó sus labios a los míos mientras yo rodeaba su cuerpo glorioso con mis brazos.

El doctor se arrodilló entre mis piernas y en seguida noté que su polla se restregaba entre los labios del coño de mi tía, éste totalmente distendido en torno a mi polla inmensa, sin duda con el objeto de lubricársela antes de meterla en el formidable culo de mi tía. Sentí el roce de su polla contra la mía a través de la delgada membrana de separación y a medida que se la iba introduciendo poco a poco hasta las entrañas. Empezamos entonces a movernos acompasadamente, pero la tía nos derrotó a los dos corriéndose un par de veces antes de unirse a nosotros en el instante en que entre alaridos de placer nos sobrevino el éxtasis como mortal, tras el cual los tres quedamos sumidos en ese estado semiinconsciente del rapto supremo. Estuvimos un rato sin pronunciar palabra. El doctor por fin se levantó y extrajo la polla del delicioso orificio donde había estado alojada, demostrando, por el modo en que le colgaba el

bálano, que la tía había conseguido aliviarlo de su rigidez. Le pidió a la tía que también se levantara; sin embargo, por el modo en que le vibraba el coño y el trabajo que le costó despegarse de mi polla (tanto que al salir sonó con estrépito), deduje que de muy buena gana hubiera accedido a aliviarme de una nueva erección. Yo la tenía, con todo, bastante más fláccida que antes, aunque seguía estando todavía bastante dura. No bien estuvo de pie se inclinó, la besó, se la metió en la boca y la chupó con pasión. Me dijo que estaría encantada de aliviarme siempre que me molestara. Luego me pidieron que me levantara y vistiera para bajar a desayunar, y en seguida salieron de mi habitación para terminar de arreglarse. Permanecí durante unos minutos evocando soñadoramente todo cuanto acababa de ocurrirme y riéndome del último comentario de mi tía, el cual me permitía suponer que ella estaba realmente convencida de que no tenía la menor idea de lo que significaban las escenas que acabábamos de representar. Yo decidí actuar como si efectivamente fuera así.

Cuando bajé a desayunar la tía me recibió con un beso muy cariñoso. Le di las gracias por lo amable que había sido aliviándome del dolor de un modo tan delicioso, y le dije que por fuerza tenía que quererla más que a nadie en el mundo y que esperaba que cada mañana tuviera la gentileza de hacer lo mismo, ya que era entonces cuando sentía el dolor, un dolor del que sin embargo ya no podría volver a lamentarme mientras ella accediera a calmármelo tan gentilmente. De un modo de lo más infantil me puse entonces una mano en cada mejilla y alargué la boca reclamando un beso, que ella me dio con extrema pasión. Me dijo que era su niñito y que estaría siempre dispuesta a ayudarme como había hecho esa mañana con tal de que supiera ser discreto y no le contara nunca a nadie lo que me hacía. Pueden estar seguros de que le reiteré mi promesa de todo corazón. Volvimos pues a besarnos y, con un hambre feroz por el ejercicio realizado, nos sentamos a desayunar para rendir los debidos honores a todos los manjares que teníamos delante. El doctor me dio luego un libro de historia, diciéndome que lo leyera durante un par de horas y que a la hora de la comida comentaríamos mi lectura. Lo estudié con atención durante ese tiempo y luego la tía vino para invitarme a dar un paseo por el jardín. Quieras o no, me condujo hasta la casa de campo, donde se

sentó sobre una otomana baja. Yo me acomodé a su lado. Ella me atrajo hacia sí, me besó y me apretó su pecho, murmurando palabras cariñosas y estrechándome contra sus tetas gloriosas. Naturalmente, mi descontrolado miembro se encendió al momento. Para evitar que creyera que me incitaba la lascivia, dije:

—Oh, querida tía, tengo que orinar. El cacharrito se me pone en seguida duro como un palo si trato de aguantar las ganas; tóquelo para que vea lo duro que lo tengo. ¿Me da permiso para ir a orinar?

—Querido niño, yo misma te acompañaré y te ayudaré a desabotonarte los pantalones.

Nos metimos entre los árboles. Sus dedos diligentes me desabrocharon los pantalones y sacaron mi polla, erguida en todo su esplendor. Afortunadamente, tenía ganas de orinar, lo que hice mientras la tía me la sujetaba, con ojos centelleantes y las mejillas coloradas por el deseo y la excitación. Hizo una observación sobre su tamaño descomunal en tanto me la sobaba suavemente de arriba abajo. Naturalmente, se me puso más tiesa que nunca. Arrojándole los brazos al cuello, le pregunté si no podía volver a aliviarme de la rigidez y el dolor que sufría.

—No faltaría más, cariño. Volvamos a la casa de campo para que nadie nos pueda ver.

Entramos. Puso un cojín en el suelo para mis rodillas, se tumbó y se alzó las enaguas hasta la altura del vientre, dejando al aire su coño velludo y su espléndida raja rosa, ya húmeda de la excitación. Yo me puse de rodillas e, inclinándome, dije:

—Tengo que besar el querido remedio de mis penas.

Se la besé y lamí hasta que la tía me pidió que me enderezara porque quería dar pronto alivio a mi dolor. Me alcé pues y le metí mi miembro tieso hasta el fondo de su coño ansioso, dejándola casi sin respiración por el modo tan repentino y completo en que se la había introducido. Al instante me rodeó con brazos y piernas y nos lanzamos furiosamente a la lucha, hasta que nos corrimos entre gritos de placer quedando en un letargo pasajero. No bien recuperados todo nuestros bríos, nos lanzamos otra vez a un asalto frenético, bañándome esta vez la tía con su corrida ardiente dos veces seguidas, la segunda cuando sintió el torrente de esperma que le empapaba toda la matriz. La crisis final resultó incluso más extática que la anterior, y así permanecimos más rato invadidos por

la dulce languidez que sigue al orgasmo. Pero tan voluptuosas eran sus contracciones internas que muy pronto se reavivaron todos mis deseos libidinosos, inflamando mi polla con redoblado vigor. Hicimos una pausa de unos minutos, deleitándonos en las deliciosas vibraciones internas, hasta que nuestra lujuria no pudo soportar por más tiempo esas maniobras previas y, nuevamente exaltados, nos precipitamos con desenfreno al combate. Yo rendí por fin mi tributo a Príapo, mientras que mi tía, dada su fogosa naturaleza, se lo rindió por partida doble. El rapto que nos sobrevino al corrernos fue esta vez tan tremendo que perdimos realmente el sentido y nos quedamos estrechamente abrazados durante un largo rato. Sentí luego que los dos volvíamos a excitarnos, pero la tía me rogó que me levantara, diciendo que era suficiente por el momento, que la rigidez ya me había pasado y que no podía aguantar por más tiempo mi peso. Le hice caso, pero volví a hundir la cabeza en la ancha raja de ese coño glorioso, y, antes de levantarme completamente, lamí toda esa espuma deliciosa. Me atreví incluso, ya que estaba en ello, a tocarle el clítoris, un atributo menor en ella pues tenía apenas un bultito. Al tocárselo se meneó excitada e incluso me apretó la cabeza en un arrebato de placer.

—¡Niño querido, qué placer tan enorme me produces! Sigue repasando tu lengua un ratito más por esa cosa dura.

Así lo hice. Su espléndido culo se contoneaba presa del frenesí. Al poco alcanzó el éxtasis, hundiéndome prácticamente toda la cara en su vasto dominio y arrojando un auténtico torrente de esperma que me empapó toda la cara y el cuello. Me cogió luego por los hombros para levantarme y darme un beso. Mi polla había recobrado todo su vigor y sin que nadie se lo pidiera franqueó la entrada de ese coño tan lascivo y abierto. Mi tía, sorprendida por mi acción, dio un respingo, pero estaba demasiado encantada para vacilar un momento. Rodeándome con piernas y brazos, sus flexibles caderas se pusieron inmediatamente en acción. Yo estaba tan exaltado como ella, de manera que este asalto fue incluso más rápido que el anterior y nos corrimos y hundimos juntos en la exquisita languidez no bien acabamos de derramar la última gota de nuestra descarga deliciosa. Mi tía, que por fuerza debía sentirse inmensamente satisfecha, siguió fingiendo que todo lo hacía por aliviarme, y me pidió que me levantara diciendo que teníamos que

irnos porque ya iba a ser la hora de la comida.

—Y otra cosa, querido sobrino, tienes que procurar contener un poco tu rigidez y evitar que se te ponga duro tan a menudo, o de lo contrario tu violencia acabará lastimándome.

—Oh, querida tía, es que usted me alivia de un modo tan exquisito que parece como si el cacharrito se me pusiera duro sólo para conseguir que usted lo calme. Mire cómo me despunta otra vez en los pantalones —dije, pues ella ya me los había vuelto a abotonar. Puso su mano encima y me la meneó, pero suspirando profundamente dijo en seguida:

—Vámonos ya, que si no no sé lo que va a pasar.

Y me hizo salir, mas por la forma en que me apretaba el brazo comprendí que seguía tremendamente excitada. Se reprimía únicamente por prudencia, pues parecía creer que yo seguía ignorando el verdadero significado de nuestros actos. Encontramos al doctor esperándonos en la mesa del comedor. No tardó en adivinar a qué habíamos dedicado nuestro tiempo al ver el rostro encendido de mi tía, y preguntó si había vuelto a aquejarme aquella rigidez antinatural.

—Sí, pobre criatura —dijo mi tía—. Parece que cada vez que quiere orinar y no puede hacerlo en seguida, se le pone como ya sabes, y esta vez me ha costado un poco calmarlo. Al final lo conseguí, pero de todas formas le he dicho a nuestro querido sobrino que tiene que tratar de dominarse durante la mañana, dado que yo no voy a poder aliviarlo siempre.

—Tienes mucha razón, amor. Sí, querido Charles, debes intentar seguir los consejos de tu tía.

Naturalmente, se lo prometí, y con una mirada tan inocente que ellos se cruzaron sonrisas de complicidad. Nos sentamos a comer. Después el doctor, sentándose a mi lado, comenzó a hablar del tema de historia que me había encomendado estudiar. Nuestra charla se volvió realmente interesante. El doctor era un hombre de gran erudición y sabiduría, y tenía una forma, muy característica de hacer que prácticamente cualquier tema resultara interesante. Las horas pasaron volando. Hasta que no dieron las cinco, cuando la tía como tenía costumbre entró trayéndonos el té, no nos dimos cuenta del tiempo que habíamos pasado juntos. El doctor alabó mis conocimientos de historia y la pertinencia de las preguntas que le

había formulado, poniéndome, en fin, por las nubes; ya no dudé que me había ganado su estima por motivos que no tenían nada que ver con mi ascendiente erótico. Antes de la cena me invitó a dar un paseo, durante el que me cautivó con su enjundiosa charla. La cena fue sumamente amena. En el salón, la tía, que era una pianista excelente, nos deleitó con su virtuosismo y buen gusto. El doctor me retó a una partida de ajedrez. Obviamente, él jugaba mucho mejor que yo, pero no por ello dejó de elogiar mi estilo, diciéndome que con el tiempo y la práctica me convertiría en un campeón. Como siempre, nos retiramos a eso de las diez y media; el doctor me acompañó a mi habitación, prometiéndome que vendría a la mañana siguiente con la tía para ver si la dolorosa rigidez seguía molestándome. Yo se lo agradecí calurosamente pero con la mayor sencillez, como si no tuviera la menor idea de lo que significaba la aplicación de aquel remedio. Me dejó para que me acostara. La calma de la noche y la profundidad de mi sueño me restauraban todas mis facultades eróticas y me permitían realizar mis devaneos diurnos sin apenas agotarme.

Dormí en efecto profundamente, tanto que sólo me desperté al sentir la mano acariciadora de mi tía sobre mi polla tiesa. Había apartado suavemente mi ropa de cama, y yo estaba totalmente a merced de sus ojos y sus manos.

—¡Oh, querida tía, qué amable es usted al venir tan temprano a aliviarme de mis molestias!

Estiré los brazos y ella se agachó para besarme. La estreché contra mi pecho. Al unir los labios y entrelazar las lenguas, nuestra lujuria se exacerbó al máximo. Ella se acostó a mi lado y yo en seguida monté encima suyo. El doctor me agarró la picha y la condujo hacia el delicioso dominio de su esposa. Mi querida tía me pidió que hiciera lo mismo que el día anterior si quería aliviarme. Nuestros movimientos se volvieron rápidos y furiosos. Me rodeó con brazos y piernas y comenzó a estrujarme exquisitamente. Su activo trasero se meneaba alborozado. El doctor me introdujo primero un dedo y luego dos dentro de mi fundamento, aumentando tanto mi frenesí que me corrí gritando de placer en cuanto la lujuria desaforada de mi tía le hizo derramar una abundante y ardiente descarga. Me desplomé sobre su pecho encantador, jadeando por el ímpetu y ferocidad de nuestro coito; ahora bien, como ocurre en

todo polvo precipitado, el miembro viril apenas se me había encogido, y sólo necesitó que mi tía contrajera unas cuantas veces sus deliciosos pliegues para recuperar todo su vigor. Pero entonces, justo cuando estábamos por lanzarnos con redoblado ardor a un nuevo ataque lujurioso, el doctor se empeñó en que cambiáramos de postura, arguyendo que él también tenía derecho a que lo aliviaran de la rigidez que sufría. Cambiamos pues inmediatamente de postura, y mi querida tía, después de empalarse sola en mi miembro erguido, se hundió sobre mi pecho mientras yo la estrechaba entre mis brazos. El doctor se colocó detrás de la tía y sin pérdida de tiempo se la enfiló dentro de su soberbio y precioso ojete. De tal guisa nos lanzamos a un doble ataque; la tía llevó como siempre la batuta y nos inundó con sus corridas ardientes y deliciosas antes de que estuviéramos listos para derramar en su interior una dosis doble de placer; llegado ese momento, ella volvió a correrse con furia y lanzando gritos frenéticos, tras lo cual todos nos hundimos en el exquisito letargo del amor. En cuanto nos recobramos el doctor desalojó, mientras que yo —manteniéndola dentro— la tenía otra vez tan tiesa como al comienzo. La tía empezó a menearse sobre mí de una manera muy eficaz y deliciosa, que rápidamente nos produjo otra corrida igualmente placentera para ambos. Sentí que el doctor me sobaba los huevos tanto durante como después de nuestro último combate. Entonces, al advertir por el estremecimiento de ambos que estábamos otra vez por lanzarnos a la brega, el doctor le pidió a su esposa que se levantara. Pero la idea de verme privado de ella y de sus últimas contracciones hizo que la polla se me pusiera inmediatamente erecta, y así, en cuanto mi tía se levantó, la exhibí ya completamente tiesa.

—¡Pero Charles, otra vez! —dijo el doctor—. Tu miembro es francamente incontrolable. Has de intentar volver a calmarlo, querido. Pero ahora ponte de rodillas, para que veamos si esa posición se adecúa mejor al propósito de calmar ese aparato enorme.

Durante todo ese rato me la había mantenido sujeta con suavidad mientras la contemplaba fascinado. La tía sabía perfectamente cuál era su intención, y a mí, claro está, no me resultaba en absoluto ajena. Nuestro último asalto le había endurecido la polla, y, aunque todavía no la tenía del todo tiesa, era

evidente que en cuanto tuviera mi culo delante y lo colocara en la posición más conveniente, adquiriría la rigidez suficiente. Cuando su esposa se arrodilló y, al agachar la cabeza, plantó ante mí el trasero más soberbio y descomunal que jamás he tenido delante de los ojos, la polla se me empinó alborozada. El doctor me la seguía sobando y, al sentir, cómo me vibraba, supo que tenía la partida ganada. Ensalzó en seguida la belleza del segundo dominio del amor de la tía, y me dijo que era allí donde él había conseguido aplacar su dolor, y que, a la vista de que no había logrado calmarme por el otro orificio, era conveniente que lo intentara por esa estrecha senda del éxtasis. Yo no manifesté la menor sorpresa; al contrario, de una manera de lo más inocente, hice ver que aquello me parecía completamente natural. El tío me mantuvo cogida la herramienta mientras me ponía de rodillas detrás de la tía. Me condujo entonces el arma a punto de estallar dentro de aquel coño delicioso, para que la lubricara, y luego, tras pedirme que desalojara, la guió hacia el pequeño orificio y me pidió que empujara despacio y con suavidad. La fui introduciendo poco a poco hasta que mi pubis chocó contra las enormes nalgas de aquel trasero sublime. Me detuve un par de minutos dentro de la palpitante abertura. La tía había empinado bastante el culo y, haciendo como si evacuara, había facilitado mi entrada. Se estremeció un par de veces, pero, según me dijo luego, la introducción de mi enorme herramienta le había costado menos trabajo del esperado. Tras unos pocos movimientos lentos, durante los cuales yo acaricié y devoré fascinado las gloriosas esferas que tenía ante mi vista encantada, el tío me pidió que me echara hacia adelante y abrazara el espléndido pecho de mi tía. No bien hice lo que me había pedido y empecé a menearme despacio en la deliciosa raja en la que me hallaba tan arrebatadoramente ensartado, cuando sentí que las manos del tío se perdían por mis nalgas y que después me metía dos dedos en el ano. Mis vibraciones le hicieron ver en seguida cuánto me encantaba aquello. Me preguntó si ahora sentía más placer.

—Oh, sí, querido tío, muchísimo más.

—Entonces —dijo él—, dado que en este momento yo también sufro de rigidez, voy a intentar aliviarme en tu culo del mismo modo que tú lo estás haciendo en el de mi esposa. No tengas miedo,

si te duele paro en el acto.

—Haga lo que guste, querido tío, después de la manera en que usted y la tía se han desvivido por aliviarme del dolor, yo sería un ingrato si no hiciera todo lo que esté en mis manos para ayudarle.

—Eres un chico encantador, y de lo más adorable, no hay duda.

Se arrodilló detrás mío y se ensalivó la verga, la colocó delante de mi ojete y empujando con suavidad me la endilgó rápidamente hasta dentro. Aunque yo estaba demasiado acostumbrado a ese tipo de penetraciones para que me hiciera el menor daño, juzgué sin embargo prudente rogarle que parara de vez en cuando, de modo de hacerle creer que estaba entrando en un valle virgen. El engaño me salió bordado. Cuando me la metió hasta el fondo yo me contraje unas cuantas veces, exaltando al máximo su verga excitada, y en seguida pasamos a movernos con más rapidez. Entretanto, la tía, gracias a que había vuelto a apretarse contra mi polla y a que, como pude advertir perfectamente, se había estado manoseando el clítoris, tuvo una nueva corrida abundante; en consecuencia, y por simpatía entre dicha corrida y las restantes membranas mucosas de su cuerpo, el ano se le humedeció y excitó deliciosamente. El doctor y yo nos pusimos frenéticos, y muy pronto rendimos nuestro tributo arrojando al mismo tiempo un torrente de esperma en las entrañas en las que cada cual estaba empalado.

Permanecimos un rato regodeándonos en el interior de esas deliciosas aberturas. Al cabo desalojé de mala gana. Sin embargo, se me había vuelto a empinar y, enderezándome y poniendo una mano en cada una de sus caderas inmensas, devoré con ojos codiciosos todas las maravillas que tenía delante mío. Encendido por el panorama tan fantástico que me ofrecían sus nalgas portentosas, se la ensarté de golpe y volví a correrme entre gritos de un placer agónico, y con todo el arrebato de la lujuria satisfecha, caí casi sin sentido sobre el ancho y hermoso trasero de mi tía, que tras haberse corrido varias veces chillando como un conejo, se desplomó al final de bruces vencida por el desenfreno y arrastrándome aprisionado dentro de su ojete glorioso y exquisito. Permanecimos un rato abatidos, hasta que el doctor, que durante nuestro último asalto había aprovechado para purificarse, nos dijo que nos levantáramos. Me aparté con dificultad de aquella raja deliciosa y me levanté con la verga finalmente fláccida. El doctor me felicitó por lo bien que

me había desenvuelto en la última acción. Su esposa seguía jadeando arrebatada por el placer satisfecho, y tuvimos que ayudarla a ponerse en pie. Me cogió entonces entre sus brazos y me apretó contra su abultado pecho, me besó con ternura y me dijo que esperaba haberme aliviado del dolor. Añadió, una vez más, que era su niñito y que siempre estaría dispuesta a librarme de esa molestia. Yo me reí para mis adentros al ver que continuaban engañados, pero les seguí el juego aparentando que era el mayor inocente del mundo, no obstante todo lo que había pasado. El resto del día transcurrió prácticamente como el anterior. Después de dos horas de lectura la tía vino a invitarme a dar un paseo, que, como es lógico, terminó en la casa de campo, donde las ganas de hacer aguas volvieron a producirme el consabido dolor, aliviado por la tía tras cuatro exquisitos asaltos amorosos y con la variante de una formidable mamada mutua entre los dos últimos actos. La tía debió correrse al menos diez veces e hizo ver que sentía una dicha inmensa, que sin embargo siguió atribuyendo a la satisfacción que le producía calmarme el dolor. Volví a pasar varias horas oyendo la instructiva charla de mi tío, y después de una velada semejante a la de la noche anterior, nos retiramos a la hora de siempre.

A la mañana siguiente el tío vino a despertarme solo. Me dijo que la tía no se sentía muy bien y que no podía venir.

—Lo siento de veras, porque veo que esta criaturita está tan dura como acostumbra.

—Oh, lamento que la tía no se sienta bien, tanto por ella como por mí mismo. ¿Qué puedo hacer, querido tío? Me duele un montón.

—Bueno, querido niño, veré qué es lo que puedo hacer. Te quiero demasiado para dejarte en semejante estado. No soy tan competente como tu tía en estos menesteres, pero como recordarás, ayer tú conseguiste alivio en su trasero y yo en el tuyo, y hoy, aunque tengo mis dudas sobre el resultado, trataré de ser el receptor de esta cosa descomunal. Y ahora quitémonos los camisones para estar más cómodos.

En un instante los dos nos quedamos completamente desnudos. Nos arrojamos el uno a los brazos del otro y nos besamos con pasión. Nuestras lenguas se entrelazaron, cada cual cogió la verga del otro y nos estrechamos en un abrazo de lo más excitante y

amoroso. El doctor se metió luego mi polla en la boca, la chupó un poco y me la lubricó con su saliva, escupiendo en la parte de abajo y embadurnándola en rededor con un dedo. Luego se arrodilló e irguió ante mí su trasero, de una redondez perfecta y blanquísimo, y con un ojete marroncito y ondulado que resultaba de lo más tentador. Me pidió que se lo humedeciera con mi saliva. Me agaché pues, acerqué la boca y la lengua a ese bocado tan apetitoso, y le introduje ésta cuanto pude —para evidente deleite suyo— y hasta dejárselo bien mojado. Luego aproximé la polla a la entrada. El doctor empinó más el trasero e hizo como si quisiera evacuar. Con un empujón lento pero firme le introduje rápidamente el capullo. Me pidió entonces que parara un momento y me mojara la saeta con un poco de saliva. Tras ello volví a empujar con firmeza y poco a poco fui ganando terreno hasta que mi pubis chocó contra sus nalgas, sin que el doctor prácticamente se inmutara. Después de hacer una breve pausa me pidió que me inclinara y le cogiera la polla, y que comenzara a moverme acompasadamente dentro de su abertura hasta encontrar alivio. Disfruté así de un polvo sensacional. El ojete del doctor quemaba por dentro. Las contracciones de su esfínter eran exquisitas, y sabía menear el culo tan arrebatadoramente como puede hacerlo un pubis femenino. Obviamente, aquella era una vieja afición suya a la que había podido abandonarse en repetidas ocasiones y gozando sobre todo del placer de iniciar a otros gracias a su condición de profesor. En este caso, estaba encantado por creer que yo era una de sus víctimas. A mí naturalmente no se me ocurrió desengañarlo, sino que dejé que su deleite aumentara con esa ilusión. Mis deseos, más jóvenes y fogosos que los suyos, hicieron que me corriera antes que él; así, después de darme tiempo para que me regodeara con el éxtasis de mi corrida, me pidió que me fijara en la rigidez de su miembro, diciéndome que ahora me tocaba a mí aliviarlo.

—Por supuesto, querido tío, le estoy demasiado agradecido por todo lo que ha hecho para aliviarme como para dudar un momento en hacer lo mismo por usted.

Y se la saqué. Él se levantó para abrazarme amorosamente; yo luego me agaché, y metiéndome en la boca el capullo bermejo de su lechosa verga, se lo lamí con fruición, haciéndole cosquillas con la lengua en la entrada de la uretra para su infinito deleité. Él musitó

palabras cariñosas, y luego, sin poder aguantar más la excitación, me pidió que me pusiera de rodillas como él había hecho. En seguida me besó y lamió el ojete, haciendo que mi polla volviera a empinarse y a vibrar con deleite. Se la empapó luego de saliva y rápidamente la introdujo en mi culo ardiente. Tras detenerse un momento para saborear el placer de la introducción completa, se echó hacia adelante, y rodeándome con una mano el vientre agarró mi polla tiesa, mientras que con la otra me apretaba los huevos. Pasamos entonces a actuar con más energía, y después hizo que me corriera entre gritos de gozo mientras su polla encantada vibraba con fruición por las contracciones de mi ojete. Al poco reanudó sus arremetidas, hasta que al fin ambos nos corrimos juntos desbordados por el éxtasis. Yo caí vencido sobre la cama arrastrando conmigo al doctor, que se mantenía ensartado en la arrebatadora hendedura de mi culo. Permanecimos largo rato inmóviles, embargados por el orgasmo. Por fin me la sacó, totalmente encogida, sorprendiéndose al ver que yo la tenía aún empinada. Al levantarme me la cogió con una mano, alabó sus dimensiones y, volviendo a agacharse, se la metió en la boca mientras me la sobaba por abajo con una mano. Luego me introdujo dos dedos en el ojete, que comenzó a mover sin dejar al tiempo de chupármela y sobármela, hasta que rápidamente hizo que derramara una corrida deliciosa en su boca. Yo había puesto mecánicamente las manos sobre su cabeza, y al correrme le metí tanto la polla que por poco no se atragantó. Cuando acabó de tragar con voracidad hasta la última gota, se levantó, me abrazó apasionadamente y me dijo que le había proporcionado el placer más maravilloso y que me quería de todo corazón. Después me invitó a pasar a su vestidor, donde nos metimos juntos en la bañera y nos lavamos mutuamente. Luego nos vestimos y bajamos a reunimos con la tía en el comedor. No parecía en absoluto *malade*, y con una sonrisa taimada me dijo que esperaba que el doctor hubiese sido tan eficiente como ella.

—Oh, sí, querida tía. Estoy en deuda con los dos por el interés que se toman en aliviarme del dolor que padezco por las mañanas, sobre todo porque me parece que últimamente se ha vuelto más agudo y frecuente. Sólo espero no agotar su paciencia requiriendo tan a menudo su ayuda.

—Oh, querido sobrino, jamás podrá ocurrir una cosa así. Nada nos alegra más que poder serte útiles.

Tras sus palabras, ambos se cruzaron una sonrisa de complicidad, motivada por mi aparente e insólita ingenuidad, que sin embargo les complacía sobremanera. Al fin nos sentamos para disfrutar de un desayuno suculento.

El día transcurrió casi como los dos anteriores. La tía me invitó a dar un paseo, que acabó como siempre en la casa de campo, donde, después de aliviarme de esos síntomas de angustia —como ella los llamaba—, tres veces, y de comprobar que el remedio seguía siendo ineficaz, me propuso que viéramos si adoptando la postura del tío las cosas nos salían mejor. Se arrodilló pues en la otomana baja y, arremangándose el vestido, dejó al aire todas las maravillas de aquel trasero espléndido, deslumbrándome con su redondez colosal y ebúrnea, blanca como la leche, cuya pureza no era menos visible a través de la rica mata de rizos brillantes que se extendían por sus entrepiernas y ascendían deliciosamente por las mejillas de sus esferas enormes hasta formar una aureola en torno a la ondulada y encantadora abertura que yo estaba por penetrar, abertura cuyo umbral parecía demasiado estrecho para dar cobijo a mi inmenso miembro viril. Me puse en seguida de rodillas, y tras lamerle los labios dilatadísimos de su coño maravilloso, cuidándome de presentar mis respetos al duro bultito que era su clítoris, centré toda mi atención en aquel hoyito encantador. Después de besarlo con pasión, introduje la lengua hasta donde pude y la moví de un lado a otro para su infinito deleite, mientras con la mano izquierda seguía frotándole su excitado clítoris. Ella a su vez meneaba su trasero portentoso desbordada por la excitación, hasta que se corrió copiosamente bañándome la barbilla y el cuello y contrayendo con tal fuerza el esfínter que llegó a lastimarme la lengua. Encendida a más no poder y presa de un rapto de frenesí, gritó:

—¡Oh, jódeme, cariño, méteme tu polla gloriosa dentro del ojete! ¡Oh, jódeme, jódeme, jódeme de una vez!

Encantado por la manera inopinada en que acababa de declarar sus deseos, llamando a las cosas por su nombre, le respondí en seguida con hechos reservándome las preguntas para más adelante. No necesito decir que yo también me moría de deseo. Acerqué pues mi furiosa polla hasta la entrada de su coño soberbio, espumeante

como estaba por su reciente corrida, y se la metí de golpe hasta el fondo con toda mi alma. Ella secundó mi embestida echándose hacia atrás y lanzando un grito de placer. Me meneé en su interior unas cuantas veces, hasta que la espuma que rebosaba de su coño delicioso me tiñó la polla de blanco. De repente desalojé, la puse ante la entrada del templo más secreto de Venus y empecé a empujar con suavidad, mientras que ella me ayudaba empinando las nalgas y apretando para que la entrada se ensanchara y yo pudiera colocarla suavemente dentro de aquel horno al rojo vivo que tan lascivamente aguardaba el momento de tragar y devorar mi polla codiciada pues, como ya he señalado antes, mi querida tía rabiaba porque se la metieran por atrás una vez que, como en el presente caso, la habían follado bien por adelante. Me sentía tan deliciosamente sujeto y abrigado que permanecí varios minutos sin moverme, gozando de los exquisitos raptos de la penetración. Había observado que mi tía movía ostensiblemente el brazo para hacerme ver que se estaba sobando el clítoris, acción que, en efecto, se hizo tangible en mi miembro. La dejé proseguir hasta que advertí —por las convulsiones involuntarias de su culo— que estaba otra vez a punto de correrse, e hice en consecuencia lo que tenía que hacer y tras contadas arremetidas de mi polla ella arrojó un nuevo tributo de lascivia entre chillidos de placer y apretándome de tal modo la verga que por poco no me obliga a gritar también. Pero me contuve y evité correrme. Mi tía era insaciable, y yo la dejaba gustoso que se corriera cuantas veces quisiera, logrando en esta ocasión que se corriera una vez más antes de unirse a mí en el instante triunfal, que nos sobrevino a la vez entre gritos gozosos que demostraban la satisfacción plena —aunque momentánea— de nuestros deseos. Me hundí entonces sobre su espalda imponente, preso de la languidez que sigue al éxtasis; pero no duraría mucho en ese estado. Las deliciosas contracciones internas que mi amorosa y gloriosa tía efectuaba sobre mi polla eran demasiado excitantes como para no provocar una respuesta rápida, o mejor dicho rapidísima, pues así lo exigía un paraje tan delicioso como el que albergaba el arrebatador culo de mi tía. Estando en esa posición, recostado sobre su espalda ancha, rodeé con una mano una de sus abultadas pero firmes tetas y me apoderé de un pezón. Con la otra mano busqué el bulto de su clítoris todavía tieso. Empecé a excitarla por ambos

lados a la vez que me meneaba suavemente con mi polla no precisamente empinada. Noté al momento que aquello le encantaba, y, de hecho, más tarde me reiteraría que semejante acción, hecha al tiempo que una polla fláccida se mecía en su interior, le resultaba tremendamente excitante, más incluso que cuando la polla estaba completamente dura. Al poco hice que se volviera a correr. Otro de sus caprichos consistía en que le metieran una polla tiesa justo en el momento de correrse, cuando ella era incapaz de hacer el menor movimiento. Con el tiempo me demostraría que nada le producía más placer que tener al lado una polla tiesa y todavía intacta para reemplazarla por aquella que acababa de hacerla correrse y que a su vez se hubiese corrido en su interior, y que la segunda polla le entrara con toda la fuerza y la lujuria que le hubiera incitado la contemplación de la primera fornicación. El presente caso, como yo no me había corrido, se correspondía exactamente con aquello que su imaginación libidinosa podía hacerle desear. Y así la follé y froté hasta que los dos rendimos juntos entre gritos de placer nuestro tributo a Venus. Esta vez ambos caímos exánimes sobre el diván, ajenos a todo salvo al éxtasis que acababa de arrebatarnos. Estuvimos echados un buen rato, gozando de las deliciosas sensaciones que mi tía, al contraerse convulsivamente, me provocaba en la polla. Finalmente me pidió que desalojara, pese a notar que la polla volvía a ponérseme dura incitada por las delicias de aquel interior exquisito. Yo hubiera vuelto a la carga con el mayor gusto.

—No, querido niño, ya has hecho más de lo que tu cuerpo puede aguantar, teniendo en cuenta tu juventud. Te aseguro que me has hecho gozar como nunca. Así que levántate, amor mío, y déjame que te abrace, te dé las gracias y te diga lo mucho que voy a amarte siempre.

Me levanté y nos arrojamos el uno en brazos del otro, para besarnos con pasión y entrelazar nuestras lenguas. Después la tía me abotonó, besándome primero la polla y metiéndosela en la boca unos instantes, y luego, al guardarla, la llamó «mi precioso cacharrito». Yo quise aprovechar la ocasión y dije:

—Querida tía, hace un rato usted la llamó polla y me pidió que la follara y se la metiera hasta dentro del coño. ¿Es así como se llaman de verdad mi cacharrito y su Fanny? ¿Y qué es lo que

significa follar, tía querida? Ande, dígamelo, tiíta, y enséñeme también el lenguaje que tengo que emplear cuando usted me alivia tan gentilmente de ese dolor que sufro tan a menudo. No sé si usted lo ha notado, querida tía, pero todas las veces que he entrado con usted en esta cabaña se me ha puesto duro al momento. Y es que usted me hace sentir tal placer al aliviarme que le aseguro que estaría dispuesto a tenerlo duro siempre que usted estuviera cerca para calmarme. ¿Es esto natural, querida tía, o acaso es una enfermedad? Por favor, dígamelo, y enséñeme también todas esas palabras bonitas que usted pronuncia mientras me va quitando la rigidez.

Era evidente que mi aparente inocencia le encantaba. Probablemente, además, —ya que tarde o temprano tendría que saberlo todo sobre la naturaleza de nuestra relación— pensaba que era preferible convertirme en su confidente y darme motivos para que me apegara más a ella. Me pidió que me sentara y en seguida me lo explicó todo. Naturalmente, mi familiaridad con el tema era incluso mayor que la suya, lo que no impidió que ella reforzara su idea —que a todas luces le entusiasmaba— de que había sido mi primera maestra mediante varias preguntas inocentes hechas al hilo de lo que me iba explicando. Y naturalmente di también pruebas de ser un alumno aventajado formulándole preguntas capciosas que la obligaron a exhibir todos sus conocimientos, hasta que ya no me quedó nada por aprender. Al final dije:

—¿Todas las mujeres tienen una raja, o sea un coño, tan delicioso como el que usted tiene entre las piernas, querida tía?

—Sí, cariño, pero no debes nunca buscar amparo en otros. Jamás encontrarás uno que te quiera tanto, o me atrevería a decir, sin presunción, uno capaz de satisfacer tan bien a esta criatura. Pero vámonos ya, que puede ser peligroso dejarla estar aquí más tiempo.

Se levantó, pero yo rápidamente me desabotoné y me saqué la polla, que tenía ya casi tan empinada como siempre. Le rogué que me dejara «follar» una vez más, ahora que conocía su verdadero significado. La puse en su mano. La lección que acababa de darme había exaltado su lascivia. Me la asió pues con suavidad y, agachándose, la besó, diciendo que no podía resistirse a su aspecto tan elocuente. Se tumbó entonces en el diván, con el vestido arremangado, los pies apoyados en el borde y las piernas separadas,

y su coño glorioso abierto en toda su húmeda magnificencia. Yo me puse de rodillas y me la comí hasta que la hice correrse; luego, conociendo ya sus gustos, acerqué mi polla ardiente a la entrada de su coño espumeante, se la ensarté y empecé a moverme con frenesí al tiempo que pronunciaba todas aquellas palabras obscenas y deliciosas que ella, según creía, acababa de enseñarme.

—¡Oh mi tiíta, la mujer del coño más glorioso! ¿La estoy follando, no es eso? Menee más rápido el trasero, ¡así! ¿Siente mi polla en el fondo de su coño delicioso? ¡Oh, qué placer más grande me hace sentir!

Ella me siguió en todo momento el juego. Metiéndome una mano por abajo me cogió los testículos y me preguntó si cuando me apretaba los huevos sentía más placer.

—Oh, sí, amor mío, su coño, su culo, sus tetas, todo es delicioso. Oh, jamás me hubiera imaginado que empleando esas palabras tan deliciosas podía aumentar tanto el placer de nuestros polvos.

Los dos nos habíamos excitado tanto por las palabras obscenas que proferíamos sin cesar, que pronto alcanzamos el éxtasis supremo y nos corrimos saciados por el inmenso placer que nos había procurado esa fornicación tan lasciva y libidinosa. Era hora de ir acabando. Me desprendí pues de ella y volví a hundir la cara en su dilatado y espumeante coño: la boca, los labios, la nariz y las mejillas quedaron empapados de esperma, viendo lo cual ella me atrajo hacia sus labios y me lo lamió todo. Luego pusimos en orden nuestras ropas y regresamos a la casa, donde encontramos al doctor aguardándonos con impaciencia. El rubor y la excitación de nuestros rostros eran un signo claro de que veníamos de realizar los actos más desenfrenados. El doctor bromeó sobre la capacidad de la tía para aliviarme de esos ataques que al parecer me sobrevenían cada vez con más frecuencia.

La tía le comunicó que en su abandono había empleado inadvertidamente términos demasiado elocuentes cuyo significado se había visto forzada a revelarme, y que por tanto ahora conocía perfectamente la naturaleza de nuestra relación. Añadió que, después de la comida, él mismo podía encargarse de ilustrarme un poco más, ya que estaba convencida que lo más prudente era confiarme ahora todos sus secretos; tarde o temprano, concluyó, acabaría descubriéndolos, y era muchísimo mejor que los conociera

por boca del tío que por terceros. Él le dijo que tenía mucha razón, y que hablaría conmigo después de la comida. Por fin nos sentamos para ocuparnos de los manjares que teníamos delante, a los que yo rendí los debidos honores.

De ese modo, fue así como, según ellos, fui nuevamente iniciado en los misterios del coito sexual. Pero no digo más; los restantes pormenores de nuestras íntimas experiencias, que fueron a más, prefiero reservarlos para el volumen tercero de esta verídica *Novela de la lujuria*, y de mis todavía «primeras» experiencias.

Volumen III

Tía Brownlow

La filosofía del doctor - Las prácticas del doctor - Vida en la rectoría - Otra vez la tía - Cogido por sorpresa - Vida de rectoría

Después de la comida con que finalizó el último volumen, un capellán tuvo a mi tío ocupado durante una hora. Cuando aquél se marchó, el tío me invitó a dar un paseo por el jardín. En seguida vi cuál era su intención, pues nada más salir tomamos la dirección de la casa de campo. Cuando llegamos, se sentó en el diván y me pidió que me acomodara a su lado. Abordó de inmediato el tema, diciendo:

—Querido Charlie, me complace enormemente que tu tía te haya abierto los ojos revelándote el significado de lo que hacemos contigo, de esos actos que en tu inocencia habías creído que servían para aliviarte de los erizamientos de tu miembro viril. Podrías haberte familiarizado con todo ello por otros medios menos fiables, poniendo quizás en peligro tu futuro. Estoy seguro de que te sobra discreción y sentido común, y que en consecuencia no sólo sabrás aceptar los consejos que me propongo darte, sino que además los escucharás atentamente y procurarás seguirlos. El mundo, querido niño, y llamo mundo a la sociedad en general, condena las prácticas que acabamos de hacerte conocer. A causa de la estrechez de sus prejuicios, es incapaz de entender que la naturaleza, y sólo ella, es la que nos mueve a realizar esos actos deliciosos, y que el gran Dios de la naturaleza nos ha dotado de los poderes necesarios para su ejecución. Sin embargo, y dado que el mundo ha preferido infamarlos con su censura, los hombres prudentes —entre los que me cuento—, pese a que aparentan aceptar sus estúpidos prejuicios, saben qué hacer para disfrutar en secreto de todos esos placeres. Yo he tenido la dicha de casarme con una persona como tu tía, que

entiende y comparte enteramente todos mis deseos. Posee además un cuerpo de una belleza sin par, y tiene un temperamento cuyo ardor satisfaría incluso al hombre más sensual. Aun en tu ignorancia tienes que haberte dado cuenta de su tremenda capacidad de proporcionar placer carnal. Habrás visto también cómo, llevada por su ardor, no se inhibe de emplear los términos más obscenos; debes estar agradecido por acceder a este lenguaje justo ahora, cuando estás formándote. Te hablo con tanta franqueza, querido niño, porque he descubierto en ti una facilidad extraordinaria para dar y recibir placer, así como un temperamento digno de alguien que proviene de la misma estirpe que tu tía. Tú y ella sois del mismo paño, ambos estáis hechos para gozar al máximo de todos vuestros encantos carnales, mientras que yo sólo puedo dar gracias a mi buena estrella por haberos traído a los dos bajo mi techo. Después de lo dicho ya no puede haber más secretos entre nosotros. Mi deseo más ferviente era que tu tía te aliviara, y, claro está, me había fijado además otro objetivo. Ante todo has de saber que necesito estímulos especiales para poder entregarme a los deliciosos combates del amor. Vuestras cópulas me resultaban más excitantes de lo que podrías suponer. Y me imagino que habrás observado cuál es el sitio donde, cuando estoy excitado, prefiero depositar mis dádivas. Pues bien, pese a lo portentoso que es el trasero de tu incomparable tía, tus jóvenes encantos, vírgenes en ese aspecto, me excitaron todavía más. Había comenzado a tocarte y acababa de meterte un dedo, cuando reparé en que tú estabas demasiado atareado dentro del dominio de tu lasciva y lujuriosa tía, como para notar o incluso sentir lo que te estaba haciendo. Comprobé así que tu culo estaba tan bien predispuesto al placer como esa formidable verga que posees. Fue entonces cuando le sugerí a tu tía que montara sobre ti, y luego te hice notar que ella poseía otra abertura que también podía calmarte del dolor que creías sufrir. Mi propósito era inducirte a que actuaras por allí. Y tú, llevado por tu inocente docilidad, cediste a todos mis deseos. Vi que habías entrado rápidamente en el glorioso ojete de tu tía, y sin más metí dos dedos en el tuyo. Al comprobar que aquello te resultaba placentero, me propuse calmar mi rigidez en tu culo. Tu conmovedora docilidad me procuró un éxtasis indecible. Y por la tarde, cuando me follaste mientras yo estaba en el culo de mi

esposa, fui preso de un placer desbordante, igual al que tú experimentaste cuando actuaste de dador y receptor. Éstos, éstos son los momentos de felicidad que vuestra prejuiciosa sociedad desconoce enteramente: y éstos son los placeres que, ahora que te hemos iniciado en sus misterios secretos, vamos a disfrutar juntos al máximo. Para los auténticos devotos de estas orgías amorosas, el lenguaje obsceno constituye un acicate del deseo. «Follan», «joden», «polla», «coño», «huevos», «tetas», «ojete», todas éstas son palabras sagradas que tienen que pronunciarse sólo durante la práctica de los misterios del amor. El resto del tiempo es indispensable guardar la compostura en la palabra, el gesto y los actos, para que ese vocabulario impudoroso enaltezca la voluptuosidad de los momentos de abandono. Poco a poco iré inculcándote más preceptos claves sobre el particular. Por el momento es suficiente. Ahora, Charlie, ven a mis brazos.

Dicho lo cual me cogió entre sus brazos y pegó sus labios a los míos. Nuestras lenguas se entrelazaron. Posó una mano en mi polla, que automáticamente respondió al contacto, y yo hice lo mismo sobre la suya, pero se le empinó sólo a medias. Al momento le abrí la bragueta y se la saqué, y agachándome me la metí en la boca y empecé a chupársela y a sobarle la base. Luego le pasé una mano por abajo tratando de meterle un dedo en su fundamento y él se levantó para facilitarme la entrada en su ano. La polla se le empinó en el acto con furia mostrando lo mucho que lo había excitado. Yo no me detuve hasta que conseguí ponerlo frenético, y, apretándome la cabeza y metiéndome la polla casi entera, terminó lanzando un chorro de esperma en mi garganta. Seguí chupándosela y manoseándole hasta que volvió a empinarse a medias. Me pidió entonces que me levantara, me quitara los pantalones y me tumbara en el diván para poder mamármela a su vez. Hice lo que me había pedido y él se puso de rodillas a mi lado y, tras sobármela y proclamar en voz alta la admiración que le inspiraba mi noble arma, se metió el capullo en la boca, me cogió la base con una mano y me introdujo un dedo en el fundamento, haciéndome alcanzar luego un éxtasis semejante al que yo le había provocado hacía un momento. Se lo tragó en seguida todo con la misma avidez que yo. Dejé caer la mano fuera del diván y topé con su polla, que estaba otra vez dura como al principio.

—Querido tío —dije—, metámosla en su rincón favorito.

Me levanté y al momento estaba ya de rodillas con el trasero vuelto hacia él. Se agachó y me acarició, me besó y lengüeteó el rosado orificio. Con la abundante saliva que había segregado al chupármela, humedeció mi ojete y su polla, y luego con facilidad la deslizó hasta el fondo de mi culo encantado. Tras permanecer un rato quieto gozando del placer de la penetración, que yo incrementé con mis contracciones internas, me cogió la polla, que se me había vuelto a empinar por la deliciosa sensación que me produjo al metérmela por atrás. Así, meneándomela y jodiéndome por el culo, y cesando de vez en cuando para prolongar nuestro placer, me hizo por fin alcanzar un éxtasis delicioso; con gritos de gozo nos corrimos juntos lanzando un torrente de esperma. El tío continuó disfrutando de las exquisitas sensaciones que siguen al orgasmo, que yo procuré intensificar al máximo con las contracciones de mi esfínter. Luego, al desalojar y alzarse, me ayudó a ponerme en pie, me atrajo hacia su pecho y nos dimos un largo beso por el placer recibido, entrelazando nuestras lenguas y a la vez acariciándonos mutuamente los huevos en señal de gratitud. El tío prodigó elogios a mi docilidad y mis aptitudes, asegurando que su relación conmigo eclipsaba a las numerosas experiencias pederásticas que había tenido, y que con mi manera de menearme le había proporcionado un gozo incluso mayor al que encontraba cuando fornicaba por el culo a su adorable esposa; por último, había disfrutado del placer adicional de acariciar la polla más formidable que había visto nunca.

—No lo digo por adularte, querido Charles —afirmó—, sino tan sólo por rendir justicia a sus soberbias dimensiones y a su admirable poder.

Y en seguida se agachó y volvió a chuparme el fragante capullo, logrando extraer unas cuantas gotas más. Luego nos lavamos en una palangana que guardaban en un pequeño armario para ocasiones como ésta —como supe más tarde, el lugar había sido escenario de innumerables encuentros de la misma clase con la tía y otros chicos —. Tras arreglarnos la ropa cruzamos el jardín y nos adentramos en el campo para dar un largo y tranquilo paseo. Mientras caminábamos el doctor me dio excelentes consejos sobre prácticas amorosas, en las que me seguía creyendo un simple novato. Con

todo, sus palabras no hicieron sino reafirmarme en la alta opinión que tenía de la sabiduría de la querida Mrs. Benson y la adorable Frankland, cuya previsión de lo que iba a ocurrirme en la casa de mis tíos se había cumplido al pie de la letra. Regresamos a tiempo de vestirnos para la cena. La velada transcurrió como las precedentes. Al final me llevaron a mi habitación y me dejaron solo para que recobrara mis fuerzas con un descanso reparador. Mencionaré aquí de pasada que el tío y la tía tenían como regla, de la que raramente se apartaban, mandar a sus favoritos solos a la cama con el fin de que se revigorizaran y recobraran sus fuerzas para los encuentros matinales, ya que aquellas dos criaturas entrañables adoraban disfrutar a plena luz del día de todos los encantos de los que compartían con ellos el placer, a los que al mismo tiempo les permitían examinar abiertamente los suyos. Tal era el motivo principal, aunque también lo consideraban aconsejable como tonificante y medida preventiva contra el agotamiento de las energías de los chicos que tanto gozo les deparaban. Mis últimas experiencias en la casa me habían demostrado las ventajas y la utilidad de un buen descanso nocturno después de haber librado varias justas seguidas en el campo de Venus y Juno.

En la presente ocasión dormí profunda e ininterrumpidamente hasta que fui despertado por el tío, que vino para llevarme a los brazos de su esposa, la cual, en el esplendor de sus encantos lozanos, me aguardaba en su cama tal como había venido al mundo. Con los brazos extendidos me invitó a que gozara enteramente de su cuerpo glorioso. El doctor me quitó el camisón por la cabeza y un instante después me encontraba ya entre los brazos de aquella criatura magnífica. Ambos estábamos demasiado acalorados para perder tiempo en preliminares, así que nos lanzamos con furia al combate, ofreciendo rápidamente nuestro primer tributo a la diosa del amor. El doctor mientras tanto nos había hecho el *postillon*, metiendo un dedo en el ano de cada cual. Las exquisitas contracciones del coño de mi tía me devolvieron las fuerzas casi en el acto, y en seguida nos lanzamos a un segundo asalto. El doctor le metió entonces tres dedos en su ojete divino, pues habiéndome rodeado la cintura con sus piernas y teniendo bien empinadas sus nalgas inmensas, aquel podía moverse con holgura entre los

cachetes de su trasero. Esta maniobra doble hizo que la lasciva criatura se corriera tras unos pocos meneos, mientras que yo, dándole apenas tiempo para terminar de correrse, volvía a joderla con redoblada fuerza y la polla más dura que un palo. Yo traté de contenerme un poco para evitar una corrida rápida, tras lo cual proseguimos con ímpetu y frenesí hasta que aquella querida y lujuriosa criatura volvió a correrse conmigo entre gritos de placer y se desvaneció desbordada por el éxtasis; su coño glorioso, sin embargo, continuó vibrando sobre mi polla encantada, como si quisiera engullírsela entera. Jamás había conocido un coño tan grande y codicioso, o uno que tuviera tal poder de retención. Era capaz de mantener perfectamente recluida, entre sus pliegues deliciosos y aterciopelados, a la polla más exhausta. La tía superaba en este sentido a la propia Miss Frankland, cuyo coño tenía una fuerza tremenda. Puedo referir aquí un suceso que tuvo lugar por esos días. El doctor había tenido que ausentarse casualmente y yo dormía con mi bellísima e imponente tía. La había follado cuantas veces quise antes de dormirnos, y otra vez al despertarnos, ya a plena luz del día, después de lo cual nos levantamos para hacer nuestras necesidades. Yo me había recostado en el suelo para poder contemplar a mi gusto cómo mi querida tía meaba por su coño espléndido. Aquella vista maravillosa excitó vivamente mi deseo y al momento echamos un polvo en el suelo, sin más almohadón que el propio trasero descomunal de mi tía; la novedad nos divirtió tremendamente. Ella prodigó elogios a mi polla infatigable, asegurando que superaba a todas las que había conocido o sentido en vigor y tamaño, y que ninguna había colmado tanto como la mía su coño enorme y lascivo. Esta observación me recordó que deseaba desde hacía mucho examinar de arriba abajo aquel objeto inmenso y extraordinario. Y le comuniqué mis pretensiones.

—Puedes hacer lo que gustes, cariño. Ahora que entra tanta luz por la ventana es el momento más indicado para que me lo mires y para que me lo toques, sobes, chupes o forniques: lo tienes a tu entera disposición. Sólo necesito que me alcances una almohada de la cama, pues el suelo es demasiado duro para aguantar tanto rato como me parece que vas a tardar.

Me levanté de un salto y le alcancé dos almohadas. Luego separó bien las piernas, dobló las rodillas y dejó expuesto ante mí aquel

coño riquísimo en toda su grandeza. Ya antes la he descrito como a una mujer inmensa pero espléndidamente proporcionada: pies pequeños y tobillos estilizados, pantorrillas anchas pero admirablemente torneadas, rodillas muy pequeñas sobre las que se alzaban unos muslos rollizos y extraordinariamente carnosos, dignos soportes a su vez del trasero más grande y bonito que he visto nunca. Caderas enormes y una cintura maravillosamente angosta, y sobre ésta sus tetas formidables, grandes, preciosas y firmes, que se mantenían erguidas cuando se quedaba desnuda, pues eran tan duras y consistentes como las de una muchachita. Un cuello encantador y una cabeza bien moldeada, con lineamientos de lo más atractivos y hermosos, coronaban el conjunto. Sus brazos eran espléndidos, y tan proporcionados y soberbios como todos sus restantes miembros. Su piel era de una blancura deliciosa, sin la menor mancha o lunar. Tenía, además un cabello abundante y tan largo y espeso que cuando se lo soltaba le llegaba más abajo de sus nalgas portentosas, o bien cubría enteramente su desnudez si se lo echaba hacia adelante. Me dejaba que la pusiera en todas las posturas imaginables y que le revolviera el cabello a mi antojo, y tal era su fuerza que, a despecho del número de veces que la hubiera jodido, siempre era capaz de echar un mínimo de tres polvos más, uno de los cuales tenía invariablemente como blanco su trasero, senda por la que sentía una predilección especial y que a su entender era con mucho la más placentera a condición de que previamente la hubieran follado bien por la otra abertura. Obvio es que, con semejantes gustos, para ella el *ne plus ultra* de la satisfacción erótica consistía en que le metieran dos pollas a la vez. Pero volvamos al examen que estaba por explicar; era en realidad el primero que podía hacerle con detenimiento, ya que si bien con anterioridad le había comido, tocado y observado varias veces el precioso objeto, siempre lo había hecho excitado y presa del afán de satisfacer mi lujuria, estado mental éste impropio para la contemplación de las bellezas naturales. En esta ocasión, en cambio, los sucesivos tributos rendidos a la diosa del amor habían mitigado mi ardor momentáneamente, y me permitían gozar enteramente de la vista que tenía ante mí con el temple que requería la inspección minuciosa de todas esas bellezas sin parangón. He dicho antes que mi tía tenía uno de los montes de Venus más anchos, prominentes y

hermosos que he visto jamás. Lo cubrían unos rizos rubios y sedosos que no impedían distinguir la exquisita piel de abajo. La mata que se extendía por sus entrepiernas era densa y preciosa. En el centro había una depresión semicircular bastante marcada, donde comenzaban los anchos, gruesos y prominentes labios de su coño, que ahora tenía parcialmente abiertos. Apenas podía distinguírsele el clítoris. Ya he observado que éste no era demasiado grande, como tampoco le sobresalían mucho los labios interiores del coño, salvo cuando tenía las piernas bien abiertas y las rodillas dobladas, como ocurría en el presente caso. A cada lado de estos labios apetitosos y de la raja inmensa y rosada, se formaba un triángulo de tamaño considerable, que sólo podían encontrarse en una mujer de dimensiones tan notables como las de mi tía. Sobre dicho triángulo había una mata de rizos rubios y sedosos, no menos espesa que la de su monte, la cual se extendía hasta su ojete primorosamente ondulado y rosa. No podía haber una vista más magnífica y hermosa que la que ella me brindaba ahora, mostrándome todos sus rincones a plena luz del día. Después de tocarlo y admirarlo todo, le aparté los labios, que se le quedaron bien abiertos. No podía haber nada más encantador que el interior de aquel coño sublime, de un color asalmonado exquisito y de configuración perfecta. El clítoris, que se le había erizado y excitado al tocarle sus contornos, pendía de la parte alta de sus labios abultados; éstos se ensanchaban ligeramente hacia abajo, donde estaba la encantadora entrada de la uretra, cuya abertura, como no podía ser menos dados los potentes chorros que despedía al orinar, era más grande de lo normal; debajo estaba la hendedura de la vagina, que separé con mis dedos, alcanzando a ver incluso los lados ondulados de aquella raja tan arrebatadora; inmediatamente después tenía una especie de espiral rosa, hecha para extenderse y dejar que le entrara la polla más grande. Media pulgada más abajo estaba el orificio rosado de su culo. Tal era el exquisito panorama que se abría delante de mis ojos encantados. Proseguí con mi inspección interna. Metiéndole tres dedos de cada mano, le apreté con éstos los labios hasta abrírselos tanto que alcancé a ver cuatro o cinco pulgadas de su interior. El panorama era extasiante. La raja tenía una especie de nervios que se extendían media pulgada alrededor, y que deduje le servían para realizar aquellas contracciones tan arrebatadoras. De hecho, al

excitarse con mis *attouchements*, vi cómo se le contraían y distendían. A no dudar, esos nervios eran los que debían producir esa especie de contracciones que notaba mi polla cuando reposaba en el fondo de aquel espléndido coño. Conseguí abrirle tanto su espléndida vagina que me animé a meterle toda la mano. Estiré pues los dedos —el índice y el meñique debajo de los centrales y el pulgar en medio—, y, como el coño despedía el olor de mi última corrida y estaba por tanto bien lubricado, arremetí hacia adentro; los nudillos se me resistieron un poco, pero me bastó apretar ligeramente para proseguir la entrada. La tía se estremeció levemente y me preguntó qué estaba haciéndole. Se lo dije.

—¿La has metido entera, cariño?

—Sí, tiíta.

Se contrajo y me la apretó con fuerza.

—¡Oh, qué placer! —exclamó—. Métemela más adentro.

Seguí avanzando hasta que sentí que le tocaba el fondo de la matriz, que aparentemente medía casi como mi mano, y al tacto y la vista más o menos lo mismo, aunque sin uñas, por supuesto. La tía me preguntó si podía cerrar el puño, lo que hice sin dificultad, gracias al amplio espacio que había entremedias. La tía gritó:

—¡Qué delicia, cariño mío! Métemela más adentro.

Así lo hice y en seguida empecé a maniobrar en su interior, metiendo y sacando alternativamente el puño. Sus brazos y piernas se distendieron y se quedó totalmente quieta gozando del placer de la corrida, aunque sin dejar de apretarme deliciosamente la mano. Sabiendo cómo le gustaba que en ese instante se reanudara el movimiento, empecé a meter y sacar lentamente el puño. Al poco se recobró y volvió a secundar mis movimientos, hasta que le sobrevino una nueva corrida. Con gritos desenfrenados me apremiaba a que acelerara mis movimientos. Y eso hice, hasta que otra vez volvió a correrse copiosamente, con todo el frenesí de su naturaleza desmedidamente libidinosa. Todo ello me había inflamado tanto como a ella. Quise entonces sacar la mano y reemplazarla por mi polla, no sólo por la tremenda excitación que sufría, sino también para experimentar los efectos que podía producir ese coño tan bien contraído sobre mi arma, menos voluminosa que mi otra extremidad. Pero mi tía me tenía tan sujeta la mano que no pude sacarla. Le rogué que me dejara hacerlo

porque quería joderla al instante, pero ella me suplicó que repitiera esa maniobra exquisita, con la que su querido niño le había hecho sentir el mayor placer que había experimentado nunca. Hice lo que me había pedido, y ante mis ojos se desarrolló entonces el arrebato más frenético que había contemplado hasta ahora. La ayudé a correrse metiéndole los dedos en el ojete. Jamás podré olvidar el modo en que me estrujó los dedos y el puño en el momento de correrse. La sensación fue dolorosa, clara prueba de hasta dónde podía llegar la intensidad de sus arrebatos. La excitación que la invadió fue tan extrema que me pareció que se desmayaba de golpe. Aun así no dejó de contraerse un solo instante. Pasó un buen rato antes de que recobrara el sentido; yo tenía el brazo dolorido y la polla a punto de estallar. Por fin exclamó:

—¿Oh, dónde me encuentro? He estado en el paraíso.

—Querida tía —grité—, déjeme salir. Estoy reventando de ganas de follarla, pero no podré sacarle el brazo mientras usted siga apretándome la muñeca.

—No puedo evitarlo, mi niño, es involuntario. Ponme la otra mano encima del monte, y tira con decisión pero sin brusquedad.

Así lo hice, y tuve en verdad que emplear toda mi fuerza para sacársela, pese a que previamente había abierto la mano. Inmediatamente salté encima suyo, y de un solo golpe se la metí hasta el fondo de su vasta cavidad. Ella me rodeó en seguida con sus piernas, y aunque siempre me apretaba con fuerza, esta vez pareció hacerlo todavía con más intensidad —tan maravillosamente dotado estaba el coño más grande, vigoroso y rico que yo he jodido nunca—. Podrán imaginar fácilmente cómo acabó ese arranque tan desenfrenado. Me corrí con gritos que más parecían rebuznos que otra cosa, y luego caí como un muerto sobre su vientre glorioso, mi cabeza reposando entre sus tetas firmes y espléndidas, y la tía apretándome contra su pecho, jadeante a causa del placer que acababa de procurarle. Permanecimos echados largo rato sumidos en el trance extático que sigue al orgasmo. Nuestras palpitaciones internas no tardaron en reavivar todos nuestros deseos. Y así, con redoblado ardor, conseguí rápidamente que mi lasciva y libidinosa tía volviera a correrse sobre mi polla encantada, que se mantuvo apresada en su interior mientras le duró aquella especie de vértigo que produce la corrida. Ella me había dicho que esa sensación le

resultaba de lo más exquisita. Pronto empezó otra vez a menearse con frenesí, pero de improviso se detuvo y dijo:

—Charlie, cariño, sácala y métemela luego por atrás.

Con gran agilidad se dio inmediatamente la vuelta, incitada por su desbordante deseo. Yo a mi vez me coloqué detrás suyo y, como mi polla estaba empapada del flujo abundante que acababa de derramar y en su divino orificio inferior habían caído también algunas gotas, no me costó ningún trabajo empujarla con firmeza —aunque no con excesiva energía— hasta que sus estupendas nalgas y mi pubis se juntaron. Ella suspiró profundamente de placer al sentirla totalmente dentro, y empezó en seguida con sus deliciosos meneos, mientras que yo permanecí durante unos minutos quieto para poder gozar de la imponente belleza de aquellas esferas portentosas en plena actuación. La tía se fue poniendo cada vez más frenética, mientras con la mano se frotaba con fuerza el clítoris y el coño. Me pidió a gritos que me moviera, y, tras apenas dos o tres arremetidas, la entrañable y lasciva criatura volvió a derramar su esencia. Yo me contuve para no correrme, aunque haciendo que la polla continuara vibrando dentro de su raja exquisita, que en todo momento me respondió del modo más delicioso. Pero apenas un par de minutos después se apoderó de mí tal arrebato que no tuve más remedio que acelerar el ritmo. Mi encantada tía secundó mis movimientos y nuestra carrera se fue haciendo más rápida y furiosa hasta que, pegando alaridos desaforados, los dos nos corrimos juntos deliciosamente. Yo caí sobre su espalda y trasero espléndidos y me agarró con ambas manos a sus tetas soberbias, hasta que sus exquisitas contracciones volvieron a inflamarme y me lanzaron a una nueva y deliciosa carrera. Alcancé el clímax cuando la tía, llevada por su tremenda fogosidad, ya había tenido varias corridas. Por fin ambos caímos embargados por el placer del deseo plenamente conseguido. Yo permanecí un rato más recostado sobre su ancha y hermosa espalda, hasta que la tía me pidió que desalojara porque tenía que hacer sus necesidades. Y en seguida se la saqué, pero hete aquí que al hacerlo sonó un fuerte *paf*, seguido de una formidable serie de pedos. La tía manifestó el espanto que le producía aquello, pero yo simplemente solté una ruidosa carcajada y dije a la querida criatura que se tirara pedos, orinara o hiciera caca cuando tuviera ganas, si quería darme motivos para que la

amara más. Dijo entonces que tenía que hacer en seguida esto último, y ya estaba poniéndose algo encima para salir corriendo al cuarto de baño. Pero yo me adelanté y saqué la bacinica, y le pedí que se sentara allí mismo. Verla me daría placer y también me excitaría. El apuro en que estaba no le daba tiempo de andar con remilgos, y, apenas se sentó, «descargó como un bombardero», como solía decir un militar amigo mío. Yo me incliné sobre su espalda, le acaricié las tetas, y, al volver su rostro plácido hacia mí, nuestros labios se juntaron en un amoroso beso; mi nariz, entretanto, aspiraba el olor realmente delicioso que ella exhalaba. Cuando terminó, me pidió que le alcanzara una toalla para limpiarse.

—No, no, queridísima tía, nada de eso. Póngase ahí mismo de rodillas, y ya verá cómo con la lengua le limpio ese orificio delicioso.

Ella rió y me besó, diciéndome que era un chico magnífico y que me quería de todo corazón; ahora bien, jamás se hubiera esperado que llegara a conocer tan rápidamente los gustos de mi tío, el rector, pues aquélla era precisamente su afición favorita. Alzó entonces su culo sublime del orinal, se puso de rodillas, e inclinando la cabeza hasta el suelo colocó ante mí sus nalgas inmensas, con la hendedura del centro totalmente abierta. Yo aparté el orinal a un lado, me puse a cuatro patas, y tras besarle el exquisito orificio con pasión, se lo lamí ávidamente, le metí la lengua bien adentro y la torcí de un lado a otro, para gran deleite de mi querida tía, cuyos deseos se avivaron al instante haciéndola menear su trasero divino. Le introduje luego el pulgar hasta el fondo del coño y no cesé de frotárselo hasta que se corrió. Entretanto, mi descontrolado miembro se había puesto completamente tieso y ya vibraba de deseo. Enderezando, pues, el cuerpo, volví a ponerlo delante del orificio rosado que acababa de lengüetear y, para el infinito deleite de mi tía, volví a alojarlo tan lejos como pude; empecé otra vez a moverme con ímpetu, sin parar hasta que su lascivia la hizo correrse una vez más. Hice entonces una breve pausa, ya que de lo contrario también me hubiera corrido. Inclinándome sobre su glorioso trasero, reemplacé su mano por la mía y comencé a frotarle el clítoris, hasta que sus deseos, otra vez exaltados, la obligaron a iniciar un meneo extático, al que yo

me uní hasta que el instante triunfal nos sobrevino a los dos juntos entre gritos de placer. Nos corrimos y caímos al suelo sin sentido, embargados por el deseo ya calmado. Permanecimos echados un buen rato, totalmente exhaustos. Por fin la tía me hizo desalojar y rogó que me levantara.

—Ahora tengo que purificarte, cariño, tal y como tú hiciste conmigo.

Y metiéndose mi fláccida polla en la boca me la chupó de arriba abajo, hasta que empezó a sentir los síntomas de la resurrección de la carne. Se levantó rápidamente y dijo:

—No, Charlie, ya has hecho demasiado por esta noche. Quiero verte inmediatamente en la cama y dormir al menos un par de horas.

Cogió entonces mi camisón, me lo pudo, me condujo a mi habitación, me abrazó con ternura y me dio las gracias por esa noche en la que le había hecho sentir el mayor placer que había experimentado nunca en su vida. Luego echó la llave y se retiró a su cama. Huelga decir que, después de semejantes esfuerzos, dormí como un bendito durante varias horas. Mi tía vino varias veces a verme, pero al comprobar lo profundamente que dormía no se atrevió a molestarme. Su proceder fue muy prudente, ya que gracias a ello a la mañana siguiente pudimos hacer cuanto quisimos en la casa de campo, cosa que no habría ocurrido si yo no hubiera recobrado mis fuerzas con un sueño reparador.

Seguimos llevando esa clase de vida durante casi tres semanas. Al doctor cada vez le costaba más excitarse. Una mañana, cuando ya había follado a mi tía un par de veces, al doctor se le empinó la polla a medias y sólo al final del segundo polvo. Me metí entonces su polla en la boca, y, acariciándole al tiempo los huevos y haciéndole el *postillon* en el ojete, logré al cabo que se le pusiera tiesa. Se ofreció entonces a metérsela a la tía por el ojete, pidiéndome que yo hiciera al mismo tiempo lo propio en el suyo. Pero yo quise tener un capricho y le propuse que, en vez de eso, ambos se la metiéramos a la tía por su espacioso coño. La tía, por guardar las formas, se opuso airadamente, pero la idea ya había incitado la fantasía del tío, quien de ese modo podría gozar no sólo de todas las maravillas del glorioso coño de mi tía en movimiento, sino además del *postillon*. Así que me tumbé de espaldas y la tía

montó sobre mí colocando su ojete espléndido al alcance de su excitado marido. Este primero introdujo la polla hasta el fondo de su codicioso y dilatado coño, y, una vez que la lubricó bien, la sacó para que yo pudiera colocarme bien; acercó luego su polla tiesa a la base de la mía, la apretó con suavidad y me la metió más adentro, y en seguida él fue entrando poco a poco dentro del ensanchado y espacioso dominio de mi tía, que si bien hizo una mueca de aparente dolor, demostró con una súbita contracción lo mucho que le satisfacía aquella doble penetración. Tras una pausa deliciosa, di la señal para que comenzáramos a movernos al unísono, lo que hicimos saliendo y volviendo a entrar con suavidad. Dos o tres arremetidas, secundadas por la acción del dedo del doctor en el ojete de la tía, bastaron para que esta insaciable mujer se corriera copiosamente. Aceleramos entonces el ritmo, aunque no demasiado, reavivando rápidamente toda la lujuria de la tía. Y antes de que él y yo estuviéramos listos, la entrañable y lasciva criatura volvió a derramar su esencia, hirviente esta vez, sobre nuestras pollas encantadas. Ello nos excitó tanto que ya no pudimos contener por más tiempo nuestro deseo de llegar al verdadero final. Nuestros movimientos se hicieron más rápidos, hasta que a ambos nos invadió esa sensación eléctrica que anuncia la crisis. La tía sintió por partida doble el efecto de nuestro ritmo cada vez más acelerado e impetuoso, y pronto estuvo tan lista como nosotros para ofrecer su tributo a la diosa del amor o la lujuria, la bienaventurada madre Venus. La novedad, la fuerza y el placer desbordante hallaron expresión en los fuertes gritos de la crisis final, cuando todos nos corrimos presas de las arrebatadoras sensaciones producidas por la intensa satisfacción que nuestros deseos habían experimentado. Permanecimos largo rato embriagados por el éxtasis que sigue al orgasmo; los deliciosos movimientos internos de la tía comenzaron otra vez. La polla del doctor había quedado convertida en un mero colgajo de carne, y desalojó rogándonos al mismo tiempo que cambiáramos de postura, porque quería gozar viéndome atacar a la tía por la retaguardia. Sus palabras me encendieron en seguida. La tía se apartó de mí. Yo al momento me puse detrás suyo y nos lanzamos a un asalto de lo más delicioso, doblemente excitante para mí gracias a que el tío me introdujo dos dedos en mi fundamento, donde los movió al ritmo de mis arremetidas en la deliciosa

abertura del excelso y portentoso trasero de mi tía —jugando, los movimientos que ésta realizaba ante mi vista encantada, un papel no menor en mi gozo—. La crisis fue de lo más extática y yo caí exhausto sobre sus anchas nalgas y su hermoso trasero, para rodearla amorosamente con mis brazos y pronunciar entre sollozos palabras obscenas henchidas de pasión. El doctor, que había disfrutado enormemente de la vista, pero que ahora nos hacía notar el penoso abatimiento de su polla —a la que la escena no había excitado en lo más mínimo—, dijo a su esposa:

—Cariño, no nos queda otra salida: tendremos que recurrir al gran remedio; así de paso iniciaré a Charlie en un nuevo misterio del amor, del que no puede tener la menor idea.

Yo adiviné en el acto a qué se refería, pero aparentando una ignorancia absoluta le rogué que me dijera de qué se trataba. La tía se levantó y dijo:

—Cariño, tu tío precisa que le hagan sangre en sus nalgas con una vara para excitarse.

—Qué extraño —dije—. Los azotes me producían siempre el dolor más atroz, y por eso me cuidaba muy mucho de no merecerlos. ¿Cómo es posible que exciten?

—Ahora lo verás, querido.

Ella abrió entonces su armario y sacó una formidable vara con un fuste flamante. El doctor me pidió que me tumbara de espaldas, luego montó encima mío y en seguida comenzamos a chuparnos mutuamente la polla. La mía se puso tiesa al instante, gracias a que el doctor, además de mamármela, me metió un par de dedos en el ojete, con los que se entregó a la brega a la misma velocidad que me la chupaba. Las nalgas del doctor quedaron a merced de la tía, que empezó a azotárselas y no precisamente con clemencia. Yo me corrí antes de que al doctor se le hubiera empinado del todo; sin embargo, como consecuencia del copioso torrente que arrojé en su boca, de su ininterrumpida mamada y del estado en que tenía las nalgas, ahora al rojo vivo, al cabo se le puso totalmente tiesa. Apenas se sintió listo quiso metérmela, pero la tía dijo que ella como azotadora se había excitado también tremendamente, y que necesitaba que se la metiera.

—Hagámoslo de modo que esta polla querida —dijo arrojándose sobre mí y chupándomela—, pueda follarme a mí al mismo tiempo.

Yo estaba preparado para todo. Ella entonces montó a horcajadas sobre mí y condujo mi polla ansiosa hacia su riquísimo coño. Al poco se detuvo y entrelazamos nuestras lenguas, mientras el doctor la montaba para lanzarse al asalto en su ojete delicioso. No bien estuvo alojado, iniciamos un nuevo asalto maravilloso, en el que la tía, como siempre, se corrió varias veces antes de que nuestras naturalezas menos lascivas estuvieran preparadas para unirnos a ella en una corrida deliciosa y en grupo. Tras una lucha desenfrenada y arrebatadora, nos hundimos exhaustos en la deliciosa sensación que sigue al orgasmo. Quedamos largo rato sumidos en el dulce letargo y la placidez de la lujuria satisfecha. Por fin nos separamos, nos alzamos y nos lavamos mutuamente con agua fría, más por restablecernos que por purificarnos. La tía y yo sostuvimos dos asaltos más, uno por delante y otro por atrás. El doctor no quiso que le volviera a dar con la vara, aduciendo que con ello se extenuaría tanto que necesitaría de varios días para reponerse. Allí acabó todo. Pero a partir de entonces el doctor necesitó siempre que lo azotaran para poder copular. Y en ocasiones precisaba incluso azotar el espléndido culo de mi tía para excitar sus caprichosas fuerzas, asegurando que hacerlo le resultaba casi tan excitante como que lo azotaran. Más aun, llegó incluso a hacerlo conmigo, aunque con suavidad y pese a que yo apenas necesitaba de su estímulo; empero, me manifesté sorprendido por su eficacia.

Las vacaciones estaban a punto de finalizar, y yo seguía siendo el único interno. Había, de todas formas, unos veinte o treinta chicos de la vecindad que venían diariamente a las clases del doctor. Con éstos, el doctor no perdía ocasión de desahogarse con la vara, aunque no les permitió conocer nada de sus otros procedimientos, ni que imaginaran que los azotes pudieran ser otra cosa que un castigo por mal comportamiento o falta de atención. Yo, sin embargo, solía ser su compañero en tales azotainas, en las que actuaba de potro o sostén del chico al que tocaba ser azotado. Naturalmente, tenía buen cuidado de exponer todo lo posible sus pollas adorables y sus rechonchos culos, y como ello me excitaba a mí tanto como al doctor, al final, cuando el culpable se marchaba, era frecuente que yo azotara al doctor y que después nos trasegáramos mutuamente por detrás.

Harry Dale

El joven Dale - Los delitos de Dale - Castigo para Dale - Dale aprende una lección - Dale, castigado - Dale, amonestado - Compañeros de cuarto - La disciplina del doctor

Había entre aquéllos un muchacho delicado, rollizo y afeminado, llamado Dale, que se quedaba con nosotros hasta mediodía. Hasta el momento no había sido castigado una sola vez, pese a que el doctor me había confesado su capricho de azotarle su carnoso culito. Un día, el señorito Dale trajo una nota en sobre cerrado de su madre viuda, que vivía en una bonita casita situada a una milla del pueblo. El doctor leyó la nota. Yo le estaba observando por casualidad y vi que su rostro se iluminaba con una sonrisa de satisfacción.

—Venga aquí, señorito Dale —dijo con voz dulce y amable—. Su madre me informa que usted se ha comportado de un modo francamente vergonzoso con su bonita primita, que está invitada en su casa.

El señorito Dale se sonrojó, pues ignoraba que alguien hubiera presenciado la escena que había tenido lugar entre él y su bonita prima.

Había ocurrido lo siguiente. La prima, una adorable chica de quince años, se hallaba la tarde anterior en un lugar apartado del jardín, cerca de una pérgola. Trataba de cortar una pequeña flor, casi a ras de suelo, lo que la obligaba a doblarse exageradamente con las piernas muy abiertas. Daba la espalda a la vereda por la que el joven Dale estaba avanzando. Al acercarse —sin que ella se percatara de su presencia—, vio sin querer la raya que se transparentaba bajo sus bragas níveas y ceñidas, justo en medio de sus preciosas esferas redondas de marfil tallado. La camisa se le

había subido un poco, dejando al descubierto todos los encantos de su delicado culito y de sus muslos blancos y rollizos. La vista inflamó desmesuradamente al muchacho. Este entonces se deslizó sin hacer ruido hasta su lado y, agachándose hasta que tuvo la cabeza debajo de sus enaguas alzadas, se regodeó contemplando durante un rato el maravilloso panorama que se abría ante él: su rajita virgen como un capullo, sus labios rosados y mofletudos, su protuberante montecito ya delicadamente sombreado con un follaje de rizos que prometían ser pronto mucho más densos, y la turgencia de sus adorables muslos y pantorrillas. Nada de ello fue notado por aquella que era objeto de su admiración, absorta como estaba en su labor de jardinería. Sin embargo, el excitado muchacho no pudo al final resistir la tentación de tocar con su blanda y cálida mano las partes que estaba admirando, con lo que hizo que la damita diera un gritito —pues creía que se le había metido un insecto debajo de las enaguas— y exclamara:

—¡Dios mío, Dios mío!

Pero en seguida volvió la cabeza y descubrió al delincuente.

—Perdóname, querida Ellen, pero te prometo que no he podido evitarlo al ver el panorama tan bonito que exhibías.

El hecho es que las chicas son tan curiosas como los chicos, e incluso más. Y, si toda la verdad ha de ser dicha, nuestra damita deseaba desde hacía mucho tener una oportunidad de familiarizarse con las cosas en general, y, por consiguiente, se dijo que ésta era una ocasión que no debía desaprovechar. Así, tras mostrar ella, por guardar la decencia, cierta resistencia, convinieron en que él podría mirarle con calma su cosita, siempre y cuando él después le mostrara a ella la suya. Miss Ellen no había visto nunca un «monigote», como ella y sus amiguitas lo llamaban. No había visto ni siquiera el de un niño, y se moría de ganas de tocar con su propia mano esa «cosa»; se la había descrito una criada muy comunicativa, que además le había explicado teóricamente su uso, y eso hizo desear a la damita tener también un conocimiento práctico. Así que juntos se encaminaron hacia la pérgola. Ella se recostó sobre el banco y en seguida el pícaro le desabrochó las bragas, se las quitó, y pudo por fin regodearse contemplando sus encantos virginales todo cuanto quiso, pues Miss Ellen era una libidinosa muchachita que gozaba en ese momento del placer precoz de saberse observada y

admirada por uno del sexo opuesto, si bien por guardar las formas se había tapado su rostro encendido con sus manitas delicadas. Y él se lo tocó, apretó y sobó con un dedo. Los muslos de ella temblaron y se abrieron. Enseñado por la naturaleza, estampó un beso ardiente sobre la adorable rajita que tenía delante. Ella suspiró y mecánicamente le cogió con las manos la cabeza y se la apretó más contra su piel desnuda.

Él, llevado por sus emociones, empezó a repasar de un lado a otro sus labios, lo que pronto excitó tanto a la amorosa muchachita que con un suspiro profundo y entrecortado, rindió en seguida el primer tributo de su coño virgen. Al sentir ese líquido cálido que brotaba de aquel hoyito y empapaba sus labios apretados, él no pudo resistirse a probarlo con su lengua. Tal acción reavivó rápidamente la sensibilidad de esa cosita lasciva y despertó en ella el deseo de disfrutar de forma parecida de su cola. Entonces, recordándole su promesa, hizo que se pusiera de pie delante suyo y con sus deditos, que temblaban de excitación, desabotonó sus pantalones y extrajo en seguida su duro aparato que, prometiendo ya un futuro bastante respetable, despuntaba ahora como no lo había hecho nunca. Regocijada con la vista de un juguete tan encantador, le pidió que se tumbara como ella había hecho y, arrodillándose a su lado, con las mejillas coloradas por la excitación, se puso a examinar de cerca cada rincón del pequeño y erizado miembro. Aunque parezca mentira, hasta entonces ninguna mano —y casi apenas la de su propio dueño—, había invadido jamás sus contornos virginales, y aún no se había descapullado del todo su bálano rubicundo, pese a que ya había cumplido quince años. Experimentó un placer exquisito al sentir que ella le tocaba y rodeaba la verga tiesa con su cálida mano. Con todo, no hubo que esperar mucho rato para que a ella le picara la curiosidad de ver qué era lo que había debajo del pellejo que tapaba su cabeza redonda. Al tratar en su jugueteo de tirarle la piel hacia atrás, él de pronto pegó un gritito de dolor que la obligó a detenerse. ¿Cuándo, sin embargo —y tanto si es niña o vieja— una mujer ha podido resistir su curiosidad? Ya había conseguido correrle el pellejo ligeramente, cuando de improviso se le ocurrió que mojando un poco el objeto podía llegar hasta el final sin lastimar a la querida criatura. Así, llevada por un deseo instintivo, se agachó y se metió

la rosada cabeza dentro de su boquita deliciosa, y estrechándola entre sus labios coralinos se la lubricó con la lengua para inmensa satisfacción del muchacho, que sin querer se estremeció voluptuosamente y no pudo evitar embocársela más adentro. Con este movimiento, combinado con el estrechamiento de sus labios, logró por fin, sin provocarle el menor dolor, descapullar completamente la encantadora colita que mantenía tan deliciosamente sujeta entre los suaves pliegues de sus labios. Alzó entonces la cabeza para ver el resultado. El tenaz pellejo se había corrido hacia abajo y la ardorosa cabeza estaba ahora al aire vibrando con furor y visiblemente excitada. El alborozo y el regocijo que le produjo la expansión completa de la «cosa», como la seguía llamando, ya no conocieron límites. Sus ardientes caricias se la pusieron casi frenética: volvió a correr el pellejo sobre su capullo bermejo, y viendo que seguía siendo difícil bajarlo, agachó hasta abajo la cabeza y con labios, boca y lengua empezó nuevamente a tratar de descapullarlo. El pobre Dale ya no podía más de la excitación, con sus manos le apretó involuntariamente la cabeza, su cuerpo se elevó, hasta que, acometido por el instante arrebatador, le sobrevino la crisis y gritando de placer ofreció su primer tributo a Venus en el interior de la deliciosa boca que le daba cobijo. El chorro se derramó por la garganta de la querida niña, que lo tragó todo simplemente por no atragantarse. Las manos del pobre Dale cayeron exánimes de su cabeza y ella en seguida se apartó para contemplar al joven. Asombrada vio entonces cómo aquella arma, tan tiesa hacía un instante, doblaba la cabeza y se replegaba en su caparazón, mientras que unas cuantas gotas de un líquido de color lechoso brotaban lentamente del pequeño orificio de su capullo. En tanto la contemplaba, fue reduciéndose hasta quedar convertida en una simple sombra de lo que había sido antes, y el pellejo fue poco a poco tapando nuevamente aquella cabeza que hacía sólo un momento se había mostrado tan ardiente y apasionada. No entendía nada y estaba por manifestar lo raro que le parecía todo aquello, cuando de pronto sintieron unos pasos que se aproximaban. Por suerte para ellos —según creyeron— el ruido de las pisadas se oía tan a lo lejos que tuvieron tiempo de arreglarse la ropa, y cuando la madre de Dale apareció en la pérgola, los encontró hablando tranquilamente sentados. Gracias además a que el muchacho se

había corrido en la dulce boca de su prima, en el rostro de ésta no quedaba la menor huella delatora. Sin embargo, poco sospechaban ellos que la madre lo había visto todo.

Tal había sido la diablura del señorito Dale, descrita íntegra y detalladamente por su madre en la nota enviada al doctor, con el ruego de que lo castigara del modo que considerara más apropiado. En dicha nota le pedía además que le informara sobre los requisitos que pedía para aceptar un interno, pues ya no podía tener en casa a su hijo junto a su sobrina huérfana, a la que habían dejado bajo su custodia. Podrán imaginar fácilmente la doble satisfacción del doctor. Por una parte la llegada de un nuevo interno, cosa que no dejaba de tener importancia para él después de que por un escándalo, aunque ya olvidado, se había visto privado de pupilos; ahora, con dos, podría esperar cubrir pronto todas las plazas. Y, por otra, tendría a mano al joven Dale para azotarlo y gozar escuchando el excitante relato de sus aventurillas y actos voluptuosos.

—Bien, señorito Dale —dijo el doctor—, usted y yo tenemos cuentas que arreglar. Sígame.

Y sin decir más lo condujo a su gabinete, donde, como por lo general se daba por sentado en el colegio, el doctor azotaba a los más malcriados. No bien entró en la habitación seguido por el joven inculpado, echó la llave y, sacando una vara larga y afilada del armario, se sentó en el sofá. Llamó al joven y le dijo que se desabotonara y bajara los pantalones, y que se arremangara bien la camisa debajo del chaleco. En cuanto hizo lo que le había ordenado, el doctor dijo:

—Y ahora, señorito Dale, veamos si la vara le quita la comezón que le habrá producido el tocamiento de las partes pudendas de su bonita prima.

El pobre Dale no había sido azotado hasta ahora por mano más severa que la de su mamá, y no les quepa duda de que temblaba a la vista de esa vara formidable que amenazaba su trasero, a la sazón desnudo. Con todo, y no obstante sus temores, la mención de las preciosas partes pudendas de su prima encendió tanto su imaginación que la verga se le endureció y empinó al instante, para inmensa satisfacción del doctor, que auguraba ya un futuro feliz. Mandando al chico que siguiera de pie a su lado, mientras disfrutaba de la contemplación de esos jóvenes encantos que se

exponían delante de sus ojos, el doctor prosiguió:

—Bien, señorito Dale, al parecer usted se lo ha pasado muy bien tocando y mirando la entrepierna y los muslos de una preciosa niña de quince años, su prima, ¿no es así?

—Sí, señor —sollozó el muchacho.

El doctor, con la mirada clavada en el duro y tieso miembro del muchacho, observaba las vibraciones que ál chico le producía cada mención de la escena lujuriosa del día anterior.

—Bien, hábleme de ello —dijo, rodeando con un brazo la cintura del sollozante chico y haciendo que se le aproximara más—. ¿Era de verdad tan guapa?

El tieso miembro padece una *vibración*.

—Sí, señor.

—¿Y le vio usted bien las piernas —nueva *vibración*—, los muslos, el culito y la rajita rosada —tres *vibraciones* más— bañada del rocío de la excitación y el juego amoroso, eh?

El pequeño aparato parecía a punto de estallar por aquellos recuerdos.

—¿Y tuvo el mismo efecto sobre *esto* que el que ahora veo? Madre mía, qué revoltoso es.

El lujurioso doctor agarró entonces la pollita tiesa con una mano y la apretó.

—¿Y qué fue lo que le hizo con esto? ¿Se lo apretó? —dijo oprimiéndosela suavemente.

—Sí, señor —balbuceó el muchacho, cada vez más excitado.

—¿Así? —dijo el doctor, manoseando suavemente y acariciando de arriba abajo la pollita tiesa y vibrante.

—Sí, señor.

—¿Y también así, no? —dijo corriéndole una y otra vez el pellejo del capullo.

—Sí, sí. ¡Oh, señor! ¡Oh, oh!…

Las sensaciones del chico, mientras el doctor seguía meneándole cor rapidez la polla, empezaron a ser exquisitas. El doctor no pudo resistir la tentación de llevar las cosas hasta el final. Aferrando al muchacho fuertemente con un brazo, continuó refocilándose con el juguete a un ritmo cada vez más rápido y excitante, aparentemente sin darse cuenta de lo que hacía y exclamando de cuando en cuando: «Madre mía» y «qué desfachatez la suya, sin duda debe ser

una chica preciosa para haberle tentado a hacer una cosa así, ¿no es verdad?».

El adorable muchacho estaba ahora en el paraíso. Y, cuando presa de las exquisitas sensaciones del placer estaba por perder el sentido, el doctor se detuvo de improviso y dijo:

—La falta que has cometido al seducir a tu primita es gravísima. Para que se te quiten las ganas de volver a hacerlo por suerte tenemos aquí una vara fantástica, con la que ahora mismo voy a azotarte tu fresco trasero.

Dejó entonces caer el brazo que tenía en la cintura del chico y empezó a toquetear sus rollizas, duras y adorables esferas. Luego recogió la vara que había soltado previamente para poder agarrar la pollita encantadora que hasta hacía un momento había meneado tan deliciosamente y, agitándola colérico ante el chico ahora tembloroso, con voz furiosa exclamó:

—Abajo, so bribón, ponte inmediatamente de rodillas y suplícame que te azote.

El pobre chico, tembloroso, tuvo que obedecer. En seguida, sin embargo, el doctor ordenó al delincuente que se tumbara sobre el sofá. Y éste, aunque a regañadientes, se colocó donde le había mandado, con su trasero rechoncho y blanco como la nieve al aire y a tiro de la amenazadora vara. Parecía un Adonis exhibiendo su hermosura ante un sátiro. El doctor estaba tremendamente excitado por aquel panorama maravilloso y se regocijaba contemplando tamaña delicia, y, allí y en ese instante, tomó la determinación de gozar plenamente de esos arrebatadores encantos virginales en un plazo no muy lejano. Alzando la vara hasta arriba, gritó:

—Bribonzuelo, ya verás cómo te enseño ahora mismo a mirar otra vez debajo de las enaguas de las señoritas.

Lo cogió entonces con fuerza por la cintura y soltó la vara con saña sobre los adorables montículos del culo encantador del chico.

—¡Así! ¡Así! —gritaba el doctor tras cada varazo.

—¡Oh señor, oh! ¡Perdóneme, se lo ruego! —gritaba el hermoso muchacho a cada azote punzante que le asestaba sobre sus todavía vírgenes asentaderas.

—¡Ay, señor! ¡Ay! Nunca lo volveré a hacer. ¡Nunca, señor, de verdad! ¡Oh, tenga piedad, se lo ruego!

El doctor, cuyos deseos eróticos se habían exaltado al máximo,

era sordo a todas sus súplicas y seguía azotándolo cada vez más rápido y con más fuerza, mientras el pobre trasero del muchacho saltaba y se sacudía sobre el sofá; sin embargo, no podía desasirse del recio brazo del doctor, quien, para tenerlo mejor sujeto, le había cogido la verga aún completamente tiesa.

—De eso nada, te aseguro que no vas a poder librarte de mis zurras —dijo, asestando con todas sus fuerzas un varazo sobre aquellas adorables y delicadas nalgas.

—¡Ay, ay, señor! Piedad, piedad. No aguanto más.

—Pues has de aguantarlo, bribonzuelo. No pienso tener piedad hasta que el culo no te sangre en castigo por tu delito.

El pobre chico, a causa del dolor que padecía, no cesaba de menearse sobre el sofá al compás de los punzantes azotes que seguían cebándose sobre su trasero. Tal movimiento hizo que su verga tiesa se agitara de arriba abajo dentro de la cálida mano del doctor, que se la había agarrado como por descuido. El efecto fue tal que el pobre muchacho era ahora casi incapaz de distinguir el placer del dolor, pues mientras que las nalgas le ardían, en el lado opuesto, por donde la acariciadora mano del doctor lo tenía asido tan deliciosamente, sentía un calorcillo arrebatador. Sus dientes rechinaban de placer y dolor, y en vez de gritar, ahora sollozaba y gemía desbordado por unas sensaciones indefinibles. El doctor no dejó un solo momento de sermonearlo, aludiendo continuamente a las bellezas de su adorable primita y a la escena de la pérgola. Y el chico no hacía más que pensar en ella, en su primorosa rajita rosada y tan bellamente sombreada por aquellos ricitos suaves, en el modo encantador en que ella le había acariciado la verga hasta que sintió un tirón y un escalofrío, y otro más, una sensación que parecía como si fuera a desmayarse, un gritito, el aliento que se le va. Con furia y vigor arremetió entonces con su miembro en la cálida mano del doctor, cerró los ojos, y dejó de sentir los azotes, a pesar de que el doctor se los propinaba ahora con toda la fuerza de su brazo y le hacía sangre con cada varazo. Una sacudida, un respingo convulsivo, siente que el alma lo abandona y, ay, escupe unos goterones sobre el sofá y la mano del doctor. El muchacho ha rendido con dificultad un nuevo tributo a Venus. Durante un segundo o dos se sintió como en el paraíso, pero un tremendo latigazo lo devolvió rápidamente a la realidad. Volvía a estar

completamente reavivado para seguir con la tortura.

—¿Pero hombre, qué es esto que ha hecho usted sobre mi mejor sofá, bribonzuelo?

Con otro varazo sañudo le reclamó una respuesta.

—Yo… ¡Oh, señor! De verdad, pues…, de verdad que no lo sé.

—No me venga con mentiras ni evasivas, señor, que aquí de nada le van a servir. Su trasero va a tener que pagar por esta cochinada. ¿Pero qué…, pero qué podrá ser? Le aseguro que jamás en mi vida he visto nada parecido —y lo examinó con su monóculo, añadiendo otras observaciones por el estilo.

El pobre señorito Dale, claro está, no tenía la menor idea de lo que podía ser aquello o de cómo había llegado hasta allí.

—¿Le había ocurrido esto antes? —preguntó el doctor.

—Sí, señor, ayer, cuando mi prima me lo estaba acariciando con su boca —respondió el atemorizado muchacho—. Pero de verdad que no sé cómo me ha pasado, y tampoco quería hacer nada malo.

—¡Oh, por supuesto! —dijo el doctor—. Pero su madre no mencionaba nada de eso, ¿no se lo vio hacer, acaso?

—No, señor, fue justo cuando ella avanzaba por los setos, y ya todo había acabado cuando llegó a la pérgola.

—Así que su prima se lo metió en la boca, ¿por qué hizo eso?

—Tenía curiosidad por ver qué había debajo del pellejo de la cabeza, y al descubrir que no podía volverlo a su sitio sin lastimarme, se lo metió en la boca para humedecerla y permitir que el pellejo corriera con más facilidad, lo que en efecto consiguió; luego lo corrió hacia adelante otra vez y volvió a metérselo en la boca para empujar el pellejo con sus labios, y yo de pronto sentí una cosa rarísima por todo el cuerpo y derramé algo que se quedó en su boca.

—¡Caramba! Bueno, ya me contará todo el asunto otro día. Esta azotaina es suficiente por ahora, pero de todas formas he de castigarlo por su cochinada en otra ocasión. Súbase los pantalones; dentro de un día o dos volveré a hacerle venir a esta habitación para que pague por su sucia conducta.

El pobre muchacho se retiró, sollozando histéricamente.

A los dos días el doctor mandó llamar al señorito Dale, que entretanto se había instalado en la habitación contigua a la mía. El doctor estaba en su gabinete y llevaba puesta una bata, larga y

vaporosa, que le permitía ocultar por el momento el hecho de que debajo no tenía nada aparte de su camisa. Recibió al señorito Dale de un modo un tanto severo, diciendo:

—Y ahora, caballero, procedamos a darle el castigo que merece su cochinada.

—Oh, señor —dijo el tembloroso y atemorizado muchacho—, de verdad que no podré aguantarlo —y rompió a llorar—. ¡Oh, se lo ruego, señor, no vuelva a azotarme tan fuerte!

—Cuantos más problemas me cause, más cruel será la azotaina. Y ahora quítese la chaqueta y el chaleco.

El muchacho lo hizo.

—Ahora acérquese.

El doctor bajó entonces los pantalones de Dale y, levantándole la camisa, se puso a contemplar con gran placer el enorme vientre de aquel chico adorable; luego, haciéndole dar media vuelta con la excusa de ver si los verdugones de la primera azotaina se notaban aún, repasó la vista por su trasero firme y sus muslos regordetes, examinando las marcas que todavía le quedaban del castigo anterior. Le hizo luego volverse otra vez y empezó a inspeccionar su preciosa pollita, la cual, dado el miedo atroz que sentía, estaba con el capullo fláccido y en un estado lastimoso.

—De modo que éste es el pequeño ofensor —dijo, cogiéndoselo con una mano y meneándolo y apretándolo con suavidad—. ¡Vaya con esta cosita tan traviesa!

El muchacho no pudo menos que expresar el placer que esas caricias lascivas le producían, y sonrió.

—Oh, no se ría, caballero, este asunto no tiene nada de gracioso. Mire las marcas de la guarrada aquella que usted dejó sobre mi sofá —dijo señalando con un dedo—. No puedo tolerar que mis muebles se arruinen de este modo, así que si su colita vuelve a cometer esa falta de educación, no tendré más remedio que ponerlo en mis rodillas y azotarlo. Pero primero venga aquí y quítese esos pantalones, que tal como los lleva no hace más que arrastrarlos. Así. Y ahora siéntese en mis rodillas y cuénteme todo lo que tenga que contarme sobre esta cosita tan traviesa.

Y se recogió la bata a los lados, de manera que el culo desnudo del chico quedó pegado a los recios y desnudos muslos del doctor, cuya polla el otro pudo sentir empinándose, pese a que la tapaba

aún su camisa. Entonces el doctor, agarrando la ya tiesa polla del muchacho, le preguntó si antes de la escena con su preciosa primita se había portado alguna vez tan mal.

—No, señor, nunca. Nunca había pensado en eso hasta el día que por casualidad le vi su trasero y otras partes al aire.

El doctor seguía con sus jugueteos: ahora le acariciaba los huevitos y le palpaba de arriba abajo el firme y rechoncho culo.

—¡Caray, otra vez se nos pone insolente! —dijo el doctor, mientras la polla del muchacho vibraba incitada por sus excitantes tocamientos—. Esto me obliga a azotarle el trasero, pues es un comportamiento intolerable e indecoroso. ¡Anda, pero si parece que encima le da placer!

—Oh, señor, no había sentido jamás nada tan delicioso —dijo el señorito Dale.

—Mayor razón para que le castigue. Pero oiga bien una cosa, niño malcriado, si le da por hacer otra vez esa cochinada, hágala sobre mis rodillas y no encima del sofá.

El doctor empuñó entonces la vara y, rodeando con un brazo la cintura del chico, lo atrajo hacia sí; sin embargo, antes de montarlo en sus rodillas, le quitó la camisa por la cabeza, dejándolo totalmente desnudo en toda la esplendorosa blancura de su piel y belleza de formas. Los ojos del doctor se recreaban contemplando aquella vista maravillosa, hasta que, demasiado excitado para contenerse por más tiempo, se quitó la camisa y dejó al aire su picha completamente tiesa. Apretó el cálido cuerpo del chico contra sus muslos recios y con un brazo ciñó aquel culo encendido a su picha empinada, mientras la joven y tiesa polla de Dale se restregaba contra los muslos desnudos sobre los que estaba montado. El doctor alzó entonces la vara y dijo:

—Y ahora, caballero, he de castigarlo azotándole este culito duro y redondo hasta hacerle sangre.

Zas, zas, sonaba la vara, con menos fuerza que la vez anterior pero con saña suficiente para que el chico se moviera de arriba abajo, frotando la polla contra los muslos del doctor y produciéndole un placer tan arrebatador que apenas sentía los varazos. Y sus carnes suaves y cálidas, contra las que se restregaba la larga y tiesa herramienta del doctor, hicieron alcanzar también a éste el delirio. El doctor cambió entonces de postura, haciendo que

el chico se pegara más a su vientre para poder meterle su polla enorme entre los muslos y sobarle los huevos desde la ranura que se abría bajo las nalgas, mientras la verga de Dale se restregaba contra su vientre.

—Ahora que te tengo bien cogido —dijo el doctor—, voy a darte una lección para que no vuelvas a salirme más con esas marranadas.

Zas, zas, volvió a sonar la vara, haciendo que el culo del chico se moviera del modo más delicioso contra la excitada polla del doctor, mientras que la suya, también excitadísima, se restregaba contra el vientre del doctor aumentando su placer con cada varazo. Pero ninguno de los dos había llegado a correrse. El culo del muchacho estaba ahora en carne viva y tenía la polla en un estado de tremenda excitación, mientras que la herramienta del doctor estaba lo más tiesa y cachonda que podía. Por fin el doctor interrumpió la azotaina, y apretando con fuerza al chico contra su cuerpo, dijo:

—Bien, hoy día no ha hecho usted la cochinada aquella. Parece que la azotaina le ha sido de provecho.

El adorable chico alzó la vista y sonrió. Había sentido la larga polla del doctor trajinando entre sus muslos y apretándose contra la hendedura de sus nalgas. Al disminuir el doctor su presión, el chico se dio media vuelta y quedó libre de su encierro. Miró entonces hacia abajo, descubriendo en medio de un bosque de rizos oscuros aquel monstruo largo y tieso, que contrastaba de un modo asombroso con su miembro pequeño, el cual tenía apenas un ralo vellito alrededor.

—¡Ah! —dijo el doctor, notando el sonrojo que le había producido al chico la vista de su verga—, deberías avergonzarte por obligarme a azotarte de esta manera, sin pantalones. Tengo que darte una lección. Siéntate ahora mismo sobre mis rodillas, así —dijo colocándolo de manera que su adorable trasero se apretara contra su polla tiesa. Y empuñando la verga del chico, dijo:

—¡Qué dura la tienes!

—Sí, señor, no puedo evitarlo.

—Bueno, no está bien que hagas esas cosas tan cochinas. No puedo permitirlo. Aún eres demasiado joven.

El doctor mientras tanto subía y bajaba el pellejo de la bonita verga del chico.

—¿Era así como tu preciosa prima te la manoseaba?

—Sí, señor, y después se la metió en la boca.
—¿Y te gustó que te hiciera eso, chico malcriado?
—¡Oh sí, señor, era delicioso!
—¿De verdad que te parecía tan tan delicioso?
—Se lo prometo, delicioso.
—Madre mía, tengo que ver si yo siento lo mismo. Coge mi cola y restriégamela de arriba abajo como ella hizo. Quiero saber qué se siente.
Eso era algo que el entrañable chico quería hacer desde hacía un rato, pero por miedo no lo había dicho. Cogió pues con avidez aquella polla noble que se erguía tiesa delante suyo. Aunque apenas le cabía en la mano, se puso a correr el pellejo de arriba abajo del modo más delicioso. El doctor estaba extasiado.
—Oh, niño malcriado, no sé cómo puedes enseñarle a tu profesor cosas tan malas.
—¿No le parece muy agradable, señor? —dijo el encantador muchacho, mientras las nalgas del doctor respondían a cada apretón de su mano.
—Bueno, sí, la verdad es que es muy agradable, jamás me lo hubiera imaginado. Pero te advierto que si vuelvo a descubrirte haciéndolo te ganarás otra azotaina.
Y el doctor respondía a cada frotamiento de su polla haciendo lo propio con la verga del chico, hasta que sus lascivos tocamientos dieron por resultado una deliciosa corrida mutua y prácticamente simultánea.
—Y ahora —dijo el doctor—, póngase los pantalones, y recuerde que si vuelve otra vez a hacer esas cochinadas, su trasero lo pagará caro.
El doctor me puso al corriente de lo ocurrido y concertó un encuentro entre los tres, so pretexto de una falta de ambos merecedora de castigo, en la que el joven Dale debía incurrir instigado por mí. Acordamos además que yo lo iniciara en otros placeres de la satisfacción mutua, para disponerlo mejor al disfrute del lujurioso doctor, a quien nada gustaba tanto como «enseñar a los jóvenes a disparar».
Así, después de pasar una noche deliciosa con mi adorable y deliciosa tía y el doctor, en la que pusimos en práctica todos los métodos del placer y en la que el doctor se estimuló mediante la

evocación y relato del delicioso encuentro con el ingenuo muchacho, salí de su habitación y fui a la del joven Dale. Éste, sin darse cuenta, se había destapado completamente y estaba tumbado boca arriba, con su prometedora pollita del todo tiesa y vibrándole de cuando en cuando. Además, por los movimientos involuntarios del cuerpo y la sonrisa de su rostro, era evidente que en sueños estaba reviviendo la escena que había representado con su preciosa primita. Su aspecto era realmente encantador, y su polla joven y vibrante —de una blancura exquisita—, estaba surcada por unas venas azules perfectamente distinguibles; el capullo sólo estaba parcialmente descubierto y su punta era de un color bermejo que contrastaba lindamente con el blanco lechoso y las venas azules de su fuste erecto. Sus huevos aún no estaban totalmente desarrollados, pero ya formaban una bolsita apretada, rizada y arrugada, y al tacto eran tan duros como piedras. Suavemente se los cogí, lo que le hizo levantar el culo evidentemente extasiado. Era tan hermoso y tentador que no pude evitar agacharme y meterme ese bocado delicioso en la boca. Apretando con los labios el capullo glorioso, corrí hacia atrás, para su infinito deleite, el pellejo, e instintivamente sus nalgas se alzaron para unirse a mi voluptuosa y lasciva maniobra. Al instante se despertó, pero no del todo, de manera que creía que seguía soñando. Sus manos me rodearon la cabeza y me la apretaron más contra esa polla deliciosa, que ya casi tocaba mi garganta. Lanzó un grito desbordado por el placer.

—Oh, mi querida Ellen, qué delicia. ¡Oh, oh, esto es demasiado para mí!

Por la eléctrica erección de su joven verga supe que la crisis estaba a las puertas. Me puse a sobarle los comprimidos huevos con una mano y apreté un dedo contra su ojete, pero sin meterle nada más que la uña, en el preciso instante en que arrojaba su joven tributo en mi boca codiciosa. De inmediato lo tragué casi todo, lubricando el fuste todavía vibrante con el resto. Permaneció unos minutos tumbado, con los ojos cerrados, embargado por la sensación que sigue al orgasmo, que yo prolongué con la continua succión de su polla aún palpitante. Por fin abrió los ojos. Estábamos a plena luz del día, y cuando levanté la cabeza los ojos parecieron salírsele de sus órbitas, al descubrir, atónito, que quien estaba allí no era su primita Ellen, sino yo, su compañero de colegio. Durante

un minuto o dos se quedó mudo de consternación, hasta que, cogiéndole la pollita que se le iba achicando rápidamente, le pregunté si conmigo no había sentido el mismo placer que con su querida Ellen.

—¿Eres tú? ¡Y Ellen! ¿Cómo has podido saber el nombre de mi prima?

—¿Tu prima? No sabía que lo fuera, pero cuando entré estabas soñando con ella y hablando en sueños del placer que te había hecho sentir al chuparte la polla. Así que me dije que yo también podía hacerte conocer ese placer y convertir tu sueño en realidad. Además, yo no adoro solamente chupar la polla de otro, sino también que me la chupen a mí, y no podía perderme la ocasión ni dejar de deleitarme enseñándote en la práctica lo delicioso que es. ¿No te he hecho acaso sentir un placer sensacional?

—Oh, sí, era en verdad delicioso. Y además creía que me lo estaba haciendo mi primita, incluso cuando me desperté; entonces el placer fue todavía más delicioso porque no me imaginaba que pudiera ser tan agradable con otro chico.

—¿Y por qué no? Mira cómo tu encantadora criaturita se está empinando otra vez de sólo pensarlo; mira cómo la cabeza enseña su punta rubicunda, y cómo vibra. ¡Ah, tengo que volver a chuparla, no lo resisto!

Y me lancé hacia ella y la engullí de golpe, moviendo rápidamente la cabeza de arriba abajo y toqueteando el orificio de la uretra con la lengua. Poco después, Dale ya casi no podía más de la excitación. Mi boca estaba llena de saliva. Me mojé entonces un poco los dedos y lubriqué con éstos alrededor de la abertura de su culo encantador, y luego, como el meneo de su trasero se hacía cada vez más furioso y me apretaba con fuerza creciente la cabeza, le metí el dedo medio en su fundamento y empecé a frotárselo al compás de los movimientos de mi boca. Dale estaba ya al borde del frenesí, el clímax le sobrevino una vez más y, lanzando un grito desenfrenado y estremeciéndose convulsivamente, arrojó un chorro todavía más copioso de esencia amorosa en mi boca, que, como antes, tragué con voracidad. Quedó embargado por el placer del orgasmo durante mucho más rato que antes, mientras su polla, tiesa a medias, seguía vibrando convulsivamente dentro de mi boca, la cual a su vez no dejaba de apretar y succionar para su infinito

deleite. Al fin me levanté. Él extendió los brazos y yo me le eché encima: nuestros labios se unieron en un dulce beso. Le metí la lengua invitándolo a hacer lo mismo, y, como la naturaleza ya había completado su educación amorosa, accedió en seguida y nos lengüeteamos deliciosamente. Estábamos estrechamente enlazados en un abrazo amoroso. Yo me había excitado tremendamente, no obstante el intenso trabajo que había tenido durante la noche, y mi polla se apretaba dura como el hierro contra su vientre. De improviso pensó que tenía que complacerme del mismo modo que yo lo había hecho con él. Así me lo manifestó, rogándome que me apartara y me tumbara de espaldas. Hice inmediatamente lo que me pedía y, alzándome la camisa, le puse, delante mi inmenso artilugio en todo su esplendor.

—¡Dios mío! —gritó—, ¡qué cola tan grande tienes! Caray, si es más grande que la del doctor.

—Ajá, de manera que ya se la has visto, ¿eh?

Se puso colorado y lo reconoció. Conseguí que me contara lo que habían hecho, no porque no lo supiera, sino porque me divertía la idea de haberlo pillado al sorprenderlo con el tamaño de mi polla. Le hice que me enseñara todo lo que le había hecho al doctor, y viceversa, al objeto de allanar el camino para futuros encuentros; el inocente muchacho, de hecho, se hallaba ya en nuestras manos. Mientras tanto, la manera en que me admiraba y manoseaba la polla me había excitado a más no poder. Hasta ese momento, como yo no parara de hacerle preguntas sobre lo que había hecho con el doctor, se limitó a juguetear con mi polla entre sus manos. Pero las cosas habían alcanzado ya un punto demasiado álgido para proseguir con la discusión, y se agachó; sin embargo, sólo consiguió meterse en la boca el bálano y un pequeño trozo de la parte alta del fuste. Sus labios se cerraron sobre el glande de la forma más deliciosa. Le pedí que me frotara la parte baja del fuste con una mano y que me metiera un dedo de la otra en el agujero del culo, que había lubricado previamente con dedos embadurnados de saliva. Me obedeció con la rapidez de un aprendiz aventajado, y así, afanándose por ambos lados al mismo tiempo, pronto me hizo venir la crisis extática. Cogí, pues, su cabeza entre mis manos, y, en pleno rapto, le emboqué más la polla mientras derramaba un auténtico torrente de esperma, que, amén de la polla descomunal que tenía en

la boca, casi ahoga al pobre chaval. Tuve que sacársela un instante para que tomara aliento, pero me encantó ver que en seguida reanudaba su deliciosa mamada, que prosiguió hasta que al cabo se me redujo considerablemente. Lo atraje entonces hacia mí y una vez más volvimos a entrelazar dulcemente nuestros labios y nuestras lenguas, y luego, echados el uno al lado del otro, sostuvimos una larga charla sobre temas eróticos. Me contó toda la historia de la aventura con su prima, y yo, a pesar de que estaba perfectamente al tanto de lo ocurrido, no paré de pedirle detalles, encantado de que me los contara él mismo. Había visto la nota que su madre había escrito al doctor. La prolijidad y franqueza de su descripción me habían sorprendido sobremanera, y suponía que debía ser una mujer enormemente lasciva y obscena, a la vista de que había preferido no tratar con indirectas el asunto, sino, con palmario regocijo, detenerse en sus pormenores más escabrosos. Así que lo persuadí para que me contara qué tipo de mujer era su madre. De su descripción deduje que se trataba de una mujer guapa y madura, vieja en su opinión, aunque en realidad estaba en la flor de la vida, pues tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. Dibujó sus dimensiones con ingenuidad, sin la menor intencionalidad erótica, y parecía que no la veía como mujer, sino únicamente como madre. Le sonsaqué que tenía hombros amplios, pecho abultado, cintura estrecha, manos y pies pequeños, un cabello muy bonito y ojos hermosos; se trataba, sin duda, de una mujer muy deseable. Yo ya había dado rienda suelta a mi imaginación y esperaba lograr granjearme su afecto algún día. Más adelante se verá lo bien librado que salí de mi empresa, pues estas memorias verídicas, llegado el momento, describirán cómo logré su conquista. De momento, había hecho grandes progresos en la educación erótica del querido muchacho, dejándolo listo para una nueva iniciación de manos del doctor y de su gloriosa, portentosa y *cara sposa*, que ya había decidido disfrutar de aquellas primicias por delante. A la mañana siguiente volvimos a gozarnos, aunque llevando las cosas un poco más lejos: nos sobamos con más fruición el culo y conversamos sobre el placer que tal acción producía. Poco a poco lo iba llevando hacia ese terreno. Esa mañana lo dispuse todo para que llegáramos tarde al aula. El doctor nos reprendió con dureza y nos dijo que debíamos esperarle en su gabinete después de las doce. El pobre

Dale se puso pálido al oírlo, espantado por el castigo, del que ya había tenido una experiencia tan reciente y severa.

Y a las doce en punto, con rostro compungido, entramos en el *sancta sanctorum* del doctor. Él había llegado unos minutos antes que nosotros y ya se había puesto su larga bata, por lo que tuve la certeza de que también se había quitado los pantalones.

—Bien, chicos, debéis prepararos para recibir vuestro castigo. No puedo tolerar esta falta evidentemente deliberada. Quitáoslo todo ahora mismo, salvo los pantalones y las medias.

Nos desnudamos temblando, el pobre Harry Dale llorando ante la idea del temible castigo. Yo juzgué prudente poner también cara larga. El doctor extendió una toalla sobre el sofá, diciendo que teníamos unas colas tan malcriadas que siempre se lo estábamos ensuciando. Luego nos pidió que nos pusiésemos de rodillas, con la cabeza inclinada y los culos bien empinados. En seguida nos arremangó la camisa y nos la ató con un nudo a la altura de la cintura, acción que aprovechó para realizar varios tocamientos lascivos que nos excitaron tanto como a él mismo, de manera que las vergas de los tres estaban ya totalmente tiesas. Harry Dale se volvió para mirar la mía, y no pudo resistirse a tocármela con una mano y apretar con suavidad su largo y duro fuste. El miembro del joven Dale, más pequeño pero muy hermoso, y que día a día le iba creciendo de una manera impresionante, me excitó a su vez, y en consecuencia le devolví las caricias.

—Esto no puede ser —dijo el doctor—. Tengo que azotaros para sacaros ese espíritu maligno del cuerpo.

Se quitó entonces la bata diciendo que así estaría más cómodo y, blandiendo la vara, empezó a azotar con suavidad y alternadamente nuestros salientes traseros. No lo hacía por castigarnos, sino únicamente para que nos excitáramos. Al poco ya nos había puesto los traseros al rojo vivo, nuestra excitación aumentó y comenzamos a menear el culo con evidente deleite. Tal era el punto al que el doctor quería llegar para lograr su meta, es decir, la posesión del ojete del joven Dale.

—Parad, parad, queridos niños, veo que estáis otra vez por hacer vuestras cochinadas. Pero aún no es hora de que os corráis. Venga, en pie. Pongámonos ahora los tres en cueros, para que pueda enseñaros cómo me azotaban a mí cuando estaba en el colegio.

Levántate, Charles.

Obedecí y el doctor durante un instante me agarró, con evidente regocijo, la picha totalmente tiesa, mientras le hacía notar al joven Dale la diferencia de tamaño con la suya.

—Y ahora inclínate a medias sobre el sofá. Y tú, Dale, rodéale la cintura con los brazos y coloca esta encantadora y ardorosa criaturita entre las nalgas de Charles. Charles, tú ensalívate la mano y humedécete las nalgas, y luego cógele su vibrante pollita y apriétatela contra la grieta.

Seguí sus indicaciones. El joven Dale se sintió tan deliciosamente ensartado que en seguida arremetió hacia adentro.

—Ahora estáis —dijo el doctor— perfectamente montados, como solíamos decir. Y ahora azotemos un poquito más estos duros y rosados montículos —dijo acariciándolos lascivamente, antes de reanudar los azotes.

Zas, zas, zas, sonaban los latigazos, lo bastante enérgicos para hacer que el señorito Dale se estremeciera y meneara el culo de un lado a otro. El placer eclipsó rápidamente el dolor, y, exaltada su lujuria, arremetió con furia contra el canal en el que estaba metido. Yo disminuí la velocidad con que hasta entonces le había estado frotando la saeta y, apretándosela un poco más hacia arriba y elevando al mismo tiempo las nalgas, la conduje con tan buena mano hacia la abertura que en el siguiente empujón logró metérmela un par de pulgadas; luego, siempre ayudado por mis maniobras, me la endilgó hasta que su pubis chocó con mis nalgas. Le di entonces un apretón y empezó a menearse con más fuerza y frenesí, experimentando a todas luces un gozo extremo. Yo dejé que disfrutara a sus anchas de su nuevo alojamiento, pidiéndole tan sólo que me cogiera la verga y me la frotara. Luego grité al doctor:

—Azótelo bien, señor, que me ha metido la cola en el agujero del culo.

Eso era precisamente lo que más deseaba hacer el doctor. Así que prosiguió con su azotaina, pero sin emplear más fuerza de la necesaria para que siguiera inflamándose la lujuria del chico ya enormemente excitado: sobreviniéndole el clímax, un instante después rindió extasiado su primer tributo en el divino templo de Príapo. En el momento en que le sobrevino la crisis, el doctor interrumpió la azotaina, se humedeció dos dedos, los introdujo poco

a poco en el ojete del joven Dale y empezó a hurgárselo al compás de su balanceo en mi interior, produciéndole con ello un éxtasis alienante. Dale cayó casi sin sentido sobre mi espalda, pero su polla —medio tiesa y todavía vibrante— siguió respondiendo a mis contracciones internas. El doctor había interrumpido su azotaina para tocar y acariciar las rotundas posaderas de aquel niño encantador. Hasta que, tremendamente excitado, hizo que se apartara de mí para estrecharlo entre sus brazos, aunque asegurando al mismo tiempo que estaba enormemente disgustado; mientras tanto, su polla, esplendorosamente tiesa, se apretaba contra el vientre del joven Dale. Luego, cuando el doctor le soltó, el joven Dale posó la vista con gran regocijo sobre la verga grande y tiesa de aquél, y, en un arranque de pasión, se la cogió con una mano, se arrodilló, se la metió en la boca y empezó a chupársela lascivamente. El doctor tomó la cabeza de Dale entre sus manos, se la apretó durante unos minutos y luego le pidió al muchacho que se levantara —pues aún no quería correrse—, mientras le daba las gracias por el exquisito placer que le había hecho sentir.

—Ahora —dijo—, te toca a ti azotar. Y tú, Charlie, móntate encima mío para que Harry Dale pueda tomar su primera clase en el arte de los azotes sobre tus asentaderas.

Nos colocamos como habíamos hecho antes. Yo puse mi formidable arma entre las mejillas del voluminoso trasero del doctor. Este me cogió la verga tal y como yo hacía con la de Dale. Y Dale empuñó la vara, haciéndome estremecer desde el primer latigazo, pues el muy bribón me dio con todas sus fuerzas. El doctor me había embadurnado bien de saliva la punta de la polla y, empinando las nalgas, rápidamente la condujo a su codicioso orificio, donde se la endilgué vigorosamente hasta el fondo. Luego le cogí su verga y empecé a meneársela con suavidad, pero él me rogó que no lo hiciera correrse sino que disfrutara de su culo todo lo que pudiera, al tiempo que gritaba al joven Dale:

—Azótalo bien, Harry, porque me ha metido su enorme herramienta en el agujero del culo. La verdad es que no entiendo cómo lo ha conseguido.

El joven Dale, incapaz de creer que yo hubiera hecho una cosa así, interrumpió la azotaina para comprobarlo, por sí mismo, lo que hizo tanto con la vista como con el tacto. Yo empecé a meter y

sacar la polla para que no le cupiera la menor duda de que era verdad, mientras que el doctor meneaba el trasero de un lado a otro para demostrar el enorme placer que sentía. Naturalmente, todo ello no era más que un preparativo para el gran ataque que pensaba hacer después contra la rendija virgen del culo del joven Dale. Cuando Harry se dio cuenta de las intenciones de mi tío, siguió azotando mi pobre culo con redoblado vigor, y, pese a que en ese momento me excitó sobremanera, el dolor me duró varios días. Yo al poco lancé un torrente de esperma en las entrañas del doctor, quien, no obstante el enorme placer que le produjo, evitó porfiadamente correrse para que sus fuerzas no lo abandonaran en su intento de superar el obstáculo natural de un ojete virgen, máxime tratándose de uno tan joven como el de Dale. Por consiguiente, después de hacerme permanecer unos minutos más presa de las deliciosas contracciones de sus pliegues internos, me hizo salir, impregnado de la fragancia de mi propio esperma. Ahora me tocaba a mí azotar al doctor, mientras que éste debía montar sobre las caderas de Dale. Como Harry ya había descubierto el placer que daba un ojete a quien lo fustigaba, y había visto además lo mucho que parecía gozar el doctor y la facilidad con que yo le había endilgado mi arma, más poderosa que ninguna, no se le ocurría pensar que el acto pudiera provocar dolor, y en consecuencia se prestó a hacer dócilmente todo cuanto se le mandaba. Se colocó, pues, en la postura más cómoda, empinando bien el culo, ensanchando todo lo que podía el canal divisor de sus esferas y exhibiendo una abertura rosadita de lo más tentadora para la vista. El doctor, en efecto, se puso inmediatamente de rodillas para brindarle sus ofrendas, comiéndoselo a besos y metiendo su lengua lujuriosa entre sus angostos pliegues, aprovechando para lubricarlo de arriba abajo con su saliva. Con este prólogo, seguido de una breve fricción con su dedo medio que le produjo al muchacho una sensación de lo más placentera, lo cautivó completamente. El doctor le advirtió, con muy buen tino, que el primer ataque iba probablemente a dolerle un poco, pero que si eso ocurría no debía apartar el cuerpo sino simplemente decirlo: entonces él se quedaría quieto un rato sin desalojar, y ya vería como esa sensación extraña le pasaría pronto, permitiéndole avanzar un poco más; pararía nuevamente si volvía a provocarle

dolor. De esta manera ya vería como al final llegaba a sentir un placer indescriptible, igual al disfrutado por Charlie y él mismo. El pobre Dale le aseguró al doctor que podía comenzar en seguida y que seguiría todas sus instrucciones. Así pues, el doctor, pidiéndome primero que le chupara un poco la verga hasta dejársela bien mojada, colocó al encantador chico en la mejor postura, diciéndole que apretara como si quisiera evacuar; pegó luego su picha bien lubricada al rosado orificio y, apretando con suavidad, logró, mientras el querido muchacho hacía apenas una mueca de dolor, alojar el bálano y un par de pulgadas del fuste dentro del delicioso receptáculo. Pero el dolor del joven Dale se hizo en seguida tan agudo, que se hubiera apartado del doctor de no ser porque éste había tomado la precaución de sujetarlo bien por las caderas, cual si fuera una prensa, pero sin intentar proseguir con su penetración.

—Quédate quieto, querido niño. Yo voy a hacer lo mismo, y ya verás como en un par de segundos se te pasa esa sensación rara.

Luego, volviendo la cabeza hacia mí, dijo:

—Charlie, frótasela con suavidad a nuestro niño.

Hice inmediatamente lo que me había pedido, excitándolo hasta tal punto que pronto olvidó el dolor e incluso encaramó más el trasero, y, como yo había aprovechado la pausa para poner un poco más de saliva en la base de la polla del doctor, a éste le bastó luego volver a empujar con suavidad para metérsela hasta el fondo. En ese instante el joven Dale volvió a gritarle que parara: el dolor era espantoso.

El doctor volvió a detenerse. Yo a mi vez seguí acariciando su polla, ahora inflamada y tiesa. Sus meneos convulsivos, provocados por mis lascivas caricias, fueron seguidos de unos respingos involuntarios, que ayudaron a la completa inserción de la excitada polla del doctor. Éste continuaba quieto, con objeto de que los deseos del joven se excitaran todavía más. Luego, extrayéndosela despacio y volviéndola a meter con suavidad, prosiguió con sus movimientos, hasta que las sacudidas del muchacho pusieron en evidencia la tremenda exaltación de su libido, y el doctor, sin más, aumentó su ritmo. Yo me puse a meneársela con furia y rapidez, y en pocos minutos los dos se corrieron desbordados por el placer más extático. En cuanto a Dale, sus jadeos y sus gritos feroces demostraban lo excesivo que había sido para él el rapto final. El

doctor, por su parte, había inclinado la cabeza sobre el pecho y cerrado los ojos, embargado por la satisfacción de haberse apoderado de las primicias de aquel culo precioso y encantador. Sus últimas arremetidas convulsivas y la manera en que apretaba con ambas manos las caderas de Dale para que el culo de éste se pegara completamente contra su vientre, así como por sus suspiros entrecortados, mostraban lo mucho que el doctor estaba gozando de aquel triunfo. La verga se le fue achicando poco a poco; con todo, y pese a que ya la tenía bastante fláccida y caída, al sacarla de la estrecha raja que ocupaba sonó un *plop*, demostrando lo bien sujeto que había estado entre esos pliegues deliciosos. El doctor no dejó que el joven Dale se levantara hasta que no le hubo acariciado y besado ese culo adorable que acababa de brindarle una satisfacción tan intensa. Luego, atrayendo al muchacho hacia su pecho, lo abrazó con la mayor ternura y le dio las gracias por el heroísmo con que había soportado el ataque, diciéndole que en adelante ya no volvería a sufrir el dolor que le había provocado al desvirgarle el ojete.

Fue así como este muchacho entrañable se inició en nuestros misterios, convirtiéndose luego en aventajado discípulo. Al ser introducido en nuestro círculo íntimo aportó mucho a la variedad y placer de nuestras orgías. Y es que, como se podrá suponer fácilmente, mi gloriosa y tremendamente lasciva tía gozó en exclusiva del primer tributo del muchacho en el templo legítimo de nuestra bienaventurada madre Venus. Yo estuve presente en tal ocasión, de la que el tío, supuestamente, no debía saber nada. La primera vez se lo hizo por el vientre, cuya vista, así como la de su coño realmente magnífico, excitó furiosamente a Dale, haciendo que la polla se le empinara y pusiera más tiesa que nunca. Era realmente asombrosa la rapidez con que le había crecido desde la primera vez que se le hubo empinado del todo. Folló a la tía dos veces, corriéndose tan rápido como ésta, con lo lujuriosa que era en todo momento. Yo les hice el *postillon* a los dos. Aguardé a que libraran varios combates antes de entrar en la lid. Entonces la tía montó encima de él y, echándose hacia adelante, abandonó su trasero divino a todas mis fantasías. Sostuvimos un par de asaltos en la misma postura. Luego mi tía misma reclamó la acción de mi polla enorme para contento de su ansioso coño. Rápidamente cambiamos

de postura. Yo, boca arriba, recibí el delicioso coño de mi querida tía sobre mi picha tiesa y dura como un palo. Ella montó a horcajadas sobre mí y hundió su riquísimo dominio hasta que nuestros respectivos vellos quedaron entrelazados. Luego, y mientras subía y bajaba, tuvo otra corrida deliciosa, tras la que se dobló para caer entre mis ardientes brazos. Luego ofreció su esplendoroso trasero al asombro y admiración del querido Harry, que se lo había estado acariciando y besando y en el momento crítico le había metido un dedo, y que, volviendo la cabeza hacia ella, le chupó el abultado pezón de una de sus portentosas tetas, cosa que aumentó el placer de mi querida y voluptuosa tía. Apenas ella se hubo colocado bien sobre mi pubis, Harry la montó por detrás y le introdujo rápidamente su ya notable —aunque en comparación todavía pequeña— polla, la cual, obviamente, encontró vía libre en aquella senda que yo había previamente abierto y lubricado con mi saliva; él, sin embargo, dio un grito, casi de dolor o al menos de sorpresa, a causa del apretón con que mi tía, en virtud de su maravilloso poder de contracción, lo había recibido. Y nos pusimos en movimiento, con furia y frenesí, hasta que a mi lasciva tía volvió a sobrevenirle la gran crisis y se corrió deliciosamente. Harry y yo paramos un par de segundos para que ella pudiera disfrutar de su corrida al máximo; luego, reanudando nuestro movimiento con más fuerza y velocidad, ambos depositamos al mismo tiempo nuestra respectiva carga en cada uno de los encantados recipientes que tan exquisito placer nos brindaban. Y la tía, claro está, no dejó de unirse a nosotros en el instante extático. Permanecimos luego varios minutos regodeándonos en las más exquisitas sensaciones de las que la humanidad puede disfrutar. Y todavía proseguimos varias horas, durante las cuales la tía no dejó de chupar la sabrosa polla de Dale mientras yo me la comía y le metía un dedo en el culo para su infinita satisfacción. De esta manera, y con repetidos cambios de un receptáculo a otro, —aunque manteniendo en todo momento los dos ocupados—, al final nos ganamos un merecido descanso y nos retiramos a dormir. El doctor, que se había mantenido al margen de este primer encuentro con mi gloriosa tía, un día nos sorprendió juntos, aparentemente por casualidad, y, después de darnos y de recibir una buena azotaina, se unió a todos los éxtasis de nuestras

orgías. Lo que más le gustaba era estar en mi culo mientras yo follaba a su esposa, a la vez que el joven Dale le metía su picha cada vez más desarrollada en su ojete. Pasó bastante tiempo antes de que yo lograra introducir mi enorme polla en el delicioso ojete del querido muchacho, pero cuando por fin lo conseguí alcancé un gozo sin igual, mientras que él, pese a que al cabo de varias semanas del primer ataque todavía seguía haciéndole daño, pudo finalmente alojarme con la mayor facilidad; eso nos permitió a partir de entonces gozar recíprocamente de nuestros ojetes y disfrutar del exquisito placer de follar y ser follado al mismo tiempo.

Mrs. Dale y Ellen

Una nueva estrategia - Ellen confiesa sus secretos

A medida que iba creciendo nuestra lasciva intimidad, yo derivaba la conversación hacia su madre y su hermana. Por fin, un día le dije que su madre, por la descripción que había hecho de ella, debía de ser una mujer muy apetecible y, que si alguna vez se me presentaba la oportunidad, le haría de tapadera con su prima follándome a su madre; lo único que hacía falta era hacerle creer que me quitaba la virginidad. La idea le gustó. Comenzó a pensar que realmente su madre podía interesarme, debido a lo bien «provisto» que yo estaba; además, la posibilidad que yo iba a ofrecerle de disfrutar de su prima lo estimuló más a apoyarme en mis pretensiones. Su cumpleaños caía hacia finales del primer semestre, y su madre se sentía obligada a tenerlo en casa al menos ese día. Creyó que su sobrina iba a estar mucho más segura cuando Harry le pidió permiso para llevar a un sobrino del doctor —es decir, yo mismo—, que además de camarada suyo se había convertido en un gran amigo. Yo advertí previamente a Harry que me haría pasar por un perfecto ingenuo, pero que en algún momento del día tendría que conseguir que su madre le echara una ojeada a mi polla; de ese modo, si no lograba un éxito inmediato, allanaría al menos el camino para conseguirlo más adelante. Su cumpleaños cayó en sábado. Se nos invitó únicamente a pasar el día, con la intención de que nos marcháramos al caer la tarde. Así, el día señalado llegamos a la hora del desayuno. Antes he dicho que su madre vivía en una hermosa casita de campo, situada a milla y media de la casa del rector. Su madre nos recibió con mucho cariño. Primero abrazó amorosamente a su hijo, deseándole que el día le deparara muchas sorpresas agradables y asegurándole que lo

encontraba muy mejorado, y cosas por el estilo. Luego se volvió hacia mí, y me dio la bienvenida con gracia y amabilidad. La sobrina era una niña encantadora, a punto de hacerse mujer. Se puso muy colorada al dar la bienvenida a su primo, mientras que a mí me saludó con suma timidez. Empezamos a charlar, pues la madre tenía mucho que preguntar y oír de su hijo, del que nunca antes se había separado. Tuve así tiempo de observarla bien. Era una mujer alta, robusta y de buen tipo, con hombros amplios y caderas que auguraban una buena continuación hacia abajo. Su rostro, sin ser hermoso, era un óvalo perfectamente delineado, y sus ojos, a los que la descripción de su hijo apenas había hecho justicia, eran francamente bonitos. Me pareció ver que su expresión velaba una fuerte pasión contenida, y ya me parecía que podía resultar en verdad un *bonne bouche* si alguna vez llegábamos a intimar más. Después de la comida salimos a corretear por el jardín. Las hojas ya se habían desprendido de los árboles, pero era una tarde cálida y luminosa para ser de finales de noviembre. Le dije al joven Dale que se mantuviera cerca de su madre y que no mostrara ningún deseo de salir a pasear con su prima, puesto que tenía la certeza de que si aquélla se preocupaba de sus movimientos, yo no tendría la menor oportunidad de hacer mi travesura. Todo se desarrolló según mis deseos; su madre aflojó la vigilancia de su sobrina y empezó a prestarme más atención. Yo representé el papel de chico ingenuo e ignorante a la perfección, pero al mismo tiempo conseguí, mientras pensaba en sus encantos, que la polla se me pusiera tiesa a medias, al objeto de que ella notara sus dimensiones debajo de mis pantalones. Muy pronto advertí que había despertado su curiosidad y que tenía puesta toda su atención en mí. Me hizo una serie de preguntas, tratando sobre todo de descubrir si existía algún ligamen *peculiar* entre su hijo y yo. Haciéndome el tonto, le aseguré que había entre los dos un ligamen estrechísimo; sin embargo, cuando intentó averiguar si habíamos llegado a aquello a lo que realmente aludía, hablé de nuestra intimidad con tanta inocencia que quedó plenamente convencida de mi absoluta ignorancia acerca de todas las tendencias eróticas, y empezó a tratarme de una manera más cariñosa.

Harry y yo habíamos acordado previamente que cuando yo le hiciera una observación frívola, aprovechara inmediatamente para

escabullirse tras un matorral con su prima y luego desaparecer por una esquina para inquietar a mamá. Nuestra estratagema dio resultado. Ella de inmediato se apresuró a alcanzarlos. No bien hubo doblado la esquina, me saqué la herramienta, ahora totalmente tiesa, y me coloqué de manera que a su vuelta me la viera entera y creyera que no reparaba en su presencia por estar totalmente concentrado en mi micción. Todo se cumplió según mis deseos. Le había dicho a su hijo que se detuviera y volviera a reunirse conmigo. Yo estaba mirando hacia abajo, de modo que ella no pudo darse cuenta de que en realidad la observaba de soslayo y que había visto la puntilla de sus enaguas cuando dobló la esquina, y también que se había detenido bruscamente, con toda probabilidad en el momento en que sus ojos descubrieron las nobles dimensiones de mi instrumento. Yo me cuidé de repasarme la mano una o dos veces mientras meaba, y luego me la sacudí deliberadamente, exhibiéndola cuan larga y ancha era durante un par de minutos antes de abotonarme, lapso en el que ella permaneció totalmente inmóvil, clavada en el sitio donde se había detenido. Después de que me hube abotonado, me agaché como si fuera a atarme el zapato, aunque en realidad lo hacía para que pareciera que no me había dado cuenta de su proximidad. Así, cuando me enderecé ella ya estaba a mi lado. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos destellaban de una manera que revelaba que había tragado el anzuelo. Yo ahora tenía que seguir haciéndome el inocente y aparentar no saber que me había estado viendo.

Cuando luego me cogió del brazo, sentí que su mano temblaba. Y nos alejamos a toda prisa, hasta que encontramos a su hijo y a su sobrina. A partir de ese momento empezó a tratarme de una forma extraordinariamente cariñosa, haciéndome observaciones con las que hubiera descubierto que mi inocencia no era más que aparente si mis respuestas no la hubieran disuadido. Pero yo era demasiado experto como para no saber pagarle con la misma moneda, de modo que al final le hice creer que tendría que vérselas con uno totalmente virgen. Seguimos andando. Ella se mostraba bastante inquieta y de tanto en tanto callaba durante un par de minutos, para luego, apretándose suavemente a mi brazo, hacerme alguna observación lisonjera y cariñosa, tras lo cual yo la miraba amorosa pero inocentemente a la cara para darle las gracias por su amable

opinión. En esos momentos sus ojos cobraban un brillo peculiar y los colores se le iban y volvían. Después de un rato, su mano soltó mi brazo y se apoyó en el hombro opuesto, casi en un abrazo que fue haciéndose más y más cálido a medida que sus palabras se volvían más afectuosas. Celebraba sobremanera que su hijo hubiera encontrado un camarada tan encantador, diciendo lo cual se detuvo y, volviéndose hacia mí, añadió que podía llegar a quererme igual que si fuera su propio hijo; luego, inclinándose ligeramente, quiso darme un beso maternal. Yo le arrojé los brazos al cuello y nuestros labios se unieron en un largo y amoroso beso: muy ardoroso por parte de ella y en cambio muy inocente, aunque afectuoso, por mi parte.

—¡Oh! —dije—, qué feliz voy a ser al poder llamarla mamá. Es usted muy buena al permitirme que la llame así, y yo pienso amarla como si lo fuera de verdad. Este semestre ha sido la primera vez en mi vida que he estado lejos de mi madre y, aunque mi querida tía no puede ser más amable conmigo, todavía no puedo llamarla mamá. Mi tutor no va a darme permiso para que vaya a pasar las vacaciones de Navidad en casa, pero ahora sé que no voy a extrañar nada gracias a mi nueva, querida y amable mamá.

Volví entonces a acercarle los labios para que me los besara, lo que hizo incluso con más ardor que antes. Su brazo se había deslizado hacia mi cintura y ahora me apretaba con fuerza contra su pecho, que inesperadamente encontré firme, incluso duro. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para mantener mi incontrolable miembro quieto y lograr que creyera que recibía sus abrazos únicamente como prueba de una tierna amistad. Sea como fuere, conseguí mi objetivo, con lo cual, naturalmente, quedó más convencida que nunca de mi absoluta ignorancia de los deseos carnales. Al estrecharla entre mis brazos y pegar mis labios a los suyos, se turbó sobremanera, tembló y, dando un fuerte suspiro, me apartó de su lado; luego, como si de pronto se hubiere recobrado, me cogió del brazo y apretó el paso para alcanzar a su hijo. Y es que, como ya se habrán figurado, se había rezagado adrede para perderlos de vista antes de ceder a su deseo irrefrenable de abrazarme. No abrió la boca hasta que los avistamos paseando, en apariencia tranquilamente y con la mayor inocencia. Pero Harry me explicó más tarde que, al ver cómo su madre se había detenido para

contemplar mi polla —cosa que él sabía formaba parte de mi plan —, se había puesto a fisgar desde detrás de los arbustos y había observado el efecto con que me trataba y la lentitud de su paso. Él se nos había adelantado y doblado en una esquina, donde se ocultó cuando su madre se detuvo para abrazarme de la manera ya descrita. Se dijo entonces que ella ya no iba a tener ninguna prisa por alcanzarlo. Así que se adelantó rápidamente con su prima y, eligiendo un sitio desde el que pudiera vernos a través de los arbustos cuando reanudáramos nuestro camino, se sentó en un banco y montó a su prima en sus rodillas, preguntándole si no había lamentado su precipitada separación después de su última y deliciosa entrevista, y diciéndole que su madre los había visto, motivo por el cual lo había mandado de interno con el doctor. Ella se sorprendió muchísimo al oírlo, ya que su tía jamás le había mencionado el asunto, y, en efecto, había quedado muy afligida después de su marcha de casa. A todo esto, las manos de Harry no estaban ociosas: ya que se había desabotonado los pantalones y había puesto su verga, ahora mucho más grande que antes, en la mano de su prima. Ella advirtió de inmediato lo mucho que le había crecido y empezó a acariciársela. Él mientras tanto se mantenía ocupado en frotarle su pequeño clítoris. Descubrió que ya estaba bastante húmeda, y cuando no llevaba todavía un minuto acariciándola, ella lanzó un suspiro y un «¡Oh!, me haces sentir mucho más placer que la tía». Y se corrió copiosamente, mientras le apretaba fuertemente la polla. Se quedó sin aliento durante unos minutos. Cuando se recobró un poco, y mientras le miraba amorosamente con los ojos entornados, Harry le recordó a Ellen su inesperada confesión:

«¿Cuándo te ha hecho mi madre una cosa así?».

«Desde el día que te marchaste. Tu madre me llevó a dormir con ella, pues decía que se sentía muy sola después de tu marcha. Al comienzo sólo me abrazaba con mucho amor y me apretaba con fuerza contra su pecho. Como yo me acostaba siempre antes que ella, por lo general estaba profundamente dormida cuando venía a la cama. Al comienzo me preguntaba cómo era posible que al despertarme tuviera siempre el camisón remangado hasta el cuello, que tu madre lo tuviera igual y que nuestros cuerpos desnudos estuvieran estrechamente unidos entre los brazos de tu madre. Una

mañana me desperté incluso con una mano entre las suyas y pegada a esa parte que tú ahora me estás tocando de un modo tan delicioso. Ella se había quedado dormida en esa postura, pero noté que esa parte la tenía mojada, igual que yo la tengo ahora por lo que me has hecho. Sin querer me di cuenta de que era muy agradable y, apartando despacio su mano, empecé a tocárselo de arriba abajo; y ¿sabes, Harry?, lo tiene todo cubierto de unos rizos espesos. La sigo toqueteando, y en eso descubro que tiene como unos labios gruesos y abultados y que si quería podía meterle los dedos. Así que empujo y, cuando ya se los había metido hasta los nudillos, siento de pronto que me los aprieta con una fuerza increíble y que su cuerpo se eleva hacia mí pegando un salto con el culo, luego vuelve a caer y lo levanta de nuevo, me estrecha entre sus brazos y comienza a decirme en sueños palabras de amor. Y yo sentí en eso que algo duro se aprieta contra mi vientre, justo esa cosita que ahora me estás tocando. Y entonces ella me dijo: "¡Oh!, sigue, sigue…"».

Harry prosiguió dando toda suerte de detalles.

—Yo reanudé mi manoseo y la hice correrse —dijo Harry—. Y no bien recobró el sentido me la comí. Metí la lengua en su dulce coñito y lamí sus deliciosas corridas. Al levantarme, con la polla erecta y tiesa fuera de mis pantalones, ella se la metió en la boca y, tras chupármela sólo un poquito, me hizo tener una corrida arrebatadora, que la niña tragó en un rapto de desmedida voluptuosidad. Ya no teníamos tiempo para hacer nada más, pues avisté el traje de mamá a través de los árboles. Así que me abotoné rápidamente y nos echamos a andar como si nada hubiese ocurrido. Al reanudar nuestro paseo, disipadas ya las sospechas de mamá, mi querida Ellen prosiguió con sus confesiones.

»Ese algo duro que se apretaba contra su barriga era el clítoris de mamá, que lo tiene maravillosamente desarrollado. Y ella —que sabía por la experiencia que había tenido conmigo que ése era el punto que producía más placer—, puso allí un dedo y comenzó a juguetear torpemente con él. La excitación que le produjo despertó en ese instante a mamá, quien al descubrir asombrada lo que Ellen le estaba haciendo, le cogió la mano y, apretándosela y sobándosela con más destreza contra su clítoris, prosiguió su acción entre exclamaciones de placer y llamando a Ellen "su niña preciosa y querida" hasta que por fin, con un grito de auténtico gozo, se corrió

copiosamente sobre la mano de Ellen. Después de jadear un rato totalmente extasiada, se volvió hacia Ellen y la estrechó entre sus brazos, la besó con ardor y le metió la lengua en la boca, y luego le pidió que hiciera lo propio con la suya. Después de acariciarse varios minutos, mamá le preguntó como se le había ocurrido hacerle aquello que la había encontrado haciéndole cuando se despertó. Ellen le explicó cómo al despertarse se había encontrado con una mano entre las suyas y con su cuerpo pegado al de ella, también desnudo; que aquello le había sorprendido y que no entendía por qué estaban así; que luego, al mover la mano, había sentido que mamá se estremecía por allí abajo y que su cuerpo daba un respingo hacia adelante, que el dedo entonces se le había colado y que eso la había sorprendido todavía más, puesto que ella había intentado varias veces meterse los dedos, pero como siempre le dolía mucho había terminado dándolo por imposible; ahora, en cambio, daba con uno donde podía meter todos los dedos, nudillos incluidos, con la mayor facilidad; y que los movimientos interiores y los respingos del cuerpo de la tía le habían hecho ver que le daba placer. Al proseguir sus movimientos, en fin, había sentido una cosa dura en la parte de arriba que chocaba contra el dorso de su mano; había sacado los dedos para tocar aquella cosa rara, y al hacerlo la tía se había despertado.

Ellen reprodujo para Harry la conversación que sostuvo con su tía.

»“Y ya conoces el resto, querida tiíta. Yo estaba encantada al ver que te daba tanto placer”.

»“¡Querida, querida niña!”, respondió mi tía, “a partir de ahora he de quererte más que nunca. Sí, y tú también tienes que conocer este placer extraordinario. Desde hace mucho deseaba iniciarte en los secretos de las mujeres, pero me parecía que eras aún demasiado joven para saber guardar en secreto esa intimidad que podemos compartir. Más de una vez, mientras dormías con tus adorables encantos desnudos delante de mis ojos y pegada a mi cuerpo lascivo, he gozado de ti e incluso me he servido de tu mano, a la que tu sueño hacía insensible, para excitarme todavía más. Esta noche había gozado de ti al máximo, besando tu adorable cosita y todos tus encantos ocultos, y sin darme cuenta debo haberme quedado dormida con tu mano todavía apretada contra mi encanto

secreto. Pero ahora voy a iniciarte en esos mismos placeres y de una manera todavía más exquisita".

»Después de decirme eso me pidió que me quitara el camisón, mientras ella hacía lo mismo. Nos habíamos levantado para desnudarnos, y tu madre aprovechó para hacerme posar de todas las maneras, admirándome y besándome por todas partes. Yo hice lo mismo con ella, y puedo asegurarte, querido Harry, que tu madre está mucho mejor formada que yo, tanto por adelante como por atrás, y que tiene unas piernas y unos muslos durísimos y que su cosa es muy grande y abultada, llena de rizos sedosos alrededor. Siento ahora que tus dedos me están acariciando los rizos; sí, me han crecido desde la primera vez que los tocaste y acariciaste, pero te aseguro que no tienen ni punto de comparación con los de mi querida tiíta. Cuando ya me había excitado bastante y era evidente que ella también estaba excitadísima, me pidió que me tumbara de espaldas en la cama y que doblara las rodillas de manera que los pies quedaran apoyados en el borde. Luego colocó un taburete delante, se arrodilló y, después de tocarme y acariciarme por allí abajo, pegó ahí mismo los labios, me lamió durante un rato y luego se puso a juguetear con la lengua en ese sitio que tú me has estado manoseando tan deliciosamente. Me lamió con delectación y pronto hizo que me corriera en un éxtasis de placer. Siguió chupándomelo un rato más, mientras yo permanecía embargada por una languidez exquisita. Cuando por fin se levantó, del taburete se arrojó a la cama y nuestros cuerpos desnudos se entrelazaron estrechamente en el abrazo más amoroso. Sus labios estaban empapados de la agüita que yo había soltado, cuyo peculiar aroma *m'enivrait* de tal modo que no pude evitar lamer todo aquel jugo cremoso de sus labios.

»"Oh, tía adorada", grité, "me has hecho sentir un placer paradisíaco; ahora me gustaría poder devolvértelo".

»"Mi querida Ellen, vas a conseguir que te adore. Lo único que lamento ahora es no haberme confiado antes a ti, pues en seguida me he dado cuenta de que no habría corrido el menor riesgo. Sí, cariño, debes intentarlo, y yo te iré enseñando poco a poco lo que hay que hacer para obtener el mayor placer de toda nuestra lascivia y nuestra libido, y sin que debamos temer ningún peligro ni estar

ansiosas por la eventualidad de un resultado fatal, que en cambio sí puede derivarse de la relación con el sexo opuesto, que sólo nos utiliza para su deleite sensual y nos abandona justo cuando tendría que consolarnos y mimarnos más que nunca”.

»Mi tía querida, después de abrazarme tiernamente, se colocó en la misma postura en la que yo había estado antes. Yo me arrodillé sobre el cojín como ella había hecho. Pero antes de empezar a hacerle lo que ella había hecho conmigo, me paré a contemplar deleitada sus encantos naturales. ¡Oh!, Harry querido, no puedes imaginarte lo hermosa que es esa parte de tu mamá. Su barriga, de una blancura purísima, es suave, firme y redonda, y preciosa. Por debajo de un pliegue le nace una protuberancia muy abultada cubierta de una espesa mata de rizos sedosos y rubios, que son un primor; esos mismos rizos, aunque más grandes, se le prolongan por los muslos, donde se abren seductores sus labios hermosamente sobresalientes y rodeados de un vello todavía más espeso, que sigue hasta mucho más abajo de las esferas que se le proyectan por atrás. En la parte alta de los labios, donde éstos forman un profundo semicírculo, pude distinguir un objeto duro y pronunciado, tan largo y ancho como mi pulgar. Yo no sabía que ése era el núcleo del placer. Tu madre me enseñó entonces a llamarlo clítoris, y me ha dicho que aunque es raro que sea tan grande como el suyo, todas las mujeres lo tenemos y que se excita y se pone duro cuando el placer final está por llegar. Yo pegué mis labios a ese objeto encantador, y se lo chupé y lamí todo en rededor. Y tu madre, en un arrebato de placer, se puso a menear el culo por debajo de mí y con las dos manos me apretó la cabeza contra el punto excitado, mientras me decía las palabras más cariñosas y sensuales. Luego me pidió que me sujetara la barbilla con la palma de la mano, y que le metiera el pulgar por la parte de abajo de los labios, que en ese momento le estaba chupando, y que se lo sacara y volviera a introducir hasta donde pudiera. Así lo hice, descubriendo que con ello aumentaba inmensamente el placer de tu madre. Sus movimientos se hicieron más y más rápidos, hasta que, lanzando un grito de placer —justo cuándo yo hacía más presión con la mano, sobre todo con el pulgar—, de pronto cesó todo movimiento; sus manos, que crispadas me había oprimido hasta entonces la cabeza, se aflojaron, su clítoris se achicó y, sin dejar de estrujarme

convulsivamente el pulgar dentro de su cosa, se quedó un rato inmóvil. Por fin recobró el sentido, me cogió de los brazos y me subió hasta su regazo; luego, y mientras ella me apretaba el culo para que me pegara más a su cuerpo, sentí que mi cosita se había anidado en la rica mata de rizos que tan bellamente la adornan. Me metió entonces la lengua en la boca y lamió toda esa sustancia cremosa que ella misma había arrojado en tanta abundancia. Bendijo la dichosa casualidad que le había permitido abrirse a mí, y me dijo que desde hacía mucho tenía que conformarse con el insatisfactorio placer de la autocomplacencia, pero que ahora podría gozar conmigo de todos los deleites sensuales que las mujeres pueden brindarse entre sí. Seguimos un rato gozando de todos esos mimos deliciosos, hasta que la hora nos obligó a levantarnos. Desde aquel día no hemos hecho sino practicar todos los métodos de placer que pueden darse dos personas del mismo sexo. Tu madre me ha introducido varias veces su clítoris tieso y excitado hasta donde le llegaba entre los labios de mi cosa, pero siempre he ansiado, querido Harry, que tú me penetres más adentro con ese aparato ancho y largo que tienes, aunque después de haberlo visto hoy tan crecido temo que no lo consigas».

Así concluyó la ingenua descripción de Ellen. Harry, naturalmente, le prometió que no le haría daño, que esas partes estaban hechas para ceder. Le dijo además que estaba seguro de que su madre le había hecho daño al comienzo, pero que después le había hecho sentir un placer inmenso.

Sí, eso era cierto, y precisamente eso era lo que le infundía valor. En cuanto se les presentara una oportunidad, ella le dejaría hacer todo lo que quisiera.

Huelga decir que esta narración del trato habido entre Ellen y su tía encendió mi imaginación y me hizo tomar la determinación de poseerla. Más aún, empecé a creer que no tendría necesidad de hacer ningún esfuerzo, sino que su querida mamá se ocuparía de todo. Estábamos otra vez en casa después de ese agitado paseo. Mamá estaba evidentemente muy preocupada, pero al final pareció que había tomado una determinación, pues le pidió a Ellen que subiera a su habitación, y a nosotros, sus dos chicos, como nos llamaba, que saliéramos a distraernos durante una hora. Fue durante este intervalo cuando Harry me narró la interesante plática

que había tenido con su prima. La efusiva descripción de ésta había encendido su imaginación, tanto que ahora lamentaba no ser él quien iba a disfrutar de su lasciva y sensual madre. Ninguno de los dos dudaba de que ella se encargaría de buscar la ocasión de gozar de mí. Y terminamos de convencernos cuando volvimos a la casa. Mamá, besando primero a su hijo por guardar las formas, y luego dándome a mí un beso mucho más afectuoso, nos comunicó que había escrito al doctor diciéndole que nos habíamos portado tan bien que le estaría muy reconocida si autorizaba a su hijo a quedarse en casa hasta el lunes, haciendo extensiva esa solicitud para su sobrino, con objeto de que le hiciera compañía a Harry y lo disuadiera de cometer esas barbaridades que, le complacía decirle, parecía haber olvidado, no obstante lo cual estimaba preferible que estuviera allí para vigilarle aquel amigo tan discreto e inteligente que, como había visto con agrado, su hijo había encontrado en el sobrino del doctor. Y mi tío, sin saber exactamente cómo interpretar su nota, había consentido. De ahí su alegría al transmitirnos la buena nueva, que a mí me alegró todavía más, ya que al oírla preví inmediatamente el fin de mi supuesta virginidad. «Mamá querida» irradiaba gozo y me condujo al instante a mi aposento. Noté que era un cuarto apartado, de fácil acceso, pero al que no debía entrar nunca nadie.

—Espero, hijo querido —pues como ya sabes quiero que en adelante me llames siempre mamá—, que aquí te encuentres cómodo y que no te asuste estar un poco aislado del resto de la casa. Yo, de todas formas, vendré a ver si te encuentras a gusto antes de irme a dormir.

Dicho lo cual me besó y abrazó cariñosamente. Yo le respondí muy afectuosamente, aunque en apariencia con la mayor inocencia. Y ella suspiró, lamentando —me dije— no poder hacer nada más en ese mismo momento, y luego me acompañó afuera.

Mrs. Dale

Mrs. Dale - El cuerpo de Mrs. Dale - Iniciado una vez más - El truco de Harry

La tarde, la cena y la noche transcurrieron sin que ocurriera nada digno de mención, fuera de que a mamá se le veía por momentos ausente y preocupada. Estaba sentada a mi lado en el sofá, mientras Ellen tocaba el piano; su mano buscaba la mía, y me la apretaba una y otra vez con afecto. Harry estaba sentado junto a Ellen, lo que me permitía alzar a cada instante la cabeza reclamando un beso inocente. No me lo negó nunca. Posaba sus labios entreabiertos en mi boca, con sensualidad pero aparentemente temerosa de rozarme con su lengua tersa. Se estremecía y temblaba a cada momento, evidentemente excitadísima. En el curso de la tarde, Harry y yo tuvimos tiempo de cambiar impresiones. Yo le dije que estaba seguro de que su madre acudiría a mí esa noche, y que contara con que, si lo hacía, se quedaría conmigo hasta la mañana. Le aconsejé que la vigilara, y que, cuando la viera salir de su habitación en mi busca, fuera a la habitación de su prima e hiciera con ella lo que quería hacer, pero que en cualquier caso se retirara al amanecer. Yo le dije que si su madre optaba por dejarme a esa misma hora, la retendría un cuarto de hora más para que tuviera tiempo de poner las cosas en orden con su prima y de volver a su habitación. Le aconsejé igualmente que pusiera una toalla debajo del culo de su prima, ya que inevitablemente iba a hacerla sangrar, que quitara la toalla por la mañana para que su madre no encontrara ningún indicio de lo que habían estado haciendo, y que le dijera a Ellen que se hiciera la dormida cuando su tía regresara a la habitación y que por la mañana fingiera que no había notado su ausencia esa noche. Un

poco antes de las diez mamá creyó que ya era hora de que sus niños, como nos llamaba, se fueran a la cama. Su hijo y su sobrina la besaron, y yo en seguida reclamé también un beso de mi nueva mamá. El beso fue dado y recibido con toda pasión: sus labios parecían resistirse a despegarse de los míos, mientras sus brazos me estrechaban de una manera de lo más amorosa.

—Querida mamá —dije—, voy a amarla siempre muchísimo.

—Mi niño querido, yo ya te amo como si fueras mi verdadero hijo.

Mandó a Harry y a Ellen a sus habitaciones mientras que a mí me condujo a la mía. Noté que temblaba muchísimo y que se sintió aliviadísima cuando por fin pudo posar el candelabro. Me preparó la cama, me deseó buenas noches, y sensiblemente agitada, volvió a abrazarme con enorme pasión. Noté que ella me hubiese metido con el mayor gusto la lengua entre los labios. Yo a duras penas me contuve de hacer lo mismo. Por fin me dejó, diciéndome que antes de ir a acostarse vendría a echarme una ojeada para ver si estaba cómodo. Le dije que era muy amable de su parte, pero que no tenía necesidad de hacerlo porque en cuanto me acostaba me quedaba siempre dormido como un lirón.

—Me agrada saberlo, niño querido, pero de todas formas vendré a verte, por si la cama desconocida te impide dormir.

Y volvió a apretarme apasionadamente contra su busto firme y proporcionado mientras me daba un largo, larguísimo beso. Apartándose de mí con un profundo suspiro, me dio por fin las buenas noches, cerró la puerta y aparentemente se marchó. Pero a mí me pareció que se detenía de pronto y que regresaba a hurtadillas, probablemente con la esperanza de verme mientras me desnudaba y echarle un vistazo a mi polla descomunal. Así que decidí satisfacer su curiosidad. Me quité la ropa y, antes de ponerme el camisón de Harry que había dejado sobre la cama, saqué el orinal y me volví hacia el hueco de la cerradura completamente desnudo y con la polla empuñada. La tenía empinada a medias, pero cuando acabé de orinar, corrí el capullo y la hice vibrar, me la meneé un par de veces y me la sacudí deliberadamente, con objeto de que aumentaran sus ganas de poseerme. Cogí entonces el camisón y, volviéndome hacia la luz, me lo puse con una torpeza enorme para darle tiempo a que viera bien

mi polla, que ya estaba tiesa a más no poder. Luego apagué la luz y rápidamente me metí en la cama. Agucé el oído y alcancé a escuchar un profundo suspiro semicontenido, y luego pasos alejándose sigilosos. Me quedé despierto pensando en la manera en que debía recibirla; bien haciéndome el dormido para dejarla tomar la iniciativa, o bien haciéndole creer que seguía despierto por culpa de la cama nueva y porque no había podido dejar de pensar en la gentileza que había tenido conmigo. Opté por hacerme el dormido, sobre todo porque así podría ver cómo se comportaba; representar además el papel del sorprendido.

Una media hora después de que todos nos hubiéramos acostado, vi el resplandor de una vela a través del hueco de la cerradura. Yo había estudiado una postura para facilitar las cosas. Estaba echado boca arriba, con el pecho casi destapado y la mano que daba al lado por el que ella debía aproximarse, apoyada sobre la cabeza. Naturalmente, tenía la polla empinada, lo que era perfectamente visible gracias a que había arrojado el cubrecama y estaba arropado tan sólo por la sábana y una manta ligera. Cerré los ojos y me puse a respirar pesadamente. La puerta se abrió despacio y ella entró. Se volvió para cerrarla y yo entorné ligeramente un ojo: vi que llevaba puesta sólo una holgada *robe de chambre*, debajo de la cual, como se le abrió al volverse, advertí que no llevaba más que la camisa. Llegué incluso a vislumbrar su hermoso busto, a causa de lo cual la polla se me puso en seguida a vibrar con violencia, de manera que al acercarse a mi lado la encontró resueltamente tiesa. Se detuvo, evidentemente sobrecogida por la vista. Luego, acercándome la vela, me preguntó en voz baja si estaba dormido. Y yo por toda respuesta empecé a respirar con más fuerza, con la boca entreabierta como si estuviera sumido en el sueño más profundo. Ella fijó entonces su atención en el objeto protuberante y se atrevió a tocarlo con suavidad; luego, envalentonándose, me la asió, siempre con suavidad, por encima de la ropa y me alumbró el rostro, pero yo no hice un solo gesto. Luego posó la vela, cogió una silla y se sentó al lado de la cama. Volvió entonces a hablarme en un tono quedo. Viendo que no dejaba de respirar profundamente, deslizó despacio una mano por debajo de la ropa de cama ya convenientemente doblada, y con sumo cuidado la alargó hasta mi polla y me la agarró con suavidad. Sentí al momento que su cuerpo

temblaba y que su respiración se hacía rápida y entrecortada. La palpó despacio desde la base hasta la cabeza, produciéndole su tamaño una enorme y manifiesta excitación. Al apretar el bálano hizo que éste vibrara con energía. Aflojó entonces la mano y tuve la certeza de que se volvía hacia mí para ver si me había turbado. Pero yo seguía profundamente dormido. Pareció ganar más confianza, pues ahora utilizaba las dos manos y era evidente que se había arrodillado, postura esta que se adecuaba mejor a sus propósitos. Sentí que ponía una mano cerrada encima de la otra, hasta que comprobó que el bálano quedaba algo más arriba de la tercera medida. Le oí lanzar una involuntaria exclamación de sorpresa por su tamaño. Cada vez más devorada por la curiosidad, empezó con todo cuidado a apartar la ropa de cama para poder ver y tocar. Cuando lo hubo hecho, se alzó y cogió la vela, la pasó otra vez delante de mis ojos y luego la acercó a mi polla. Y yo, seguro de que se hallaba demasiado absorta para volverse a mirarme, entreabrí los ojos y la vi agachada sobre el gran objeto de atracción. Oí entonces que exclamaba a media voz:

—¡Qué maravilla! Jamás me hubiera imaginado una cosa así y menos en un chico tan inocente. ¡Oh, sí, tengo, tengo que poseerla!

Y en seguida la aferró con más fuerza que antes. Luego, levantándose, puso la vela sobre la mesilla y corrió ésta a los pies de la cama. Me cogió luego la polla con ambas manos, me la sobó con suavidad de arriba abajo incluso se inclinó y besó apasionadamente el capullo. Ello me hizo vibrar con mucha más violencia que antes, y me dije que había llegado el momento de actuar y de fingir que me despertaba. Ella aflojó instantáneamente la presión y se puso de pie, demasiado agitada para acordarse de taparme. Yo abrí los ojos aparentando una enorme sorpresa, pero al reconocer a mamá dije:

—¡Oh! ¿Era usted, querida mamá? Estaba soñando con usted algo tan bonito… Oh, béseme —dije, haciendo como si no me diera cuenta de que estaba completamente desnudo.

Ella se agachó y me besó con ternura, diciendo:

—Mi querido, mi amado niño. Vine para ver si estabas cómodo y te he encontrado destapado y con esta cosa extraordinaria como un palo.

Al agacharse para besarme me la había cogido con su mano

izquierda. En ese preciso instante decidí representar el mismo papel que tan buen resultado me había dado con mi tía.

—Querida mamá, yo no me hubiera atrevido nunca a hablarte de *aquello* si no fuera por lo mucho que me duele al ponérseme tan duro y vibrar, como ve, al menor contacto. No sé qué hacer, y además he sentido una cosa extrañísima ahora que me lo has tocado tan suavemente. Dime cómo puedo curarme, querida mamá, y te querré de todo corazón.

Entonces se agachó y me besó con fruición, metiéndome incluso la lengua en la boca. Yo se la lamí y le dije que era dulcísima. Pero como la polla se me había puesto frenética, le rogué que me dijera lo que podía hacer para calmarla. Ella me miró fijamente durante un buen rato, sonrojándose y empalideciendo alternativamente.

—Sí, niño querido, puedo darte alivio, pero se trata de un secreto que no sé si confiar a alguien tan joven como tú.

—¡Oh!, sí, puedes confiar en mí, mamá. Ya sabes que me estoy haciendo hombre, y los hombres tenemos que saber guardar un secreto si no queremos que nos desprecien; además, cualquier secreto que una madre tan querida y encantadora como tú me confíe tiene que ser para mí todavía mucho más sagrado.

—Confiaré en ti, mi niño. Y sí, voy a hacerte una cosa que te hará comprender en seguida hasta qué punto me sacrifico por tu bien.

Dicho esto se quitó la bata y se tumbó a mi lado en la cama.

—¡Oh!, qué buena eres, querida mamá —dije estrechándola entre mis brazos y besándola con pasión—. Toca, mamá, y mira lo duro que está. Dime ya qué tengo que hacer para aliviarme.

—Bueno, niño querido, las mujeres estamos preparadas para calmar este tipo de rigidez. Poseemos una raja por la que se mete y donde poco a poco se va ablandando.

—¡Oh! ¿Dónde, dónde la tienes, querida mamá?

Me cogió la mano y la condujo hasta su coño, ya húmedo a raíz de la excitación que se había apoderado de ella.

—Toca aquí. ¿No encuentras una abertura?

—Oh, sí, ¿pero cómo puedo entrar por ahí? ¿No te haré daño?

—Yo te lo mostraré.

Se puso entonces boca arriba, separó las piernas y me pidió que montara sobre su vientre con las piernas entre las suyas; luego,

guiando mi picha tiesa y frotando su enorme bálano de arriba abajo por los labios para humedecerlo, me dijo que empujara con suavidad, ya que era tan grande que si no lo hacía así podía lastimarla. Representando el papel de novato a la perfección, no tardé en metérsela torpe pero delicadamente hasta el fondo. Prorrumpió en un «¡oh, oh!», cuando se la hube ensartado bien; en seguida, tras rodearme las caderas con las piernas y estrecharme la cintura entre sus brazos, me pidió que meneara de arriba abajo el culo, tratando siempre de metérsela hasta el fondo. Tres o cuatro arremetidas bastaron para acabar conmigo, dada mi tremenda excitación. Y ella también se corrió lanzando un profundo suspiro convulsivo. Yo tuve la precaución de gritar:

—¡Oh, querida mamá, oh, para! Me estoy muriendo, mu… muriendo.

Sus contracciones internas eran deliciosas, tanto que rápidamente volvieron a empinarme la polla. Ella también había vuelto a excitarse y, pegando sus labios a los míos, me introdujo la lengua reclamando que yo hiciera lo propio con la mía para chupármela.

—¡Oh, qué placeres celestiales, querida mamá! Sí, sí, has conseguido reducir la rigidez; pero mira, se me ha vuelto a poner duro: tienes que calmarme otra vez.

—Niño adorado, siempre estaré dispuesta a repetirlo, pero tenemos que guardar celosamente el secreto, o de lo contrario no podré hacértelo nunca más.

No necesito decir que le expresé acaloradamente mis protestas. Y lo hicimos una, y otra, y otra vez. Mamá me aseguró que era un alumno sumamente espabilado. Cuatro veces seguidas derramé en su coño espumeante y ardiente auténticos torrentes de esperma. Al final se empeñó en que desalojara, diciendo que mi salud se vería perjudicada si seguíamos. Así que se la saqué y nos estrechamos mutuamente en un abrazo de lo más amoroso. Manifesté entonces el deseo de contemplar aquel lugar maravilloso que me había hecho sentir un éxtasis paradisíaco. Y ella se prestó con gracia y facilidad admirables a satisfacer mi curiosidad infantil, quitándose incluso la camisa y pidiéndome que yo hiciera lo propio para poder contemplar libremente todas las bellezas de mi cuerpo. No había mentira en la enorme admiración que manifesté ante su cuerpo

realmente soberbio, aunque la ingenuidad e inocencia de mis palabras la hicieron reír a carcajadas y la confirmaron en su idea de que no era sólo la primera mujer que veía desnuda, sino además la primera que conocía o, en todo caso, la que me había enseñado por vez primera el significado del placer sensual, produciéndole un gozo enorme la idea de que me había quitado la virginidad y que era ella quien me iniciaba en los deliciosos misterios del amor. Naturalmente, yo hice todo lo que pude al objeto de llevar adelante ese engaño que tanto le complacía, aunque he de agregar que ésta fue la última vez que actué de ese modo, pues, como cada día me hacía más hombre, en adelante hube de optar por tomar la ocasión por el copete sin más, y la verdad es que rara vez me fue mal. Nos levantamos y empezó a girar de un lado a otro para que pudiera contemplar todas las extraordinarias bellezas de su cuerpo, mientras ella misma me explicaba qué partes tenía mejor: el busto, las tetas, el vientre suave y blanquísimo, sin una sola arruga a pesar de que había tenido un hijo. El suyo, en efecto, era uno de esos casos excepcionales en los que no queda la menor traza de dicho acontecimiento. Su pecho, sin ser tan grande como el de mi tía, era espléndidamente blanco y firme, con pezones rosados y mayores que los de una muchacha, pero bien erguidos y de lo más apetitosos. Y luego su coño, que pude contemplar a mis anchas gracias a que estaba echada de espaldas y con las piernas separadas. Antes, al reproducir la descripción de Ellen a Harry, hice mención de su clítoris. Era maravillosamente grande, más o menos de la mitad de tamaño que el de Miss Frankland, y no tan grueso. Al tocarle el coño e introducirle los dedos para abrírselo, se excitó, y don Clítoris elevó su cabeza y salió de su rincón completamente tieso. Yo manifesté una enorme sorpresa al descubrir que también tenía un cacharrito, empleando adrede esta expresión infantil. Empecé a juguetear con él.

—¡Oh! —dije—. Tengo que besarlo.

Y se lo besé y comencé a chupárselo. Ella se inflamó tremendamente y, agarrando mi polla otra vez tiesa, me atrajo hacia sí y se introdujo una vez más mi arma maestra. Y echamos un polvo delicioso, sin apresurarnos hasta que sentimos que la crisis final estaba por llegar. Era una mujer sumamente ardorosa, y ahora que se había roto el largo retiro que la había mantenido apartada de

nuestro sexo, ahora que las esclusas habían sido abiertas, ya no había nada capaz de contener el torrente de sus deseos lascivos. Volvimos a fornicar un par de veces sin desalojar. Luego, tras abrazarme y darme las gracias por el placer que le había hecho sentir, se levantó para hacer una necesidad natural, aconsejándome que hiciera lo mismo y diciéndome que después debíamos lavarnos con agua fría para restablecer nuestros nervios. Ella me lavó a mí y yo a ella. Luego me instó a que me tumbara de espaldas, mientras admiraba lo que ella denominaba la obra maestra de la naturaleza. De ver y palpar pasó pronto a chupar. En un instante se me puso otra vez tiesa. Haciéndome el tonto, le pregunté si no era posible que ambos gozáramos de ese placer al mismo tiempo.

—Oh, sí, niño querido. ¡Me encanta saber que esto te gusta! Ponte boca arriba y yo me colocaré encima, mirando hacia el otro lado; y mientras yo chupo esta joya enorme, cuya cabeza apenas me cabe en la boca, tú puedes hacer lo que te guste con mi chocho.

—¿Es así como se llama, querida mamá?

—Es un modo de llamarlo. Tiene varios nombres más, pero vosotros los hombres soléis llamarlo «coño», mientras que nosotras llamamos a lo vuestro «polla». Está bien que sepas qué nombres se les suele dar, ya que los niños los llaman simplemente «Fanny» y «cacharrito».

—¡Ah, polla y coño, nunca lo olvidaré! Déjame ahora que te chupe ese precioso coño.

Nos chupamos mutuamente y tragamos con fruición ese resultado doble, tras lo cual ambos continuamos acariciándonos hasta que nuestras respectivas partes recobraron todo su vigor, incitándonos a pasar a gozos más serios.

—Cariño, eres un alumno tan excelente y espabilado que debo enseñarte que hay varios modos más de aliviar la rigidez de esta criatura, la cual parece desear más que nunca que la calmen. Voy a mostrarte la forma en que mi esposo prefería gozar de mí.

Se enderezó y se puso de rodillas y, colocando su precioso culo delante mío, me dijo que me arrodillara detrás de ella y le pusiera la polla en la mano que asomaba por en medio de los muslos. Hice lo que me pedía. Me dijo que de esa manera me parecería que le entraba más al fondo, como en efecto me pareció. Una vez que se la hube metido entera y mis muslos y sus nalgas se juntaron, me pidió

que admirara, elogiara y agarrara las espléndidas mejillas de su trasero, afirmando que tal elogio la excitaba sobremanera. Lo cual hice, naturalmente, admirando no sólo su tamaño y blancura, sino también el enjambre de rizos rubios y sedosos que corrían por entre sus mejillas, tapaban su primoroso ojete rosado —cuya angostura resultaba encantadora—, y ascendían hasta el comienzo de su espalda. Después de excitarla de esa forma, me pidió que me echara hacia adelante y le agarrara una teta con una mano y con la otra jugueteara con su clítoris. Hice todo aquello tolerablemente bien, aunque con cierta torpeza. Me dijo que muy pronto alcanzaría la perfección. Jodimos dos veces más antes de que ella se desplomara arrastrándome consigo pero sin desalojar, nos pusimos entonces de costado y, siempre entrelazados, nos quedamos profundamente dormidos y no nos despertamos hasta que se hizo de día. Mamá se desprendió de mí y se levantó de un salto de la cama. Le inquietaba que la servidumbre estuviera ya despierta y levantada a esa hora. Yo traté por todos los medios de persuadirla para que redujera una vez más la rigidez de la que, como ella podía ver y tocar, volvía a ser víctima.

—No, niño querido, no debemos ser imprudentes. Mi sobrina puede haberse despertado y es capaz de levantarse para buscarme preocupada por mi ausencia. Así que adiós, cariño; vuélvete a dormir.

Me abrazó con ternura, pero yo no pude convencerla para que fuera más lejos, aunque me prometió que buscaría una oportunidad durante el día y que por la noche me daría todo lo que le pidiera. Me dejó y yo me puse a meditar sobre el dichoso azar que había puesto a una mujer tan deseable y atractiva en mis brazos, congratulándome asimismo por la estratagema merced a la cual la había convencido de que era mi primera maestra en el arte de amar, circunstancia esta que resulta siempre grata a la ardiente imaginación del querido sexo. Volví a dormirme con facilidad, preguntándome cómo le habría ido a Harry con su prima. Mi querida mamá no permitió que se me molestara. Ella misma entró una o dos veces en mi habitación, encontrándome siempre profundamente dormido.

Hasta que volvió a entrar justo cuando yo acababa de levantare para satisfacer una necesidad natural. En precipitarme hacia ella, en

abrazarla con ternura, en echar la llave y conducirla —no precisamente contra su voluntad— hasta el borde de la cama, y en rogarle que se hincara allí boca abajo, en remangarle las enaguas, en arrodillarme y chuparle el coño por detrás hasta que me pidió que me levantara y la follara, en todo eso no tardé sino un minuto. Y luego mi picha tiesa, ayudada por la bocanada de saliva espesa segregada por la mamada, se dirigió a su coño y quedó alojada tan adentro como sus nalgas o su bonito culo lo permitieron. Cuando tuve la polla bien ensartada, me detuve un momento para sobar y ensalzar la belleza de sus esferas posteriores. Luego, agachándome, me puse a frotar sus tetas con una mano mientras que con la otra le palpaba el clítoris. Fresco gracias al sueño largo y reparador del que había disfrutado, acabé rápido un primer asalto, aunque no antes que mi lasciva y querida mamá, quien presa de un placer desbordante, se unió a mí con una corrida copiosa y unas contracciones internas por demás deliciosas. Y es que ella, en efecto, era una perfecta y consumada actora en los combates del amor, digna a su manera de mi gloriosa tía y mi amada Miss Frankland, y experta como ellas en todo el desenfreno de la lujuria y la lubricidad, pese a que hasta ese momento sólo la había conocido en las prácticas convencionales. Sus exquisitas succiones internas impidieron prácticamente que mi polla encantada se relajara un solo segundo, y después de gozar durante un minuto o dos del trance que sigue al orgasmo, volví al ataque cuando mamá aún no había recobrado del todo el sentido e intentaba desprenderse de mí. Pero antes de que ella supiera dónde estaba, yo ya había conseguido encender nuevamente su ardorosa y lasciva naturaleza, y deseaba ya tanto como yo acometer un segundo asalto. Éste, naturalmente, fue más largo y menos vehemente que el primero. Yo ya estaba hincado de rodillas, contemplando deleitado el extraordinario balanceo de sus caderas y el meneo exquisito de su culo precioso. Elogié en voz alta sus maniobras deliciosas, secundándolas sin desmayo hasta que, aumentando progresivamente nuestra excitación, nuestros movimientos se volvieron más rápidos y furiosos. Me incliné para secundarla frotándole el clítoris, hasta que la crisis final nos sobrevino con toda su gozosa agonía y yo caí casi exánime sobre su espalda. Permanecimos un rato totalmente extasiados, tras lo cual mamá,

recordando el riesgo que corríamos de ser descubiertos, me rogó que desalojara y la dejara marcharse. Se levantó y se arrojó a mis brazos, pegando sus labios a los míos en un beso de lo más apasionado. Luego se agachó y me chupó la polla ahora fláccida de una manera deliciosa, jugueteando con la lengua dentro y alrededor de la entrada de la uretra. La sensación fue tan exquisita que mi miembro encantado dio en seguida pruebas de su reconocimiento recobrando todo su vigor. Mamá le dio una palmadita y dijo que era un retoño delicioso y encantador como él solo, pero que no sabía comportarse debidamente. Volvió a besarme y en seguida se apartó de mí, aunque pude notar perfectamente que lamentaba la separación tanto como yo. Me dijo que a su hijo también se le habían pegado las sábanas y que teníamos el desayuno servido. Acabé rápidamente de asearme y al bajar los encontré a todos sentados a la mesa.

Ellen se puso colorada nada más verme. Una mirada de Harry me anunció que había tenido éxito, así como que Ellen no sólo sabía lo de mis devaneos, sino además que yo estaba al tanto de lo que ellos habían estado haciendo. De ahí su rubor al verme. Le sonreí con un gesto malicioso, pero como además había observado la mirada cómplice que nos cruzamos Harry y yo, mi actitud sólo contribuyó a inquietarla más.

Lógicamente, mamá no sabía nada de lo que había pasado en su cama mientras se hallaba conmigo, y se desvivía por atendernos a todos, aunque saltaba a la vista que yo era su principal motivo de interés. Como habíamos desayunado tarde teníamos ahora que darnos prisa para llegar a la iglesia. Mamá llevó a Ellen en un calesín, mientras que Harry y yo fuimos por un atajo campo a través.

Harry me contó entonces cómo había vigilado a su madre y la había seguido sigilosamente hasta mi puerta, y cómo después, gracias a que la cama estaba justo al lado opuesto del hueco de la cerradura, había disfrutado viéndola actuar, sobre todo porque sabía que yo me estaba haciendo el dormido.

—¡Por Júpiter —dijo— menuda mujer es mamá! Permanecí clavado en mi puesto hasta que los dos, completamente desnudos, volvisteis a la carga. El precioso coño velludo de mamá, su culo y sus tetas soberbias casi me vuelven loco de deseo. Hubiera podido

violarla de haber estado sola. Y luego, con qué energía tan maravillosa folla. No pude resistirlo más y tuve que precipitarme a lo de Ellen. Estaba dormida. La estreché entre mis brazos y la desperté toqueteándole su delicioso coñito. Abrió los ojos y, creyendo que era mamá, se volvió para devolverle el cumplido y al topar con mi picha dio un respingo.

«“¡Eh! ¿Harry, cariño, cómo has llegado hasta aquí? Mamá nos va a pillar”.

»“Oh, no, amor, mamá tiene otra cosa mejor que hacer: se ha ido a la habitación de Charlie para que éste le haga lo que yo me dispongo hacerte ahora mismo”.

»Estaba demasiado asustada para creerme, así que tuve que traerla hasta tu puerta. Yo eché primero una ojeada, y vi que seguías con ello. La posición de los brazos y las piernas de mamá me permitía ver cómo se la metías y sacabas con un vigor tremendo. Le susurré a Ellen que mirara. Mientras lo hacía, yo me senté en el suelo y empecé a comérmela. Se corrió casi en el acto, y estaba tan excitada que llenó mi boca a rebosar. Yo me puse entonces de pie, pegué la polla contra su coño y la penetré con todo el bálano, pero como estaba tan excitado por lo que hacía y por todo lo que acababa de ver, me corrí en seguida desbordado por el placer y con un grito contenido, que tú y mamá habríais oído si no hubierais estado tan atareados en ese momento. Ellen, excitadísima y totalmente absorta en aquella escena que contemplaba por primera vez, no se movía de su sitio y me dejaba actuar a mi antojo; mi grito, sin embargo, la asustó, especialmente porque mi última arremetida la había hecho darse un cabezazo algo ruidoso contra la puerta. Se levantó, pues, interrumpiendo así mi exigua unión con su coño. Se volvió para abrazarme excitadísima, y me dijo en un susurro que debíamos ir a otro sitio. La cogí de la cintura y regresamos rápidamente a la cama de mamá. La luz me ayudó a encontrar una toalla. Le dije a Ellen que serviría para que no quedara ninguna huella delatora. Estaba demasiado excitada y deseosa de mi prenda para oponer la menor resistencia o fingir incluso una negativa. Le pedí que se quitara el camisón, pues como ella misma había podido ver, Charlie y mamá estaban completamente desnudos. Me obedeció en el acto, ya que estaba tan impaciente como yo mismo por iniciar la lucha. Yo en seguida me

despojé también del camisón. Estuvimos un rato abrazándonos nuestros cuerpos desnudos. Mi verga estaba dura como el hierro. Ella me la cogió lascivamente mientras yo le tocaba su coñito encantador. La llevé luego hasta la cama y ella en seguida separó las piernas como había visto que hacía mamá. Me agaché y besé su coño —rezumante de su propia espuma y la mía— con ardor y, lamiéndole un par de veces su clítoris floreciente, la puse en un estado de excitación mayor incluso que todos los que había experimentado hasta ahora.

»“Oh, ven a mis brazos, Harry querido, y hagamos lo mismo que ellos estaban haciendo con tanto deleite”.

»Ella había notado el tremendo placer que tú le producías a mamá, así como que tu verga era inmensamente más grande que la mía; por tanto había deducido que si una tan grande le proporcionaba a la tía un placer semejante, la mía al ser más pequeña no podía lastimarla en absoluto; de allí, obviamente, sus ansias de tomarme en el acto. Y yo, en vez de desengañarla, me arrojé en medio de sus muslos bien abiertos y al instante coloqué la punta de mi polla entre los labios de su coñito virgen. La restregué luego de arriba abajo por sus labios abultados y ya abiertos, en parte para humedecerlos en parte para exaltar todavía más su libido. Luego empujé suavemente hacia adelante sin meterle nada más que la cabeza, hasta que, tras unos cuantos meneos, me pidió que le entrara más adentro. Lo hice despacio, hasta que topé con un impedimento. Sabía que, llegado a ese punto, tenía que arremeter y que le haría daño, así que seguí sacándola y volviéndola a meter sin ir más lejos, hasta que su lascivia se hizo tan voraz que tuvo que arrojar sus piernas alrededor de mis caderas y alzar el culo para secundar mis arremetidas. Aproveché ese momento dichoso y de un solo empujón impetuoso atravesé todos los obstáculos y le hundí la polla hasta lo más hondo. El ataque y su resultado fueron tan inesperados para Ellen que, nada más sentir mi entrada desgarradora, pegó un grito e intentó zafarse de mí. Yo estaba demasiado bien ensartado para que con sus esfuerzos consiguiera otra cosa que una ruptura más completa de su himen, lo que ya había logrado parcialmente con mi arremetida. Permanecí un rato quieto y cuando le pasó el dolor empecé a moverme lentamente de arriba abajo, lo cual, si no la excitó, le produjo al menos una

sensación placentera. Fui luego acelerando progresivamente el ritmo hasta que me sobrevino la crisis y derramé dentro de ella un torrente de esperma hirviente que mitigó, gracias a su naturaleza balsámica, el dolor que había sentido antes; luego, ya recobrado de los deliciosos éxtasis de mi primer triunfo y con la polla otra vez tiesa, advertí por sus contracciones algo más intensas que sus deseos se estaban exaltando nuevamente. Antes de desalojar la follé todavía tres veces, aunque sólo la última pareció producirle más placer, y no paró de quejarse de que le dolía mientras le repasaba una y otra vez la verga por su himen roto. Le dije que se levantara y se lavara para que le pasara el dolor, y que se limpiara las manchas de sangre de las piernas. Tuviste un gran acierto al aconsejarme lo de la toalla: más aún, creo que si no hubiese seguido paso a paso todos los sabios consejos que me diste en base a la experiencia que habías adquirido desvirgando a Mrs. Vincent y a tus hermanas, muy probablemente hubiera tenido un traspiés, y eso que después de mi experiencia con tu fantástica tía he hecho naturalmente progresos en el arte de la fornicación. Me costó un poco convencer a Ellen para que me dejara metérsela otra vez, pues aseguraba que al atravesarle el himen le había hecho sufrir un dolor atroz. Sin embargo, una vez que volví a inflamarla comiéndomela y humedeciendo bien su raja, sólo necesité de unos cuantos movimientos suaves para volver a ensartarla. Yo me corrí sin haberla hecho alcanzar el orgasmo. Pero ahora, dado que los movimientos resultaban más fáciles gracias a que la raja estaba bien lubricada, ella derramó con considerable placer su esencia mientras yo me corría por segunda vez. Con todo, como manifestaba aún reserva y temor (temor de que mamá volviera en cualquier momento), juzgué prudente retirarme a mi habitación, con la plena certeza de que ahora que el camino había quedado abierto su naturaleza lasciva no tardaría en incitarla a disfrutar del juego hasta sus últimas consecuencias. Por cierto, no hacía más que preguntarse cómo podía meterse mamá tu inmensa picha: “Toma”, decía, “si es más ancha que mi muñeca y mucho más larga que su mano, y así y todo parecía entrarle a mamá con facilidad y gusto, mientras que la tuya, querido Harry, que no es más ancha que mis dos índices juntos y apenas un poquito más larga, me ha producido mucho dolor”. Yo le aseguré que eso pasaba solamente la primera noche, y

que si se lo lavaba con agua caliente dos o tres veces durante el día y se ponía un poco de glicerina en toda la parte dolorida —lo que podía hacer fácilmente con un dedo—, a la noche siguiente ya no sentiría el menor dolor y gozaría tanto como había visto gozar a mamá. Con este consejo la dejé para que descansara y volví a mi habitación sin que nadie me viera».

Después de esto nos pusimos de acuerdo sobre lo que le diríamos al doctor, quien con toda seguridad iba a interrogarnos. Aunque la casa de Mrs. Dale no quedaba en nuestra parroquia, mamá fue a oír misa a nuestra iglesia para disipar cualquier sospecha que pudiera pasar por la mente del doctor, así como para agradecerle que nos hubiera permitido quedarnos. Sabíamos, pues, que tendríamos que ir a la casa del tío y quedarnos allí a comer. Acordamos callar de momento nuestro secreto al doctor, y decirle en cambio que nos habíamos portado adrede con la mayor reserva y discreción con el fin de que la madre de Harry bajara la guardia. Que Ellen dormía con ella, por lo que resultaba doblemente necesario granjearse su confianza. Cuando llegamos a la iglesia ya lo habíamos dispuesto todo, y entramos. Terminado el servicio nos dirigimos todos juntos a la casa de los tíos. El doctor acompañaba a Mrs. Dale, a Harry y a Ellen, y yo a la tía. Ésta, apretándome el brazo, me preguntó si había tomado a Mrs. Dale, que parecía una mujer muy apetecible.

—Oh, Dios mío, no. Ni aun mediando su consentimiento hubiera tenido una sola ocasión. He estado todo el tiempo haciéndome el chico inocente para ayudar a Harry con su prima. Creí que había conseguido que bajara un poco la guardia, pero se seguía mostrando celosa y no dejaba de vigilarlo de cerca. Ellen duerme con ella, lo que hace las cosas más difíciles para Harry. Me interrogó a fondo acerca de la intimidad que existe entre nosotros. Y yo le respondí con un aire tan ingenuo e inocente que al final quedó encantada de que Harry hubiera encontrado un compañero como yo. Estoy seguro de que me prodigará todo tipo de elogios por mi *pudor* y discreción.

Lo que Mrs. Dale, hizo, en efecto, y con tal franqueza que mi tía quedó plenamente convencida de que no hubo aún nada entre nosotros. Mientras las damas hablaban de los trajes y las cofias de todas las presentes en la iglesia, el tío nos llevó a Harry y a mí a dar un paseo hasta que la comida estuviera a punto. Entonces, y al igual que hiciera la tía, empezó a interrogarnos sobre nuestro

comportamiento y el motivo por el cual Mrs. Dale le había pedido que nos dejara quedarnos en su casa. Las mismas respuestas que habían satisfecho a la tía lo convencieron de que yo aún no había hecho nada por granjearme la confianza de Mrs. Dale.

—Mi querido Charlie —dijo el tío—, ahora todo lo que tienes que hacer es arreglártelas para que ella vea tu verga enorme (tú fingiendo que no te das cuenta de nada), y te garantizo, en base al conocimiento que tengo de la naturaleza femenina, que ella encontrará por sí sola la ocasión de poseerte. Basta que te hagas el inocente y te muestres torpe, y que le dejes creer que te está enseñando, lo cual redoblará su placer y la disuadirá de hacerte las preguntas que te haría si te creyera instruido.

Sonreí para mis adentros al oír estas sabias recomendaciones, y pensé en la coincidencia de que todas las personas conocedoras del mundo dieran siempre el mismo consejo. Regresamos a la casa al sonar la campanilla que anunciaba la comida. Mrs. Dale felicitó al doctor por los progresos que había hecho su hijo tanto en modales como en conocimientos, y con toda naturalidad se congratuló a sí misma por el hecho de que hubiera encontrado un compañero tan cortés y pudoroso en el sobrino del doctor, es decir, yo y solamente yo.

Ellen

El sabio consejo de mi tío - Un paseo por el campo - Mrs. Dale - Medidas de precaución - El mismo viejo error - Dale vuelve a las andadas - Asuntos de negocios - El nuevo ardid funciona

Ya de vuelta a casa, Ellen pidió permiso para ir andando, calculando sin duda que tendría a Harry de acompañante. Pero mamá seguía aún bastante prevenida, y, aunque accedió a su petición, hizo que Harry montara con ella en el calesín y permitió que yo acompañara a Ellen. ¡Esta era mi oportunidad! Ellen se sonrojó, pero se cogió de mi brazo cuando salimos de la casa. Al partir, el tío me hizo un guiño malicioso y miró a Ellen, como si quisiera decir, «ya sé lo que va a pasar». Caminamos a un paso bastante regular hasta que el primer seto nos ocultó de la vista de los demás. Paré y abracé a Ellen con ternura, diciéndole que estaba encantado de poder darle la enhorabuena por la feliz oportunidad que le había brindado su tía al venir a mi habitación la otra noche. Estaba enormemente confundida por la idea de que yo supiera cómo había pasado la noche. Pero la tranquilicé, asegurándole que entre Harry y yo no existía ningún secreto y que, de hecho, si yo no me hubiese prestado al juego no habría tenido la oportunidad de gozar tanto como seguramente había gozado en los brazos de Harry. Yo sabía que su placer no había sido precisamente excesivo, pero quería que me siguiera el juego y que me hiciera partícipe de sus sentimientos, con la determinación de sacar el máximo provecho de cualquier secreto que me confesara. Me contestó que en realidad no había hecho más que sufrir, que no habría dejado a Harry hacerle lo que le había hecho de haber sabido el dolor que le iba a provocar, y que se había dejado engañar al ver lo mucho que gozaba la tía con aquella cosa inmensamente más grande que la de Harry. Sonreí por

su alusión al tamaño de mi picha, y, sabiendo que la curiosidad debía estar incitando su deseo de vérmela, le dije que en su caso era preferible que la hubieran penetrado primero con el arma más pequeña y que a partir de ahora ya no volvería a sufrir, ni siquiera si le introducían una tan larga como la mía.

—Oh sí, pero cuando pienso en el inmenso tamaño de la tuya me digo que nunca podré atreverme a intentarlo, y eso que la tía pareció gozar cuando tú se la metiste con toda tu fuerza.

—Querida Ellen, no fue nada más que su tamaño lo que tentó a mamá, tanto es así que, si no la hubiese tenido más grande que la de Harry, dudo que hubiese venido a verme por la noche.

—¿Pero cómo pudo atreverse a hacerlo?

—Por la curiosidad de gozar de una verga fuera de lo común, cariño.

—¿Sabías que iba a ir a buscarte?

—Sí y no. Noté que sus deseos se exaltaron una vez que le dejé ver como por descuido lo grande que la tenía.

—Sí, Harry me ha contado lo que tramasteis, pero nunca hubiera pensado que la tía se atreviera a ir en tu busca. ¿Cómo ocurrió?

—Bueno, te lo contaré si me prometes que *nunca* se lo dirás a tu tía. Bien, ella vino y me encontró *aparentemente* dormido; primero me tocó y, viendo que no me despertaba, me destapó con cuidado, me la miró, agarró y besó, y luego, como tenía la verga a punto de estallar y ya no podía aguantar más, me desperté, me quejé inocentemente de la rigidez que sufría en esa parte y le rogué que me dijera si no conocía algún modo de aliviarme. Ella me dijo que conocía uno, pero que era tan secreto que no se atrevía a confiármelo y, aun suponiendo que se atreviera, tenía miedo de una cosa tan grande como *esa,* ¡que medía dos palmos de su mano sin contar la cabeza!; ahora bien, si le prometía discreción vería lo que podía hacer. Luego se tumbó y me enseñó cómo debía metérsela. Sé que después pudiste vernos en plena faena, totalmente desnudos. ¿Te gustó lo que viste, querida Ellen?

—Bueno, querido Charlie, la verdad es que era muy excitante e hizo que me sintiera rarísima. ¿Pero de verdad mide dos palmos además de la cabeza?

Quedé encantado por la pregunta, pues con ella demostraba que

estaba por plegarse a mis propósitos. Basta excitar la curiosidad para que ésta, si se le ofrece la oportunidad, ya no se detenga hasta llegar al final. Yo había estado apretando el paso a propósito para llegar a un soto que teníamos que cruzar de camino; allí sabía de un claro en el que podíamos estar sin temor a ser vistos. A esa hora los campesinos comían y era improbable que alguien pasara o se acercara. Justo cuando entrábamos en el soto me formuló su última pregunta. Yo le dije que se lo demostraría si nos apartábamos unos cuantos metros del sendero. Pero ella, por guardar las formas, puso un reparo:

—¿Qué dirá Harry?

—Él no tiene por qué saber nada, pero aunque llegara a saberlo, ¿acaso no te llevó él mismo a que nos vieras a mí y a mamá mientras ésta exhibía todos sus encantos? Además, a menos que tú se lo cuentes, puedes estar segura de que yo nunca abriré la boca. Y no tardaremos ni un minuto; ya hemos avanzado un buen trecho y nos sobra tiempo, así que nadie va a reparar en nuestra ausencia.

Con fingida renuencia dejó que la llevara adonde quería. Al llegar al lugar señalado me senté en una suave pendiente y le pedí que se acomodara a mi lado. Como pueden suponer, mi polla estaba frenética y a punto de estallar debajo de mis pantalones, de manera que apenas me los desabotoné salió disparada en todo su esplendor. Dio un gritito de sorpresa al descubrir su tamaño descomunal y afirmó que le parecía más grande que cuando la había visto con la tía. Estaba colorada y me la miraba con ojos destellantes, pero parecía que le daba miedo tocarla. Le cogí una mano y se la puse encima. De inmediato me la aferró convulsivamente y lanzó un profundo suspiro. Yo me eché de espaldas sobre el césped para que la viera cuan larga era, y le dije que comprobara si medía dos palmos además de la cabeza. Efectuó en seguida la medición con ambas manos desde la base, y dijo que era realmente monstruosa y que no entendía cómo la tía había podido metérsela.

—Oh, cariño, espero que un día compruebes que tú también te la puedes meter con el máximo deleite, pero no pienso intentarlo hasta que no hayas practicado un poco más con Harry.

Ella me la agarraba presa de una enorme excitación, al tiempo que decía que estaba segura de que jamás lo conseguiría: era evidente que deseaba de todo corazón que se la metiera.

Advirtiendo que necesitaba excitarla un poco más, dije:

—Querida Ellen, recordarás el placer que experimentasteis Harry y tú cuando os metisteis cada uno la cosa del otro en la boca; pues bien, ahora te toca enseñarme a mí tu querida cosita y luego has de montarte de revés encima mío para que podamos gozarnos mutuamente con bocas y lenguas.

Aunque me dejó que le levantara en seguida las enaguas, me dijo que temía estar demasiado dolorida incluso para eso, a causa de lo que Harry le había hecho la otra noche. Le pregunté si se lo había lavado con agua caliente y si se había puesto glicerina.

—Oh, sí.

Al principio le escoció, pero antes de ir a la iglesia se lavó tres veces y se le calmó el dolor; sin embargo, le daba miedo que le metiera el dedo. Pero yo ya estaba poniendo manos a la obra, y se lo introduje entero sin causarle el menor daño.

—Y ahora levántate bien las enaguas y agáchate sobre mí mientras yo hago lo mismo con este encantador coñito: mi lengua no puede hacerle sentir sino el mayor placer.

Estaba tan excitada que accedió a cumplir mis deseos de inmediato. Montó encima mío con las enaguas remangadas hasta la espalda. Pegó sus labios a mi polla y me la chupó y sobó con una energía que ponía en evidencia la tremenda exaltación de sus deseos. Su coño estaba ya rebosante de corridas, que en seguida le lamí. Luego le chupé su clítoris diminuto, tieso pero apenas protuberante, y le metí el dedo medio en el coño, mientras ella meneaba el culo demostrando el enorme gozo que le producían mis maniobras. Después de introducirle otro dedo para humedecerlo, saqué los dos y, abriendo la mano, metí uno en cada abertura. La puse así al borde de la gran crisis, que le sobrevino antes de que yo estuviera preparado. Derramó en mi boca una corrida mucho más copiosa de la que podía esperar de una cosa tan pequeña, se quedó sin aliento e interrumpió la succión de mi polla durante un minuto. Pero nada más pedirle que continuara, lo hizo con redoblada energía, hasta que yo arrojé un torrente de esperma tan potente que casi se atraganta; la querida niña, sin embargo, ni se arredró en lo más mínimo, y siguió chupando hasta que no dejó una sola gota y de un modo tan delicioso que cuando acabó la tenía otra vez completamente tiesa. Yo también había vuelto a exaltar sus deseos.

Ella quería reanudar el juego en esa misma postura, pero yo le rogué que me dejara frotarle el capullo por los labios húmedos de su coño y correrme sólo con la punta —como mucho la cabeza— dentro. Me preguntó si podía fiarse de que me pararía si le causaba dolor.

—Por supuesto, cariño —dije—, llegaré hasta donde tú quieras, o mejor dicho pararé en el instante en que tú me lo pidas.

Con cierto miedo pero deseosa de intentarlo, se puso inmediatamente de rodillas. Yo le remangué las enaguas hasta la espalda y, tras besar y sobar sus duras y rollizas nalgas, que prometían alcanzar pronto la perfección, me agaché y volví a lamer su coñito abultado y encantador y los lícitos rubios que comenzaban a crecerle alrededor. Luego me embadurné de arriba abajo la polla —que ya tenía bien mojada— con la saliva que me chorreaba de la boca, y en seguida la acerqué a sus labios entreabiertos. Tras repasársela de un lado a otro sin olvidarme del clítoris, logré excitarla al máximo.

—Oh, Charlie, querido —gritó—, intenta ahora meterme la cabeza y yo haré lo posible por aguantarlo.

Recibí con el mayor gusto su permiso y rápidamente le introduje el capullo, pero su estrechez me impedía seguir adelante. Así que la saqué un poco, y luego, tras repetir cinco o seis veces el mismo movimiento, advertí que imperceptiblemente iba ganando terreno.

—¡Oh querido Charlie, es delicioso! Sigue adelante, pero despacito.

Así lo hice, y apenas se la hube metido un poco más de la mitad ella se corrió entre gritos de placer, derramando sobre mi polla encantada su cálido líquido y dando al mismo tiempo tal respingo hacia atrás que, al unirse al movimiento que yo hacía suave pero firmemente en sentido inverso, así como a causa de la distensión que le había producido su corrida, me hizo llegar hasta lo más hondo del coñito más estrecho que mi buena estrella me había deparado hasta ahora. Tenía la sensación de que le había llegado hasta lo más recóndito, como si hubiese ensanchado todos sus lados al máximo. Mi tía, con su gran coño, poseía una capacidad de contracción tal que casi parecía que te deglutía la polla, y Miss Frankland estaba también maravillosamente dotada en ese sentido. Pero este parecía un fino guante de niño, de dos tallas menos que la

tuya pero te pones sin romperlo y ajustándolo perfectamente a cualquier irregularidad de la uña o el dedo; esta sensación, de lo más extática, era la que me producía su coñito: que se ajustaba a mi polla exactamente como un guante. Me bastó sacársela despacio y volvérsela a meter con igual lentitud para excitarme tanto que en seguida arrojé un torrente de esperma hasta el fondo de su mismísima matriz. Ella pegó un alarido de éxtasis, mientras yo sentía que su estrecha raja se estremecía alrededor de toda mi polla y me la contraía, si cabe, todavía con más fuerza. La sensación era tan extremadamente deliciosa que casi al instante los dos estuvimos preparados para un segundo asalto.

Me preguntó si estaba adentro del todo.

—Oh, sí, cariño, ¿o crees que todavía podría habértela metido más?

—Oh, no, si siento como si fuera a hacerme estallar y que la tengo metida hasta el mismísimo corazón. No podría haber aguantado que me llegara más adentro; simplemente me parecía imposible que me la hubieras metido toda y temía que faltara todavía más.

—¿Has sentido placer?

—Oh, sí, y todavía lo siento. Empuja, querido Charlie, y no tengas lástima de mí, pues estoy en los cielos.

Se puso a menear y a levantar el trasero. Yo la agarré por las caderas y la ayudé a balancearse de arriba abajo. Seguimos moviéndonos cada vez más rápido hasta que la crisis nos sobrevino a los dos al mismo tiempo. Su mano cayó exánime con un profundo suspiro, o mejor dicho con un grito de éxtasis. Y se hubiera desplomado de no ser porque la tenía bien sujeta de las caderas y con su culo pegado a mi vientre y la polla metida hasta el fondo de su coño. En eso sentí que las tres puntas de la abertura de su matriz me apretaban, cual tres dedos sin uñas, el extremo mismo de mi polla, y que se abrían para recibir toda la descarga de mi esperma dentro de sus entrañas más recónditas. No podía haber nada más delicioso y, como la tenía aún bien sujeta, me sentía totalmente extasiado. Le dirigí al cabo unas palabras cariñosas que no obtuvieron respuesta porque la querida niña había perdido el sentido y no daba otra señal de vida que las continuas convulsiones de su coño deliciosamente estrecho. En cualquier caso, al ver que

no recobraba el sentido le saqué despacio mi polla todavía tiesa. Casi no quedaban restos de esperma en su coño. Con todo, lo sequé bien con mi pañuelo y me complació comprobar que no tenía manchas de sangre. La recosté delicadamente de espaldas, corrí hasta un arroyo próximo y volví trayendo un poco de agua entre las manos; derramé, pues, un poco sobre su coño todavía palpitante, y el resto se lo salpiqué por la cara. Conseguí en seguida el efecto deseado: abrió los ojos, se sentó y me arrojó los brazos al cuello nada más arrodillarme a su lado. Diciéndome que le había hecho probar los placeres celestiales, me besó, y sin más rompió a llorar a lágrima viva. La consolé lo mejor que pude y le pregunté por qué lloraba.

—No lo sé, querido Charles, pero al final sentí un mareo y que me desmayaba justo después de haber sentido un éxtasis que ni en sueños hubiera creído posible. Creo que fue entonces cuando me desmayé, pero incluso ahora no sé qué es lo que hace que me sienta tan nerviosa.

La besé con ternura y le pedí que se levantara y me acompañara hasta la fuente, donde podría beber y ponerse en cuclillas para que yo le lavara y refrescara su querido coñito, con lo cual seguramente se le pasaría todo. Me obedeció y rápidamente se repuso. Me dijo que suponía que era por el tamaño de mi verga.

—No es que me lastimara, querido Charles, sino que quizá me hizo sentir un placer excesivo. Pero volverás a hacérmelo en cuanto se nos presente otra oportunidad, ¿verdad, querido Charlie?

Le aseguré que se lo haría siempre con el mayor gusto, pero que no debíamos decir una sola palabra de lo ocurrido ni a su tía ni a Harry. Llegados a este acuerdo y habiéndose ya recobrado de la palidez que le había producido el desmayo, reanudamos nuestro camino a casa, dándonos tanta prisa que Harry, quien venía a nuestro encuentro, nos vio justo cuando saltábamos la última valla, e incluso le molestó que estuviéramos ya tan cerca de la casa. Había esperado encontrarnos mucho más rezagados y que yo le ayudara a intentarlo otra vez con su prima antes de llegar a casa. Ellen me apretó el brazo. Yo dije que era mejor así, ya que cualquier imprudencia podría haber despertado las sospechas de su madre y desbaratado una noche de placer que, sin duda, sería mil veces mejor que cualquier aventura en medio de la incomodidad del

campo.

Cuando llegamos a casa mamá encontró a Ellen fatigada y le aconsejó que durmiera una hora de siesta. A los chicos nos dijo que nos convenía hacer lo mismo, ya que ella tenía que atender a unos asuntos privados. Harry y yo comprendimos en seguida a qué se refería y nos retiramos sin chistar a nuestras respectivas habitaciones: yo para esperar a mamá, que no faltó a su cita, y Harry para vigilarla y luego sacar el máximo provecho de su prima. Me desnudé rápidamente y cuando entró mamá noté que ya se había quitado el sujetador y la ropa interior; así que cuando se bajó la falda y se despojó de la camisa, quedó desnuda ante mí en todo el esplendor de su cuerpo precioso. Me precipité hacia ella para abrazarla apasionadamente. Nos manoseamos por todas partes y como los dos estábamos excitados a más no poder, al instante nos lanzamos a la lucha con furia y frenesí. Mi querida mamá secundaba admirablemente mis arremetidas, y al poco ambos ofrendamos simultáneamente una libación deliciosa en el altar de Venus, que nos sumió en el maravilloso letargo que sigue al orgasmo. Nos quedamos echados casi un cuarto de hora gozando de la deliciosa sensación de deseo satisfecho. Entonces mamá, al recobrar el sentido, me besó con toda ternura y me aseguró que nunca hubiera creído posible experimentar un placer tan exquisito.

—Y es que, querido Charles, jamás me hubiera imaginado que un hombre, y menos un chico como tú, podía estar tan magníficamente provisto. Oh, y además me regocija pensar que he sido yo la primera que te ha enseñado los genuinos placeres del coito y saboreado los primeros frutos de esta arma tan esplendorosa. Mi querido Charlie, ahora quiero contemplar tanta maravilla a plena luz. Saca la criaturita y túmbate de espaldas.

Así lo hice. Ella se levantó y, poniéndose de revés, colocó su espumeante y adorable coño justo encima de mi boca. Lamí toda la deliciosa espuma que chorreaba de la abertura. Luego, metiéndome en la boca su clítoris semitieso y todavía fláccido como la cola de un niño, se lo chupé haciéndola alcanzar casi al instante su máxima rigidez, a la par que con dos dedos le sobaba su rico y protuberante coño. Ella, por su parte, no estaba ociosa: corriendo de un lado a otro el pellejo del capullo ya había conseguido ponérmela totalmente tiesa. Me prodigaba todo tipo de elogios con el mayor

entusiasmo. Luego, ya demasiado excitada para la simple admiración, se la metió en la boca y me la chupó, mientras la manipulaba con una mano y me metía dos dedos de la otra en el ojete. Se la sacó luego de la boca y, tras parar un momento, volvió a poner un dedo en mi fundamento, con el que me penetró suavemente tan lejos como pudo. Evidentemente, había hecho esa pausa para humedecerse el dedo con su saliva y poder así metérmelo con más facilidad. Yo estaba encantado de ver que había llegado a eso, pero haciéndome el tonto me detuve para preguntarle qué era aquello que me estaba haciendo en el ojete y que me producía tanto placer.

—Es mi dedo, querido Charles. A mi finado esposo le encantaba que se lo hiciera, y él solía aumentar inmensamente mi placer haciendo lo mismo conmigo.

—¿Quieres que te lo haga, yo también, querida mamá?

—Oh, sí, cariño mío. Mójate primero el dedo y luego métemelo en el agujero del culo de la misma manera que lo has estado haciendo en mi coño.

—Pero yo creo que puedo hacerlo en los dos sitios al mismo tiempo; están tan justos…

—Eres un chico encantador. Hazlo, sí, de esa forma me harás sentir el doble de placer.

Así que inmediatamente comencé a hacerle el *postillon* para la más completa satisfacción de ambos. Al poco nos corrimos con un placer desbordante y los dos tragamos todo lo que pudimos, sin parar de succionar hasta que los deseos de ambos estuvieron otra vez excitados. Le dije entonces que tenía que follarla otra vez de rodillas, postura en la cual me había hecho experimentar antes un placer exquisito. Al enderezarse ella un poco, rodeé con ambos brazos su precioso culo, pegue los labios a su ojete y empecé a meterle y sacarle la lengua.

—¿Oh, Charles, cariño, qué haces? ¡Qué delicia!

Y se puso a menear el culo encima de mi boca de la manera más lasciva y voluptuosa.

—Oh, cariño mío, levántate y fóllame. Me has puesto frenética.

Me coloqué de rodillas detrás suyo y se la endilgué con tal ferocidad que no bien sintió el poderoso instrumento que arremetía contra ella lanzó un grito de placer. Me incliné para frotarle el

clítoris como le gustaba, pero como quería contemplar el glorioso meneo de su culo le rogué en seguida que se lo hiciera ella misma para que me dejara gozar de esa vista. Bien sujeto entre sus labios, empecé a mecer su culo espléndido de un extremo a otro de mi ardiente polla, produciéndole un placer tan arrebatador que al punto se corrió profusamente, bañando mi polla encantada con su cálido chorro. Yo, en cambio, como quiera que había estado follando con Ellen hacía apenas un rato —y con dos corridas seguidas—, tuve que quedarme quieto unos minutos mientras mi verga se deleitaba con las deliciosas contracciones del coño exquisito de mamá. Luego, inclinándome, me puse a sobarle uno de sus pezones con una mano, mientras con la otra le acariciaba y frotaba su precioso clítoris, que no tardó en excitarse y volverse a poner tieso. Manteniéndome aún sereno, al poco conseguí ponerla en un estado de excitación desbordante gracias a mis maniobras, a las vibraciones de mi polla, y gracias también a que cada cierto tiempo se la sacaba despacio para luego volvérsela a meter con igual lentitud pero deteniéndome a tres pulgadas del fondo; desde allí en seguida arremetía con ímpetu y la dejaba alojada para gozar de sus contracciones convulsivas. Seguí con ello hasta que le sobrevino un arrebato furioso y me pidió a gritos que acelerara el ritmo. Pero yo proseguí con esas maniobras excitantes hasta que, presa de un rapto delirante, dio un mordisco a la almohada. Entonces, entre los gritos de éxtasis y de placer de mamá, pasé a moverme con furia y frenesí, hasta que el instante triunfal nos sobrevino a los dos simultáneamente y del modo más enajenante y delicioso. Previamente había dejado que ella misma se frotara mientras yo permanecía bien sujeto entre sus labios y gozaba de la fantástica vista que me ofrecía su trasero al contorsionarse, furioso por efecto de la tremenda exaltación de su lascivia. Se corrió con un éxtasis tan desbordante que se hubiera caído de bruces si yo no la hubiese tenido bien agarrada de las caderas y no hubiese mantenido su culo glorioso pegado a mi vientre. Eché hacia atrás la cabeza en un arrebato frenético y me puse a rebuznar furiosamente, tal y como había hecho una vez follando a la lujuriosa Frankland, mientras sentía que las tres entradas salientes de su matriz apresaban y engullían la punta de mi polla de una manera deliciosa, del mismo modo que lo había hecho el coñito de la querida Ellen en

el bosque. Apenas recobré el sentido le hablé, descubriendo que mamá también se había desmayado y que no daba otra señal de vida que la de las contracciones internas de su coño delicioso. Desalojé y la recosté suavemente de costado, traje un vaso de agua, una esponja y una toalla, separé sus muslos espléndidos y le lavé el coño, en el que apenas quedaban rastros del torrente de esperma que acababa de derramar en su interior. Luego le salpiqué con unas gotas la cara y ella reaccionó dando un profundo suspiro. Sus primeras palabras fueron para bendecirme por el placer que le había hecho sentir, exagerado en verdad, y en seguida rompió a llorar y le dio un ataque de histeria. Me pareció extraño que hubiera producido el mismo efecto que a la querida Ellen en sus órganos más habituados y desarrollados. La consolé con mis maneras de niño y le pregunté cómo era posible que esta vez el efecto fuera distinto a todos los que había experimentado antes conmigo.

—¡Ah, niño querido! —dijo, suspirando profundamente—, me has provocado esta vez unas sensaciones tan intensas, tan fuertes que temo que me hayas hecho un niño. Ha sido como si me penetraras hasta la mismísima matriz y me has excitado de una forma que no había experimentado nunca en mi vida.

—¿Es que yo puedo, mamá adorada, hacer un niño?

—¡Por supuesto que sí! —respondió—. No uno, sino una docena, con ese monstruo que tienes de verga que tanto nos excita a las pobres mujeres.

La abracé muy tiernamente y le dije que me entusiasmaba la idea de ser el padre de un hijo suyo.

—¡Ay!, niño querido, para ti puede ser motivo de alegría, pero para mí, si se cumpliera mi predicción, sólo sería motivo de pesar. Piensa en lo que sería de mí si llegara a saberse. Incluso, si me fuera al extranjero para ocultar mi deshonra a la gente, tendría que estar empleando siempre artimañas y mudándome a cada momento para que no se conociera mi secreto. Pero no te preocupes, cariño, que por gozar de tu cuerpo y conservar tu afecto estoy dispuesta a correr riesgos todavía mayores. Tienes que quererme y amarme siempre, Charlie mío, pues por ti estoy poniendo en peligro mi buen nombre y mi reputación. Pero será mejor que me marche antes de que vengan a buscarnos. Trata de dormir un poquito, mi niño; estoy

segura de que lo necesitas después de los esfuerzos que has hecho, y recuerda que tienes que recobrar tus fuerzas para esta noche.

Me besó amorosamente, se levantó, se puso sus cosas y me dejó para que descansara. Pero yo no podía dejar de pensar en lo que había dicho sobre su temor a que esa jodida especial que la había hecho desmayarse augurara fecundidad. En tal caso, pensé, la querida Ellen debía estar en el mismo apuro, ya que a ella le había pasado exactamente lo mismo que a mamá. Puedo señalar aquí que los temores de mamá resultaron ciertos, tanto en su caso como en el de Ellen. Al poco tiempo, ante el riesgo del descubrimiento, ambas abandonaron juntas el país. Y, aunque parezca mentira, las dos dieron a luz el mismo día una niña. Yo era el dichoso padre de ambas, pues, aunque a Harry se le atribuyó la hija de Ellen, ésta siempre me aseguró que el delicioso polvo que habíamos echado en el bosque había sido el causante del desaguisado. Yo por mi parte nunca tuve dudas sobre mi paternidad dado el efecto singular que las dos madres habían experimentado aquel día, y, además, las niñas eran mi vivo retrato. La hija de mamá era ya un portento cuando se hizo jovencita. Poseía un clítoris incluso más grande que el de Miss Frankland, con el que a la edad de catorce años desfloró completamente a su prima y hermana. Señalaré de pasada que a la edad de quince años poseí sus dos hímenes en todos su sentidos. Y Harry y yo hemos fornicado muchas veces con las dos juntas y de todas las maneras, y muchas veces mi querida hija me ha follado por el culo con su largo y ancho clítoris, mientras yo le hacía lo mismo a su hermana y Harry follaba desde abajo a la que creía que era su hija. Pero esto pertenece a mis experiencias más recientes y no tiene nada que ver con el período de mi vida que ahora estoy tratando, aunque tal vez me vea tentado más adelante a entrar en todos los detalles de mis años maduros y experiencias ulteriores.

Perdóneme, querido lector, por esta digresión, y volvamos donde nos habíamos quedado. Dormí profundamente durante una hora, luego me levanté y salí a pasear por el jardín con Harry, quien me contó cómo había aprovechado que mamá estaba ocupada para escurrirse a la habitación de Ellen. La muy astuta había manifestado un miedo tremendo a que se la volviera a meter, pero cuando lo hizo notó que ya no le dolía sino que la excitaba muchísimo, y así habían follado deliciosamente dos veces. Luego se habían deslizado

hasta mi puerta para mirar cómo lo hacíamos, y se habían excitado tanto que él volvió a follarla por atrás mientras ella siguió agachada y observándonos todo el rato, dado que habían llegado justo cuando yo, de rodillas, follaba por atrás a mamá, y habían supuesto que ese era nuestra jodida de despedida. No bien acabaron de hacerlo se separaron, y mamá había encontrado a Ellen profundamente dormida.

—Pero ¡por Dios!, Charlie —dijo Harry—, qué espléndidamente folla mamá. De verdad que te envidio, y no pienso cejar hasta que consiga tomarla. Qué modo tan maravilloso tiene de menear el culo, y con qué lascivia disfruta los polvos. No cabe duda de que una polla tan poderosa como la tuya es suficiente para exaltar el deseo de cualquiera. La verdad es que quien la ve se queda pasmado, y creo que es la responsable de que Ellen se haya vuelto más cachonda, pese a que está convencida de que jamás podría meterse semejante monstruo.

Sonreí pensando en la facilidad con que una simple niña del bello sexo puede engañarnos, pero tuve la precaución de no participarle a Harry mi opinión.

Volvimos a entrar para cenar y pasamos una velada muy agradable, precursora de los deleites de la noche. Mamá vino en cuanto creyó que Ellen se había quedado dormida, cosa que ésta se ocupó de fingir de inmediato. En un instante se quedó completamente desnuda y se estrechó contra mi cuerpo tan desnudo como el suyo. Yo la había estado aguardando con el recuerdo de las delicias de nuestro último polvo, de manera que a su llegada me encontraba ya completamente inflamado. Mamá estaba tan ansiosa como yo por iniciar la lucha, así que nos lanzamos a ella a brazo partido y concluimos poco después el primer asalto entre gritos de ¡*ah*!, y ¡*oh*!, de placer. Permanecimos un rato embargados por las delicias del orgasmo. Luego mamá reprobó nuestra precipitación, tanto la suya como la mía, diciendo que al actuar con tanta vehemencia no hacíamos más que privarnos de todo el arrebato y el éxtasis de la fornicación, que eso no era más que puro instinto animal y que quería follar conmigo con maestría y gozando de toda nuestra lascivia y lubricidad. Añadió que ahora que habíamos calmado nuestro apetito debíamos comenzar nuevamente con una chupada mutua. Se levantó antes que nada para orinar,

permitiéndome ver el chorro de agua que arrojaba de su coño delicioso. Luego encendió dos velas más y colocó dos a los pies de la cama y otras dos en la cabecera, con la intención de que ambos pudiéramos contemplar todas las partes que acariciábamos. Yo me tumbé entonces boca arriba y ella montó encima mío, de revés, de manera que su culo quedó justo encima de mi cara. Le metí la lengua en el coño y le lamí la deliciosa espuma que rezumaba de su interior. La orina le había lavado completamente sus labios protuberantes. Luego, metiéndome su clítoris encantador en la boca, se lo chupé hasta que se lo puse totalmente tieso. Le había introducido tres dedos en el coño que, tras notar que ella hacía lo mismo en mi ojete, trasladé inmediatamente a su deliciosa y rosada abertura trasera. Tenía los dedos bastante bien lubricados gracias al esperma que le chorreaba del coño, y como además ella había facilitado la entrada alzando el culo, los tres quedaron alojados en su interior sin que aparentemente ella pensara que le había metido más de uno. Yo estaba encantado de ver la facilidad con que se daba de sí, ya que ello me permitía abrigar la esperanza de conseguir introducirle mi enorme picha, cosa que si bien estaba resuelto a hacer, requería cierta maña para evitar que pensara que no me era una senda del todo desconocida. Mamá alcanzó el orgasmo casi tan rápidamente como antes, y apenas volvió a excitarse se propuso enseñarme una postura nueva; consistía en que ella montaba encima mío y se empalaba sola mi picha tiesa. Como tantas mujeres antes que ella, no se inclinó sobre mí hasta que no acabó de correrse en la posición en que estaba, mientras yo me reservaba para otro polvo.

Cuando lo hizo se hundió en mi pecho. Yo le rodeé la cintura con un brazo, le chupé la teta que tenía más cerca de la boca y, rodeándola por atrás con el otro brazo, puse una mano sobre el orificio delicioso tras haber humedecido un dedo con la corrida que chorreaba por entre los labios de su coño y mi polla tiesa. Le metí un dedo en el ojete y comencé a moverlo para su infinito deleite. Desbordada por la excitación, gritó:

—¡Oh!, niño querido, eso es justo lo que mi querido esposo solía hacerme. Y me producía un placer inmenso, pero no tanto como el que tú me haces sentir, y es que tu polla es el doble de grande que la suya y me arrebata de una manera que él jamás consiguió.

Todo esto dio lugar a un espléndido polvo lascivo que concluyó con una corrida simultánea y entre gritos voluptuosos; luego seguimos retozando un rato hasta que su peso me obligó a pedirle que se pusiera de lado. Sostuvimos una larga y dulce charla amorosa. Volviendo la conversación a sus temores de haberse quedado embarazada a la hora de los maitines, observé que había tenido solamente un hijo con su esposo, y que si éste —su esposo— había vivido varios años más después del nacimiento de Harry y, según sus propias palabras, había seguido gozando de ella, lo más lógico era que la hubiera dejado encinta otra vez.

—Eso parece lo más lógico, querido niño, pero ocurre que él tomaba precauciones para no tener más niños.

—¿Pero qué precauciones podía tomar? ¿Qué hacía?

—¡Menudo curioso! Pero en fin, te lo contaré. Solía tardar bastante, haciendo que yo me corriera dos o tres veces, y luego, cuando sentía que estaba por irse, me sacaba la polla, totalmente empapada, y en seguida me la metía por el culo, donde se corría apenas me había introducido el capullo.

—¿Y eso te daba placer, mamá?

—Sólo me lo hacía después de haberme excitado y de que me hubiera corrido varias veces seguidas; con todo, aparte de una leve irritación, la verdad es que no hacía sentir un placer excesivo, ya que por lo general estaba siempre tan cerca de la crisis que apenas me metía la cabeza se corría.

—Pero te la habrá metido alguna vez entera, ¿no? ¿Te hizo sentir entonces placer?

—Sí, alguna vez, cuando me la sacaba del coño antes de tiempo. En ese caso solía parar un rato para frotarme el clítoris hasta que volvía a excitarme, y el placer entonces era grande y muy especial.

—Oh, querida mamá, tienes que dejarme que te folle por ahí; de ese modo ya no habrá peligro de que te vuelva a dejar embarazada.

—Querido Charlie, no hay la menor posibilidad de que esta cosa inmensa quepa en ese orificio. La de mi finado esposo no medía ni la mitad, y así y todo le costaba un trabajo inmenso a menos que yo me hubiera corrido dos o tres veces y tuviera todas esas partes bien relajadas. No me atrevo a dejarte que lo intentes.

—Oh, mamá querida, déjame que te meta sólo la punta y que me corra dentro. Me encantaría probarlo. Follaremos primero dos o

tres veces y luego te frotaré el clítoris hasta que te corras; yo entonces tendré apenas tiempo de meterte la punta para ver lo que se siente.

—Niño querido, basta que yo haga un leve movimiento para que te salga despedida, a menos que toda la cabeza esté dentro. Y mira lo grande que es. Apenas puedo agarrarla, y aunque al tacto parece de terciopelo, es durísima. Oh, la criaturita, déjame que te la bese, y luego si quieres puedes follarme otra vez, cariño.

Dobló el cuerpo, me hizo una mamada deliciosa y luego, tumbándose de espaldas y separando sus muslos preciosos, me invitó a que la montara. Pero antes de hacerlo también me agaché y le chupé su encantador y crecido clítoris, hasta que volvió a retorcerse de placer y me rogó que se la metiera. Me eché, pues, sobre su vientre, y con una sola arremetida vigorosa le endilgué mi polla ardiente hasta el fondo, haciendo que volviera a agitarse de arriba abajo. Estaba tan inflamada que nada más metérsela se corrió derramando un chorro de líquido caliente sobre mi polla encantada. Y yo también me hubiera corrido con sólo dos meneos más si ella no me hubiese rodeado con brazos y piernas y, con las manos sobre mis nalgas, no me hubiese apretado contra los labios protuberantes y voraces de su coño salaz como si quisiera meterse dentro mis huevos, mis nalgas y todo. Así, manteniéndola firmemente metida tan adentro que su vello se entreveraba con el mío, la dejé gozar de todos los deleites de la unión perfecta, respondiendo a las deliciosas vibraciones de su coño con enérgicas acometidas de mi polla tremendamente excitada. Presa de un éxtasis arrebatador, estuvo jadeando y suspirando profundamente durante más de un cuarto de hora. Al cabo acercó mi boca a la suya y me metió su dulce lengua entre los labios; se la lamí y, relajando sus manos la presión de mis nalgas contra su coño, inicié un lento movimiento de arriba abajo que pronto reavivó toda su lubricidad. Se sumó a mi ritmo con enorme energía y un estilo sublime muy suyo. Y nuestros movimientos se hicieron más rápidos y furiosos, hasta que, como todo lo humano, concluyeron en una deliciosa agonía mortal que me hizo sentir que el alma se me desprendía del cuerpo; luego, durante no sé cuánto rato, permanecimos totalmente inconscientes gozando de todas esas sensaciones exquisitas que sólo puede proporcionar el coño de una mujer tan hermosa y lasciva como

mamá. Al recobrarnos nos pusimos frente a frente y, siempre entrelazados y unidos por las dulces cadenas de Príapo, nos arrullamos con los suaves murmullos y susurros de amor que son tan propios de esos momentos. Al cabo los dos estuvimos otra vez preparados y ansiosos de reanudar a lucha. Yo le sugerí hacerlo de rodillas. Ella, sin embargo, comprendió en seguida mi propósito y me dijo que era un traidor que sólo quería tomarla de sorpresa por el ojete.

—Cariño mío, de verdad que es imposible.

Y yo la abracé, la mimé, la halagué y le supliqué hasta que al fin conseguí que me dijera que si le juraba por mi honor no pasarme, trataría de aguantar la entrada de mi capullo, que en cualquier caso debía sacarle si le resultaba demasiado doloroso. Resueltos estos preliminares se colocó en posición. Tras agacharme para lamer su coño delicioso y chupar un par de veces su clítoris encantador, acerqué mi polla ardiente a los labios protuberantes y codiciosos de su delicioso coño, la restregué por encima dos o tres veces y en seguida arremetí con tal ímpetu que al chocar mi pubis contra su culo glorioso sonó un chasquido. Luego nos quedamos quietos, vibrando los dos en un arrebato de voluptuosidad. Deslicé una mano debajo de su vientre y, frotándole rápidamente el clítoris, la puse al borde del delirio. Sólo le di tiempo a que se contrajera un par de veces sobre mi polla y, sabiendo que nada deleitaba más a una mujer libidinosa que unos movimientos veloces inmediatamente después de la corrida, empecé a arremeter con rapidez introduciéndole la polla hasta el fondo en cada meneo y diciéndole al tiempo cosas obscenas, como por ejemplo:

—¿No te ha hecho estremecer esta entrada? Aquí me tienes, metido con huevos y todo dentro de tu coño, tan lascivo y delicioso…

Se puso frenética y me llamó su querido y delicioso fornicador.

—Sí, sí, siento que me la has metido entera, niño querido, hasta el fondo. ¡Ay!, tu polla querida, inmensa, me… me… me… mata de placer, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!

Volvió a chillar presa del arrebato incontenible que le produjo su corrida deliciosa. Acababa de correrse y seguía invadida por el deleite agónico, cuando yo, sintiendo que ya no podía aguantar más, la saqué de improviso de su raja fragante, la coloqué delante

de su precioso y ondulado ojete y me dispuse a introducírsela. No obstante mi furiosa excitación, procedí con suficiente delicadeza y le introduje la cabeza sin esfuerzo sin que mamá manifestara la menor queja; de hecho, había cumplido su promesa y trataba además de ayudarme empinando su enorme culo y relajando cuanto podía el esfínter. Yo, en cambio, estaba tan tremendamente excitado que, si bien es cierto que le había prometido conformarme con la introducción del capullo, en ningún caso hubiera podido llegar más lejos, pues nada más entrarle me asaltó un rapto tan incontenible que en seguida arrojé un torrente de esperma que le llegó hasta las entrañas, quedándome sin fuerzas para hacer el menor intento de proseguir. Supongo que fue lo mucho que tuve que aguantar para dejar que mamá se corriera dos o tres veces lo que me puso en un estado de excitación tan extremo que al correrme me sentí sin fuerzas para seguir adelante. Ésta era la primera vez que experimentaba esa impotencia momentánea, pero no sería la última. Suele pasar cada vez que uno intenta contenerse para evitar la corrida. Las deliciosas vibraciones del suculento coño de mamá no tardaron en reavivar mis fuerzas momentáneamente aplacadas. Mi polla se había reducido más de lo usual y, aunque la tenía sólo empinada a medias, ello me bastó para dar un nuevo empujón y colarla casi imperceptiblemente tan lejos como podía llegar, antes de que mamá se hubiera recobrado del éxtasis de su última corrida. Cuando lo hizo yo seguí jadeando convulsivamente, como si continuara sumido en la exquisita sensación del letargo. Sentí que se pasaba una mano por entre los muslos, y la oí murmurar:

—¡Vaya, pero si me la has metido hasta el fondo!

La suavidad con que se puso a toquetearme y acariciarme los huevos produjo un sensible endurecimiento de mi polla. Ella lo notó, y siguió acariciándomelos hasta que me la puso tan tiesa como siempre en el interior de su culo delicioso, que por sus vibraciones cada vez más intensas parecía más bien acoger con beneplácito al extraño que repulsarlo. Fingí entonces que recobraba el sentido y grité:

—¿Oh, dónde estoy? Jamás había sentido un placer tan celestial.

Ella levantó la cabeza de la almohada:

—Claro, niño desobediente, como que me la has metido hasta el

fondo. Has roto tu promesa. Pero te perdono, sólo te pido que no te muevas todavía.

Le aseguré que lo había hecho sin querer, ya que me había corrido y desmayado apenas le hube metido el capullo.

Entonces vibré, y ella se unió a mí con una contracción no menos deliciosa. Le puse una mano en el vientre y descubrí que tenía el clítoris duro y excitado. Con los dedos de la otra froté uno de sus duros y protuberantes pezones. Pronto se exaltó furiosamente y empezó a menearse de lado sobre mi polla ardiente. Yo seguía quieto, decidido a dejar que ella misma me reclamara acción. No tuve que aguardar demasiado. Me pidió que intentara moverme despacio, cosa que hice, pero sólo para sacársela un poco y volvérsela a meter con la misma lentitud. Al poco su exaltación ya no conoció límites. Me pidió que se la sacara más y un poco más rápido, y luego más y más rápido, hasta que a los dos nos invadió un arrebato frenético e incontenible. Acometimos la crisis final entre gritos de un deleite agónico; la verdad es que mamá pegó tal alarido que luego me dije que debían haberla oído. Su placer no podía ser más excesivo y, al derramar un chorro de esperma en sus entrañas en el preciso instante en que ella se corría, ambos caímos de bruces y nos desvanecimos. Yo, sumido en un éxtasis demasiado arrebatador como para reparar en nada, permanecí largo rato firmemente aprisionado en el interior de aquella abertura tan exquisita y extasiante. Al final caí en la cuenta de que mamá se había desmayado de verdad. Dado lo bien sujeta que me la tenía, tuve entonces que tirar con cierta fuerza para sacársela, de tal modo que cuando lo conseguí sonó un *paf*. Me levanté y volví con un poco de agua. Le salpiqué unas gotas sobre la cara y abrió los ojos. Me miró con una expresión de lo más amorosa. Sus labios murmuraron algo. Acerqué el vaso a su boca y bebió con avidez. Luego, volviéndome a mirar con una expresión amorosísima, dijo:

—Cariño mío, vas a conseguir matarme de placer. Nunca, oh, nunca había conocido un gozo igual. Ha sido excesivo para mí, y temo además estar causándote daño. De ahora en adelante tenemos que ser más prudentes. Ayúdame a levantarme. Tu última embestida me obliga a ausentarme durante unos minutos.

Se levantó, se puso la bata sobre los hombros y dejó la habitación para ir al cuarto de baño. Esperaba que no se le

ocurriera ir a su habitación, pues de hacerlo lo descubriría todo. Afortunadamente, tuvo miedo de despertar a Ellen y de verse por tal causa privada de mi compañía durante el resto de la noche. Regresó, y dado que en ese ínterin yo había tenido tiempo de purificarme, me puse a lavarle sus partes como si yo fuese su *femme de chambre*.

—Querido niño, no debemos volver a hacer esto durante un tiempo. Ocurre que he echado sangre y que me ha dolido un montón cuando he hecho de cuerpo.

Volvimos a meternos en la cama. Se negó a echar más polvos y, abrazándome tiernamente y poniéndome la cabeza sobre su pecho, nos quedamos profundamente dormidos. Me despertó al amanecer besándome y palpando mi picha tiesa. Se tumbó de espaldas y echamos dos polvos deliciosos sin desalojar. Yo sabía que si desalojaba se marcharía. Sea como fuere, se prestó complacida al segundo, dado que sería el último hasta que volviéramos a tener nueva oportunidad de encontrarnos. Puso en práctica toda su maravillosa destreza y sus movimientos fueron de una agilidad sorprendente. Se enroscó a mí como una serpiente. Nuestras bocas y lenguas estaban igualmente entrelazadas, y la crisis final fue de una exquisitez inefable. Yo porfié por sostener un tercer asalto, pero habiendo ya prolongado demasiado nuestros devaneos —como supimos al oír que alguien abría las contraventanas de abajo—, ella me dio un dulce beso de gratitud y se marchó. Yo permanecí echado recordando los gozos de esa noche, y luego me levanté y me vestí rápidamente, ya que todavía teníamos que desayunar y regresar a casa, donde nos esperaban a las nueve de la mañana. Con todo, después del desayuno mamá me llevó a su *sancta*, emplazado en un sótano de la casa, para darme unas indicaciones.

Naturalmente, apenas entró la empujé contra mesa, le remangué las enaguas hasta arriba y la jodí por detrás. Ella se sometió de buen talante, no obstante sus protestas de que no había venido para eso. ¡Ya, como si hubiera venido para otra cosa! ¡Oh, mujeres, mujeres, aunque se os ponga delante el objeto que más deseáis, tenéis siempre que contar un embuste!

Harry me dijo que nos había seguido a hurtadillas y que lo había visto todo, pero no estando tan preparado como yo, no había sido capaz de imitarme.

Nos entretuvimos todavía un rato y no llegamos al colegio hasta pasadas las diez de la mañana. El doctor nos ordenó con severidad que lo esperáramos en su *sancta* a mediodía. Sabíamos lo que eso significaba: una buena azotaina seguida de la narración de nuestros triunfos para deleite del doctor. A las doce entramos en la habitación del doctor, que apareció inmediatamente después. Nos regañó con severidad por el retraso y dijo que pensaba azotarnos a los dos por nuestra holgazanería y —no le cabía la menor duda— corrupción. Comprendimos en el acto hasta donde quería llegar. De tanto en tanto le encantaba azotar seriamente a alguien, y no dudábamos que ésa era ahora su intención, aunque también sabíamos que acabaría en una orgía una vez que lo hubiéramos excitado lo suficiente con el relato de los polvos que él estaba convencido habíamos echado. Nos mandó ponernos en cueros y, eligiendo a Harry como primera víctima, hizo que yo me colocara de potro. Cuando todo estuvo preparado, asestó unos varazos furibundos sobre el trasero de Harry, y empezó a decirle:

—De modo, caballerete, que ha estado usted seduciendo a su prima, ¿eh? —*Zas, zas, zas*—, y encima emplea eso como excusa para faltar al colegio. —*Zas, zas, zas*—. Creía que ya le había quitado de la cabeza la idea de follar a su prima. —*Zas, zas, zas*.

El pobre Harry se retorcía de dolor.

—Oh, señor, no volveré a hacerlo sin su consentimiento.

—Mi consentimiento, ¡bien dicho! —*Zas, zas, zas*.

El doctor siguió un rato zurrándole sin ninguna misericordia, hasta que, transformándose el dolor en lubricidad, la verga de Harry empezó a empinarse y a chocar furiosamente contra mi culo mientras se retorcía por efecto de los contundentes varazos. Al ver el resultado esperado, el doctor se sosegó y, cogiendo la vara con la otra mano, se limitó entonces a toquetearle el culo para mantener viva la excitación. Agarrándole la polla tiesa, dijo:

—¿Así que este objeto es el responsable de todo el desaguisado?

Se la frotó un poco, se agachó y se la chupó.

—Ah, sí, veo que todavía sabe a coño y que sigue impregnado de su olor. ¿De modo que esta mañana habéis vuelto a las andadas? Ahora quiero saber cómo ocurrió.

En ese momento Harry quedó libre. El doctor se sentó y, diciéndole a Harry que se quedara en pie delante de él, le agarró

gozoso su picha tiesa.

—Vamos, habla.

—Bueno, señor, mientras Charlie estaba ocupado con mamá…

—Ajá, ésas tenemos ¿eh? —gritó el doctor—. Pero ya nos lo contará todo él mismo. Ahora sigue con lo tuyo.

—Fui a lo de Ellen. Me puso algún reparo por miedo a que mamá nos descubriera, pero yo la llevé a que mirara por el hueco de la cerradura lo que mamá estaba haciendo con Charlie. El tamaño de la verga de Charlie la dejó perpleja y, viendo con qué facilidad y gusto se la alojaba mamá, creyó que la mía, al ser más pequeña, no podía lastimarla, y entonces me dejó que se lo hiciera. Pero cuando le llegué hasta el himen se puso a gritar y la hice sangrar. Trató de desprenderse de mí, pero yo la tenía muy bien sujeta y le eché un polvo y luego otro antes de desalojar. Le lavé después el coño y le puse un poco de glicerina, y esta mañana volví a follarla sin hacerle ningún daño. Esta vez le gustó tanto que al final me la besó y chupó hasta que me corrí en su boca, y luego volvió a empinármela para echar un último polvo.

—¡Bonita aventura, a fe mía! —gritó el doctor—. Y ahora chúpamela como ella chupó la tuya.

Harry se la chupó hasta que el doctor se puso frenético. Le hizo entonces detenerse y a mí me ordenó que montara en la espalda de Harry. Sabía que me esperaba una buena, ya que el doctor estaba lo bastante excitado para desear inflamarse aún más. Y, en efecto, me dio con saña, a la par que me preguntaba cómo había realizado mis malvados propósitos. Yo le dije que él mismo me había aconsejado que dejara que me viera la polla, que había seguido su consejo y que él había picado el anzuelo. *Zas, zas, zas*.

—¿Cometiste entonces ese inocente pecado?

—¡Oh, sí! Pero perdóneme, señor, no se ensañe así conmigo.

Zas, zas, zas.

—¿Perdonarte? ¡Faltaría más! ¿Y cómo folla?

—Oh, maravillosamente, señor.

Zas, zas, zas.

—¿Cuántas veces lo hicisteis?

—No sabría decírselo, señor. Estuvimos haciéndolo toda la noche, y también lo hicimos esta mañana.

—¿Te chupó la polla?

—Oh, sí, señor.

Zas, zas, zas.

¿Y qué opinión le mereció tu aparato?

—Me dijo que era el más formidable que había visto nunca, y que debía reservarlo para ella sola.

—Bueno, con eso basta. Ahora chúpamela como ella chupó la tuya.

Al poco se le empinó hasta arriba. Mandó a Harry que cogiera la vara y le zurrara el culo, y yo tuve que inclinarme sobre la mesa y, mientras me follaba y manoseaba, repetirle otra vez toda la historia de nuestros polvos. Al correrse, con su objetivo ya logrado, nos dejó marchar.

En la noche de un sábado, poco antes del comienzo de nuestras vacaciones navideñas, la querida Mrs. Dale, echada a mi lado, me comunicó que la interrupción de ciertas cosas le había confirmado su embarazo, del cual —añadió mientras agarraba con su mano acariciadora mi largo instrumento momentáneamente fláccido e inerte—, era responsable la traviesa criaturita que ya sabíamos.

—Oh, querida mamá, ¿lo dices en serio?

La sola idea me puso la polla tiesa a más no poder, y al momento ya estaba metido dentro de ella y sostuvimos un asalto de lo más delicioso, al cabo del cual nos corrimos con un éxtasis arrebatador. Tras mitigar así nuestro ardor, mamá comenzó a hablar de las probabilidades y de lo que convenía hacer en caso de que se cumplieran sus temores. Me explicó que si bien aún no podía hablar con una certeza absoluta, el desmayo de la primera noche y el hecho de que no le hubiera venido la menstruación, cuyo significado me aclaró sin imaginarse que yo estaba perfectamente *au fait* del asunto, tenía sobradas razones para pensar que sus temores eran más que fundados. En tal caso, tendría que marcharse al extranjero en el momento en que ya no pudiera ocultar más su estado. De todas formas, añadió, no valía la pena que nos afligiéramos hasta no estar más seguros del acontecimiento. Pero la sola idea me infundió ánimos para reanudar mis esfuerzos, y así, con el mayor ímpetu y de todas las formas y maneras, desfogamos nuestra libido una y otra vez, sobre todo lamiéndonos y chupándonos, yo su delicioso bálsamo y ella mi picha tiesa, hasta que caímos exhaustos en los brazos de Morfeo. Reanudamos

nuestros exquisitos pasatiempos cuando la luz de la mañana nos despertó después de un sueño reparador. Ese domingo fuimos varias veces a la habitación de mamá con el mismo objetivo, y volvimos a pasar una buena noche antes de separarnos en la mañana del lunes. Al domingo siguiente, después de pasar el sábado otra noche de placer, fuimos todos a la iglesia, cosa que no habíamos podido hacer la semana anterior a causa de una lluvia torrencial, y después del servicio fuimos a comer a la casa de los tíos. Aquí, en el curso de la conversación, Mrs. Dale dijo que un asunto de negocios le exigía ir a Londres durante unos días y que tenía la intención de partir el jueves siguiente, es decir, un día después del comienzo de nuestras vacaciones. Dijo además que pensaba llevar a su hijo consigo. El doctor señaló entonces que él también tenía que ir a Londres para ver a un caballero que al parecer tenía el propósito de enviarle a su hijo interno, y que si Mrs. Dale podía aplazar su partida hasta el sábado, estaría encantado de ser su compañero de viaje. Mrs. Dale accedió a ello sin demora, y mi querida tía, que adivinaba la meta de ese viaje y se había encariñado muchísimo con Ellen y no deseaba otra cosa que abrazar sus jóvenes encantos y comérsela, dijo de improviso que, como la niña querida iba a quedarse muy sola, la invitaba con el mayor de los gustos a instalarse en la habitación contigua a la suya durante la ausencia de Mrs. Dale. Ésta, que no podía imaginarse ni en sueños cuál era mi vínculo con su querida sobrina y que creía que con mi tía quedaría mejor protegida, aceptó encantada su ofrecimiento y le dio encarecidamente las gracias por su consideración. Aunque no he mencionado a Harry durante todo este rato, huelga decir que siempre que su madre y yo estábamos consagrados a nuestra alianza amorosa, él disfrutaba con Ellen del mismo pasatiempo delicioso. Además, puedo añadir que una vez o dos yo mismo había tenido la oportunidad de satisfacer a aquella criaturita lasciva con lo que ella llamaba un «banquete» de mi noble polla. Ella, obviamente, recibió encantada la propuesta de mi tía, al prever de inmediato que podría disponer enteramente de mí durante más de una semana. Me bastó que me mirara una vez para entender todo lo que pensaba; y luego, aprovechando al despedirse la ocasión de estrechar mi mano, me dio un apretón muy elocuente. Así, todos los interesados quedamos encantados, ya que el propio Harry, cuando nos encontramos a

solas, me dijo:

—Por Júpiter, Charlie, estoy entusiasmado. Te apuesto lo que quieras a que antes de nuestro regreso habré follado a mamá. Sabes perfectamente cuánto ansío estar dentro del delicioso coño que me parió. Apenas le oí decir que tenía la intención de llevarme, la verga se me puso tiesa a más no poder.

Mi tío, por su lado, que también ansiaba follar a Mrs. Dale, se había fijado esa misma meta, cuyo camino allanaba el acuerdo al que habían llegado. La noche siguiente, estando yo en la cama con él y la tía, en el intervalo de una orgía breve y deliciosa y después de que me hubiera follado mientras yo estaba en el ojete de la tía —o sea, en un momento en que el tío no tenía fuerzas para hacer nada más—, salió el tema de su viaje. Habló de lo feliz que le hacía disponer de la oportunidad de gozar de un objeto que deseaba desde hacía mucho. El lascivo vejete habló además de gozar en una ocasión venidera de los encantos más jóvenes de la sobrina.

—Naturalmente, tú y mi querida esposa os encargaréis de prepararme el terreno. A tal propósito, querida, permíteme sugerirte que sorprendas a Charlie en plena faena y que te lances a separarlos en un arrebato de aparente cólera; Charlie entonces deberá sujetarte y decir que va a obligarte a participar en el acto por la fuerza, dando a entender que pretende con ello comprometerte y taparte la boca. Tú en el momento te desprendes de sus brazos y te vas corriendo a tu dormitorio. Allí, mientras intentas abrir la puerta él te forzará y te meterá su enorme verga; entonces pides auxilio y llamas a Ellen para que acuda en tu ayuda, que acudirá, sí, pero, salvo que me equivoque mucho al juzgarla, no para prestarte ayuda, sino para sujetarte y colaborar con Charlie. Después has de fingir que estás tremendamente ofendida, hasta que, sugestionada por la enorme polla de Charlie, te resignas al incesto: al fin te relajas, finges que te has dejado conquistar y sin más puedes ya sumarte a sus juegos.

Más adelante se verá que este excelente consejo, impartido por aquel hombre admirable que tanto sabía del mundo y el sexo, lo seguimos a pies juntillas. Lo que importa ahora saber es que la tía, excitada por la expectación, se había metido mi polla en la boca y me la había chupado hasta ponérmela tiesa, y que luego, montando encima de mí, había iniciado una acción tan excitante, meneando

su culo portentoso, que el tío había vuelto a inflamarse otra vez. Viendo que tenía la polla suficientemente tiesa, se puso de rodillas entre mis piernas y, para enorme satisfacción de mi querida tía, se brindó solícito a que ésta gozara del placer de que la follaran dos pollas al mismo tiempo, una por adelante y otra por atrás.

Mi tutor había dispuesto que pasara esas vacaciones en casa de mi tío y que me fuera definitivamente de allí a finales del semestre siguiente. Aunque yo ignoraba todavía esa decisión, sabía que mi tutor había ido donde mamá y se había quedado en casa quince días, durante los cuales había prestado una enorme atención a Miss Frankland. Había anunciado su deseo de que mis hermanas pasaran el verano en una escuela privada para señoritas en Londres, y viendo que a Miss Frankland parecía entristecerle la noticia, se había visto a solas con ella y había puesto su persona y su fortuna a sus pies manifestándole que en caso de que aceptara su propuesta le gustaría que el matrimonio se celebrara después de la marcha de sus alumnas. Era una oferta demasiado tentadora para rechazarla, y así, después de poner la típica cara de la que quiere hacer creer que no se siente preparada para tal aventó, había aceptado. Yo predije inmediatamente la inmensa satisfacción que podía derivarse para mí de tal unión. Y es que cuando estuviera en Londres no me faltaría ocasión de gozar de esa criatura adorable; más adelante, en el cuarto volumen de estas memorias, se verá cuán deliciosas fueron las orgías de que disfrutamos. Por lo demás, pueden estar seguros de que mi primera amada, la adorable Benson, así como la no menos lasciva Egerton, recibieron encantadas a una criatura tan gloriosa como Miss Frankland, a la sazón Mrs. Nixon; y que los ojos del conde destellaron cuando la vio en toda la majestuosidad de su cuerpo soberbio y velludo, que las dos mujeres gozaron comiendo su clítoris esplendoroso, y que el conde y yo competíamos por ver quién satisfacía más sus deseos lascivos y lujuriosos. Pero todo esto se verá más adelante, en su momento oportuno.

Mientras tanto, llegó el día de la partida del tío, de Mrs. Dale y de Harry. Como la diligencia pasaba por nuestro pueblo, Mrs. Dale trajo consigo a Ellen para dejarla en la casa, como habían acordado. Todos nos comportamos con el más absoluto decoro. Por fin, Harry montó en el pescante, y el doctor y Mrs. Dale solos en el interior. Yo estreché la mano del tío con una mirada de cómplice, que me

devolvió con un guiño expresivo, y se marcharon. Cuando regresamos a la casa, la tía acompañó a Ellen a su habitación, unida a la de la tía por una puerta de comunicación que, como ya he señalado antes, había sido utilizada por el tío en más de una ocasión. Cuando bajaron, la tía, con gran consideración por su parte —pues había notado por el abultamiento de mis pantalones el estado en que me encontraba—, dijo:

—Disculpa, cariño, pero ahora tengo que ocuparme de algunas tareas de la casa. Mientras tanto, Charlie puede enseñarte los jardines y entretenerte durante una hora o dos. Cuando la comida esté preparada mandaré que toquen la campana.

Ellen no se había quitado su sombrerito, así que nada más ponerse el chal salimos resueltamente. Pueden estar seguros de que sin pérdida de tiempo fuimos a la casa de campo, un lugar, como bien saben, dedicado al servicio de Venus. Siempre había leña en la chimenea, que encendí inmediatamente, aunque la verdad es que era un día muy soleado y como la casa daba además al sur, no hacía nada de frío. Mientras yo me ocupaba del fuego, Ellen se quitó el sombrero y el chal y se desabrochó el cinturón: no llevaba sujetador. La cogí entre mis brazos suavemente la recosté sobre el diván: al punto le remangué hasta arriba las enaguas, dejando al aire su vientre precioso y su coño hecho y derecho. En seguida me incliné y le chupé el coño. Estaba tan excitada que a los dos minutos suspiró profundamente, me apretó la cabeza contra los labios de su coño y derramó su dulce y balsámico esperma. Yo a mi vez estaba ya tan inflamado que, sin esperar a lamérselo, pegué mi enorme picha a su orificio encantador y de un solo golpe se la metí hasta el fondo, con tal fuerza que la dejé sin respiración. Pero ella se recobró al instante, y con toda la energía de su bisoña lascivia me hizo llegar junto con ella al éxtasis final, un éxtasis que te hacía sentir como si tu alma y tu cuerpo se deshicieran en un gozo excesivo para los comunes mortales. Permanecimos un rato estrechamente abrazados y ajenos al mundo exterior. Al recobrar el sentido me levanté y le dije que la próxima vez teníamos que hacer las cosas con más lascivia. El fuego ya se había encendido bien, y como la habitación era pequeña, había ahora una temperatura de lo más agradable. Le pedí entonces que se desnudara mientras yo me quitaba la ropa, y en seguida nos contemplamos jubilosos todos

nuestros encantos. Algunos preliminares deliciosos precedieron nuestro siguiente encuentro, que prolongamos hasta que ya no pudimos contener más nuestra excitación, y volvimos a corrernos con todos los raptos del deseo satisfecho para sumirnos una vez más en esa dulce languidez que sigue al orgasmo. Seguidamente nos hicimos una mamada mutua y luego echamos el que sería de momento nuestro último polvo, porque ya teníamos que vestirnos y estar preparados para cuando nos llamaran a comer. No bien terminamos de asearnos la monté sobre mis rodillas y le dije que esa noche no cerrara la puerta de su habitación porque pensaba ir a verla. Le dije también que debíamos actuar con el mayor sigilo porque la tía dormía en la habitación contigua. Estaba encantada por la perspectiva de disponer enteramente de mí durante toda una noche, e ingenuamente me dijo que yo le daba mucho más placer que Harry, que era como si yo le llenara todo el cuerpo de un gozo casi excesivo y que, ahora que iba a tenerme todas las noches, querría que su tía estuviera fuera todo el mes. Dicho esto, la querida criatura me arrojó los brazos al cuello y, besándome, me metió su dulce lengüita en la boca. No les quepa la menor duda que le correspondí y, con una mano debajo de sus enaguas y un dedo sobre su coño delicioso, estaba ya a punto de tumbarla sobre el sofá, cuando de pronto la tía abrió la puerta, obligándonos a dejar las cosas ahí. Fingió no reparar en la confusión de Ellen, dijo que esperaba que la hubiera entretenido y nos pidió que regresáramos a la casa porque la comida ya estaba servida. Con un apetito voraz, fruto de nuestro reciente y ardoroso ejercicio, rendimos los honores a todos los platos que teníamos delante, mientras la tía no dejaba de servirme *champagne*, lo que hacía, como se podrá imaginar, con un propósito claro. Después me ordenó que me retirara a mi habitación para hacer los deberes diarios que el doctor me había encomendado, diciéndome, con un guiño disimulado, que subiría a revisarlos más tarde.

—Ellen, cariño —añadió—, tú deberías seguir con tus prácticas de piano, y tocar al menos una hora y media cada día.

Así nos separó. Fui a mi habitación, me tumbé y me quedé profundamente dormido; media hora más tarde, sin embargo, fui despertado por el cálido abrazo de mi gloriosa y desenfrenadamente lujuriosa tía. Se agachó y, metiéndose mi polla fláccida en la boca,

hizo que rápidamente alcanzara su rigidez habitual, tras lo cual me pidió que me levantara y desvistiera. Ella había venido con un ligero salto de cama, que se quitó de inmediato, y así, totalmente desnuda y exhibiendo en todo su esplendor su cuerpo soberbio, se estiró sobre mi cama. Yo me desnudé en un santiamén, pero, sabiendo que lo que quería era un polvo largo, me arrojé sobre su coño y la chupé hasta que se corrió dos veces; monté luego encima de ella y le introduje mi larga herramienta en su coño codicioso. Aquí volví a juguetear con ella no me corrí hasta que ella no hubo dado un par de veces su tributo. Esta vez follamos por delante, con sus magníficas piernas alrededor de mis caderas, que usaba como asidero para su fantásticas contorsiones: no había mujer que pudiera equipararse a ella en el delicioso meneo de su culo glorioso. Después de regodearnos un rato en todos los raptos de la languidez posterior al orgasmo, se la saqué, hice que se pusiera a cuatro patas para el próximo asalto y, aprovechando su postura, volví a comérmela hasta que se corrió dos veces antes de sacarle mi lengua insidiosa. Luego, volviéndome y contemplando embelesado aquel noble y descomunal trasero —que, como ya dije antes, no tiene parangón con el de ninguna mujer—, me agaché y acaricié y besé su orificio divino, excitándola tanto con las torsiones de mi lengua en su interior que me pidió que la follara al instante. La monté, pues, por detrás, ella se llevó una mano al vientre y me condujo al interior de su coño palpitante y ansioso. Pegué una embestida furiosa que me bastó para introducirle la polla hasta el fondo. Esto excitó tanto a la querida criatura que, con sólo un par de meneos deliciosos sobre mi polla inmóvil y con una contracción con la que parecía querer engullírmela, se corrió profusamente, sin dejar de chillar como un conejo. Yo estaba feliz de haber conseguido que se corriera varias veces sin haber a mi vez tenido una sola descarga, ya que deseaba estar en condiciones de cumplir con Ellen esa noche mis obligaciones. La tía permaneció varios minutos jadeando y palpitando deliciosamente contra mi polla, hasta que ya no fui capaz de seguir por más tiempo inactivo, a pesar de que la contemplación de sus esferas gloriosas y palpitantes me proporcionaba un placer extraordinario. Así, agachándome sobre ella, le metí una mano por abajo para excitarle el clítoris, y con la otra agarré una de sus enormes y duras tetas y empecé a sobarle el

pezón, procedimiento éste que excitaba tremendamente a mi querida tiíta. Exalté toda su libido y la querida y lujuriosa criatura volvió a correrse antes de que yo estuviera preparado para acompañarla. La pausa que siguió apagó un tanto mi excitación y me permitió aguantar hasta que su libido recuperó su energía acostumbrada. Y, una vez más, con sus contracciones y movimientos, al poco me obligó a pasar a una acción más rápida; pero yo estaba decidido a gozar esta vez de las delicias de su ojete. Así, cuando la vi lo bastante fogosa, se la saqué de improviso, y, dichosamente, atiné a metérsela de un solo golpe hasta el fondo de su delicioso orificio, con tal fuerza que dejé sin aliento a mi querida tiíta; ella, sin embargo, se recuperó al momento. Amando ella como amaba la sodomía, yo no podía haber hecho en ese momento nada mejor para satisfacer sus pasiones libidinosas. Era fantástico ver la energía con que se unía y respondía a mis arremetidas, con sus nalgas soberbias meneándose con ímpetu sorprendente y contrayéndose contra mi polla, cada vez que volvía a metérsela hasta el fondo, de un modo de lo más excitante. Estando ambos tan exaltados no podíamos tardar en alcanzar el éxtasis final. Sentí como si toda mi alma se vaciara dentro de ella cuando, entre gritos del gozo más arrebatador, me corrí furiosamente hasta el fondo de sus entrañas. Ella estaba absolutamente desbordada por el placer, y cayó sin sentido de bruces y arrastrándome consigo —la sujeción de su conducto era demasiado férrea para dejar que se soltara cualquier cosa que tuviera dentro—. Los dos olvidamos todo salvo esa deliciosa languidez casi mortal que sigue al orgasmo. Permanecimos largo rato en ese trance gozoso, hasta que la tía, recobrando el sentido, me pidió que me levantara porque tenía que bajar. Le obedecí y, levantándose a su vez de la cama, me estrechó entre sus adorables brazos, me besó con ternura, y me dio las gracias por el placer enorme que le había hecho sentir. Me dijo también que en el mundo no había nadie como yo y que tenía que estarle muy agradecido por permitir que otra persona gozara de mi maravilloso poder de fornicación. Se puso su salto de cama y me dejó para que me vistiera. Poco después ya estaba yo abajo, donde encontré a Ellen, que empezó a mirarme como si esperara que hallara una oportunidad de follarla en seguida. Yo, sin embargo, tras los encuentros que había sostenido tanto con ella como con la

tía, y aun cuando había procurado no excederme con esta última, no estaba en disposición de forzar las cosas para una conclusión inmediata —máxime si tenía el propósito de pasar la noche con ella. Así pues, le aseguré que era preferible no ser imprudentes porque, si nos pillaban, ya no podríamos hacer nada por la noche; ella accedió a esperar tranquila y a ser sensata. Vino la tía y pasamos la tarde charlando plácidamente y paseando por el jardín. Después de la cena me quedé dormido en el sofá. Las dos mujeres, con parejo objetivo, me dejaron descansar tranquilamente y sólo me despertaron cuando llegó la hora de irnos a acostar. Ahora ya estaba otra vez fresco y preparado para el trajín que me aguardaba esa noche. Dejé que pasara media hora para dar tiempo a que todo el mundo estuviera en sus habitaciones, y luego, vestido tan sólo con un camisón ligero, me escurrí hasta la habitación de la querida Ellen, abrí la puerta y entré. Ella ya estaba en la cama, esperándome con impaciencia. Había dejado las dos lámparas encendidas y también un alegre fuego en la chimenea. Al instante me desnudé completamente y me lancé a sus ansiosos brazos. Debido a la impaciencia que ambos teníamos, nuestro primer asalto acabó muy pronto. Gozamos luego largo rato de la languidez que sigue al orgasmo, seguida de un abrazo más arrebatador y prolongado. Tras permanecer embargados un rato, nos levantamos y le pedí que se pusiera delante de la chimenea para disfrutar de la contemplación de sus jóvenes encantos. El vello del coño le había crecido de una manera notable, el pecho lo tenía más lleno e incluso parecía que se le habían ensanchado las caderas y el culo. Eso era debido sin duda a los polvos que habíamos echado desde que la conocí, los cuales habían acelerado de forma natural su transformación en mujer. El examen de sus ahora más notorios encantos me excitó sobremanera, y decidí follarla en la alfombra que estaba delante de la chimenea. Con el fin de gozarla más, saqué un espejo, lo coloqué delante de la alfombra y, dirigiéndola desde el suelo, hice que lo moviera de un lado a otro hasta que quedó colocado en el ángulo que mejor reflejaría el movimiento de su culo desde la posición en que pretendía follarla. Me tumbé entonces de espaldas, le dije que se pusiera de rodillas con las piernas a ambos lados de mi cabeza y, acercando a mi boca su delicioso coñito, la mamé hasta que derramó dos veces su esencia balsámica. Luego se

deslizó hacia abajo, justo hasta la altura de mi polla, a la sazón inflamada de deseo. Conduje la punta hacia sus labios rosados y ella en seguida se dejó caer con todo su peso y se empaló encantada en mi tiesa estaca. La hice subir y bajar varias veces seguidas para disfrutar de la contemplación de sus entradas y salidas. Luego, echándola despacio sobre mí, le rodeé con un brazo su estrecho talle y, volviendo la cabeza, vi que el espejo, inclinado, reflejaba, como si estuviera arriba, su espalda y culo preciosos, su coño totalmente estirado por mi polla enorme y, debajo de ésta, el dulce agujerito rosado y ondulado de su culo. Con el brazo que tenía libre le cogí una cadera, deslicé la mano hacia abajo para mojarla con la espuma que rezumaba de su coño y le introduje un dedo en la morada más pequeña del placer. Su excitación, ahora desbordada, ya no conoció límites. Era una delicia ver reflejadas las continuas subidas y bajadas de su culo. Dejé que ella hiciera todo el esfuerzo, lo que me permitió contenerme y esperar a que estuviera su próxima corrida, instante en el que el ardor de su coño pareció infundirme más energía y el movimiento de nuestros culos se hizo más vigoroso y frenético, hasta que, sobreviniéndonos poco después la descarga extática, caímos postrados embargados por todas las llamas de la pasión que acabábamos de desahogar. Nos quedamos largo rato abrazados regodeándonos en ese éxtasis tan arrebatador. Luego nos levantamos, nos abrazamos con ternura y volvimos a la cama. Yo estaba dispuesto a excitarla y a excitarme para intentarlo de nuevo, pero ella me rogó que no lo hiciera, asegurándome que se sentía completamente exhausta y rendida por el intenso trajín de la mañana y la noche. Lo cierto es que sus palabras no me sorprendieron, pues la había hecho correrse siete u ocho veces más que yo. Y tampoco me quejé, ya que sabía que a la mañana siguiente vería a la tía en el campo y que ambas iban a poner entonces a prueba toda mi vitalidad.

Dormimos profundamente y no nos despertamos hasta muy entrada la mañana. Al ver una silla fuera de su sitio en la habitación, comprendí que la tía había estado husmeando; estaba, pues, al acecho. Destapé a la querida Ellen para poder contemplar todos sus jóvenes encantos. La falta de abrigo la despertó. Me miró amorosamente; al inclinarme sobre ella me arrojó los brazos al cuello, atrajo mi cabeza a la suya y me estampó un amoroso beso en

los labios. Nuestras lenguas se enlazaron: una mano se deslizó hacia abajo y rodeó mi polla tiesa y vibrante. Me volví, me coloqué de rodillas entre sus piernas y, estaba ya a punto de penetrar su emparrado amoroso, cuando la puerta que daba a la habitación de mi tía se abrió. Mi tía entró, pegó un grito de sorpresa —una buena actuación— y exclamó:

—¡Dios bendito! ¿Qué es lo que veo? ¿Quién se hubiera imaginado una cosa así…?

Y, aparentemente para rescatar a Ellen, se precipitó hacia nosotros, me cogió de un brazo y, no sin cierta condescendencia mía, me sacó de la cama, diciendo:

—¡Qué horror, qué escándalo! ¿Cómo te has atrevido a cometer semejante pecado? ¡Seducir, seducir nada menos que a una niña que tengo bajo mi cuidado! Cúbrase inmediatamente, señor, y márchese a su habitación.

Le aseguré con arrogancia que no pensaba hacer tal cosa; más aun, como había estropeado mi diversión con Ellen, que estaba decidido a hacérselo pagar.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, niño desvergonzado?

—De desvergonzado nada, querida tía. Tan sólo mire como esta pobre cosita ansia estar dentro de usted.

Dicho esto, la cogí entre mis brazos como si quisiera arrojarla a la cama. Ella fingió defenderse, aprovechando la ocasión para apretar tiernamente mi polla tiesa. Luego se desprendió de mí y salió corriendo en dirección a su habitación, fingiendo que trataba de darme con la puerta en la cara, pero cuidándose a la vez de dejarme pasar para que me precipitara a su cama. La atrapé justo cuando se agachaba para meterse en la cama como en busca de refugio, le remangué la camisa —la única prenda de vestir que llevaba— y de un solo golpe se la metí por detrás en su suculento y ansioso coño. Dejó escapar un suspiro, y gritó a Ellen para que viniera y no me dejara violarla. Ellen vino, pero sabiamente se limitó a mirar mientras yo trajinaba resueltamente.

—¿Ellen, por qué no me lo quitas de encima? Está violándome y, ¡oh, horror!, cometiendo incesto.

Fingía defenderse con todas sus fuerzas, cuando en realidad lo que hacía era menear hábilmente el trasero para alojarme más al fondo de su coño.

—¡Oh, Ellen, Ellen, ayúdame!

—Ah, no —dijo Ellen—. Quiero que se lo haga para que usted después no se atreva a delatarme.

Al oírla, la tía pareció enormemente afligida, tanto que derramó incluso unas lágrimas y hundió la cabeza en la cama como si se sintiera desesperada, mientras no dejaba de secundarme con el mayor ímpetu.

—Que el cielo me perdone, pero este simple colegial me está excitando de una manera que no había sentido nunca.

Dio entonces rienda suelta a toda su lujuria y ambos alcanzamos al punto la crisis en un arrebato desenfrenado. La tía hundió la cabeza en la cama, en tanto que las arrebatadoras contracciones internas de su coño renovaban el prístino vigor de mi polla. Sintió mis vibraciones y me respondió, pero, sin duda pensando que una repetición inmediata delataría nuestra intimidad, de repente giró la cabeza y el cuerpo, desprendiéndose de mí con tal ímpetu que sonó un *paf*. Empezó otra vez a llorar —cosa que las mujeres pueden hacer cuando se les antoja— y a regañarme por el horrendo crimen que había cometido. Eso que había hecho con ella —dijo entre sollozos— era incesto. Le arrojé los brazos al cuello, le enjugué las lágrimas a besos y, poniendo su mano encima de mi polla todavía tiesa, le dije que todo era culpa de esa inflamada criaturita. Apartó la mano al momento, aunque no sin antes haberle dado un suave apretón. Me dijo que era un chico desvergonzado y que debía marcharme y dejarla a solas con Ellen para ver si podían resolver entre ambas ese horrible dilema.

En ese momento Ellen se acercó y, besándola tiernamente, le rogó que no me hiciera salir.

—Le amo con toda mi alma, querida señora, y ahora es cuando más deseo poseerlo. Ha sido tan excitante ver cómo la tomaba a usted, que me moriré si no me deja poseerlo ahora mismo.

—¡Qué espanto, qué espanto! —dijo la tía—. Y yo que pensaba que había llegado justo a tiempo de salvarte.

—Oh, no, si ha dormido conmigo toda la noche y tampoco era la primera vez que me lo hacía. Pero él no ha sido el primero que me ha tomado, así que no ha habido violación ni seducción.

—Entonces la seductora has sido tú, sinvergüenza, porque no hay en el mundo un chico más inocente que Charles.

La pobre Ellen, confundida por la acusación, dijo que eso era falso y que sabía perfectamente quién había seducido a quién.

La tía se sintió arteramente aludida, pues, como se recordará, creía que era ella quien me había quitado la virginidad.

—¿Qué quieres decir con eso? Te exijo que hables claramente.

Ellen se soltó de la lengua y dijo que Mrs. Dale era la primera que me había tomado. Ella explicó que vio accidentalmente lo bien armado que estaba Charlie y no pudo resistirse a enseñarle el modo de usar su arma. «Yo los vi hacerlo y me entraron también ganas. Mire, querida señora, mire qué cosa tan noble es. Estoy segura de que si usted se la hubiese visto, tampoco se habría resistido a poseerla. Ande, pruébela una vez más y ya verá como nos perdona y se decide a participar de nuestros juegos».

Yo apoyé este buen consejo. La tía parecía tenerme miedo y saltó a la cama. Aprovechando que estaba a cuatro patas, salté detrás de ella, la cogí por la cintura y la sujeté con fuerza hasta que conseguí arrodillarme a su espalda y poner mi polla en acción. Pese a que no cejaba en su supuesta resistencia, todos sus movimientos tendían a facilitarme las cosas. Como era de esperar, un instante después ya se la había metido, tras lo cual me quedé quieto unos minutos para permitirle disfrutar de esas contracciones internas por las que era tan célebre. De pronto, con la cabeza hundida en la almohada, gritó:

—¡Es espantoso, espantoso!

Ellen se acercó y se inclinó para abrazarla, diciéndole que si en vez de resistirse me dejaba hacer, iba a sentir de inmediato un placer incomparable.

—Eso es precisamente lo que me horroriza, querida, porque jamás en mi vida he sentido nada tan exquisito. Pero date cuenta del pecado que cometo, ¡y con mi propio sobrino! Es una unión totalmente incestuosa.

—¿Y eso qué importa, querida tía? Sí, es usted tan buena y tan hermosa que yo también voy a llamarle a partir de ahora tía. ¡Oh, ha sido tan delicioso ver cómo se lo hacía! Es usted una mujer tan fantástica que me encantaría ser un hombre para poseerla.

Ellen se había abrazado a las espléndidas tetas de la tía, para gran satisfacción de ésta, y ahora le rogaba que le dejara chupárselas. La tía, encantada, consintió. Deslizó la mano que tenía

más cerca de Ellen a su coño encantador; Ellen separó las piernas: los dedos de la tía empezaron a frotárselo.

—Ah, querida, cuando tenía tu edad nada me gustaba tanto como abrazarme a alguien de mi mismo sexo y utilizar nuestras lenguas como si fueran la cosa del hombre. Creo que si ahora disfruto de una cosita tan bonita y fresca como la tuya, puedo llegar a resignarme a lo que este chico tan perverso me está haciendo.

—¡Oh, eso sería maravilloso! Hagámoslo ahora mismo. Charlie puede sacársela un momento para que yo me ponga debajo de usted y, mientras usted me lame, yo puedo excitarla y ver el maravilloso trajín de arriba.

—Me tientas demasiado, niña querida. ¿Pero que dirá tu tía si se entera?

—Nunca se enterará —dijo Ellen, que mientras tanto se iba acomodando en la cama.

La tía se corrió de lado para dejar que Ellen se pusiera debajo; ésta le rogó en seguida que se quitara la camisa para que sus cuerpos pudieran tocarse. Aunque la tía no deseaba otra cosa, hizo aún unas muecas de reparo. Por fin le hizo caso y, montando a horcajadas sobre Ellen, se arrojó con avidez sobre el delicioso coñito que tenía debajo y comenzó a chuparla *à mort*. Yo retomé inmediatamente mi posición. Ellen condujo mi polla dentro del ardiente coño de la tía, frotó el clítoris de ésta y me metió un dedo en el fundamento, mientras la tía la mamaba encantada. Todos llegamos rápidamente a la gran crisis, desbordados por una lubricidad pocas veces vista. Quedamos algo agotados al concluir el asalto y, como se estaba haciendo tarde, nos levantamos. La tía fingió que me perdonaba que la hubiera violado por el placer que después le había hecho sentir. Abrazó a Ellen con ternura y le dijo que esperaba volver a gozar pronto del inmenso placer que le había brindado su cuerpo. Luego me cogió la polla y me la besó y chupó hasta que me la puso tiesa. En seguida dijo:

—No me asombra, querida, que hayas querido metérmela después de verla. Sólo te digo que envidio a Mrs. Dale por haber gozado antes que nadie de este monstruo. Si hubiese sabido que estaba tan bien dotado, dudo que hubiese podido resistirme a la tentación de enseñarle cómo podía usarla conmigo. Lo que sí me asombra es que con una cosita tan pequeña como la que tienes

hayas podido metérmela dentro.

Ellen rió y dijo que su primo Harry había despejado el camino; de no haber sido así, dudaba que hubiera podido aguantarlo, aunque también era verdad que yo se lo había hecho con mucha suavidad y que al terminar de metérsela había sentido que le llenaba de un modo tan delicioso cada grieta, que hubiese lamentado muchísimo verse obligada a rechazarme.

—Así pues, querida tía, espero que le deje que nos lo haga a las dos. Yo puedo hacerle a usted lo mismo que usted acaba de hacerme, porque antes de tener a Charlie y a Harry, la tía y yo solíamos divertirnos de ese modo. La tía está dotadísima en ese particular: era capaz de metérmelo un poquito, haciéndome sentir un placer inmenso, y me decía que yo se lo chupaba mejor que su finado esposo o que la media docena de compañeras de colegio con las que solía divertirse. Así que, querida tía, tiene que dejarme que se lo haga mientras Charlie está dentro de mí, y luego usted me lo hará a mí mientras él se la mete a usted. Imagínese cuánto vamos a disfrutar.

—Oh, querido diablillo, eres capaz de seducir a un ángel.

Quedó así dispuesto que esa noche Ellen y yo dejáramos nuestras habitaciones para encontrarnos en la cama de la tía. Y, a partir de aquella vez, pasamos ocho noches gloriosas. Le mostré a la tía que podía meterla en el ojete de Ellen —lo que le produjo un placer inmenso— y fue motivo para que intentara hacer lo mismo en el de ella. Me dio su consentimiento con fingida vacilación, pero ello bastó para que en seguida actuáramos con todo el desenfreno que la mente más lujuriosa podría imaginar. La tía, que se había encaprichado con Ellen, la mamaba *à mort*, y Ellen le pagaba siempre con la misma moneda. Yo estaba satisfecho de esa situación, ya que me permitía no abusar de mis fuerzas. Pasamos así ocho días deliciosos antes de que regresaran los demás. Tanto el tío como Harry habían logrado su objetivo. Ambos me refirieron pormenorizadamente lo ocurrido, pero como sus historias coinciden en algunos particulares, voy a relatar los sucesos de manera cohesionada.

Mrs. Dale, Dr. Brownlow y Harry

Harry tiene éxito - Una astuta estrategia - Los negocios concluyen - Un perfecto entendimiento

El tío y Mrs. Dale iban solos en el interior del coche y Harry viajaba en el pescante. El tío comenzó elogiando a Harry, y luego pasó a hablar del día en que lo había mandado al internado y de la nota que Mrs. Dale le había remitido. Le preguntó, no sin una sonrisa maliciosa, si aquella intimidad que tanto la alarmara se había reanudado, pues había notado que Harry volvía todos los lunes pálido y demacrado y que durante el día se mostraba lerdo y atontado. Al oírlo, Mrs. Dale pareció inquietarse, probablemente porque comenzó a pensar que había ocurrido algo entre los primos mientras estuvo ocupada conmigo. El tío observó su turbación, y, adivinando la causa, le dijo:

—Mi querida Mrs. Dale: si ha ocurrido algo, sean las que sean sus consecuencias, sepa que soy un hombre de mundo y que puede contar con mi discreción y ayuda en todo lo que proceda hacer para que no se sepa nada.

Ella le dio las gracias y le dijo que aceptaría gustosa su ayuda ante la eventualidad de un suceso desdichado, que deseaba, con todo, no se produjera.

El tío, notando su intranquilidad, insistió en el tema, hasta que al final logró que le confesara su temor de que hubiera ocurrido algo entre los dos primos, ya que, al creer neciamente que se les había quitado esa idea de la cabeza, no había seguramente tomado todas las precauciones debidas.

—Bueno, querida señora, me tiene a su disposición en caso de que surja cualquier necesidad. No soy ningún mojigato, pese a que, dada mi posición, me vea obligado a aparentarlo. Estoy seguro de

que mi experiencia me permitirá sugerirle el mejor modo de silenciar el escándalo, siempre, claro está, que éste se produzca.

Mrs. Dale le mostró efusivamente su gratitud y el doctor se volvió más afectuoso en su plática, diciéndole que por una mujer como ella, a la que admiraba y deseaba desde hacía mucho, estaba dispuesto a hacer lo que fuera.

—Porque aunque pertenezco al cuerpo de la Iglesia, mi querida señora, a veces se despierta en mí el viejo Adán, y cuando una mujer me hechiza del modo en que usted lo ha hecho, me siento rejuvenecer.

Dicho esto le rodeó con un brazo su talle encantador. La atrajo hacia sí, y ella, con cierta timidez y reluctancia, acabó entregándole sus labios. La otra mano del doctor le levantó las enaguas y se deslizó hasta su precioso coño. Su mano y su lengua vuelven a resistirse, pero otra vez se rinde y el doctor sin tardanza toma posesión de su adorable coño. Supo que sus deseos se habían exaltado nada más palparle su largo y fantástico clítoris. Le separó, pues, las piernas, se puso de rodillas entre ellas y, como quiera que aquel coño dulce ya le había inflamado lo suficiente y tenía los pantalones desabotonados, en seguida se sacó la polla, totalmente erecta, y sin más se la alojó hasta el fondo; a todo esto, la dama, que no había cesado de decirle que no podía permitírselo, no bien sintió su polla trajinando en su interior empezó a menear a la perfección el trasero. Ahora lo abrazaba y secundaba sus arremetidas, besándolo y metiéndole la lengua para regocijo del doctor. No tardaron en llevar las cosas al éxtasis final, con gran satisfacción para ambos.

Naturalmente, después de esto no tuvieron problemas para concertar una cita en Londres. Más aun, decidieron alojarse en la misma casa e instalarse en pisos contiguos. Al llegar a la ciudad se dirigieron a una de esas amplias casas de huéspedes en la prolongación de Norfolk Street, y tuvieron la suerte de encontrar que todos los pisos de la primera planta estaban disponibles. Se trataba de un piso doble, o mejor dicho de dos apartamentos que se comunicaban entre sí. El doctor se había quedado con el dormitorio de adelante, unido a la habitación contigua por una puerta que se cerraba con llave por un lado y con cerrojo por el otro. Mrs. Dale estaba instalada en esta habitación, la cual daba a un cuartito con

una cama, que ocupaba Harry. De esta manera, bastaba que la dama decidiera descorrer el cerrojo de la puerta para que el doctor pudiera acceder a su habitación. Después de hablarlo, sin embargo, ambos fueron del parecer de verse en la habitación del doctor, con lo que no habría el menor riesgo de que Harry oyera cualquier exclamación amorosa que pudiera escapárseles en un arrebato de placer. Naturalmente, el doctor —que conocía perfectamente el enorme deseo de Harry de follar a su madre, así como su propósito de conseguirla de una manera u otra en Londres— le comunicó su intención de dormir con Mrs. Dale esa noche y le rogó, en consecuencia, que no hiciera nada hasta después de la primera noche, cuando él mismo lo ayudaría en sus esfuerzos.

Una vez que Harry consiguiera su propósito, el astuto doctor tenía la más firme intención de convertirse en compañero de su relación incestuosa. La puerta del dormitorio de Harry tenía uno de esos picaportes antiguos con un pestillo sujeto con tornillos a la hoja y cuyo extremo libre encaja en un ansa de hierro que está atornillada en el cerco. Mrs. Dale echó el cerrojo de la puerta de su hijo al irse a dormir. Harry lo advirtió y sonrió al pensar en lo fácil que le resultaría aguarle la fiesta, pero como le había prometido al doctor no intentar nada con su madre esa noche, se fue a la cama y durmió profundamente. Al día siguiente consiguió un destornillador y un pequeño frasco de aceite. Aprovechando que mamá jugaba a las cartas, subió a hurtadillas al piso de arriba y desatornilló fácilmente el ansa de hierro del cerco, aceitó los tornillos y los metió y sacó una y otra vez hasta que consiguió que se pasaran de rosca, volvió a colocar el ansa y se marchó, seguro de que ahora podría entrar en la habitación de su madre cuando quisiera. Según el acuerdo al que había llegado con el doctor, éste se encargaría de chupar y manosear a mamá hasta excitarla a más no poder pero sin darle satisfacción, de manera que se mostrara dispuesta a echar un polvo con la polla que fuera. Con tal fin, el doctor la retendría hasta el amanecer. Por la noche, Harry se puso a fisgar por el hueco de la cerradura y cuando vio que su madre entraba en la habitación del doctor, empujó la puerta —que cedió fácilmente gracias a lo que había hecho esa mañana con el picaporte—, descorrió el cerrojo y volvió a cerrarla desde dentro. Ya estaba, pues, listo para lo que pudiera pasar, y si su madre se asombraba al verlo entrar, podía

decirle que había encontrado la puerta abierta y que seguramente se había olvidado de echar el cerrojo. Así, hechos todos los preparativos, se fue a la cama y se quedó profundamente dormido. Se despertó antes de las siete de la mañana y, entornando ligeramente su puerta, vio que la puerta del otro lado estaba abierta y que había luz en el dormitorio del doctor, lo que significaba que mamá seguía con él. Se calzó sus medias de lana y, sentándose al lado del haz de luz que salía del hueco de la cerradura, se puso a esperar el regreso de mamá, que se produjo muy poco después. Supo que había vuelto a su habitación al apagarse la luz apenas cerrada la puerta de comunicación. La oyó sentarse en la bacina: el potente chorro de agua demostraba lo agitada que estaba. La oyó dar vueltas en la cama. Se quitó entonces el camisón y las medias, abrió la puerta y se acercó a la cama de su madre. Como estaba despierta, lo vio inmediatamente por los destellos de luz que entraban por la ventana.

—¡Harry! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has podido abrir la puerta?

—Te oí moverte, querida mamá, y no podía dormir por el frío. Me levanté y empujé la puerta, que estaba abierta. Seguramente te olvidaste de echar el cerrojo, pero aunque hubiera estado cerrada te hubiera llamado. Quiero que me dejes dormir contigo en tu cama calentita. ¿Verdad que acurrucarás, mamita, a tu pobre Harry?

—Puedes venir, siempre que te estés quieto y hables en voz baja para que el doctor no te oiga. Si te pones de espaldas te daré calor.

Harry no perdió tiempo en echarse a su lado y, como estaba realmente frío e incluso temblando, se colocó encantado como le había dicho, de espaldas y con el culo acurrucado en el vientre de su mamá. Ella dijo:

—Pobre niño, está helado. Venga, ahora duerme en los brazos de mamá.

Él, naturalmente, no tenía tal intención. Entró en calor rápidamente y, volviendo el rostro hacia su mamá, musitó, en el mismo tono que había empleado ella:

—Oh, cuánto te quiero, mamita.

Apretó su vientre contra el de ella para que sintiera su polla erguida sobre su *mons Veneris*.

—¡Harry! ¿Cómo se te ocurre abrazarme de este modo? ¿No

sabes acaso que soy tu madre?

Le había cogido con una mano sus firmes y hermosas tetas y estaba evidentemente henchido de deseo, lo que ella notó al sentir su picha tiesa apretándose contra su monte de Venus.

—Si supieras, mamá querida, cuánto te quiero y cuánto deseo abrazar tu cuerpo precioso…

—Apártate, insolente, ¿no sabes que es pecado manifestar esos sentimientos con tu madre? Apártate inmediatamente.

—Oh, no, mamita, de verdad que no puedo. Pretendo poseerte. ¿Qué puede haber de malo en volver al sitio de donde uno ha venido?

Dicho esto trasladó la mano de sus tetas a su espléndido monte, demostrando lo que quería decir con sus palabras. Ella fingía que estaba muy enfadada y trataba de apartarlo, pero Harry la tenía muy bien sujeta de la cintura con el otro brazo.

—Desiste ahora mismo si no quieres que grite.

Aunque parecía realmente enfadada, en ningún momento del coloquio profirió una sola exclamación. Harry recurrió entonces a su mejor argumento.

—¿Por qué tratas de rechazarme, querida mamá? ¿Por qué no puedes dejarme disfrutar de tu cuerpo como dejaste a Charlie?

La delación le provocó un sobresalto.

—¿Qué es lo que dices, niño desvergonzado? ¿Dónde has oído semejante infundio? Seguro que te ha contado esa mentira tu amigo Charlie; después de lo amable que he sido con él…

—Mamá querida, Charlie no ha tenido que contarme una sola palabra de eso. Hablo por lo que he visto con mis propios ojos.

—¿Qué quieres decir? Habla de una vez.

—Verás, mamita, ¿te acuerdas del primer sábado que Charlie y yo nos quedamos a dormir? Pues bien, después de retirarme a mi habitación tuve que bajar al baño, a donde fui descalzo y sin luz para no molestarte. Cuando volví a subir, vi de repente una ráfaga de luz en el corredor de arriba. Subí entonces las escaleras y, cuando tenía la cabeza a la altura del suelo de arriba, te vi que ibas hacia la habitación de Charlie. Me fui a la mía, pero dejé la puerta abierta para verte cuando regresaras. Sólo que tú no volvías, así que fui a hurtadillas hasta la esquina del pasillo que da a la habitación de Charlie. La luz salía del hueco de la cerradura. Me acerqué

silenciosamente. Ya sabes que la cama está justo enfrente de la puerta, y allí, mamá querida, te vi iniciando a Charlie en un placer para él todavía desconocido. ¡Oh!, mamá adorada, la vista de tus encantos desnudos y de la manera deliciosa en que le dabas su primera lección de amor, me volvieron loco de deseo. Estuve casi tentado a entrar y violarte si no te prestabas voluntariamente a que te lo hiciera. Agitado como estaba, de repente me acordé de que Ellen dormía en tu cama. Fui corriendo hacia allí, me quité la poca ropa que llevaba, me recosté a su lado y comencé a tocarle sus partes pudendas. Ella se despertó y dijo:

«“¿Querida tía, quieres que te haga lo mismo?”.

»Su mano fue a dar en mi miembro erecto y pegó un grito de sorpresa. Le dije en voz baja que era yo.

»“¡Oh!, tienes que marcharte ahora mismo. La tía sólo puede haber ido al cuarto de baño, y volverá en seguida”.

»No iba a tranquilizarse hasta que no la convenciera de que ibas a tardar en regresar, así que tuve que llevarla hasta la puerta de Charlie. Te vimos completamente desnuda, subiendo y bajando sobre el arma enorme que tiene Charlie. Nunca antes la había visto erecta y apenas podía dar crédito a mis ojos, y no era menos fantástica la manera en que tú te la metías. Ellen y yo nos excitamos tremendamente. Volvimos a tu habitación, donde el fuego seguía encendido. La recosté sobre la alfombra que está delante de la chimenea y me dispuse a desvirgarla. Como había visto la facilidad con que te entraba el monstruo de Charlie y veía ahora que la mía era mucho más pequeña, no se imaginó en ningún momento que podía hacerle daño y me dejó que se la metiera hasta adentro de los labios; luego, mientras ella se corría, arremetí de improviso contra todos los impedimentos y rematé el asunto; ella dio un grito de dolor, que no pudisteis oír gracias a que había cerrado la puerta. Después de esto la dejé dormir y no volví a hacérselo hasta la mañana. A la noche siguiente volvimos a observar vuestros actos deliciosos. Ellen estaba menos adolorida y seguimos vuestro ejemplo varias veces. Hasta hoy le sigue asombrando el tamaño descomunal de la herramienta de Charlie, así como que tú seas capaz de metértela con tanta facilidad. ¡Pero ay, madre, si supieras cómo se han exaltado mis deseos contemplando tus gloriosos encantos! ¿Qué es Ellen comparada contigo? Ella me fue muy útil

para mitigar mi desesperación por poseerte mientras tú estabas ocupada y sabía que no podía hacer nada. Pero basta. Porque te adoro a ti y a nadie más que a ti, mamita querida, y ardo de ganas de poseer este coño querido y delicioso que tengo bajo la mano».

Mrs. Dale se sintió halagadísima con sus palabras.

—Niño infame, ¿cómo te has atrevido a seguir y espiar a tu propia madre, y encima con Ellen? Seguro que habéis estado pregonándolo por ahí.

—Nada de eso, mamá, Ellen y yo juramos no contar a un solo mortal las escenas maravillosas que habíamos visto. Ya ves, mamá querida, que puedes confiar plenamente en tu niño. Oh, déjame hacértelo: siente cómo vibra mi pobre cosita.

A partir de aquí debo darles la versión del propio Harry sobre los hechos que siguieron:

«Le cogí una mano casi sin encontrar resistencia y sentí que sus dedos me rodeaban suavemente la polla antes de apartarla bruscamente.

»“No, no puedo, sería incesto”.

»Ella se giró de lado, de manera que su magnífico culo quedó pegado a mi vientre. Al volverse, el culo se le había quedado al aire y empinado sobre mi polla, así que le pasé una mano por abajo y se la metí en la raja. No perdí un instante, y antes de que estuviera bien acomodada le colé por atrás mi polla tiesa en el coño, donde, rebosante como estaba de las corridas que el lengüeteo del doctor le habían producido, se la endilgué de un solo golpe y hasta donde sus nalgas y mi pubis me lo permitieron, al tiempo que deslizaba una mano sobre su coño; así, cuando se echó hacia adelante como para zafarse de mí, topé con su clítoris, que estaba muy tieso, por lo que comprendí que se hallaba francamente excitada. Este ataque a su clítoris la hizo dar rápidamente un respingo hacia atrás, y así, gracias a ese doble movimiento, conseguí metérsela entera. Sin pérdida de tiempo empecé a menearme de un lado a otro. Aquello la sometió y ya no pudo resistirse a entrar en la lucha con todas sus fuerzas, y tras sostener un rápido asalto que concluyó en el éxtasis más arrebatador, entre suspiros de gozo, nos quedamos abrazados disfrutando de la deliciosa languidez del orgasmo. Por sus deliciosas contracciones internas noté que aún seguía encendida, lo que me dio ánimos para reanudar mis esfuerzos. Después de fingir

resistencia, mamá querida estiró una mano hacia atrás y, poniéndola sobre mis nalgas, me ayudó a que se la metiera más al fondo en cada arremetida. Esta vez lo hicimos más lentamente y disfrutamos más. Después de retozar con calma un rato, se volvió y, abrazándome con ternura, me dijo:

»“Oh, hijito mío, esto está muy mal hecho, pero también es una auténtica delicia. Tienes que ser sumamente discreto, querido Harry, porque si esto se supiera sería nuestra ruina”.

»“Oh, mamita adorada, no temas. ¿Has visto acaso algo parecido a la indiscreción en las últimas seis semanas, y eso que te estaba deseando como un loco? Oh, bésame, mamita querida”.

»Nos dimos un beso dulcísimo, nuestras lenguas se entrelazaron, su mano se extravió: encontró que tenía la picha otra vez tiesa.

»“Cariño, debo besarla. La tienes mucho más grande de lo que me hubiera esperado, y tan dura como el hierro”.

»“No tan grande como la de Charlie, mamá”.

»“Eso es cierto, querido. Pero es la rigidez, y no el tamaño, lo que proporciona el verdadero placer. Claro que, cuando ambas cosas están combinadas, como en el caso de Charlie, son irresistibles”.

»Yo, mientras tanto, le sobaba el coño: su clítoris, que es bastante grande como ya sabes, estaba tieso.

»“Mamá querida, qué grande tienes esta cosita. Hilen me ha dicho que puedes metérsela”.

»“¡Oh!, qué niña tan mala, contar cuentos fuera de clase”.

»“Olvídalo, mamá. Ahora quiero chupártelo mientras tú juegas con mi cosa”.

»Me tumbé de espaldas, con los talones alzados: mamá se echó sobre mi barriga, de revés. Me puse a chupar su colita y a manosearle el coño mientras ella me chupaba la polla; al fin nos corrimos, y en seguida cada uno se puso a lamer o a chupar el esperma balsámico que había derramado el otro. Seguimos con nuestras caricias hasta que mi polla dio muestras de estar preparada para otro encuentro. Esta vez mamá me recibió por delante y, apenas se la hube metido, me rodeó las caderas con ambas piernas y, con los movimientos más lascivos, puso todo lo que pudo de su parte para aumentar nuestro gozo. Su culo glorioso se alzaba al compás del mío, nuestras lenguas estaban enlazadas y al poco nos

corrimos entre dulces murmullos de placer en brazos del otro, presas del éxtasis arrebatador del deseo totalmente satisfecho. Permanecimos largo rato ajenos a todo; gozamos de unas contracciones tan lascivas que hubieran dado lugar de inmediato a otro asalto de no ser porque mamá me susurró que sería imprudente continuar porque el sol ya había salido y era la hora del desayuno. Salí de su dulce coño con enorme pesar, pero al momento de hacerlo aproveché para agacharme y darle un largo beso y una chupada, y juguetear con sus esplendorosos ricitos, que luego tuve que dejar de muy mala gana. Concluyó así mi primera posesión de mi adorada y gloriosa madre, que desde entonces se repetiría noche tras noche y siempre de la manera más lasciva. Regresé a mi habitación y me vestí y bajé antes que ella. El doctor aprovechó la ocasión para informarme de que mamá le había pedido que la dispensara de encontrarse con él esa noche con la excusa de una indisposición, cuando en realidad su intención era la de pasar conmigo toda la noche, que fue de lo más deliciosa. Mamá desplegó y aplicó toda la energía de sus deseos libidinosos. Yo no había tenido jamás una relación semejante. Puede que fuera nuestro parentesco lo que la hacía más excitante, pero en cualquier caso la encontraba incluso superior a la estupenda esposa del doctor. Oh, y además era cariñosísima. La manera en que me estrechaba entre sus brazos y me acariciaba era irresistible. No sé decirte cuántas veces lo hicimos, pero no paramos en toda la noche. A la noche siguiente, con la excusa de que temía agotarme, me obligó a retirarme a mi habitación después de dos polvos, y me cerró dentro. El doctor me había dicho con anterioridad que había quedado con ella esa noche; me rogó, con todo, que la follara antes que él para que así su placer al comérsela fuera mayor. Por consiguiente, me limité a fingir que le obedecía a regañadientes cuando me mandó a mi cama. Me dijo que me dejaría que le diera un abrazo antes de levantarse por la mañana, abrazo que al final se convirtió en dos corridas exquisitas. Durante la noche siguiente el doctor quiso descansar, pues tenía el propósito de sorprenderme por la mañana. Yo me comporté como mejor pude para ayudarlo y, luego, cuando mamá se durmió, me levanté como para ir a orinar. Quité el cerrojo de la puerta, desperté al doctor y volví a mi cama. Habíamos acordado que haría más ruido que lo normal en el éxtasis final, mientras que él aguardaría

un tiempo prudencial para dejarnos gozar del orgasmo, haciendo como que tardaba en ponerse algo encima, y luego entraría con una lámpara. Mamá seguía dormida. Debían ser las cuatro de la madrugada. Comencé a tocarle sus nalgas gloriosas y, metiendo una mano debajo de su ropa, le separé las piernas: ella sin darse cuenta se puso boca arriba, yo le cogí su clítoris encantador con los labios y se lo chupé hasta que en un momento se le puso tieso. La excitación la despertó: había estado soñando que la follaba, y se hallaba por ello acalorada y salida. Me atrajo hacia su pecho, se quitó la ropa y me rodeó las caderas con sus gloriosos muslos: sus dos manos me apretaron las nalgas, como si quisiera alojarme más adentro, y sostuvimos un asalto delicioso durante el cual me fingí más excitado de lo que realmente estaba y casi rebuzné al sobrevenirme el instante extático de la eyaculación. Por su parte, mamá estaba demasiado enardecida para oír mis chillidos. Siguió jadeando y vibrando, presa de un vértigo que le impedía darse cuenta de nada. Tenía los ojos cerrados, así que no notó la irrupción de la lámpara que traía el doctor. Sólo cuando éste llegó al borde de la cama y lanzó una exclamación de sorpresa, ella reparó en su presencia.

»Pegó entonces un grito —aunque no muy fuerte— y se tapó los ojos con una mano. Yo me desprendí de ella. El doctor, con la mayor finura, le rogó que le perdonara por su intromisión, pero es que añadió había oído un grito sobrenatural que le hizo temer que le hubiera pasado algo.

»En ese momento, las lágrimas, el recurso habitual de las mujeres, afluyeron copiosamente a las mejillas de mamá. El doctor, en el tono más afectuoso, le rogó que se calmara:

»“Mi querida señora”, dijo, “sepa que no la censuro en lo más mínimo por esto. Soy un hombre de mundo y, como tal, sé que el incesto es una práctica mucho más corriente de lo que se cree. Y permítame que le diga, como prueba de que no me lo puedo tomar a mal, que mi propia madre fue quien me inició en estos misterios deliciosos. Veo que este querido niño está terriblemente asustado por la circunstancia de que yo haya sido testigo del placer del que seguramente ha disfrutado. Para que se tranquilice, sin embargo, podemos perfectamente decirle que usted y yo hemos disfrutado con anterioridad del mismo juego delicioso. Sólo me resta agregar

que ésta no sería la primera vez que participo en orgías con más de una mujer u hombre, y que nada me da más placer que abrazar a alguien cuyo cuerpo está impregnado de la fragancia de otra persona, especialmente si he sido testigo de su encuentro. Vea, querida señora, cómo este querido instrumento se pone tieso en prueba de lo que digo. Y ahora, si quiere asegurarse mi silencio, Harry tendrá que dejarme disfrutar de usted antes y después que él".

»Dicho esto se quitó los pantalones y saltó a la cama. Mamá le puso débiles reparos a que se lo hiciera delante de su hijo: pero yo le aseguré que, como ya sabía, prefería verla en acción, sobre todo porque era evidente que ella lo disfrutaba mucho. Así que el doctor la montó en el acto. No cabía duda de que disfrutaba tanto como conmigo. Mi polla se empinó por la escena. Se la puse en una mano y ella me la apretó amorosamente; luego me agaché y le chupé una teta (cosa que como bien sabes la excita muchísimo), deslicé una mano a la espalda del doctor y, después de sobarle suavemente los huecos, le metí un dedo en el ojete. Sostuvieron un asalto de lo más excitante y se corrieron presas de un éxtasis arrebatador. Apenas él se la sacó, tomé su lugar de un salto y al instante ya estaba metido hasta el fondo en aquel coño rebosante de esperma. Mamá protestó débilmente, pero el doctor le rogó que le dejara gozar del placer de contemplar a una polla joven en acción. Yo sabía que mamá en el fondo estaba encantada, dado que a todas las mujeres les encanta que les metan una polla fresca en cuanto otro la desaloja».

Esto es totalmente cierto: recuérdese si no a mi querida Mrs. Benson en nuestra primera época. Su máximo placer consistía en recibirme inmediatamente después de que Mr. Benson se hubiera retirado, y reconocía que nada le producía un éxtasis mayor. Más tarde conocí a una dama a la que solíamos tomar, yo y otras tres, a la vez. Le gustaba contarnos cómo engañaba a su marido. Una vez, en Florencia, se había echado ocho amantes y los había recibido a todos en una sola noche y sin que ninguno se enterara de la existencia de los otros siete. Nos explicó cómo se las arregló. Invitó a todos a su casa: dos a las diez de la noche, dos a la diez y media, dos a las once y dos a las once y media. Los hizo pasar a cuatro habitaciones distintas con cómodos sofás. Fue donde estaba el n.º 1 vestida tan sólo con una bata ligera, que en seguida se quitó. Era

una criatura portentosa, capaz de inflamar con sus encantos a cualquiera. Echó rápidamente dos polvos con el primero sin desalojar. Luego, con la excusa de que si no lo dejaba su marido empezaría a buscarla inmediatamente, llamó a su ayuda de cámara alemán —el cual la follaba habitualmente y más tarde me confirmaría su relato—, quien condujo a nuestro caballero fuera de la habitación. Se va corriendo hasta el n.º 2, le dice que ha tenido que esperar a que su marido le echara un polvo y que éste creía que había ido sólo al cuarto de baño, de manera que tenía que echarle un polvo rápido y luego irse. Naturalmente, aquel coño lleno de semen excitó más al individuo, que para gran satisfacción de ella se desahogó muy pronto y fue despedido, quedando así las habitaciones libres para los dos de las once. Como no podía perder ni cinco minutos, se fue corriendo a la n.º 3, donde había otro amante esperándola. A éste le dio la misma excusa, sólo que como estaba mejor dotado que los otros, le sacó dos *coups* y luego lo despachó. Y con el mismo cuento de siempre fue al cuarto, y luego a los tres siguientes, a los que les sacó dos *coups*, ya que eran los mejores folladores, para quedarse por fin con el último hasta que éste ya no pudo más.

La misma dama me contó una vez que, viviendo en Dieppe, su marido tuvo que marcharse a Inglaterra por unos días. Durante su ausencia había invitado cada noche a cenar a cuatro jóvenes que luego la follaban en el suelo, apoyados sobre los cojines del sofá, uno de los cuales ella se ponía debajo del culo. Durante el día, en cambio, solía recibir a su casero, un hombre casado, que la jodía por atrás. Otra vez se había quedado sola en Mannheim, donde trabó conocimiento con un oficial, que le presentó después a un segundo y luego a un tercero, hasta que al final los oficiales fueron ocho. Una noche reunió a todo el grupo para cenar y se hizo follar por cada uno tres veces. Era una mujer hermosísima y nunca se cansaba de follar. Su padre la había iniciado a los doce años de edad. Era de origen griego, y a esa corta edad ya le había crecido el vello y había tenido su primera menstruación. Pero todas las mujeres son esencialmente libertinas y los números jamás les importunan.

Durante el encuentro de Harry con su madre, el doctor permaneció a su lado sobando los huevos de Harry y metiéndole un

dedo en el ojete. Mamá lo hizo muy amablemente. La vista volvió a inflamar al doctor, intensificando su excitación la idea del incesto. Cuando Harry se la sacó, le rogó a Mrs. Dale que se pusiera a cuatro patas para metérsela por atrás. Hubiera preferido metérsela en el culo, pero no la creía aún preparada para tal cosa. Dijo tan sólo que se excitaba mucho más viendo en movimiento un culo tan bonito como el suyo. Luego le sugirió que se arrodillara de revés encima de Harry, para que pudiera mamársela mientras él le sobaba su precioso clítoris.

—Pretenden matarme entre los dos —dijo ella, pero condescendió—. Chupó la polla de Harry hasta que éste derramó en su boca una corrida, que tragó con enorme gusto a la vez que también se corría anticipándose al doctor. Harry continuó frotándole el clítoris con una mano, mientras que con la otra frotaba el ojete del doctor. Fue un asalto largo, en el que Harry se corrió dos veces en su boca —ella tres y el doctor una— y todos alcanzaron juntos el clímax en la follada final. Permanecieron un largo rato enajenados y, al recobrarse, se separaron y cada cual se retiró a su habitación.

Roto así el hielo, gozaron todos los días restantes de la lascivia más refinada. El doctor logró su objetivo de poseer su culo y le pidió que le dejara poseer el de Harry después de que éste hubiera hecho lo propio en el de su madre mientras el doctor la follaba. En otra ocasión Harry folló al doctor, mientras éste gritaba *ay, ay, ay* como si le doliera y estuviera perdiendo la virginidad. Cuando le dejó tomar a Harry, el doctor manifestó una satisfacción inmensa, asegurando que no sabía decir si le había resultado más placentero, follar con ella por los dos lados, junto con Harry, o cuando éste se lo había hecho a él. Mamá le dijo que lo más delicioso era que te dieran por las dos aberturas. El doctor dijo entonces que quería probarlo. Así, mientras follaba a mamá de rodillas, puso su enorme trasero delante de Harry para que se lo follara bien. Fue tras esta completa iniciación cuando regresaron a casa, donde, dados estos antecedentes, el paso a una orgía grupal se produjo de manera casi automática. Como iban a llegar tarde, decidimos que Mrs. Dale se quedara a dormir en casa, y ya veríamos lo que ocurría después. Llegaron a la hora esperada. Mrs. Dale fue a la habitación de Ellen, de la que se hizo acompañar para que la ayudara a asearse. Allí se

aclararon las cosas entre ambas. Mrs. Dale creía que una y otra debían confesarlo todo claramente. Le reveló que Harry había ido a su cama y que había logrado su horrible propósito sólo después de decirle que él y Ellen habían presenciado sus devaneos con Charlie y que luego habían seguido su ejemplo.

—Y ahora, querida Ellen, dado que no tiene que haber más secretos entre nosotras, quiero que me digas si tú y Charlie lo habéis hecho.

—Bueno, sí, lo hemos hecho. Ya sabes que había visto qué enorme la tenía y que, así y todo, tú te la metías con un placer tremendo. Así que me dejé llevar por la curiosidad un día que estábamos en la casa de campo y después dormí con él.

—¿La esposa del doctor sospecha algo?

—Oh, sí, lo sabe todo. Una noche me olvidé de echar el cerrojo de la puerta y a la mañana siguiente Charlie hizo mucho ruido. Ella entró (iba sólo en camisón) y se acercó corriendo para apartarnos, sin imaginarse que ella corría peligro. Charlie la cogió de los brazos y le juró que iba a hacerle lo mismo para taparle la boca. Ella, espantada, corrió hacia su habitación, pero no tuvo tiempo de impedirle entrar. Él irrumpió en la habitación y ella se precipitó a su cama con la intención de llamar al timbre para que acudiera el criado, pero él la capturó cuando estaba con una rodilla sobre la cama y se la metió por atrás antes de que ella pudiera cumplir su propósito. Me llamó a gritos para que le sacara a Charlie de encima. Yo fui, pero le dije que me parecía que Charlie tenía razón, porque si se lo hacía también a ella ya no podría chivarse. La verdad es que creo que la cosa inmensa de Charlie le dio un placer tremendo, porque al poco rato dejó de defenderse, aunque también es cierto que su culo estaba a merced de Charlie y que él la tenía tan bien cogida de la cintura que no la dejaba moverse. Gritó todavía un montón y habló de la enormidad de su crimen. Después se metió en la cama. Charlie la siguió, para mimarla y consolarla y, naturalmente, volvió a entrarle. Me pareció que esta vez sí que disfrutaba, porque alzaba el culo para unirse a Charlie. Luego le acusó de haber seducido a una muchachita, su huésped. Pero yo la interrumpí, confesándole que mi primo me había poseído antes. Entonces me acusó a mí de haber seducido a Charlie. Y ahora tengo que suplicarte que me perdones, porque sin darme cuenta dije que

tú lo habías iniciado y que yo misma te había visto hacérselo.

—Oh, canalla, ¿cómo has podido ser tan cruel e imprudente?

—Bueno, querida tía, tampoco ha pasado nada grave. A partir de eso a la tía de Charlie se le pasó el enfado y aceptó unirse a nosotros. Mamarme le da un gusto semejante, por no decir mayor que el que te daba a ti. Y se ha encaprichado con la enorme polla de Charlie, te envidia por haberlo poseído antes que nadie y dice que de haber conocido su tamaño descomunal tampoco habría podido resistirse a iniciarlo. Y confía en llegar un día, a través de mi intercesión, a intimar más contigo. Le he hablado de tu precioso clítoris. Adora las comidas y asegura que no será feliz hasta que no lo haya hecho contigo.

Esta explicación alivió inmensamente a la viuda, que ahora, después de las buenas migas que había hecho con el doctor, contaba con avenirse también con su esposa, lo que les permitiría a todos sentirse completamente libres para gozar de la lubricidad más desenfrenada. Así, cuando acabaron de vestirse bajaron a cenar. El doctor ya había contado a su esposa todo lo que habían hecho en Londres, de manera que después de la cena las tres damas pudieron hablar con entera confianza. Dado lo ansiosa que estaba la tía por ver y chupar el enorme clítoris de Mrs. Dale, no tardaron en subir a su dormitorio, donde el doctor las sorprendió en plena faena. Mrs. Dale estaba tumbada de espaldas, con los muslos abiertos; la tía, con la cabeza entre las manos de Mrs. Dale y pegada a su coño, le chupaba su espléndido clítoris y le frotaba con unos cuantos dedos el coño. Estaban demasiado absortas en su placer para reparar en su entrada. La tía estaba de rodillas y con las enaguas subidas hasta las caderas. La verga del vejete se empinó, avanzó hasta ellas, se arrodilló, se acomodó entre sus piernas y la folló en la postura en que estaba, rogándole que prosiguiera sus maniobras lascivas con Mrs. Dale. Cuando hubo acabado, felicitó a las dos damas por la íntima amistad que habían trabado y les dijo que había deseado que fuera así de todo corazón. Aseguró a Mrs. Dale que su esposa era la mujer más buena del mundo y que nunca le reprochaba sus escapaditas.

—De modo que le he dicho que le he sido infiel con usted, y por lo que parece mi sobrino ha ocupado mi puesto en mi ausencia. Ella me ha contado que usted ha instruido a Charlie y que la verga del

chico erecta es una monstruosidad, tan grande como la mía o como la de cierto capitán de granaderos, antaño un favorito de mi esposa. Tengo curiosidad por verla. También me ha dicho que ha estado durmiendo con su encantadora sobrina Ellen, lo cual, debo confesarlo, me ha despertado un deseo enorme de poseerla. Pues bien, mi querida señora, si usted acepta invitar a Charlie a dormir con usted y con Ellen, yo, después de que cada una de ustedes lo haya hecho una vez o dos con Charlie, entraré para tomar a Ellen y dejaré a Charlie a su entera disposición. Mi esposa no va a poner ninguna objeción y espero que usted dé su consentimiento.

—Verá, mi querido doctor, después de lo que ha ocurrido entre nosotros ya no puedo negarle nada. Ahora bien, creo que mi querido Harry debe tener también algún consuelo. Supongo, mi querida señora, que el doctor le ha contado que mi hijo me cogió por sorpresa y me violó. Su marido me hizo reconciliarme con sus caricias y le aseguro que, aunque no está tan bien dotado como Charlie, el chico tiene un estilo que puede complacer a cualquier mujer. Por lo que ha dicho el doctor, deduzco que usted no tiene prejuicios, ¿por qué, pues, en vez de dejarlo solito mientras todos los demás nos divertimos, no va usted a su habitación y ve de qué pasta está hecho? Yo, que soy su madre, puedo recomendárselo vivamente.

Todo quedó así dispuesto.

Por la noche Mrs. Dale me dijo al oído que fuera a buscarles después de que los domésticos se hubieran ido a acostar. Fui y follé con cada una tres veces, dos por adelante y una por atrás, ocupándose en todo momento aquella a la que follaba de comerse a la otra. Cuando empecé a perder fuerzas, Mrs. Dale se levantó, quitó el cerrojo de la puerta que daba a la habitación del tío y lo invitó a acudir a los brazos de Ellen, que estaba encantada de tener otra pequeña experiencia con una nueva polla. El tío galantemente se la comió antes de follarla, luego pidió que le dejáramos ver mi fantástica polla, se fingió asombradísimo al comprobar su tamaño monstruoso, y por fin dijo que no entendía cómo Ellen podía habérsela metido en su coñito. Desde luego, le cabía con las justas, pero a la querida criatura no le gustaba menos por eso. Antes de follar a Ellen, rogó a Mrs. Dale que le dejara guiar mi polla enorme hacia su interior. Después de regocijarse con nuestros primeros

movimientos, y ya lo suficientemente excitado, pasó a follar a la querida Ellen. Aunque le costó cierto trabajo penetrarla, a despecho de las libaciones que yo había derramado previamente dentro de ella, no bien se la hubo metido hasta el fondo afirmó que aquél era uno de los coñitos más estrechos que su buena estrella le había deparado fornicar. Después de ello cada cual prosiguió a su manera, hasta que, tras una larga pausa, llegamos juntos al final exquisito y luego estuvimos palpitando y jadeando un rato.

El doctor se retiró y nosotros nos fuimos a dormir. Por la mañana fuimos despertados por la entrada de Harry y la tía. Él voló a los brazos de su madre, que se echó sobre Ellen para comérsela mientras Harry la fornicaba. La tía y yo nos unimos a la antigua usanza. El tío entró cuando estábamos en plena faena y, viendo el tentador culo de Harry, montó encima de él y le dio por el culo. Al acabar, la tía se fingió sorprendida de que hubiera atacado el culo de un chico: el de una mujer era una cosa distinta.

—Bueno, querida, ponte entonces la próxima vez sobre Charlie y te joderé por tu culo esplendoroso.

Y llamó la atención de Mrs. Dale sobre las gloriosas dimensiones de la tía, no sólo de su culo, sino de su cuerpo entero y todos sus miembros.

—Oh, ya lo creo que es espléndida —dijo ella—. Ahora tengo, mi querida señora, que comérmela. No me he olvidado del exquisito placer que usted me dio de esa forma.

—Encantada —gritó mi tía—, siempre que mientras tanto me ocupe de su clítoris.

—Por supuesto, me parece formidable, pero tiene usted que ponerse encima de mi para que pueda tener el placer de contemplar su culo portentoso y el de acariciar sus nalgas descomunales.

Oh, era una auténtica maravilla contemplar a estas dos mujeres tan desenfrenadamente lascivas gozándose entre sí. La vista nos encendió a todos y, en el momento en que ellas acabaron, yo apagué el fuego que había prendido en mí en el holgado —aunque apretado— coño de mi tía mientras el doctor la jodía por el culo. Mrs. Dale se echó debajo de Ellen y Harry montó a su prima por atrás, la cual empezó a comerse a su tía mientras ésta conducía la polla de su hijo dentro del coño de su sobrina y al tiempo metía un dedo en el culo de su hijo.

Oh, el asalto fue espléndido: todos estábamos excitadísimos y era además la primera vez que hacíamos juntos una orgía. Todos nos corrimos presas de un éxtasis celestial y permanecimos largo rato gozando del placer que sigue al orgasmo. Nuestro trajín de la pasada noche hizo que este asalto fuera el último y todos nos separamos en busca de un merecido descanso antes del desayuno.

Mrs. Dale se quedó con nosotros tres días más, durante los cuales nos reunimos en la habitación del doctor todas las noches para reanudar nuestras deliciosas orgías. Mrs. Dale se llevó a su hijo y a su sobrina y yo le prometí que iría a visitarlos a su casa al sábado siguiente, cuando Harry y yo follamos por turno con las dos queridas criaturas y a veces ambos con una al mismo tiempo. Recomenzadas las clases. Mrs. Dale y Ellen se quedaban a cenar y a dormir con nosotros todos los domingos, cuando hacíamos una orgía grupal al viejo estilo.

Seguimos así hasta las vacaciones de verano, época en que yo debía dejar el internado y pasar al King's College. Los embarazos de Mrs. Dale y Ellen, próximas ya a dar a luz, eran cada vez más difíciles de ocultar. Tuvimos largas discusiones con el tío sobre lo que convenía hacer. Al final dispusimos que las dos dejaran la casa como si fueran a hacer un viaje por el continente, pero en realidad debían ir solamente a París y alquilar en los alrededores unos aposentos en la casa de una buena *accoucheuse*, con la que se quedarían hasta dar a luz. No había necesidad de que se marcharan antes de que terminaran nuestras clases, de manera que el doctor, Harry y yo podíamos acompañarlas. Luego yo regresaría a Londres e iría a ver a mi tutor para que me diera su permiso —con el que contaba de antemano— y los medios necesarios para visitar el continente hasta mediados de octubre, cuando comenzaban mis clases. Todo se realizó como habíamos dispuesto y, gracias a los holgados trajes que usaban, su preñez pasó totalmente inadvertida.

Hicimos el viaje y encontramos una excelente *accoucheuse* en una casa situada en un barrio precioso y con un amplio jardín. Harry, el tío y la tía se quedaron con ellas, en tanto que yo regresé a Londres. Fui a ver a mi tutor, quien, después de someterme a un examen, se mostró muy satisfecho por mis progresos, y me dijo que

la visita al continente era útil para mi formación y que me proporcionaría los medios. Me recomendó que antes fuera a pasar quince días con mi madre, anunciándole que, más o menos al final de ese período, las niñas debían venir a Londres para ingresar en un colegio de señoritas. Me dijo además que se había comprometido con Miss Frankland y que pensaban casarse por esa fecha. Mis hermanas iban a ser las madrinas y yo podía asistir a la boda antes de irme de viaje. Quedó así todo dispuesto y me fui directamente a casa. Mamá se mostró encantada de verme y me encontró crecido y muy mejorado. No necesito decir que mis hermanas y Miss Frankland me recibieron con el mayor regocijo. Desde mi marcha sólo habían podido gozar de sus lenguas y los consoladores, así que se podrán imaginar la furia con que me tomaron las dos o tres primeras noches. Reanudamos nuestras lascivas prácticas de días pasados. Mis hermanas se habían convertido en unas mujeres espléndidas y la menor seguía siendo la más libidinosa. La querida Miss Frankland, al felicitarla por su próximo matrimonio, me dijo amorosamente que había aceptado casarse únicamente por la perspectiva de estar más cerca de mí. Disfrutamos de quince días maravillosos que pasaron volando.

Mi madre, las niñas y Miss Frankland fueron conmigo a Londres. El matrimonio se celebró con *éclat*. Mi tutor hizo a mis hermanas unos regalos muy valiosos y a mí me dio un reloj de oro con leontina y unos sellos con mi nombre, junto con un cheque sustancioso para mis gastos de viaje. Él y su novia, a la que forniqué justo antes de que fuera a la iglesia, salieron en viaje de luna de miel hacia Escocia para pasar a su regreso por los lagos. A los pocos días, tras fornicar dos o tres noches seguidas espléndidamente con mis hermanas, mamá y yo las llevamos a su colegio y las dejamos allí, en medio de lacrimógenos *adieux*. Mi madre iba a quedarse una semana en la ciudad, hasta el regreso del tío y la tía, con la intención de acompañar después a su hermana a su casa y quedarse allí hasta mi vuelta del continente. Regresé en el acto a París. Alquilamos unas habitaciones cerca de donde estaban nuestras amadas, en las que los tíos se instalaron con nosotros durante la semana que les quedaba de estadía. Mamá y Ellen venían a menudo a compartir nuestros juegos y durmieron con nosotros todas las noches. El tío y la tía se marcharon al final de la semana, pero nos

quedamos con los apartamentos para que nuestras queridas mujeres siguieran viniendo con nosotros. Las follábamos cuanto podíamos, pero era como si la preñez estimulara su lubricidad, ya que apenas conseguíamos satisfacerlas.

Prácticamente siempre teníamos que joderlas a cuatro patas, y eso que a ninguna de las dos le había crecido mucho la barriga —sus bebés estaban justo en medio—; pero, por Júpiter, las caderas se les habían ensanchado maravillosamente. Las de mamá medían casi un metro de lado y su culo sobresalía ahora casi tanto como el de la tía. Le encantaba que al final la folláramos por el culo. El caso es que gozamos de ellas hasta una noche antes de que dieran a luz. Todo se desarrolló a la perfección y, como he señalado antes, cada una tuvo una niña.

Al noveno día ambas estuvieron en condiciones de levantarse, pero como hubiera sido enormemente perjudicial reanudar nuestra relación antes de que pasaran tres semanas, Harry y yo nos fuimos a hacer una excursión por Suiza, que recorrimos a pie de un extremo a otro, gozando constantemente del maravilloso paisaje. No tocamos a una sola mujer. Cuando estábamos muy salidos nos follábamos el uno al otro, pero como incluso esto lo hicimos poco, volvimos fortalecidos y rebosantes de salud, preparados para agasajar debidamente los encantos de nuestras dos amadas, que habían estado aguardándonos con impaciencia.

Está de más que haga aquí la descripción de los deliciosos coitos con que nos recibieron. Parecían más encantadoras que nunca, especialmente Ellen, convertida ya en toda una mujer. Hicimos los arreglos oportunos para dejar a las queridas criaturas al cuidado de una robusta nodriza y emprendimos una expedición siguiendo el Loira hacia Tours, Burdeos y los Pirineos, de donde volvimos a finales de setiembre pasando por Montpellier, Nimes, Avignon y Lyon.

Las dos bebés gozaban de excelente salud. Lo dispusimos todo para que se quedaran con su ama de cría durante un año y todos volvimos juntos a Londres.

Pasamos tres noches fornicando deliciosamente antes de que ellas volvieran al campo, con la promesa de que vendrían a la ciudad de vez en cuando para reanudar nuestras orgías. Mamá y la tía vinieron para dejarme instalado en mis nuevos aposentos, en

Norfolk Street, e ingresé en
King's
College.

Pasé una noche deliciosa con la tía antes de su marcha y acompañé a mi madre a casa, donde llegamos sin novedad. A mi vuelta supe que mi tutor ya había regresado. Fui a su casa para presentar mis respetos a su señora. La encontré sola, así que nos las ingeniamos para coronar ahí mismo su primer adulterio, que, como ya imaginan, no fue el último. Pero siendo ya suficiente la extensión de este tercer volumen, cumple que le de ahora término.

El cuarto transcurrirá en Londres y tratará de mi deliciosa relación con Mrs. Benson, con la esposa de mi tutor y con nuestro querido amigo MacCallum, así como con muchos amigos más.

Volumen IV

Jane

Nueva casa - La habitación de la criada

Decía en la última parte que me había alojado en la prolongación de Norfolk Street por su proximidad al King's College. La casa era de una tal Mrs. Nichols, una viuda de cincuenta y dos años, alta, robusta y viril, pero de aspecto amable y maternal; era, en efecto, una matrona atenta y hacendosa que se ocupaba de que la comida fuera de calidad. Contaba con la ayuda de un cocinero, que a su vez le servía de criado en las labores de la planta baja, y con la de dos sobrinas para recibir y atender a sus huéspedes en la segunda planta. A mi llegada estaba en casa solamente la menor: su hermana mayor había sufrido lo que ellas llamaban una «desgracia» y se había marchado al campo para restablecerse. La esperaban para dentro de seis semanas. Mientras tanto, dado que en invierno no estaban de temporada, yo era el único huésped y el único al que la más joven debía atender. Se llamaba Jane: era una criatura pequeñita pero de excelente cuerpo, con buenas tetas y un buen culo que abultaban por igual a ambos lados y cuya dureza y firmeza constaté muy pronto. Aunque sumamente guapa, el inocente desenfado de sus modales me hacía suponer que aún no había tenido la oportunidad de sufrir una «desgracia». En una semana nos hicimos íntimos y, después de mucho alabar la belleza de su rostro y su figura, empecé a robarle uno que otro beso, que ella al comienzo me negaba con una atractiva aunque inocente coquetería. Fue en uno de esos juegos cuando cobré conciencia de la firmeza y dureza de su culo y de su pecho.

Si hasta ese momento había hecho pequeños escarceos sin una finalidad ulterior, el evidente atractivo de sus encantos ocultos

despertaron mis deseos libidinosos. Fui aumentando gradualmente mis caricias y mimos y una vez aproveché para palparle las nalgas, que encontré más desarrolladas de lo esperado; otras veces, cuando conseguía sentarla sobre mis faldas, la besaba y le apretaba las tetas. Poco a poco fue venciendo su resistencia a estas pequeñas libertades, y ahora mansamente se sentaba en mis rodillas y me devolvía el beso que le daba. Como llevaba un traje un poco escotado y ya le había tocado las tetas por encima, me decidí al fin a palpárselas directamente. Llegado a eso creí que ya me podía tomar más licencias; así, un día que la tenía sobre mis rodillas, con un brazo alrededor del talle, le atraje hacia mis labios y mientras la besaba aproveché para deslizar mi brazo libre bajo sus enaguas y, antes de que pudiera darse cuenta de mi maniobra, tenía ya la mano encima de su monte, bastante poblado. Ella se enderezó pero no pudo desprenderse de mí gracias a lo bien sujeta que la tenía de la cintura; más aún, su nueva postura me permitió abrirme paso entre sus muslos y palparle su encantador y prominente coñito. Traté entonces de sobarle el clítoris, pero ella dio un respingo hacia adelante y apretó el coño y, mirándome con una graciosa e inocente expresión de susto y sin darse cuenta del alcance de sus palabras, gritó:

—¡Oh!, Vigila lo que haces. Si supieras lo mal que lo pasó un huésped el verano pasado por agarrarme de ese modo y hacerme daño… Yo grité, la tía vino y, mira lo que te digo, tuvo que pagar cincuenta libras por su insolencia.

No pude sino sonreír por la extraordinaria inocencia de la niña.

—Pero yo no te he hecho daño, querida Jane —dije—, y no tengo la menor intención de hacértelo.

—Eso es lo que él dijo, pero siguió adelante de una manera horrible, y no sólo me hizo mucho daño sino que además me hizo sangrar.

—No te lo haría con la mano. Ya ves que yo sólo te aprieto esta cosita suave y velluda. Estoy seguro de que no te hago daño.

—¡Oh, no!, si hubiera sido sólo eso no me hubiera importado. Fue cuando me tumbó en el sofá y se apretó contra mí cuando me lastimó terriblemente. Será mejor que tengas cuidado con lo que haces si no quieres pagar también cincuenta libras.

Todo esto lo dijo con un extraño aire de inocencia. No me cabía

duda de que el muchacho la había penetrado y le había roto el himen con violencia, y que luego sus gritos le habían impedido concluir el trabajo. Su actitud me convenció de que no era en absoluto consciente de las consecuencias o, más bien, de que sus deseos sexuales no se habían aún despertado.

—Bien, mi querida Jane, no tengo intención de hacerte daño ni quiero tener que pagar cincuenta libras. Sólo te pido que me dejes tocarte este precioso nidito lleno de pelos, ya ves que lo hago con mucha suavidad.

—Bueno, si solamente me haces eso no me voy a negar, porque eres un señorito muy simpático y muy distinto del otro, un grosero que no me contaba nada y que no me hacía reír como tú. Pero no me metas más los dedos: fue precisamente algo que me metió por ahí lo que me hizo daño.

Saqué el dedo y, dado que atendiendo a mi pedido había separado un poco los muslos, me puse a tocarle y a acariciarle su precioso coñito y a apretarle el clítoris por fuera con un dedo, lo que la hizo estremecerse y ponerse colorada. Con todo, me limité a apretar y a tocar con suavidad su monte velludo y su protuberante coño. Me dijo que la dejara marcharse porque si no su tía subiría a buscarla.

Había ganado el primer asalto. Poco a poco fui atreviéndome a más: una vez que la tenía delante le cogí su encantador culo desnudo y la convencí para que me dejara verle los preciosos ricitos que tenía en el coño: se los beso, ella separa los muslos y le meto la lengua, provocándole un placer tremendo. La hice correrse por primera vez en su vida y poco después volvió para que le hiciera lo mismo. Alguna vez, mientras le lamía el clítoris, le había metido un dedo en el coño, excitándola tanto que no llegaba a darse cuenta de lo que le hacía. Me atreví por fin con dos dedos y, después de que se corrió deliciosamente, los moví imitando una vibración, lo que la hizo saltar y preguntarme qué le hacía. Le pregunté si no había sentido mis dedos metidos en su dulce Fanny.

—No me mientas. La otra vez fue eso lo que me hizo daño.

—Pero yo no te he hecho daño, ¿verdad, querida Jane?

—Ay, no, he sentido una cosa muy rara, pero también muy agradable.

—Bueno, como ya sabes que te he metido dos dedos, ahora voy

a volver a tocar tu precioso clítoris con la lengua mientras saco y meto los dedos.

Así lo hice y ella se corrió poco después en una agonía de placer, apretándome con fuerza la cabeza contra su coño y gritando: «¡Oh, oh, qué delicia!», tras lo cual casi se desvanece. Otra vez que le hice lo mismo me pidió que no me olvidara de usar los dedos. Cuando la hube hecho correrse dos veces la monté sobre mis rodillas y le dije que tenía un instrumento con el que le daría mucho más placer que con la lengua o los dedos.

—¿De verdad? —dijo—. ¿Dónde lo tienes? Me encantaría verlo.

—¿Me prometes que no dirás nada?

—Prometido.

Saqué en seguida mi polla tiesa, y ella, estupefacta, clavó sus ojos encima. Nunca en su vida había visto una polla, y eso que era evidente que la había desflorado un pene, ya que, al explorarle el coño, había comprobado que no tenía himen. Se la puse en una mano: ella involuntariamente me la agarró con firmeza.

—Es imposible que esta cosa enorme quepa en mi cuerpo. Mira, si es más ancha que todos mis dedos juntos, y ya dos dedos apenas me entraban.

—Sí, cariño, pero esta cosita se estira y está hecha para alojar a esta cosota.

Como mientras tanto había estado tocándole el clítoris y era claro que la había puesto muy cachonda, le dije:

—Sólo déjame intentarlo, y si te duele te prometo que pararé. Ya sabes que siempre he sido muy delicado contigo.

—Sí que lo has sido, amigo, pero ahora no vayas a hacerme daño.

Como le había pedido, se tumbó de espaldas, con los pies alzados y las rodillas separadas. Me bañé de saliva el capullo y la parte alta del fuste, pegué luego la polla a su coño —húmedo gracias a la saliva que había segregado al comérmela—, le separé los labios con los dedos de mi mano izquierda y le introduje la mitad de mi capullo antes de llegar a la auténtica entrada.

—No te asustes, cariñito, y ya verás que no te hago daño. —Y le metí todo el capullo y una pulgada del fuste.

—¡Para! —gritó—, siento como si me abriera, como si fuera a romperme.

—Pero no te duele, ¿verdad, cariñito? —Antes de preguntárselo me había detenido inmediatamente.

—No, dolerme exactamente no, pero siento como si me hubiera metido una cosa en la garganta.

—Cálmate un poco y ya verás cómo te pasa esa sensación.

Llevé un dedo a su clítoris y empecé a frotarlo. Su excitación se fue haciendo cada vez más intensa y ahora su coño se contraía deliciosamente sobre mi polla, de manera que seguí poco a poco abriéndome paso sin necesidad de hacer mayores esfuerzos. Ya se la había metido más de la mitad cuando se corrió, lo cual no sólo lubricó su interior sino que además hizo que sus músculos internos se relajaran. Empujé entonces con suavidad y le llegué hasta el fondo, y luego me quedé quieto hasta que se recobró del semidesmayo que su corrida le había producido. Las contracciones cada vez más intensas de sus pliegues internos no tardaron en demostrar que sus deseos se estaban reavivando. Abrió entonces los ojos y, mirándome amorosamente, me dijo que le había hecho sentir un placer extraordinario, pero que sentía como si una cosa enorme la estuviera agrandando su interior. ¿Se la había metido entera?

—Sí, cariñito, y ahora verás cómo te da todavía más placer del que acabas de sentir. —Empecé a moverme despacio de arriba abajo al tiempo que le frotaba el clítoris, ya que estaba situado entre sus piernas. Pronto se puso frenética y ahora subía y bajaba el trasero incitada por su propia naturaleza y casi tan bien como si fuera ya una experta en el arte. La combinación, nueva para ella, de polla y dedo le hizo alcanzar rápidamente la crisis extática. Yo también me sentía desbordado por la excitación, y nos corrimos juntos presos de un rapto tan desenfrenado que nos quedamos sin sentido. Permanecimos embargados un rato por los gozos que siguen al orgasmo. Jane me pidió al cabo que le alcanzara un poco de agua porque se sentía desfallecer. Se la saqué, aún prácticamente tiesa, le traje un poco de agua, la ayudé a levantarse, la senté en el sofá y me puse a besarla al tiempo que le daba las gracias por el exquisito placer que me había brindado. Ella me arrojó los brazos al cuello y con lágrimas en los ojos me dijo que le había enseñado los gozos del paraíso, que iba a quererme siempre y que yo también tenía que quererla porque ya no iba a poder vivir sin mí. La besé y le enjugué

las lágrimas, y le aseguré que con el tiempo y la costumbre iba a disfrutar todavía más.

—Déjame ver el querido objeto que me ha dado tanto placer.

Se la puse delante, pero ya no la tenía tan empinada, cosa que le sorprendió mucho. Le expliqué que era inevitable que ocurriera eso, añadiendo que si seguía sobándomela de esa manera tan rica muy pronto volvería a verla crecer y empinarse como antes. No bien se lo hube dicho ya la tenía otra vez tiesa. Ella me la acarició e incluso se agachó y besó su rubicunda cabeza. Y nos hubiéramos lanzado inmediatamente a otro asalto si en ese momento no hubiera sonado el timbre, disuadiéndonos de cometer esa imprudencia. Así, después de arreglarse el cabello y el traje, bajó rápidamente llevando la bandeja del desayuno.

Naturalmente, después de tan buen principio nuestros encuentros se sucedieron con continuidad, y Jane se volvió cada vez más apasionada, convirtiéndose, bajo mi guía, en una folladora de primera.

Había tenido una suerte tremenda al dar con tan *bonne bouche* para consolarme, ya que todos mis amigos entrañables no estaban en Londres. Mis hermanas pasaban todos los domingos conmigo y ambas me sacaban buenos polvos en todas las posturas sin despertar ninguna sospecha en la casa.

Ann

La hermana de Jane

Al mes de haberme instalado en casa de Mrs. Nichols, la hermana de Jane volvió. Era una mujer mucho más guapa que Jane, de hombros amplios y pechos abultados que, como descubrí más tarde, no se habían visto afectados por su «desgracia», dado que no había dado de mamar. Tenía unas caderas anchísimas y un culo inmenso y portentoso. De un temperamento sumamente ardiente, desde que conoció mi aparato descomunal su lascivia no hizo sino aumentar, revelándose como una de las mejores folladoras que he conocido. Si Jane era rubia, Ann en cambio era morena, de cabello negro y vello del mismo color en el coño: un coño muy largo con un agujero pequeño y estrecho, y encima de éste un monte muy prominente y profusamente adornado de vello. Su clítoris era ancho y duro, aunque apenas protuberante. Acabó siendo también una apasionada de la fornicación por atrás, y le gustaba sobre todo que me corriera en su ojete. Esto lo hacíamos en parte para evitar que sufriera una segunda «desgracia».

A su llegada, Jane manifestó un miedo enorme de que ella descubriera nuestra relación y para evitarlo tomamos todas las precauciones del caso, pese a que yo en el fondo no deseaba otra cosa, y es que las veces que le había tocado servirme me había excitado tremendamente por la sola proximidad de sus encantos, aunque estuvieran cubiertos. Yo no hacía más que adularla y elogiar su magnífica figura cada vez que se quedaba a solas conmigo, pero como Jane siempre estaba entrando y saliendo no me atrevía a llegar más lejos. Una mañana oí que Mrs. Nichols mandaba a Jane ponerse la cofia para salir a Oxford Street a hacer un recado: supe así que Ann tendría que atenderme y que Jane no iba a

interrumpirnos, por lo que decidí ir directamente al grano. Nos saludamos con mucha cordialidad y no bien dejó la bandeja del desayuno le pedí que me ayudara a ponerme la chaqueta; lo hizo, le di las gracias y, rodeándole con un brazo la cintura, la atraje hacia mí y le di un beso. «¡Caray!», dijo, «esto sí que es una novedad», pero no hizo nada por apartarse. Así que volví a darle un beso y le dije que me parecía una mujer estupenda y que me excitaba enormemente, como ella misma podía comprobar: le cogí una mano y, antes de que pudiera darse cuenta, se la puse sobre mi polla enorme, que despuntaba debajo de mis pantalones como si estuviera a punto de hacerlos reventar.

No pudo evitar apretármela, mientras gritaba:

—¡Dios bendito, qué cosa tan enorme tienes!

Su rostro enrojeció y en sus ojos brillaba el fuego de la lujuria que le abrasaba el alma. Trató de aferraría.

—Un segundo —dije—, ahora mismo la pongo en estado natural para que me la puedas agarrar mejor.

Me la saqué y ella en seguida la empuñó, sin dejar de contemplarla lascivamente y apretármela con suavidad. Como era palmario que se ponía cada vez más cachonda, le propuse de inmediato que folláramos y, pensando que era preferible serle franco para que tuviera más confianza, le dije que sabía que había sufrido una «desgracia», pero que si me dejaba follarla le daba mi palabra de honor de que se la sacaría antes de correrme, para que no hubiera el menor riesgo de que se quedara preñada.

Había llegado a inflamarse tanto que, como después me confesó, se sentía incapaz de rechazar una polla semejante, de un tamaño con el que había soñado a menudo y que ansiaba poseer.

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro que sí, cariño.

—Entonces puedes tomarme; déjame que abrace el querido objeto.

Se agachó y lo besó voluptuosamente, estremeciéndose al mismo tiempo por el arrebato de una corrida que le había producido simplemente el tacto y la vista. Pronunció varios ¡*oh*!, seguidos y, llevándome de la polla hasta la cama, se tumbó de espaldas y se alzó las enaguas. Contemplé entonces su espléndido coño en toda su magnificencia de tamaño y vellosidad. Me puse de rodillas y pegué

mis labios a su rezumante entrada, pues sus corridas eran de lo más copiosas: su coño estaba impregnado del delicioso olor y su espuma era muy espesa y glutinosa para ser de mujer. Repasé la lengua por su clítoris, encendiéndola a más no poder. Y gritó:

—¡Oh!, méteme la polla, pero acuérdate de tu promesa.

Y la acerqué a su coño dilatado, mofletudo e inmenso. A la vista de su tamaño, estaba seguro de que podría metérsela entera con la mayor facilidad. Imagínense pues mi sorpresa al topar con la vagina más pequeña y estrecha que he conocido nunca; de hecho, me costó mucho más trabajo entrarle a ella que a su hermana menor, cuyo coño no era ni mucho menos de una grandiosidad tan voluptuosa. Era tan estrecho como me había parecido el de Ellen en nuestro primer coito. Estrecho como era, el placer que ella sentía no podía ser más exquisito, y se brindaba de lleno a la labor; era, en efecto, una de las folladoras más voluptuosas y lascivas que había conocido nunca, no obstante lo excelentes que habían sido mis experiencias previas. Entre la penetración y el manoseo, la hice correrse seis veces antes de sacarle de improviso la polla y correrme fuera deliciosamente mientras apretaba el fuste y el pubis contra sus labios húmedos. Poco después volvió a empinárseme y, esta vez, después de hacerla correrse tantas veces como antes —su lascivia era incontenible—, al sacársela, ella de repente se apartó de mí y, cogiéndome el fuste con una mano, se agachó y se metió el bálano entre los labios, haciéndome derramar al momento un torrente de esperma dentro de su boca, que ella chupó y tragó con avidez para gran deleite mío.

Nos habríamos lanzado a un tercer asalto de no ser porque tenía que bajar sin demora a lo de su tía.

Desayuné y luego llamé para que viniera a retirar la bandeja. Volvimos otra vez a joder deliciosamente, y una tercera vez cuando vino a hacer la cama y a vaciar la jofaina. Esta vez le rogué que se arrodillara en el sofá para que pudiera contemplar su portentoso trasero, y le dije que cuando tuviera que retirarme le enseñaría una forma de prolongar nuestro placer. Así, después de follarla por atrás y de hacerla correrse muchas más veces que yo, se la saqué y, empujándosela por entre los labios a la altura del clítoris y con una mano alrededor de su cintura, la apreté con fuerza contra el coño y el clítoris a la par que meneaba el culo, hasta que por fin la hice

correrse justo en el instante en que yo derramaba un chorro sobre su pubis. Me aseguró que le gustaba tanto como cuando se lo hacía por dentro.

Pasados unos segundos le pedí que me dejara meter el capullo en el ojete, asegurándole que en seguida me correría.

Aunque renuente al principio, al final accedió encantada a que le endilgara la polla entera. De hecho, a partir de entonces aquel sería siempre el receptáculo de una corrida fruto del primer polvo, y de un segundo polvo realizado de principio a fin en el altar más secreto de la lujuria. Se convirtió en una *enculeuse* de primera clase.

Ocurrió que poco después las dos hermanas descubrieron lo que la otra hacía conmigo, lo que motivó que en adelante ambas bajaran de su buhardilla, donde dormían en la misma cama, a mi habitación, que se convirtió así en escenario donde jodíamos y nos hacíamos mamadas mutuas.

Ann era con mucho la más guapa y la más lujuriosa, pero la pequeña Jane poseía cierta gracia juvenil y una frescura que la hacían también merecedora de mis favores.

Seguimos así varias semanas hasta que el hábito nos volvió imprudentes y escandalosos.

Mrs. Nichols

Aventuras con Mrs. Nichols

La tía dormía en la habitación de encima cuando no estaba ocupada por ningún huésped. Un día, siendo todavía muy de mañana, aquélla, probablemente desvelada, oyó nuestras voces, bajó y me sorprendió follando a Ann y comiendo a Jane, que, montada sobre su hermana, ofrecía su coño a mi lengua lujuriosa. Una fuerte exclamación de su tía hizo que nos levantáramos en seguida.

—Idos a la cama, par de sinvergüenzas.

Mrs. Nichols empezó al momento a recriminarme por mi conducta infame. Yo me acerqué a la puerta con la aparente intención de coger mi camisa, dado que estaba completamente desnudo, pero lo que hice fue cerrarla con llave y luego volverme hacia Mrs. Nichols. Aparentemente ella había olvidado que sólo llevaba puesta una camisa que no permitía únicamente apreciar sus hermosas, firmes y abultadas tetas, sino que además, al llegarle apenas hasta la mitad de los muslos, dejaba en evidencia unas piernas muy bien torneadas y unas rodillas pequeñas sobre las que se alzaban los voluminosos muslos ya mencionados.

Con mi polla tiesa en todo su esplendor y, si cabe, aún más estimulada por las inesperadas bellezas que exhibía Mrs. Nichols, me acerqué a ella por detrás, la cogí de la cintura, la atraje hacia mí y, sin darle tiempo de reaccionar, le levanté su «guardapolvo», descubrí un culo portentoso y, no sin cierta violencia y antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa del ataque, de sopetón se la endilgué en el coño.

Puso el grito en el cielo, pero en la casa no había nadie que la oyera aparte de las niñas, que sabían perfectamente que no les

convenía interrumpirme. Seguí follándola sin hacer caso de sus gritos y, rodeándole con un brazo la cintura, le puse un dedo en el clítoris, que se empinó considerablemente. Mi enorme polla y el frotamiento de su clítoris produjeron el efecto consabido. Y, a despecho de sí misma, sus deseos se exaltaron. Sentí entonces las contracciones de su coño y comprendí que se excitaba cada vez más. Al poco, en vez de resistirse, empezó a gritar: «¡Oh!, ¡oh!» y a jadear con fuerza, al tiempo que movía espléndidamente su fantástico culo hasta que le sobrevino, justo cuando yo me corría, el delicioso éxtasis de la crisis final. Continuó vibrando sobre mi polla encantada hasta que volvió a ponérseme tiesa como al principio. Comencé a menearme despacio mientras ella, sin oponerme la menor resistencia, sólo exclamaba: «¡Dios mío, Dios mío!», como si a despecho de sus lamentaciones no pudiera hacer nada por evitar el placer. Al cabo, en efecto, me dijo:

—¡Oh!, qué hombre es usted, Mr. Roberts. No debería hacerme esto, pero la verdad es que yo misma no puedo resistirme al gozo. No hacía una cosa así desde hace años y, después de haberlo sentido, me gustaría que me lo repitiera. Cambiemos de postura.

—Está bien, pero quítese esa camisa inútil o, de lo contrario, no desalojaré.

Dado lo excitada que estaba, no puso ningún reparo, así que se la saqué y nos levantamos. Se quitó la camisa por la cabeza, dejando al descubierto un cuerpo infinitamente más espléndido, de una piel exquisitamente blanca y lozana, que el que me podía haber esperado.

—Tiene usted un cuerpo precioso, mi querida Mrs. Nichols. Permítame que la estreche entre mis brazos.

Subyugada por mi elogio, se me ofreció con complacencia. Con una mano me aferró la verga y con el otro brazo me estrechó con fuerza, al tiempo que yo le rodeaba con una mano su trasero realmente portentoso y con la otra le apretaba sus fantásticas tetas, duras y firmes como las de una muchacha de dieciocho años. Nuestras bocas se unieron en un amoroso beso y nuestras lenguas se intercambiaron caricias. Ella dijo:

—Ha hecho que me excitara mucho; déjeme disfrutar otra vez de esta querida y enorme criatura.

Le dije que antes tenía que contemplar todas sus maravillas,

especialmente su estupendo y enorme culo. Giró de un lado a otro, encantada de ver que la admiraba con tanto favor.

Luego se tumbó de espaldas, separó bien las piernas y me pidió que la montara y se la metiera.

—Antes besaría este hermoso coño y chuparía este clítoris esplendoroso.

Su monte estaba profusamente cubierto de unos rizos de color marrón y sedosos, y su coño era grande, con labios muy gruesos y rodeado por todas partes de vello. Su clítoris, rojo y tieso, sobresalía tres pulgadas. Me lo metí en la boca, lo chupé y le froté el coño con dos dedos, que, deslizándose hasta la entrada con facilidad, al llegar a ésta quedaron casi inmovilizados por su estrechez. Se lo froté y chupé hasta que se corrió presa de un arrebato frenético y gritando de placer. Seguí chupando y excitándola hasta que ya no pudo más y gritó:

—Oh, niño querido, mete de una vez tu gloriosa polla en mi coño ansioso.

Me enderecé y se la hundí hasta que nuestros respectivos vellos quedaron entrelazados. Se mantuvo aferrada a mí durante un minuto sin moverse, y luego, como una Bacante furiosa, comenzó a menearse y a proferir palabras obscenas y voluptuosas.

—Méteme más adentro y con más fuerza tu polla deliciosa. Oh, me estás matando de placer…

Era una consumada experta en el arte y me hacía sentir un placer extraordinario; más tarde, en efecto, demostraría ser una mujer de infinitos recursos y se convertiría en una de mis más fervientes admiradoras. Nuestros amoríos durarían varios años, pues ella, con la edad, como ocurre con el buen vino, no parecía sino mejorar. Su marido había sido un buen follador, pero como tenía una polla pequeña jamás había estimulado tanto su lujuria como lo había hecho mi enorme artilugio.

En esta primera ocasión lo hicimos tres veces más, a cual más placentero para ella.

Dado que con anterioridad ya había jodido a las niñas, mi polla al cabo se negó a empinarse y a actuar. Ya no pudimos follar más, pero volví a chuparla después de hacerla posar otra vez y de admirar su cuerpo esplendoroso y tan magníficamente conservado. Y ella me hizo una buena mamada, pero no consiguió empinármela

nuevamente.

Por fin nos separamos, aunque no sin antes obtener su promesa de que vendría a dormir conmigo esa noche, que fue enormemente deliciosa. Más trabajo me costó convencerla de que me dejara poseer a sus sobrinas. Solía pasar con éstas una noche y la siguiente con Mrs. Nichols.

Ann, como ya he dicho, era una de las mujeres más lascivas y libidinosas que he conocido nunca. Les había hablado de la belleza del cuerpo de su tía, de su fantástico clítoris y de lo que gozaba cuando la chupaba. Ello despertó en Ann el lésbico deseo de chupar el coño de su tía.

Yo al final la persuadí de que dejara a Ann unirse a nosotros, cosa que más tarde complació enormemente a ambas, pues una y otra eran perfectamente lesbianas y gozaban lascivamente entre sí mientras yo las follaba por turnos. Y como también Mrs. Nichols llegó a acostumbrarse a la penetración anal y le encantaba que se lo hiciera, juntos disfrutamos en adelante de las orgías más desenfrenadas.

Los Benson, Mrs. Egerton y el conde

El retorno de los Benson - Los Benson y Mrs. Egerton - Los Benson - Los Benson y Mrs. Egerton juntos - El conde - La Frankland - Un grupo muy íntimo

Entretanto, mi queridísimo amigo MacCallum había regresado a la ciudad. Aunque vivía en las afueras, había alquilado unos aposentos pequeños en la Posada del León, un salón y un dormitorio donde tenía una biblioteca surtida de libros obscenos y dibujos que servían para reavivar la excitación después de una sesión agotadora. Allí llevaba a mis hermanas cada domingo, y los cuatro, totalmente desnudos, nos abandonábamos a todos los excesos que la mente más lasciva podría concebir.

En navidades, el tío, la tía, los Dale y Ellen vinieron a la ciudad. Alquilaron las mismas habitaciones de Norfolk Street en las que la vez anterior se habían hospedado el tío, Mrs. Dale y Harry, y en las que también disfrutamos de las orgías más fantásticas.

Les confesé que había seducido a mis hermanas durante los aburridos meses que había pasado solo con ellas, y les aconsejé que las introdujéramos en nuestra sociedad. El tío se sumó alborozado a mi propuesta y lo mismo hicieron la tía y Harry Dale; la madre de éste y Ellen, en cambio, se manifestaron en desacuerdo. Con todo, al final ganó la mayoría, y la tía fue a buscarlas al colegio para que pasaran con nosotros sus vacaciones. Oportunamente, yo les había advertido que confirmaran que acababan de ser iniciadas por mí y que les había encantado desde la primera vez, evitando la menor referencia a cualquier tipo de licencias previas.

Ambas fueron un aporte enormemente eficaz a la desenfrenada variedad de nuestras orgías. El tío fue quien más afecto les cobró, y jamás se cansaba de follarlas, de mamarlas o de lamer sus

maravillosos encantos. La tía, que tan aficionada era a las muchachitas novatas, admiraba sus cuerpos y desahogaba en ellos sus deseos lésbicos sin contención ninguna.

Le confié a Harry Dale lo de nuestras reuniones con MacCallum y, con el permiso de éste, lo introduje en nuestras orgías de la posada.

MacCallum se encaprichó con el estrecho culito del joven Dale. Quería que también Ellen se uniera a nosotros. Aproveché la primera ocasión que se me presentó para hablarle del asunto, y accedió a participar en nuestras orgías privadas. En marzo llegaron a la ciudad Mrs. Benson y Mrs. Egerton con sus respectivos maridos.

Yo había escrito a Mrs. Benson, de quien recibí una nota al momento de su llegada. Fui a verla inmediatamente y, encontrándola sola porque su marido había salido a la ciudad, me recibió con gran afecto. Nos arrojamos el uno en brazos del otro, demasiado inflamados para demorarnos en más preliminares amorosos. Un sofá recibió nuestros cuerpos ardientes y, antes de que uno pudiera darse cuenta de nada, las piernas se separaron, el coño fue invadido y en seguida, con una impetuosidad que impedía el regodeo, nos corrimos. Luego, mientras nos recobrábamos de nuestro primer delirio de placer, tuvimos tiempo de decirnos unas palabras de elogio y admiración por las mejoras de ambos. Pero hasta que no la hube follado cuatro veces seguidas y no se corrió al menos el doble de veces, no encontramos el tiempo para hablar de sucesos del pasado.

Me había informado por carta de sus amoríos con el conde y con Mrs. Egerton, y ahora conocía por sus propios labios otros detalles más excitantes. Me dijo que Mrs. Egerton estaba ansiosa por poseer mi polla descomunal y añadió:

—A propósito, a esta hora debe encontrarse sola. Vamos a verla, con un poco de suerte lo podemos pasar en grande.

Por fin, pasados muchos años desde la primera vez que había follado con Mrs. Benson, iba a conocer a Mrs. Egerton. Fuimos a su casa. Nos recibió de la manera más afectuosa.

Mrs. Benson nos dijo que no perdiéramos tiempo y que prescindiéramos del abrazo de presentación a la vista de lo despejado que estaba el campo. Mrs. Egerton no puso ninguna objeción. La Benson actuó de maestro de ceremonias, me sacó la

polla y alzó las enaguas de la Egerton, haciéndola volver de un lado a otro y pidiéndole que me cogiera la polla y admirara su nobleza; luego la hizo arrodillar y poner su rechoncho trasero ante mis ojos lujuriosos, y en seguida guió mi polla ansiosa a su coño realmente delicioso. Follamos tan lujuriosamente que, en palabras de Mrs. Benson, serviría para que acudiéramos con mejor disposición de ánimo a la entrevista que había preparado para el día siguiente con el conde, en la cual, añadió la Benson, yo debía demostrar toda mi valía a nuestro contertulio.

Al día siguiente nos reunimos en una apacible casa de Percy Street, en Tottenham Court Road. Las damas habían ido primero al bazar del Soho, habían dejado allí su coche y salido por una calle lateral, donde habían tomado un coche de punto que las trajo hasta Percy Street.

El conde y yo habíamos sido presentados una tarde que fui a visitar a Mrs. Egerton para presentarle mis respetos. Al final de la velada, él y yo caminamos juntos hasta sus aposentos, en Berner's Street, y quedamos en vernos luego en Percy Street antes de la llegada de nuestras hermosas y queridas amigas. Así, cuando éstas llegaron ya llevábamos un rato aguardándolas con impaciencia.

Huelga decir que apenas entraron y después de darnos tan sólo un abrazo y un beso de bienvenida, ambas se retiraron a una habitación contigua a la nuestra para despojarse de todo lo que pudiera ser un estorbo para la lujuria, mientras que nosotros hacíamos lo propio y nos quitábamos también toda la ropa. Terminamos antes que ellas, y el conde estaba agarrando mi polla y admirando su grandeza, cuando nuestras preciosas criaturas hicieron su aparición sin más bienes que su propia persona. Al verías, ambos exclamamos al unísono:

—La mujer, más hermosa está cuanto menos se hermosea —pues era imposible contemplar a dos mujeres más bellas, de cuerpos tan adorables y perfectos como ésos. Siendo además mujeres tan voluptuosas y lascivas como podía llegar a serlo cualquier otra de su sexo, el conde y yo teníamos ahora la dicha de poder satisfacer su ardiente libido follándolas de todas las maneras imaginables, así como la de hacerlas disfrutar por primera vez de dos pollas simultáneamente. La encantadora Benson, por ser mi auténtica

iniciadora en los misterios del amor, reclamó mi primer abrazo, mientras el conde follaba con Mrs. Egerton. Estábamos acomodados dé tal forma que cada pareja podía ver a la otra, lo que nos permitía a todos disfrutar de aquella escena tan excitante. Cuando el conde y yo nos corrimos, las queridas criaturas ya habían tenido tres orgasmos.

Luego tuve que acudir al reclamo de la Egerton, mientras que el conde reocupaba el coño que yo acababa de abandonar.

Ellas volvieron a correrse tres veces, nosotros una. Ambas eran partidarias de realizar estos encuentros preliminares, ya que les permitían entregarse después con más ardor y vehemencia a actos todavía más voluptuosos.

A nuestras dos queridas criaturas les gustaba que les metieran una polla *in culo* de tanto en tanto, pero aún no habían tenido la oportunidad de que les metieran una polla en cada abertura al mismo tiempo.

La Egerton, para quien mi polla seguía siendo una novedad, dijo que quería que alojara mi polla en su coño mientras el conde le endilgaba la suya, más pequeña pero también espléndida, en el trasero.

La polla del conde era casi tan larga como la mía, e incluso más gruesa en la base; su punta, sin embargo, era más aguzada, lo que la hacía más apropiada para el *enculage* que mi aparato, cuyo bálano era tan grueso como el fuste. Dada esta diferencia de constitución, las dos queridas criaturas preferían que yo se las metiera por delante mientras el conde las atacaba por la retaguardia. Por lo general se metían las dos, haciendo que yo me colocara debajo y el conde encima. Con todo, y aunque al principio les resultó algo doloroso aguantar mi polla inmensa en el orificio trasero mientras el conde la metía por delante, no tardaron en acostumbrarse a ello, si bien invariablemente, después de nuestros polvos preliminares, el conde era el primero que se las metía *in culo*.

Como ya he dicho antes, la Egerton pasó su primera prueba con dos pollas a la vez haciendo que yo me colocara debajo suyo. Me tumbé boca arriba, ella montó a horcajadas encima de mi y la Benson reclamó para sí el papel de conductora de los instrumentos de placer. Así, tras mamármela bien, la guió al delicioso coño de su amiga, que se dejó caer sobre mi polla tiesa, se empaló

deliciosamente y, apenas sintió que el enorme capullo le llegaba hasta el fondo, soltó una voluptuosa descarga; con el tronco recto, empezó en seguida a subir y bajar, hasta que, con su libido ya exacerbada al máximo, tuvo una segunda corrida, se echó sobre mis brazos ansiosos y le pidió al conde que le endilgara sin demora su polla en el culo.

Mrs. Benson, mientras tanto, había chupado y humedecido la espléndida polla del conde, poniéndolo tan ansioso como la Egerton por ocupar su precioso ojete. La Benson la condujo a la divina entrada de aquel receptáculo arrebatador, donde el conde entró al principio con relativa facilidad; sin embargo, como a medida que avanzaba su polla iba ensanchando más los deliciosos pliegues que separaban nuestros dos aparatos, la Egerton nos pidió que paráramos un rato, ya que era presa de esa extraña sensación que una sola polla produce en las primeras experiencias sodomíticas.

La Benson acudió en su ayuda: le pidió al conde que le sacara más o menos la mitad de lo que le había metido y le humedeció la parte baja del fuste con un paño caliente lleno de jabón que había preparado con tal fin; hecho esto, el conde pudo recuperar fácilmente el terreno perdido y alojarla hasta el fondo de la hendedura, que debía estar terriblemente dilatada, ya que, como antes he dicho, la base de la verga del conde era tan ancha que no me cabía en la mano.

La Egerton sintió como si las dos aberturas estuvieran por desgarrarse y fundirse en una, y nos pidió a gritos que cesáramos unos minutos.

Ambos nos quedamos quietos, aunque sin poder evitar las palpitaciones de nuestras pollas debido a lo juntas que estaban, ya que si la membrana que divide al coño del ojete es siempre delgada, en este caso había alcanzado la sutileza de una laminilla de oro, y para nosotros sencillamente era como si no existiera.

Dichas palpitaciones no tardaron en exaltar la desmedida lascivia de la Egerton, como demostró primero con las contracciones de los delicados y dilatadísimos pliegues de ambos receptáculos, y luego al pedirnos, presa de un arrebato frenético, que comenzáramos a movernos. Y ambos, despacio, empezamos al punto a menearnos, hasta que la Egerton, viendo que el doble empalamiento le producía un placer desmedido, nos gritó:

—¡Oh, oh! Es paradisíaco. Moveos más rápido, folladores angelicales. ¡Oh!, más, más rápido. ¡Oh, oh!, es demasiado.

Y se corrió invadida por un éxtasis tan arrebatador que cayó desplomada.

Ni el conde ni yo nos dimos en un principio cuenta de su desmayo porque no nos habíamos corrido, tan sólo nos habíamos detenido para que pudiera disfrutar al máximo de esa corrida celestial. Con todo, vibrando primero en su interior y luego meneándonos de arriba abajo, no tardamos en recobrarla de aquel trance tan arrebatador. Sus deseos se exaltaron aun más que antes. Movía ahora convulsivamente el trasero de un lado a otro y profería los términos más obscenos, excitándonos tanto que al cabo alcanzamos los tres juntos la crisis final entre los gritos más impúdicos y procaces, y nos corrimos acometidos por un éxtasis tan desbordante que, luego, exánimes casi, permanecimos embargados un rato dentro de los jarrones sagrados que comprimían nuestras pollas satisfechas. Por su parte, la Benson, ferozmente excitada por la escena que representábamos delante de sus ojos, había buscado alivio arrodillándose detrás de mi cabeza, pues siempre follábamos en el suelo sobre colchones que llenaban todo el cuarto; había colocado luego su culo espléndido sobre mi cabeza y acercado su coño a mi boca, que le chupé sin cesar hasta que mi deliciosa corrida me dejó sin fuerzas para hacer un solo movimiento durante un rato.

La Egerton, en el éxtasis de su última corrida, había clavado los dientes en el glorioso culo de la Benson, mordiéndola con tanta fuerza que le hizo sangre y la obligó a dar un respingo hacia delante y a pegar un grito. Pero todos estábamos demasiado absortos en nuestro gozo para oír aquel grito de dolor.

Por fin, la Egerton dio señales de resurrección. La Benson se había levantado ansiosa porque comenzara su turno, pero Mrs. Egerton le suplicó que la dejara probar una vez más aquellos gozos más que celestiales, sobre todo ahora que aún estaban las dos pollas en su interior y no tenía por ello que sufrir el dolor de una nueva penetración.

Ello era tan sensato que la Benson accedió de muy buena gana.

El conde, para resarcirla, le pidió que montara encima de los dos y colocara su coño junto a su boca, lo que no era nada difícil, pues

el conde estaba de rodillas; éste empezó a comérsela, al tiempo que, con ambos brazos en torno a su trasero espléndido, le metía un dedo en el ojete: formábamos así una cadena de placer.

Este asalto se prolongó bastante rato.

La Egerton debía haberse corrido media docena de veces, y cuando por fin ambos, sobreviniéndonos un arrebato feroz, trabamos nuestras pollas haciendo que los tres arrojáramos nuestra esencia vital en un éxtasis como mortal, ella esta vez perdió realmente el sentido, asustándonos tanto que al instante desalojamos para tratar de hacerla volver en sí con los remedios que teníamos a mano. Cuando recobró el sentido, sin embargo, se puso histérica. La recostamos en la cama, donde se alivió derramando un mar de lágrimas, lágrimas que, según nos aseguró, eran de gozo por los placeres desbordantes y exquisitos que le habíamos hecho sentir. Entonces nos rogó que satisficiéramos a la Benson con los mismos placeres que acabábamos de brindarle a ella, diciéndonos que mientras tanto ella se limitaría a ser una callada y encantada espectadora.

Tocaba, pues, a mi amada Mrs. Benson experimentar los deleites inefables de la doble unión. Dado su amor por mi espléndido artilugio, del que ella había tomado sus primeros frutos y al que había iniciado en su coño deliciosamente adulterino en los misterios divinos del amor, así como en los todavía más secretos y sagrados gozos del otro altar dedicado al culto de los indecibles raptos de Príapo; dada esta circunstancia y a causa del uso cotidiano que su esposo, cuya polla era por demás espléndida, hacía del agujero de atrás, su iniciación en la *double jouissance* se llevó a cabo con menos nerviosismo que en el caso de la Egerton, por cuanto el trasero de ésta, ya de por sí más delicado, estabas menos acostumbrado. No obstante ello, el trajín de dos pollas al mismo tiempo la hizo estremecerse un poco antes de que le hubiéramos entrado hasta los huevos, el golpeteo de los cuales, dada su estrecha proximidad, supusieron un estímulo enorme para nuestra lujuria.

La dulce Benson se entregó rápidamente a la labor, secundándonos con el perfecto balanceo de su culo y las deliciosas contracciones de su coño y su ano. Dejándose invadir por el placer antes que la Egerton, tuvo cuatro corridas exquisitas antes de que nuestros sentidos, más lentos que los suyos, nos permitieran llegar a

la crisis final, crisis que, a tenor de las obscenidades que se puso a proferir, parecía estimular a la Benson hasta un extremo desmedido: nos gritaba que le metiéramos la polla más adentro y más rápido y nos llamaba con los insultos más soeces que podían salir de su boca, hasta que, sobreviniéndole la crisis final, se puso a rugir estruendosamente al tiempo que los dos derramábamos torrentes de esperma en cada una de las aberturas. Tras ello cayó exánime, aniquilada por la voluptuosidad desbordante que le habíamos hecho sentir, aunque sin dejar de palpitar y estremecerse embargada por tan completa satisfacción sexual. Permanecimos largo rato sumidos en la languidez deliciosa que siguió a semejante arrebato.

La encantadora Benson se puso a dar sus deliciosos «pellizcos» con ambos orificios, que muy pronto produjeron el resultado esperado: la carne, en efecto, mostraba síntomas de su «resurrección» a los deleites mundanos después de haber pasado por los placeres celestiales del Paraíso, levantándose verdaderamente de los exquisitos sepulcros en los que yacía tan deliciosamente enterrada. Como su adorable predecesora, nos reclamó con ansias que continuáramos, y, si cabe, el segundo asalto fue superior al primero y en todo caso más largo, ya que nuestros previos devaneos exigieron a nuestros ya mermados apéndices efectuar un bombeo más pausado, lo cual aumentó el placer al prolongar el proceso que había de llevarnos a la crisis final.

La Benson, cuyas pasiones eran mucho más ingobernables que las nuestras, debió correrse seis o siete veces en nuestro último esfuerzo, y alcanzó el clímax al final con más abandono, si cabe, que en el primer asalto; al cabo, cayó completamente vencida por la plena satisfacción de su feroz lascivia. El conde y yo precisábamos también un respiro, así que todos nos levantamos.

Al ponerse de pie, las dos queridas criaturas sintieron al instante la necesidad de evacuar de sus receptáculos traseros la doble carga que habían recibido, y desaparecieron durante unos minutos.

Todos nos purificamos y nos lavamos bien nuestras partes con agua helada para que se reanimaran antes. Luego nos sentamos para tomar un refresco estimulante: en ese lapso, cada uno bebió al menos una botella de *champagne* mientras nos divertíamos contando historias obscenas y picantes, en las que nuestras encantadoras *fouteuses* se mostraron particularmente expertas y graciosas.

Media hora después empezamos a retomar posiciones. Esta vez yo debía joderlas por detrás, pero ambas me rogaron que lo dejara por ese día. La pausa les había dado tiempo de comprobar que habían quedado doloridas después de la tremenda dilatación que habían sufrido por vez primera, de manera que mi tumo quedó aplazado para tres días después, tiempo que solían dejar transcurrir entre una orgía y otra para que sus ausencias no despertaran ninguna sospecha, si bien no excluían la posibilidad de follar una vez en los intermedios. Así, tras follarlas otra vez, concluimos por ese día nuestra deliciosa orgía y nos despedimos con cálidas palabras de agradecimiento y besos y abrazos de lo más apasionados.

El conde y yo fuimos a sus apartamentos para refrescamos con vasos de ponche caliente; el *whisky* era su bebida predilecta y, en su opinión, el mejor reconstituyente que podíamos tomar después de los agotadores esfuerzos que habíamos realizado con aquellas dos criaturas insaciables.

Se congratuló a sí mismo por mi incorporación a sus orgías, pues mi presencia lo aliviaba enormemente de la carga que le había supuesto hasta ahora satisfacer solo a las dos y por ambos lados.

El conde, ciertamente, era un follador nato e infatigable, pero aquellos dos coños insaciables habían puesto más de una vez a prueba todas sus fuerzas, hasta un extremo para él excesivo, y había encontrado en el ponche de *whisky* un reconstituyente eficaz y agradable. Por mi parte, dados los excesos que además cometía en casa, me encantó conocer un reconstituyente tan placentero. El conde y yo nos hicimos íntimos amigos. Gracias a él perfeccioné mi italiano, y al cabo de muchos años, cuando lo amnistiaron y pudo regresar a su país para recuperar parte de sus inmensas propiedades, pasamos juntos varios meses dichosos en Italia. Pero de todo ello hablaré más adelante.

Al día siguiente fui a visitar a mi adorada Benson, que se había convertido en una mujer estupenda, y estaba más adorable y lujuriosa que nunca.

No estuvimos más que un momento a solas, que no pudimos dedicar a ningún fin amoroso; sin embargo, como teníamos tantas cosas que contarnos, quedamos en vernos al día siguiente en nuestra casa de Percy Street.

La casa había sido amueblada únicamente para fines amorosos, y su cuidado había sido encargado a una señora anciana, que lo ponía todo en orden cuando nos marchábamos. Estaba alquilada a nombre del conde, pero la pagaban sus dos hermosas usuarias; cada una de ellas tenía una llave, y el lugar siempre estaba preparado para que pudiera utilizarse en cualquier momento.

La querida y libidinosa Benson me confesó que llevaba allí a otros amantes desconocidos para el conde o la Egerton; como pagaba liberalmente a la señora, podía disponer de la casa a su antojo.

Al encontrarnos allí al día siguiente, nos arrojamos el uno a los brazos de la otra, nos ayudamos a desvestirnos y en seguida jodimos tres veces exquisitamente; la maravillosa Mrs. Benson se corrió siete veces. Una vez sosegados, sostuvimos una larga e ininterrumpida charla sobre los viejos tiempos y lo que yo había hecho desde nuestra separación. Le conté todo, sin omitir que la Vincent, mi hermana mayor, Miss Frankland, mi tía y Mrs. Dale me habían creído un inocente que recibía su primera lección en sus coños deliciosos, lo que probaba la oportunidad y acierto del consejo que en su día me impartiera. Me escuchaba con placer y asombro, sin cesar de pedirme pormenores de cada una de mis uniones, y tres veces interrumpió mi narración para calmar la excitación que le producía la lasciva descripción de mis actos con todas aquellas mujeres fantásticas. Le hablé también de mis amoríos en mi alojamiento con las dos hermanas y la tía.

Esto último exaltó tremendamente su libido, dando lugar a otro polvo excelente. Luego, sin embargo, me dijo que debía encontrar otros aposentos donde Mrs. Egerton y ella, o cualquiera de las dos, pudieran buscarme y recibir consuelo sin riesgo de ser vistas.

Le dije que había solicitado habitaciones en el Colegio Mayor y que tenía buenas razones para creer que me las darían dentro de una o dos semanas. La noticia la alegró mucho, y se verá más adelante que las habitaciones que conseguí resultaron perfectas para nuestros grandes planes, dado que se podía acceder a ellas sin ser visto por nadie; eran además cómodas y acogedoras, y en ellas pudieron entrar todos los que la querida Benson quiso sumar a nuestro grupo, con los que llevamos a cabo las orgías más desenfrenadas que se puedan imaginar.

La descripción que había hecho de mi tía, de Mrs. Dale, y especialmente la de Miss Frankland, ahora Mrs. Nixon, exaltaron todos los deseos lésbicos por los que la querida Benson era tan famosa.

Su clítoris, que ya era protuberante cuando la conocí, había crecido aun más, y ahora le encantaba practicar el sexo oral con alguien de su mismo sexo. Por tal motivo, se encaprichó mucho con mis hermanas, especialmente con Eliza, cuyos instintos en ese sentido eran también bastante marcados. Teníamos, pues, la perspectiva de hacer pronto las orgías más desaforadas, que al cabo se consumaron según todas nuestras expectativas.

Con los hombres éramos más contenidos: el conde no aceptaba juntarse más que con Harry Dale o con el tío en cualquier orgía en la que tomara parte. Le horrorizaba que sus tendencias sodomíticas llegaran a ser conocidas por mucha gente, y sólo accedió a hacerlo con Harry Dale por el estrecho ligamen que había entre él y yo; Harry, además, vino al cabo a vivir en mis aposentos, con lo cual al conde no le quedó más remedio que acostumbrarse a su presencia.

Muy pronto acabó encantándole que Harry le metiera la polla en el ojete mientras él follaba a otras en nuestras orgías. Pero también se verá qué los temores del conde excluyeron de estas orgías familiares a mi querido y estimado amigo y maestro MacCallum More. Ello, con todo, supuso en cierto sentido una ventaja, al darnos más derecho sobre mis hermanas y Ellen, a las que no había que insistir mucho para que se unieran a nuestras orgías de la Posada del León. Además, nuestro excelente amigo contaba con un grupo propio, tanto de hombres como de mujeres, que se reunían con nosotros en número variable, ya que no siempre podíamos recibir a todas esas criaturas encantadoras a la vez. *En revanche*, el querido MacCallum tenía varios Ganímedes, cuyos estrechos culitos suponían un consuelo enorme las veces que no disponíamos de un solo coño. Contábamos así con dos grupos distintos e independientes de orgías, excitantes siempre por la posibilidad de innovar y de hacer comparaciones, y entre los que rotábamos siempre fortalecidos e inflamados de deseo.

Como mis hermanas sólo podían venir los domingos, dedicábamos esos días exclusivamente a ellas; con todo, a la larga convencí a Ann para que se sumara a nuestras orgías con

MacCallum, y su aporte fue excepcional en todo sentido.

Antes he señalado que poseía un temperamento tremendamente libidinoso y que era una de las mujeres más lascivas y lujuriosas que uno pueda concebir; además, como tenía un cuerpo esplendoroso y una belleza fuera de lo común, estaba hecha para despertar los deseos más apasionados tanto en hombres como en mujeres, ya que era tan aficionada a los placeres lésbicos como mi tía o como la deliciosa Frankland. Su condición de criada nos disuadió de presentarla a Ellen o a mis hermanas. Por simple sensatez mundana, era preferible que nunca supiera que ambos desahogábamos toda nuestra lujuria en sus cuerpos.

El conde, nuestras dos encantadoras amantes y yo nos encontramos el día señalado para reanudar nuestras deliciosas orgías. Después de que los dos follamos a cada una de las entrañables criaturas, pasamos a la *double jouissance*.

Tomamos primero a la adorable Benson, con el objetivo de que la contemplación de nuestros devaneos eróticos inflamara más a la querida Egerton. Ahora yo debía brindar mi ofrenda en el altar secreto de Príapo, mientras que el conde ocupaba gozoso su coño.

Como he dicho antes, el culo de la Benson estaba mucho más habituado que el de la Egerton, cuyo marido, según ella misma decía, jamás soñaría con hacer semejante horror. Mr. Benson, por el contrario, se lo hacía encantado, y rara era la noche en la que no consagraba una libación a aquella abertura deliciosa. Así, pese a que ésta era sólo la segunda vez que se brindaba a la *double jouissance*, su lujuria le permitió recibir con más facilidad mi gran polla en su ojete, mientras el conde le metía su formidable verga por delante, a la vez que él y yo desempeñamos papeles inversos. Se regodeaba ahora poseída por una lujuria enajenante provocada por el gozo desmedido que suponía tener una polla en cada abertura; y empezó a proferir gritos de un placer celestial, se corrió y al cabo se desvaneció presa de una felicidad desbordante e indescriptible. Pronto recobró el sentido y nos rogó que antes de desalojar se lo hiciéramos otra vez. Naturalmente, condescendimos de inmediato, y sostuvimos un nuevo encuentro todavía más agónico que concluyó como siempre en esa sensación casi mortal.

A todo esto, yo no había dejado de chuparle el coño a la Egerton, a horcajadas sobre los otros dos cuerpos y con su coño

delicioso pegado a mi boca y mis brazos en tomo a sus preciosas y cremosas nalgas, mientras con dos dedos le hacía el *postillon* para incrementar la satisfacción de su lujuria.

Después de esto nos purificamos y bebimos un poco de *champagne*; luego, otra vez empinados por la perspectiva de tomar el adorable cuerpo de la Egerton, volvimos a ponernos en la misma postura, aunque esta vez con el conde debajo y la Egerton encima suyo, con su culo maravillosamente blanco entregado a mis brazos y a mi inmensa polla.

La adorable Benson me hizo primero una mamada, me humedeció bien el capullo y luego me la condujo hacia la angosta entrada del emparrado secreto del amor. Al poco la cabeza quedó alojada y, si bien aún le producía unas sensaciones extrañas, el ataque del día anterior hizo esta vez mucho más fácil la penetración.

Tardamos poco en tener la primera corrida. El segundo asalto fue de los más arrebatador, y a partir de entonces la deliciosa Egerton gozó siempre al máximo.

Nos abandonábamos a estas deliciosas orgías con estas mujeres adorables cada tres días.

Yo logré granjearme la simpatía de sus maridos gracias a una especie de tímida inocencia que sabía fingir muy bien.

Mientras tanto, mi educación seguía muy bien encaminada y, como yo era muy estudioso y aplicado y tenía un enorme interés en aprender lenguas, ya dominaba casi a la perfección el alemán y el español y poseía muy buenas nociones de francés e italiano. Éste lo perfeccioné gracias a mi amistad con el conde, pues siempre que estábamos juntos, lo que ocurría a menudo, hablábamos en ese idioma. De ahí tal vez que se hiciera más estrecha mi amistad con Mr. Egerton, puesto que éste era un profundo conocedor del italiano. Y como el italiano de su esposa también se había perfeccionado bastante merced a sus amoríos con el conde, cuando comíamos los cuatro juntos hablábamos siempre en ese idioma.

Por su parte, la querida Benson también dominaba la lengua del conde, como no podía ser menos dada la frecuencia con que la tenía en su boca; y como se trata de un idioma dulce que se presta al amor y a la lujuria, terminamos empleándolo en todas nuestras orgías.

La deliciosa Frankland, ahora Mrs. Nixon, regresó a la ciudad con la primavera. En esa época yo estaba instalado en mis aposentos del Colegio Mayor, que había amueblado con sencillez pero dotándolos de todos los accesorios necesarios para las lides amorosas, bien para parejas o para encuentros ferozmente orgiásticos. La adorable Benson los inauguró y los ofreció a nuestra bienaventurada madre Venus y a su hijo Cupido, así como al más lujurioso Eros.

La Egerton y el conde vinieron después para consagrarlos al culto de Príapo, ceremonia sagrada en la que disfrutamos de una orgía francamente deliciosa.

Fue en esta ocasión cuando aquellas dos criaturas tan lascivas se empeñaron en vernos al conde y a mí unidos. La Benson me guió al ojete del conde mientras éste se hallaba en el ojete de la Egerton, y luego ésta condujo al conde a mi ojete mientras yo retozaba en el delicioso culo de mi adorada Benson. Ello satisfizo su ferviente deseo de ver a un hombre con otro, y no fue desagradable ni para el conde ni para mí, ya que ambos, en el fondo de nuestros corazones, habíamos deseado poseer al otro.

El conde era un hombre corpulento y lleno de vello por todas partes, incluso en el culo, lo que a mí me resultaba tremendamente excitante.

En este punto disentía de mi querido amigo MacCallum, cuya pasión eran los culos completamente lampiños; solía decirme que los culos masculinos velludos y ásperos le resultaban más bien desagradables, y que, aunque en su amplia experiencia sodomítica había tenido ocasión de conocer a más de uno, siempre se lo había hecho con cierta repugnancia.

Yo no coincidía en absoluto con él: cuanto más velludo y áspero era el culo de un hombre más excitante me resultaba. En este sentido el conde respondía perfectamente a mis gustos. El vello le llegaba hasta el mismísimo agujero del culo, y tenía una piel muy áspera y unas nalgas tan oscuras que parecían casi negras, la sola contemplación de las cuales me volvía loco de deseo.

Él me adoraba a su vez por otro motivo. Su mayor capricho consistía en frotar una buena polla mientras penetraba a su dueño; de ahí que, como quiera que jamás había conocido una tan espléndida como la mía, gozara inmensamente metido dentro de mí

al tiempo que me la meneaba.

Así, cada cual tenía para el otro un atractivo especial, que fue causa de que nos convirtiéramos en íntimos amigos; nunca, sin embargo, confiamos a nuestras queridas cómplices femeninas nada de aquellos gozos mutuos en los que ellas no tenían arte ni parte.

La maravillosa Frankland, ahora esposa de mi tutor, vino también a mis aposentos, donde reanudamos todas nuestras más feroces experiencias. Me dijo que para ella suponía un consuelo enorme, ya que si bien Mr. Nixon, su esposo, era muy cariñoso y hacía todo lo que podía, sólo conseguía excitar su deseo de poseer a otros, especialmente mi polla enorme, a la cual creyó siempre que había iniciado en cada uno de los bosques sagrados del amor.

Estando tan fresca y ansiosa por la lucha, podrán imaginar fácilmente el desenfreno con que nos lamimos, mamamos, follamos y manoseamos. No sabría decir cuántas veces su cuerpo excitante y glorioso me hizo llegar a unos excesos que sobrepasaban todo cuanto hasta ahora me había creído capaz de hacer.

Cuando quedamos agotados y pudimos por fin hablar sin interrupción de todo lo que me había pasado desde que dejé la casa de mi madre, ella oyó, por primera vez, todos los pormenores de cada una de mis aventuras.

En la época de su matrimonio ya le había adelantado algo sobre mis avatares, pero sin darle los detalles que oía ahora con fruición. Le hablé de cómo supuestamente me habían seducido mis tíos, y no le oculté nada de lo que habíamos hecho con el joven Dale ni de la forma como había tomado a Ellen y a su madre, la cual había sido la última en creerse mi seductora, pues, como le dije a la deliciosa Frankland (no podía acostumbrarme a llamarla Nixon), había seguido su sabio consejo y hasta con la Dale había representado el papel del inocente con pleno éxito; ahora, que ya era un hombre, había echado todo eso por la borda.

—Caray —dijo—. ¿Y con quién has echado todo eso por la borda?

Me reí de su picardía y en seguida pasé a hacerle una confesión completa de todas mis aventuras.

No le gustó que hubiera tenido relaciones con dos criadas, las sobrinas de mi última patrona, pues consideraba que eso era indigno de alguien dotado de una polla que cualquier dama estaría

encantada de poseer, pero se quedó muy impresionada por mi descripción del fantástico cuerpo y la maravillosa lujuria de la Nichols.

Todo ello la excitó mucho, especialmente cuando le dije que me había hecho pensar en las semejanzas físicas y eróticas que había entre ambas.

Se verá más adelante cómo acabó instaurándose una estrecha relación entre ella y la Nichols. Como siguiera apremiándome con preguntas, la puse al corriente de mis amoríos con la Benson, la Egerton y el conde. Ello exaltó claramente su libido, como reflejaba el brillo feroz de sus ojos. Y dio lugar en seguida a una follada deliciosa y, una vez que nos recobramos del final extático, a un interrogatorio más minucioso y acuciante sobre la manera en que había llegado a relacionarme íntimamente con ellos; yo, sin embargo, había previsto que me sometería a ese examen llevada por los celos, y en consecuencia estaba preparado para responderle. Le hice creer que habían pasado aquí casi todo el invierno. Le dije que mi madre me había pedido que visitara a los Benson por la amistad que los unía. Que había ido a verlos. Que la Benson había notado rápidamente lo bien dotado que estaba y que muy pronto había intentado tentarme, aunque yo no estaba muy dispuesto a ceder después de la relación que había tenido con ella, con la tía y con Mrs. Dale. Pero que al final, claro, había pasado lo que tenía que pasar. La Benson había quedado estupefacta con mi arma formidable, y como ella y su mejor amiga compartían amantes, no tardé en ser presentado a ésta, Mrs. Egerton; ambas, en fin, me habían tomado juntas y me habían confiado el secreto de sus amoríos con el conde, de lo cual se había derivado mi iniciación en sus orgías.

Los elogios que hice de las dos damas, mi afirmación de que sería fantástico que ella pasara a ser la quinta del grupo y mi descripción del cuerpo exquisito y las tendencias lésbicas de Mrs. Benson, encendieron su apasionada imaginación y despertaron todos sus deseos lésbicos, tanto que al final me rogó que diera una comida en mis aposentos e invitara a la Benson y a la Egerton para poder ser presentadas, sobre todo porque las dos damas frecuentaban círculos sociales algo más distinguidos que aquellos en los que se movía su marido, pese a que los Nichols gozaban de una

situación económica bastante más holgada.

La velada fue de lo más agradable. Al ver que las damas se trataban con enorme simpatía, me decidí a romper el hielo: dije a la Benson y a la Egerton que la querida Mrs. Nixon había sido mi iniciadora en los misterios del amor, y que ya que las había poseído también a las dos, lo más sensato que podíamos hacer era olvidarnos de todas las formalidades y celebrar una fiesta por todo lo alto. Para que se sintieran más cómodas —pues tuvieron un momento de vacilación—, me saqué mi polla tiesa y dije:

—Aquí hay una polla digna de todos sus exquisitos coños, y que además ha gozado y ha sido gozada por todos ellos. Así que dejen de una vez de lado todos esos titubeos y permítanle gozar otra vez de cada una de ustedes. ¿Quién va a ser la primera?

Rieron, se acercaron todas y me la agarraron, manifestando cada una el parecer de que era la polla más fantástica que habían visto nunca.

—Ah —dije—, eso es lo que quería oír. Ahora que las veo relajadas ya podemos hacer las cosas con calma. En cueros es la consigna, y a deleitarnos todos.

Rieron, se besaron entre sí, dijeron que la querida criatura estaba en su derecho de exigir y todas comenzaron en seguida a desnudarse.

El cuerpo espléndido y maravillosamente velludo de la Frankland las dejó estupefactas y exaltó sus deseos lésbicos al máximo; especialmente los de la Benson, que se arrojó sobre aquel cuerpo portentoso presa de un arrebato frenético, sobre todo porque, estando los deseos de la Frankland también excitados, su largo y rojo clítoris despuntaba de la densa y oscura mata de vello que cubría no sólo su pubis y su monte, sino además todo el rededor de su coño. Lo único que podía satisfacer a la Benson en ese momento era una mamada mutua, pues, poseedoras de un auténtico instinto lésbico, estas dos hermosas y libidinosas mujeres habían adivinado en seguida su mutua afición por aquella tendencia lasciva, y sin más, colocándose una encima de la otra, procedieron a comerse furiosamente entre sí. La Egerton y yo aprovechamos la oportunidad para follar deliciosamente, y acabamos antes de que las otras hubieran satisfecho sus deseos.

La Frankland, que había estado primero debajo, estaba ahora

encima, arrodillada y con su estupendo trasero empinado para que su coño quedara justo encima de la boca de la Benson. El caso es que la vista de su velludo culo me despertó las ganas de follarla, y como quiera que mi verga respondió de inmediato, me arrodillé detrás suyo y se la introduje en el consabido receptáculo, sodomizándola a la perfección y provocándole un infinito placer adicional. Éste era un medio más de conseguir que se relajaran, y a todas las follé y sodomicé hasta que ya no hubo tocamiento o succión capaces de volver a erguir la cabeza de mi polla.

Comprenderán fácilmente que después de esto estuvieron encantadas de introducir a la gloriosa Frankland en nuestras orgías con el conde. Nunca olvidaré la mirada atónita y ardorosa del conde cuando vio aparecer por primera vez en la habitación el cuerpo portentoso y velludo de la Frankland en todo el esplendor de su desnudez. Dada su tremenda salacidad, su corpulencia y la insaciabilidad de sus deseos libidinosos, estas dos naturalezas estaban hechas la una para la otra. Otra afinidad la constituía el vello, que cubría sus cuerpos de la cabeza a los pies. Sintiéndose instantáneamente atraídos, se precipitaron el uno en brazos del otro y, cayendo al suelo en el mismo lugar donde se habían encontrado, tuvieron que follar dos veces seguidas para sosegarse un poco, lo que se avenía mejor con la disposición que teníamos los demás. La escena, con todo, fue también muy excitante para nosotros.

La vista del fantástico cuerpo de la Frankland había estimulado furiosamente a la Benson: el largo y rojo clítoris de aquélla, insatisfecho después del doble polvo con el conde y aparentemente todavía más excitado que antes, turbó profundamente a la adorable Benson. Así, antes de que la Frankland pudiera levantarse, montó de revés encima de ella, se metió en la boca su clítoris maravilloso, me pidió que se la metiera por detrás y luego empezó a mover frenéticamente los dedos en su coño y en su ojete. La querida Frankland respondió haciendo lo propio con el precioso clítoris de la Benson, mientras que a mí me metía dos dedos en el culo. Sostuvimos dos asaltos en esta postura deliciosa, y luego, con espíritu más reposado, nos levantamos para formar combinaciones más generales.

El conde había follado a la Egerton mientras nosotros estábamos montados sobre la divina Frankland. Nuestra primera postura fue

sugerida por la Egerton, que hasta entonces había sido follada menos veces que nadie. Ella también se había quedado tremendamente impresionada con el cuerpo esplendoroso de la Frankland, y especialmente con su extraordinario clítoris, tanto que manifestó el curioso deseo de que se lo metiera en el ojete mientras montaba a lo amazona sobre mi gran polla. Nos reímos de su capricho, pero todos condescendimos en el acto, especialmente la Frankland, a la que nada le gustaba tanto cómo follar a muchachas hermosas con su largo y grueso clítoris. Y no podía haber una criatura más hermosa que la adorable Egerton. La Frankland reconoció que en el fondo de su corazón había deseado poseer a la Egerton desde el primer instante en que la vio, y que ahora, al descubrir con sorpresa y júbilo que la Egerton también deseaba poseerla, su deseo se había exaltado todavía más. Yo me tumbé de espaldas, la Egerton montó encima de mí y, arrebatada por el placer que le produjo mi polla enorme cuando se la endilgué hasta el fondo, se corrió profusamente tras botar apenas dos veces. Luego se hundió sobre mi pecho y ofreció su adorable culo a los abrazos lascivos de la salaz Frankland, que primero se agachó, acarició, besó y lamió el hermoso hoyito rosado, lo humedeció de saliva, y luego, acercando su precioso y largo clítoris, tieso como una polla, se lo metió tan profundamente como pudo. El hecho de que hubieran manifestado compartir esa inclinación, dio un encanto especial al acto, y su desbordante imaginación las hizo alcanzar un éxtasis difícil de concebir si se comparaba el tamaño del clítoris de la Frankland con el de nuestras pollas.

Repetimos el acto con el mismo desenfreno, hasta que por fin me corrí cuando las mujeres ya lo habían hecho seis veces.

Yo había ayudado a la Frankland con un consolador doble, que llenaba a la vez las dos aberturas. Este excelente instrumento era un invento de la Frankland, sugerido por ésta a un fabricante parisino de consoladores, el cual lo había hecho en dos o tres tamaños distintos. Terminó siendo muy útil en nuestras orgías, dado que por la disparidad de número era inevitable que sobrara una pareja cuando practicábamos la *double jouissance*, pudiendo en tal caso las excluidas, con sus lenguas y la ayuda de los consoladores, mamarse con gran satisfacción.

Durante nuestra unión lésbica, mientras la Frankland follaba a la

Egerton por el culo, el conde había primero follado y luego sodomizado a la Benson, para completa satisfacción de ambos. Todos entonces nos levantamos, nos purificamos y nos refrescamos con vino y pastas, al tiempo que discutíamos sobre nuestra siguiente postura. El conde no se la había metido aún a la Frankland *in culo*, y sugirió, a la vista de que se trataba de un encuentro de presentación y porque cumplía que le rindiéramos los mayores honores, que yo la follara por delante mientras él gozaba de sus dominios traseros. La Egerton y la Benson podían entretanto emplear los consoladores o gozarse de la manera que creyeran más oportuna.

Este encuentro resultó tan indeciblemente exquisito y arrebatador que tuvimos dos corridas casi seguidas y nos desalojamos hasta que cada cual no hubo inundado por tercera vez el interior que ocupaba. La encantada Frankland había tenido una corrida tras otra, pero una naturaleza tan vigorosa como la suya era perfectamente capaz de soportar eso y mucho más. Era el momento, sin embargo, de atender a las otras dos entrañables criaturas.

El conde se la metió después a la Benson por el coño mientras yo bloqueaba su abertura trasera; la Frankland, por su parte, enculó una vez más a la Egerton, que mientras tanto se metía un consolador en el coño; todos sostuvimos dos asaltos. Luego nos levantamos, nos purificamos y nos refrescamos. Cuando nuestras pollas estuvieron otra vez listas, tocó a la Egerton recibirme por delante y al conde por detrás, mientras que la Benson, que se había encaprichado con el clítoris de la Frankland, era sodomizada por ésta al tiempo que ella misma se metía un consolador. La Egerton seguía sufriendo un poco con la dilatación doble, por lo que no sostuvimos más que un asalto exquisito; ello, en fin, nos permitió al conde y a mí, a la sazón ya no tan fácilmente excitables, acabar con una *double jouissance* en el glorioso cuerpo de la Frankland.

Seguimos así hasta las vacaciones de verano, cuando por deseo de éstos presenté a la Benson, la Egerton, la Frankland y el conde, a mi tío, mi tía, Mrs. Dale, Ellen y a Harry, con todos los cuales hicimos a partir de entonces unas orgías deliciosas en mis aposentos.

La magnificencia del culo de mi tía cautivó a la Frankland y al conde. Éste no tardó en apoderarse del culo del joven Dale. Lo hizo un día que llegó con ese único propósito media hora antes de

nuestra cita. Yo estaba presente, y la vista me excitó tanto que no pude evitar lanzarme sobre el culo del conde, al que dejé deleitosamente maravillado haciéndole receptor del gozo doble.

Fue después de esto, al quedarse Harry a vivir conmigo, cuando lo introducimos en nuestras orgías grupales. Al margen de que el conde venía a hacernos de vez en cuando una visita privada, la reunión de todas aquellas criaturas entrañables aumentó enormemente la lascivia y voluptuosidad de nuestros encuentros.

Mientras tanto, Ellen había ingresado en el mismo colegio de señoritas en el que estaban mis hermanas. Como ellas, estaba autorizada a salir los domingos, justo el día en que nos encontrábamos en los aposentos de nuestro querido amigo MacCallum y teníamos deliciosas orgías. MacCallum, al igual que el conde, se había encaprichado de un modo especial con el estrecho culito de Harry Dale, aunque no abandonó por ello a las mujeres, y menos que a nadie a mi hermana Eliza, que gozaba como ninguna de los retozos por atrás y que sólo aceptaba follar con una polla en cada abertura, preferentemente con la mía por delante y con la de Dale o MacCallum por la retaguardia.

Estando al tanto de las horas en que no podía ser interrumpido por ninguna de mis damas, nada me impedía seguir atendiendo a la Nichols; en efecto, la invitaba a ella y a Ann a reunirse conmigo durante hora y media cada día, de nueve y media a once de la mañana, y las jodía a su placer. Tuve además oportunidad de iniciarlas en la fornicación anal, que ambas acogieron con entusiasmo. A la vista de su reacción, empecé a ensalzarles los deleites de la *double jouissance*, asegurándoles que no existía un placer más arrebatador que el que producía la penetración simultánea de una polla en cada abertura.

Cuando hube exaltado sus deseos en este punto, hablé de mi querido amigo MacCallum More como una persona de absoluta confianza y, tras ciertos titubeos, accedieron a que se lo presentara. Yo ya había hablado del asunto con él: le había dicho que aunque la Nichols podía parecerle demasiado mayor, tenía un cuerpo espléndido y tan maravillosamente conservado que aparentaba veinte años menos de los que tenía, y era tan lujuriosa y cachonda como una mujer de veinticinco años. Además, le insinué que podía persuadir a Ann, y tal vez a su hermana Jane, para que se sumara a

nuestras juergas del León.

Ann, Mrs. Nichols y MacCallum

Otro grupo muy íntimo - El marido de Miss Frankland - Un triste suceso - La vida continúa

Nos habíamos citado todos una mañana. Le sugerí a MacCallum que viniera antes: mi plan era lograr, so pretexto que MacCallum no podía acudir a nuestra cita, que las mujeres se desnudaran nada más llegar; él aparecería entonces en cueros, y habríamos así eludido cualquier *mauvaise honte* que pudiera haberles impedido desnudarse delante de él.

Él quedó enormemente impresionado con el cuerpo soberbio de la Nichols, y por ser nuevo entre nosotros le dejamos elegir. La estrechó entre sus brazos nerviosos, se la comió a besos y, tumbándola incontinentemente en el colchón del suelo, procedió a follarla al viejo estilo inglés, con brazos y piernas en torno a su cuerpo. Ann y yo contemplamos un rato el espléndido movimiento del culo de su tía y la manera en que se le erizaban los pezones cada vez que MacCallum empinaba el culo para volver a entrarle con renovado vigor. No pudimos aguantar más y sostuvimos un asalto arrebatador, tras el cual caímos casi exánimes.

Nuestras encantadoras compañeras se habían corrido repetidamente durante nuestro encuentro. Querían volver a hacerlo inmediatamente, pero MacCallum sugirió un cambio de pareja y de postura, a saber, que ambas se hincaran de rodillas, con sus maravillosas nalgas empinadas, para que nosotros pudiéramos metérsela en el coño por atrás.

El cambio se realizó rápidamente. La posición en la que nos colocamos permitía que cada pareja viera el trajín de la otra. Follamos tan deliciosamente que, prolongándonos gracias al hambre anterior, le dimos a nuestros voraces y queridos recipientes la

oportunidad de correrse cuatro o cinco veces por una que lo hicimos nosotros.

Tras recobrarnos de la embriaguez que nos produjo este encuentro delicioso, nos sentamos para tomar un poco de *champagne*, contarnos algunos cuentos obscenos y elogiar abiertamente sus espléndidas dotes folladoras, sin dejar mientras tanto de acariciar sus coños y ellas nuestras pollas, hasta que, otra vez frescos y fortalecidos, nos dispusimos nuevamente a pasar a la acción. Como se trataba de su primera experiencia en el gozo doble, dejamos la elección en manos de la Nichols. Y eligió que yo se la metiera en el coño y que nuestro querido amigo, para su inmenso deleite, se lo hiciera por atrás. Ann debía montar encima de su tía y de mí y ser comida en el coño y en el culo por nuestro amigo. No nos costó ningún trabajo metérsela hasta el fondo en cada abertura; sin embargo, la Nichols estaba tan excitada que las primeras vibraciones de nuestras pollas le bastaron para correrse muy pronto, chillando como un conejo. Le dimos tiempo para que disfrutara al máximo de su corrida y luego iniciamos un movimiento lento y acompasado, ritmo que puso rápidamente a la Nichols en un estado de excitación desbordante; al poco volvió a correrse con un placer casi agónico y con gritos de un gozo desmedido. Volvimos a detenernos para que se regodeara con su corrida, reanudando el movimiento cuando las contracciones de su coño y culo deliciosos nos anunciaron que se le había vuelto a despertar un apetito voraz. Estas pausas nos permitieron hacerla correrse siete veces seguidas, hasta que quedó completamente agotada, especialmente cuando alcanzamos el clímax presos de tal arrebato que caímos exánimes; luego, al recobrarnos, aliviamos a la Nichols de nuestra doble carga.

Durante el acto, a mí había llegado casi a estrangularme por el indecible placer que le procuraba. Y al terminar se abrazó a MacCallum para agradecerle la inmensa satisfacción que le había dado. Con objeto de reanimarnos, volvimos a purificarnos y a lavarnos las partes con agua fría. Era el turno de Ann, que en seguida se colocó, pues también estaba ansiosa por vivir esa nueva experiencia con la polla más pequeña en su ojete.

La Nichols, momentáneamente exhausta, se echó en el sofá para asistir como espectadora a nuestra arrebatadora pasión. El experimento encantó a Ann tanto como a su tía. Se corrió siete u

ocho veces antes de unirse a nosotros en una descarga agónica. Cuando aún nos quedaba un rato para terminar el asalto, la Nichols se levantó. Y se colocó con las piernas abiertas encima de Ann y de mí con la intención de ofrecer su coño inmenso a MacCallum para que se lo chupara; éste, sin embargo, le rogó que se diera la vuelta y empinara bien el trasero, mientras él mantenía las manos sobre los hombros de Ann. Se puso entonces a contemplar y acariciar sus nalgas portentosas, y luego, deslizando las manos sobre su clítoris y su coño, empezó a chupar y lamer la gran abertura de su culo: áspera, marrón y ondulada, justo como a mí me gustaba.

Sostuvimos un asalto maravilloso, que acabó en un clímax de lo más arrebatador. Ann quedó tan satisfecha con la *double jouissance* como había quedado su tía. Volvimos a lavarnos y refrescarnos, para concluir esta deliciosa orgía empezando con la Nichols. Ella en medio, MacCallum metido en su coño y mi inmensa e idolatrada polla en su ojete; esta vez, dado que ya se había acostumbrado, le gustó más que nunca.

Luego, en el mismo orden, follamos a Ann, quien prefirió que MacCallum se la metiera en el culo y yo en el coño. Volvimos a mamar a las dos, tras lo cual, como ya no había tiempo para un nuevo asalto, nos dejaron.

Con ocasión de su matrimonio, mi tutor había comprado una casa en Portland Place; sin embargo, el contrato del inquilino no expiraba hasta el treinta de marzo próximo, y antes de instalarse en ella tenían aún que pintarla y decorarla, de modo que no podían trasladarse a su nueva residencia hasta, al menos, finales de julio. Mientras tanto, vivían en las habitaciones de un hotel próximo a Hyde Park.

Una vez instalados, lo que no se produjo hasta mediados de agosto, mi tutor le pidió a su mujer que enviara el coche todos los domingos por la mañana a recoger a las niñas. Al saber que Ellen era su íntima amiga, quedó incluida en la invitación. Ello puso fin, para nuestro mutuo pesar, a nuestras orgías dominicales en los aposentos de nuestro amigo MacCallum.

En cuanto a Harry y a mí, la siempre previsora Frankland vino en nuestra ayuda. Con la excusa de que las niñas necesitaban estirar un poco las piernas, después de la comida las invitaba a dar un paseo hasta los aposentos de su hermano, desde donde Harry y yo

las acompañábamos a los jardines de Kensington o al Zoo, y luego regresábamos todos juntos para cenar.

Todos los domingos después de la comida mi tutor echaba una siesta, y es que, demasiado mayor para follar con su esposa cada noche, los sábados por la noche, o más bien los domingos por la mañana, cuando podía despreocuparse de sus negocios, dedicaba dos o tres horas a retozar con su adorada esposa. Ella me había dicho que era muy cariñoso y que aunque no la podía follar muchas veces, hacía en ese campo más esfuerzos de los que eran aconsejables a su edad; además, nunca se cansaba de comerla y de pedirle que se pusiera en todas las posturas imaginables cuando estaba desnuda. Naturalmente, ella había cumplido siempre los deseos del vejete, e incluso había accedido —aunque tras muchos ruegos y sólo por el amor y el cariño que le profesaba— a honrarlo con las delicias de su ojete. Y como para tal aventura precisara, según sus propias palabras, tener la polla más firme, ella se había brindado a juguetear con su polla y a chupársela hasta que se le puso más dura que nunca. Se había, pues, granjeado su adoración y podía disponer de él a su antojo. Su palabra y su voluntad eran sagradas, de manera que podía hacer lo que le daba la gana.

Me dijo en varias ocasiones que le parecía que su marido abusaba de sus poderes eróticos, y que aunque había intentado de mil modos moderar su ardor, nunca había conseguido su propósito: estaba subyugado por las maravillas de su cuerpo, o, si se prefiere, padecía de *morbo coñil*, el deseo tal vez más intenso que puede apoderarse de un hombre, peligroso cuando se trata de alguien de avanzada edad. Pues bien, su siesta de los domingos por la tarde era larga y permitía a la Frankland venir con mis hermanas a mis habitaciones, donde la consigna era desnudarse y acto seguido follar en todas las posturas imaginables.

Pronto me di cuenta que necesitábamos que alguien nos ayudara: el ritmo que llevaba comenzaba a desgastarme. Así, con el consentimiento de la Frankland, se lo confié todo al conde y le pedí que se sumara a nuestras orgías dominicales. Podrán imaginar el júbilo con que aceptó, pues además del placer que le producía verme cometiendo incesto con mis hermanas, los jóvenes encantos de éstas, especialmente los de Eliza, lo atraían enormemente; también sentía gran atracción por la Frankland, afines como eran en

temperamento y lujuria. Celebramos así unas orgías por demás deliciosas todos los domingos por la tarde, hasta finales de octubre del año siguiente, cuando mis hermanas terminaron el colegio y yo, al iniciar el segundo ciclo de la carrera, trabajé durante tres meses en el despacho de un procurador, donde hice prácticas antes de que me tomara como abogado.

Fue entonces cuando la salud de Mr. Nixon empezó a mostrar síntomas de grave decaimiento, recomendándole su médico que pasara el invierno en un clima más cálido. Su esposa le insinuó que el viaje podía ser también muy útil para las niñas y para mí: le bastó mencionar el deseo de tenernos a su lado para que en seguida Mr. Nixon nos invitara encantado.

Pasamos por Suiza, Milán y Florencia de camino a Roma, donde nos quedamos a vivir cuatro meses.

Se dio la feliz circunstancia de que los Egerton y los Benson pasaron ese mismo invierno en Roma.

Mis habitaciones estaban en el palacio contiguo a aquel en el que residían los Nixon y mis hermanas, debido a que en éste no había sitio para mí. Contaba así con un acogedor entresuelo de cinco habitaciones para mí solo, una de las cuales daba al Tíber y no podía ser vista desde ningún sitio. A esta habitación acudíamos constantemente para hacer nuestras orgías.

Los Egerton había pasado algunos inviernos en Roma, donde ella tenía dos o tres amantes sacerdotes quienes, a su vez, habían presentado otros a la Benson en sus visitas anteriores; y todos ellos se habían acostumbrado a las orgías en grupo. Podrán imaginar el júbilo de estos curas libertinos cuando fueron introducidos en nuestro grupo, donde había tres coños frescos y espléndidos como ellos solos, carentes de cualquier tipo de prejuicios y capaces de entregarse a los actos más desenfrenados. En suma éramos seis hombres para cinco mujeres, y de vez en cuando se sumaba a nuestras fiestas algún curita muy guapo corrompido por los otros; todos disfrutábamos de las orgías más salvajes y desenfrenadas hasta extremos que sólo la mente más lúbrica podría imaginar. Hacíamos cadenas de pollas metidas en ojete, con las mujeres en medio, armadas de consoladores atados a su cintura, que metían en el ojete del hombre que tenían delante, mientras éste introducía la polla en el ojete de la mujer que le precedía.

Estos santos padres eran todo un derroche de imaginación y recursos, y su insaciabilidad era tal que muy pronto se hizo necesario acudir a la vara.

Todos gozábamos de vez en cuando de la doble unión, las mujeres invariablemente en cada encuentro.

Todos estos santos padres tenían unas pollas espléndidas, pero ninguno la tenía tan larga como la mía; muchos de ellos, en fin, adoraban que les metiera la polla en el culo cuando surgía la ocasión. Así, con experiencias tan deleitosas, el invierno pasó rápidamente.

Al llegar la primavera, la salud de Mr. Nixon pareció debilitarse. Así que nos trasladamos a Nápoles, donde las circunstancias nos obligaron a restringir bastante nuestros excesos sexuales.

En mayo regresamos a Inglaterra; para entonces, sin embargo, el pobre Mr. Nixon ya estaba hecho polvo. La Frankland me dijo que cuanto más desmejoraba su salud, más cachondo parecía volverse. Cada vez le gusta más chuparle el coño, e incluso su polla parecía cobrar nuevos ánimos ahora que la vida lo abandonaba; no había prácticamente día que no la follara: de noche por delante, y por la mañana, a plena luz del día, arrodillado y agarrado a su trasero espléndido, por la abertura de atrás. Ambos eran conscientes de que aquello lo estaba matando a él, pero su capricho era ya invencible, y además aseguraba que, si lo mataba, su muerte no podría ser más dichosa. De hecho, un mes más tarde supimos que había tenido un ataque de apoplejía justo cuando se estaba corriendo con la polla metida en el ojete de su mujer. Después de aquello no vivió más de un mes. Dejó como heredera universal de sus propiedades a su esposa, y legó a cada una de mis hermanas dos mil quinientas libras y a mí mil.

Este triste suceso ensombreció nuestros placeres durante un tiempo.

La Frankland se llevó a mis hermanas a vivir con ella, pero todas fueron a pasar tranquilamente los tres primeros meses de luto con mi madre. Ella también enfermó justo por esa época, y murió antes de que pasaran los tres meses. Esto me hizo volver a casa, ahora mía, donde la querida Frankland permaneció dos meses más, al cabo de los cuales regresó a Londres. Los tres huérfanos nos quedamos todo ese invierno en nuestra vieja casa, resolviendo

varios asuntos pendientes.

Mis hermanas, con mil ochocientas libras de renta cada una (las mil que les había dejado el tío, las dos mil quinientas de Mr. Nixon y las cuatrocientas que yo les había prometido como regalo de bodas), además de lo hermosas que eran de rostro y de cuerpo, pues ambas con los años se habían convertido en unas muchachas guapísimas, habían pasado a ser un partido excelente.

Varias familias del lugar vinieron a visitarnos al cumplirse los tres meses de luto, y las niñas recibieron varias propuestas. Las dos se mostraron algo exigentes después de la vida que habían llevado, pero al cabo terminaron casándose. Mary lo hizo con un muchacho muy atractivo, que demostró ser, según ella misma me dijo, un follador de primera. La dejó embarazada y tuvieron un niño muy guapo al décimo mes de su matrimonio. Mary era enormemente feliz y venía a visitarme de cuando en cuando para que le echara un buen polvo con mi repuesta polla, ya que mi organismo, algo exhausto después de tanto trajín, se estaba refortaleciendo ahora que la tenía en barbecho.

Pero ¡ay!, la pobre Mary perdió a su marido, víctima del cólera, en el segundo año de su matrimonio. El difunto poseía un patrimonio considerable y la dejó bien situada, y como única tutora de su hijo, que se hizo un hombrecito y al alcanzar la pubertad se convirtió en un consuelo para su madre, que lo había iniciado en todos los misterios del amor.

Eliza, a diferencia de su hermana, no tuvo demasiada suerte con su marido, un hombre atractivo, apropiado en apariencia para el temperamento ardoroso de Eliza. Alto, corpulento y con aire de ser un individuo muy sensual, resultó sin embargo un tipo lánguido y desapasionado, incapaz de imaginar otra manera de poseer a una mujer que montándola y follándola una vez cada noche, y falto de toda noción sobre los preliminares y los recursos que sirven para exaltar el deseo femenino. Tanto es así que lo único que hacía era excitarla sin satisfacer en absoluto su lascivia. A la larga, ella acabó dándole tan sólo las buenas noches y los buenos días y buscando satisfacerse con otros, conformándose incluso con un criado que, aunque no era guapo, demostró poseer una polla espléndida y poderosa con la que casi todos los días la consolaba. Y también alguna vez venía a verme, cuando tenía las dos aberturas bien

bregadas, dejándome al marcharse sumamente aliviado.

Nunca tuvo hijos y supo siempre ingeniárselas para mantener en secreto sus amoríos.

Yo volví a Londres en primavera y me requirieron para trabajar como abogado.

Estuve ejerciendo un tiempo en la zona oeste, y luego abandoné la profesión.

Harry Dale, más perseverante que yo y también con más necesidad de trabajar, siguió con la carrera, se puso a trabajar a su debido tiempo de abogado y acabó convirtiéndose en un profesional prestigioso; ahora, ambos ya maduros, es un juez de renombre.

Pero volvamos al pasado.

Harry y yo continuamos nuestros amoríos con la Nichols y con Ann, ayudados por nuestro querido amigo MacCallum. Y también de vez en cuando nos veíamos con la Benson, la Egerton y el conde, en unas citas a las que por lo general acudía la querida Frankland con sus encantos exquisitos para intoxicarnos a todos de placer.

Este delicioso grupo se vio tristemente afectado por la pérdida del conde, que al ser amnistiado —creo haber dicho antes que era un refugiado político— regresó a su país, tras lo cual ya no podíamos contar con su preciosa colaboración en nuestras orgías, que se vieron así desdichadamente reducidas.

El conde y yo volvimos a vernos al cabo de algunos años en su castillo de las montañas del Piamonte, encuentro del que hablaré detenidamente más adelante.

Fue una triste pérdida, especialmente para la Egerton, que amaba de corazón al conde. Éste había sido, en efecto, su primer amante y su iniciador en los auténticos misterios de Venus. Se recordará que su marido era uno de esos viejos insensibles que creen que es suficiente «mearles la tripa», como dice Falstaff, lo más rápido posible, y dejar a la pobre mujer lo bastante excitada para que sólo desee como una loca echar un polvo de verdad. Precisamente porque no logran satisfacerlas, estos maridos insensatos y fríos sólo consiguen exaltar el deseo erótico de sus mujeres, obligándolas a buscar otros brazos para desahogar su salacidad.

¡Oh, cuántas mujeres no habrían cometido jamás adulterio ni dado un escándalo si sólo las hubieran follado con alguna

consideración hacia sus instintos libidinosos! Muchas son las mujeres que me han hablado, con lágrimas en los ojos, de la absoluta frialdad de sus esposos, capaces sólo de follarlas cuando sus perezosas naturalezas se lo demandan, y que, volviéndose hacia ellas sin antes haberlas acariciado ni abrazado, simplemente las montan, se la meten, se menean un par de veces, se corren y luego desalojan, sin haber conseguido satisfacer mínimamente a sus esposas sino tan sólo excitarlas, lo que exacerba en éstas las ansias de encontrar a alguien que aplaque esos deseos que sus maridos brutos y egoístas no hacen más que incitar.

Recuerdo una aventura con una condesa italiana. Su marido, un hombre alto y muy capaz, era un fanático tremendo, que consideraba pecado mortal la menor caricia o tocamiento, e incluso que su esposa se exhibiera desnuda para despertar deseos concupiscentes, por lo que ésta debía usar un camisón abrochado hasta el cuello, de mangas largas y entallado hasta los pies, con una abertura en el centro a través de la cual él cumplía su deber cuando tenía ganas de desahogarse. En ningún momento la besaba o abrazaba, sino que permanecía siempre echado como un tronco dándole la espalda. Cuando tenía ganas de follar, cosa que ocurría muy raramente, estaba listo al momento y acababa en un santiamén. Solía volverse hacia ella, despertarla con un zarandeo y gritarle: *Marietta, porgemi il vaso generativo* (Marietta, acércame el vaso generativo), tras lo cual ella separaba las piernas, él montaba encima suyo sin levantarle el camisón ni tocarle el coño, abría la abertura, apuntaba la polla hacia su coño, se la metía hasta el fondo y, necesitado como estaba de aligerarse de esperma, se corría tras unas pocas sacudidas, las suficientes para «mearle bien la tripa», desalojaba en seguida y luego le volvía la espalda para ponerse otra vez a dormir, dejando a su esposa lo bastante excitada para no ansiar otra cosa que la satisfacción que él no había sido capaz de darle. Por lo demás, me decía que podría ser perfectamente capaz de darle satisfacción si no fuese por su fanatismo. Ella y yo solíamos follar de todas las maneras imaginables; al principio yo siempre le decía: *Marietta, porgemi il vaso generativo*, y luego nos poníamos a follar y a reír como locos.

Naturalmente, inflamada como estaba siempre a causa de su baboso marido, acudía no sólo a mí sino a todo aquel que pudiera

satisfacer los deseos de su irritado coño.

Los Benson y los Egerton regresaron en otoño a Roma.

La Frankland, que aún no había cumplido un año de viudez, frecuentaba poco la sociedad y se veía con nosotros más a menudo que antes. Venía al menos tres veces por semana a mis aposentos, donde Harry y yo le dábamos el consuelo que tanto necesitaba: primero cada uno le echaba un par de polvos seguidos y luego, juntos, otros tres, alternando las aberturas; por fin, uno u otro le chupaba el clítoris, para acabar con una mamada doble.

Aproximadamente una vez a la semana venían a vernos la portentosa Nichols y Ann, y Harry y yo nos las ingeniábamos para que se marcharan satisfechas.

Cuando en invierno, acabada la temporada de pesca, nuestro querido amigo MacCallum volvió a casa, reanudamos en sus aposentos nuestras fantásticas orgías, a las que Ann, y más tarde Jane, acudían de vez en cuando. Dicho sea de paso, el culo de Jane había crecido de una manera extraordinaria, convirtiéndose en uno de nuestros mayores deleites en nuestras orgías en casa de MacCallum. Este ahora participaba además en nuestros encuentros matinales con la Nichols y su sobrina.

En navidades la Frankland, Harry y yo fuimos invitados a casa de mis tíos, donde el tío recibió con enorme placer a la gloriosa y excitante Frankland. Mi tía querida nada más verme me comió a besos y, antes de conducirme a mi habitación, me hizo pasar a su cuartito de abajo, me hizo en el acto una mamada, se inclinó sobre la mesa, empinó su trasero inmenso y sobre la marcha le eché un polvo. Sin embargo, la vista y el tacto de sus nalgas espléndidas volvieron a excitarme en seguida y, cuando volvía a menearla en el interior de su coño, me la saco para llevarla a la tentadora entrada del altar secreto de Juno y de Venus Calípige. Los dos asaltos acabaron en un tris y no supusieron más que un alivio momentáneo para la insaciable salacidad de mi lasciva y lujuriosa tía. Luego condujo a la Frankland (nunca puedo llamarla Nixon) a su habitación con la excusa de querer enseñársela. Pero no acababa de hacer pasar a la divina Frankland, cuando ya le había levantado las enaguas y pegado los labios a su maravilloso clítoris y, metiéndole un dedo en cada abertura, pronto la hizo brindar su primera ofrenda a la obscena diosa.

En cuanto el deseo lésbico de la tía por poseer a la Frankland quedó momentáneamente apaciguado, permitió a Mrs. Nixon quitarse la cofia y el chal; en seguida, sin embargo, volvió a requerirla para una comida doble, a lo que la Frankland se prestó rápidamente, sabedora de que mi tía acababa de apagar mi lujuriosa sed y de que podría, por tanto, saborear el espeso esperma que seguramente había derramado en sus dos orificios. Cumplidos estos preliminares, fuimos capaces de pasar una tarde bastante más tranquila.

La Dale y Ellen vinieron a cenar: me deslicé a su habitación cuando todos se estaban vistiendo para la cena y las jodí deliciosamente en cada uno de sus coños lascivos y ansiosos. El tío, por su parte, había tenido también la oportunidad de gozar de su culo favorito, el de Harry Dale, al conducirlo, en cuanto llegamos, a la bien conocida casa de campo.

Luego, todos pudimos disfrutar tranquilamente de los manjares que nos sirvieron, y después, en la sobremesa, contar todo lo que nos había ocurrido desde nuestro último encuentro. Lo cierto es que los temas eran variados; unos objeto de parabienes, como la muerte de Mr. Nixon y la herencia que nos había dejado a mí y a mis hermanas, y otros de pésame y condolencia, como la muerte de mi madre.

A eso de las diez nos retiramos, aunque no sin antes acordar en secreto reunirnos en la habitación de la tía media hora después de que la servidumbre se hubiera acostado. Todos estábamos demasiado interesados en la orgía que iba a tener lugar allí como para faltar. Toda la tarde se habían mantenido encendidas las chimeneas de su dormitorio y la de la habitación contigua, y había lámparas por doquier para que todos los rincones estuvieran bien iluminados. Cada cual llegó vestido con un simple camisón, del que, una vez que estuvimos todos reunidos y se dio la señal de empezar, nos despojamos de inmediatos para mostrarnos engalanados únicamente con la adorable desnudez de la naturaleza. La tía, llevada por su ansia y su lascivia, se abalanzó al momento sobre mí, me tumbó en la cama y sin más se endilgó mi polla en su coño exquisito y codicioso, y al instante, estrechándome con brazos y piernas, se echó hacia adelante con furia a pesar de las protestas de mi tío, que quería acordar un plan general para que todos

pudiéramos intervenir. La tremenda voluptuosidad de la tía la hizo correrse rápidamente. Viendo esto, el tío, mientras ella estaba sumida en el éxtasis de la corrida, me arrancó de sus brazos, afortunadamente antes de que me sobreviniera la cuarta corrida del día, que por fuerza me habría debilitado. La tía, en fin, se hallaba ya en condiciones de atender a razones y de aportar ideas para las combinaciones que podíamos hacer.

Como habíamos traído al conde con nosotros para que se quedara una semana, éramos justo cuatro machos para cuatro hembras; pudimos, pues, emparejarnos perfectamente al comienzo, lo que era muy conveniente para inflamar al máximo el deseo de las mujeres e incitarlas así a actuar con toda su lujuria y fogosidad cuando pasáramos a combinaciones más arrebatadoras. La tía se había encaprichado con el conde desde que se habían conocido ese verano.

El tío se regodeaba ya sobre la gloriosa Frankland. Yo me incliné sin dudarlo por la exquisita y lasciva Dale, igualmente ansiosa por volver a poseer aquella polla a la que estaba convencida había iniciado en todos los deleites de la fornicación, y echamos un polvo delicioso, en el que ella se corrió furiosa y repetidamente mientras yo lo hacía una vez.

Harry estuvo igualmente encantado de emparejarse con su querida prima, a la que indudablemente había quitado la virginidad.

Las mujeres hubieran aceptado encantadas que sus respectivos varones las jodieran otra vez sin desalojar. Pero el tío y la tía se opusieron, aduciendo que si lo hacíamos sería más monótono y agotador. Así que la tía me eligió a mí, el tío tomó el excitante coñito de Ellen, Harry pasó al coño de su madre, el mismo que lo había traído al mundo, y el conde se unió a la gloriosa Frankland, de la que nunca se cansaba. Los hombres procuramos que este asalto fuera más largo para mitigar un poco la insaciable lujuria de las mujeres, haciendo que se corrieran infinitas más veces que nosotros.

Lo hicimos de tal modo que acabamos corriéndonos juntos o casi, al tiempo que las mujeres se unían a nosotros en la crisis final y callaban de improviso presas del delicioso aletargamiento que sigue a la descarga arrebatadora de la esencia vital.

Nos levantamos para juntar en un único abrazo nuestros cuerpos desnudos, y luego nos pusimos a corretear y a damos palmadas en el culo y a toquetear pollas y coños: fue un juego muy excitante gracias al cual todos dimos muy pronto muestras de estar otra vez listos para la faena; todos excepto el tío, que precisaba descansar un poco más y contar con otro estímulo antes de poder lanzarse a un tercer asalto.

El conde se apoderó del delicioso culo de la Frankland, que me pidió que le hiciera lo propio por el coño. La tía montó encima de Mrs. Dale para comerse mutuamente, mientras Harry la endilgaba en el ojete de la primera. El tío disfrutó de una comida deliciosa con Ellen, que, aunque no paró de lamer su polla fláccida, no obtuvo ningún resultado.

Fue un asalto delicioso para todos y alcanzamos el clímax entre raptos celestiales.

Seguidamente nos emparejamos del siguiente modo: yo en el coño de mi tía, cuyo incesto excitó al tío y le permitió meterla en el ojete de su esposa mientras su sobrino la follaba incestuosamente por el coño. El conde se apoderó del estrecho y delicioso coño de la Dale, al tiempo que su hijo le metía la polla en el culo, produciéndole un placer indescriptible. Ellen y la Frankland se gozaban entre sí en un arrebato lésbico.

Este asalto duró bastante y brindó un placer indescriptible a todos los afectados. Y después de los gritos furiosos y las obscenidades proferidas un instante antes del éxtasis final, se hizo un silencio sepulcral y retozamos más rato que antes en las deliciosas sensaciones que siguen al orgasmo. Después de lo cual todos nos levantamos y purificamos, y nos refrescamos con un poco de vino y pastel mientras discutíamos sobre los siguientes emparejamientos.

El tío, afortunadamente para él, había conseguido no correrse en el último asalto; por consiguiente, aún era capaz de penetrar en un ojete, y eligió como depositario de su última ofrenda —pues tras ella ya no podría hacer más por esa noche—, el delicioso culo de la Frankland. Yo me eché de espaldas y la introduje en el coño exquisito de la Frankland. El conde folló a Ellen, a la que a su vez Harry se la endilgó por atrás. La tía y Mrs. Dale se comieron mutuamente con la ayuda de consoladores. Este asalto, que volvió a

ser bastante largo, terminó en un éxtasis convulsivo y entre gritos de la sensualidad más desenfrenada que podía hacernos alcanzar nuestra incontenible libido.

Luego pasé al culo de la tía mientras la lasciva Dale la chupaba desde abajo y le metía un consolador; en seguida, sin embargo, el conde tiró de la Dale y la puso al borde de la cama, colocó las piernas de ésta encima de sus hombros y arremetió contra su coño, un coño exquisito con el que el conde se había encaprichado; poseía, en efecto, un poder de contracción casi igual al de la Frankland, y sólo se veía superado en ese aspecto por la extraordinaria capacidad del de la tía. Así, formábamos un grupo de cuatro encadenados unidos en los más desaforados devaneos del amor.

La Frankland era mamada por el tío mientras tenía la polla de Harry en su culo, y Ellen le hacía el *postillon* a Harry mientras se metía un consolador en el coño.

El último asalto de la noche fue como sigue: el conde metido en el culo de la tía, yo en el de la Frankland, Harry follando al viejo estilo con su madre y Ellen debajo de la tía, a la que comía y metía un consolador en tanto que ésta hacía lo mismo con ella. Este asalto duró un rato interminable, y tras concluirlo permanecimos casi media hora embargados por la deliciosa sensación que sigue al orgasmo. Por fin nos levantamos, nos purificamos, y luego, tras restablecer nuestros cuerpos exhaustos con *champagne*, nos despedimos con un abrazo y nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones para disfrutar de un merecido descanso.

Dormí como un bendito y me desperté tarde para encontrar a la tía chupándome la polla tiesa en el preciso instante en que se llenaba la boca con un torrente de espuma. Me chupó hasta la última gota y terminó por ponérmela otra vez como la tenía al principio, así que me levanté de un salto de la cama, la hice arrodillarse en el borde y empinar su enorme culo, y lamí su fragante coño hasta que ya no pude aguantar más: pegué la polla a su coño y de un solo empujón se la metí hasta el fondo; ella se corrió inmediatamente pegando chillidos. Me detuve un rato para que disfrutara de su corrida y luego volví a embestir hasta correrme en aquel coño exquisito. Lo que hubiera hecho una segunda vez, tras una pausa de éxtasis, si Harry Dale no hubiese irrumpido en la

habitación para decirme que todos me estaban aguardando con impaciencia para sentarse a desayunar. La tía se quedó un ratito más para darle una última chupada a mi polla, y luego desapareció.

Mandé a Harry a que les dijera que no me esperaran y me lavé y vestí a toda prisa.

Al reunirme con ellos, se pusieron a bromear sobre mi supuesta pereza, demostrando que ya estaban enterados de la causa del retraso. Miré a mi querida tía y en seguida comprendí, por la plácida expresión de su cara regordeta, que se había jactado de su hazaña y de ser la única responsable de lo ocurrido.

Como era domingo, todos fuimos decorosamente a la iglesia. El doctor pronunció un fervoroso sermón ensalzando la virtud y la castidad. Fue un sermón realmente excelente y dicho con tal unción que resultaba imposible suponer que el orador podía ser justo lo contrario de lo que predicaba. Gustó mucho a algunas familias del lugar, tanto que un par de matrimonios aguardaron al doctor a la salida de la iglesia para felicitarle por su elocuencia y admirable doctrina. El halagado doctor terminó invitando a comer en casa a dos parroquianos que vivían más bien lejos; formamos, así, un grupo numeroso, en el que todos guardábamos las formas. Resultaba sumamente edificante escuchar las piadosas y virtuosas observaciones de la admirable Frankland y de la no menos virtuosa y correcta Dale. Con ello lograron su *entrée* en el exclusivo círculo de aquellas dos acaudaladas familias, lo que a la larga permitió a la querida Ellen contraer un matrimonio excelente. Ello supuso, en buena medida, un triunfo de la simulación. El vicio representando el papel de la virtud, y logrando su objetivo a la perfección. Así marcha el mundo. Cierto es, con todo, que en esta ocasión nos vimos obligados a ser castos, ya que en toda la tarde no tuvimos un solo momento para entregarnos al vicio. La encantadora Frankland-Nixon produjo una gran impresión tanto a las señoras como a sus maridos, sin duda porque sabían que era una viuda muy rica y porque no desechaban la idea de casarla con algún hijo o sobrino suyo. Ella les mostró su agradecimiento con aquella gracia y delicadeza que tanto la distinguían y la hacían tan cautivadora, pidiendo que la dispensaran: hasta no cumplir un año de viudez no podía visitar a nadie salvo a sus parientes más próximos, entre los que consideraba a Charlie Roberts y a sus hermanas puesto que su

finado esposo había sido su tutor. Ambos matrimonios le expresaron su confianza de poder recibirla algún día.

La visita transcurrió muy agradablemente, y sólo nos dio tiempo de pasear durante una hora por el jardín antes de subir a vestirnos para la cena. Se recordará que el doctor, siempre preocupado por cuidar las apariencias, exigía que todo el mundo se cambiara de traje para cenar.

Esa noche nos encontramos a la hora acostumbrada en la habitación de la tía, vestidos como Adán y Eva antes de morder la manzana.

Dedicamos la noche primordialmente a brindar sacrificios a Venus Apostrofia, ya que el doctor empezó tomando al conde mientras éste follaba a su esposa y, cuando estuvo en condiciones de arremeter otra vez con su espléndida verga, no fue sino para hacerlo en mi ojete, mientras yo hacía lo mismo en la gloriosa inmensidad de mi tía y el conde la follaba desde el suelo.

Ello fue el fin de las fuerzas de mi pobre tío por esa noche, lo que no le impidió mamar a todas las mujeres cuando terminaban de joder con nosotros. Hicimos disfrutar a todas de la *double jouissance*, y mientras tanto, las que estaban desocupadas se divertían con lenguas y consoladores.

Volvió a ser una noche inmensamente deliciosa.

Las siguientes y últimas noches de nuestra visita exigieron la intervención de la vara para que la vieja y querida polla del tío pudiera ponerse tiesa; yo mismo, en la noche del domingo, la última de nuestras visitas, me mostré sin fuerzas, de modo que el tío, al descubrir lo que él llamaba la pereza de mi polla, empuñó la vara y me propinó una azotaina tan inclemente como las de la época del colegio. El caso es que ansiaba desde hacía mucho volver a desahogarse sobre mi trasero con una buena azotaina. Previamente, estimulado por el mismo castigo, había fornicado por atrás al conde y a la divina Frankland, y ahora estaba tan excitado que su polla aparecía más erguida que nunca, gracias sobre todo al estímulo que le ofrecían mis encarnadas nalgas; antes, sin embargo, le rogué que me dejara entrar en el culo de la tía, que en ese momento estaba echando un último polvo con el conde. Este agolpamiento incestuoso, en fin, puso término a nuestras orgías, dado que al día siguiente nos marchamos a la ciudad.

Por la mañana, después del desayuno, me deslicé a la habitación de la Dale, donde las jodí a modo de despedida a ella y también a Ellen.

Harry entró cuando estábamos en plena faena, yo dando a la Dale mi adiós por atrás y Ellen mamándola desde abajo. Harry hizo que nos detuviéramos un momento para tomar el lugar de Ellen, dado que también quería echar un polvo de despedida con su amada madre, que así recibió en su interior y al mismo tiempo a las dos pollas que más quería en el mundo. Prolongamos el placer tanto como nos lo permitió nuestra libido, y por fin nos corrimos presas del placer más arrebatador que puede soportar la pobre naturaleza humana.

La tía había ido a la habitación del conde justo cuando nosotros estábamos reunidos en la de Mrs. Dale. No obstante ello, su coño insaciable la incitó todavía a llevarme a su *sancta sanctorum* de abajo para joderla, por última vez, un instante antes de nuestra partida.

Mientras que Harry Dale se quedaba para pasar una semana en casa de su madre, la adorable Frankland, el conde y yo regresamos juntos a la ciudad. Al término del viaje decidimos cenar en el Very's de Regent Street, tras lo cual pasamos una noche relativamente tranquila en mis aposentos, donde nada nos complació tanto como tener el cuerpo desnudo de la deliciosa Frankland en medio de nosotros dos. Después de inundarle sus dos orificios con nuestra esencia vital y balsámica, dormimos profundamente hasta la mañana, cuando volvimos a brindar nuestra doble ofrenda en aquellos gloriosos y deliciosos altares. Luego desayunamos.

Ésta fue la penúltima ocasión en que disfrutamos del conde, que debía partir hacia su país, en fechas muy próximas.

Ese día salió hacia Escocia para visitar a una familia, cuyo hijo y heredero era en realidad fruto de sus entrañas.

Cuando unos quince días más tarde regresó, volvimos a pasar una noche con nuestra exquisita amiga Frankland. Dado que ambos acabábamos de regresar del campo y nos sentíamos en plena forma, fornicamos varias veces seguidas por ambas aberturas y hasta satisfacer plenamente su pasión por las pollas. Al día siguiente nos despedimos de nuestro querido amigo el conde; no sería, sin

embargo, por última vez, pues, como contaré en el momento oportuno, más tarde hicimos una visita deliciosa al viejo castillo de sus ancestros, y todavía después volveríamos a encontrarnos con él y con su hermana en Turín.

Acompañé a mi amada Frankland a su casa y esa misma tarde dejé la ciudad para ir a mi casa en el campo, donde era necesaria mi presencia para realizar diversos arreglos y modificaciones.

Llevé a mi querido amigo MacCallum conmigo. Pasamos diez días muy agradables, animados por la visita de mis hermanas —primero una y luego la otra—. Cada una se quedó dos noches, noches jubilosas en las que follamos de todas las maneras imaginables.

Aunque Mary estaba encinta, nos aseguró que, en ese estado, que la jodieran le resultaba más delicioso que nunca, y más en *double jouissance*, en la que prefería que fuera MacCallum, con su polla más pequeña, el encargado de penetrarla por detrás.

Eliza se quedó una noche más que su hermana, poniendo a prueba todas nuestras fuerzas; tenía ahora más ganas de follar que nunca, pues, según nos aseguró, su marido, con su escaso ardor y falta de tacto, sólo conseguía excitarla más cuando la follaba, lo que la obligaba, insatisfecha su lujuria tras estar con su marido, a recurrir a la espléndida polla de su criado, un muchacho vigoroso pero por otra parte muy simple, e incapaz por ello de inspirar celos a ningún marido; con el muchacho, sin embargo, tenían que follar a toda prisa, lo que distaba de ser suficiente para aplacar su tremendo ardor. Tal era el motivo por el que se entregaba con una pasión tan descomedida a disfrutar de nuestras pollas casi inagotables. Diferenciándose de Mary en su pasión por la fornicación anal, prefería que mi polla inmensa ocupara su culo y que la más pequeña de MacCallum satisficiera su coño, menos exigente. Ciertamente, se trataba de una de las criaturas más lujuriosas jamás creadas, desenfrenadamente lasciva y de una imaginación desbordante. Su poder de seducción no tenía igual, y era capaz de resucitar la polla más muerta. Era una digna discípula de la Frankland, y su instinto sexual, que la atraía por igual hacia la polla que hacia el coño, era equiparable al instinto por el que era tan famosa nuestra insaciable y deliciosa tía. Con los años se convertiría en una mujer todavía más deseable, y yo jamás me cansé de follarla

por los dos orificios cada vez que se me presentaba la oportunidad de hacerlo.

Regresé a la ciudad justo a tiempo para celebrar una orgía de despedida con el conde y la Frankland en mis aposentos, que, como antes he dicho, fue de lo más lujuriosa y desenfrenada.

MacCallum tuvo que marcharse al campo a causa de la enfermedad de un pariente y estuvo ausente seis meses, de modo que Harry y yo tuvimos que seguir solos nuestras orgías. Con la Frankland nos reuníamos tres veces por semana, y, para variar un poco, nos veíamos una vez a la semana con la Nichols y con Ann; sin embargo, como las visitas de éstas eran siempre matinales —y por tanto los encuentros eran apenas agotadores—, permanecimos relativamente en barbecho hasta la vuelta de la Benson y la Egerton, cuando entre ambas y la adorable Frankland pasaron a exigirnos un esfuerzo supremo dos o tres veces por semana.

La tía, el tío, Harry, la Frankland y los De Grandvit

Una propuesta de matrimonio - De luna de miel - Los De Grandvit - Habitaciones secretas - Una divertida fiesta

El tiempo seguía su curso. Cuando la Frankland ya llevaba dos años de viudez, decidió hacer un viaje de dos o tres años por el extranjero sin volver a Inglaterra en todo ese tiempo. Quería que yo la acompañara, y me hizo una propuesta sorprendente e inesperada. Me dijo:

—Charlie, cariño mío, siento que te quiero ahora más que nunca. Aunque tengo bastantes más años que tú, ya tienes veinticinco años, y eres, por consiguiente, un hombre hecho y derecho. Quiero entregarte en dote toda mi fortuna, y con ese propósito te ofrezco mi mano. No pienses que pretendo monopolizar esta querida polla. (Estábamos desnudos en la cama y acabábamos de follar de un modo exquisito). No, como marido y esposa podremos seguir disfrutando de la variedad que tanto nos gusta, y aún con más facilidad y menos riesgo. En cambio, si viajamos juntos sin estar casados, seremos la comidilla de todos en cada ciudad en la que nos detengamos. ¿Qué me dices, querido Charles?

—¿Decirte, alma mía? Basta que veas el efecto que ha tenido en mi polla la sola idea. Ninguna cosa del mundo podría complacerme más que tu generosa y noble propuesta. No tengo palabras para expresar el placer que me produce la idea de dedicar mi vida a la mujer que más amo. Te doy las gracias de todo corazón, criatura adorable. ¡Oh!, ven a mis brazos como mi futura esposa y regodeémonos pensando en esa idea maravillosa.

Tal fue el modo en que se concedió esta dicha, que duraría largos años; aunque ahora, ay, mi corazón viudo no hace más que

lamentar desesperanzado la pérdida de la esposa más adorable y de la mejor de las viudas. Ah, nunca he sido tan dichoso como durante el tiempo que permaneció a mi lado.

Pocos días después nos casamos con una licencia especial.

La Benson y la Egerton asistieron a la ceremonia y Harry Dale fue mi padrino. Fuimos después a su casa, ahora nuestra, para tomar el almuerzo. Nuestros amigos se quedaron también a cenar, y luego a dormir, con el fin de celebrar nuestra boda con una orgía de despedida; en efecto, habíamos anunciado a nuestros amigos que nuestro matrimonio no supondría renunciar en absoluto a las orgías, sino más bien un incentivo para su variedad, y que a nuestro regreso reanudaríamos todos esos encuentros deliciosos de los que tantas veces habíamos disfrutado con ellos.

Harry y yo hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para satisfacer en aquella ocasión a tres de las mujeres más hermosas del mundo, a las que ninguna superaba en su maravillosa capacidad de follar y muy pocas las igualaban.

¡Oh, qué noche tan deliciosa! En cuanto a las mujeres, no cesaron en ningún momento de mamarse amorosamente, ofreciendo un espectáculo de lo más excitante.

A la mañana siguiente desayunamos juntos y luego nos acompañaron hasta el coche, y al partir nos lanzaron zapatillas viejas para que nos trajeran suerte.

Antes de partir hacia el continente, fuimos a casa de mis tíos para pasar con ellos un día entero.

Ambos, naturalmente, se mostraron encantados con mi matrimonio por sus repercusiones sobre el bienestar de toda la familia; mi amada, de hecho, regaló a la tía un cheque de mil libras.

Mrs. Dale y Ellen vinieron a vernos, y juntos volvimos a disfrutar de otra deliciosa orgía nocturna, en la que todo el mundo dio cuanto podía de sí.

Nos despedimos de los tíos, de Mrs. Dale y de Ellen después de la comida, y emprendimos camino hacia Dover. Allí nos alojamos en el hotel Birmingham, donde pasamos nuestra primera noche de amor a solas, de la que disfrutamos con moderación pero con todo el cariño que dos amantes pueden brindarse.

Al día siguiente hicimos la travesía hacia Callais.

Al principio el mar estuvo en calma, pero al pasar el cabo

empezó un temporal. Mi querida esposa sufrió muchísimo; afortunadamente, yo me sentía mejor que nunca y pude ofrecer todo tipo de atenciones a mi querida paciente. Pero ni aun al tomar tierra le pasaron las náuseas ni el fuerte dolor de cabeza, por lo que esa noche, en el hotel Devaux, tuvimos que dormir en camas separadas, cosa que es común en los hoteles franceses y en los de casi todo el continente.

A la mañana siguiente mi querida esposa todavía se encontraba mal, pero creyó que ir hasta Abbeville no le perjudicaría. Hicimos calmadamente el viaje entre el desayuno y la cena, y encontramos un hotel muy confortable, con muy buena cocina y excelentes vinos. Mi esposa comió con gusto, sintiéndose después algo repuesta. Juntamos las camas y pudimos dormir juntos, pero sólo jodimos una vez antes de dormirnos y dos veces al despertarnos por la mañana.

Pasamos el día en Abbeville, deambulando por sus pintorescas calles y contemplando su bonita e inacabada catedral. Al día siguiente hicimos una parada en Amiens para visitar su preciosa catedral; un día después partimos hacia Beauvais, donde también dormimos y pasamos el día, y por fin emprendimos camino hacia París, donde nos instalamos en el hotel Meurice, en la Rué de Rivoli.

Previamente habíamos escrito para que nos reservaran habitaciones *au premier*, con visitas a los Jardines de las Tullerías, y con órdenes de que nos sirvieran la cena a una hora determinada. Llegamos justo con tiempo de cambiarnos de ropa y de sentarnos para disfrutar de una cena suculenta. En nuestra habitación habían instalado, por requerimiento nuestro, una cama matrimonial. Este hotel, muy frecuentado por ingleses, estaba amueblado con el gusto francés pero con el confort inglés.

La calma con que habíamos hecho el viaje y nuestras agradables paradas en distintas ciudades de interés, habían devuelto a mi amada esposa toda su salud, energía y lujuria. La comodidad de la cama, la estimulante comida y el excelente vino me infundieron también a mí fuerzas para compartir su desmedida lascivia, y así pasamos una noche como las que solíamos disfrutar antaño en el cuartito de la casa de mi madre.

Recordamos aquellos días felices en que nos entregamos con

ardor a los actos más desenfrenadamente lujuriosos. Mi adorada esposa se superó a sí misma y yo no me quedé atrás. Follamos hasta que nos quedamos dormidos, con mi polla metida en su delicioso y estrechísimo coño; y al despertarme, ya entrada la mañana, mi polla seguía tiesa en su coño, el cual, de un modo totalmente involuntario —pues mi amada seguía dormida—, me hacía vibrar con sus contracciones exquisitas. La excité meneándome despacio y acariciando su largo y delicioso clítoris, de modo que despertó gozando ya de esos deleites de los que nunca nos cansábamos. En esta ocasión nuestro organismo nos forzó a desalojar momentáneamente para aliviar nuestras distendidas vejigas. Al darnos cuenta de que ya eran más de las diez, me dio una palmada en el culo y me mandó a mi vestidor para que me arreglara para desayunar, pues ambos teníamos un apetito voraz. Me puse una bata, salí al recibidor, mandé llamar a un camarero y le ordené que nos sirviera el desayuno inmediatamente; así, cuando terminamos de vestirnos lo encontramos ya humeante sobre la mesa, a la que en seguida nos sentamos para rendirle los debidos honores.

Pasamos varios días visitando las maravillas de París.

Había oído hablar de una famosa alcahueta que vivía en el número 60 de la Rue Richelieu, y de otra, una tal Mme. Leriche, que vivía en la Rue de Marc, y en cuya casa había habitaciones desde las que, a través de mirillas hábilmente instaladas, podía verse perfectamente cualquier acto que se escenificara en la habitación contigua.

Las chicas de Mme. Leriche tenían instrucciones de camelar a los hombres más guapos que encontraran en la calle y, una vez en la casa, fingir que se habían quedado tan prendadas de su hermosura que sólo quedarían contentas cuando los vieran completamente desnudos, tras lo cual ellas hacían lo mismo. Cuando se desnudaban, ellas les acariciaban las pollas y les hacían girar por toda la habitación, cuidándose de parar junto a cada abertura secreta; allí volvían a acariciarlos, a meneársela y a exhibir su polla tiesa al mirón de turno, y finalmente acababan jodiendo en un lugar que quedaba al alcance de la vista y disfrute de todos los mirones.

Lo gracioso del asunto era que los hombres no tenían la menor idea de la finalidad de todas aquellas idas y venidas. Se prestaban al juego orgullosos, como si fuera un homenaje a su virilidad y al

influjo de sus encantos sobre sus nuevas conquistas; por esa misma causa eran doblemente lascivos, sin imaginarse que todo no era más que una escena bien representada y una exhibición para complacer mostrando todos sus atributos viriles, a otros. A veces tanto el hombre como la chica eran muy atractivos, y yo solía follar con mi amada Florence mientras los observábamos por la mirilla.

El sitio desde el que lo hacíamos era un cuartito angosto, en el que apenas cabían un diván a un lado y dos sillas en un rincón, junto a las dos mirillas. Tres cuartitos más como éste daban a la habitación en que se hacía la exhibición.

Un día jodimos ferozmente, incitados por la exhibición que hizo un hombre muy guapo y bastante bien dotado con su chica. Estábamos arrodillados en el diván, con mi polla retozando en la quietud que sigue al orgasmo. Oímos de pronto que alguien decía con voz contenida palabras obscenas al otro lado del tabique de nuestro cuartito. Nosotros también nos habíamos dicho obscenidades: le había musitado a Florence lo deliciosamente estrecho que era su coño velludo y lo espléndidamente que meneaba su culo enorme ante mis ojos mientras la follaba.

Descubrimos entonces que la pareja del otro lado también nos había oído, pues oímos cómo ella le preguntaba si los meneos y el tamaño de su culo le gustaban tanto como a su vecino parecían gustarle los de su pareja.

—Oh, sí, ángel mío, mueves tu culo inmenso a la perfección y tu coño es casi tan estrecho.

—Fóllame entonces con tu polla maravillosa con el mismo ímpetu que lo ha hecho tu vecino.

Me asaltó una idea estupenda. Me llevé un dedo a los labios para indicarle a Florence que callara, salí al pasillo y me puse a mirar por el hueco de la cerradura, desde donde se dominaba todo el cuartito. Vi a un hombre bien parecido follando a una mujer esplendorosamente robusta, que estaba de rodillas y con la cabeza agachada, pero vuelta hacia la puerta. Su culo, descubierto y empinado, era francamente bonito, y se meneaba en efecto a la perfección.

Regresé, le describí la escena a mi querida esposa y le sugerí que les llamáramos a través de tabique en cuanto acabaran para confesarles que habíamos oído todo su trajín, al igual que ellos el

nuestro, y proponerles formar una *partie carrée*.

Florence dio un salto de alegría justo en el instante en que sus suspiros y las sacudidas del diván contra el tabique anunciaron la gran crisis final.

Aguardamos unos minutos para que disfrutaran del orgasmo; luego oímos que la dama le pedía que se lo volviera a hacer porque sentía que la verga se le estaba empinando dentro del coño.

—No hay que sorprenderse —dijo él—. Con las exquisitas contracciones de tu coño deliciosamente angosto…

Pensamos que era el momento de proceder, a la vista de que ambos estaban excitados; así que, dando unos golpecitos al tabique y alzando la voz lo suficiente para que me oyeran con claridad, dije:

—Han estado ustedes siguiendo nuestro ejemplo y al parecer son tan lascivos como nosotros. Supongan que nos juntamos e intercambiamos parejas. Estoy seguro de que son ustedes dos personas muy deseables, y por lo que toca a nosotros creo que no se arrepentirán de conocernos. Será una novedad excitante para todos, de la que bien puede derivarse una amistad; si no, habremos satisfecho al menos un capricho. ¿Qué dicen?

Tras una pausa y un susurro, se oyó un:

—*Eh!, bien, nous acceptons.*

—Vengan ustedes aquí, porque estoy casi desnudo —gritó el caballero.

Nos levantamos y acudimos hasta ellos, incluso en un sentido bíblico. Al espiarlos me había llevado la impresión de que eran dos personas atractivas, pero ahora que los veía mejor comprobaba que eran realmente guapas. Él seguía montado sobre su espalda y metido en su interior. Cuando entramos, ella alzó la vista para vernos, pero no se tapó su espléndido culo ni cambió de postura. Se lo sobamos y apretamos. El caballero palpó el culo de mi esposa y dijo a su querida:

—Tenemos aquí un culo comparable al tuyo.

Mientras tanto, como yo estaba a su lado palpándole el culo, ella levantó la mano y me cogió el artilugio y, en respuesta a la exclamación del caballero, dijo:

—Y aquí tenemos una polla más grande que la tuya. Oh, creo que todos vamos a pasarlo muy bien.

Luego se levantó y sacó mi polla empinada para mostrársela a su

marido, pues resultó que, como nosotros, era un matrimonio sumamente libidinoso.

A su vez, mi esposa tenía agarrada la polla del marido, y aseguró que era espléndida y de un tipo muy rico.

Dado que en el cuarto y en el diván sólo había sitio para una pareja, propuse que su esposa y yo nos fuéramos a nuestra habitación y que mi esposa se quedara con él en la suya; así, como las dos habitaciones estaban separadas solamente por el tabique, podríamos excitarnos mutuamente con nuestros suspiros y exclamaciones obscenas. Aceptaron mi propuesta en el acto.

Todos nos quedamos en cueros. Mi nueva compañera tenía un tipo magnífico: su figura se parecía mucho a la de mi tía, sobre todo por el culo, si bien éste no era tan enorme como el de aquélla. Su coño era delicioso, con un gran *mons Veneris*, bellamente cubierto por rizos sedosos; su protuberante coño emanaba el genuino olor y era muy estrecho, y sus contracciones y movimientos tampoco dejaban nada que desear.

Lo primero que hice fue chuparle el coño: su clítoris era duro y afilado. Tenía unas tetas espléndidas, firmes y bien separadas, y un rostro encantador, con unos ojos azules adorables y preciosos; sus labios, rojos y húmedos, eran una tentación para la lengua.

Nos entregamos a unos preliminares deliciosos; contempló durante largo rato mi polla, asegurándome que siempre había creído que la de su esposo no tenía igual, pero ahora debía reconocer que la mía la superaba ampliamente. Luego se tumbó en el sofá y me pidió que la montara por delante, pues le gustaba comenzar en esa postura. La monté, le metí poco a poco la polla hasta que nuestros vellos quedaron entrelazados; luego, ora metiendo la lengua en su dulce boca ora chupando un pezón de sus adorables pechos, la follé y, cuando por fin me corrí, ella ya lo había hecho tres veces.

La otra pareja había estado tan ocupada como nosotros y era evidente que había acabado antes, pues en ese instante se estaban colocando en la postura en la que uno y otro habíamos follado antes a nuestras esposas.

Realizamos el mismo cambio de postura; la verdad es que el fabuloso culo de mi *fouteuse*, su talle estrecho, que en esa postura se veía a la perfección, y sus nobles hombros formaban un conjunto

difícilmente equiparable y de lo más incitante y tentador. Di una arremetida furiosa contra su coño espumeante: el ímpetu de mi ataque la hizo correrse no bien sintió que le había llegado hasta el fondo, al tiempo que se contraía sobre mi polla casi con la misma fuerza con que lo hacía mi amada esposa.

Follaba tan deliciosamente que le eché todavía tres polvos más antes de salir de aquel exquisito receptáculo.

Cuando más tarde comparamos las experiencias, supe que el jodedor de mi esposa había hecho exactamente lo mismo y, pese a que su polla no proporcionaba tanta satisfacción como la mía, el cambio y la novedad fueron un aliciente que suplió con creces la diferencia de tamaño.

Los cuatros quedamos enormemente satisfechos con el cambio de pareja. Ese inicio tan delicioso de nuestra relación dio pie a una cálida amistad y a un trato continuado en el que practicábamos toda clase de refinamientos, sin excluir ninguna variación del sexo oral ni la *double jouissance*.

Fuimos todos juntos a la casa de la vieja alcahueta, en el número 60 de la Rue de Rivoli, para presenciar una unión entre dos hombres, exhibición por la que era bien conocida la casa de aquélla. Primero fui yo solo para ver si el espectáculo merecía la pena. Me entrevisté con la vieja alcahueta, una mujer fuerte, viril, ya de cierta edad, que de joven debía haber sido muy deseable, ya que incluso ahora muchos de los que frecuentaban su casa terminaban gozando de sus rollizos encantos. Tenía la costumbre, según me dijo, de abordar al hombre cuando la chica que había estado con él salía a purificarse; entonces, por el mero gusto y placer de coger una polla, lo lavaba, cosa que, gracias a su larga práctica, hacía con tal destreza que al sujeto en cuestión volvía a ponérsele perpendicular, estado del que en seguida se aliviaba en los carnosos encantos de la susodicha alcahueta.

Me hizo pasar a su cuarto privado, donde le dije que sabía que organizaba exhibiciones de sodomía. Le advertí que solamente quería presenciar el acto, puesto que me parecía imposible, y que me gustaría —si estaba en su mano el elegirlos— que los muchachos fueran apuestos y estuvieran bien dotados.

—Si se espera usted un cuarto de hora le enseñaré justo lo que ha pedido.

Dado que su oferta se correspondía con mis deseos, le dije que esperaría.

Se levantó, tocó una campanilla, y cuando se oyó un golpe en la puerta salió e impartió algunas órdenes. Al volver me dijo: «Tengo unas chicas preciosas que carecen de todo tipo de prejuicios, ¿no quiere que le mande una? Las hay de todas las edades, desde los doce hasta los veinticinco años. Y también tengo un par de chicos muy guapos que ayudan a las chicas a excitar a hombres ya mayores o a los que gustan de esos alicientes».

Se lo agradecí, pero le repetí que lo único que quería en ese momento era asistir a una exhibición de sodomía. Entonces, para mantenerme entretenido, abrió un pequeño armario, del que sacó algunos libros obscenos, admirablemente ilustrados. Al hojearlos me excité sobremanera: su ojo experto detectó el efecto en el abultamiento de mis pantalones, cuyo volumen pareció sorprenderle tanto que en seguida me puso una mano encima, pegó un grito de sorpresa por su tamaño y, diciendo que tenía que ver una polla tan noble, me desabotonó los pantalones y me la sacó. Presa de una exaltación tremenda, me la cogió con delicadeza, y no sé lo qué hubiera pasado (pues yo ya tenía una mano sobre un culo enorme y duro) si en ese instante no hubiesen llamado a la puerta y una voz hubiese anunciado que todo estaba preparado. Gracias a ello recobré inmediatamente la compostura, pese a que la alcahueta me hubiera tomado encantada antes de hacerme pasar a la otra habitación. Por eso dijo:

—Qué lástima que no pueda gozar de esa polla magnífica. Ojalá los chicos no hubieran llegado tan pronto. De no interrumpirnos sin duda la hubiera probado, en cuyo caso, permítame que se lo diga, hubiera usted comprobado que soy tan buena folladora como la muchacha más despampanante que pueda conocer.

Reí y, para tranquilizarla, le dije: «Podemos hacerlo otro día, pues es usted una mujer muy hermosa y deseable». Con este consuelo se levantó y me acompañó a la habitación en la que nos estaban aguardando los dos muchachos. Eran dos chicos altos y bien parecidos, evidentemente *garçons de cafés*; éstos forman una clase muy aficionada a estas prácticas y suelen entregarse por dinero a cualquiera que solicite sus servicios.

Naturalmente, pensaron que ése era mi propósito. Ya se habían

desnudado y sus bonitas pollas estaban casi erectas. Los dos giraron en círculo y me preguntaron en qué culo elegía entrar y por cuál de las dos pollas quería ser penetrado.

La vieja alcahueta, cuyo único interés era el de que me uniera a ellos, agarró las dos pollas con gran entusiasmo, resaltó la firmeza y atractivo de sus culos, y me pidió que los palpara y comprobara asimismo la consistencia de sus pollas y la aspereza de sus huevos.

Se los toqué, y con el mayor gusto los hubiera tomado en el acto; pero yo sabía que eran dados a la infame práctica del *chantage*, es decir, a revelar a sus jefes de pandilla los nombres de aquellos que habían caído en sus redes; dichos jefes se encargaban luego de buscar a sus víctimas en cualquier parte de Europa y, bajo la amenaza de hacer públicas sus prácticas, los forzaban a comprar su silencio con dinero. Así que meneé la cabeza, y no dejé que la vieja alcahueta me sacara la polla —que podía haber perdido todo control—, y le dije con firmeza que ella ya sabía que estaba allí únicamente para ver en qué consistía el acto y que no tenía la menor intención de entregarme a ellos.

Los muchachos y la alcahueta se cruzaron una mirada de desconsuelo, pero en seguida se pusieron a mi disposición y me preguntaron cuál quería que fuera el receptor y cuál el dador. Elegí al de la polla más gruesa como dador. Colocaron un sofá en el sitio mejor iluminado, sobre el que uno de ellos se arrodilló, ofreciendo un culo muy tentador a su amiguito. Después de que se lo hubo humedecido con saliva, la vieja alcahueta, con aparente codicia, guió la polla del otro a la abertura y la introdujo con toda facilidad en ese receptáculo perfectamente acostumbrado.

Yo estaba sentado a su lado, con los ojos justo a la altura del punto de unión. La escena era muy excitante, puesto que se la había metido hasta el fondo y lo follaba con frenesí, mientras que el receptor meneaba el culo a la perfección y parecía gozar de verdad. Se corrieron gritando en un arrebato de placer, lo que me excitó muchísimo, como bien notó la perspicaz alcahueta por la manera en que despuntaba mi polla bajo los pantalones.

Con la esperanza de vencer mi negativa a tomar parte en el programa, los alentó a cambiar posiciones; así, el receptor se convirtió en dador, y el que antes había sido dador en receptor. Yo estaba terriblemente exaltado, pero no cedí. Cuando acabaron,

además del precio que antes había pagado a la vieja, entregué a cada uno un napoleón; luego los dejé vestirse y me retiré con la alcahueta para tratar de otros asuntos.

Al cerrar la puerta y entrar en el corredor, oí varios portazos en los cuartitos contiguos a la habitación en la que habíamos estado. Adiviné la causa; al intentar abrir una de las puertas, la alcahueta me asió asustada del brazo y me dijo:

—No puede entrar ahí.

Sonreí y le dije:

—Oh, entiendo; vamos.

Cuando llegamos a su cuarto privado, le dije: «Veo que ha tenido a mirones presenciando la exhibición, lo que me confirma que he hecho muy bien en no prestarme a su juego; ahora bien, el descubrimiento de que tiene usted mirillas preparadas simplifica mi tarea. He venido aquí con la misión de ver qué efecto tiene la escena de sodomía. Ocurre que tengo un amigo menos atrevido que yo y que necesita de un estímulo semejante para poder follar a una mujer a la que desea enormemente, mujer que no es otra que mi amada. Da la casualidad que yo a mi vez tengo muchas ganas de follar a la suya, por lo que hemos convenido que si esta escena es capaz de excitarlo, vendremos a sus mirillas para que mientras él, estimulado por lo que observa, se pone a follar a mi mujer, yo haga lo mismo con la suya. He querido ser explícito para que esté usted perfectamente al tanto de nuestros propósitos. Supongo que, ahora que la exhibición ha terminado, ya no habrá nadie en los cuartos, así que le ruego que me los muestre para que vea si sirven y decida cuál de ellos es el que mejor se adapta a nuestros propósitos».

La vieja alcahueta accedió en seguida; antes, sin embargo, y como todavía ansiaba que le metiera la polla, se levantó las enaguas hasta el ombligo, dejando al aire un enorme monte de Venus, todo él cubierto de vello, y, volviéndose para mostrarme un culo todavía más bonito, me preguntó si no me gustaría calmar mi excitada polla en uno u otro de sus encantos realmente espléndidos.

Se lo agradecí diciéndole que, de momento, no quería. Luego me apreté la bragueta para demostrarle que la tenía fláccida y que se me habían pasado las ganas.

Ella me aseguró que podía empinármela en un instante, pero yo me negué cortésmente, aduciendo que hacía falta disponer de

tiempo para disfrutar bien de una mujer tan espléndida como ella.

Con un suspiro de desaliento, pues evidentemente el tamaño de mi polla la había exaltado a más no poder, me condujo hacia los cuartos. Dos o tres eran demasiados pequeños para cuatro, pero había uno arreglado para una *partie carrée*. Lo reservé para dentro de dos días, y le pedí que a ser posible hubiera cuatro actores, que lo hicieran en distintas posturas y al menos una vez formando una cadena de tres pollas metidas cada una en el trasero que tenían delante al mismo tiempo. Le pagué por adelantado la mitad de la elevada suma que me pedía y quedé en que estaríamos ahí a la una de la tarde, para que nos sobrara luz para ver y disfrutar mejor de toda la escena.

Antes de marcharme dejé que la vieja alcahueta me sacara la polla y le diera una chupada, para que pudiera satisfacer al menos un poco el enorme deseo que tenía de poseerme. Sin duda creyó que me la empinaría de tal manera que no me quedaría más remedio que satisfacerla; ahora, sin embargo, tenía el suficiente control sobre mi polla como para que no se me empinara si no quería.

La gran exhibición sodomítica tuvo lugar según lo acordado. Los De Grandvit, así se apellidaban nuestros nuevos amigos, y nosotros, llegamos a la hora convenida al número 60, provistos de una cesta con dos botellas de *champagne*, pastas y copas; nos instalamos en nuestro cuarto unos cinco minutos antes de que llegaran los sodomitas. Les vimos desvestirse, darse unos a otros palmaditas en el culo y acariciarse las pollas para disponerse a la lucha.

La vieja alcahueta estaba con ellos y les echó una mano en todo lo que necesitaron. Todos le aseguraron que la mejor manera de ayudarles era desnudándose y posando para ellos y sumándose a sus esfuerzos.

Como ella sabía perfectamente que su cuerpo era mucho más atractivo que su rostro, accedió inmediatamente, contribuyendo notablemente a aumentar la intensidad de la escena.

Comenzaron juntándose tres, para que uno tras otro pudieran hacer el delicioso papel de hombre-eje: follar y ser follado. Un cuarto miembro mientras tanto follaba con la vieja alcahueta, para gran satisfacción suya y nuestra.

Al primer excluido le tocó ponerse en el medio, el que antes había sido receptor se convirtió en el atacante de éste y el que antes

había sido dador pasó a ser el receptor del primero. El que había estado antes en el medio, en vez de follar a la alcahueta, se la metió por atrás, para gran satisfacción de ésta.

Esto era justo lo que yo quería, pues en nuestras *parties carrées* con los De Grandvit no habíamos follado por atrás ni siquiera con las mujeres, pese a que, según supimos más tarde, era una práctica de la que, como nosotros, solían gozar en privado. Disfrutábamos ahora del espectáculo de ver a la vieja alcahueta meneándose con deleite y profiriendo fuertes exclamaciones de placer mientras se la metían por atrás, y es que era la polla más gruesa de las cuatro, y muy bonita además, la que a la sazón ocupaba su ojete.

Durante la primera escena tuvimos tiempos de joder cada uno a la mujer del otro.

—Probemos eso —susurró mí esposa a De Grandvit—, parece que a la vieja le ha hecho sentir un placer inmenso.

Eso era precisamente lo que De Grandvit deseaba de todo corazón oírle decir. La propuesta de mi adorada esposa le puso la verga tiesa a más no poder. Ella $e arrodilló sobre una silla que había junto a una mirilla. De Grandvit puso su espléndida polla, que ya había humedecido con su saliva, delante de su ojete deliciosamente velludo, y haciendo un mínimo esfuerzo se la alojó hasta el fondo.

Cumpliendo con el deseo que le había formulado en voz baja mi querida Florence, De Grandvit no se dio prisa por llegar al final, sino que procedió con calma y de una manera exquisita, hasta que al final les sobrevino un arrebato tal que a duras penas pudieron contener un alarido de placer.

Yo había seguido su ejemplo, dado que Mme. De Grandvit, al igual que su marido, ansiaba que se la metiera por su portentoso culo, y, gracias a la práctica que tenía en ese coito divino, con facilidad y enorme placer le alojé mi polla inmensa.

Ambos sostuvimos dos asaltos exquisitos en sus deliciosos ojetes y luego nos separamos para poder presenciar el gran final de los cuatro sodomitas, cada une introducido en el culo que tenía ante sí y el cuarto en el inmenso y magnífico culo de la vieja alcahueta. Con esto terminó su exhibición.

Me resta añadir que cada uno folló o enculó a la vieja alcahueta, lo que supuso para ésta una satisfacción no sólo física sino también

monetaria, ya que más tarde nos reclamó y recibió una buena propina por la exhibición de su bonito cuerpo desnudo y por haberse prestado a la acción doble.

Cuando terminaron de vestirse, ella sacó una botella de licor y dio a cada uno una copa y una pasta. Nosotros tomamos también un poco de *champagne* y de pastas mientras hablábamos del encanto de la escena que acabábamos de presenciar.

Mi querida esposa hizo notar que el hombre de en medio parecía haber gozado más que los otros dos.

Yo añadí que había oído decir que esa postura era el *ne plus ultra* del placer.

—¿Entonces por qué no la probamos? —dijo la gloriosa De Grandvit.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo el marido.

«¿Quién comienza?», pensé yo. Dado que la idea había sido sugerida por la señora, tocaba a ésta experimentarla antes que nadie en su cuerpo maravilloso. Yo me encargaría de follarla mientras su marido se la metía por atrás.

Una vez expresada, mi propuesta fue aprobada inmediatamente. Me tumbé de espaldas, la deliciosa De Grandvit montó encima de mí y, moviéndose de arriba abajo se corrió antes de inclinarse sobre mi pecho y ofrecer su culo espléndido a su impaciente marido, que había permanecido unos minutos de rodillas detrás suyo y con la verga empuñada. Se humedeció bien la polla y con suma delicadeza la alojó en el ojete delicioso de su esposa, y en seguida, con calma al principio y luego con más ímpetu, nos corrimos.

Dado que ya no quedaba nadie en la habitación de al lado, esta vez no tuvimos que reprimir nuestras exclamaciones lascivas. La De Grandvit fue presa de un éxtasis tan delirante que no paró de gritar hasta que se corrió, quedando privada de todo sentido salvo el de la plena satisfacción de su lujuria.

Mi querida esposa se había colocado con las piernas abiertas encima de nosotros, de manera que De Grandvit podía chuparla deliciosamente mientras enculaba a su esposa.

Después trocamos puestos: él follaba a mi esposa mientras yo se la endilgaba en su glorioso culo; la De Grandvit, a horcajadas encima nuestro, era mamada por mí del mismo modo que lo había hecho su marido con mi esposa. Todos los participantes volvimos a

gozar de un éxtasis arrebatador en este asalto, con el que concluimos nuestra orgía. Nos vestimos y dimos cuenta del *champagne* que quedaba. Luego llamamos a la vieja alcahueta, le abonamos la suma que nos pedía y le dimos las gracias por la excitante escena que nos había ofrecido. Al preguntarle si alguien más había visto la exhibición, reconoció que en cada cuartito había habido una pareja y que un señor mayor había estado con dos de sus chicos, con los que había hecho de dador y receptor incitado por la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Este caballero se había quedado escuchándonos, y al irse le había dicho que los dos señores, de resultas de la exhibición presenciada, habían iniciado a las señoras en la *double jouissance,* eso había vuelto a excitarlo y le había permitido tomar otra vez al chico más guapo y recibir al otro por detrás.

Nos insinuó que podíamos volver otro día y unirnos a los chicos, asegurándonos que los caballeros —o sea nosotros— experimentaríamos un inmenso placer añadido si dejábamos que los chicos nos penetraran por el culo mientras ocupábamos a nuestras damas por las dos aberturas.

Reímos y le dijimos que consideraríamos su oferta, pero que por ahora estábamos saturados.

No olvidamos el ofrecimiento de la alcahueta de dejar que nos follara un chico mientras enculábamos a nuestras queridas mujeres. Inducida por mí, mi querida esposa introdujo el tema en nuestro siguiente encuentro. Cuando las dos queridas criaturas acabaron de disfrutar de la *double jouissance,* mi esposa dijo a Mme. De Grandvit:

—Mire que somos egoístas: mientras nuestros dos queridos maridos se esfuerzan por brindarnos el placer inefable de la doble unión, ellos siguen sin poder disfrutarla. Recordará que la mujer del número 60 habló de lo arrebatador que sería para ellos recibir por atrás a sus chicos mientras están unidos a nosotras. ¿Por qué no hacemos que lo prueben ahora mismo y gozamos también nosotras viéndolos experimentar el mismo arrebato que nos producen cuando nos toman ambos a la vez? Ya sabemos cómo disfrutan cuando se les hace el *postillon,* lo que demuestra que disfrutarían aún mucho más si se atrevieran con una verga de verdad. Nos toca a nosotras romper las barreras de los prejuicios y la falsa vergüenza. Anda, Charlie, déjame que ofrezca tu culo a la lujuria de nuestro

querido amigo De Grandvit.

Mi amada esposa tenía en ese momento asida la polla de De Grandvit, cuya rigidez ponía de manifiesto su disposición a afrontar cualquier dificultad.

Yo fingí que me asustaba su tamaño y dije que creía improbable que me la metiera por esa estrecha senda de placer sin producirme dolor.

—No lo sabrás hasta que no lo pruebes —exclamó mi querida esposa.

Mi esposa no hacía sino representar el papel que yo mismo le había asignado, dado que no sólo ansiaba que De Grandvit me diera por el culo, sino también penetrar en su trasero inmenso, velludo, áspero y oscuro. En esto me diferenciaba mucho de nuestro querido amigo MacCallum, que prefería los culos delicados y lampiños de los muchachos, mientras que para mí era preciso que no tuvieran el menor parecido con los del bello sexo, cuyos culos son por lo general de un color rosa delicado, con un ojete pequeñito y rugoso que, por supuesto, tiene también su encanto. Pero tratándose de hombres, para mí era doblemente excitante que lo tuvieran como mi querido amigo el conde, es decir, que no se parecieran en nada a los del bello sexo. Los culos oscuros, ásperos, velludos y muy rugosos eran los que conseguían exaltar toda mi lascivia, pues con ellos la sodomía se convertía en un acto que contrastaba deliciosamente con la penetración de un culo femenino; y el de M. De Grandvit era como aquellos culos que me encantaba follar.

Le había sugerido a mi esposa que lo tentara con el mío con la sola intención de penetrar en el suyo. Ya había tragado el anzuelo, de modo que en seguida metí la polla en el ojete de su esposa para dejar que mi esposa guiara la suya a mi encantado culo. Hice unas muecas de fingido dolor, aunque, naturalmente, me penetró con la mayor facilidad. Entretanto, mi querida esposa le hacía el *postillon* y toqueteaba a su esposa con la otra mano, de manera que la jodí de la forma más arrebatadora.

Como previamente habíamos follado varias veces con nuestras esposas, con un intento tuvimos bastante por el momento. De Grandvit estaba extasiado por el placer que le había hecho sentir, sobre todo porque parecía vengado por la supuesta afrenta que yo le había hecho al metérsela a su esposa *in culo*.

Mi adorada esposa, haciendo gala de su maravilloso estilo para manosear y excitar pollas, y con tanto entusiasmo como si lo hiciera para que se la metiera después en su culo hambriento y delicioso, no tardó en lograr que a De Grandvit se le volviera a poner tiesa.

Yo no necesitaba más estímulo que pensar en que por fin podría satisfacer mi deseo de entrar en su bonito, áspero y velludo culo. No bien se alejó De Grandvit en el espléndido coño de mi adorada esposa, su media naranja me agarró la polla, se la metió en la boca para chupármela y humedecérmela, y luego me la condujo hacia esa estrecha morada del placer que tanto ansiaba poseer. Se trataba realmente de la primera vez que el culo de De Grandvit iba a ser penetrado por una polla, pese a que desde hacía mucho deseaba tener esa experiencia; hizo, por consiguiente, alguna mueca de auténtico dolor, puesto que la mía no era precisamente una polla cualquiera, capaz de penetrar en cualquier ojete, sino una de tamaño descomunal; tuve, pues, que ser muy delicado y hacer varias pausas.

Mi querida esposa tuvo que poner en práctica todos sus deliciosos recursos para que su bonita polla se mantuviera empinada dentro de su ojete, sin parar de contraer el coño ni de sobar delicadamente sus huevos; se la metí por fin hasta el fondo y, tras detenerme un momento para que se le pasara cualquier sensación extraña, con un suave movimiento y la admirable ayuda de mi esposa, nos corrimos al poco en un arrebato feroz y delicioso que hizo que nos desplomáramos sobre la ancha espalda de mi esposa, aniquilada a su vez por el rapto desbordante que le sobrevino con el orgasmo.

Huelga decir que después de la primera experiencia, en adelante esta práctica deliciosa fue siempre el *bonne bouche* o final de todas nuestras orgías.

Carl

Un criado muy servicial - El criado, amonestado - El criado, castigado - Carl nos visita

Mi amada esposa, que tenía en ojo infalible para detectar a un hombre bien dotado, había estado observando a un joven camarero del hotel; alemán, alto, elegante y bien parecido, parecía de una clase superior. Averiguamos, en efecto, que era hijo de un rico hotelero de Frankfurt, enviado por su padre al Meurice como aprendiz, para conocer el modo en que se administraba un gran hotel parisino. Los que tenían acceso a esa plaza no recibían salario, e incluso debían pagar una fianza por el privilegio: esta práctica, muy común entre los hoteleros alemanes, explica que se vean tantos camareros elegantes en los hoteles importantes de las grandes capitales, camareros que demuestran gran cortesía y educación cuando uno se dirige a ellos de una manera familiar y amigable.

Éste era claramente el caso de nuestro amigo Carl. Mi esposa se había encariñado con él, y al comienzo no por un motivo erótico; sin embargo, al observar que tras hablarle en un tono coloquial había empezado a tratarla de un modo muy galante, su instinto femenino le reveló que aquella actitud sólo podía ser fruto del amor. E inclinando la vista descubrió el efecto que producía en sus pantalones cada vez que se mostraba amable con él. Dándole un trato cada vez más familiar, con lo que evidentemente disipaba todos los temores que pudiera tener el chico, pronto constató, por el creciente abultamiento de sus pantalones, que el deseo que sentía por ella no hacía sino aumentar, así como que estaba a todas luces muy bien dotado.

Averiguó entonces que su padre era rico y que era un muchacho bien educado; se había colocado temporalmente de criado para,

obedeciendo, aprender a mandar, y para adquirir, en un hotel grande y concurrido, la experiencia que necesitaba para dirigir después el suyo propio.

Me habló de él y me dijo que creía que podía amoldarse a nuestros propósitos. Aunque no se había encaprichado con él, en cualquier caso estaría muy satisfecha si lograba poseerlo.

Así que me presté a ayudarla ausentándose adrede bien a la hora del desayuno bien a la de la comida, so pretexto de que iba a reunirme con algunos colegas.

Como Carl había sido destinado especialmente a nuestro servicio y nunca nos atendía otro camarero a menos que lo pidiéramos expresamente, mi esposa tuvo muchas oportunidades y, gracias a su experiencia y a sus dotes de seducción, a los dos días ya lo había hecho suyo.

Demostró ser todo un semental; poco después, al quedar totalmente prendado del espléndido cuerpo de mi esposa, cayó víctima del morbo coñil, probablemente la cadena más fuerte que puede aprisionar a un hombre. Acaba siendo una obsesión que lo hace esclavo del coño que lo ha atraído. Contados son los hombres de temperamento ardiente que no han padecido alguna vez de esta obsesión; es sabido que, aun en el caso de que el objeto se vuelva totalmente indigno, infiel, abusivo y se entregue abiertamente a todos los vicios, y ya repudien o renieguen por ello de su amada, nada, ni el consejo de los amigos ni su conciencia de la indignidad del objeto, puede librarlos de esa cadena que los atenaza.

Tal fue el destino de Carl, al que mi esposa, sirviéndose de su gran maestría, amoldó a nuestros propósitos lascivos. Una vez que quedó hechizado por ella, hice un viaje rápido a Inglaterra para resolver algunos asuntos urgentes, dejando a propósito el campo libre. En ese tiempo mi esposa acabó de conquistarlo, lo poseyó de todas las maneras imaginables, le hizo el *postillon* y le sonsacó que en el colegio había practicado la sodomía con otros estudiantes; sin embargo, sabedor del perjuicio que podía ocasionarle en su profesión, había abandonado la práctica con otros hombres, aunque no con las mujeres, a las que adoraba hacer el *enculage*; tanto es así que quedó doblemente prendado de mi esposa al descubrir que era deliciosa y extraordinariamente talentosa en esa modalidad. Y mi esposa, en fin, aunque con aparente reticencia y apremiada por las

constantes preguntas del chico, reconoció que su marido era muy aficionado a adorar su culo y que le había enseñado esa función divina. Incluso le previno para que no cometiera ninguna imprudencia a mi vuelta, diciéndole que sospechaba que a mí me gustaban los hombres y que si yo descubría su relación podía vengarme aprovechándome de él.

—Oh, eso no me importaría si a cambio me permite que siga poseyendo su cuerpo encantador.

Éste era el objetivo que habíamos buscado desde el principio. Mi esposa me escribió y acordamos que anunciaría mi vuelta para una mañana determinada y que ella pasaría la noche anterior con Carl.

Yo llegué a media noche, entré en la habitación, lo encontré en la cama, interpreté el papel del marido furioso, juré que tomaría venganza y le dije que por haberme puesto cuernos debía desagraviarme con su propio cuerpo.

Al principio, por guardar las formas, se negó, pero luego dijo que estaba dispuesto a someterse a cualquier cosa con tal de que no lo apartara de la adorable Madame.

—Eso dependerá de la forma en que satisfagas mis deseos.

—Oh, puede hacer lo que quiera conmigo, querido señor, con tal de que me permita amar a Madame.

—Ya veremos, ya veremos. Déjame echarle un vistazo a tu polla. Caray, parece grandecita, incluso ahora que la tienes caída. Déjame verla erecta.

En ese momento mi esposa intervino diciendo que estaba convencida de que Carl me gustaría. Le agarró la polla con una mano, se la meneó con su gran estilo y en un minuto se la puso tiesa, y luego me preguntó si sería capaz de rechazar una polla tan hermosa como esa. Y, ciertamente, tenía una bonita polla.

Carl era un muchacho sumamente guapo, de piel muy tersa y hermosa. Su polla era de una blancura exquisita, surcada por unas venas azules que la hacían enormemente tentadora; medía siete pulgadas y media de largo, y seis de circunferencia; el ancho de su capullo bermejo era bastante notable, si bien el grosor disminuía ligeramente desde la base hasta el comienzo del glande; una convexidad, como la que tienen ciertos cuellos de botella, corría alrededor de todo el borde del capullo, de manera que éste parecía el capitel del fuste. Mi esposa me aseguró que le producía un

enorme placer en ambos orificios. Era ciertamente una polla muy atractiva ahora que la tenía completamente erecta, lo hice tumbarse de espaldas, me la metí en la boca y se la chupé y sobé hasta que se corrió casi agonizando de placer.

Luego le hice ponerse boca abajo para poder admirar sus nalgas, blancas como el marfil, que en seguida acaricié y besé en toda su extensión. Entretanto, mi esposa, deslizando una mano debajo de su pubis, ya se la había vuelto a poner tiesa. Le pedí entonces que se arrodillara para poder metérsela por el culo.

Sus nalgas, exquisitamente blancas y parecidas al marfil por su brillo, textura y frialdad al tacto, resultaban enormemente atractivas tanto para una mujer como para mí.

Ahora, arrodillado, con la cabeza inclinada y la raya que separa las nalgas bien abiertas, su ojete exquisitamente pequeño, rosa y rugoso, rodeado de ricitos rubios y casi invisibles, resultaba realmente encantador y excitante.

Por regla general prefiero follar un culo masculino áspero y velludo, aunque también sé apreciar un culo tan delicioso como el que poseía Carl. Su caso, además, tenía el aliciente de que iba a ser poseído por primera vez. Una vez que quedó plenamente expuesto ante mi deleitada vista, me arrodillé, besé y lengüeteé su ojete exquisito y delicioso, acometiéndome al instante unas ganas irrefrenables de metérsela; ciertamente, pocas veces había tenido delante un culo que incitara tanto a la sodomía.

—Oh, pobre chico —gritó mi esposa—, deja que primero aloje en mí este objeto precioso (su polla), para que después sienta menos la penetración de tu enorme instrumento.

Accedí de inmediato, pero él al oírme exclamó con júbilo:

—Oh, con tal de que su adorable esposa me permita poseerla, usted puede hacer lo que quiera conmigo.

—Bueno —dije—, como veo que su coño rebosa de tu espuma, primero deja que la moje ahí para que luego pueda meterla en tu culo con más facilidad.

Nos pusimos de rodillas. Carl ocupó el encantado coño de mi esposa, ofreciendo a mi lujurioso apetito un culo realmente precioso. Me animé a metérsela un poco, pero no acababa de introducirle el capullo cuando —con temeridad y no poca brusquedad— se la endilgué hasta el fondo; él dio un respingo, y se

hubiera desprendido de mí de no ser porque se hallaba aprisionado por los dos lados. Me detuve hasta que se le pasó esa sensación extraña, y luego empezamos a movernos a un ritmo cada vez más intenso, hasta que ambos nos corrimos con un placer desbordante, especialmente él, dado que era su primera experiencia de la *double jouissance*, tanto es así que me pidió que no desalojara y que lo repitiéramos. Mi querida esposa, pensando que aumentaría su gozo si permitía que se la metiera en el orificio más divino, lo hizo desalojar para invitarlo a entrar en el sagrado bosque en que se escenifican los ritos secretos de Príapo.

Carl fue esta vez presa de los gozos del paraíso y todos caímos en la cama totalmente vencidos por el placer enervante de la corrida, y retozamos un rato hasta que mi esposa nos rogó que la aliviáramos de nuestro peso. Nos levantamos y nos purificamos, tras lo cual lo hice posar para admirar su cuerpo bellísimo y maravillosamente proporcionado. Luego le chupé la polla hasta que se la puse tiesa, y le dije que ahora era mi turno de ponerme en el medio, postura en la que Carl afirmaba haber experimentado el mayor placer de su vida.

Mi querida esposa estaba encantada. Se puso de rodillas. Yo se la metí de un solo golpe en su coño delicioso y alojé rápidamente la polla de Carl en mi ojete.

Sostuvimos un asalto exquisito, y luego un segundo cambiando sólo la posición de mi polla, que pasé del coño de Florence a su ojete. Al concluir éste Carl tuvo que dejarnos, pues el día empezaba a despuntar.

Se marchó sintiéndose el hombre más dichoso de la tierra porque le dije que, mientras pusiera su culo a mi disposición, podría gozar siempre que quisiera de mi esposa.

A partir de ahora podríamos contar con otra polla espléndida en nuestras orgías. Comunicamos nuestra feliz *trouvaille* a los De Grandvit.

M. de Grandvit no se mostró del todo conforme con su inclusión por su condición de criado y también temía que por alguna indiscreción suya se descubrieran nuestras orgías; sin embargo, al saber que en realidad pertenecía a una clase superior, accedió a que se lo presentáramos.

Una vez que lo conocieron y pudieron admirarlo, manifestaron

una satisfacción enorme; en efecto a los De Grandvit les encantó recibirlo desde el primer día en todos sus orificios. Ahora podíamos follar a las dos mujeres a la vez y nadie tenía que quedar marginado cuando disfrutábamos de la acción doble.

Los De Grandvit dormían en nuestro hotel cada tres noches, y en esas ocasiones nos uníamos de todas las maneras imaginables, con pausas para refrescarnos, purificarnos, juguetear y divertirnos con cuentos obscenos.

Esta existencia dichosa duró todo un mes, cumplido el cual tuvimos de continuar viaje hacia el sur. Nos despedimos de los De Grandvit con enorme pesar, aunque con la promesa de volver en primavera y visitarlos en su casa del campo. Puedo anticiparles que cumplimos nuestra promesa y que disfrutamos enormemente de nuestra visita; además, en nuestro segundo año de viaje, ellos nos acompañaron a Alemania, donde al final dejamos al querido Carl. Éste nos había pedido que lo lleváramos como ayuda de cámara a Italia.

Su estancia en París debía supuestamente prolongarse un mes más; así que escribió a su padre diciéndole que la oferta que le habían hecho de viajar por Italia era demasiado ventajosa como para desaprovecharla. Su padre le dio permiso, y durante dieciocho meses nos acompañó a todas partes e intervino en todas nuestras uniones lascivas.

Cuando regresamos a casa Carl también vino con nosotros, y se quedó a vivir tres meses. Informé a Mrs. Benson y a Mrs. Egerton sobre nuestro feliz descubrimiento, sin omitir que había sido un aporte exquisito en nuestras orgías con los De Grandvit.

Ambas se mostraron inmediatamente ansiosas por poseerlo.

Yo no había dejado mis aposentos en Londres, en los que seguía viviendo Harry Dale. Fue allí donde erigimos nuestro altar a Venus Apostrofia y celebramos nuestras orgías.

Carl encantó a nuestros antiguas amigas, que no se cansaban jamás de tomarlo por un lado u otro mientras Harry y yo gozábamos de la *double jouissance*.

Para una mujer, una polla nueva es lo que para un hombre un coño fresco, y como tal constituye un estímulo adicional de la lujuria. Tal era el caso de la querida Benson y la adorable Egerton. Ambas, sabedoras de que Carl no iba a permanecer mucho tiempo a

su lado, disfrutaron de él al máximo y sin la menor contención.

Mi querida esposa, siempre considerada con toda persona que le brindaba su favor, dejó a Carl en manos de esos queridos e insaciables coños, conformándose con presidir nuestras orgías y sugerir poses nuevas y excitantes a nuestras dos amigas; su único consuelo, pues Carl y yo nos volcábamos sobre sus dos amigas, era follar de vez en cuando con Harry Dale, cuando Carl y yo follábamos por separado con nuestras dos damas. Les había dicho: «En casa puedo gozar siempre que quiera de Carl y de Charlie, así que no me importa que durante los tres meses que Carl va a estar con nosotros, dispongáis enteramente de ellos».

Nos reuníamos tres veces por semana. Mi esposa solía ir a buscar a las queridas criaturas, cuyos maridos, muy satisfechos del afecto que les mostraba mi esposa, jamás tuvieron la menor sospecha del verdadero motivo por el cual ésta las sacaba de casa. En cuanto a nuestros criados, si bien sabían que los aposentos pertenecían a su patrón y que comíamos en ellos, no podían imaginarse que su señora llevara a otras damas para entregarlas a mis brazos. Así pudimos mantener nuestra intriga con seguridad e impunidad absolutas.

Fue triste el día que nos marchamos con Carl, que no volvió nunca más a Inglaterra. Nuestras queridas compañeras, que se habían encariñado mucho con él, se despidieron con lágrimas amargas y fuertes abrazos.

Nosotros nos despedimos de él en Frankfurt, donde su padre, que se había retirado a vivir al campo, lo dejó como propietario de un magnífico hotel, en el que en años sucesivos, siempre que pasábamos por Alemania, nos alojábamos durante varios días para revivir las orgías que tanto amábamos. Su amor por el adorable coño de mi esposa duró diez o doce años más, cuando un matrimonio ventajoso le obligó a moderarse, sobre todo a causa de los celos de su mujer, quien, sospechando nuestra relación, nos impidió instalarnos en su hotel desde entonces. Tuvo además familia, un niño y dos niñas, lo que puso definitivamente fin a nuestra relación.

La vez que lo acompañamos hasta Frankfurt, los De Grandvit vinieron también con nosotros: luego seguimos juntos viaje por Suiza, pero nos separamos en Sion, pasando mi esposa y yo a Italia

por el Simplón.

El conde

Nuestro amigo el conde - El conde cuenta su vida

Habíamos sido invitados por el conde a pasar una semana en su viejo castillo de las colinas de San Giovanni, desde el que se dominaba el terreno que había sido escenario de las primeras batallas de Napoleón en su primera campaña de Italia.

Bordeando la orilla derecha del lago Maggiore, pasamos por Arona y Allessandria, y luego, tras atravesar Acqui, llegamos al castillo del conde, ubicado en lo alto de una colina. Estaba enclavado en medio de un paisaje fantástico. Desde la cima de una colina, próxima a la maravillosa cadena de los Alpes, se alcanzaba a ver el Monte Rosa, el Mont Blanc, el Mont Cenis, el Monte Giovi, y luego, al otro lado de los Apeninos, una vista del mar a través del desfiladero que llega a Savona, el suburbio meridional de Génova y la línea de costa que llega hasta La Spezia.

Era un panorama fantástico, del que disfrutamos varias veces durante el mes que permanecimos con nuestro amado y delicioso anfitrión.

Su viejo castillo sólo estaba parcialmente en ruinas y era perfectamente habitable. A pesar de todo, su padre había construido una cómoda casa en el jardín, en la base de la roca.

El castillo estaba en la cumbre de un macizo cortado a pico, semicircular y bañado por un torrente, y se llegaba a él por un camino muy escarpado y cortado en zigzag, con muros ahora en ruinas que contribuían a hacer su ascenso todavía más difícil. Cierto es que en la entrada de una gruta situada al pie de la colina, había una escalera secreta que daba acceso al jardín, escalera sobre la que diré algo más cuando relate algunos incidentes de la vida del conde, contados por él mismo en el curso de nuestra íntima y estrecha

relación.

Fuimos calurosamente recibidos por nuestro querido amigo, quien, nada más conducirnos a nuestras habitaciones, jodió inmediatamente en el coño siempre delicioso de mi amada esposa, la cual, como se recordará, mostraba abiertamente su predilección por el conde en la época de nuestras orgías en Percy Street. Cuando el conde se retiró, zambullí mi polla excitada en el baño balsámico que me había dejado preparado en el coño de mi esposa, a la que follé con ímpetu y rapidez nada más apartarse él, dado que este cambio era para ella el colmo de la dicha. Esto nos calmó por el momento y nos permitió esperar a que llegara la noche.

Habíamos esperado encontrarlo con una hermana menor; sin embargo, en nuestra orgía de esa noche nos dijo que, aunque había gozado de ella desde su vuelta a casa, ahora estaba con un *accoucheuse* Turín y que confiaba en tener de un momento a otro noticias de su liberación. Le dimos la enhorabuena por ese delicioso incesto del que había podido disfrutar a su regreso a casa.

—¡Ah! —dijo—, es algo mucho más delicioso de lo que pueden imaginar.

—¿Ah sí? ¿A qué se refiere?

—Además de hermana es hija mía.

—¡Qué cosa tan fantástica! —exclamé—. ¡Qué erecciones habrá tenido, y qué corridas! Pero para llegar a un resultado tan delicioso tiene por fuerza que haber poseído a su madre. Haga el favor de contárnoslo todo, querido conde; su relato, como el de cualquier incesto, nos infundirá ánimos para reanudar nuestros trabajos.

Esta conversación tuvo lugar durante una larga pausa que hicimos en nuestra primera orgía nocturna, después de purificarnos, tranquilamente sentados, mientras restablecíamos nuestras fuerzas con un poco de *champagne* y algún bocado ligero que nuestro anfitrión había preparado para la ocasión. Ya habíamos pasado tres horas deliciosas follando en todas las posturas imaginables, y todos, especialmente el conde, estábamos frescos y con ganas de volver a abandonarnos a todo tipo de excesos. Así, todos aceptamos gustosos ese respiro y escuchamos el excitante relato de aquel doble y delicioso incesto del conde. Como no terminó de contarnos la historia en aquella ocasión, diré primero cómo acabamos la noche y luego haré un relato ordenado de aquella extraña intriga y de otras

aventuras de sus años mozos, añadiendo tan sólo que lo que llegó a contarnos esa noche sobre sus amoríos con su madre nos inflamó a más no poder, lo que dio lugar a sucesivos encuentros en *double jouissance*, disfrutada no sólo por mi lasciva esposa sino también por el conde y por mí. Llegamos a tales excesos que acabamos completamente exhaustos, y a la noche siguiente nos sentíamos todos tan vencidos por el sueño que de común acuerdo nos retiramos a dormir, aplazando hasta la mañana las lides que quisiéramos sostener en el campo de la lujuria y el amor.

Constatando que era un medio muy útil de reponer fuerzas, a partir de entonces pasamos siempre la primera parte de la noche ociosos.

Disfrutamos de ratos muy agradables paseando y cabalgando por aquel paisaje encantador, y haciendo algunas excursiones a los viejos castillos de los alrededores. El conde era propietario de dos, si bien el que estaba justo encima de su casa era el más interesante. Lo habían ocupado originalmente sus ancestros, barones que en su época habían sido unos bandidos desalmados; los campesinos de los alrededores, en efecto, contaban de ellos más de una célebre tropelía.

El castillo, aunque en medio del valle que flanqueaban las colinas, se hallaba emplazado en la cumbre de una roca aislada y que medía aproximadamente cincuenta metros de altura; estaba coronado por un alto edificio construido para suplir la falta de espacio, y contaba además con una torre esbelta y circular, desde cuya cima se dominaba perfectamente todo el valle circundante. Al portón de la zona habitable se accedía por una escalera muy empinada, en una de cuyas gradas había una trampa que daba a un foso muy profundo; la tradición contaba que era una trampa hecha para los enemigos, a los que, so pretexto de ofrecerles una reconciliación, invitaban al castillo: al pasar sobre la trampa, ésta se abría y se precipitaban al foso. Entre los campesinos existía la creencia de que en el foso había unas guadañas, movidas por un ingenio hidráulico, que los hacían pedazos.

Se trata de un hecho curioso, que demuestra cómo la tradición puede preservar la verdad donde menos se espera. Nuestro amigo el conde había tenido que permanecer seis meses oculto en las entrañas del viejo castillo, en la época en que habían puesto un

precio a su cabeza por traición. Esto le había dado la oportunidad de hacer toda clase de exploraciones, en las que descubrió distintos escondrijos.

Conociendo la tradición sobre los cuerpos triturados en el fondo del foso, un día se hizo bajar por sus dos hermanos menores sujeto por una larga cuerda, descubriendo en efecto restos de una maquinaria y ruedas con cuchillas oxidadas.

Después de su fuga, se procedió a un reconocimiento más meticuloso, descubriéndose que el torrente discurría por los subterráneos del castillo y que por la fuerza de su caída ponía en movimiento una rueda hidráulica que cortaba los cuerpos y luego las arrastraba hacia la desembocadura. Se hallaron huesos y esqueletos humanos que verificaron singularmente la verdad de la tradición.

En la época en que el conde se tuvo que ocultar ahí, los viejos aposentos eran utilizados de granero para almacenar los pagos en especie que su padre recibía por el arriendo de sus tierras. Como se sospechaba que se había escondido precisamente allí, el lugar fue registrado por la policía un par de veces, pero sin resultado, y ello gracias a los ingeniosos escondites que había descubierto. Por esta misma razón, sin embargo, se vio obligado a tomar todo tipo de precauciones y a prescindir de cama, colchas, platos, cubiertos, sillas y mesas; dormía sobre la paja, que se elevaba a tres pies del suelo, o se sentaba en ella cuando estaba cansado. Su madre, cargada de provisiones debajo de las enaguas, salía a pasear por el jardín, y, cuando nadie la veía, se deslizaba hasta la gruta de abajo, subía las escaleras secretas y, sentada al lado de su hijo sobre el heno, esperaba a que éste acabara para luego marcharse sin dejar el menor rastro que pudiera delatarlo.

Estos pormenores ayudarán a comprender lo que sigue.

El conde había sido miembro de la Guardia Real durante dos años en Turín y, siendo un muchacho muy apuesto, follaba cuantas veces se le antojaba. En sus meses de encierro, las pasiones que hasta entonces siempre había podido satisfacer comenzaron a atormentarlo. Desde las troneras del castillo veía a las campesinas que trabajaban en la ladera de la montaña, las cuales, al agacharse, enseñaban sus piernas desnudas, lo que le volvía loco de deseo. Nunca se masturbaba, sino que por las noches salía sigilosamente al

jardín, se apoderaba allí de una o dos calabazas y, de vuelta en su escondite, les hacía unos agujeros pequeños en los lados, donde luego metía su polla tiesa y con la misma los agrandaba hasta que le cabía entera; por fin, sujetando la calabaza con ambas manos, se corría deliciosamente. Solía echar seis o siete polvos en estos coños artificiales, que luego arrojaba al torrente que corría debajo del castillo. Pese a este alivio, su libido no hacía más que exaltarse cada día, hasta que en una ocasión ya no pudo controlarse.

Su madre, que se había casado a los quince, era por entonces una atractiva mujer madura de treinta y seis años. Un día, después de dejar las provisiones que le había traído, se remangó la falda para que no le quedaran señales de haberse sentado en la paja. El conde estaba sentado debajo de ella, al pie del henil. En aquella ocasión, a su madre se le levantó accidentalmente toda la ropa, dejando al aire su bonito trasero y, al sentarse, su coño velludo y abierto. Para el conde, que se lo vio todo desde abajo, aquello fue demasiado: en un instante la polla se le puso tiesa a más no poder y sin más se desabotonó los pantalones. Su madre, notando que estaba con el culo desnudo sobre la paja, se inclinó de lado, con la espalda vuelta hacia su hijo, para bajarse las enaguas; en ese momento, sin embargo, el conde la cogió de la cintura con un brazo y, apretándose contra su cuerpo e impidiéndole todo movimiento, se la introdujo de golpe hasta el fondo y con tanta fuerza que no sólo la hizo pegar un grito de sorpresa, sino también de dolor. Pugnó por desasirse de él, pero el conde la tenía sujeta con toda la energía de su feroz lujuria. Le bastaron unos cuantos meneos para arrojar su primer torrente de esperma, que le lubricó el coño; mientras tanto, su polla, sin darse por vencida, seguía tan dura como al principio, y casi sin un instante de pausa dio inicio a un meneo todavía más delicioso que el anterior. Su madre, que en un principio se había sentido horrorizada por la idea del incesto, era una mujer demasiado ardorosa como para, aun a despecho de sí misma, no excitarse al sentir una buena polla fustigando deliciosamente su coño. Y como ya no sentía el dolor producido por aquel ataque inesperado y el copioso chorro de la espuma de su hijo había lubricado bien todo el pasaje, ya no pudo controlar más sus deseos y empezó a secundar a su hijo con un estilo que no dejaba nada que desear. En cuando al conde, más inflamado que nunca por

su larga privación, le echó cinco polvos seguidos antes de desalojar.

Cuando su madre al fin se sentó, le dijo: «¡Oh, Ferdinand, qué has hecho! ¿Cómo has podido? ¡Violar a tu propia madre! ¡Es espantoso!».

El pobre conde, viéndola muy afligida, rompió a llorar, le arrojó los brazos al cuello y, gimiendo, le dijo que no había podido evitarlo.

Ella le acarició la cabeza y le dijo: «Pobrecito mío, pobrecito».

Le alzó entonces la cabeza para besarlo. Ella empezó también a llorar, sus lágrimas se mezclaron y se acariciaron mutuamente. Ello le puso casi instantáneamente la polla tan tiesa como al principio. Tumbó a su madre sobre la paja y ella, aunque resistiéndose un poco y diciéndole que era todavía más espantoso que quisiera volver a cometer semejante pecado, separó las piernas cuando lo tuvo encima y no hizo nada para impedirle que le alzara las enaguas.

Y sin más entró en su coño ya húmedo y realmente ansioso, porque ahora sí ardía de deseos.

La jodió tres veces más, cada vez más deliciosamente, y siempre secundado por el espléndido meneo del culo de su madre y por las contracciones más excitantes de los pliegues internos de su coño exquisito.

Al fin lo dejó, pero después de un comienzo tan delicioso, estos encuentros se reanudaron a diario.

Su madre demostró ser toda una experta en los recursos de la lascivia. Siendo además una mujer de un físico espléndido y extremadamente salaz, una vez que dio rienda suelta a su lubricidad se abandonó sin contención a todas las formas de la lujuria. Ya, a los pocos días de su primer encuentro, acudía a casa de él vestida con prendas ligeras, sin sujetador ni ningún otro impedimento, lo que les permitía follar siempre desnudos y de todas las maneras. El conde nos aseguró que, si bien después había gozado de mujeres incomparablemente hermosas, ninguna le había brindado tanto placer como su deliciosa madre, lasciva y salaz, sin duda porque el incesto contribuía a aumentar la satisfacción que suele procurar una mujer madura, guapa y dotada de un buen coño.

A la semana de comenzar sus deliciosos encuentros, su madre le dijo: «Querido Ferdinand, somos muy imprudentes; puedes dejarme

embarazada si no tomamos precauciones. Tu padre no quiere tener más hijos y hace lo necesario para evitarlo».

—¿Qué es lo que hace, mamá querida?

—Bueno, cariño, hace las cosas despacio, y cuando está dentro de mí me frota el sitio que ahora estás tocando (él estaba acariciándole el clítoris, cuyo tamaño era considerable) y, después de hacerme gozar varias veces seguidas y cuando siente que está a punto de correrse, de improviso me la saca, me mete el capullo en el culo y se corre allí. Tienes que hacer lo mismo, pero sin meterme dentro toda tu gran picha. ¡Oh!, ven a mis brazos, hijo mío, me has excitado tanto que necesito que me la metas inmediatamente.

Dicho lo cual el conde la montó y folló tan deliciosamente, con brazos y piernas en torno a su tronco y caderas, que por nada del mundo lo hubiera hecho desalojar, sino que, corriéndose con él de una forma arrebatadora, al punto le reclamó más. Cuando estaba a punto de sobrevenirle la tercera corrida, levantó bien las piernas, empinó el culo y, agarrándole la polla con una mano, condujo ésta al delicioso y pequeño orificio, donde, gracias a que estaba bien lubricado por la corrida anterior, le endilgó en seguida no sólo el bálano, sino todo el fuste. Ella gritó: «No tan adentro, no tan adentro», pero, apenas empezó su hijo a menearse, su excitación aumentó y, moviendo el culo con su acostumbrada destreza, volvió a correrse deliciosamente al tiempo que él disparaba su espuma hacia el fondo de sus incestuosas entrañas.

Él deslizó una mano entre sus cuerpos para apretarle con un dedo el clítoris: el coño de ella vibra, su polla lo nota y en seguida arremete otra vez contra aquella estrecha morada de la lujuria, la jode una segunda vez, dejando satisfechos tanto a él como a su madre. Luego se la sacó para aliviarla del peso que había soportado durante tanto rato, se abrazaron sus cuerpos desnudos y charlaron plácidamente sobre los gozos exquisitos que acababan de compartir. Su madre le confesó que su padre no le había hecho sentir jamás un placer como el que le brindaba su querido hijo. Y juguetearon y se besaron hasta que, meneándole la polla con destreza, la jodió dos veces más, una vez en cada receptáculo, y luego se despidieron para el resto del día.

En el segundo mes ella descubrió que sus temores no eran infundados: su hijo la había dejado embarazada. Le comunicó la

desdichada noticia con lágrimas en los ojos; pero al conde —como a mí—, las lágrimas de una mujer sólo conseguían inflamarlo más. Así que follaron varias veces seguidas, siempre por delante; el daño ya estaba hecho y cualquier precaución resultaba innecesaria.

Su madre se le entregó con mayor desenfreno que nunca, y folló con tal vigor, clase y energía que le sacó ocho corridas en un tiempo extraordinariamente breve. El hecho de que él la hubiera dejado embarazada parecía estimularlos más. Le aseguró que nunca en su vida había gozado tanto follando. Y aquella vez profirieron además los términos más obscenos, como si acabara de romperse una barrera más entre ellos, como si su amor incestuoso se hubiera vuelto aún más excitante y fuera ahora capaz de romper todos los lazos naturales que los unían.

Antes de separarse, pensaron cómo atribuir la paternidad a su marido y padre respectivamente.

Éste era un hombre de cincuenta y cinco años, por consiguiente ya poco apasionado —incluso cuando follaba lo hacía con frialdad — y al que por ese mismo motivo no iba a resultar fácil engañar.

Ella sabía que solía despertarse con una erección, pero sin embargo no siempre acababan jodiendo. Poniendo en este hecho sus esperanzas, acordaron que ella pondría un somnífero en su café y por la mañana, mientras seguía durmiendo, le menearía la polla hasta empinársela, montaría encima de él, se la metería en el coño, y se balancearía con suavidad hasta que se corriera; como se despertaría en ese momento, ella no le dejaría apartarse fingiendo que era presa del éxtasis, para luego, al recobrar el sentido, reprenderlo por haberse corrido en su interior.

Todo ocurrió según lo planeado; se despertó, en efecto, al correrse, sólo que su esposa se contraía esta vez de un modo tan inusualmente delicioso sobre su polla, que no pudo evitar echarle un segundo polvo, cuidándose ella de que se corriera otra vez en su interior. Fingió que también se había dejado llevar por la exaltación. Luego, sin embargo, lo regañó por la imprudencia que había cometido, sobre todo por haberla excitado tanto que no había podido evitar correrse junto con él, lo cual aumentaba el riesgo. No sabía cómo había ocurrido, pero el caso era que nunca había sentido tanto placer con él como esa mañana.

—Bueno, cariño, te parecerá una curiosa coincidencia, pero lo

cierto es que tú tampoco lo habías hecho nunca de un modo tan lascivo y delicioso como esta vez. Como no ha ocurrido más que una vez, tengamos de ahora en adelante más cuidado y esperemos que esta pequeña y deliciosa imprudencia no traiga malas consecuencias.

Pero sí las trajo, y el conde nos relató lo que ocurrió después:

«A los siete meses de aquel polvo matinal, mi madre dio a luz una niña. Yo llevaba ya cinco meses en el exilio cuando nació, y durante varios años recibí cartas de mi madre en las que me contaba que mi hermana era una niña preciosa y que cada día era más el *vivo retrato de su padre*, palabras que subrayaba para que yo las interpretara como procedía. Mi pobre y querida madre murió hace cuatro años, y mi padre la siguió dos años después. A partir de entonces ya no volví a verlos nunca.

»Antes de escapar de Italia, durante cinco meses había estado poseyendo casi a diario a mi adorada madre. A medida que su embarazo progresaba, parecía desear con más avidez mis abrazos. Era insaciable, pero tenía tanto encanto y estilo que jamás dejé de acudir a su llamada. Practicábamos toda clase de refinamientos y cometíamos los mayores excesos que se puedan imaginar.

»Mi padre poseía una pequeña colección de libros obscenos; mi adorada madre hurtaba de vez en cuando al más lascivo de todos, cuya lectura nos incitaba a representar las escenas más feroces e indecentes.

»Mi madre era de esas mujeres que una vez desatadas ya no se detienen ante nada. Su depravación alcanzó límites insospechados, y llegamos a cometer los actos más degenerados que se puedan concebir.

»Mi padre, cuando ya no hubo dudas sobre su embarazo, empezó a ser menos reticente a follarla. A petición mía, mi madre solía incitarlo para que la follara justo antes de venir a verme, de modo que por lo general colaba mi polla dentro del esperma paterno, unas veces en su coño y otras en su culo, hasta que al final me acostumbré a lamérselo antes de follarla de una manera u otra. Según me decía, nada estimulaba tanto su desmedida lujuria como cometer incesto con su hijo inmediatamente después de fornicar con su marido.

»Mi padre tuvo que marcharse a Turín durante diez días.

Estábamos en luna nueva, cuando las noches son más oscuras. Mi madre venía a verme enfundada en una capa negra; poníamos la capa sobre el suelo y, completamente desnudos, nos uníamos con el mayor desenfreno hasta el amanecer; luego madre regresaba a casa, y yo dormía como un bendito hasta que volvía trayéndome la comida.

»¡Oh!, fue un tiempo realmente dichoso; aquella mezcla de soledad e incesto, unida a mi exaltada juventud (por entonces tenía sólo diecinueve años), hacía que me brindara a ella siempre solícito, y jamás se marchó de mi lado sin haber satisfecho plenamente su incontenible lujuria. Si las circunstancias le hubieran permitido quedarse conmigo más tiempo del que solía, me hubiera corrido todavía más veces. Cuando podía venir de noche, había ocasiones en que llegaba a correrme diez u once veces, mientras que ella probablemente se corría el doble de veces. Yo era infatigable.

»En todas las cartas que más tarde me escribió, me manifestó siempre su pesar por haber perdido a su hijo más querido; me decía que estaba desconsolada, subrayando el con, que en francés quiere decir "coño".

»En sus cartas hacía constantes alusiones de ese tipo. En infinidad de ocasiones en que me he sentido sin ganas de follar y no había modo de lograr que mi polla respondiera a la llamada que se le hacía, no he tenido más que evocar alguna de aquellas escenas con mi madre para que la verga se me pusiera tiesa en el acto, para inmensa satisfacción de mi *fouteuse* ocasional, e incluso ahora sólo necesito pensar en ella para reanimarme en seguida».

No bien acababa de decirlo, mi adorada esposa le deslizó una mano debajo de la bata. Comprobando que tenía la polla tiesa a más no poder, se la cogió y, haciendo como si fuera su madre, gritó:

—¡Oh, ven, ven, mi amado Ferdinand! Ven a los brazos de tu querida madre.

Se tumbó de espaldas en el diván, y él, tras despojarse de la bata y arrodillarse en el suelo, se colocó entre sus piernas, exhibiendo su culo fantásticamente velludo, del tipo que yo tanto adoraba. La vista encendió mi polla salaz, y así, arrodillándome detrás suyo, la conduje al interior de su ojete y, mientras él follaba a mi adorada esposa, yo sodomizaba su culo maravilloso. Follamos dos veces; luego mi esposa me recibió en su coño, mientras el conde se la

metía por atrás a su supuesta madre, pues manteníamos esa excitante simulación. Seguidamente echamos otro polvo en la misma postura, ocupando ambas aberturas para su entera satisfacción.

Concluyó así nuestra deliciosa orgía. Dedicamos parte de la noche siguiente a descansar para recobrar fuerzas y poder entregarnos a un mayor desenfreno a la noche subsiguiente.

Gracias a este sistema nos manteníamos en forma; de hecho, sólo cuando estaba a punto de finalizar nuestra visita tuvimos que recurrir a la vara, de la que tampoco entonces necesitamos abusar.

Fue hacia la mitad de la segunda noche cuando el conde prosiguió con el relato de sus amoríos con su madre. Su hermana-hija, pues era ambas cosas, nació durante el primer año de su exilio. Aparte de la descripción que le había hecho su madre, es decir, que se estaba convirtiendo en una niña preciosa y que era el vivo retrato de su padre, o sea de su hijo, el conde, éste no sabía nada más de ella. Acababa de cumplir once años cuando su madre murió; después de este triste suceso, vivió dos años más con su padre. A la muerte de éste, su segundogénito tomó posesión de la propiedad. Dado que el Estado había privado al conde de todos sus derechos, la propiedad pasó a manos del hermano. A su vuelta, tras la amnistía, el conde tuvo que llevar a juicio a su hermano para recuperar su propiedad. Su hermana-hija, que no había sido muy feliz con la mujer de su hermano, los dejó encantada para irse a vivir con el conde. Contaba a la sazón diecisiete años, y tenía un trasero y un pecho espléndidos, y unos ojos marrones preciosos y lascivos, iguales a los de su padre, al que ella tenía tan sólo por hermano. El recuerdo del placer desenfrenado que había vivido con su propia madre (y la de ella), le provocó un deseo irrefrenable de poseer aquel fruto incestuoso de sus amoríos. Después de cenar, solía sentarla en sus rodillas para contarle sus aventuras en el extranjero, narración que entremezclaba con besos y jugueteos. Una vez se atrevió a elogiar sus tetas espléndidas y se las palpó; le dijo que no podría creer que la enorme prominencia que tenía abajo fuese de verdad hasta que no se la tocara con sus propias manos. La primera vez accedió a mostrársela con cierta resistencia, la siguiente con menos, hasta que él acabó por palparle y acariciarle el coño y por ponerle su polla tiesa en su mano acariciadora. Aquello sólo podía

gozamos muchas veces cuando su padre la dejó a nuestro cuidado.

Después de una visita que nos hicieron en Inglaterra, la dejó con nosotros durante seis meses para que perfeccionara su inglés. Naturalmente, nosotros perfeccionamos su educación erótica mientras ella se perfeccionaba en inglés gracias al enorme talento que poseía para las lenguas, y es que, pese a que sólo tenía dieciséis años, hablaba ya cinco idiomas a la perfección, incluidos todos los dialectos locales de Italia, muy distintos entre sí. Su estancia con nosotros se prolongó bastante más tiempo, pues cuando estaba a punto de marcharse descubrimos que estaba embarazada. En el momento debido dio felizmente a luz una niña. Su padre, que vino después del advenimiento para llevársela a casa, nos cedió, ante las súplicas de mi esposa, aquella dulce criatura fruto de mi unión con su hija.

Como nosotros no habíamos tenido hijos, mi esposa adoptaría a la criatura. El conde, enormemente complacido en su fuero interno por nuestra propuesta, nos la dejó. Más tarde tendría él un hijo con esta niña encantadora y preciosa que era a un mismo tiempo hija y nieta suya.

Han pasado muchos años desde entonces, y aquel hijo, al que adoptó legalmente, es ahora conde tras heredar el título a la muerte de su padre.

Durante esos años nos visitamos con frecuencia. En el curso de esas visitas el conde nos fue relatando otros episodios de su vida, que reproduzco a continuación con sus propias palabras:

«Me piden que les hable de mis primeras experiencias. Mi iniciación en los misterios secretos del amor se produjo de una manera asaz curiosa y supuso la desdicha de la bonita monja que había tratado de instruirme en el dulce arte de amar.

»Sabrán que después de la primera vez que Napoleón conquistó el norte de Italia, cuando cruzó los Alpes por el paso de Savona y, tras vencer en la batalla de Montenotte y en otras de los alrededores, ocupar los territorios del interior y arrasar todo a su paso, el Piamonte fue anexionado al Imperio. Luego, siguiendo la moda francesa de la época, se expropiaron todas las propiedades de la Iglesia. Los monjes y las monjas fueron secularizados, con la promesa de recibir unas módicas pensiones que jamás cobraron. Tal era el caso de una monja de un convento de nuestra zona. Para

mantenerse abrió una escuelita para niños y niñas de tierna edad. Las familias pudientes de los alrededores, deseosas de ayudar a una criatura honesta que se había visto reducida a la pobreza sin culpa ninguna, enviaron a sus hijos a su escuela para que les impartiera la instrucción primaria. Como mi madre se había encariñado mucho con la hermana Bridget —así se llamaba—, yo figuraba entre esos niños. Aunque acababa de cumplir doce años, era ya un chico bastante crecidito, y recuerdo perfectamente que me despertaba con la polla empinada, cuyo tamaño, notable ya, era un claro anuncio de la magnitud que alcanzaría en el futuro. Creo que era el chico más alto y grande de la escuela y que era dos o tres años mayor que todos mis compañeros. Yo lo ignoraba todo sobre la unión de los sexos. La monja parecía haberse encariñado conmigo, y solía abrazarme y besarme con sus labios carnosos de un modo que parecía como si se le cortara la respiración. Cada vez que me tocaba repetir la lección tenía que hacerlo muy cerca de ella, y sus brazos, aparentemente por casualidad, quedaban siempre a la altura de mi polla y me la tocaban sin provocarme todavía ninguna reacción. Sin que yo supiera cómo, estos apretones casuales terminaron por empinármela, cosa que ella, sin duda al acecho, notó con deleite. Viendo que ahora lograba ponérmela en el estado que quería, un día me dijo en voz alta: “Fernandino, quiero que te quedes un rato al final de la clase para repetir otra vez la lección. Necesitas repasar un poco más, cuando se marchen los demás podré ayudarte”. Creí que quería ser amable conmigo, pero en realidad su objetivo era muy distinto. Cuando todos se marcharon y nos quedamos solos, me pidió que me acercara: me hizo con el brazo lo de siempre, la polla se me empinó, me la apretó con más fuerza y luego exclamó: “¡Dios mío. ¿Qué es esta cosa dura que tienes debajo de los pantalones? Déjame verla”. Me los desabotonó, me metió su suave mano y sacó mi polla. “Qué cosa tan curiosa. ¿Siempre la tienes así?”. “No, no siempre”. “¿Y ahora, por qué se te ha puesto dura?”. “No lo sé, pero a veces, cuando me acerco a enseñarle los deberes, su brazo me la toca y se me pone en este estado”. Durante todo ese rato me había mantenido asida la polla de una manera muy suave y excitante, tanto que al poco me hizo sentir aquellos espasmos paradisíacos que en tales casos acometen a los comunes mortales, aunque con efectos visibles sólo sobre mi sistema nervioso. Aquella primera vez no

intentó nada más, sino que, diciéndome que me abotonara, me advirtió que era muy malo fomentar ese hábito y que no debía decírselo a nadie cuando se me pusiera tan indecorosamente tiesa y dura.

»Siguió con este juego un par de días más. Viendo que no le había dicho nada a nadie, decidió coronar su gran objetivo. Volvió a pedirme que me quedara. Me excitó como hacía siempre y muy poco después ya me la había puesto tiesa. “Ahora”, dijo, “voy a iniciarte en los misterios del amor. Veo que eres discreto y que puedo confiar en ti; túmbate de espaldas sobre este pupitre”. Le obedecí. Me alzó la camisa —ya tenía los pantalones bajados—, me palpó el fuste y sus apéndices y, luego, arrodillándose a mi lado, me la chupó deliciosamente hasta que sentí que mi polla iba a estallar. Entonces se levantó y se abrió de piernas sobre el pupitre y mi cuerpo, se alzó las enaguas hasta la altura del ombligo y, para mi gran sorpresa, puso ante mi vista una espesa mata de vello que le cubría todo el pubis. Conduciendo mi polla hasta la entrada de su coño, fue poco a poco introduciéndose el pequeño objeto y dejando caer el cuerpo. Sus primeros movimientos me produjeron una especie de dolor semiplacentero, la polla se me ablandó un poco, pero en seguida volvió a recuperar su rigidez gracias al placer que me producían sus meneos. Volví a correrme preso de un paroxismo de placer embargante; ella también se corrió, pues en ese momento sentí que un chorro de líquido caliente me bañaba toda la polla. Sujetándome con fuerza, me hizo permanecer donde estaba y contrayendo el coño volvió a ponérmela rápidamente tiesa, tras lo que me acometió otro paroxismo delicioso.

»Después de eso mi polla se quedó completamente fláccida, y desalojé. Al levantarme vi que por la polla y los huevos me corría un hilo de sangre; siendo un niño, la vista de la sangre me asustó y empecé a llorar; ella me lo limpió todo y me corrió el prepucio para limpiarme también el glande, pero el roce me produjo dolor y volvió a brotar sangre; el caso es que hasta entonces había tenido el prepucio pegado al borde saliente del capullo, y ella, al momento de hundirse sobre mí, me había producido un desgarro al correr el pellejo hacia abajo; indudablemente, me había roto esa especie de himen que tiene todo chico, causa del dolor semiplacentero que había sentido al principio y del consiguiente derrame de sangre.

Trató de retenerme hasta que volviera con un poco de agua caliente, diciéndome que con eso me pasaría todo. Pero yo estaba demasiado asustado y me fui corriendo a tata y llorando durante todo el camino; como un niñito estúpido, nada mil llegar busqué a mi madre y le dije todo lo que la hermana Bridget me había hecho, enseñándole además el daño que me había causado en la verga. Mi madre, furiosa, fue en seguida a la escuela, donde en un cuarto interior vivía la hermana Bridget: le soltó un buen rapapolvo y llevada por la ira lo divulgó todo, de modo que la pobre mujer perdió a todos sus alumnos y se vio reducida a la más absoluta pobreza. Con todo, un joven conde que vivía en los alrededores la convenció para que aceptara su protección; ella tuvo el buen tino de reclamarle a cambio una pensión vitalicia, para tener las espaldas cubiertas por si llegaba a abandonarla. Yo, naturalmente, muy pronto deploré mi necia conducta. No bien se me curó la heridita de la verga, empecé a evocar constantemente el placer que me había producido al tocármela y mamármela, así como ese delicioso paroxismo que me había invadido; pero ¡ay!, ya era demasiado tarde. Sin embargo, ahora que ya sabía para qué me servía la polla, y como quiera que nuestras criadas y las campesinas de los alrededores, enteradas de mi aventura con la monja, no hacían más que instigarme, me dediqué a follar con éstas a diestro y siniestro, en los campos, entre los arbustos, en establos o pajares, y sin parar durante un año entero; sin embargo, acabé siendo descubierto por mi padre, y me envió a un instituto de Savona. En Italia los institutoˆ tienen un colegio anejo para alumnos más jóvenes, igual que en el
King's
College de Londres.

»Allí conocí a un muchachito seis meses mayor que yo, hijo de un amigo de mi familia, al que conté toda mi aventura con la monja. Solíamos pedir permiso para ir al lavabo a diferentes profesores, con objeto de que no sospecharan que nos reuníamos allí. Un día, después de que en varias ocasiones nos hubiéramos tocado y meneado la verga hasta corrernos —lo que ya ambos éramos capaces de hacer—, mi amigo me propuso que se la metiera en el culo, cosa que le había enseñado un joven portero de su primer colegio. Era un chaval apuesto y rollizo, con nalgas enormes

y un ojete que, debido a su experiencia con el portero, que tenía una polla ya bastante crecidita, parecía más una vulva por lo ancho y cóncavo que era. En aquel entonces mi polla era casi tan grande como ahora; no obstante, podía metérsela hasta el fondo sin dificultad y solíamos disfrutar haciéndolo. Lo curioso era que le gustara ser el receptor y que se la meneara al mismo tiempo. Sólo en raras ocasiones me la metía él a mí y siempre lo hacía por mera curiosidad: lo que en realidad le gustaba era que lo follaran y se la menearan. Mientras estuvimos juntos en el colegio, esta relación nos satisfacía a ambos y jamás corrimos el riesgo de unirnos a las rameras de la ciudad; así nos salvamos de las terribles enfermedades que contrajeron muchos de nuestros compañeros, enfermedades que varios de ellos padecerían para el resto de sus días. Esta placentera relación duró varios años, siendo sólo interrumpida por mi exilio.

»Mientras tanto, a mi vuelta a casa para pasar las vacaciones, no había olvidado a la hermana Bridget y estaba ansioso por reanudar mi trato con ella. Descubrí fácilmente su domicilio. Un día que me crucé con ella, frunció el ceño y volvió sus pasos en otra dirección. Descubrí, sin embargo, que acostumbraba pasear por un camino solitario. Así que, ocultándome, esperé a que se aproximara lo bastante para que no pudiera escapar, la abordé, le cogí la mano, y le supliqué que perdonara la locura de un simple niño que desde entonces no había hecho sino reprocharse su enorme estupidez, pero que ahora ya era un hombre que sólo ansiaba demostrarle su devoción. Mientras decía esto me había desabotonado los pantalones con la otra mano, extrayendo una polla muy bonita y totalmente tiesa.

»“¡Mire!”, grité, “mire cómo el recuerdo del paraíso que perdí le tiene el alma en vilo, permita que esta muda criaturita interceda por mí”.

»Puse su mano sobre mi polla y ella me la agarró con fuerza:

»“¡Oh! Fernandino, te he amado siempre, y si no hubiera sido por tu indiscreción te habría tenido entero para mí durante meses”. Le arrojé los brazos al cuello, nuestras bocas se unieron en un beso de amor, su lengua prendió fuego en mi alma. Me siguió con entusiasmo hasta unos arbustos y en seguida se tumbó en el suelo con las piernas abiertas. Le alcé las enaguas —su rica mata y su

coño palpitante eran irresistibles— me precipité sobre ella, la chupé hasta que se corrió dos veces y luego yo me corrí hasta tres veces antes de desalojar. Yo deseaba seguir gozando de esa unión deliciosa, pero ella me rogó que me levantara por prudencia. Y nos despedimos, no sin antes concertar otras citas, que tuvieron lugar en bosques y graneros, o en cualquier otro lugar propicio. Durante una de mis vacaciones, su protector se fue a Turín por una semana, y una noche pude entrar en su habitación trepando por el techo de un cobertizo, y, completamente desnudos, incurrimos en los mayores excesos. Era una mujer extremamente ardorosa y lasciva, de un físico espléndido y un coño que desde el comienzo de nuestros devaneos se mostró insaciable. Como he indicado antes, era sumamente velluda, tenía un clítoris bastante grande y le producía el mismo placer que la follaran por detrás que por su coño estrecho y vibrante. Lo que más le gustaba era mamar la polla; la chupaba de un modo delicioso, pero lo que hacía con más estilo era lamer el borde del capullo y la parte baja de la polla, dando de vez en cuando una lamida a los huevos, todo ello de una manera tan excitante que, aunque la hubiera follado un millón de veces, siempre conseguía que lo hiciera una vez más. Mantuvimos nuestros amoríos hasta mi marcha a Turín.

»Durante mi relación con la hermana Bridget, ésta me contó todo sobre su vida en el convento. Había tenido que tomar el velo obligada por su familia y en contra de su voluntad, pues ya por entonces la aguijoneaba el deseo, haciendo que su coño vibrara ante la sola idea de unirse a un varón. Pronto hizo amistad con otra monja que compartía sus ansias, más experta sin embargo, que primero la inició en las prácticas lésbicas y luego le confesó que mantenía relaciones con el más joven de los padres confesores. Este sacerdote acudía una vez a la semana al convento para confesar a las monjas; Bridget le confesó su relación con la otra monja para que le diera la penitencia que creyera conveniente. El confesor le dijo que primero la azotaría y luego la castigaría en el lugar pecador, esto es, en su coño, donde el cura le metió la polla cuando estaba de rodillas. Le había infligido esa penitencia para ver cuál era su reacción y, una vez comprobó que lo acogía con entusiasmo, su hora de confesión se convirtió de ahí en adelante en un acto desenfrenado, que hacían completamente desnudos, pues uno y otra

acudían tan sólo con su hábito monacal por toda ropa. Este abandono delicioso duró hasta la disolución del convento; el resto ya lo saben».

El conde nos contó otra historia que nos divirtió mucho. A los diecisiete años había sido admitido en la Guardia Real, cuerpo en el que ingresaban sólo caballeros de alta alcurnia, que luego accedían al rango de subtenientes en el ejército. Tuvo allí varias aventuras y le quitó la virginidad a una muchacha encantadora y preciosa que se preparaba para convertirse en bailarina de ópera, demostrando grandes dotes. Cuando llegó a las tablas tuvo un enorme éxito. Amaba de corazón a nuestro amigo y supuestamente le era fiel, pese a que había desarrollado una lascivia y lujuria excesivas bajo la hábil instrucción de su amante. Su huida y exilio los separó.

Años más tarde, mientras caminaba por Regent’s Park, se cruzó con una mujer preciosa, magnífica y espléndidamente vestida. Sin haberla reconocido, la estaba mirando con ojos ansiosos cuando de pronto ella lo cogió del brazo y, en el dialecto del Piamonte, exclamó: *Ces tu si! Buzaron* (¡Pero si eres tú, Buzaron!). Esta última palabra es un apodo que expresa afecto carnal, pero que, literalmente, significa «gran follador».

Entablaron una relación de lo más apasionada; ella era ahora una *danseuse* de renombre y muy bien pagada.

El conde fue el primero que la poseyó, ella lo amaba de verdad y en Londres le fue completamente fiel: sólo por amor, pues jamás le aceptaba el menor regalo. Obviamente, a ella le llovían espléndidas propuestas de aristócratas, pero mientras el conde estuviera a su lado le sería fiel. Cuando, gracias a su sagaz percepción femenina, lo notaba alicaído, dejaba que se marchara a buscar otras, pero sin negarle, ni siquiera entonces, su cuerpo. Era una criatura francamente adorable, y solía contar las experiencias eróticas de su juventud. Muchas de éstas eran enormemente divertidas, pero había una que mostraba mejor que ninguna cuán ardoroso era su temperamento. Estando de temporada en Génova, había aceptado una generosa oferta de los propietarios de la Opera de Lisboa y había tenido que embarcarse en un bergantín italiano. Era el único pasajero y su camarote estaba en la misma cabina que ocupaban el capitán y el primer oficial. Al segundo día, el capitán dio signos de

desear poseerla. Ella ya tenía ganas de que la follaran puesto que en tierra se había acostumbrado a fornicar todos los días, y de muy buena gana se sometió a sus deseos; primero con él, después con el primer oficial, luego con toda la tripulación, y sin suscitar celos en el capitán ni en el primer oficial, gracias a que en aquellos días el capitán y la tripulación de un barco estaban unidos por un pacto que hacía que todos estuvieran interesados en el éxito del viaje.

El capitán, el primer oficial y el carpintero eran dueños del buque. El equipo del contramaestre y cuatro hombres elegidos recibían comida, principalmente pescado seco, pero no salario. Tenían derecho a un porcentaje de las ganancias del viaje, lo que hacía que estuvieran interesados en su éxito y que se trataran con su capitán tan amistosamente.

El viaje duró seis semanas, durante las cuales ella obtuvo a diario los favores de todos los hombres del barco, que pasaron de follarla por delante a satisfacerla por las dos aberturas; con frecuencia tenía a uno en cada orificio y se la chupaba a otro hasta que le provocaba una corrida, que ella tragaba con deleite. Llegó incluso a obtener las *prémices* del grumete de doce años. Por todo ello aseguraba que jamás había satisfecho de una manera tan plena su desbordante lujuria como en aquel viaje de seis semanas.

El conde, que se había partido de risa oyéndola contar, en el gracioso dialecto del Piamonte, todos aquellos actos de desenfrenada lujuria, nos dijo que, no obstante el desmedido trajín que había tenido en ambos orificios, y con varias pollas de tamaño considerable, tras un detenido examen no había detectado ningún ensanchamiento anormal en sus partes y que seguía siendo capaz de estrangularte la polla en cualquiera de sus orificios. La suya era una de esas constituciones excepcionales y espléndidas que no se ven afectadas por ningún exceso; era capaz de acabar con el mayor número de pollas y de estar lista en un momento para entregarse con igual desenfreno a una nueva tanda que reemplace a las ya exhaustas.

Los Frankland

La historia de los Frankland - Una familia feliz

Como continuación de las confesiones del conde, referiré ahora los hechos de la infancia de mi adorada esposa en forma de relato, aunque la noticia que ella en su día me dio de los mismos se vio varias veces interrumpida por encuentros lujuriosos provocados por la naturaleza lasciva y excitante de sus revelaciones.

Era hija de una griega que se casó con un prelado de la Iglesia de Inglaterra, hombre éste de gran erudición, graduado con todos los honores en Oxford. Siendo miembro de la Junta de su instituto, había sido tutor del hijo de un importante aristócrata y, viajando con aquél durante varios años, había adquirido un profundo conocimiento de las lenguas de la Europa moderna. En Grecia se había enamorado perdidamente de su madre, había tratado de seducirla y, fracasando en su intento, la había desposado. Era un hombre muy lujurioso por naturaleza y la encontró sumamente atractiva y excitante por sus ojos brillantes y lascivos, y su abundantísima cabellera, que suelta le llegaba hasta los tobillos; tenía además las cejas muy espesas y los bigotes bien marcados, lo cual era suficiente para volver loco a un hombre sensual como su padre. Así pues, al fracasar en todos sus intentos de poseerla, se casó con ella y, según lo que posteriormente le contó su padre, poseía una voluptuosidad tremenda y un enorme conocimiento de los placeres carnales, y hacía todo cuanto la mente más lasciva sería capaz de imaginar. De su madre heredó ese cuerpo deliciosamente velludo, y de ambos progenitores su lascivia incontenible. Perdió a su madre cuando acababa de cumplir los ocho años. En vida de ésta, solía meterse en su cama por las mañanas para que la mimaran un poco, los había visto en diversas ocasiones follando e, incluso,

allí, lo que podía hacer fácilmente si ella levantaba el culo hasta la altura en que antes estaba el coño, de modo que podría entrarle sin que ninguno de los dos tuviera que cambiar de posición. Naturalmente, su culo pasó a ser pronto ocupado no sólo por el bálano, sino por toda la polla; al poco llegó a gustarle tanto que era frecuente que la jodiera tres o cuatro veces seguidas en su ojete para su infinita satisfacción; de ese modo, su padre pudo disfrutar de las primicias de todas las aberturas de su cuerpo.

Fue él quien la instruyó tan profundamente en literatura clásica y en lenguas modernas, pero siempre a través de la lectura de obras obscenas, tales como las de Meursio y Suetonio en latín, Ateneo y sus banquetes en griego, fijando sobre todo su atención en el capítulo dedicado al amor entre muchachos, Boccaccio y Casti en italiano, en las ediciones no expurgadas, las aventuras de Casanova y los cientos de libros eróticos franceses, con las ilustraciones más excitantes de estas obras y de otra muchas. Su lectura daba siempre lugar a folladas en una u otra abertura, en el que reproducían la descripción que había exaltado su lascivia.

De ese modo se depravó tanto su imaginación que acabó deseando experiencias distintas a las que él podía ofrecerle, por lo que se puso a buscar un *aide-du-con*. Éste lo halló primero en su joven y guapo criado, que dio pruebas de ser muy discreto, sabiendo cómo portarse y de estar extraordinariamente dotado.

Se entregaban al mayor desenfreno en las horas en que su padre tenía que atender a su extensa y nutrida parroquia. Pero ahora contaré el resto con sus propias palabras. Ella me explicó:

«La absoluta impunidad con que podíamos actuar terminó volviéndonos incautos, lo que dio lugar a que mi padre descubriera nuestra intriga. En un principio pareció disgustado y afligido, pero pronto cambió de opinión, pues acabó poseyendo al muchacho e introduciéndolo en nuestras orgías incestuosas, en las que mi padre hacía tanto de dador como de receptor con él, cuando no era yo la que disfrutaba con los dos a la vez. Y durante cinco o seis años ambos fueron los únicos que dieron satisfacción a mi lujuria.

»Por aquellas fechas, un hermoso chico de catorce años, hijo de un hermano menor de mi padre y en consecuencia primo hermano mío, vino a vivir con nosotros. Era huérfano de padre, y su madre lo trajo para que mi padre le hiciera de tutor. Yo le sacaba unos tres

años y me aceptó como a una hermana mayor, me quería mucho como a tal y solía abrazarme y besarme con mucho cariño. En cuanto a mí, pronto empecé a tener otros sentimientos.

»Cuando llegó estaba tan afligido por la pérdida de su madre que tenía miedo de acostarse solo, de manera que yo solía acompañarle y le ayudaba a desvestirse. Era todo inocencia; su madre había hecho lo mismo hasta antes de morir, de modo que no tenía ninguna *mauvaise honte* y me dejaba que le quitara la camisa y le pusiera el pijama, e incluso hacía sus necesidades delante de mí sin avergonzarse; después de meterlo en la cama, lo arropaba bien, le daba un beso y me iba.

»Con la experiencia que tenía y mi profundo conocimiento de las artes de la lascivia, no me costó mucho descubrir sus encantos secretos, por entonces siempre en estado de reposo, pero prometiendo ya un futuro desarrollo. Me sentí atraída por él una mañana en que una orgía con mi padre y el criado no me había dejado del todo satisfecha. Tuve la tentación de ir a buscar a mi primo Henry, de despertarlo y acariciarlo, sabiendo que era probable que por la mañana la tuviera tiesa como la tienen casi todos los muchachos, e incluso los hombres.

»Me deslicé, pues, hacia su habitación, donde como había esperado vi al momento, dado que sólo estaba parcialmente cubierto por la sábana, que su polla despuntaba de una manera inequívoca. Aparté con delicadeza la sábana y descubrí encantada que su instrumento, insignificante cuando estaba caído, en estado erecto tenía un tamaño bastante respetable, perfectamente capaz de satisfacer a cualquier mujer gracias a su tremenda rigidez. Se lo cogí suavemente con una mano para palparlo; eso hizo que vibrara y que se le pusiera duro como un palo, pero cubierto con una envoltura de terciopelo.

»Me metí a su lado en la cama sin despertarlo y levantándole el camisón lo suficiente para que sintiera el contacto de mi piel. Aparté la sábana para entrar, lo estreché entre mis brazos y lo desperté con un beso.

»Se mostró sorprendido y encantado al descubrirme a su lado, pero aún no tenía la menor noción de lo que podía hacer aparte de abrazarme y acariciarme. Al estrecharlo entre mis brazos, me había cuidado de alzarle el camisón hasta las caderas para que su cuerpo

desnudo se apretara contra el mío mientras nos abrazábamos.

»Fingiendo sorpresa, pregunté qué era aquello tan duro que se apretaba contra mi cuerpo, al tiempo que bajaba una mano y se la agarraba. El contacto la hizo vibrar violentamente. Arrojé entonces la sábana para ver qué podía ser.

»"Dios mío", dije, "¿cómo es posible? ¡Vaya cambio! Anoche, cuando te metí en la cama, no la tenías así. ¿Cómo es que se te ha puesto en este estado tan raro?".

»"Se me pone así, querida prima, cuando me despierto con ganas de orinar; luego se me baja".

»"Pues levántate y orina; yo también tengo ganas".

»Cogió la bacina y orinó. Yo cogí otra y también me puse a orinar, con las piernas bien separadas y sosteniendo el orinal entre los muslos, para que así pudiera verme perfectamente el coño y el chorro que despedía.

»Me clavó la vista estupefacto: era la primera vez en su vida que veía que las mujeres no eran como él por ahí abajo.

»"Qué gracioso", gritó, "orinas por un hueco, y no tienes cola. Me gustaría verlo más de cerca".

»Le dije que iba a tumbarme de espaldas en la cama para que pudiera ver todo lo que quisiera, pero que no le contara nunca a nadie lo que había visto, porque era un gran secreto.

»Naturalmente, me dio su palabra. Así, tras despojarme del camisón, me eché de espaldas, separé bien las piernas y le dije que lo vería mejor si se ponía de rodillas entre mis piernas, a cierta distancia del objeto que le iba a enseñar.

»Se arrodilló y empezó a examinarlo de cerca, admirando la enorme cantidad de vello que ya poseía, separó los labios, me acarició lo que él llamaba cacharrito, mi clítoris, a la sazón inflamado de deseo. Le dije que me palpara por dentro con el dedo medio; lo hizo y, en seguida, para gran asombro suyo, se lo apresé, y con tal fuerza que le costó sacarlo. La naturaleza, desconocida para él, jugó su papel: la polla, que se le había quedado fláccida después de orinar, se le puso más tiesa que nunca. Se la agarré y dije:

»"¿Qué significa esto, Henry? Es imposible que tengas ganas de orinar otra vez".

»"No, no, es que he sentido una cosa rara, no sé qué

exactamente, pero ha hecho que se me levante otra vez la cola”.

»“Si me prometes guardar el secreto te explicaré qué es”.

»Me dio su palabra de que nunca contaría nada de lo que le enseñara. Así que le dije:

»“Ven a mis brazos, recuéstate sobre mi vientre y te lo enseñaré. Así, muy bien”.

»Su polla chocó furiosamente contra mi coño. Deslicé una mano hacia abajo, conduje su polla a mi coño ansioso y luego, poniendo ambas manos sobre sus nalgas, se las apreté y le hice entrar con su delicioso fuste hasta que tocó el vello de mi codicioso coño, rezumante del esperma de mi padre y el criado, gracias a lo cual me la coló con la mayor facilidad. Pero no bien me la hubo metido, una de mis exquisitas contracciones le hizo gritar de placer, mientras yo me corría con la deliciosa certeza de que estaba disfrutando de las primicias de un muchacho precioso. Le expliqué cómo debía menearse, y una vez supo qué hacer, la naturaleza se encargó del resto. Tras unos pocos movimientos rindió su primer tributo en el altar de la exquisita morada de Venus, la voluptuosa diosa del amor. Yo me uní a él en la deliciosa descarga.

»No bien acababa de experimentar por primera vez los deleites del coito, el chico me folló cinco veces más antes de conseguir que me la sacara, y sólo lo hizo por miedo de que nos descubrieran. Luego retozamos deliciosamente y le prometí que iría a verlo todas las mañanas que pudiera, vigilando que no nos descubrieran. Habiéndole inculcado la absoluta necesidad de reserva y cautela si quería repetir la deliciosa lección que le había dado, volví a mi habitación satisfecha hasta lo indecible por haberle quitado la virginidad. Sólo las mujeres que han tenido esa inmensa suerte saben qué placer tan exquisito depara iniciar a una polla virgen en los misterios del amor y en nuestros coños codiciosos.

»Mantuvimos esta deliciosa relación durante meses antes de que nos descubrieran; pero el hecho es que el hábito genera negligencia, y mi padre al fin lo descubrió. El pobre Henry se sintió dichoso de lograr el perdón de mi lascivo padre dejándole que se la metiera en el culo mientras me follaba. Mis apasionados abrazos le ayudaron a aguantar aquella curiosa mezcla de placer y dolor que produce la primera penetración en esa obertura estrecha y deliciosa dedicada al dios obsceno. Al poco tiempo lo iniciamos en nuestras orgías con

el criado. Y su participación, en fin, nos permitió hacer combinaciones más complejas y lujuriosas que las que pueden hacer dos hombres y una sola mujer.

»Hasta que mi padre, que había vivido siempre de sus ingresos, murió, dejándome una renta bastante módica. Su deceso ocurrió después de que mi primo Henry, de quien ya me había enamorado apasionadamente, alcanzara la mayoría de edad. Henry, en efecto, había sido mi primer amor, y sentía por él toda la devoción y la pasión propias de ese vínculo. Él gozaba de cierta independencia, y después de la muerte de mi padre vivimos juntos durante años, durmiendo juntos en secreto:

»Unos parientes, amparándose en el qué dirán —pese a que no sospechaban nada de nuestra relación carnal—, me persuadieron para que me convirtiera en institutriz, para lo cual estaba más que cualificada gracias a las enseñanzas que había recibido de mi padre. Estimé que era una solución sensata e incluso pensé que serviría para afianzar el amor de Henry. Pero la separación fue muy amarga. Ya era un hombre hecho y derecho y tenía una polla espléndida, aunque muy inferior a este monstruo», dijo refiriéndose a la mía. Se me había puesto tiesa y me la cogió con su mano; yo sólo había estado esperando que me la tocara para tumbarla. La habría follado en el acto, tan excitante había sido su relato.

Tras este episodio, ella volvió a tomar la palabra para decir que su sistema de enseñanza le había dado muy buenos resultados. De vez en cuando se consolaba viéndose con su amado Henry, además de satisfacer la lujuria tanto de los padres como de los hijos de las familias con las que vivía —enseñando y quitando la doncellez a varios chicos—, aunque sin volver a sentir con éstos la satisfacción que le había producido su amado Henry, hasta que, como me dijo en tono lisonjero, había tenido la inmensa suerte de entrar en nuestra familia y dar con una joya como la que yo poseía.

Cuando en ocasiones dio con niñas de un temperamento enormemente ardoroso, se había visto tentada a iniciarlas en el sexo oral. Trabajando como institutriz había comenzado a utilizar la vara en el trasero de sus alumnos, y viendo el efecto erótico que les producía en ellos, se sintió incitada a experimentar en sí misma los azotes. Después de esto había conocido a infinidad de muchachos, padres de familia y viejos ya decrépitos a los que había necesitado

a su madre. Lo que me excita es verlos gozando entrelazados, follando furiosamente ante mis ojos deleitados, pero sólo de tanto en tanto, porque, ¡ay!, es una satisfacción de la que ahora puedo gozar muy contadas veces. Aun así, hay veces en que, tras haber disfrutado viendo su combate amoroso, le chupo su esperma joven y entonces se me empina lo suficiente para que mi hermosa esposa pueda montarme y luego meterse la polla de nuestro adorable hijo en su trasero; y es que en mi debilidad necesito también sentir el contacto de su polla vigorosa contra ese velo interno que apenas nos divide. Tardo mucho en correrme, tanto que mi encantadora esposa llega a recibir dos, y a veces tres, descargas deliciosas de mi hijo en su ojete antes de que mi perezosa polla inunde su coño con mi esperma incestuoso.

Formamos, pues, una familia feliz, unida por los fuertes y lujuriosos lazos del doble incesto. Necesito estos dos queridos objetos para seguir viviendo, pues, ¡ay!, todos los que antes compartieron mi polla están muertos o han desaparecido: la tía y el tío, las Dale, la Nichols, mi amada Benson, y sus amigos los Egerton.

Ya he mencionado la muerte del conde, y mis dos hermanas también me han dejado; sin duda, yo ahora sería un viejo triste y solitario de no ser por mi esposa e hijo amados, que me consuelan y llenan el vacío que de otro modo inundaría mi corazón.

Pondré aquí punto final al largo relato de mi vida erótica.

Últimamente, sin embargo, ha ocurrido algo realmente curioso: un tal Mr. Cavendish se ha divorciado de su esposa por su adulterio con el joven conde de la Rouchefoucalt. Los detalles y pruebas presentadas ante el tribunal eran tremendamente escandalosas, especialmente las cartas que se enviaron los amantes cuando el conde estuvo en Roma, donde era agregado de la embajada francesa.

Cuando el abogado del marido mostró las cartas acompañadas de la traducción jurada, dijo que le parecían demasiado escandalosas para leerlas delante del tribunal. El juez las hojeó y, dirigiéndose al abogado, dijo:

—Comparto plenamente su opinión, docto colega. Me las llevare para leerlas en casa y las utilizaré en el sumario que presentaré al jurado.

Como se verá, eran de tal naturaleza que sin duda el viejo juez —que no era otro que mi querido compinche Harry Dale—, esa noche jodió dos veces más con su esposa, excitado por aquellas cartas extraordinarias lascivas de un joven de tan sólo veintidós años. Efectivamente demostraban que se había iniciado en todas las delicias de la mayor depravación, y con precocidad, como yo mismo había hecho con mi querida tía.

Algunas de las cartas contienen escenas inventadas que dan fe de la atrevida imaginación de los amantes. El conde además alude constantemente a la inferioridad de sus descripciones respecto a las que ella en sus respuestas. ¡Lástima!, porque las excitantes respuestas de la dama están en poder del conde y no ha sido posible conocerlas; con todo, por lo que él cuenta y por su alusión a ciertas actitudes licenciosas, queda de manifiesto que poseía un temperamento tan lascivo y lujurioso como el de mi tía o la divina Frankland.

El azar puso estas interesantes cartas en mis manos, y puedo asegurar al lector que son la traducción jurada de aquellas que se encontraron en el escritorio de Mrs. Cavendish (tras ser descerrajado por su marido) y que fueron presentadas ante el tribunal. El conde había temido evidentemente que ocurriera algo de este estilo, pues, como se verá, repetidamente le suplica que destruya sus cartas después de leerlas. Pero ella, muy caprichosa como todas las de su sexo, las conservó para que constituyeran la única prueba por la cual perdería su puesto en la sociedad y se convertiría en una mujer perdida. He de añadir que era una mujer de cuarenta y cinco años y madre de varios hijos; son precisamente estas matronas ardientes y voluptuosas las que más atraen a esos jóvenes capaces de sentirse halagados y orgullosos por el hecho de conquistar a una mujer con una buena posición social. Es harto evidente que ella no era ninguna novata en depravaciones lujuriosas, y es muy probable que pasara por varias manos antes de que él la conquistara. Él, por su parte, demuestra haber sido víctima del «morbo coñil», que, como ya he señalado antes, es uno de los peores vicios que pueden apoderarse de un hombre.

Apéndice

Cartas presentadas en el caso de divorcio «Cavendish *versus* Cavendish y Rochefoucault»

Roma, sábado 6 de agosto de 1859, a las 10 de la mañana.

Anoche, ángel mío, intenté escribirte una cuartilla, pero tan sólo pude leer tu carta por segunda vez y tras un enorme esfuerzo conseguí escribir sólo unas líneas. Pero esta mañana lo intentaré de nuevo para recompensarte, no por aquella de la que me has privado por resentimiento, sino por tus encantadoras misivas que recibí después.

Acabo de recibir tu carta del día 17, comenzada el 3 de agosto a las once de la noche; te felicito por la idea de remitirla a Pal. B.; es infinitamente preferible y no hay que temer ningún riesgo («indiscreción» en el original) ni ahora ni más adelante.

Gozo pensando en el placer que te produjo lo que te envié el otro día. Fue una decisión que tomé con miedo y temblando. No sé qué pretendes enviando la carta a Albert. Si no me la envías por valija diplomática no la recibiré hasta el lunes. Habrías hecho mucho mejor poniéndola en el paquete. Anoche dormí muy mal, sin duda porque presentía que no iba a recibir ninguna cuartilla y porque pensaba que estabas molesta por mi marcha a Albano; me asaltaban además ciertos recuerdos tan desagradables como dolorosos. Como tu cumpleaños, por ejemplo, el primero de octubre, que dará ocasión a *** [presumiblemente el marido] de hacerte un obsequio en devolución del juego de botones que tú le regalaste por su cumpleaños; y luego tú sin duda le harás otro a cambio.

En cuanto a la capa marrón que te regaló ***, te pido que el día de tu cumpleaños, cuando te haga su acostumbrado regalo, sea el que sea, lo aceptes y le digas, «gracias», y, sin siquiera mirarlo, lo

pongas encima de la mesa y pases inmediatamente a hablar de otra cosa, y que cuando haya dejado la habitación lo hagas desaparecer y no vuelvas a mencionarlo nunca, o que hagas como si no supieras dónde ha ido a parar.

Acabo de ser interrumpido durante una hora y media por M. de Fiennes; muy simpática, ¿verdad? Debes perdonarme si no puedo escribirte más; lo que te he dicho antes se refiere al futuro; lo demás es agua pasada, aunque él ya tenga aquellos botones. Te prohíbo que le des nada de ahora en adelante, a menos que no te quede más remedio; en tal caso, has de darle cigarrillos o cualquier otra cosa que se gaste y desaparezca. Ya veré qué podemos hacer con tu chal: ¿no fue *** quien te lo regaló? Gracias, tesoro mío, por apartarte tanto de ***; ha sido muy considerado de tu parte renunciar a ese paseo, que detestaba que dieras con él.

¡Ah!, nuevos proyectos otra vez, pero confiemos en que sean los últimos; qué lástima me das. Hace dos días me decías que te encontrabas muy bien y ahora resulta que necesitas empolvarte la cara: es el sistema de ***. Sí que pareces con buena salud; tienes buenas razones para pensar que el régimen que has seguido hasta ahora es adecuado: ¡con los buenos resultados que da! Pobre cariño mío, me imagino cómo deben perturbarte estas continuas agitaciones. Yo también las sufro muy a menudo.

Más tarde te haré unos dibujos. Ahora no tengo tiempo. Estas incertidumbres de tu madre son terribles. Oh, sí, estoy desesperado por esa partida, especialmente ahora que está por decidirse mi suerte, y sabiendo, como sé, que eres desdichada. Pero, niña mía, no te dé miedo divulgar que no puedes soportar a *** y que te inspira repugnancia. No dudes en exponer tus motivos cuando te niegas a hacer algo, simplemente di: «Sí o no; la mano, pero con… no es necesario. Puedo prescindir de eso, tal cosa es innecesaria». Y luego, cuando aquello haya producido el efecto deseado, añade, «podremos vivir bajo el mismo techo sólo con estas condiciones, antes de que ocurra algo semejante me marcharé de aquí». Háblale de este modo; puede que al principio no te responda de una forma muy correcta, pero pronto se acostumbrará. Dile «¿Cómo estás?» por la mañana, y «buenas noches» por la noche. Y luego poco a poco acaba llamándole «Mr. C.» cuando hables con él. Es probable que te diga que esa no es la costumbre. Respóndele que no te

importa, que tampoco es costumbre ser tan idiota como él. ¡Ah, qué tristeza la tuya, niña mía! Por lo demás, uno debe pensar en lo que ha sido, no en lo que será, y debe también compararse con lo que ahora es. El progreso es siempre muy grato y reconfortante.

No estés triste por mi caballo, no estaba demasiado bien, y además no me importa ir en coche mientras tú vas a pie.

He hecho dos dibujos, uno más bonito que el otro, y he mandado hacer una copia.

Mrs. S. no ha intentado hacerme ningún tipo de proposición. Es algo que suele hacer, y con todo el mundo. Puedes estar tranquila; aunque, después de todo, ya lo estás, y sólo pretendes fingir lo contrario. Dios te bendiga por hablar tan a menudo de tus preciosas medias de seda rosas. Me gustan mucho y te adoro cuando te las pones, pese a que no es la costumbre, sobre todo de día. Sin duda son muy coquetas, bonitas y maravillosamente excitantes. Me basta pensar en ellas para que sufra una erección ¡Y luego aquel polvo de arroz!, debes estar preciosa. Esperemos que los polvos que te pones en el pelo no provoquen a *** y se envalentone; ten cuidado. Gracias por pensar tanto en mí, mi adorado ángel. Adiós, mi bien, mi mejor tesoro: te amo y te abrazo de todo corazón. Me tomaré la revancha: y también he preparado una cuartilla, pero no la enviaré hasta mañana.

* * *

Roma, sábado 6 de agosto de 1859, a las dos de la tarde
(para el correo del domingo)

Quiero darte una pequeña sorpresa, amorcito mío, enviándote esta carta, que recibirás con una cuartilla con la que no habías contado el martes por la mañana, y que ahora servirá para que no te falte carta el domingo. Fue por darte esta pequeña sorpresa, y no por desquite, por lo que no te envié esta cuartilla con mi carta de esta mañana. Ha sido muy cruel de tu parte no enviarme la tuya con el pretexto de que me encontraba en Albano, aunque estoy seguro que después te lo habrás reprochado. Además, suponiendo que haya estado allí, no hubiera cometido ninguna indiscreción con tus sobres, preciosos por cierto: pero incluso en el caso de que me

hubiese visto tentado de hacerlo, tu carta bastaba para que se me quitaran todas las ganas. Sospecho que aún no has preparado lo necesario, y necesito estar seguro de que lo vas a hacer; mañana tienes que enviarme dos cartas juntas.

Sigo con tu carta del día 17, y leo extasiado que has tenido una emisión cremosa de gozo. Qué deliciosa sería en mi té. Me gustaría enviarte algo parecido. Me complace que mi carta a la pequeña haya surtido efecto. ¿Le dirías de mi parte a Mme. de Delmar que lamento saber que está sufriendo, sobre todo porque eso hace que su carácter, ya detestable normalmente se vuelva todavía más insoportable y execrable? Puedes suprimir esta última parte si lo crees oportuno.

¡Ah!, crees que Mme. Salvi ha jugado bien sus cartas; ¿de qué modo lo habría hecho, pregunto? Eres demasiado mala, demasiado implacable. No me gusta que seas así. Te he dicho que tus sospechas me hieren y me parece que puedes creerme si te digo que he cambiado mi conducta en ese aspecto. Además, qué podría hacer. Aquí me encuentro muy incómodo: Abdol no me quiere, el duque me ha dado a entender que de vez en cuando debo visitar a su esposa, y encima Borgh me da lata con todos sus niños.

Gracias, ángel mío, por la carta de Des Pierre. Si se decide tu marcha iré a pasar unos días a Civita: triste y lúgubre consuelo. ¿Por qué me dices que estarás descalza cuando vaya a verte? Estoy de acuerdo contigo en que tus pies solos ya son deliciosos. El traje más bien me ha parecido feo, sin por otra parte producirme el menor efecto. Mañana tengo que hacer una visita a la duquesa de Grano y como parece que eso te irrita, ya no volveré más a Albano.

Dios es testigo de que apenas me produce placer y de que me importa muy poco. El último día que fui a verla ni siquiera me dieron algo fresco para beber. La duquesa de San Albán se marcha el 20 a Schwalback y a Inglaterra por temor a la guerra —otro tema que me inquieta—; en fin, así es la vida. Podría irme a vivir con la duquesa de Grano y con Salvi. Nadie diría nada sobre la primera y poco sobre el segundo —digas lo que digas tú— pero me resulta demasiado molesto y engorroso y no desearía que tú también te sintieras así. Tú podrías, con todo, haber sido mi embajadora, para que veas lo que significa ser tan graciosa, hermosa, amable y simpática. Piensa sólo, cariño, que todavía no he respondido a

Madame Rudiger. Tengo que hacerlo hoy mismo. Es una persona con la que conviene tener cuidado.

Tengo esta frase grabada en mi memoria: «¡Anoche preparé una cuartilla divina, pero no me atrevo a enviártela!». Muy simpático y amable de tu parte; no me quejo. Han sido tan maravillosas tus cartas de estos tres últimos días… y las mías tan vergonzosas. Qué gusto me da pensar que tengo el suficiente poder sobre ti para hacer que te sientes completamente desnuda sobre mi mesa. Hace tiempo tú tuviste el mismo ascendiente sobre mí, y si lo hubieses querido podrías haberme pedido cosas todavía más depravadas y degradantes que ésa, ¡y con qué rapto! Adiós, ángel mío, qué dicha poder darte este placer insignificante.

Cuando haya desvestido a mi adorable amorcito serán las nueve en punto; ella estará loca de deseo, delirando de pasión y de exacciones (exigencias) arrebatadoras; su mirada embriagadora, que me excita a más no poder, alentará todas mis fuerzas y me permitirá dejarla tan exhausta que, como yo, se sentirá en el paraíso; cuanto mayor sea el refinamiento y la delicadeza de mis caricias, mayor será tu dicha; cuanto más lánguidos se pongan tus ojos, más se abrirá tu preciosa boca; cuanto más se agite tu lengua, más se hincharán tus pechos, firmes y suaves como el terciopelo, y tus pezones, rojos y apetitosos, se erizarán; luego, cuando tus brazos se dejen caer y tus piernas angelicales se separen de una manera voluptuosa, y mientras nos vemos reflejados enteramente en los espejos, te cogeré en mis brazos para excitarte (*branler*, tocar) con mi mano, mientras tus deditos rosados me excitan a mí también con vigor y yo chupo tus divinos pezones con pasión. Y cuando la agitación de tus piernecitas, de tu adorable culito (*derrière*), y de tu cabeza, y aquellos murmullos de placer (*rugissements*) me adviertan que está por sobrevenirte la emisión, me detendré y te llevaré a un mueble hecho para sostener tu cabeza, tu espalda, tu culo y tus piernas, donde tendré cerca tu coño (*con*) y lo abriré lo suficiente para que mi cuerpo erecto pueda deslizarse entre tus piernas; luego te follaré (*enfiler*) furiosamente con mi miembro largo y enorme, que penetrará hasta la boca de tu matriz; cuando me aprietes con tus piernas preciosas, lo que me unirá más a ti, menearé (*remuerai*) mi fortísimo miembro, que tanto amas, con más vigor que nunca; mis partes pudendas (*organes males*, testículos) tocarán tu pequeño

culo, contacto que producirá un flujo tan abundante de la esencia de amor en tu coñito, que me sentiré como si estuviera tomando un baño.

¡Qué miedo me da salir de ahí! Pero ya veremos. No me mandes cartas con el correo nocturno, ¡es inútil! Cierto es que cuando estoy a tu lado en un coche me cuesta permanecer quieto. Oh, no, no me asustas con tu insaciablidad, en eso te supero, no cabe hacer la menor comparación entre nosotros desde el punto de vista físico, pero en lo que toca a tu moral y a tu corazón, ahí sí que podemos competir, cosa que me alegra sobremanera.

1.40: Fui importunamente interrumpido por la campanilla de la comida y luego he jugado una partida de Fourreau (un juego de moda en Verteuil), y aquí estoy otra vez. Acabo de negarme a acompañar a mis padres a dar un paseo por los alrededores, lo que me dará tiempo para escribirte más extensamente, a menos, claro está, que decida escribir a Fallenay.

Me dices que te gusta el trajecito, pero no añades nada ni me das detalles sobre los colores, el tamaño ni la forma. No dudo, tesoro mío, mi joya, que tendrás los pechos blancos, abultados y suaves como el terciopelo, y te agradezco que me hayas dicho que me costará trabajo asirlos y coger sus puntas de rubí con la boca.

Tienes mucha razón al decir que aumentarás mi virilidad, más cuando has sido tú quien ha hecho que mi miembro sea lo que es ahora. Te repito, por mi honor —sí, aunque a lo mejor no va a gustarte oír estos detalles, lo diré—, que tú has sido la primera mujer en el mundo que ha estimulado esa esencia que fluye de mi polla (*queue*), a la que tus besos han vuelto tan hermosa, y que has sido tú quien ha arrancado la flor de mi virginidad. Jamás había tomado (*baisé*) a otra mujer y, sean cuales sean las desgracias que me depare el destino, siempre será para mí una dicha inmensa e inefable pensar que la he entregado y perdido en los riquísimos tragos que tú ofreces (*par tes délices*). Es, y probablemente será siempre, mi mayor felicidad y el único consuelo de mi vida. Juro ante Dios que aquel placer es inmenso y que no puede compararse a nada de lo que uno puede experimentar en la tierra. No creo que aquel que cometió la locura de despojarte de la tuya fuera más puro que yo; y en cuanto a los placeres voluptuosos, si es verdad que hay mejores que los que yo conozco, te prometo que nunca trataré de

descubrirlos ni de buscarlos ni creo que, estando en tus manos, precise hacerlo. No quiero oír hablar de ninguna otra mujer, todas me desagradan y no puedo ni mirarlas. Tú lo sabes, como también sabes que no hay nada, absolutamente nada que me desagrade de ti, sino que todo aquello que te pertenece me vuelve loco y amo y adoro todo lo relacionado contigo. Me has vuelto loco, y lo sabes, pues cuando eres amable por carta dejas entrever aquello que no harías si tuvieras la más mínima duda de mi amor.

Sabes que te he lamido las entrepiernas en aquellos momentos deliciosos en que haces aguas o cuando tienes la menstruación, y que mi dicha será completa el día que me permitas, cuando las circunstancias también te lo permitan a ti, lamerte (*passer la langue*) en el inefable momento en que la joyita adorable que es tu culo acaba de aliviarse. En ti todo parece distinto y puro, y esa pureza que reina en cada uno de tus rasgos, el exceso de refinamiento que existe en todo tu cuerpo, tus manos, tus pies, tus piernas, tu coño, tu culo, los pelitos de tus partes pudendas, todo eso es apetitoso, y sé que la misma pureza domina los deseos que siento por ti. En general, el olor de las mujeres me repugna, pero el tuyo me gusta sobremanera. Siempre te rogué que conservases ese perfume intoxicante, pero eres demasiado limpia, te lavas con demasiada frecuencia. Te lo he dicho muchas veces, pero en vano. Cuando seas toda mía te prohibiré que lo hagas tan a menudo, como mucho una vez al día; mi lengua y mi saliva hará el resto.

En caso de que sea preciso que el doctor te cauterice (*toucher*), con su instrumento quiero decir, cuídate de que no se enamore de ti; apuesto a que jamás ha visto nada tan seductor, tan precioso o tan perfecto. Confiemos en que la irritación no haya sido producida por el tamaño de mi miembro.

Hiciste muy bien en ir al teatro, y lamento sinceramente haberte estropeado la diversión; no volverá a pasar.

En cuanto al puesto que ocupa George, me es totalmente indiferente.

¡Ah!, crees que el retrato ha sido hecho después. No estás segura, pero yo te garantizo que es un asunto sin importancia, amada mía. También me encantaría tener la pintura; ojalá tengas la gentileza de dármela, y mejor si no es en miniatura. Te lo agradecería mucho.

Si dije que Galitzin era listo, me equivoqué; tiene un buen corazón y me aprecia mucho. Ahora que ha perdido a su madre voy a ser más amable con él. Es una persona con la que uno puede contar; sus cartas son bien tontas. A esos rusos se les excita con nada la imaginación.

Sí, mi padre me sigue dando la misma respuesta. Gracias por tu atento ofrecimiento de guantes, ahora es mi madre la que tiene que decidir.

Seguiré prodigándote mis caricias, ángel de mi dicha, cuando esté un poco más calmado. Anoche tuve un sueño, que acabo de recordar ahora, al intentar explicar mi terrible excitación de esta mañana. Te vi mientras dormía, tú estabas a mi lado tocándome con tus amorosos dedos y me oíste decirte, «Te veo ahí». Eres tan adorable como Venus, tu exaltación y lascivia son desbordantes, tu cuerpo está completamente perfumado con tu orina, en la que te he obligado a bañarte para gozar luego lamiéndote. Te has pintado las partes más seductoras de tu cuerpo. Tienes los hombros blancos, tus pechos rosados se vislumbran a través de una gasa rosa, adornada con lazos del mismo color. Una gasa celestial transparenta tus muslos, tu ombligo y tu culo celestial, tus piernas están enfundadas en medias rosas. El esperma fluye. ¡Cómo lo necesitaba! Ciertamente, porque los testículos se me hincharon de una manera alarmante.

¡Oh, niña mía, amorcito mío, si sólo supieras cuánto sufro por el exceso de ardor y la privación en que vivo! Sin exagerar, mis testículos se han vuelto enormes. Tengo el miembro tan ancho, tan tieso y tan duro como mi brazo. Estoy loco de deseo por ti. He tenido la desdichada idea de volver a la cama. Mi mente estaba poseída por un sueño que había tenido y en el que tú, por supuesto, eras el centro. Luego pensé en las caricias que yo te hubieras prodigado y a las que habrías acabado rindiéndote. Tu cuartilla de ayer, preciosa al comienzo y al final, pero aún lejos del asunto, me obligó a desear tocarme con frenesí, a acariciarme y a menearme la polla (*la pine*) hasta que quedé exhausto sin haber podido derramar una sola gota; aquello fue demasiado para mí y ahora te deseo como un loco. Si no recibo una cuartilla deliciosa por el correo diplomático, no sé qué va a ser de mí. He tenido una emisión. Estoy

salvado. Ya podré sentirme aliviado. Me has prohibido que me acerque a otras mujeres. Has decidido que no tenga una sola corrida con nadie más que contigo, y que no folle (*baisé*) a otra que no seas tú. ¡Oh!, tengo tanto amor que darte.

Son las dos de la mañana, te he violado y te he manoseado de arriba abajo, te he besado, sobado, lamido y follado, obligándote a someterte a mis deseos, los más obscenos, los más vergonzosamente degradantes durante toda la tarde. Y también durante la tarde te he forzado a chuparme el miembro y los testículos. Te he obligado a que me pases la lengua por los dedos de los pies y debajo de los brazos. Te he compelido a que te pintes el cuerpo y que bebas tu orina. Y he estado a punto de hacer que una hermosa muchacha, cualquiera, completamente desnuda, te chupara y lamiera las entrepiernas, y de obligarla a mear en su coño para que la depravación fuera más degradante que nunca. Me he corrido de celos. He eyaculado al menos cuarenta veces. Te he dejado para marcharme al club, luego he vuelto a casa, donde, encontrándote dormida por el agotamiento, te he despertado y me he empeñado en que me la menearas con tus dedos rosados, sin parar mientras tanto de lamerme todas las partes. Me suplicas que te deje. Estás fatigada, pero yo soy implacable. Tienes que hacerlo para excitarte tanto como yo. Te lamo los pechos con furia. La lengüetada de tus tetas y el miedo de que se me ocurra traer a una muchachita para que te viole el coño con sus pechos, llenándote la matriz de leche, excita tus sentidos, y luego oyes una voz, cuyo solo sonido te hace unas cosquillas riquísimas en la matriz, que te dice: «Mi hermosa dama, te ruego que me entregues tu [?] a mí. Te amaré profundamente. Seré muy amable y simpático; soy muy guapo; cumpliré todos tus deseos. Sé perfectamente cómo tomar y lamer a una mujer; mi miembro es enorme, hermoso, rosado, ancho, largo, duro y vigoroso. Entrégate a mí».

Ya me dirás si te ha gustado.

Cuando estés lista me llamarás para que yo pueda entrar y decirte mi acostumbrado «¿cómo estás?». Lo primero que harás será sacar mi… de mis pantalones. Luego, abriéndote un poco la falda, te remangarás tu precioso camisón con una mano y me pasarás el otro brazo suave y terso, alrededor del cuello. Yo te abrazaré tiernamente y luego lameré tus hombros níveos, tus pechos, que

parecen pugnar por librarse de tu sujetador rosa de encaje. Y te lameré las piernas hasta llegar a tu divino culito, mientras tus muslos de ninfa reposan sobre mis rodillas. Luego pondrás tus piececitos angelicales, uno después de otro, cubiertos con tus medias, en mi boca. Después de esto me mandarás al comedor para que despida a los sirvientes, y entonces tú, con amorosa languidez, jadeando tras cada uno de tus movimientos por el frenesí y la voluptuosidad de la pasión, vendrás a buscarme. Habrá una sola silla y la mesa estará puesta para una sola persona. Cada uno de nosotros tendrá una sola mano libre, yo la derecha y tú la izquierda; luego te sentarás sobre mi pierna izquierda, que no te habrá costado desnudar; tú te habrás soltado la falda de tal modo que la tendrás caída a tus pies, y tu mano derecha acariciará y meneará mi polla enorme, que colocarás entre tus piernas sin introducírtela en tu coño angelical mientras mi brazo izquierdo rodea tu adorable cintura para acercarte todavía más a mí.

Después del desayuno, que habrá durado hasta las doce y media y te habrá servido para reponer fuerzas, iremos al saloncito rosa. Yo me acomodaré en una sillita estrecha, y como estaré excitadísimo por tus miradas cautivadoras, mi enorme miembro saldrá de su prisión por voluntad propia y tú montarás a horcajadas sobre mí e introducirás, con mucha dificultad, mi hermosa y vigorosa polla dentro de tu precioso coño de niña y, cuando empieces a menearte presa de un gozo infinito, pararás cada vez que te diga que estoy a punto de correrme, para así aumentar mis deseos y mis éxtasis de dicha. Pasada media hora te levantarás e irás a sentarte en el sofá, mientras que yo, cumpliendo tu deseo, me quitaré toda la ropa; luego te levantarás del sofá y te despojarás de la falda, quedándote sólo con lo que tienes debajo. Yo a mi vez iré a estirarme en el sofá, inflamado cada vez más por el deseo, ya que tu vestido, delatando sin acabar de traslucir los deliciosos contornos de tu figura, me sacará casi de quicio y me pondrá la polla tan larga y tiesa que tú difícilmente podrás sentarte sobre su punta sin que te folle, no obstante su tamaño, lo cual te hará proferir suspiros y murmullos de rapto. Al final, una vez sentados y ya follada por mi fuerte y poderosa polla, te tumbarás de espaldas. Yo apoyaré mis arrebatadas piernas sobre tu pecho para que puedas lamerme los pies; mientras pondrás tus divinas piernas amorosas, más suaves,

blancas y rosadas cada día, sobre mi pecho y me meterás tus piececitos de diosa en la boca. Como tus deseos aumentarán a cada momento, me dejarás e incluso me pedirás que te quite el liguero, tus preciosas medias y tus zapatillas, para que yo pueda regodearme lamiendo todas esas partes de tu cuerpo; así notaré el intenso gozo que el contacto despierta en el más delicado, el más femenino, el más voluptuoso miembro de tu cuerpo. Mis manos sobarán tu miembro primoroso, mi polla vigorosa besará tu matriz celestial y mis muslos acariciarán tu delicioso culo. Cuando te haya manoseado de este modo durante horas, parando cada vez que vayas a tener una emisión, sacaré la polla y te dejaré por fin tener una corrida; entonces un enorme chorro de amor inundará mi boca, y ésta de pronto y como por ensalmo se verá en el lugar de mi miembro mientras que tus pechos quedan cubiertos de aquella esencia de la que, a mis ojos, tú eres la única fuente (nunca la había visto antes de Hamburg), y que escapará de mi miembro amoroso.

Todos los días, después de la cena, te reclinarás voluptuosamente en un diván y reposarás unos instantes mientras yo me quito toda la ropa. Una vez que haya terminado y, henchido de amor, me haya mostrado para que me contemples, me dejarás tu lugar en el sofá. Haciendo los ademanes más seductores, más coquetos y más graciosos, te acercarás y te pondrás a jugar con mi miembro, que habrá recobrado todo su ardor tan sólo mirando tu precioso traje, el cual, estoy convencido, te hará parecer más deliciosa que la más encantadora de las hadas. Me amarás tanto que acabarán abandonándome las fuerzas, me dejarás exhausto chupándome hasta la última gota de mi polla ya casi vacía, pero cada vez más henchida de deseo, más enorme y más tiesa. Mis ojos lánguidos, dulces como el amor mismo, y rodeados de anchos y oscuros círculos azules producidos por tu mirada, tu lengua, tu pecho, tu coño, tu miembro, tu culito celestial, tus piernas, tus dedos y tus piececitos angelicales, te hablarán de la intensidad de mis éxtasis, mi dicha, mi intoxicación, mi desmayo, y una voz exhausta pero feliz te asegurará lo mismo, murmurándote arrebatada en tus oídos: «Oh, cuánto te amo, amada mía, mi divina virgencita, acaríciame otra vez, y otra más, y otra, estoy soñando. Oh, sí, estoy en el paraíso, no te detengas, te lo suplico, chúpamela con más fuerza que nunca; lámeme bien: ¡oh!, qué éxtasis; pídeme

lo que quieras y será tuyo. Eres mi dueña, nadie en el mundo sino tú puede hacer que me extasíe de esta manera. Frótame con tus rodillas. ¡Oh! ¡Oh! Voy a correrme», y mi boca entreabierta te demostrará mi placer y la sed que tenía del gozo que sólo tú eras capaz de brindar.

Luego, henchida de pasión como ninguna amante lo ha estado nunca, y arrebatada tras oír mi voz, completamente fuera de ti y prestando oídos sólo a la voz de tu amante, te alzarás tus enaguas pequeñitas y coquetas y, juntando más tus adorables y pequeñas pantorrillas —pues estarás de rodillas—, apoyada sobre mis venitas azules, me la menearás así, con más vigor que nunca, y apoyándote de tanto en tanto sobre tus preciosos taloncitos para liberar mi hermosa polla, totalmente erecta y violentamente hinchada e inflamada de deseo; y separarás tus muslos divinos, tan suaves y tersos y tan blancos como la nieve, para que puedas introducir mejor las puntas húmedas de tus adorables y aterciopelados pechos en el seductor agujerito de mi miembro, mientras mis piernas, alzándose ligeramente por atrás, te acariciarán suavemente el culo para que tú también puedas disfrutar un poco; y al final, incapaz de retener por más tiempo la emisión, tú te inclinarás apoyada sobre las dos manos para aumentar mi deseo y, reculando un poco y cubriéndome la cabeza con tus enaguas, que actuarán sobre mí como un conductor eléctrico, me intoxicarás con el perfume que exhalan tus piernas, tu miembro, tu coño, tu culo, hasta que finalmente apagarás mi sed y completarás mi éxtasis celestial meando, en un rapto feroz, entre mis labios ardientes un poco de ese néctar femenino que sólo tú posees, ese néctar que nadie más que tú puede emanar y que sólo es digno de los dioses. Entonces ya serán las ocho y media.

No puedes ni imaginarte lo excitado que estoy en este momento. Espero que esto te guste y que me envíes una bonita respuesta. ¿Estaré lo bastante enamorado? ¿Aún crees que hay otra mujer en el mundo aparte de ti por la que pueda sentir algún deseo? Oh, qué ansias tan terribles tengo de ti en este momento; y de este néctar del que he hablado, has de saber que no hay otro que me interese, ni que siquiera soporte, mientras que el tuyo me enajena. Dime, ¿me crees? Sabes perfectamente, estoy seguro, que no son simples palabras. Dime que mearás en mi boca cuando te lo vuelva a pedir.

Ahora voy a intentar dormir, aunque corro el albur de hacerlo con este amor que me consume. Esperaré a tu preciosa carta de mañana, porque eso es lo único capaz de excitar el flujo y el chorro.

A las ocho y media ya estarás habituada a esta habitación de espejos, y como tus deseos se habrán exaltado viendo mi estado, y por el temperamento dulce y sensual de nuestros cuerpos, me pedirás que te desvista para que así, desnuda, pueda fácilmente abrumarte con mis más apasionadas caricias. Te despojaré entonces de todas tus prendas, salvo de aquellas que eviten que tus pies toquen directamente los espejos sobre los que estaremos caminando; pondré en tus pies un par de zapatillas con suelas de seda, que de lejos serán apenas visibles.

Alguien viene. Hasta mañana.

Una de pies más anchos y gordos que los de mi amorcito, calzados despreocupadamente con un par de zapatos. (Sus botas son preciosas).

Adiós, ángel mío, interrumpo ésta para poder dibujar algunos trazos más en el cuadro, pues es tarde. Te amo con toda mi alma, con pasión, respeto y adoración. Sigue sin saberse nada de L. R. Hace mal tiempo y mi padre no ha mejorado.

Te sacaré a pasear en un bonito calesín o en un faetón, tu aderezo será hermoso pero simple. Sólo insistiré en que te pongas un velo, dado que mi amor y mi dicha me harán sentirme algo egoísta. No vamos a estar demasiado serios durante nuestro paseo, sino que a cada instante te robaré un beso y tus pies descansarán sobre los míos.

Regresaremos a casa cerca de las cinco y media para vestirnos para la cena. Tú te cambiarás todas y cada una de tus prendas y yo, sin preocuparme de lo que puedan pensar nuestros criados, me pondré un par de pantalones holgados, más bonitos que los que llevaba puestos esta mañana, pero, como éstos, abiertos por delante. En cuanto a ti, amor mío, insistiré en que te vistas como una pequeña y bonita *danseuse*, aunque con alguna pequeña diferencia a mi favor. Te peinarás el cabello con bucles que caerán sobre tus hermosos hombros desnudos. Lo coronarás con una preciosa guirnalda de flores, como las que me gustan para Aimée. Vestirás un traje de muselina de color claro, muy escotado y muy corto,

hasta las rodillas; tendrás los brazos desnudos y las faldas serán enormemente anchas (el cuerpo de éstas será transparente y refinará y resaltarán la forma divina de tu angélico busto; las piernas, completamente desnudas, se verán a través de los miles de pliegues de muselina y llevarás los cortos calcetines recamados de seda rosa, ajustados al empeine con lazos, como el traje, y en tus piececitos vírgenes te pondrás zapatitos de raso, sin suela). Cuando pasemos al comedor, para evitar que cojas frío y que los sirvientes puedan regodearse con la vista de mi tesoro, te envolverás de pies a cabeza en un largo velo. Durante la cena procuraré permanecer moderadamente quieto para que puedas comer y fortalecerte para la noche, que será agotadora. Nuestros criados recibirán órdenes de no entrar a menos que toquemos la campanilla; en cada asalto abrirás el velo y, volviéndote hacia mí (pues estarás a mi diestra) cruzarás tus preciosas piernas sobre las mías; de inmediato mi vigorosa polla, que tu amor ha vuelto día a día más deliciosa, desplegará toda su vivacidad y tú la acariciarás con tus adorables pantorrillas suaves como el raso.

La silla que ocupes te permitirá todos estos movimientos, pues será grande y amplia, y sólo tendrá un brazo en el lado derecho, mientras que la mía será mucho más baja para que no te canses demasiado; entonces me dirás lo siguiente: «¿No soy acaso cautivadora y deliciosa? ¿Me encuentras voluptuosa? ¿Y me consideras tu dueña y te sientes totalmente sometido a mí? Me alegra mucho complacerte de este modo». Y yo te contestaré: «Sí, soy tu esclavo; me brindas el máximo placer que uno puede sentir; no hay una sola mujer en el mundo qué posea los atractivos que tú tienes; consigues que haga lo que sea por ti, eres la reina de la voluptuosidad y del goce. Nadie sabe hacer el amor como tú». Por fin, en el postre, te acomodarás suavemente sobre mis faldas, dejando que tus enaguas se alcen por atrás. Yo te chuparé los pechos, ya que, como los sirvientes estarán cenando en ese momento, te habré quitado el velo y aparecerás envuelta tan sólo en tus numerosos encantos. Luego te daré el postre, que se compondrá de una galleta mojada en aquella blanca esencia que tú y nadie más que tú ha sabido y sabe extraer de mí, y como recompensa me permitirás que tome mi copa de vino. Luego colocaré la copa entre tus piernas, voluptuosamente abiertas, y derramarás sobre ella tu

deliciosa orina. La intoxicación que este licor fragante me producirá incitará mis caricias más apasionadas.

Lo primero que harás será montar a horcajadas sobre mí y yo introduciré con la mayor dificultad mi miembro entre tus piernas. En esta postura dejaremos el comedor, yo te sostendré con mi miembro rígido mientras que cada paso que dé te hará sentir un gozo desenfrenado. Entraremos en un saloncito, cuyo suelo estará cubierto de espejos y lleno de muebles ideados, por su forma y suavidad, para aumentar la voluptuosidad de nuestros abrazos. En esta habitación no nos pondremos una sola prenda. En ella sólo se admitirá la desnudez. Habrá muebles que servirán para excitar los sentidos y reclinarse, otros para lamernos mutuamente los miembros y para que nos sobemos, besemos, gocemos, completemos nuestra actuación, nos corramos, follemos, en una palabra, para que aumenten y fomenten los más extremos refinamientos del más celestial y perfecto de los goces.

La continuación en alguna ocasión futura. Mi temor de excitarte dependerá de algún modo de mi carta de esta noche o mañana, y particularmente de la respuesta franca y sincera que te pido para pasado mañana.

Devuélveme el comienzo.

No puedes ni imaginarte lo que sufro cuando una de estas cuartillas está de camino.

No sé por qué te preocupas tanto por el estilo y la caligrafía: eso lleva tiempo. Yo nunca releo las mías, lo que me ahorra mucho tiempo.

* * *

TRADUCCIÓN DE UNA CARTA DEL CONDE,
ESCRITA CASI ENTERAMENTE EN CLAVE

Aquí tienes la respuesta de mi corazón, amada mía.

La recibirás tan pronto como me atreva a enviártela.

Algún día me pertenecerás enteramente, quizá dentro de dieciocho meses, y aquí te expongo el tipo de vida que, mal que te pese, te verás obligada a hacer.

En el apartamento que te describí el otro día y con el aderezo que exijo a mi querida dama, mi dueña tendrá que presentarse todos los días entre las once y las doce del mediodía.

Encontrará allí a su cariñoso marido, fresco y en todos los sentidos deseable (*gentil*), vestido con una bata de textura muy ligera.

Desde mediodía hasta las tres debe seguirse este programa.

A mediodía te arrellanarás en la butaca, te aflojarás un poco el cinturón y abrirás tu preciosa bata. Arrodillado a tu lado, yo te lameré con la lengua mientras mi brazo rodea tu cintura divina y tus brazos desnudos rodean mi cuello; después de separar suavemente tus piernas vírgenes, te despojarás de todo aquello que me impida ver tu cuerpo y me acomodarás entre tus piernas divinas.

Seguidamente te lameré con voluptuosidad el cuello, los hombros, los brazos, los pechos. Te chuparé con fuerza esos castos y pequeños pechos, que, hinchándose, tratarán de escapar de tu primoroso sujetador rosa; luego, pasando a tu coño intoxicante, te lo chuparé con un furor tal que tú derramarás tu primera corrida en mi boca.

Hecho esto, yo me habré excitado tanto que tomarás mi lugar y entonces tú tendrás que montar entre mis piernas; después de lamerme todo el pecho acabarás meneándome con pasión la polla, que se alargará y se pondrá más erecta que nunca.

Cuando sientas que está a punto de sobrevenirme el gozo te detendrás para lamer las partes adyacentes.

A la una, querrás hacer aguas y, puesta mi boca entre tus piernas, permitirás que me lo beba todo; luego, tumbándome otra vez sobre tu pequeño vientre lameré con furia tu voluptuoso culo y tus piernas deliciosas.

Después serás tú quien me acaricies.

A las dos, ambos ya exaltados en grado sumo, te alzaré tu camisita por adelante y haremos el asunto, es decir, que rodeándome con vigor con tus piernas harás esfuerzos para follarte (*enfiler*), pero mi miembro tendrá un tamaño tan descomunal que nos costará todo el trabajo del mundo (los goces son proporcionales a los esfuerzos). Al final, una vez dentro, sentirás, por mis movimientos y mis pausas, tal deleite que te oiré pronunciar suaves

murmullos y te menearás notando los arrebatos de mi polla lo que aumentará todavía más tu éxtasis.

Gozarás de este modo tres veces. La tercera vez te chuparé los pechos con tal pasión que, mientras tus ojos dibujan una languidez celestial y un abandono divino, vaciarás sobre mí tu delirante flujo seminal.

Eso durará hasta las dos y media, luego dormiremos juntos hasta las tres, y a esa hora te vestirás para salir o para recibir visitas.

Ojo, la continuación te llegará sólo si este comienzo te gusta.

Memorándum: La presente comisión ha de ser devuelta en París, el 24 de junio de 1866.